



Louis Althusser
El porvenir es largo

Louis
Althusser

El porvenir
es largo

Los hechos

Ediciones Destino
Colección
Áncora y Delfín
Volumen 691

Título original: *L'avenir dure longtemps* suivi de *Les faits*
Traducción de *El porvenir es largo*: Marta Pessarrodona
Traducción de *Los hechos*: Carles Urritz
Edición y presentación de Olivier Corpet
y Yann Moulier Boutang

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

© Stock/Imec, 1992
© Ediciones Destino, S.A.
Consell de Cent, 425. 08009 Barcelona
© de la traducción, Marta Pessarrodona y Carles Urritz
Primera edición: noviembre 1992
ISBN: 84-233-2248-3
Depósito legal: B. 39.304-1992
Impreso por Talleres Gráficos Duplex, S.A.
Ciudad de Asunción, 26-D. 08030 Barcelona
Impreso en España - Printed in Spain

Índice

Presentación	9
El porvenir es largo	23
Los hechos	381

Presentación

Louis Althusser murió el 22 de octubre de 1990. Los dos textos autobiográficos que se publican en este volumen se encontraron cuidadosamente guardados en sus archivos, después de que éstos se entregaran, en julio de 1991, al Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine (IMEC), con la misión de garantizar el adecuado uso científico y editorial de tal fondo.

Hay un intervalo de diez años en la redacción de los dos textos. Diez años en la mitad de los cuales, el 16 de noviembre de 1980, el destino de Louis Althusser oscila entre lo impensable y lo trágico con el homicidio de su esposa, Hélène, en su apartamento de la École Normale Supérieure, en la calle de Ulm, París.

La lectura de estas dos autobiografías, cuya existencia, en especial la de *El porvenir es largo*, se había convertido casi en un mito, llevó a François Boddaert, el sobrino de Louis Althusser y su único heredero, a decidir su publicación como primer volumen de la edición póstuma de varios inéditos encontrados en los Fondos Althusser. Esta edición compren-

derá, además de estos textos, su *Diario de cautiverio*, escrito durante su internamiento en un *stalag** en Alemania entre 1940 y 1945, además de un volumen de obras más estrictamente filosóficas así como un conjunto de textos diversos (políticos, literarios...) y de correspondencia.

Para preparar la presente edición, hemos recogido muchos testimonios, en ocasiones divergentes, de amigos de Louis Althusser, que en un momento u otro han conocido o han pasado por la historia de estos manuscritos; algunos de ellos ya los habían leído, total o parcialmente, en algún estadio de su redacción. También hemos reunido documentos de todo tipo (agendas, notas, recortes de prensa, correspondencia...) a menudo dispersos en los archivos, pero que podían servir de indicios, incluso de pruebas o referencias sobre las «fuentes» utilizadas por Louis Althusser. La totalidad del dossier preparatorio de esta edición, comprendidos, naturalmente, los propios manuscritos y las distintas versiones o adiciones, se podrán consultar, lo que permitirá a los especialistas estudiar la génesis de estas autobiografías. Nos limitaremos, pues, a indicar aquí los principales datos sobre la historia de estos textos que proyectan luz respecto de esta edición, las características materiales de los manuscritos y los criterios mantenidos para su transcripción, sabiendo que las circunstancias detalladas de su redacción serán extensamente expuestas y analizadas en el segundo volumen de la biografía de Louis Althusser.¹

El análisis de los documentos y los testimonios recogidos hasta el momento permiten avanzar con

* *Stalag* por *Stammlager*: nombre dado a los campos de concentración alemanes, en los que se internaban prisioneros de guerra sin graduación. (N. de la Traductora.)

1. Véase Yann Moulier Boutang, *Louis Althusser, une biographie*, volumen I, (París: Grasset, 1992). (N. del Editor.).

certeza los puntos siguientes: la redacción de *El porvenir es largo* se inició, aunque el proyecto de una autobiografía fuera muy anterior, a causa de la lectura, en *Le Monde* del 14 de marzo de 1985, de un comentario de Claude Sarraute titulado «Poco apetito». Consagrado esencialmente al asesinato antropofágico de una joven holandesa por el japonés Issei Sagawa y al éxito que consiguió inmediatamente en el Japón el libro donde él contaba su crimen, cuando lo mandaron de vuelta a su país después de un no ha lugar y de una breve estancia en un hospital psiquiátrico francés, el artículo de Claude Sarraute evocaba de paso otros «casos»: «[...] Todos, en los medios de comunicación, en cuanto vemos un nombre de prestigio mezclado en un proceso jugoso, Althusser, Thibault de Orléans, lo convertimos en un buen festín. ¿La víctima? La víctima no merece ni tres líneas. La vedette es el culpable [...]».

Después de este comentario, varios amigos de Louis Althusser le aconsejaron que protestara ante el periódico contra la alusión a un «proceso jugoso». Él se atuvo a los consejos de otros amigos quienes, al tiempo que criticaban aquella actitud, consideraban sin embargo que, hasta cierto punto, Claude Sarraute ponía el dedo en el punto esencial, para él dramático: la ausencia de «proceso», debido al no ha lugar del que se había «beneficiado». El 19 de marzo de 1985 escribió a uno de sus amigos más próximos, Dominique Lecourt—aunque no le remitió la carta— que no podría «reaparecer en la escena pública» sin haberse explicado previamente sobre lo que le había pasado, escribiendo «[...] una especie de autobiografía, en la que se incluirían [sus] explicaciones sobre el drama y el “trato” tanto policial como judicial y hospitalario y, naturalmente, su origen». La inquietud por escribir su autobiografía no era ciertamente nueva: ya en 1982 por ejemplo, al salir del primer confinamiento después del homicidio, re-

dactó un texto teórico sobre el «materialismo del encuentro», que principiaba así: «Escribo este libro en octubre de 1982, al salir de una prueba atroz de tres años de la que, quién sabe, quizás algún día cuente la historia, si alguna vez puede proyectar luz sobre otras, y sobre sus circunstancias y sobre lo que he sufrido (psiquiatría, etc.). Puesto que en noviembre de 1980, en el curso de una crisis intensa e imprevisible de confusión mental, estrangulé a mi mujer, que lo era todo en el mundo para mí, a ella que me quería hasta el punto de querer morir ya que no podía vivir y, sin duda, yo, en mi perturbación y mi inconsciencia, le “presté el servicio” del que no se defendió, pero que causó su muerte». El texto continúa luego con consideraciones filosóficas y políticas y vuelve ya a las primeras alusiones autobiográficas.

En marzo de 1985, decidido por fin a contar la «historia», desde *su* punto de vista, Louis Althusser escribió a varios amigos suyos en el extranjero para pedirles que le mandaran todos los recortes de prensa que le concernían y que habían aparecido en sus países respectivos después de noviembre de 1980. Hizo lo propio con la prensa francesa y recogió o pidió a sus amigos que le procuraran documentación abundante, sobre los problemas jurídicos del no ha lugar y sobre el artículo 64 del Código Penal de 1838, así como sobre el tema de los dictámenes psiquiátricos. Además pidió a algunos amigos íntimos que le facilitaran sus «diarios» correspondientes a aquellos años, o le contaran los acontecimientos que, en ciertos aspectos, él no recordaba. Interrogó a su psiquiatra y a su psicoanalista sobre los tratamientos que siguió, las medicinas que tuvo que tomar (en ocasiones copia «en limpio» sus explicaciones e interpretaciones), recoge en hojas sueltas o en agendas todo un conjunto de hechos, acontecimientos, comentarios, reflexiones, citas, palabras sueltas, en resumen, indicios, tanto factuales y personales,

como políticos o psicoanalíticos. En sus archivos quedan las huellas de todo este trabajo de elaboración que sirvió para la redacción de *El porvenir es largo*.

La redacción misma y el mecanografiado de aquel texto se llevaría a cabo, con toda probabilidad, en pocas semanas, desde últimos de marzo a finales de abril o principios de mayo de 1985. El 11 de mayo, da a leer un manuscrito, sin duda completo, a Michelle Loi, y el 30, mecanografía una versión de un nuevo texto teórico titulado «¿Qué hacer?»; desde la segunda página, alude a la autobiografía que acaba de finalizar: «Expondré un primer principio fundamental de Maquiavelo que he comentado extensamente en mi pequeña obra: *El porvenir es largo* [...]». «Pequeña» es una cláusula de estilo, puesto que este texto tiene una longitud de cerca de trescientas páginas y constituye, creemos, el manuscrito más largo escrito por Louis Althusser, cuya obra publicada hasta ahora consiste en opúsculos y recopilaciones de artículos. El 15 de junio, víctima de una profunda crisis de hipomanía, le hospitalizaron de nuevo en Soisy.

Tal parece haber sido el calendario de la redacción de *El porvenir es largo*, un calendario que se corresponde con las fechas de algunos hechos o acontecimientos referidos en el cuerpo del texto (por ejemplo: «hace cuatro años, bajo el gobierno Muroy», pág. 31, o «sólo seis meses, en octubre de 1984», pág. 171, o, también, «tengo sesenta y siete años», pág. 370). Los retoques posteriores parecen haber sido escasos.

El número de personas que pudieron leer la totalidad o una parte significativa de este manuscrito se limita a algunas muy próximas, como Stanislas Breton, Michelle Loi, Sandra Salomon, Paulette Taïeb, André Tosel, Hélène Troizier o Claudine Normand. Sabemos, por otra parte, que mencionó varias veces su existencia ante algunos editores y que les expresó

su deseo de verlo publicado, sin mostrarles, no obstante, el manuscrito, o, cuando menos, la totalidad del mismo. Todo indica, pues, que Louis Althusser tomó precauciones extremas para que este manuscrito, contrariamente a lo que solía hacer con sus textos, no «circulara». Por otra parte, no existía en sus archivos ninguna fotocopia. Uno de sus amigos, André Tosel, cuenta que tuvo que leerlo, en mayo de 1986, en presencia suya, en su domicilio y sin tomar notas.

Añadiremos finalmente que para la redacción de *El porvenir es largo*, es evidente que Louis Althusser, en especial para los primeros capítulos, se inspiró en gran manera en su primera autobiografía titulada *Los hechos*, de la que había conservado dos versiones muy similares.

Este texto, *Los hechos*, que publicamos en la segunda parte de este volumen, lo escribió en 1976 (la indicación del año figura en la primera página) y muy verosímilmente a lo largo del segundo semestre. Louis Althusser propuso y envió el texto a Régis Debray, quien lo destinaba al segundo número de la nueva revista, *Ça ira*, de la que había publicado un número cero en enero de 1976 y que acabaría por no aparecer. Conocida por algunos amigos de Louis Althusser, esta autobiografía también ha permanecido hasta hoy totalmente inédita.

El manuscrito original de *El porvenir es largo* consiste en trescientas veinte hojas de formato A4, de color verde o blanco, de las que una decena tienen el membrete de la École Normale Supérieure. La mayor parte han sido reagrupadas en una serie de «pliegos» grapados y numerados, que corresponden la mayor parte de las veces a distintos capítulos. Excepción hecha de algunas páginas totalmente manuscritas, todas las hojas han sido —según su costumbre— directamente mecanografiadas por el

propio Louis Althusser, a excepción, según parece, de la página de advertencia, cuyo mecanografiado original —que figuraba en el manuscrito— y la versión definitiva fueron realizadas por Paulette Taïeb en otra máquina.

En la página de cubierta, manuscrita, Louis Althusser había escrito: *El porvenir es largo*, seguido de un subtítulo tachado: *Breve historia de un homicida*, así como de otro título: *De una noche el alba*, igualmente tachado, que corresponde a una primera tentativa de introducción de la que sobreviven las nueve primeras hojas mecanografiadas, interrumpidas en mitad de una página.

Un buen número de folios mecanografiados de *El porvenir es largo* llevan múltiples correcciones y añadidos entre líneas, al margen, o bien al dorso de las hojas. Como tales modificaciones hacían el manuscrito bastante ilegible, Althusser mecanografió una nueva copia con nuevas correcciones. Había conservado, en una carpeta aparte, la primera versión corregida de las setenta y una páginas iniciales, excluyendo la advertencia y las dos páginas preliminares con el relato del homicidio (capítulo I). Pero a excepción de estas páginas, que permiten examinar las escasas variantes de una copia a otra, los archivos de Louis Althusser sólo contenían una versión original del texto.

Hay que añadir que Althusser había intercalado entre las páginas de su manuscrito algunas hojas blancas de pequeño formato, con membrete de la École Normale Supérieure, referidas a la página del caso, con una pregunta o una observación más o menos lapidaria que indicaba su voluntad de retomar posteriormente la frase o el desarrollo en cuestión. También en muchos otros lugares, una indicación gráfica al margen, casi siempre con rotulador, indica que el texto no le satisfacía totalmente y que preveía correcciones.

Este manuscrito nos muestra también que el autor había imaginado distintas disposiciones del texto, hasta cuatro proyectos de paginación, que afectan en especial a la segunda parte, sin que nos haya sido posible reconstituir completamente las distintas versiones a las que tales paginaciones habrían dado lugar. Pero el manuscrito tal y como se encontró, y tal y como se publica aquí, estaba ordenado por el autor en una sucesión de capítulos en números romanos (con una omisión sin importancia al principio, lo que nos da veintidós capítulos en vez de veintuno, que corresponden, en la versión final del manuscrito, a una paginación del 1 al 276, que no tiene en cuenta algunas inversiones de páginas y muchos añadidos para los que el autor ha dejado indicaciones, casi siempre muy precisas). Es esta versión la que se ha tenido en cuenta para la presente edición.

Finalmente, mencionaremos que no figuran en esta edición de *El porvenir es largo* dos capítulos titulados «Maquiavelo» y «Spinoza», que Althusser retiró finalmente y sustituyó por el «resumen», que aquí figura en las páginas 289 a 295.¹ Igual sucede en la segunda parte² del capítulo consagrado a análisis políticos sobre el porvenir de la izquierda en Francia y la situación del Partido Comunista (aquí en el capítulo XIX). Parece que Louis Althusser quería utilizar estas páginas para otra obra sobre *La verdadera tradición materialista*. Pero, además de estos tres capítulos que representan sesenta y un folios guardados en una carpeta que lleva ese título, no hay elementos de información más precisos sobre este proyecto de libro inacabado; esas páginas, en especial los dos capítulos sobre Maquiavelo y sobre

1. De «Pero antes de recurrir al propio Marx [...]» a «[...] Yo creo que no hemos agotado este pensamiento sin precedente y desgraciadamente sin continuación.» (N. del E.)

2. Después de «[...] que no faltaría quien le echase en cara» (pág. 321). (N. del E.)

Spinoza, serán quizás objeto de una publicación posterior.

En definitiva, hemos decidido publicar el texto de *El porvenir es largo*, casi sin indicaciones de variantes, a excepción de unos pocos añadidos manuscritos al margen, cuyo lugar nos indicó con exactitud el autor y que damos en nota, remitiendo a los investigadores al dossier preparatorio y al manuscrito. Por lo demás, las indicaciones editoriales sumamente precisas de Althusser (subrayados, cambios de párrafos, inserciones de añadidos, etc.) se han seguido en su totalidad y sólo se han hecho pequeñas correcciones corrientes sobre la concordancia de tiempos y la puntuación; también se han aportado precisiones sobre los nombres de personas citadas. Los errores factuales o de fechas se han dejado tal cual; para su eventual «verificación», el lector podrá referirse a la biografía de Althusser que prepara el autor de estas líneas. En algunos lugares, no obstante, la adición de una palabra o de una locución, señalada entre corchetes, parece indispensable para la buena lectura del texto.

El manuscrito de los *Hechos*, por otra parte, consiste en un mecanografiado con muy pocas correcciones y añadidos, por lo que las variantes son mínimas y conciernen en especial al orden de los primeros párrafos. Louis Althusser sólo había guardado en sus archivos dos fotocopias de este manuscrito, que corresponden a dos versiones sucesivas muy parecidas la una a la otra.

Publicamos aquí la segunda de esas versiones, pero resulta evidente que el texto debió pasar por una o varias redacciones entonces, ya que en una carta a Sandra Salomon, en el curso del verano de 1976, Louis Althusser le anuncia: «podré [...] volver a escribir mi “autobiografía” que aumentaré considerablemente con recuerdos reales y otros imaginarios (mis encuentros con Juan XXIII y con

De Gaulle) y, en especial, con análisis de cosas que cuento, después de lo cual meteré en un anexo todos los fragmentos. ¿Te parece bien? Será la política desde dentro y desde afuera a la vez, lo que permitirá dejar aparecer cosas poco manoseadas [...]».

Esta decisión editorial de no aplastar las dos autobiografías bajo las llamadas notas aclaratorias, salvo en las raras ocasiones en que se veía comprometida la propia comprensión del texto, manifiesta esencialmente su propio carácter. Se podrá leer como una biografía con tanta o tan poca razón como las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau o las *Memorias* del cardenal de Retz. En un proyecto inicial de prefacio de *El porvenir es largo* titulado «Dos palabras», Louis Althusser precisó que no intentaba describir su infancia tal y como fue, ni a los miembros de su familia en su realidad, sino restituir la representación que progresivamente se había hecho de ella: «No hablo de ellos más que tal y como los percibí y experimenté porque sé muy bien que, como en toda percepción psíquica, lo que pudieron ser ha sido ya resituado para siempre en las proyecciones fantasmagóricas de mi angustia».

En consecuencia, es una historia de sus afectos, de sus fantasmas, lo que él ha elaborado. Nos encontramos en plena fantasía, en el sentido vigoroso que esta palabra tenía aún en la época de Montaigne: el de una ilusión, incluso, una alucinación. «En realidad, a lo largo de estas asociaciones de recuerdos, escribe en *El porvenir es largo*, intento atenerme estrictamente a los hechos; pero las alucinaciones también son hechos.»

Y este punto nos lleva a la singularidad mayor de estos textos. Cada uno de ellos se sitúa deliberadamente en dos registros distintos: *Los hechos* en el de lo cómico; *El porvenir es largo* en el de lo trágico, lejos del criterio binario de lo verdadero y de lo fal-

so, cuyas fronteras debe necesariamente delimitar la biografía.¹ ¿Hemos pasado por lo tanto al terreno de la ficción, es decir, de lo imaginario, encerrado en el sistema simbólico del texto, indicio de sí mismo? En cierto sentido, sí, y el carácter muy trabajado de los manuscritos de que disponemos, con sus distintas etapas, nos llevará previsiblemente, como en toda creación literaria, a dar prioridad a la crítica interna del texto. Y, no obstante, tampoco podemos leerlo como una novela de Céline o un cuento de Borges, por citar dos autores a los que Althusser gustaba referirse.

Si entramos, con estos dos textos, en la escritura de la fantasía, de la alucinación, se debe a que la materia es la locura, es decir, la posibilidad para el sujeto de manifestarse como loco, luego como homicida y a pesar de todo, siempre, como filósofo y comunista. Nos encontramos en presencia de un prodigioso testimonio de la locura, en el sentido en que, contrariamente a los «documentos nosológicos» tales como la *Memoria del Presidente Schreber*, estudiado por Freud, o la de Pierre Rivière (*Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur, ma femme*) presentado por Michel Foucault, se comprende en ellos cómo un intelectual, de una inteligencia superior y filósofo de profesión, vive su locura, su conversión médica en enfermedad mental a cargo de la institución psiquiátrica, así como los ropajes analíticos con que se adorna. En este sentido, este *bloque autobiográfico*, con su núcleo constitutivo presente desde *Los hechos*, forma en verdad el correlato indispensable de *La historia de la locura* de Michel Foucault. Escrito por un sujeto a quien el no ha lugar había sustraído de hecho la calidad de filósofo, e

1. Para una discusión sobre las diferenciaciones, los lapsus, los interlineados de las dos autobiografías en relación con la vida real, véase Yann Moulier Boutang, *Louis Althusser, une biographie*, volumen I, *op. cit.* (N. del E.)

inextricable mezcla de «hechos» y de «fantasmas», *El porvenir es largo* descubre sin duda experimentalmente, en un ser de carne y de sangre, aquello cuyo lugar había señalado Foucault: la oscilación de la línea divisoria entre locura y razón. ¿Cómo el pensamiento puede estar adosado a la locura sin ser sencillamente su rehén o su desazón monstruosa? ¿Cómo la historia de una vida puede deslizarse por la locura y su narrador ser consciente de ello hasta este punto? ¿Cómo imaginar al autor de una obra semejante? ¿El «caso Althusser» puede dejarse en manos de los médicos, los jueces, los bienpensantes de la línea divisoria entre el pensamiento público y el deseo privado? Con los dos textos de la historia de su vida, sin duda él se les ha escapado en su destino póstumo.

En este sentido, estos textos autobiográficos ocupan con naturalidad y, digámoslo, con autoridad, su lugar, que es un lugar esencial, dentro de la *obra* de Louis Althusser. Sólo la lectura, inevitablemente plural, contradictoria, que se hará de ellos, nos dirá qué trastornos provocarán en la obra en sí y en la mirada que se proyecta sobre ella, aunque no sea aún posible prejuzgar el sentido y la extensión de tales trastornos.

OLIVIER CORPET

YANN MOULIER BOUTANG

Nuestro agradecimiento a todos los que nos han permitido realizar la edición de este volumen. En primer lugar a François Boddaert, heredero de Louis Althusser, quien decidió publicar estos textos y nos ha testimoniado incesantemente su confianza. También a Régis Debray, Sandra Salomon, Paulette Taïeb, Michelle Loi, Dominique Lecourt, André To-

sel, Stanislas Breton, Hélène Troizier, Fernanda Navarro, Gabriel Albiac, Jean-Pierre Salgas... por los documentos y testimonios valiosos que nos han facilitado, que permitieron efectuar la edición de estos textos en las mejores condiciones posibles. No deben ser responsabilizados de la misma, lo que asumimos totalmente. Nuestro agradecimiento también va destinado a los colaboradores del IMEC que nos prestaron su ayuda y, muy particularmente, a Sandrine Samson quien ha realizado una gran parte de la clasificación del Fondo Althusser.

El porvenir es largo
1985

Es probable que consideren sorprendente que no me resigne al silencio después de la acción que cometí y, también, del no haber lugar que la sancionó y del que, como se suele decir, me he beneficiado.

Sin embargo, de no haber tenido tal beneficio, hubiera debido comparecer; y si hubiera comparecido habría tenido que responder.

Este libro es la respuesta a la que, en otras circunstancias, habría estado obligado. Y cuanto pido, es que se me conceda; que se me conceda ahora lo que entonces habría sido una obligación.

Naturalmente, tengo consciencia de que la respuesta que intento aquí no sigue ni las reglas de una comparecencia, que no tuvo lugar, ni la forma en que se habría desarrollado. No obstante, me pregunto si la ausencia de dicha comparecencia, pasada y para siempre, de sus reglas y su forma, no muestra, en definitiva, más aún lo que yo había intentado decir para la evaluación pública y su libertad. En cualquier caso, así lo deseo. Es mi destino no pensar en calmar una inquietud más que exponiéndome indefinidamente a otras.

Un soir de décembre 46, ~~lorsque~~ Paris couvert de neige, Lesèvre
m'invita à rendre visite à sa mère, qui était rentrée dans un triste
état de déportation dans son appartement du haut de la rue Lepic.
Je me revois encore ^{traverser} aux côtés de Lesèvre ^{qui parlait} pour deux, ~~traverser~~
~~le pont enneigé de la Courcède.~~ ~~Il me parlait~~
de sa mère. Et c'est ^{alors} là qu'il me dit "tu verras aussi Hélène, une
grande amie, elle est un peu folle mais elle est tout à fait ~~bonne~~
Nous la ~~rencontrerons~~ ^{rencontrerons} au bas de la rue Lepic, et
sortir du Métro."

Effectivement elle était là, nous attendant dans la neige. Une ~~petite~~
me toute petite emmitouflée dans une sorte de manteau qui la dissimulait
à peine. Présentations. ~~Et aussitôt~~ ^{Et aussitôt} ~~de nous~~ ^{de nous}
vers le haut de la rue Lepic, sur les trottoirs en ~~petite~~ ^{petite} et glissants.

Mon premier mouvement, tout d'instinct, fut de lui prendre le bras
pour l'aider à ~~monter~~ ^{monter}. Mais ce fut aussi, sans que j'aie jamais eu
pourquoi, ~~aussitôt~~ ^{aussitôt} sous son bras ma main vers
la sienne, et de prendre sa main froide dans la chaleur de la mienne.
Le silence se fit, nous montions.

Je garde un ~~souvenir~~ ^{souvenir} de cette soirée. Madame

Lesèvre, ~~tant~~ ^{si} heureuse de revoir son fils, nous accueillit avec cha-
leur. C'était une haute femme ^{complètement} décharnée par ses épreuves, hâve et
presque une ombre; ~~elle ne parlait jamais.~~ ^{elle ne parlait jamais.}
Elle parlait ~~lentement~~ ^{lentement}, cherchant
ses mots. Ses souvenirs exaltants de la résistance et des "ministres"
de la déportation: ~~Georges avait tou-~~ ^{Georges avait tou-}
jours été discret sur ses exploits dans les ~~montagnes~~ ^{montagnes}
Lyons Alpes et la ville de Lyon. J'avais entendu parler des déportés,
mais pour la première fois j'en rencontrai un, et c'était une femme.
toute droite et ferme dans ses épreuves. Je me souvins que je portais
alors (sens de l'économie, je n'en avais pas acheté d'autre) la veste
étroite et mal taillée, une veste marron qui m'allait à peine, au'on

Facsimil de una página del manuscrito. (Fondos Althusser, IMEC.)

I

Tal y como he conservado el recuerdo intacto y preciso hasta sus mínimos detalles, grabado en mí a través de todas mis pruebas y para siempre, entre dos noches, aquella de la que salía sin saber cuál era, y aquella en la que entraría, ya diré cuándo y cómo: he aquí la escena del homicidio tal y como lo viví.

De pronto me veo levantado, en bata, al pie de la cama en mi apartamento de l'École Normale. Una luz gris de noviembre —era el domingo 16, hacia las nueve de la mañana— entra por la izquierda, por una ventana alta, encuadrada desde hace años por unas cortinas muy viejas, rojo Imperio, desgarradas por el tiempo y quemadas por el sol, e ilumina los pies de mi cama.

Frente a mí: Hélène, tumbada de espaldas, también en bata.

Sus caderas reposan sobre el borde de la cama, las piernas abandonadas sobre la moqueta del suelo.

Arrodillado muy cerca de ella, inclinado sobre su cuerpo, estoy dándole un masaje en el cuello. A menudo le doy masajes en silencio, en la nuca, la espal-

da y los riñones: aprendí la técnica de un camarada de cautiverio, el amigo Clerc, un futbolista profesional, experto en todo.

Pero en esta ocasión, el masaje es en la parte delantera de su cuello. Apoyo los dos pulgares en el hueco de la carne que bordea lo alto del esternón y voy llegando lentamente, un pulgar hacia la derecha, otro un poco sesgado hacia la izquierda, hasta la zona más dura encima de las orejas. El masaje es en V. Siento una gran fatiga muscular en los antebrazos: es verdad, dar masajes siempre me produce dolor en el antebrazo.

La cara de Hélène está inmóvil y serena, sus ojos abiertos, miran al techo.

Y, de repente, me sacude el terror: sus ojos están interminablemente fijos y, sobre todo, la punta de la lengua reposa, insólita y apacible, entre sus dientes y labios.

Ciertamente, ya había visto muertos, pero en mi vida había visto el rostro de una estrangulada. Y, no obstante, sé que es una estrangulada. Pero, ¿cómo? Me levanto y grito: ¡He estrangulado a Hélène!

Me precipito y, en un estado de intenso pánico, corriendo con todas mis fuerzas, atravieso el apartamento, bajo la escalerilla con pasamanos de hierro que lleva al patio delantero con rejas altas y me dirijo, siempre corriendo, hacia la enfermería donde sabía que podría encontrar al doctor Étienne, que vive en el primer piso. No me cruzo con nadie, es domingo, la École está medio vacía y aún duerme. Siempre gritando, subo la escalera del médico de cuatro en cuatro: «¡He estrangulado a Hélène!».

Llamo con violencia a la puerta del médico, quien, también él en bata, acaba por abrir, sorprendido. Grito sin parar que he estrangulado a Hélène, cojo al médico por el cuello de la bata: que venga urgentemente a verla, si no prenderé fuego a la École. Étienne no me cree, «es imposible».

Bajamos a toda prisa y henos aquí a los dos frente a Hélène. Sigue con los mismos ojos fijos y aquel poco de lengua entre los dientes y los labios. Étienne la ausculta: «No hay nada que hacer, es demasiado tarde». Y yo: «Pero, ¿no se la puede reanimar?». «No.»

Entonces Étienne me pide algunos minutos y me deja solo. Más tarde comprendería que debió de telefonar al Director, al hospital, a la comisaría, ¿qué sé yo? Espero, con un temblor interminable.

Las largas cortinas rojas desgarradas y a jirones cuelgan de los dos lados de la ventana, una de ellas, la de la derecha, totalmente contra el bajo de la cama. Vuelvo a ver a nuestro amigo Jacques Martin a quien, un día de agosto de 1964, encontraron muerto en su minúscula habitación del distrito XVI, tendido en la cama desde hacía varios días y con el largo tallo de una rosa escarlata sobre el pecho: un mensaje silencioso para los dos, que le apreciábamos desde hacía veinte años, en recuerdo de Be-loyannis, un mensaje de ultratumba. Entonces cojo una de las estrechas partes desgarradas de la alta cortina roja y, sin romperla, la pongo sobre el pecho de Hélène, donde reposará sesgada, del saliente del hombro derecho hasta el seno izquierdo.

Vuelve Étienne. Aquí todo se me nubla. Me pone, según parece, una inyección, vuelvo con él a mi despacho y veo a alguien (no sé quién) recogiendo libros prestados de la biblioteca de la École. Étienne habla del hospital. Y yo me hundo en la noche. Me «despertaría», no sé cuándo, en Sainte-Anne.

II

Que mis lectores me perdonen. Escribo este pequeño libro, primero, para mis amigos y después, si es posible, para mí. Muy pronto comprenderán mis razones.

Mucho después del drama, he sabido que dos personas próximas a mí (que, sin duda, no fueron las únicas) habían deseado que yo no fuera objeto del no ha lugar que sancionaron los tres exámenes médico-legales efectuados en Sainte-Anne, durante la semana siguiente a la muerte de Hélène, sino que compareciera en una sala de lo criminal. Fue, por desgracia, sólo un buen deseo.

Gravemente afectado (confusión mental, delirio onírico), yo no estaba en condiciones de aguantar la comparecencia ante una instancia pública; el juez de instrucción que me examinó no pudo sacarme una palabra. Por añadidura, demandado de oficio y puesto bajo tutela por un decreto del prefecto de policía, yo ya no gozaba de libertad ni de mis derechos cívicos. Privado de toda elección, en realidad me encontraba metido en un procedimiento oficial que no podía eludir, al que sólo podía someterme.

Tal procedimiento posee evidentes ventajas: protege al acusado a quien se juzga como no responsable de sus actos. Pero esconde también temibles inconvenientes, que son menos conocidos.

Ciertamente, después de la experiencia de tan larga prueba, ¡qué poco me cuesta comprender a mis amigos! Cuando hablo de prueba, no sólo me refiero a lo que había vivido en mi internamiento, sino a lo que viví posteriormente, y también, soy consciente de ello, a lo que me condenaron a vivir hasta el fin de mis días si no intervenía *personal y públicamente* para hacer oír mi propio testimonio. ¡Tantas personas en mi lugar de buen o mal grado, se han ofrecido hasta hoy a hablar o a callarse en nombre mío! El destino del no ha lugar es, en realidad, la losa sepulcral del silencio.

El mandamiento judicial de no ha lugar que se pronunció a mi favor en febrero de 1981 se resume, en realidad, en el famoso artículo 64 del Código Penal, en su versión de 1838: artículo que continúa en vigor a pesar de treinta y dos tentativas de reforma que no han tenido éxito. Hace cuatro años, bajo el gobierno Mauroy, se sometió de nuevo a una comisión este delicado tema, que cuestiona todo un aparato de poderes administrativos, judiciales y penales unidos al saber, a las prácticas y a la ideología psiquiátrica del confinamiento. Esta comisión ya no se reúne. Aparentemente no ha encontrado mejor solución.

En efecto, el Código Penal opone, a partir de 1838, el *estado de no responsabilidad* de un criminal que ha perpetrado su acto en estado de «demencia» o «bajo apremio» al *estado de responsabilidad* puro y simple reconocido a todo hombre considerado «normal».

El estado de responsabilidad abre la vía del procedimiento clásico: comparecencia ante un tribunal, deliberación *pública* en la que se enfrentan las intervenciones del *Ministerio Público*, que habla en nom-

bre de los intereses de la sociedad, con testigos, abogados de la defensa y de la parte civil que se expresan *públicamente* y con el acusado, que presenta él mismo su interpretación personal de los hechos. Todo este procedimiento, marcado por la publicidad, se cierra con la deliberación secreta de los jurados que se pronuncian públicamente sea a favor de la absolución, sea por una pena de encarcelamiento, mediante la cual el criminal reconocido como tal es castigado con una pena de prisión concreta, con la que se supone que «paga» su deuda a la sociedad y, en consecuencia, «se lava» de su crimen.

El estado de *no responsabilidad jurídico-legal*, por el contrario, interrumpe el procedimiento de comparecencia pública y contradictoria ante un tribunal. Destina al homicida, previa y directamente, a un confinamiento en un hospital psiquiátrico. El criminal se encuentra entonces «sin posibilidad de perjudicar» a la sociedad, pero por un tiempo indeterminado, y se le considera obligado a recibir los cuidados psiquiátricos que requiere su estado de «enfermo mental».

Si el homicida es absuelto después de su proceso público, puede volver a casa con la cabeza alta (al menos en principio, porque la opinión puede indignarse de verlo absuelto, y puede hacérselo sentir. Siempre hay voces expertas en este tipo de escándalo que toman el relevo de la mala conciencia pública).

Si se le condena al encarcelamiento o al confinamiento psiquiátrico, el criminal o el homicida desaparecen de la vida social: durante un tiempo *definido* por la ley en el caso de encarcelamiento (que las reducciones de condena pueden acortar); por un tiempo *indefinido* en el caso del confinamiento psiquiátrico, con una circunstancia agravante: se le considera privado de su sano juicio y, en consecuencia, de su libertad de decidir, por lo que el homicida

internado puede perder la personalidad jurídica, delegada por el prefecto a un «tutor» (un hombre de ley), que posee su firma y actúa en su nombre y lugar, mientras que cualquier otro condenado sólo la pierde en «materia criminal».

Debido a que el homicida o el criminal son considerados *peligrosos*, tanto por lo que respecta a sí mismos (suicidio) como a la sociedad (reincidencia), se le deja sin posibilidad de perjudicar mediante el confinamiento ya sea carcelario, ya sea psiquiátrico. Para finalizar, advirtamos la cantidad de hospitales psiquiátricos que, a pesar de los progresos recientes, son todavía una especie de prisiones, y que siguen existiendo para los enfermos «peligrosos» (agitados y violentos) servicios de seguridad o de fuerza como los fosos profundos y alambradas, las camisas de fuerza físicas o «químicas», que provocan malos recuerdos. Los servicios de fuerza a menudo son peores que en muchas prisiones.

Encarcelamiento por un lado, confinamiento por otro: no es sorprendente ver que el paralelismo de su condición induce a la opinión pública, que no está informada, a una especie de asimilación. En cualquier caso, el encarcelamiento o el confinamiento constituyen la sanción normal del homicidio. Excepto en los casos urgentes, los llamados agudos, que no se cuestionan, la hospitalización comporta daños, tanto sobre el paciente, que a menudo pasa a ser crónico, como para el médico, obligado a vivir también él en un mundo cerrado en el que se le considera supuestamente obligado a «saber» todo sobre el paciente y que a menudo vive en un cara a cara angustioso con el enfermo, al que domina con harta frecuencia a base de una insensibilidad afectiva y una creciente agresividad.

Pero, eso no es todo. La opinión de la calle considera con frecuencia que el criminal o el homicida, potencialmente reincidente y, en consecuencia,

constantemente «peligroso», debe o debería quedar indefinidamente apartado de la vida social: *hasta el fin de su vida*. Por esta razón oímos cómo se levanta tanta indignación, que algunos, cultivando con fines partidistas la angustia y la culpabilidad sociales, convierten en una especialidad, en nombre de la seguridad de las personas y de los bienes, contra los permisos de salida o las liberaciones anticipadas que se conceden a los condenados de «buena conducta», antes del término de su condena. Por eso el tema de la «condena a perpetuidad» es la obsesión de tantos comentarios, no sólo como sustitutiva de la pena de muerte, sino como la sanción «natural» de toda una serie de crímenes que se consideran especialmente odiosos para la seguridad de «niños, ancianos y policías». En tales condiciones, ¿cómo el «loco», que es considerado incluso más «peligroso» que el criminal corriente porque es mucho más «imprevisible», iba a escapar a la misma reacción de aprehensión, puesto que su destino de encerrado por naturaleza lo une al destino del culpable en su «sano juicio»?

Sin embargo, hay que ir más lejos. La condición de no ha lugar en realidad expone al loco internado a muchas otras prevenciones por parte de la opinión de la calle.

En la inmensa mayoría de los casos, en efecto, el culpable reconocido que comparece ante un tribunal sale condenado a una pena generalmente limitada en el tiempo, dos años, cinco años, veinte años; y sabemos que la cadena perpetua, cuando menos hasta ahora, puede dar lugar a reducciones de pena. Se considera que durante el tiempo de su encarcelamiento «paga su deuda con la sociedad». Una vez pagada esta «deuda», puede volver normalmente y con todas sus consecuencias a la vida sin tener en principio que rendir cuentas a nadie. Digo «en principio», puesto que la realidad no es tan sencilla, no

se alinea inmediatamente con el derecho; son testigos de ello, por ejemplo, la confusión tan extendida entre el *inculpado* (considerado inocente mientras que no se presenten pruebas de su culpabilidad) y el *culpable*; las huellas largo tiempo percibidas del escándalo local o nacional, los ecos de la acusación, amplia y desconsideradamente transmitidos por la prensa y los medios de comunicación bajo el pretexto de la información, rumores todos que pueden perseguir durante mucho tiempo no sólo al acusado inocente absuelto, sino al criminal condenado que ha purgado «honradamente» su pena. Pero, al fin y al cabo, la ideología de la «deuda» y de la «deuda saldada» a la sociedad, juega a pesar de todo a favor del condenado que ha purgado su pena y, hasta cierto punto, incluso protege al criminal liberado; y, por añadidura, la ley le concede recursos contra toda imputación contraria a la «cosa juzgada»: el criminal en regla con la sociedad o el amnistiado pueden incoar procesos por difamación cuando alguien saca a colación contra ellos un pasado infamante. Tenemos mil ejemplos. La pena «extingue» pues el crimen y, con la ayuda del tiempo, el aislamiento y el silencio, el antiguo criminal puede rehacer su vida. Gracias a Dios, aquí tampoco faltan ejemplos.

No pasa lo mismo en el caso del «loco» homicida. Cuando lo internan, es evidentemente *sin límite de tiempo previsible*, incluso si se sabe, o se debería saber, que *en principio todo estado agudo es transitorio*. Pero es bien cierto que los médicos con harta frecuencia si no siempre, son incapaces, incluso en casos agudos, de fijar un plazo aproximado para un pronóstico de curación. Más aún, el «diagnóstico» pronunciado inicialmente no deja de variar, porque en psiquiatría no hay más diagnóstico que el *evolutivo*: es la evolución del estado del paciente lo único que permite fijar y, en consecuencia, modificar ese

diagnóstico. Y con él, naturalmente, fijar y modificar el tratamiento y las perspectivas de pronóstico.

Ahora bien, para la opinión de la calle, que una cierta prensa cultiva sin distinguir jamás la «locura» con sus estados agudos pero pasajeros, de la «enfermedad mental», que es un destino, se tiene de entrada al loco por enfermo mental, y quien dice enfermo mental entiende evidentemente enfermo perpetuo y, como consecuencia, internable e internado de por vida: «*Lebenstodt*», como bien dice la prensa alemana.

Durante todo el tiempo en que está internado, el enfermo mental, salvo si consigue matarse, evidentemente continúa viviendo, pero en el aislamiento y el silencio del asilo. Bajo su losa sepulcral está como muerto para quienes no le visitan; pero ¿quién le visita? Y como no está verdaderamente muerto, como no ha anunciado, si es persona conocida, su muerte (la muerte de los desconocidos no cuenta), lentamente se transforma en una especie de «muerto viviente», o más bien, ni muerto ni vivo, sin poder dar señales de vida, salvo a sus allegados o a los que se preocupan por él. (Caso rarísimo, ¡cuántos internos no reciben prácticamente *nunca visitas*! Lo he constatado con mis propios ojos tanto en Sainte-Anne como en cualquier parte.) Como no puede, por añadidura, expresarse públicamente, el interno figura de hecho, me arriesgo al término, en la sección de los siniestros balances de todas las guerras y de todas las catástrofes del mundo: el balance de los *desaparecidos*.

Si hablo de esta extraña condición es porque la he vivido y, hasta cierto punto, la vivo aún hoy. Incluso después de liberado, al cabo de dos años de confinamiento psiquiátrico, soy, para una opinión que conoce mi nombre, un *desaparecido*. Ni muerto ni vivo, no sepultado aún pero «sin obra», esa magnífica expresión de Foucault para designar la locura: *desaparecido*.

Ahora bien, a diferencia de un muerto, cuya defunción pone un punto final a la vida del individuo que sepultamos bajo la tierra de una tumba, un *desaparecido* hace correr a la opinión el riesgo singular de poder (como ahora es mi caso) reaparecer a plena luz de la vida (Foucault ha escrito de sí mismo: «al pleno sol de la libertad polaca», cuando se sintió curado). Ahora bien, hay que saber con claridad —y lo constatamos cada día— que este estatuto singular de *desaparecido que puede reaparecer* determina una especie de malestar y de mala conciencia en lo que a él respecta, pues la opinión percibe sordamente una desaparición que no es capaz de poner fin definitivamente a la existencia social de un criminal o de un homicida internado. En realidad lleva emparejada la angustia de muerte y de su amenaza, pulsión insoslayable. Para la opinión de la calle, el asunto debería saldarse definitivamente con el internamiento, y la mala conciencia sorda pero difusa, que acompaña al acontecimiento con los latidos de la aprensión, aumenta con el temor de que no sea para siempre. Y si ocurre que el «loco» internado reaparece a plena luz, incluso con el aval de médicos competentes, he aquí a la opinión forzada a buscar y encontrar un compromiso entre esta evidencia inesperada pero muy molesta y el anterior escándalo del homicidio que despierta el retorno del criminal, que se dice y a quien se dice «curado». Ahora bien, esto es infinitamente frecuente en el caso de crisis aguda. ¿Qué podrá hacer? ¿Reincidir? ¿Tenemos tantos ejemplos! ¿Es posible que el «loco», haya vuelto a ser «normal»? Pero, si éste es el caso, ¿entonces *no lo era ya en el momento del crimen*? En la conciencia sorda y ciega, porque está cegada por toda una ideología espontánea (aunque también cultivada) del crimen, de la muerte, de la «deuda perpetua», del «loco» peligroso e imprevisible, he aquí que el proceso que nunca tuvo lugar está a punto de reanudar-

se, o mejor, de empezar al fin, en la plaza pública, sin que, no más que antes, el homicida loco tenga el más mínimo derecho de explicarse.

En definitiva hay que llegar a este punto extrañamente paradójico. El hombre al que se acusa de un crimen y que no se beneficia de un no ha lugar, con toda seguridad ha tenido que pasar la dura prueba de la comparecencia pública ante un tribunal. Pero, por lo menos, todo se convierte en materia de acusación, de defensa y de explicaciones personales *públicas*. En este procedimiento «contradictorio», el homicida acusado tiene por lo menos la posibilidad, reconocida por la ley, de poder contar con testigos *públicos*, con alegatos *públicos* de sus defensores y con los considerandos *públicos* de la acusación; y, por encima de todo, tiene el derecho y el privilegio sin precio de expresarse y explicarse *públicamente en su nombre y en persona*, sobre su vida, su crimen y su porvenir. Que sea condenado o absuelto, por lo menos ha podido *explicarse él mismo públicamente*, y la prensa está obligada, por lo menos en conciencia, a reproducir públicamente sus explicaciones y el resultado del proceso que pone punto final legal y públicamente al asunto. Si se considera injustamente condenado, el homicida puede proclamar su inocencia, y sabemos que el clamor público ha acabado (y en casos muy importantes) por abrir de nuevo el proceso y llegar a la absolució del acusado. Puede haber comités que acepten públicamente su defensa. Por todos estos derroteros, él no se encuentra ni solo ni sin recursos públicos: es la institución de la publicidad de procedimientos y deliberaciones lo que el legislador italiano Beccaria, en el siglo XVIII y posteriormente Kant, consideraban ya como la garantía suprema para todo inculpa do.

Ahora bien, lamento decirlo, éste no es el caso de un homicida beneficiario de un no ha lugar. Dos circunstancias, inscritas con extremo rigor en el hecho

y el derecho del procedimiento, le prohíben todo derecho a una explicación pública: el internamiento y la anulación subsiguiente de su personalidad jurídica por una parte y el secreto médico por otra.

¿Qué le llega al público? Que se ha perpetrado un crimen; a través de la prensa conoce el resultado de la autopsia del cadáver (la víctima ha muerto como consecuencia de una «estrangulación», ni una palabra más). Le llega después el anuncio del no ha lugar, según el artículo 64, unos meses más tarde, sin más comentario.

Pero el público no sabrá nada de los detalles, considerandos y resultados de los exámenes periciales médico-legales secretos, en los que los expertos, designados por la autoridad administrativa, han procedido en el entretanto. El público no sabrá nada del diagnóstico (provisional) que resulta de aquellos exámenes periciales y de las primeras observaciones clínicas de los médicos. No sabrá nada de sus puntos de vista, de su diagnóstico y pronóstico en el curso del internamiento del paciente, nada de tratamientos prescritos al paciente internado, nada de las dificultades a veces terribles con las que los médicos deben enfrentarse y de los angustiosos callejones sin salida a los que llegan en ocasiones, mientras mantienen las apariencias. Y, naturalmente, ignorará todas las reacciones del homicida «no culpable», los esfuerzos desesperados que realiza para intentar comprender y explicarse las razones, próximas o lejanas, de un drama en el que se ha visto literalmente arrojado bajo la inconsciencia y el delirio. Y cuando salga del hospital (si sale...) el público lo ignorará todo de su nuevo estado, de las razones de su libertad reencontrada, del terrible período de «transición» al que debe enfrentarse, las más de las veces solo incluso aunque no esté aislado, y del lento y doloroso progreso que, paso a paso, insensiblemente, le conducirá al umbral de la supervivencia y de la vida.

Me refiero a la opinión pública (es decir, a su ideología) y al público: los dos términos no recubren quizás el mismo contenido. Pero poco importa ahora. Porque es raro un público que no esté contaminado por la opinión pública, es decir por una cierta ideología reinante en estos asuntos de crimen, de muerte, de desaparición y de extraña resurrección: una ideología que pone en juego todo un aparato medicolegal y penal, sus instituciones y sus principios.

Pero también me gustaría hablar de los allegados, de los familiares y amigos, e incluso, si se da el caso, de los conocidos. Los íntimos, cuando han vivido por su parte y a su manera un drama al que siguen sin ver explicación, si les ha trastornado, se ven divididos por una parte entre la realidad de un drama atroz y la explotación que de él hace cierta prensa, que vende a base del escándalo, y por otra parte por su afecto hacia el homicida, al que conocen muy bien y a veces (no siempre) quieren. Desgarrados, no consiguen hacer coincidir la imagen de su pariente o amigo y la figura de este hombre que se ha convertido en un homicida. También ellos, desamparados, buscan una explicación que no les dan o que les parece irrisoria cuando un médico osa confiarles una hipótesis: ¡«palabras, palabras»! ¿Y a quién podrían dirigirse sino a los médicos que lo cuidan para hacerse una primera idea de lo incomprensible? Caen entonces bajo la figura del «saber psiquiátrico», al que se añade el secreto profesional, sobre hombres obligados esencialmente por el silencio de su deontología, sobre hombres que a menudo no están seguros de sí mismos, excepto cuando se sobreponen a su propia incertidumbre, e incluso a su angustia, cuando encauzan en el prójimo los efectos de su propia miseria interior (éste es el caso más frecuente).

Muy a menudo se dispara una extraña «dialéctica» entre la angustia del paciente que, en los casos

más graves y los más intensos, los más cargados también de amenazas y de consecuencias (como fue mi caso), alcanza muy pronto al médico y las enfermeras... y la angustia de los parientes. Para el médico, es necesario «aguantar» *tanto* contra la propia angustia y contra la angustia del «equipo de cuidados» *como* contra la de los parientes. Pero «aguantar» no se simula fácilmente: nada es menos tranquilizador para el paciente y para los parientes que esta lucha demasiado evidente y perceptible que el médico mantiene contra lo que, muy a menudo, puede parecerle como un posible destino irreversible. Sí, en el horizonte del pensamiento del médico y de la espera de los parientes se dibuja también, aunque por otras razones, el destino de un *internamiento perpetuo* para el paciente.

Que el enfermo reaparezca en la vida, se reinstale en ella al precio de esfuerzos gigantescos tanto sobre sí mismo como sobre todos los obstáculos reales o fantasmagóricos que le cierran el paso, incluso si los íntimos le asisten verdadera, constante, indefectiblemente (como fue mi caso), no impide que vivan en la misma angustia: ¿podrá salvarse algún día? Hay momentos en que ya no se cree en ello. ¿Y si alguna vez, en el mismo hospital, «volviera a empezar»? ¿Volviera a matar quizás, a pesar de las protecciones, pero sobre todo volviera a caer en la enfermedad? Y, si fuera necesario hospitalizarlo de nuevo para hacer frente a una recaída en una crisis aguda, ¿podría volver a salir alguna vez? Y si a pesar de todo consiguiera sobrevivir, ¿a qué precio? ¿Acaso no se verá para siempre marcado por el drama y sus consecuencias? ¿Seguirá siendo para siempre un hombre postrado (¡hay tantos casos!) o se precipitará en la locura de una manía irreprimible con iniciativas peligrosas que ni él ni nadie pueden controlar?

Y más grave aún, ¿cómo concordar las explicacio-

nes que cada uno ha esbozado por su cuenta (tantos íntimos, tantas explicaciones; cada uno tiene su propio «después» para intentar comprender y soportar lo insoportable), para ver aunque sólo sea con alguna claridad el drama del homicidio de una mujer a la que no siempre conocieron bien, pero sobre la que, por algunos indicios y apariencias superficiales y de humor, se habían —forzosamente— forjado cuando menos una idea propia y no siempre favorable (no siempre se soporta fácilmente a la amiga de un amigo); cómo, pues, concordar sus ideas propias sobre el drama con las «explicaciones» que su amigo se propone y les propone, explicaciones íntimas, confidencias, que a menudo sólo son desconcertantes búsquedas a tientas, y en cualquier caso en la noche de la «locura», de una imposible claridad?

Aquí tenemos a los amigos en una posición singular. En el período que ha precedido al drama y al interminable tiempo de hospitalización, poseen a menudo observaciones y detalles que el enfermo, preso de la profunda amnesia que le protege como una defensa, ha olvidado. Ellos conocen, pues, mejor que él muchos episodios, excepto el del momento del drama mismo. Tienen dudas respecto a transmitir a su amigo lo que saben, por miedo a despertar en él la terrible angustia del drama y de sus consecuencias; en especial las alusiones malignas de cierta prensa (sobre todo cuando es el caso de un hombre «conocido»), las reacciones de unos y otros, y quizás, en especial el silencio de algunos, ellos también muy allegados. Saben muy bien que cada uno de ellos ha buscado por su cuenta, o ha hecho todo lo posible para olvidar (una tentativa imposible) y que sus confidencias corren el riesgo de lacerar, debido a las reacciones de su amigo, su solidaridad fraternal: no sólo la fraternidad que les une a su amigo, sino la fraternidad misma que les unía entre ellos. Lo que está en juego, en realidad, no es sólo el destino de su

amigo, sino también, quizás, sin duda, seguramente, el destino de la propia amistad entre ellos.

Ésta es la razón por la que, puesto que hasta el momento cualquiera ha podido hablar en mi lugar, ya que el procedimiento jurídico me ha prohibido toda explicación pública, he decidido explicarme públicamente.

En principio lo hago para mis amigos y, si es posible, para mí: para levantar esta pesada losa sepulcral que reposa sobre mí. Sí, para liberarme solo, por mis propios medios, sin el consejo o la consulta a quienquiera. Sí, para liberarme de la condición en que la gravedad extrema de mi estado me había situado (mis médicos creyeron en dos ocasiones que, físicamente, me moría), de mi crimen y también y en especial, de los efectos equívocos del mandamiento de no ha lugar del que me he beneficiado, sin poder ni de hecho ni de derecho oponerme a su procedimiento. Porque es bajo la losa sepulcral del no ha lugar, del silencio y de la muerte pública bajo la que me he visto obligado a sobrevivir y a aprender a vivir.

Éstos son los efectos nefastos del no ha lugar y he aquí por qué he decidido explicarme públicamente sobre el drama que he vivido. No pretendo nada más que levantar la losa sepulcral bajo la que el procedimiento de no ha lugar me enterró a perpetuidad para dar a todo el mundo las informaciones de que dispongo.

Naturalmente se me concederá el favor de considerar que intervengo con el máximo humano de garantías *objetivas*: no pretendo entregar al público sólo los elementos de mi subjetividad. Así pues, he consultado larga y cuidadosamente a los numerosos médicos que me han cuidado, no sólo durante mi confinamiento, sino mucho antes e incluso después. También he consultado cuidadosamente a buen número de amigos que han seguido de cerca todo lo

que me pasó, no sólo durante mi confinamiento sino mucho antes (dos de ellos han mantenido día tras día un diario de navegación, desde julio de 1980 hasta julio de 1982). También he consultado especialistas en farmacología y biología médica sobre puntos importantes. También he cotejado la mayor parte de los artículos de prensa aparecidos con ocasión del homicidio de mi mujer, no sólo en Francia sino en muchos países extranjeros en los que soy conocido. Por otra parte, he podido constatar que aparte de raras excepciones (de inspiración manifiestamente política) la prensa había sido muy «correcta». Y he hecho lo que nadie había sabido o podido hacer hasta ahora: he juntado y confrontado, como si se tratara del caso de un tercero, toda la «documentación» disponible, a la luz de lo que he vivido e inversamente. Y he decidido con toda lucidez y responsabilidad tomar por fin a mi vez la palabra para explicarme públicamente.

Deliberadamente me guardaré de toda polémica. Ahora tomo la palabra: naturalmente se verá que sólo me comprometo a mí mismo.

Me han dicho: «Volverás a sacar a la luz todo el caso. Es mejor que te calles y que no “revuelvas las aguas”». Me han dicho: «Sólo hay una solución, el silencio y la resignación, el peso de la sociedad es tal que tu explicación no puede cambiar nada». No creo en semejantes precauciones. No creo en forma alguna que mis «explicaciones» vayan a relanzar la polémica sobre mi caso. Por el contrario, creo que me encuentro en disposición no sólo de explicarme con cierta claridad sobre mí mismo, sino también de llevar a los otros a reflexionar sobre una experiencia concreta en la que la «confesión» crítica no tiene ningún precedente (aparte de la admirable confesión de Pierre Rivière que publicó Michel Foucault, y, sin duda, de otras que ningún editor ha querido publicar por razones filosóficas o políticas). Una ex-

perencia vivida en las formas más agudas y más atroces, que me supera, en verdad, porque pone en tela de juicio y en juego gran número de cuestiones jurídicas, penales, médicas, analíticas, institucionales y, en definitiva, ideológicas y sociales, es decir aparatos que interesarán quizás a algunos de nuestros contemporáneos, y que pueden ayudarles a ver un poco más claro en los grandes debates recientes sobre el derecho penal, el psicoanálisis, la psiquiatría, el encierro psiquiátrico y sus relaciones incluso en la conciencia de los médicos, que no escapan a las condiciones y a los efectos de las instituciones sociales de todo orden.

Por desgracia no soy Rousseau. Pero al dar forma a este proyecto de escribir sobre mí y el drama que he vivido y vivo aún, a menudo he pensado en su audacia inaudita. No porque pretenda decir con él, como al principio de las *Confesiones*: «Concibo una empresa que nunca tuvo ejemplo». No. Pero creo poder suscribir honradamente su declaración: «Diré en voz alta: he aquí lo que he hecho, lo que he pensado, lo que fui». Y yo añadiría sencillamente: «Lo que yo he comprendido o creído comprender, aquello de lo que yo ya no soy totalmente el dueño, sino en lo que me he convertido».

Una advertencia: lo que sigue no es un diario, ni memorias, ni autobiografía. Sacrificando todo lo demás, sólo he querido expresar el impacto de los efectos emotivos que han marcado mi existencia y le han dado su forma: aquella en la que me reconozco y en la que pienso que se me podrá reconocer.

Esta relación escrita sigue en ocasiones un orden temporal, a veces lo anticipa, otras recurre a la memoria: no para confundir los momentos, sino muy al contrario para destacar de nuevo, a través del encuentro de los tiempos, lo que constituye de forma durable las afinidades maestras y evidentes de los

afectos alrededor de los cuales, por así decirlo, me formé.

Este método se me impuso con naturalidad: cualquiera lo podrá juzgar por sus efectos. Igual que podrá juzgar por sus efectos el dominio en mi vida de ciertas formaciones violentas que no hace mucho denominé Aparatos Ideológicos de Estado (AIE) y a los que no he podido, ante mi propia sorpresa, dejar a un lado para comprender lo que me sucedió.

III

Nací el 16 de octubre de 1918, a las cuatro y media de la madrugada, en la casa forestal del Bois de Boulogne, en el municipio de Birmandreïs, a quince kilómetros de Argel.

Me han dicho que mi abuelo, Pierre Berger, bajó corriendo hasta la parte alta de la ciudad para avisar a una doctora rusa, conocida de mi abuela; que aquella mujer, grosera, jovial y entusiasta, trepó hasta la casa, hizo de comadrona de mi madre y, viendo mi gruesa cabeza, aseguró: «¡Éste no es como los demás!». Esta frase, transformada, iba a perseguirme durante mucho tiempo. Recuerdo que mi prima y mi hermana repetían al referirse a mí, cuando yo bordeaba la adolescencia: «Louis es un “tipa-parte”». Las dos palabras se convertían en una sola.

Cuando vine al mundo, mi padre se encontraba ausente desde hacía nueve meses: primero en el frente, después retenido en Francia hasta que le desmovilizaron. Durante seis meses no tuve, pues, padre en mi cabecera y hasta marzo de 1919 viví con mi madre sola, en compañía de mi abuelo y mi abuela maternos.

Los dos eran hijos de campesinos pobres de la región de Fours, en el Morvan (Nièvre). De jóvenes, los dos cantaban el domingo en la iglesia. Mi abuelo, el joven Pierre Berger, al fondo de la iglesia, en la tribuna que corona la gran puerta de entrada junto a la cuerda que tira de la campana, con los chicos del pueblo. Mi abuela, la joven Madeleine Nectoux, cerca del coro, con las chicas. Madeleine iba al colegio de las monjas, que arreglaron el casamiento. Decidieron que Pierre Berger era un chico honrado y que cantaba bien. Era bajo y robusto, algo reservado, pero bajo su joven bigote, un guapo mozo. El casamiento se hizo como entonces en aquella tierra: sin historias. Pero ni del lado de los parientes de mi abuelo, ni del lado de los parientes de mi abuela, había tierra suficiente para instalar y alimentar a la joven pareja. Era necesario encontrar una posición en otra parte. Era la época de Jules Ferry y de la epopeya colonial de Francia. Mi abuelo, nacido cerca de los bosques y sin deseos de abandonarlos, soñaba con un puesto de guarda forestal en Madagascar. Madeleine no lo veía con los mismos ojos. Desde antes del casamiento, había precisado sus opiniones tajantes: «Guarda forestal, de acuerdo, pero no más lejos que Argelia, ¡si no, yo no me caso contigo!». Mi abuelo tuvo que ceder; fue la primera vez, pero no la última. Mi abuela era una mujer lúcida, sabía lo que quería, pero siempre se mostraba serena y mesurada en sus decisiones y propósitos. Toda la vida fue el elemento de equilibrio dentro de la pareja.

Así, los Berger se expatriaron a Argelia, donde mi abuelo llevó a cabo una carrera de guarda forestal en las montañas más remotas y salvajes de Argelia, cuyos nombres me han vuelto a la memoria porque se convirtieron, a partir de los años sesenta, en los lugares más importantes de refugio y combate de la resistencia argelina.

Mi abuelo arruinó su salud en interminables via-

jes diurnos y nocturnos a caballo. Era apreciado por los árabes y los bereberes. Su labor consistía en proteger los bosques contra las cabras que trepaban por los árboles y devoraban los brotes tiernos, pero en especial tenía que luchar contra los fuegos, que podían quemar los bosques. También estaba encargado de trazar las rutas en los accidentes de un relieve difícil y supervisar las obras. Una noche, con la nieve cubriendo todo el macizo de Chréa, partió solo a pie por la montaña para socorrer a un equipo sueco que se había aventurado hasta allí y se había perdido. Mi abuelo consiguió, nadie supo nunca cómo, encontrarlos y les condujo, tres días y tres noches después, extenuados, hasta la casa forestal. Le condecoraron por este acto de abnegación: aún conservo su cruz.

Durante todo el tiempo de sus viajes y obras, mi abuela se quedaba sola, día y noche, en la casa forestal aislada en el bosque. Insisto sobre este punto, que no deja de tener importancia. Arrojados sin transición del campo de Morvan, donde reinaba la convivencia campesina tradicional, a los bosques más remotos y salvajes de Argelia, mis abuelos vivieron casi cuarenta años prácticamente *solos*, incluso cuando les llegaron sus dos hijas. La única sociedad de la que podían disfrutar era la de los árabes y de los bereberes del lugar, nunca los mismos, y la inspección irregular (una vez cada año) de los «jefes» de los Bosques y Montes de Argelia, entre ellos un tal M. de Peyrimoff, para quien mi abuelo alimentaba y almohazaba un bello caballo de raza, que sólo utilizaba aquel señor. Aparte de esto, algunas visitas muy escasas a los caseríos cercanos o a los pueblos alejados. Esto era todo.

Mi abuelo no paraba nunca. Constantemente inquieto, refunfuñando incesantemente, no se permitía ni un instante de respiro, siempre en camino o preparándose para partir. Cuando se iba, a menudo

para muchos días y noches, mi abuela se quedaba sola. Ella me ha hablado a menudo de la insurrección de «Marguerite». Estaba sola en la casa del guarda forestal con sus dos hijas y las tropas de árabes exaltados posiblemente pasarían por los alrededores inmediatos y, a pesar de que mi abuelo y mi abuela gozaban del afecto de los indígenas del lugar, como aquellas tropas venían de otros sitios muy lejanos, se podía temer lo peor de su furia. La noche de mayor riesgo, mi abuela la pasó sin dormir, con sus dos hijitas (una de ellas mi futura madre) durmiendo sin temor a su vera. Pero ella estuvo toda la noche con un fusil de caza cargado sobre las rodillas. Me dijo: dos balas en el cañón para mis dos hijas y una tercera al alcance de la mano para mí. Hasta la mañana. La insurrección tuvo lugar lejos de allí.

Doy noticia de este recuerdo encubridor contado por mi abuela mucho tiempo después, porque se me quedó como uno de mis terrores de niño.

He conservado otro, también contado por mi abuela, que me hizo estremecer. Era en otra casa forestal, en el macizo de Zaccar, a gran distancia de Blida, la ciudad más próxima. Mi futura madre y su hermana, de unos seis y cuatro años aproximadamente, jugaban en un ancho y rápido reguero de agua fresca que discurría al aire libre entre dos orillas de cemento. Un poco más lejos el agua se precipitaba en un sifón y ya no se la veía reaparecer. Mi futura madre cayó en el reguero, fue arrastrada por la corriente y estaba a punto de desaparecer dentro del sifón, cuando mi abuela llegó para salvarla en el último minuto agarrándola por los cabellos.

Había, pues, amenazas de muerte en mi cabeza de niño, y cuando mi abuela me contaba aquellos episodios dramáticos, se trataba de mi propia madre, de su muerte. He temblado por ello durante mucho tiempo, de forma natural (ambivalencia), como si lo hubiera inconscientemente deseado.

Aislados como estaban, no sé cómo mi futura madre y su hermana pequeña pudieron estudiar. Imagino que mi abuela se ocupó de ello. Sobrevino la guerra. Mi abuelo fue movilizadado en su lugar de residencia y como final de su carrera M. de Peyrimoff le hizo ocupar el puesto de la bella casa forestal del Bois de Boulogne que dominaba toda la ciudad de Argelia. Era mucho menos aislado y el trabajo menos duro. Sin embargo la ciudad se encontraba a quince kilómetros y era necesario recorrer cuatro kilómetros a pie hasta la estación de Colonne-Voirol para coger el tranvía, que llevaba a la plaza del Gouvernement, en plena ciudad, muy cerca de Bab-el-Oued, a las calles bulliciosas y hormigueantes de los blancos (franceses, españoles, malteses, libaneses y otros mediterráneos que hablaban el «sabir»). Pero mi abuelo y mi abuela no bajaban nunca a la ciudad, salvo en muy raras ocasiones. En una de ellas, en las oficinas locales de los Bois et Forêts, conocieron a un funcionario, llamado Althusser, casado y padre de dos chicos, Charles, el mayor, y Louis.

¡Otra familia de emigrados recientes! No he conocido al abuelo Althusser, pero a la madre sí, una extraordinaria mujer tiesa como un palo de escoba, de un hablar áspero y un carácter cortante. La he visto poco, porque mi padre no le tenía mucho cariño, pagándola con la misma moneda con que ella le pagaba a él y a todos nosotros.

Otro recuerdo que escuece. Los Althusser, en 1871, después de la guerra entre Napoleón III y Bismarck habían optado por Francia, y como muchos alsacianos que quisieron seguir siendo franceses, habían sido convenientemente «deportados» a Argelia por el gobierno de la época.

Cuando el padre Berger fue trasladado al Bois de Boulogne, mi futura madre (Lucienne) y su hermana pequeña (Juliette) pudieron asistir a la escuela de Colonne-Voirol. Mi madre fue una alumna ejemplar,

juiciosa, virtuosa como nadie y tan disciplinada hacia los maestros como lo era con su propia madre. Mi tía, por el contrario, era la fantasiosa de la familia, la única, Dios sabe por qué.

Los Berger y los Althusser se vieron de vez en cuando. Los Althusser «subían» a veces el domingo a la casa forestal y los niños respectivos crecían y, como se encontraban relativamente acordes en edad (es decir, las niñas mucho más jóvenes que los niños, detalle cuya importancia se verá más adelante) los padres decidieron casarlos. No sé por qué a Louis, el menor, con Lucienne y al mayor, Charles, con Juliette. Es decir, *lo sé muy bien*: para respetar las afinidades que se habían manifestado e impuesto desde un primer momento. Porque Louis también era un alumno muy bueno, muy juicioso y muy puro, interesado por la literatura y la poesía: iba a preparar el examen de ingreso en la Normale Supérieure de Saint-Cloud. Mi padre, el mayor, acababa de conseguir el diploma de primera enseñanza, por lo que mi abuela paterna le puso sin más a trabajar como ordenanza en un banco: el abuelo paterno no dijo ni una palabra al respecto. En realidad, no había en la familia bastante dinero para pagar los estudios de dos muchachos y mi abuela paterna detestaba a Charles, su hijo mayor. Cuando lo puso a trabajar, él contaba trece años.

He conservado un par de recuerdos de aquella abuela imposible. Uno, más bien divertido pero lleno de sentido, procede de mi padre, quien a menudo me explicó el asunto de Fachoda. Al anuncio de la amenaza de guerra entre Inglaterra y Francia por un trozo de fortaleza en África, mi abuela paterna no vaciló: ordenó al instante a mi padre que corriera inmediatamente a comprar veinte kilos de azúcar y treinta kilos de judías, buena receta contra el hambre, porque las judías que se conservan bien, excepto las «charençons» y es algo que alimenta como la

carne. A menudo he pensado en aquellas judías desde que supe que constituían la base de la nutrición de los países miserables de la América Latina, y siempre me ha encantado hartarme de ellas (pero eso lo he heredado de mi abuelo materno de Morvan), de esas gruesas y rojas judías italianas de las que ofrecí un plato a Franca, la espléndida muchacha siciliana de la que me iba a enamorar ciegamente mientras que ella callaba, para llevarlo en su corazón.

En otra ocasión (no fue nada divertido y esta vez es un recuerdo propio) estaba con aquella terrible abuela en un apartamento que dominaba la avenida al borde del mar, en la que tenía lugar en Argel el gran desfile de tropas del 14 de julio, bajo un sol de plomo, ante todos los barcos engalanados del puerto. No sé por qué estábamos en aquel apartamento demasiado lujoso para nosotros. Después del desfile de las tropas, la abuela, a quien me daba asco besar, ya que esa mujer-hombre tenía bigotes bajo la nariz y pelos por toda la cara, que «picaban», y no poseía nada agradable, ni siquiera una sonrisa, sacó de un rincón una raqueta barata (yo estaba empezando por entonces a jugar al tenis con la familia). Era un regalo para mí. No vi más que la rigidez de escoba de mi abuela y la rigidez del mango de mala calidad de mi raqueta. Repulsión. Decididamente, no podía soportar a las mujeres-hombres incapaces de un solo gesto de amor y de generosidad.

Llegó, pues, la guerra. Mi madre (aún adolescente o casi cuando lo conoció, dieciséis años cuando lo trató, y que no se había relacionado ni siquiera como amigo, con ningún hombre antes que él), se encontraba a gusto en compañía de Louis. Como él, adoraba los estudios en los que todo sucede en la cabeza, y sobre todo no en el cuerpo, bajo la enseñanza y la protección de buenos maestros llenos de virtud y de certezas. Razón para comprenderse en

profundidad. Tan juiciosos y puros —en especial, puros— el uno como el otro, viviendo en el mismo mundo de especulaciones y de perspectivas etéreas, sin implicación alguna del cuerpo, aquella «cosa» peligrosa, muy pronto se convirtieron en cómplices para intercambiar sus pasiones puras y sus sueños incorpóreos. Más adelante, yo diría ante un amigo, que me lo ha recordado, esta frase terrible: *«Lo fastidioso es que existen los cuerpos, o peor aún, los sexos»*.

En la familia consideraban a Lucienne y Louis como prometidos y, muy pronto, los prometieron. Cuando Charles y Louis se fueron a la guerra, Charles en artillería, Louis en lo que iba a convertirse en la aviación, mi madre sostuvo una interminable correspondencia pura con Louis. Mi madre siempre conservó un paquete de cartas cerrado que me intrigaba. De vez en cuando los hermanos, por turno o juntos, llegaban de permiso. Mi padre enseñaba a todo el mundo las fotografías de sus gigantes cañones de largo alcance, con él delante, siempre de pie.

Un día, aproximadamente a principios de 1917, mi padre se presentó solo en la casa forestal del Bois de Boulogne, y anunció a la familia Berger que su hermano Louis había muerto en el cielo de Verdún, en un aeroplano en el que servía como observador. Después Charles llevó aparte a mi madre en el gran jardín y acabó por proponerle (estas palabras me las ha repetido numerosas veces mi tía Juliette) «ocupar junto a ella el puesto de Louis». Al fin y al cabo, mi madre era guapa, joven y deseable y mi padre quería muy sinceramente a su hermano Louis. Con toda seguridad, puso en su declaración toda la delicadeza posible. Mi madre sin duda se sintió trastornada por el anuncio de la muerte de Louis, a quien amaba profundamente a su manera, pero sorprendida y desconcertada por la inesperada declaración de Charles. Pero al fin y al cabo todo quedaba en la fa-

milia, las familias, y los padres no podían menos que estar de acuerdo. Tal y como era y como yo la he conocido, sensata, virtuosa, sumisa y respetuosa, sin más ideas propias que las que intercambiaba con Louis, ella aceptó.

El casamiento religioso se debió celebrar en febrero de 1918, en el curso de un permiso de Charles. Entretanto, ya hacía un año que mi madre ejercía como maestra en Argel, en una escuela primaria cerca del parque Galland en la que, a falta de Louis, había encontrado hombres a quienes podía escuchar y con los que podía hablar de temas tan puros como siempre: maestros de la buena época, concienzudos, responsables de su oficio y de su misión, algo mayores que ella (algunos habrían podido ser su padre), respetuosos de pies a cabeza de su condición de muchacha. Por vez primera se había hecho un mundo propio, que le satisfacía conocer y frecuentar, pero nunca fuera de clase. Entonces un buen día llega mi padre del frente y se celebra el matrimonio.

Mi madre siempre me ha ocultado los detalles de aquel horrible casamiento, del que evidentemente yo no puedo tener ningún recuerdo personal, pero del que mi tía, la hermana pequeña de mi madre, mucho tiempo después y en numerosas ocasiones, me ha hablado. Si aquellas explicaciones tardías me han impresionado tanto, habrá sido seguramente con razón: las debí revestir de un horror personal para inscribirlas en el linaje repetitivo de otros choques afectivos de la misma tonalidad y violencia. Muy pronto se verá cuáles son.

Celebrada la ceremonia, mi padre pasó algunos días con mi madre antes de partir para el frente. Según parece, mi madre conservó un triple recuerdo atroz: el de haber sido violada en su cuerpo por la violencia sexual de su marido, el de ver dilapidados por él, en una noche de francachela, todos sus ahorros de jovencita (¿quién no comprendería a mi pa-

dre, que iba a volver al frente, Dios sabe, si quizás para morir?; pero también era un hombre muy sensual que, antes que mi madre había tenido —¡horror!— aventuras de soltero e incluso una amante llamada Louise [ese nombre...], a la que había abandonado para siempre sin una palabra una vez casado, una misteriosa muchacha pobre de la que también me habló mi tía como de la persona cuyo nombre nadie debía pronunciar en la familia). Y por último, decidió sin apelación que mi madre debía abandonar inmediatamente su trabajo de maestra, y por tanto el mundo de su elección, pues tendrá hijos y él la quiere para él solo en el hogar.

Vuelve a partir hacia el frente, dejando a mi madre trastornada, robada y violada, desgarrada en su cuerpo, despojada del poco dinero que había economizado pacientemente (una reserva, no se sabe nunca: sexo y dinero aquí se asocian estrechamente), separada sin remisión de la vida que había conseguido labrarse y amar. Si doy estos detalles, es porque seguramente debieron concurrir a formar *posteriormente*, y por tanto a confirmar y reforzar en el inconsciente de mi «espíritu» la imagen de una *madre mártir y sangrante como una herida*. Aquella madre asociada a recuerdos (referidos también mucho tiempo más tarde), a episodios de una amenaza de muerte precoz (evitada por milagro), iba a convertirse en la madre sufriente, consagrada a un dolor exteriorizado y llena de reproches, martirizada en su casa por su propio marido, todas las heridas abiertas: masoquista y, en consecuencia, terriblemente sádica, tanto en la relación con mi padre que había ocupado el puesto de Louis (y por lo tanto formaba parte de su muerte), como en relación a mí (puesto que ella no podía sino desear mi muerte, como aquel Louis, a quien amaba, había muerto). Ante este doloroso horror, yo debía sentir sin cesar una inmensa angustia sin fondo, así como la com-

pulsión de dedicarme en cuerpo y alma a ella, de ofrecerme sacrificialmente a socorrerla para salvarme de una culpabilidad imaginaria y salvarla a ella de su martirio y de su marido, con la convicción inextirpable de que ésa era mi misión suprema y mi suprema razón de vivir.

Por añadidura, mi madre se consideraba arrojada, esta vez por su marido, en una nueva soledad sin recurso posible, y conmigo en una soledad a dos.

Cuando vine al mundo me bautizaron con el nombre de Louis. Lo sé demasiado bien. Louis: un nombre que, durante mucho tiempo, me ha provocado literalmente horror. Me parecía demasiado corto, con una sola vocal y la última, la *i*, acababa en un agudo que me hería (cf. más adelante el fantasma de la estaca). Sin duda decía también demasiado en mi lugar: *oui*, y me sublevaba contra aquel «sí» que era el «sí» al deseo de mi madre, no al mío. Y en especial significaba: *lui*, este pronombre de tercera persona, que, sonando como la llamada de un tercero anónimo, me despojaba de toda personalidad propia, y aludía a aquel hombre tras de mí: *Lui, era Louis*,* mi tío, a quien mi madre amaba, no a mí.

Aquel nombre había sido escogido por mi padre, en recuerdo de su hermano Louis muerto en el cielo de Verdún, pero en especial por mi madre, en recuerdo de aquel Louis a quien ella había amado y no dejó, durante toda su vida, de amar.

* Juego de palabras del autor con la fonética francesa: «Louis», Luis; «lui», en castellano «él». «Él era Louis»; «oui», en castellano, «sí». (*N. de la T.*)

IV

De todo el tiempo que pasamos en Argel (hasta 1930), guardo dos tipos de recuerdos insostenible y felizmente contrastados. Los de mis padres con los que compartía la vida en familia y de la escuela donde iba, y los de mis abuelos maternos durante todo el tiempo que vivieron en la casa forestal del Bois de Boulogne.

El recuerdo más lejano que conservo de mi padre (pero es tan «precoz» que tal vez sea sólo un recuerdo encubridor recompuesto después), es el instante mismo de su regreso de Francia, seis meses después del fin de la guerra. Esto es lo que veo o creí ver. Mi madre que me da vergüenza con la obscenidad de sus senos casi al descubierto, distendida, me tiene sobre sus rodillas, y entonces se abre la puerta de la planta baja, que da al gran jardín, hasta el infinito del mar y del cielo: en su encuadre, sobre el fondo del aire de primavera, surge una silueta muy alta y delgada, y tras ella, sobre su cabeza, en lo alto de las nubes, el largo cigarro negro del *Dixmude*, aquel dirigible alemán cedido a Francia a título de reparaciones de guerra, que se iba a precipitar en un ins-

tante en el fuego y el mar. No sé ni cuándo, ni, en especial, cómo, debí posteriormente componer o recomponer aquella imagen, en la que mi padre aparece con el fondo de un símbolo demasiado claro, sexo y muerte en la catástrofe. Pero aquella asociación, incluso si es el efecto de una elaboración, sin duda tiene su importancia, como se verá, en el cortejo de mis marcas inaugurales.

Mi padre era un hombre de alta estatura (un metro ochenta y cuatro), con una bella cara alargada, en la que destacaba una nariz afilada y muy correcta («un emperador romano»), que lucía un fino bigote que conservó sin variar hasta la muerte, y con una frente alta que respiraba inteligencia y astucia. En realidad era verdaderamente muy inteligente y no sólo con inteligencia práctica. Por otra parte dio pruebas de ello en su trabajo, pues aunque entró en el banco como un simple ordenanza, y armado sólo con el diploma de enseñanza primaria, subió sin dificultad todos los escalones de la Compagnie Algérienne, integrada más tarde en el Banque de l'Union Parisienne, y después en el Crédit du Nord. Llegó a director general de las sucursales marroquíes de la Compagnie Algérienne, luego a director de la importante plaza de Marsella, después de una doble etapa, en un principio en Marsella como apoderado con poderes ejecutivos y luego en Lyon como subdirector. Su competencia y su entendimiento de los temas financieros y de los negocios, sin hablar de las técnicas y de la organización de la producción (le encantaba hacerse explicar sobre el terreno todos los negocios en que intervenía su banco) fueron muy apreciados por sus superiores de París, de ahí sus ascensos y desplazamientos sucesivos y las peregrinaciones (entre Argel, Marsella, Casablanca y Lyon) que impuso a nuestra reducida familia así como las innumerables mudanzas de las que mi madre no dejaba de quejarse abiertamente a quien quisiera es-

cucharla: también sobre este capítulo, era una queja constante por la que yo sufría terriblemente.

Mi padre, en el fondo muy autoritario, y muy independiente desde todos los puntos de vista, incluso y quizás en especial en lo que se refería a los suyos, había separado de una vez por todas los dominios y los poderes: a su mujer sólo el hogar y los hijos, para él su trabajo, el dinero y el mundo exterior. Con respecto a esta división nunca admitió la menor disputa. Jamás tomó la más mínima iniciativa por lo que se refería a nuestra casa ni a nuestra educación. En este terreno, mi madre tenía todos los poderes. En compensación, él nunca habló en casa de su trabajo ni de sus relaciones de fuera (aparte de *dos* de sus amigos a quienes nos hizo conocer, uno de los cuales tenía un coche que en una ocasión nos condujo hasta las nieves de Chr  a). Sólo seis meses antes de su muerte, en el pequeño pabellón de Viroflay   n el que vivía desde su jubilación, mi padre habl  . Hay que decir que fui yo quien tuvo la audacia, tan tardía, de preguntarle; además, él present  a que el fin estaba próximo, la «decrepitud», como decía. Me contó que él supo de siempre lo que le esperaba en el banco.

Cuando estaba en Lyon al principio del gobierno de Vichy (hasta 1942), se había negado a tomar parte en una asociación de banqueros que preconizaban la revolución nacional. Pas   lo mismo en Marruecos cuando el general Juin jur   «hacer morder el polvo» a Mohammed V, mi padre, que era el personaje más importante de la banca marroquí, mientras que el conjunto de los directores de banco cortejaba al Gobernador general, él permaneció ostensiblemente, a la vista de todos, en una reserva declarada. Cuando se jubiló, poseía la suficiente competencia, experiencia y títulos para que la dirección general de París tomara, como era la costumbre y en su propio interés, la decisión de incluirlo en su grupo. «Sabía que nunca lo harían, yo no era de la familia, ni de la

escuela politécnica, ni protestante, ni casado con una de sus hijas.» Agradecieron los servicios prestados sin una palabra. ¡Pero qué competencia y qué amplitud de miras! Cuando le pregunté ese día sobre la coyuntura económica y financiera, aquel hombre mayor, ya muy menguado físicamente pero con la cabeza clara, me hizo una notable exposición sobre la situación no sólo económica y financiera, sino también política, que me dejó estupefacto por su inteligencia, su agudeza, su sentido de los problemas y de los conflictos sociales. Yo había vivido al lado de aquel hombre, sin sospecharlo. Pero durante toda su vida había callado respecto a sí mismo y nunca me había atrevido a interrogarlo, a hacerle hablar sobre su persona. Por otra parte, ¿me habría respondido? Debo confesar, además, que yo había odiado a mi padre durante mucho tiempo por hacer sufrir a mi madre, lo que yo vivía como un martirio para ella y, en consecuencia, también para mí.

Sin embargo en Marsella después de la guerra, en una ocasión en que fui a buscarle a su despacho, entraron unos colaboradores para mostrarle unos expedientes. Tenía fama de decidir sin vacilación. En silencio, pasó revista a los expedientes, levantó la cabeza y dijo algunas palabras a los dos colaboradores que esperaban delante de él. Unas palabras medio masculladas, medio barruntadas, totalmente ininteligibles para mí. Sus colaboradores salieron de la habitación sin preguntarle nada. «¡Pero no han comprendido nada!» «No te preocupes, ya comprenderán.» De esta manera, por azar, supe cómo mi padre dirigía su banco. Más adelante me confirmó esta impresión uno de sus antiguos colaboradores al que me encontré en París: «A su padre, apenas si le comprendíamos, muy a menudo salíamos sin habernos atrevido a pedirle que repitiera sus frases». «¿Y entonces?». «Entonces, nos tocaba a nosotros actuar.» Mi padre «gobernaba» de esta manera: sin hacerse

comprender nunca verdaderamente, una manera quizás de dejar a sus colaboradores frente a una responsabilidad que ellos sabían sancionada, pero no definida explícitamente. Sin duda conocían su oficio, sin duda hacía tiempo que él los había formado en su escuela, sin duda conocían lo bastante bien a mi padre para comprender hacia qué lado se inclinaba. ¡Su propio chófer no siempre le entendía, cuando se trataba de un nuevo itinerario! De esta manera, mi padre se había convertido en un personaje campechano pero autoritario y hasta cierto punto enigmático en sus borborigmos, a quien sus empleados habían aprendido, si no querían ser reñidos con brusquedad, a prever sus decisiones, que eran casi ininteligibles. Dura escuela del «gobierno de los hombres», que ni Maquiavelo hubiera imaginado y cuyo éxito fue sorprendente. Antiguos colaboradores de mi padre que conocí después de su muerte me confirmaron su extraña conducta y sus efectos. No le habían olvidado y hablaban de él con una admiración que rayaba la devoción: no había nadie como él. Un «tipaparte».

Nunca he sabido qué parte de conciencia deliberada o de indecisión interna, incluso de malestar interior, entraba en el comportamiento de mi padre en su relación con el prójimo, y hasta consigo mismo. Toda su capacidad y su inteligencia debían conjugarse con una profunda incomodidad para expresarse claramente ante los demás, con una reserva no tanto de principios como de hechos, en la que subyacía una reticencia anclada en el alma. Aquel hombre autoritario, dominado a veces por arrebatos violentos, al mismo tiempo y en el fondo se veía paralizado en su expresión por una especie de impotencia a mostrarse ante los demás, temor que le abocaba a la reserva y le hacía poco apto para las decisiones claramente expresadas. Además, sin duda, de otra convicción silenciosa para sí misma, que debía provenir

de sus humildes orígenes. Sin duda fue aquella reserva sin expresión manifiesta la que hizo que tanto en Lyon como en Casablanca él fuera un personaje que no entrara en el juego de la gente de casta y de las autoridades de la época. Hay que ver cómo los conflictos y oposiciones de clase pueden, en definitiva, situarse.

Si hablo tanto de mi padre es porque en casa nos reservaba exactamente el mismo trato. Ciertamente había prescrito y abandonado exclusivamente a mi madre el dominio del hogar, la educación, la vida cotidiana de los niños y de todas las cuestiones anejas: vestidos, vacaciones, teatro, música, qué sé yo... No intervenía nunca —o muy rara vez— más que con breves tartamudeos, y únicamente para demostrar su mal humor. Por lo menos sabíamos que estaba furioso, pero nunca la razón. Sentía una auténtica adoración por mi madre tal como la había confinado en sus deberes: «¡La vibrante Mme. Althusser!», le gustaba repetir en ocasiones, en especial frente a terceros, citando la expresión de su director de Argel, M. Rongier, que había sabido distinguirlo, y a quien él veneraba. Por el contrario, mi madre no dejaba de hablar sin freno ni control, con una espontaneidad inconsciente e infantil, y para mi gran sorpresa (y para mi vergüenza), mi padre se lo disculpaba todo en público. A mi hermana y a mí nunca nos decía nada. Pero en vez de liberarnos en nuestros deseos, nos aterrorizaba con sus silencios inescrutables, o al menos me aterrorizaba a mí.

Ante todo, me impresionaba por su fuerza. Alto y fuerte, sabía que guardaba en su armario el revólver de ordenanza y temblaba de que algún día pudiera utilizarlo. Como aquella noche en Argel en la que, para responder al ruido de los vecinos del rellano, se lanzó en pleno furor con gritos dementes acompañados de un estruendo de cacerolas y sacó su arma. Temblaba ante la idea de que aquello acabara con

un enfrentamiento físico y disparos. Por suerte o por miedo, en seguida se hizo el silencio.

Muy a menudo, durante la noche, mientras dormía emitía terribles aullidos de lobo a la caza o aco-rralado, ruidos interminables, de una violencia insostenible, que nos obligaban a meternos bajo la cama. Mi madre no conseguía despertarle de sus pesadillas. Para nosotros, cuando menos para mí, la noche se convertía en terror y vivía constantemente con el temor de sus insoportables gritos bestiales, que nunca he podido olvidar. Más tarde, cuando adopté la mayor agresividad en la defensa de mi madre mártir contra él, cuando ya le había provocado suficientemente para su gusto, se enderezaba, se levantaba de la mesa antes de acabar su comida, soltaba una única palabra, «¡Fautré!»,* daba un portazo y desaparecía en la noche. Se apoderaba de nosotros, o al menos de mí, una angustia atroz: había abandonado a mi madre, nos había abandonado (mi madre parecía indiferente). ¿Se había ido para siempre? ¿Volvería o desaparecería para siempre? Nunca supe qué hacía en este caso, sin duda se perdía en la noche de las calles. Pero en cada ocasión, al cabo de un tiempo que me parecía interminable, volvía a casa y, sin decir palabra, se iba a la cama, solo. Siempre me pregunté qué podía decir seguidamente a mi madre, la mártir, o si le decía algo. Lo imaginaba incapaz de decirle no importa qué. Y tanto antes como después de su estallido, en cualquier caso nos correspondía el mismo hombre, incapaz de tratarnos de otra manera que obrando silenciosa y ostensiblemente a su «antojo». Luego, todo pasaba.

Pero esto era sólo un aspecto del personaje. Cuan-

* «Fautré»: palabra inventada por el padre de Louis Althusser. Sin duda procede de la contracción de *faute-outré* (*allez vous faire*), *foutre*, algo así como «vete a hacer puñetas». (N. de la T.)

do se encontraba entre amigos (los pocos que conocimos), lejos de las preocupaciones del trabajo, demostraba una ironía mordaz irresistible. Se burlaba con la gente y se burlaba a costa de ella, acumulaba agudezas y pullas provocativas, siempre más o menos cargadas de alusiones sexuales, con una inventiva increíble, arrinconando a sus interlocutores con su risa cómplice e inquieta: tenía demasiada personalidad y nadie podía decir la última palabra delante de él. Nadie, y en especial mi madre, no podía entrar en su juego ni aguantar sus asaltos. Sin duda era otra defensa más para evitar decir lo que pensaba o quería, quizás porque no sabía verdaderamente lo que quería, pero no quería, bajo el velo de una ironía desbocada, más que disimular un malestar y una indecisión profundos. Por encima de todo le gustaba jugar de esta manera con las mujeres de sus amigos. ¡Menudo espectáculo! Y yo sufría por mi madre al verle cortejarlas de forma tan «escandalosa». Le excitaba en especial la mujer de uno de sus colegas del despacho, uno de los pocos amigos que conocíamos. Se llamaba Suzy, era una mujer muy guapa y extrovertida, segura de sus encantos y encantada de que la provocaran de aquella manera. Mi padre se lanzaba al asalto delante de nosotros y era una justa erótica interminable que derretía a Suzy en la confusión, la risa y el placer. En silencio, yo sufría por mi madre y por la idea que habría *debido* hacerme de mi padre.

En realidad, aquel hombre fuerte era profundamente sensual, le gustaban el vino y las carnes sangrantes, tanto como las mujeres. Un buen día, en Marsella, mi madre se encaprichó de un tal doctor Omo, otro espíritu puro en que cayó su ingenuidad. Tenía una hermosa casa de campo en los jardines floridos al norte de la ciudad, donde cultivaba las verduras para su dieta y predicaba el vegetarianismo estricto (en pequeños recipientes con su nombre

que vendía bastante caros). Mi madre entonces nos obligó a seguir a mi hermana y a mí, junto con ella, un régimen puramente vegetariano. ¡Y eso duró seis años enteros! Mi padre no puso ninguna objeción, pero exigió cada día su bistec sangrante. Nosotros comíamos coles, castañas y una mezcla de miel y almendras apiladas ostensiblemente delante de él, que cortaba con toda tranquilidad su carne, para manifestarle nuestra común desaprobación. A veces a mí se me ocurría provocarle y atacarle con una violencia extrema: él nunca respondía, pero algún día se marchó: «¡Fautré!».

Ciertamente, mi padre buscaba en ocasiones mi complicidad. Alguna vez me llevó al estadio, donde le encantaba entrar sin pagar, bajo la mirada avisada de un empleado de su banco que redondeaba un poco sus ingresos controlando las entradas. Me fascinaba su arte de «colarse». Yo no me hubiera atrevido ni a pensarlo, aleccionado como estaba por mi madre y mis maestros en los grandes principios de honradez y de virtud. Mal ejemplo que me ha dejado un espantoso recuerdo, a la entrada de un campo de tenis. Mi padre entró sin pagar como de costumbre. Yo, tras de él, no pude entrar. Me dejó solo. Pero con el tiempo me inspiraría seriamente en su arte de «colarse». Entraba, yo le seguía, asistíamos al partido, que se desarrollaba en un ambiente tumultuoso. Recuerdo que en dos ocasiones, en Saint-Eugène, hubo disparos entre el público. ¡Siempre disparos! (Qué símbolo...) Temblaba como si me los destinaran a mí.

De esta época conservo un recuerdo horrible. En clase nos estaban explicando entonces las Cruzadas, con los pueblos saqueados e incendiados, sus habitantes pasados a cuchillo: la sangre corría en los arroyos de las calles. También empalaban a un buen número de naturales del lugar. Yo me imaginaba siempre a uno, reposando sin ningún apoyo sobre el

palo que se hundía lentamente por el ano hasta el interior del vientre y hasta su corazón y sólo entonces moría en medio de atroces sufrimientos. Su sangre resbalaba por el palo y por sus piernas hasta el suelo. ¡Qué terror! Era a mí a quien atravesaban entonces con el palo (quizás por culpa de aquel Louis muerto que siempre estaba *detrás* de mí). De esta época conservo otro recuerdo que debí de encontrar en un libro. Una víctima estaba encerrada en una virgen de hierro armada de arriba abajo de largas puntas finas y duras que le atravesaban lentamente los ojos, el cráneo y el corazón. Era yo quien estaba encerrado en la virgen de hierro. ¡Qué forma más atroz de morir lentamente! Temblaba durante mucho rato y lo soñaba por la noche. Se me crea o no, no estoy haciendo ni aquí ni en otra parte, «autoanálisis», dejo este asunto a todos esos pequeños maliciosos de una «teoría analítica» a la medida de sus obsesiones y de sus fantasmas propios. Yo refiero únicamente las distintas «impresiones» que me han marcado de por vida, en su forma inaugural y su filiación posterior.

En otra ocasión, mi padre, que había vuelto de la guerra con innumerables fotos de su división de artillería en las que aparecía siempre plantado ante gigantescos cañones, piezas de largo alcance, me llevó a un campo de tiro militar en Kouba. Hizo que apuntara con un pesado fusil de guerra. Sentí un terrible choque en el hombro y caí de espaldas con el insoportable ruido de la detonación. A lo lejos se movieron banderas para indicar que había errado el blanco. Contaba quizás unos nueve años. Mi padre estaba orgulloso de mí. Yo me sentía siempre aterro-
rizado.

Pero cuando, más tarde, me admitieron (de los primeros de la lista, yo, tan buen alumno) en los exámenes de «becas» en 1929, mi padre me preguntó qué regalo quería. Respondí sin vacilar «una

carabina de 9 milímetros de la Fábrica de armas y bicicletas de Saint-Étienne», cuyo catálogo devoraba entonces (tantas cosas que nunca había tenido ni visto, al alcance del deseo...) y conseguí sin más mi carabina con cartuchos y balas, ante la reprobación de mi madre, pero sin que mi padre discutiera ni por un momento mi elección... Una carabina que iba a usar más adelante de manera tan extraña.

Muy pronto me distinguí por un gran acierto en todo tipo de tiros: lanzar piedras sobre latas de conserva vacías, y también con la honda. Intentaba disparar contra los pájaros, pero fallaba siempre. Excepto un día, en la finca de mi abuelo en Bois-de-Velle, donde me puse a perseguir pollos que iban a picotear sus sembrados. A bastante distancia (unos veinte metros) divisé un bonito gallo rojo junto al cercado. Le disparé con mi honda y con terror vi que el gallo, alcanzado en pleno ojo, brincaba de dolor, golpeaba violentamente la cabeza contra el suelo y huía cloqueando. Mi corazón enloqueció durante horas.

Por lo que se refiere a aquella carabina, sucedió lo siguiente. Al principio no la utilizaba más que para practicar con blancos de cartón, cosa que hacía bastante bien. Pero un día en que estábamos en una pequeña propiedad, Les Raves, que a mi padre se le había ocurrido comprar en alturas inaccesibles, recorrí el bosque con mi carabina en la mano en busca de alguna presa de pluma. De repente apercibí una tórtola y le disparé: cayó, la busqué en vano entre los helechos secos; en el fondo estaba persuadido de haber fallado, de que sólo se había dejado caer como un ardid, para escapar de mí. Seguí mi camino y se me ocurrió de repente, sin haber reflexionado, y con mayor motivo sin que supiera por qué, la idea de que, a fin de cuentas, podía probar de matarme. A continuación apunté el cañón del arma contra el vientre e iba a apretar el gatillo cuando una especie

de escrúpulo me detuvo, nunca he sabido por qué. Entonces abrí el cerrojo: había una bala dentro. ¿Cómo podía estar allí? Sin embargo, yo no la había metido. Nunca lo supe. Pero de repente me sentí bañado en sudor de pánico, temblaba de pies a cabeza y tuve que tenderme en el suelo durante un largo rato antes de volver a la casa de campo, más que pensativo. Una vez más se trataba de la muerte, pero en esta ocasión directamente de la mía.

No entiendo por qué relaciono este recuerdo con otro, posterior, que desató en mí el mismo terror pánico. En Marsella, mi madre y yo habíamos salido de nuestro piso en la calle Sebastopol, y para acortar cogimos una larga calle transversal bordeada de altas paredes. Entonces vimos, a distancia en la acera de la derecha, a dos mujeres y un hombre. Las dos mujeres, desenfundadas y gritonas, se pegaban violentamente. Una estaba en el suelo, la otra la arrastraba por los cabellos. El hombre, a un lado, inmóvil, contemplaba la escena sin intervenir. Cuando pasamos cerca del grupo lanzó para nosotros una advertencia perfectamente serena: «Tengan cuidado, ¡"ella" tiene un revólver!». Mi madre siguió su camino, erguida, la mirada al frente, sin querer ver ni oír, totalmente insensible. Ninguna emoción. Nunca me dijo ni una palabra de aquel incidente dramático. Resultaba claro para mí que hubiera tenido que intervenir. Pero yo era un cobarde. Debía de existir una relación singular entre mi madre y yo, mi madre y la muerte, mi padre y la muerte, yo y la muerte. No lo entendí hasta mucho, muchísimo más tarde, en mi análisis.

¿Tuve verdaderamente un padre? Sin duda yo llevaba su apellido y él estaba allí. Pero en otro sentido, no. Porque nunca intervino en mi vida para orientarla en lo más mínimo, nunca me inició en la suya, que habría podido servirme de introducción, por ejemplo, en la defensa física en las peleas de mu-

chachos, y más tarde en la virilidad. Sobre este último capítulo, una vez más fue mi madre quien proveyó por deber, a pesar del horror que le inspiraba todo lo que se refería al sexo. Al mismo tiempo, mi padre buscaba siempre manifiesta, aunque silenciosamente, mi complicidad: tanto en sus hábitos de colarse, como más adelante en sus alusiones a mis relaciones femeninas. Naturalmente nunca quería oír hablar de mujeres que yo pudiera conocer, ni de lo que hiciera con ellas, pero cada vez que salía, lanzaba para mí, ante mi madre silenciosa, una simple frase que no exigía ni comentario ni respuesta: «¡Hazla feliz!». ¿A quién?

¡Sin duda pensaba que él había hecho feliz a mi madre! Ya se comprenderá que éste no había sido el caso: en el fondo mi padre era demasiado inteligente para hacerse, sobre este punto, *la menor ilusión*. Mi madre de joven había sido una mujer muy guapa, once años menor que mi padre, una eterna criatura pasada sin transición de la tutela de los padres a la del marido, sin ninguna experiencia de la vida, tanto de los hombres como de las mujeres, con una única y eterna nostalgia en el corazón: el recuerdo de Louis, aquel antiguo prometido muerto en el cielo, así como de los maestros que había frecuentado en su efímero trabajo, del que mi padre la había apartado brutalmente. También había tenido, en Argel, una única amiga de su edad, tan pura como ella, que se había hecho médico, pero que había sido brutalmente arrancada de la vida por una tuberculosis. Se llamaba Georgette. Cuando nació mi hermana, con toda naturalidad mi madre le puso el nombre de su amiga muerta: Georgette. Otro nombre de muerte.

Pero mi madre, más bien bajita, rubia, con una cara regular y unos pechos muy bellos que vuelvo a ver con una especie de repulsión en mi memoria, es decir en sus fotografías, sin duda me quiso profun-

damente. Yo era el primer hijo de su cuerpo, y un chico, su orgullo. Cuando nació mi hermana, me confiaron el cuidado de velar en todo momento por ella, de acariciarla y luego darle la mano para atravesar las calles con todas las precauciones al uso y, más adelante, velar por ella en todas las ocasiones. Llevé a término fielmente, tan bien como pude, esta misión de niño y de adolescente promovido a una labor de hombre, es decir de padre (mi padre sentía por mi hermana debilidades que me enfurecían, sospeché abiertamente tentativas incestuosas cuando la tenía sobre sus rodillas de una forma que me parecía obscena), misión que, por la solemne gravedad de la que se revestía, debía de ser aplastante para la criatura que yo era e incluso para un adolescente como yo.

Mi madre no dejaba de explicarme que mi hermana era frágil (como ella, sin duda), porque era una mujer y aún conservo en la mente otro recuerdo obsceno que me horrorizó y me escandalizó. Nos encontrábamos en Marsella, mi madre bañaba a mi hermana desnuda en la bañera del piso. También desnudo, yo esperaba mi turno. Vuelvo a oír a mi madre que me dice: «Ves, tu hermana es un ser frágil, está mucho más expuesta que un chico a los microbios» —y acompañaba el gesto a la palabra para demostrar mejor las cosas— «tú tienes sólo *dos agujeros* en el cuerpo, *ella tiene tres*». Sentí que la vergüenza me dominaba ante esta brutal intrusión de mi madre en el dominio de la sexualidad comparada.

Ahora veo muy bien que mi madre se veía literalmente asaltada por fobias: tenía miedo de todo, de llegar tarde, miedo de no tener (bastante) dinero, miedo a las corrientes de aire (siempre tenía dolor de garganta, y yo también, hasta mi servicio militar en que me aparté de su lado), un miedo intenso a los microbios y su contagio, miedo de la multitud y de su ruido, miedo de los vecinos, miedo de los acciden-

tes en la calle y en cualquier parte y, por encima de todo, miedo a las malas compañías y a frecuentar gente dudosa que puede acabar mal: digámoslo de una vez: por encima de todo miedo al sexo, al rapto y a la violación; es decir miedo a ser agredida en su integridad corporal y perder la problemática integridad de un cuerpo aún dividido.

He conservado otro recuerdo de ella, que a mi entender lo sobrepasó todo en horror y en obscenidad. No es en absoluto un recuerdo encubridor, recubierto de impresiones posteriores, sino un recuerdo de los trece o catorce años, extremadamente preciso y aislado como tal, sin que ningún detalle se le haya superpuesto. Que la impresión haya sido reforzada acto seguido por otros incidentes del mismo tenor, es posible y verosímil, pero entonces no hicieron más que acentuar en su propio sentido la vergüenza atroz que sentí entonces y mi indignada rebelión.

Nos encontrábamos en Marsella y yo tenía unos trece años. Desde hace unas semanas observo con intensa satisfacción que siento por la noche vivos y ardientes placeres que provienen de mi sexo, seguidos de un agradable apaciguamiento... y que por las mañanas hay grandes manchas opacas en mis sábanas. ¿Supe que se trataba de poluciones nocturnas? No importa: en cualquier caso supe muy bien que se trataba de mi sexo. Ahora bien, una mañana después de levantarme como de costumbre y mientras tomaba mi café en la cocina, aparece mi madre, sería y solemne y me dice: «Ven, hijo mío». Me arrastra a mi dormitorio. En mi presencia abre las sábanas de mi cama, me señala con el dedo las grandes manchas opacas y endurecidas en las sábanas, me contempla un instante con un orgullo forzado mezclado con la convicción de que ha llegado un instante supremo y que tiene que estar a la altura de sus deberes y me declara: «Ahora, hijo mío, ¡eres un hombre!».

Abrumado por la vergüenza, sentí en mí una rebelión insostenible contra ella. Que mi madre se permitiera registrar mis propias sábanas, en mi intimidad más recóndita, en el recogimiento íntimo de mi cuerpo desnudo, es decir en el lugar de mi sexo como lo hubiera hecho en mis calzoncillos, entre mis muslos para coger mi sexo entre sus manos y blandirlo (¡como si le perteneciera!), ella que sentía horror por todo sexo, que por añadidura se sometía como por obligación (yo me daba cuenta) a aquel gesto y a aquella declaración *obscenos* —en mi lugar, en cualquier caso en el lugar del hombre en el que me había convertido mucho antes de que ella se diera cuenta y sin que ella tuviera nada que ver— eso es lo que me pareció, por lo menos así lo experimenté y lo experimento aún hoy, como el colmo de la degradación moral y de la obscenidad. Propiamente una violación y una castración. De esta manera yo había sido violado o castrado por mi madre, que a su vez se había sentido violada por mi padre (pero eso era asunto suyo, no mío). No nos librábamos, a fin de cuentas, de un *destino familiar*. Y que aquella obscenidad y aquella violación fueran obra de mi madre, que evidentemente actuaba contra natura para llevar a cabo lo que ella consideraba su deber (cuando habría sido el papel de mi padre, cumplir con esa obligación) remataba el cuadro del horror. No profiero ni una sola palabra, salgo dando un portazo, vago por las calles, desamparado y mas-ticando un odio desmedido.

Sufría en mi cuerpo y en mi libertad la ley de las fobias de mi madre. A mí que soñaba en jugar al fútbol con los granujas pobres a los que veía retozar desde lo alto de los cuatro pisos de nuestro apartamento de la calle Sebastopol, en un inmenso des-campado, se me prohibía el fútbol: «¡Cuidado con las malas compañías, además te puedes romper una pierna!». A mí que me fascinaba la compañía de los

niños de mi edad, con los que quería juntarme, para no sentirme solo, para ser admitido y reconocido por ellos como uno de los suyos, para intercambiar con ellos palabras, canicas, incluso puñetazos y aprender de ellos todo lo que yo ignoraba de la vida, para hacer amigos (yo no tenía ninguno entonces)... ¡qué sueño! Prohibido.

Cuando estábamos en Argel, mi madre me hacía siempre acompañar a la escuela municipal, que estaba a una distancia de nuestro domicilio (calle Station-Sanitaire de sólo trescientos metros, con una sola calle apacible que atravesar), por una criada indígena, que había contratado. Para no llegar tarde (aquella fobia de mi madre), llegábamos muy temprano delante de la escuela. Los chicos, franceses e indígenas, jugaban a las canicas junto a las paredes o corrían a quien podía más con gran vocerío en la libertad de la infancia. Yo llegaba estirado como el cumplimiento del deber, acompañado de mi «mora» siempre silenciosa, despreciable y avergonzado hasta el fondo del alma por aquel privilegio de rico (aunque éramos pobres en aquel tiempo), y en vez de esperar fuera que se abriera la puerta de la escuela, tenía como protección de los antiguos colegas de mi madre el privilegio de entrar solo y antes que los demás y esperar en el patio la llegada de los maestros. Invariablemente, uno de ellos, un hombre flaco y bonachón, se paraba delante de mí y me preguntaba, nunca he sabido por qué: «Louis, ¿cuál es el fruto del haya?». «El hayuco» (como él me había enseñado). Me daba un cachete en la mejilla y se iba. Diez minutos largos después se acababa mi soledad: entraban todos los muchachos corriendo y gritando, para precipitarse en las clases, se habían acabado mis esperanzas de mezclarme con ellos. Soportaba, por decirlo así, en la vergüenza que me abrumaba de ser consecuentemente señalado como un «enchufado» de los maestros, aquella ceremonia

insoponible, cuya única finalidad era tranquilizar a mi madre de todos los peligros de la calle: las malas compañías, el contagio de microbios, etc.

Otro recuerdo violento. Un día me encuentro en el patio, es el recreo, juego a las canicas con un chico mucho más pequeño que yo. Soy bastante bueno jugando a las canicas y siempre gano. Así que me hago con todas las canicas del muchacho. Pero él quiere a toda costa quedarse con una. Eso está en las reglas. Y de repente, sin que sepa de dónde me viene ese impulso violento, le doy una fuerte bofetada en la mejilla. Él se escapa, e inmediatamente corro tras él, sin parar, para reparar lo irreparable: el mal que le he hecho. Decididamente, pelearme me resultaba intolerable.

Y puesto que estoy metido en los recuerdos significativos de aquel tiempo, ahí va otro. Estoy en clase con un maestro muy bueno que es el que más me quiere de todos. El maestro está en la pizarra y nos da la espalda. En ese instante el chico que está justo tras de mí suelta un pedo. El maestro se vuelve y me mira con un aire desolado lleno de reproches: «Tú, Louis...». Yo no digo nada, tan convencido estoy de que he sido yo quién se ha echado un pedo. Me invade la vergüenza, como a todo auténtico culpable. En última instancia, le cuento el incidente a mi madre, que conocía muy bien al maestro que era quien la había formado en la enseñanza y a quien ella apreciaba: «¿Estás seguro de que no has sido tú el que has» (no se atreve a pronunciar la palabra) «hecho esta cosa terrible? Es un hombre tan bueno, no puede equivocarse». Sin comentarios.

Mi madre me quería profundamente, pero sólo mucho más tarde, a la luz de mi análisis, comprendí cómo. Delante de ella y lejos de ella siempre me sentía abrumado por no existir por y para mí mismo. Siempre he tenido la sensación de que habrían dado mal las cartas y que no era a mí a quien quería ni a

quien miraba siquiera. No la rebajo en absoluto si anoto este rasgo: la desdichada vivía como podía lo que le había sucedido: tener un hijo al que no había podido evitar llamarlo Louis, el nombre del hombre muerto a quien había amado y al que aún amaba en su alma. Cuando me miraba, sin duda no era a mí a quien veía, sino a mis espaldas, en el infinito de un cielo imaginario para siempre jamás marcado por la muerte, a *otro*, aquel *otro* Louis del que yo llevaba el nombre; pero yo no era aquel muerto en el cielo de Verdún y en el puro cielo de un pasado siempre presente. De esta manera me veía como atravesado por su mirada, yo desaparecía para mí en aquella mirada que me sobrevolaba para reunirse en la lejanía de la muerte con el rostro de un Louis que no era yo, que nunca sería yo. Reorganizo ahora lo que he vivido y lo que he comprendido de ello. Podemos hacer toda la literatura y toda la filosofía que queramos sobre la muerte: la muerte, que circula por todas partes en la realidad social en la que está «invertida», al igual que la moneda, no se presenta en las mismas formas en la realidad y en los fantasmas. En mi caso, la muerte era la muerte de un hombre a quien mi madre amaba por encima de todo, más allá de mí. En su «amor» por mí, algo se me ha transido y me ha marcado desde la primera infancia, fijando por largo tiempo lo que debía ser mi destino. Ya no se trataba de un fantasma, sino de la *realidad* misma de mi vida. Así es como para cada uno un fantasma se convierte en vida.

Más tarde, de adolescente, cuando viví en Larochemillay con mis abuelos maternos, soñaba con llamarme Jacques, el nombre de mi ahijado, el hijo de la sensual Suzy Pascal. Quizás sea excesivo jugar con los fonemas del significante, pero la J de Jacques era un «jet», un chorro (el del esperma), la A profunda (Jacques) la misma que la de Charles, el nombre de mi padre, la Q muy evidentemente la

queue, la cola, y el Jacques como la Jacquerie, el de la sorda revuelta de los campesinos cuya existencia conocí entonces a través de mi abuelo.

En cualquier caso, desde la primera infancia, me correspondió el nombre de un hombre que no cesó de vivir con amor en la cabeza de mi madre: *el nombre de un muerto*.

V

Así pues, se puede reconstituir y, quizás, comprender la contradicción o más bien la ambivalencia en la que estaba condenado a vivir desde el principio.

Por un lado, como todo niño a quien se amamanta, que vive en contacto físico, fisiológico y erótico con el cuerpo de la madre, que da el pecho, el calor del vientre, de la piel, de las manos, de la cara, de la voz, estaba unido visceral y eróticamente a mi madre, la quería como un hermoso niño lleno de salud y de vida puede querer a su madre.

Pero supe muy pronto (los niños perciben de forma increíble lo que escapa a los adultos, aunque no sea «al nivel» de la consciencia donde se opere esta percepción) que aquella madre que yo quería en cuerpo y alma amaba a otro a través y por encima de mí, a un ser ausente en persona a través de mi presencia en nadie: un ser del que *más adelante* sólo sabría que hacía mucho tiempo que estaba *muerto*. ¿Quién puede decir cuándo esta «resolución en

acto»* se pudo producir? Resulta claro que la juzgo *a posteriori* por sus efectos, inscritos tantas veces en impresiones repetidas y ardientes en mi vida: tantas figuras inamovibles e insoslayables. En consecuencia, ¿cómo conseguir que me quisiera una madre que no me quería en persona y me condenaba así a no ser más que un pálido reflejo, el otro de un muerto, un muerto propiamente? Para salir de esta «contradicción» o más bien de esta ambivalencia, no tenía otro recurso excepto intentar *seducir* a mi madre (como se seduce a una persona de paso, a una extraña) para que ella consienta en mirarme y quererme por mí mismo. No sólo en el sentido corriente en el que el niño desea, como ya dijo Diderot, «acostarse con su madre», sino en sentido más profundo al que debía necesariamente decidirme, para ganar el amor de mi madre, para convertirme yo mismo en el hombre que ella amaba tras de mí, en el cielo puro de la muerte para siempre: *seducirla mientras realizaba su deseo*.

¡Tarea posible e imposible!, porque yo no era aquel otro, no era en el fondo de mí aquel ser tan juicioso y tan puro que mi madre soñaba de mí. Cuanto más avanzaba, en realidad más experimentaba las formas, incluso violentas, de mi propio deseo, ante todo esa forma elemental: no vivir ni en el elemento ni en el fantasma de la muerte, sino existir por mí mismo, sí, sencillamente existir; ante todo dentro de mi cuerpo, que mi madre tanto despreciaba, porque a ella (como al Louis que ella seguía amando) le horrorizaba.

De mí, niño, he conservado la imagen de un ser delgado y blando, de estrechos hombros, que no serían nunca los de un hombre, con la cara blanca,

* Hemos traducido *résolution en acte* literalmente, a pesar de la posibilidad de «pasaje en acto», como se traduce en ocasiones, y teniendo presente que, a veces, puede emplearse *acting out*. (N. de la T.)

abrumado por una frente demasiado pesada y perdido en la soledad de las alamedas blancas de un parque inmenso y vacío. Ni siquiera era un chico, sino una débil niña.

De aquella imagen, que me ha obsesionado durante tanto tiempo y cuyos efectos veremos después, limpia como un recuerdo encubridor, he encontrado por milagro el rastro material en una pequeña fotografía, recogida entre los papeles de mi padre, después de su muerte.

No hay duda, soy yo. Estoy de pie, en una de las inmensas alamedas del parque de Galland, en Argel, cerca de nuestra casa. En efecto, soy este chico delgado, blanco y endeble, sin hombros, la cabeza con la frente demasiado grande, coronada por un gran sombrero, pálido también. Al extremo de mis brazos, un minúsculo perro (el de M. Pascal, el marido de Suzy), está muy vivo, tira de su cadena. En la foto, aparte del perrito, estoy solo: nadie en las alamedas vacías. Se dirá que esta soledad puede no significar nada, que M. Pascal habría esperado a que los paseantes desaparecieran. Pero éste es el hecho: aquella soledad, quizás querida por el fotógrafo, se ha reunido en mi recuerdo con la realidad y el fantasma de mi soledad y de mi fragilidad.

Porque yo estoy *absolutamente solo* en Argel, como lo estaré durante mucho tiempo en Marsella y Lyon y más adelante terriblemente solo después de la muerte de Hélène. No tengo *ningún* auténtico compañero de juego, ni siquiera entre los que me muevo bajo vigilancia en el patio de recreo, árabes, franceses, españoles, libaneses, hasta tal punto mi madre nos enseña a guardarnos (se) de toda relación dudosa, es decir de los microbios y de los influjos quién sabe de qué. Digo *ningún compañero* y *a fortiori ningún amigo*. Y cuando después de la escuela municipal me admitan en el instituto Lyautey de Argel, en sexto, ningún compañero, ni siquiera en el patio.

Peor aún, en realidad conservo el recuerdo de chicos ricos perfectamente espabilados, altivos y despreciativos y únicos que no querían saber nada de mí, y de los magníficos coches deportivos que les esperaban a la salida, con su chófer al volante (entre otros un espléndido Voisin). Mi única compañía era la familia, mi madre voluble y mi padre silencioso. El resto era comer, dormir, deberes escolares en clase y en casa: con absoluta obediencia «libremente consentida».

En el colegio de primera enseñanza fui un alumno ejemplar, querido por mis maestros. Pero en segunda enseñanza, en el Liceo de Argel me encontré totalmente perdido y completamente mediocre, a pesar de mis esfuerzos. Sólo en Marsella (de 1930 a 1936), y después en Lyon (de 1936 a 1939, en el preparatorio de Ulm) pasé a ser el primero de la clase. Gracias a mi madre me convertí en Marsella en *boy-scout* de Francia y, naturalmente, en jefe de patrulla, consagrado por un capellán demasiado listo para ser honrado: había advertido en mi persona la culpabilidad que me llevaba a hacerme cargo de cualquier responsabilidad que se me propusiera. Era, pues, juicioso, demasiado juicioso, y puro, demasiado puro, como mi madre deseaba. Puedo decirlo sin riesgo de equivocarme: sí, de esta manera llevé a cabo —¡y durante cuánto tiempo!, ¡hasta los veintinueve años!— el deseo de mi madre: la pureza absoluta.

Sí, realicé lo que mi madre deseaba y esperaba para toda eternidad (el inconsciente es eterno) de la persona del otro Louis, y *lo hice para seducirla*: la sensatez, la pureza, la virtud, el intelecto puro, la incorporeidad, el éxito escolar y para culminar una carrera «literaria» (mi padre hubiera preferido la Escuela Politécnica, lo supe más tarde, pero nunca lo comentó) y, para redondearlo, la entrada en la École Normale Supérieure, no la de Saint-Cloud, la de mi

tío Louis, sino la de la calle Ulm. Después me convertí en el intelectual que todos conocen, que se negó obstinadamente a «ensuciarse las manos» en los medios de comunicación (¡oh pureza!), con mi nombre en las primeras páginas de algunos libros que mi madre leía con orgullo, en un filósofo conocido.

¿Conseguí verdaderamente seducir a mi madre? Sí y no. Sí, porque al reconocer en mí la realización de su deseo, era feliz por mí y sentía un gran orgullo. No, porque en aquella seducción yo siempre tuve la impresión de no ser yo, de no existir verdaderamente, sino de existir sólo *por artificios* y en los artificios, justamente en los artificios de la seducción tomados por imposturas (del artificio a la impostura el camino es corto) y en consecuencia que no había conquistado verdaderamente a mi madre, sino que la había artificial y artificiosamente seducido.

Artificios; porque yo también tenía *mis* deseos o, si se quiere, simplificando al límite, *mi* deseo propio: lo imposible entonces. El deseo de vivir por mi cuenta, de reunirme con los chicos jugando al fútbol en el terreno baldío, de mezclarme con los amigos franceses y árabes de la escuela primaria, de jugar en los parques y los bosques con cualquier chaval, chicos o *chicas*, con quienes mi madre nos *prohibía siempre* el encuentro puesto que «no conocemos a sus padres», incluso si estaban a dos pasos, o sentados en el mismo banco: no era caso dirigirles la palabra, ¡no se sabe nunca con quién tienes tratos! Ya podía refunfuñar: yo consentía siempre. Sólo existía en el deseo de mi madre, nunca en el mío, inaccesible.

Otro recuerdo de importancia. Nos encontramos, mi madre, mi hermana y yo en el monte del Bois de Boulogne, cerca de un álce con un inmenso dardo (otra vez una especie de estaca). Llega una señora con dos críos: un niño y una niña. No sé cómo mi madre se resignó, pero empezamos a jugar. No por

mucho tiempo. No sé qué me sucedió, pero al cabo de un momento ya estaba abofeteando a la niña mientras le decía: «¡No eres más que una *Tourtecuisse*!».* (Había leído esta palabra que me parecía muy significativa en un libro, sin saber muy bien qué podía significar.) Y todo lo que hizo mi madre fue arrastrarnos inmediatamente lejos de los niños y de la madre, sin decir una sola palabra. Otra vez se me había escapado un gesto súbito de violencia, como en el patio de la escuela. Pero en esta ocasión era sobre una niña. Recuerdo que no sentí vergüenza alguna ni ningún deseo de reparación. ¡Al menos *eso* de ganancia!

Estaba desgarrado, pero sin recursos contra el deseo de mi madre y mi desgarramiento. Hacía todo lo que ella quería, ayudaba a mi hermana a atravesar las calles, tan peligrosas, cogiéndola con fuerza de la mano; compraba a la vuelta de la escuela los panecillos de chocolate, con la suma exacta que ella me había dado, sin un céntimo propio en el bolsillo (¡hasta los dieciocho años!), puesto que siempre *nos pueden robar* y no se sabe nunca qué cosas nefastas o superfluas puede comprar un niño: sentido de la economía a ultranza que unía el miedo de una contaminación alimentaria y el miedo al robo. Hacía juiciosamente los deberes en casa y aguardaba las comidas. La única salida fue la que más adelante en Argel me llevó, siempre con mi hermana de la mano, hasta el apartamento de una pareja lánguida, flaca, descarnada e iluminada, no una pareja conyugal, sino una pareja compuesta por un hermano y una hermana (como nosotros) solteros y emparejados de por vida, a la que mi madre (partiendo de su pureza manifiesta) había otorgado su total confianza: mi hermana para aprender piano y yo violín, a fin de

* Expresión intraducible —palabra inventada seguramente—, utilizada también en *Los hechos*. Parece proceder de *tordre*, torcer, y *cuisse*, nalga. (*N. de la T.*)

que pudiéramos más adelante tocar entre hermano y hermana, también nosotros. Nada pude contra tales coacciones. ¿Cómo habría podido, tal y como yo era? De este asunto resultó en mí un sólido odio hacia la música, reforzado más tarde por la obligación semanal materna (mi padre no asistía) de los conciertos clásicos en Marsella. Pero tranquilos: ahora toco para mi mayor placer el piano (en el que a falta de formación, improviso, como se verá más adelante). En efecto, ¿qué habría podido hacer contra aquellas coacciones musicales y de otra clase? No podía recurrir a nadie y sobre todo a nadie de dentro, es decir, a mi padre. Los únicos amigos que conocía eran los muy ocasionales amigos que mi padre nos traía. En realidad, uno solo: aquel M. Pascal, su colega de despacho, bajo sus órdenes, el pelo escaso, dulce como un melón y sin voluntad alguna delante de su mujer, la petulante Suzy.

Un año en el que mi hermana había contraído la varicela (aquella criatura estaba siempre enferma) mi madre, para evitar el contagio (una vez más) pidió a los Pascal que me alojaran en su casa. Conocí entonces su blando nido de pareja sin hijos y sus manías, el esplendor de Suzy, voluptuosa, siempre con los pechos al aire, y su cálida autoridad, y el trajín de M. Pascal, que la hacía caso en todo como el perrito que llevaba atado a su cadena en el gran jardín del parque. En mi cama tenía siempre la misma pesadilla: de lo alto del armario surgía lentamente una inmensa bestia, una larga serpiente sin cabeza (¿castrada?), una especie de gusano de tierra gigantesco que bajaba hacia mí. Me despertaba gritando. Suzy venía corriendo y me apretaba largamente contra su generoso pecho. Yo me tranquilizaba.

Una mañana me desperté tarde. Comprendí que M. Pascal había salido hacia su trabajo. Me levanté y, al aproximarme con precaución oí, tras la puerta

de la cocina, que Suzy se afanaba (¿el café o los platos?). No sé cómo lo supe, pero *supe que estaba desnuda* en la cocina. Empujado por un deseo irresistible y seguro, vaya usted a saber cómo, de que no corro ningún riesgo, abro la puerta y la contemplo durante largo rato: nunca había visto un cuerpo de mujer desnudo, los senos, el vientre y su vello púbico y sus nalgas fascinantes. ¿La atracción de la fruta prohibida (debía de tener unos diez años)?; ¿el esplendor sensual de sus formas desbordantes?; disfruté largo rato de mi placer. Luego ella se da cuenta de mi presencia y, lejos de reñirme, me atrae hacia sí y me retiene mucho tiempo, abrazándose contra sus senos y entre sus muslos cálidos. Nunca se habló nada entre nosotros después. Pero no he olvidado nunca aquel momento de «fusión» intensa y sin igual.

Al año siguiente, después de que mi hermana contrajera la escarlatina (siempre enferma, la hermana), mi madre, para evitar de nuevo el «contagio», me mandó a casa de mis abuelos maternos, entonces «retirados» en su Morvan natal.

VI

¡Los queridos abuelos! Aquella abuela derecha y delgada, con los ojos azul claro y sinceros, siempre activa pero a su ritmo y siempre generosa con todos, en especial conmigo, a quien adoraba sin demostrarlo, para todos refugio de serenidad y de paz. Sin ella mi abuelo nunca habría sobrevivido a sus trabajos extenuantes en los bosques de Argelia. Sus hijas... debió de educarlas en los principios de salud y de virtud, que las convirtieron en muchachas rectas y puras. Aquel abuelo nervioso, inquieto, siempre renegando y protestando bajo su gorra y su bigote, pero bueno como nadie: los dos juntos formaban mi verdadera familia, mi única familia, mis únicos amigos en el mundo.

Hay que reconocer que los vastos lugares en que viví cerca de ellos o con ellos, tenían elementos para exaltar a un niño, hasta entonces enclaustrado en la soledad de los estrechos pisos urbanos, a no ser que, muy verosíblemente, se tratara de su presencia y del amor que me tenían y que yo les devolvía, lo que transformara en paraíso de niño las casas, los bosques y los campos donde vivieron.

En un principio, antes de que mi abuelo se jubilara para retornar a su Morvan natal, fue la gran casa forestal del Bois de Boulogne, que dominaba todo Argel, después la casita de Larochemillay (Nièvre) con su jardín y sus campos de Bois-de-Velle.

¡El Bois de Boulogne! Conservo un recuerdo extraordinario de su casa forestal agazapada en el centro de un inmenso jardín. Las habitaciones eran bajas y frescas. Entre ellas había un lavadero oscuro y misterioso por donde corría un agua eterna; un establo donde se olía la paja rubia de la cama de los animales, el maravilloso cagajón de caballo y el olor reluciente de dos espléndidos caballos de raza palpitando de vida bajo sus flancos lisos: los bellos animales de monta que mi abuelo y yo cuidábamos para los señores de la Dirección. Siempre he considerado a los caballos como los animales más bellos del mundo, infinitamente más bellos que los más bellos entre los seres humanos. Una noche, aquellas bestias protagonizaron un gran escándalo que no me dio miedo: ladrones de gallinas sin duda, pero los caballos, más vigilantes que los perros, les ahuyentaron.

A veinte metros de la casa se alzaba una gran alberca alta y, cuando me levantaban en brazos, veía extraños peces pálidos, rojos, verdes y violetas, que se hundían lentamente bajo largas hierbas negras y flexibles que se movían. Más tarde, leyendo a Lorca, encontraría aquellos flexibles muslos de trucha de la mujer adúltera que se va al río: peces a través de cañas que se separan.

Encontraba en la casa forestal parterres de flores fabulosas (aquellas anémonas, oh, aquellas fresias de perfume erótico y violento, aquellos ciclámenes tímidos y rosados, como el rosa femenino del sexo de Simone en Bandol más adelante en su follaje verdinegro), donde, en Pascua, iba con mi hermana a buscar los huevos de azúcar, a menudo ya roídos por

las hormigas, que habían escondido para nosotros; y aquellos gigantescos gladiolos multicolor, de los que mi padre llevaba cada domingo un gran ramillete para dárselo, lejos de nuestra presencia, a una «joven muy bella», de apellido belga, a la que nosotros no vimos nunca. ¡Y aquel inmenso huerto, poblado de nísperos del Japón! ¡Aquellos nísperos! Daban frutos ovalados de color amarillo pálido, que contenían una pareja de huesos marrones duros, lisos y brillantes como testículos de hombre (pero por aquel entonces yo no sabía *conscientemente* nada, evidentemente), que acariciaba largo tiempo entre mis manos con un gozo extraño. Cuando mi tía Juliette, la fantasiosa de la familia, trepaba a los árboles, como una cabra, para arrancarlos de las ramas y dármelos a mí, que esperaba debajo oteando los bajos interesantes de sus faldas, su agua suave y azucarada se deshacía en la boca y liberaba los dos huesos resbaladizos. ¡Qué sabor y qué placer! Pero aquellos mismos nísperos eran aún mejores cuando los recogía del suelo mismo, donde quemados por el sol habían empezado a pudrirse en el perfume áspero y ácido de la tierra. Más allá, había otra pequeña alberca, ésta a mi altura, llena de un agua clara y chorreante (¿un manantial?) y completamente al fondo, detrás de altos cipreses negros, una docena de colmenas en hilera que un antiguo maestro bretón, M. Kerruet, inspeccionaba con frecuencia, con sombrero de paja en la cabeza, pero sin velo ni guantes, porque las abejas eran sus amigas. Ciertamente, no lo eran de todo el mundo, porque un día que mi abuelo se acercó quizás demasiado, nervioso e inquietas por su nerviosismo y su inquietud, le saltaron en masa a la cara y se salvó gracias a una loca carrera para zambullirse en la alberca grande. Pero, curiosamente, en esta ocasión no concebí ningún horror.

Pero, en especial, al fondo del jardín a la izquier-

da, se levantaba un inmenso y redondo algarrobo cuyas largas y lisas vainas oscuras (que me habría gustado probar, pero mi madre había sido tajante: ¡prohibido!) me fascinaban. El lugar era un observatorio imprevisto desde donde, solo, descubría a mis pies, tendida bajo el sol, minúscula e interminable, la inmensa ciudad, sus calles, plazas, inmuebles y puerto, en el que reposaban grandes barcos inmóviles con chimeneas, y hormigueaban cientos de barcas en un lento movimiento perpetuo. De muy lejos, sobre el mar siempre liso y pálido, podía percibir primero un minúsculo humo en el horizonte, después, poco a poco, los mástiles y el casco, como inmóviles porque eran desesperadamente lentos: los navíos de la línea Marsella-Argel que acababan, si tenía suficiente paciencia, por atracar con infinitas precauciones y maniobras a lo largo de los raros muelles libres del puerto. Sabía que uno de ellos (después de tanto *Général-Chanzy* y demás) se llamaba *Charles-Roux*. Charles, como mi padre (por aquel entonces creía muy firmemente que todos los niños cuando llegaban a adultos, cambiaban de nombre para llamarse Charles, ¡nada excepto Charles!). Imaginaba que avanzaban porque había un juego de ruedas bajo su casco y me sorprendía que nadie se diera cuenta.

Después salía en compañía de mi abuelo a los bosques. ¡Qué libertad! Con él, nunca existía el peligro ni lo prohibido. ¡Qué felicidad! Él, tan «gruñón», de un carácter que todo el mundo calificaba de imposible (como más tarde al de Hélène), me hablaba sin pretensiones como a un igual. Me enseñaba y me explicaba todos los árboles y todas las plantas. Los interminables eucaliptos, en especial, me fascinaban; me gustaba sentir bajo mi mano la escama de sus largas cortezas tubulares, que a menudo rodaban con gran estruendo de lo alto y colgaban luego sin fin, como brazos sin uso, o harapos (los harapos,

más adelante, de los que me gustaba vestirme, los harapos de las grandes cortinas rojas de mi dormitorio en la École Normale), en sus hojas tan lisas, tan largas, curvadas y puntiagudas, que con la estación pasaban del verde oscuro al rojo sangre, y su flor-fruto de polen delicado y con un perfume embrujador de «remedio farmacéutico». Había también el descubrimiento siempre nuevo de los ciclámenes rosas silvestres, siempre escondidos bajo sus hojas oscuras y de los que era necesario levantar el vestido para descubrir su rosa de carne íntima; espárragos silvestres, prietos como sexos erectos, que podía comer crudos cuando salían de la tierra. Después aquellos terribles áloes cubiertos de espinas y de picas que, en ocasiones (¿una vez cada diez años?) lanzaban al cielo un inmenso dardo lentamente coronado de una flor inaccesible.

Vivía una intensa felicidad, libre y colmado, en compañía de mi abuelo y de mi abuela, incluso cuando mis padres me acompañaban, en el paraíso de la casa forestal, su jardín y su inmenso bosque.

Aunque a veces, antes de llegar, había drama. En lo alto del bosque, siguiendo el camino de tierra que recorríamos a pie (cuatro kilómetros), se levantaba una alta casa blanca habitada por un capitán en ejercicio, un tal M. Lemaître (este apellido...), su mujer, su hijo mayor de veinte años y su hija pequeña. Siempre era en domingo: el día libre de mi abuelo y también el día de descanso de M. Lemaître. Cuando subíamos a la casa forestal, siempre se encontraba allí, en familia, pero con harta frecuencia estallaban terribles escenas entre el padre y el hijo. El hijo debía estudiar en su dormitorio y, cuando se negaba a hacerlo, su padre le encerraba con llave. Éste era el caso aquel domingo. El capitán, en pleno furor, nos explica las razones de la ausencia del hijo. De repente oímos un gran ruido de madera partida: el hijo echa abajo la puerta de su dormitorio, sale

dando voces y desaparece en el bosque. Entonces el padre entra a toda prisa en la casa, vuelve revólver en mano y corre tras el hijo. ¡Otro padre violento, gritos y un revólver! Pero en esta ocasión se trataba de un hijo violento contra la violencia del padre. La madre calla. Aparte, sobre el primer peldaño de la segunda escalera de la casa, la niña, Madeleine, está sentada con la cara bañada en lágrimas. Me conmueve profundamente. Me siento a su lado, la tomo en brazos y me dedico a consolarla. Tengo la impresión de un inmenso acto de piedad y de abnegación por mi parte, como si encontrara otra vez (después de mi madre) una nueva y definitiva razón de ser y la misión oblativa de toda mi vida: salvar a aquella pequeña mártir. Por otro lado, aparte de mí, nadie se ocupa de ella, lo que incrementa mi exaltación. Vuelve el hijo. El padre detrás de él, empuñando el revólver, lo encierra de nuevo bajo llave en una habitación, y nosotros cambiamos aquella escena de violencia y desolación familiar por la paz de la casa forestal, muy cercana. En aquella ocasión aún había tenido mucho miedo, pero cómo decirlo, había encontrado una especie de felicidad gozosa al tomar en mis brazos a la pequeña Madeleine (el nombre de mi abuela. ¡Ay! estos nombres... Lacan tiene mucha razón al insistir en el papel de los «significantes», después de que Freud hablara de las alucinaciones de *nombres*).

Me dejaba atónito que mi abuelo, que no cesaba de renegar y de gruñir delante de todos y por cualquier cosa bajo su bigote aunque a media voz, fuera otra persona muy distinta conmigo. Sólo tengo que decir que nunca tuve miedo de que me abandonara. Si alguna vez permanecía en silencio conmigo, nunca sentí la menor angustia (¡qué diferencia con mi padre y mi madre!). Porque se callaba para hablar-me. Y, en cada ocasión, era para mostrarme y explicarme las maravillas del monte que yo aún no

conocía: sin pedirme nunca nada, sino todo lo contrario sin dejar de colmarme de dones y de sorpresas. Debió de ser entonces cuando me formé una primera idea de lo que pasa cuando amamos. Lo entendía así: cada vez un don sin intercambio, que me probaba que yo existía realmente. También me enseñaba, limítrofes del recinto de la casa forestal, las altas murallas de ladrillo de la Residencia de la reina Ranavalo, a quien nunca se veía. Más tarde supe que cuando las tropas francesas invadieron Madagascar en los gloriosos días de la campaña colonial, habían capturado a la reina del país y la habían recluido en aquella residencia forzada y estrechamente vigilada en la parte alta de Argel. Más tarde, en Blida, encontré de la misma manera a un enorme negro con gafas, siempre protegido por un inmenso paraguas (se vendían tarjetas postales con él) que se acercaba a todas las personas que se encontraba casualmente y les alargaba la mano, diciéndoles «Amigos, ¡todos amigos!». Se trataba de Béhanzin, el antiguo emperador de Dahomey, también relegado en Argelia. Tal situación me pareció extraña: sin duda fue mi primera lección de política.

VII

A partir de la jubilación de mi abuelo, creo que en 1925, tocaron a su fin la casa forestal (no la he vuelto a ver jamás) y sus maravillas.

Mis abuelos se retiraron entonces a su tierra de origen, Morvan, donde compraron una casita en Larochemillay, un pueblecito a quince kilómetros de Château-Chinon y a once de Luzu, en una región accidentada y boscosa. Para mí, resultó otra maravilla. Ciertamente, estaba lejos de Argel, pero íbamos a pasar allí dilatados veranos, lo más frecuentemente sin mi padre que se quedaba trabajando en Argel. Para empezar, era necesario cruzar el mar, a bordo de uno de los *Gouverneur Général X...* que cubrían la línea, navíos lentos e incómodos, en los que ya sólo el olor de los pasillos y de las cabinas enmugrecidos por un tipo de grasa espesa, que olía a vómito, me mareaba, incluso antes de la salida. Siempre enfermé, como mi madre y mi hermana, pero nunca mi padre.

En aquella época fue el descubrimiento rápido del puerto de Marsella, la Joliette, el equipaje, las inquietudes de mi madre (¡si fueran a robarnos!);

luego, el tren. ¡Ah!, ¡el tren! El olor de los grandes chorros de humo de las locomotoras de vapor, el ruido suave de sus bielas, las largas llamadas del silbido durante el trayecto (a saber por qué, por los pasos a nivel sin duda), después la llegada a las estaciones y a su salida el infinito y tranquilizador deslizamiento sobre los raíles, ritmado por el choque regular y tranquilizador de las conexiones. Cuando se está bien conectado, bien acordado, todo funciona. Mi madre temía constantemente un accidente. Yo no. El paisaje, desconocido, desfilaba tras los cristales. Comíamos sobre nuestras rodillas, cuando mi madre sacaba de su cesta las provisiones preparadas con anterioridad en Argel. Nunca conocimos los esplendores del vagón-restaurante: ¡economías!

En Chagny cogíamos un ramal secundario: Chagny-Nevers. Cambiábamos de tren (¡cuidado con las maletas!) y subíamos a vagones más rústicos arrasados por una lenta máquina asmática. Pero ya nos acercábamos a «casa». Muy pronto conocí y reconocí las estaciones, y sobre los taludes más cercanos de la línea del tren (que caminaba asmáticamente) intentaba apercibir a cualquier precio en medio de los hierbajos las primeras fresas silvestres con las que pensaba deleitarme: ¿habrían madurado ya? Al final llegábamos a la meta: a Millay, pequeña estación insignificante, pero allí empezaba la verdadera aventura.

Detrás de la estación, una tartana nos esperaba. La primera vez fue bajo una lluvia intensa, que impedía ver nada, pero estábamos al abrigo de la capota de lona, encogidos por el frío. Pero casi siempre era a pleno sol. M. Ducreux, que se convertiría en alcalde de Laroche en 1936 en lugar del señor conde, conducía apaciblemente una hermosa yegua baya cuya grupa se llenaba rápidamente de espuma y su larga raja pulposa, que tenía ante mis ojos me interesaba intensamente. Seis kilómetros de subida,

después los altos del Bois-de-Velle desde donde se descubriría un inmenso paisaje de montañas frondosas (encinas, castaños, hayas, fresnos, carpes, además de avellanos y sauces), luego un descenso ligero pero bastante largo en el que la yegua adoptaba su trote habitual y, al final, el pueblo. La pendiente harto abrupta de un camino muy malo: pasábamos delante de la escuela municipal, de granito, después en seguida estaba «la casa», y mi abuela, muy erguida, que nos esperaba en el umbral.

Ahora la casa no era muy espaciosa, pero tenía dos grandes sótanos frescos, un gran desván más o menos amueblado atiborrado de novelas de Delly publicadas en *Le Petit Écho de la mode*, que mi abuela había leído siempre, cobertizos para los conejos y un gran gallinero alambrado donde se paseaban las aves de corral llenas de su lenta suficiencia, pero el ojo siempre al acecho. Había una hermosa cisterna de cemento para recoger el agua de la lluvia (donde a veces caían gatos y para mi terror [más muertos] se ahogaban: ¡drama!). Y, en especial, un bello jardín en pendiente con una vista muy hermosa de una de las montañas más altas de Morvan: el Toulour. En aquel entonces no había ni agua corriente ni electricidad, naturalmente: íbamos a buscar el agua en cubos a casa de las dos solteronas de enfrente, y nos alumbrábamos con petróleo. ¡Ah! qué bonita luz daba, en especial cuando para ir de una habitación a otra *te llevabas la luz contigo* y las sombras pasaban sobre las paredes, móviles y a menudo desconcertantes: ¡qué seguridad llevar la luz contigo!

Más adelante mi abuelo hizo excavar un auténtico pozo después de consultar a un zahorí quien, varita en mano, decidió que era allí, cerca del gran peral, y a tal profundidad. Excavaron el pozo a mano, imaginaos, ¡y en plena capa de granito rosa! Menudo trabajo de fuerza y precisión: se excavaba con barrenos, que explotaban, y luego había que retirar los

bloques y excavar de nuevo los agujeros de barreno con barras. Se encontró agua a la exacta profundidad predicha por el zahorí. De esta época procede mi auténtica admiración por el arte de los hombres de la varita de avellano, que trasladaría mucho más tarde al «tío Rocard», director del laboratorio de física de la École Normale y padre de Michel Rocard (un extraño para mí y, aparentemente, también para su «padre»), quien llevaba a cabo raros experimentos sobre el magnetismo físico, a pie con su varita por los jardines de la École los domingos (no había nadie que pudiera observarlo), en bicicleta, en coche ¡e, incluso, en avión! Aquel hombre fabuloso, sin encomendarse a nadie, había equipado los desaparecidos laboratorios de física de 1936, inmediatamente después de la penetración de las primeras tropas francesas en Alemania, fletando él mismo camiones militares y yendo a buscar todo el material que se necesitaba en los laboratorios alemanes y en las grandes fábricas. Lo que proporcionó a su laboratorio de física, uno de los primeros de Francia (donde trabajó Louis Kastler, quien consiguió el premio Nobel), con qué trabajar. El propio tío Rocard pasaba por ser «el padre de la bomba atómica francesa», lo que nunca se confirmó ni se desmintió; pero este título o pseudo título le valió la hostilidad política de la mayor parte de los alumnos de la École. Rocard fue el primero en el mundo que puso a punto un sistema de detección de explosiones atómicas sobre la base de la propagación por la corteza terrestre y la triangulación (había construido un buen número de casetas bastante cómodas en una veintena de lugares, muy a menudo inaccesibles, en Francia; invitó en una ocasión al doctor Étienne quien se quedó atónito, a mí no me extrañó); allí registraba el instante en que llegaban las ondas. En aquella época, estaba informado de la explosión de una bomba, incluso subterránea, un cuarto de hora

antes que los norteamericanos y se sentía (modestamente) bastante orgulloso... Le admiraba su capacidad de «piratería»: sabía escapar a la mayoría de impedimentos de la administración que despreciaba, y para gran escándalo de la dirección de la École, mantenía también una caja negra gracias a la cual, él, un físico, aceptó pagarme durante un año entero una mecanógrafa a media jornada, que mecanografió mi curso para científicos en 1967. No sólo esto, aquella genuina astucia, ingenio, audacia, ausencia total de prejuicios y aquella generosidad, son cosas que nunca he olvidado. Rocard padre, sor-do o simulando que lo era cuando le convenía, imitado (también él) por todos sus ayudantes en sus más mínimos gestos y acentos, farfullaba al dar sus órdenes como mi padre y era un maestro en «colarse», mucho más allá de las tímidas audacias de mi padre: fue para mí, después de mi abuelo, sin que él jamás lo supiera, mi verdadero segundo padre.

Excavado el pozo, mi abuelo hizo construir en el borde una tapa de metal, y a unos cincuenta centímetros por encima un tejadillo de zinc para proteger la abertura. Sobre este tejadillo, cuando era la temporada, caían desde muy alto, día y noche, con un intermitente ruido seco que se oía desde la casa misma (aunque estábamos a cincuenta metros y detrás de las paredes) las minúsculas peras rojísimas, imposibles de cortar con el cuchillo, de las que mi abuela hacía una confitura prodigiosa que nunca más en mi vida he vuelto a encontrar en parte alguna. Aquel peral tenía holgadamente unos treinta metros de alto. Detrás, junto a los cercados y en un sendero provisional, se levantaban los altos muros de la escuela municipal desde donde, al llegar y al marcharse lanzando sus gritos tumultuosos, oíamos el rumor agudo de los alumnos en zuecos, sus juegos ruidosos antes de la entrada en clase, y luego, de repente, el silencio de las filas, las palmadas del maes-

tro, los zuecos amontonados sobre la pequeña escalera y, por fin, el silencio profundo de la clase.

Muy cerca, sobre el alto cerro, estaba el cementerio (donde reposan mis abuelos bajo una losa de granito gris) dos o tres abetos enclenques, y más allá, en el camino fangoso, el miserable barrio de los «pobres» (una familia entera, una mujer deformada por los numerosos partos, un viejo enfermo y un buen número de hijos en una sola pieza que apestaba). Más lejos había un trozo de camino llano y al final los bosques, en los que se entraba por un magnífico manantial, bajo muérdagos, la «fuente de Amor», y un lavadero público para mujeres muy frecuentado. Cerca de allí, en el linde del bosque, un día, en compañía de mi inquieta madre, descubrí un verdadero campo de setas nuevas, bastante raras en la región, erguidas bajo su sombrero y duras como sexos en erección: desarrollo sin propósito ni finalidad, fascinantes para mí, pero completamente indiferentes (cuando menos, en apariencia) para mi insensible madre. Sé demasiado bien por qué he conservado este intenso recuerdo: por aquel entonces no sabía qué hacer con mi propio sexo, pero sentía muy bien que lo tenía. Recuerdo que más tarde, de adolescente, en el curso de los meses que pasé, como se va a ver, en casa de mis abuelos, me paseaba solo por la parte baja del jardín, en un lugar donde nadie podía verme, con mi sexo en plena erección bajo mi bata de escolar, acariciándolo sin intentar nada más, sin ningún fin: el placer sobreponiéndose a la vergüenza de lo prohibido. Ignoraba entonces totalmente las delicias de la masturbación, que descubriría por casualidad, una noche, en el cautiverio, ¡a la edad de veintisiete años!, y que desencadenó en mí una emoción tal que me desmayé.

Los bosques variados en sus especies (también había muchos y bellos helechos y retamas, cortados en ocasiones por calveros donde se levantaba una gran-

ja) eran más bien accidentados, y se adornaban con manantiales claros y arroyos con cangrejos y ranas. Eran bastante accidentados pero de una grandeza apacible: el sol jugaba lentamente entre las hojas. ¡Un bosque muy distinto al de Argelia! A pesar de eso, mi abuelo, hijo de Morvan, me inició en ellos como antes. Me enseñó el corte justo de los mejores brotes del castaño (¡ah! su surtidor frágil y potente de savia...) para hacer el armazón de los cestos campesinos que me enseñó a confeccionar en la bodega, y me mostró los jóvenes tallos de sauce que había que trenzar entre los arcos del armazón. Me lo enseñó todo, los estanques, las ranas, los cangrejos, pero también toda la región y la gente que encontrábamos, con los que hablaba en su dialecto.

Morvan era en aquella época una región de gran pobreza. Se vivía casi exclusivamente de la cría de bueyes blancos [*à la charolaise*], pero en especial de los cerdos y... de los niños de la Inclusa, prohiados allí en buen número. Añádase a esto alguna cantidad de patatas, un poco de trigo, de centeno, de alforfón (que se daba muy bien, en compañía de los castaños), castañas y caza, incluidos jabalíes en invierno, algo de fruta, y se acabó el recuento.

En el pueblo, sobre un promontorio, la iglesia, reciente, sin gracia ni relieve; y ante ella el clásico y horrible monumento a los muertos de la guerra de 1914-1918, cubierto de innumerables nombres, a los que se añadirían más tarde, como en todas partes, la lista de los muertos de 1939-1945, después el nombre de algunos deportados, y luego la lista de las víctimas de las guerras de Vietnam y de Argelia, triste balance que mostraba claramente que, como siempre, aquellas guerras habían diezariado la juventud campesina. Un antiguo combatiente de 1914 atendía la iglesia, decía la misa, a la que yo ayudaba como monaguillo, y daba el catecismo que más adelante aprendí en una minúscula habitación calentada en

invierno por una pequeña estufa de leña que se ponía al rojo. El cura, de vuelta de todo, bonachón, con manga ancha para los pecados y en especial para los deseos sexuales o incluso para los actos, sin curiosidad morbosa en la confesión, siempre tranquilizador para los niños, con su eterna pipa de trincheras en la boca, era la indulgencia en persona: otra figura del buen «padre».

Era lo mejor que podía hacer, porque la región estaba aún dominada por la autoridad aristocrática única del conde, cuyo alto castillo del siglo XVII se disimulaba tras altísimos árboles multiseculares. Era un gran terrateniente, poseía de largo los dos tercios de las tierras del municipio, era su alcalde por derecho, tratando con dureza a la mayor parte de los campesinos, arrendatarios suyos, que entonces aún eran en su mayoría aparceros; subvencionaba y controlaba a través de su esposa —la condesa, una mujer alta de aspecto amable, a quien vi una sola vez en el interior de su espléndida mansión de muebles con la pátina del tiempo— una escuela libre para las niñas. Entonces estaba en su apogeo la lucha entre el partido del conde y el partido del maestro, también él un hombre lleno de generosidad. Pero había que pasar por ello, era una ley de estructura. El cura, buena persona y buen «político», se las había arreglado tan bien que no tenía ni un enemigo en la región.

Mi abuelo me contaba las cosas cuando recorríamos los bosques o cuando le acompañaba en su trabajo en el huerto poblado de fresones y de no sé cuántos árboles frutales de todo tipo, entre ellos una acedera que no he olvidado, hasta tal punto su acidez me picaba la lengua. (Una vez ya en la École, quise ofrecer a los Châtelet, que aún me hablan de ello, un lucio a la acedera; intenté comprar la acedera en la calle Mouffetard y cuando pregunté a todos los comerciantes de verduras y de hierbas, que no

tenían, me dieron siempre — ¡treinta veces! — la misma respuesta: «Si lo tuviéramos, ¡no estaríamos aquí!».) Mi abuelo me lo enseñó todo, a sembrar, plantar, arrancar, injertar los frutales e incluso preparar el estiércol tras los retretes que recogían el orín y la mierda de los habitantes de la casa. Aquel retrete de madera estrecho, con la puerta de madera contra las narices, sin ventanas al exterior. Me quedaba allí indefinidamente, con un Delly en la mano, sentado sobre la cubeta de madera, con el culo al aire, aspirando el delicioso olor de orín, mierda, tierra y hojas podridas que desprendía orín y mierda de hombres y mujeres. Aquel retrete estaba cubierto por un saúco espeso, cuyos frutos mi madre me había prohibido tajantemente (¡un veneno terrible!). Más adelante supe que los alemanes hacían con ellos una succulenta sopa... Un saúco cuyas flores mareantes me aturdían sobre aquel fondo de orín, de mierda y de estiércol de tierra.

Mi abuelo también me enseñó a matar los conejos de un golpe en la nuca de abajo arriba y a cortar con una podadera sobre un tajo de madera el cuello de los patos cuyo cuerpo seguía corriendo durante unos minutos. Junto a él yo no tenía miedo. Pero cuando mi abuela se ponía a cizallar la carótida de las gallinas introduciéndoles unas largas tijeras afiladas en la garganta, no me enorgullecía aquel horror, en especial procediendo de ella.

Todo esto me procuraba un gran placer, pero debo reconocer que sucedía durante el verano y que, acabadas las vacaciones, teníamos que regresar a Argel. No obstante, aún no había llegado al colmo de mis sorpresas ni de mi felicidad.

Un día mi abuela, mi madre, mi hermana y yo fuimos a Fours, donde mi bisabuela materna, la señora Nectoux, viuda desde hacía mucho tiempo, vivía sola en una única habitación, terriblemente sola con su vaca dentro. Era también una anciana terrible-

mente tiesa y seca y, encima, muda, excepto por algunas interjecciones de un dialecto arcaico que yo no comprendía. Pero recuerdo muy bien un incidente que me sorprendió profundamente, cerca del riachuelo del lugar donde ella había llevado a su pesada y dócil vaca a pacer. Yo jugaba con las libélulas multicolores que pasaban de flor en flor (en especial de las «flores de prados» intensamente olorosas). En un momento dado vi a mi bisabuela, que llevaba siempre un gran bastón nudoso (para la vaca y para servirse de apoyo al caminar), dedicarse a un comportamiento muy extraño. Sin una palabra, estaba completamente erguida, y el fuerte ruido de un intenso chorro surgía de su larga falda negra. Un río claro corría a sus pies. Tardé tiempo en «percibir» que meaba de aquella guisa, de pie, bajo su falda, sin agacharse como lo hacen las mujeres y, por tanto, que no llevaba bragas debajo de su falda. Me quedé anonadado: había pues mujeres-hombres, sin vergüenza de su sexo, que llegaban hasta a orinar delante de todo el mundo, sin ninguna contención ni vergüenza, sin advertir siquiera a nadie. Menudo descubrimiento... A pesar de que era amable conmigo, todo se complicaba: ¿sería un hombre, aquella mujer, y qué clase de hombre, que dormía con su vaca, que la guardaba, que meaba como un hombre delante de todo el mundo, pero sin sacarse el sexo de la bragueta, y sin esconderse contra el tronco de un árbol? Pero también era una mujer porque no tenía el sexo de un hombre y era capaz de quererme firmemente, pero con la ternura contenida de una buena madre... nada que ver con la madre de mi padre. Aquel episodio sorprendente no me inspiró ningún temor pero me dejó pensativo mucho tiempo. Naturalmente, mi madre no había visto nada y no habló nunca de ello. ¡Ah! la insensibilidad de mi madre por todo lo que me podía afectar...

Entonces, a principios de setiembre de 1928 (de-

bía de contar de diez a once años), mi hermana contrajo la escarlatina (siempre enferma esta niña, que se defendía de esta manera, como podía, mediante la huida en la enfermedad orgánica). Mi madre adoptó las grandes medidas que se imponían a su espíritu y a su fobia al contagio. Consultó a mis abuelos, luego me preguntó si yo aceptaría no volver a Argel, sino quedarme en Larochemillay para pasar allí todo el año. ¡Ya se puede imaginar cómo acepté! Decididamente, lo que yo aún no conocía como las fobias de mi madre podía tener —ardides de la psique— algo bueno, e incluso mucho.

Naturalmente un año entero significaba también por lo tanto un año escolar en el lugar, en la escuela municipal del pueblo. Ya he contado que la escuela se encontraba a dos pasos de la casa. La regía un hombre todo suavidad, firmeza y generosidad, M. Boucher, totalmente del gusto de mi madre a quien le gustaba la probidad, y apto para tranquilizarla. Yo calzaba zuecos, que me gustaba mucho llevar para no parecer un forastero, y vestía con el uniforme negro de rigor. Vestido de esta guisa, hice entonces mi entrada en el mundo de los pequeños campesinos que hacía años había oído, con una envidia terrible, jugar alborotadamente en su patio, y después ante nuestra puerta subir lentamente o bajar corriendo el abrupto camino que pasaba delante de la casa; había oído las llamadas, palmadas y gritos alegres sobre un fondo eterno de ruido de zuecos, porque los zapatos de cuero en aquel tiempo y en aquella región eran demasiado caros y la gente se fabricaba artesanalmente los zuecos (yo mismo intenté cortármelos de los tarugos de madera, con maravillosas herramientas: «gubias» cortantes que iban bien a mi mano); aquellas maravillas relucientes y duras en los pies, que herían el talón de Aquiles al principio, pero a los que te acostumbrabas muy pronto, que protegían tanto del frío como del calor,

¡pues claro!, la madera es mala conductora del calor y del frío, y no como el cuero.

Entrar en la escuela era enfrentarse con un mundo desconocido, lo primero con el lenguaje de los chicos campesinos: el dialecto de Morvan, una lengua hecha de rebotes de consonantes y vocales completamente inesperadas y, en especial, de deformaciones coherentes (por entorpecimiento y apoyo de la duración de los fonemas) de las vocales y diptongos y, en definitiva, de giros y expresiones que me resultaban desconocidas. No era, en absoluto, la lengua de las clases, donde el maestro enseñaba el francés y la pronunciación clásica de la Île-de France, sino una segunda y distinta lengua, una lengua extranjera, su lengua materna, la lengua de los recreos, de la calle, en definitiva de la vida. La primera lengua extranjera que tuve que aprender (en Argel no había tenido ninguna ocasión de aprender el árabe de las calles, porque mi madre me tenía prohibida la calle, aunque ella había empezado a aprender el árabe «literario»). Fue necesario que me acostumbrara.

Me puse a la tarea con una pasión, una rapidez y una facilidad que no me sorprendieron en absoluto, tan fascinante y fácil me resultaba aquella reconversión lingüística. Sólo mucho más tarde tuve la ocasión de aprender a hablar un poco de polaco (pero con un acento tal, en esa lengua de tan difícil pronunciación, que pasaba por un auténtico polaco), el alemán de los campos de concentración y el alemán literario, por no hablar del inglés del instituto que pronunciaba con un maravilloso pero provocador acento norteamericano, aprendido Dios sabe dónde, seguramente de la radio, que me encantaba (ante la gran ira de mis profesores de inglés: otra manera de hacerme una lengua *propia*, cuyo acento y modismos había aprendido completamente solo, para desmarcarme del ejemplo y de la autoridad de mis

maestros). Aprendí estas lenguas con una facilidad tal que me di cuenta de que debía de estar sin duda, como se suele decir, «dotado» para el ejercicio de las lenguas extranjeras. ¡Dotado! Es como decir que es la virtud adormecedora del opio lo que hace dormir. De aquella época data mi hostilidad por la ideología de los dones (que complacerá a Lucien Sève, que discutió durante mucho tiempo y con razón, pero con argumentos muy distintos a los míos, mucho más políticos, debo reconocerlo). Con el tiempo he pensado que el aprendizaje del habla y muy concretamente de la pronunciación exacta de los fonemas de las lenguas extranjeras, hasta el extremo de confundirse sobre mis orígenes, debía provenir *tanto* de mi deseo de imitación y por tanto de seducción, como *también* y al mismo tiempo del éxito manifiesto de lo que yo denominaba una especie de *educación física de los músculos*, de un juego muy agradable de los músculos de los labios, de los dientes, de la lengua, de las cuerdas vocales y de los músculos que dirigen la cavidad bucal. En realidad, era bastante diestro en «manejar» todos los músculos de mi cuerpo, podía coger e incluso lanzar piedras con los dedos del pie, recoger diversos objetos del suelo y llevarlos a mis manos o sobre una mesa. Incluso aprendí rápidamente a «mover las orejas» en todos los sentidos e incluso independientemente una de la otra (mi mayor éxito con los chicos) y manejar como nadie una pelota de fútbol (excepto con la cabeza, que sentía demasiado grande y demasiado vulnerable), y hasta inventé yo solo golpes con el pie, la suela, el talón, las rodillas, es decir golpes «vueltos» que más tarde he podido observar en jugadores expertos.

Más adelante, en fin, pude advertir esta singular circunstancia: que [al practicar] los ejercicios mismos que había aprendido de mis padres (como el tenis, la natación o la bicicleta que aprendí «en fa-

milia») había llegado (y me había mantenido en ello ferozmente) a reconstituir yo mismo, completamente solo, técnicas de las que mis padres no habían sabido enseñarme nada. Por ejemplo mi padre hacía un saque en tenis dando desde arriba con la raqueta sobre la pelota, que cortaba. ¡Qué pérdida de fuerza! Al precio de observar largamente a los verdaderos jugadores y las fotografías de Lacoste y Tilden, aprendí totalmente solo a sacar como se saca en la actualidad, con un molinete de la raqueta tras el hombro que pone en juego toda la fuerza posible de su impacto sobre la pelota y llegué a ser muy hábil. También mi padre sólo nadaba a braza, pero tenía una predilección por la natación dorsal, con la particularidad de que no se servía ni de los brazos ni de los muslos, sino que avanzaba remando con las dos manos contra los costados (por otra parte, avanzaba con bastante rapidez) y en especial manteniendo cuidadosamente *tanto* la cabeza *como* los dedos del pie levantados fuera del agua, lo que constituía una extraña navegación que hacía que se le reconociera de lejos. ¡Y él se reía de ello! Yo, al observar a los auténticos nadadores y las fotografías, reflexioné y aprendí solo a bucear, es decir a conservar antes que nada, durante tanto tiempo como lo permitiera el control de mi respiración, la cabeza bajo el agua (¡la cabeza dentro del agua!, menuda audacia, era peligroso, decía mi madre, ¡te puedes ahogar!) y, finalmente, añadiendo el batido de muslos y pies, aprendí yo solo a nadar a *crawl*. En esto no imitaba a nadie, no quería seducir a nadie, sino asombrar a la gente con mi hazaña. Al parecer por entonces yo ponía todo mi amor propio en desmarcarme visible y efectivamente de las técnicas familiares, y si no todavía a «pensar por mí mismo dentro de mi cuerpo», al menos a querer apropiarme de mi propio cuerpo por mí mismo y según mi deseo, como para empezar a salir de las reglas y normas de la familia.

De esta manera me dediqué con una gran facilidad y un extremo gozo al dialecto de Morvan y muy pronto nada me distinguía de los rapaces del lugar. Sin embargo, durante un tiempo, me hicieron sentir duramente que no era de los suyos. Recuerdo haber sufrido, cuando cayó la primera nieve y cubrió el patio de la escuela, una terrible sesión en la que me aporrearon adecuadamente con sus tiros de bolas de nieve a la cara, y recuerdo aún el arbolillo escuálido al pie del que caí, inanimado, bajo sus golpes. El maestro, sensatamente, no intervino. Yo había tenido mi escarmiento, pero sin ninguna angustia, y ellos el placer de la revancha. Luego, poco a poco, sentí que me aceptaban. ¡Qué alegría!

Recuerdo aún con emoción mi última clase en el Morvan en la que, por un privilegio excepcional, me permitieron escoger en el último recreo el juego que yo quisiera. Escogí las barras, cuyas carreras por sorpresa me encantaban y mi equipo ganó.

«Ellos.» Estaba ante todo el que dirigía el juego y el grupo, un chico fornido, colorado y forzado, de pelo negro, un tal Marcel Perraudin, sobrino nieto muy lejano de mis abuelos. Tenía una vitalidad prodigiosa y, como tantos otros campesinos, moriría más tarde en la guerra. Otra muerte en mi vida. Al principio me perseguía continuamente y sin contemplaciones, la verdad es que yo le temía, porque estaba lejos de igualar su fuerza y, en especial, su audacia y además sentía un miedo cerval a pelear físicamente: siempre el mismo miedo de ver mi cuerpo mermado. En realidad, nunca, *ni una sola vez*, me he peleado físicamente en mi vida.

No sólo había juegos físicos entre los chicos, sino en especial un juego predilecto que consistía en caer por sorpresa y en grupo sobre un chaval momentáneamente aislado, tirarle al suelo en un rincón oscuro del patio, dominarle, abrirle completamente la bragueta y sacar su sexo al aire, después de lo cual

todo el mundo se regocijaba a grandes gritos. También me hicieron lo mismo y me resistí, ciertamente, pero me embargó un extraño placer. También conocí en la escuela a un chico de la Inclusa, salido de no se sabía dónde, muy inteligente y que me disputaba el primer puesto de la clase. Era frágil y pálido (como yo) y se murmuraba con envidia que iba a «jugar a papá y mamá» con una niña del colegio de las monjas, también ella de la Inclusa, en las altas hierbas del parque de la condesa. Un día que lo comentaron delante de mí, me pareció oportuno intervenir de forma perentoria: es imposible, ¡no tienen edad para eso!... Como si yo fuera una autoridad sobre el sexo y su comercio: pero no hacía más que vehicular los prejuicios y temores de mi madre. Dos años más tarde, supe que aquel chico brillante pero enfermizo había muerto de tuberculosis. Nueva figura de un destino trágico: otro muerto, tan frágil y pálido como yo.

Recuerdo aquel terrible invierno de 1928-1929, en el que el termómetro bajó a 35 bajo cero en Larochemillay, y en el que todos los estanques y ríos se helaron e incluso el agua en el balde de la cocina, a pesar de estar cerca del hornillo encendido. La nieve lo cubría todo de una espesa capa muda. No se oían ni los chillidos de los pájaros. Sólo se veían las huellas estrelladas de sus patas sobre la nieve. Recuerdo el deleite con el que, bien resguardado, dibujaba para el colegio un paisaje nevado, y cómo me gustaba aquella nieve que lo cubría todo: para mí era la protección suprema, el refugio en la casa cálida y abrigada, que me guardaba de todo peligro exterior —el mundo exterior era en sí mismo, bajo la misma nieve que lo cubría, garantía de paz y de seguridad— y la certeza absoluta de que bajo aquella capa ligera de silencio y de paz nada malo podía sucederme. El exterior como el interior eran seguros.

¿Puedo añadir un detalle? En la escuela, no me

llamaban Louis Althusser, demasiado complicado... sino Pierre Berger: ¡el nombre de mi abuelo! Esto me iba de primera.

Mientras, aquel abuelo seguía enseñándomelo todo de la vida y de las labores del campo. Y cuando adquirió, en el Bois-de-Velle, una hectárea y media de tierra y dos antiguas casetas que le servían de almacén para los utensilios, me enseñó entonces a sembrar el trigo, el centeno, la avena, el alforfón, el trébol y la alfalfa, a segarlos con la hoz y la guadaña, a confeccionar las gavillas de cereales, a atarlas con tallos de castaño o trenzas de paja que era necesario, con un diestro giro del puño, saber atar, a dar la vuelta a pleno sol con la horca o el rastrillo al trébol y la alfalfa, y a hacer montones bien redondos, y a cargarlos a brazadas (¡menudo peso!) sobre el carro de un vecino que venía a recogerlos en el campo.

El trigo, la avena, y el centeno, mi abuelo los llevaba a la trilladora (el *battoère*),* la única de la región, que hacía la ronda de las casas de labor, y todos los vecinos y amigos se movilizaban, cada uno a su turno, para la gran fiesta de la trilla. Un día, una sola vez, mi abuelo me llevó con él. Descubrí con estupor la «máquina trilladora», una enorme masa de maderamen, complicada y ensordecedora, toda movimientos y ruidos incomprensibles, que se movía mediante una correa de cuero muy larga y peligrosa, ya que «saltaba» a menudo, que era accionada por otra máquina a vapor alimentada con carbón: espectáculo impresionante. De encima de los carros se lanzaban con la horca las gavillas sobre el techo. Allí, dos hombres polvorientos desataban las gavillas y distribuían apresuradamente los manojos de cereales en la boca ávida de la máquina de madera que las engullía, con un ruido infernal de paja estrujada.

* *Le battoère*, trilladora, en el dialecto de Morvan, a diferencia de la *batteuse* del francés de la Île-de-France. (N. de la T.)

En un aire que se había hecho irrespirable y opaco por el tamo de trigo y de avena, los hombres, tosiedo, escupiendo y maldiciendo sin cesar, gritando y renegando para hacerse entender entre el estruendo infernal, iban y venían como fantasmas en una extraña noche a pleno día, con el pañuelo rojo anudado al cuello. En un extremo, en la parte baja de la máquina, el trigo «fluía» como un agua susurrante pero silenciosa en los sacos sujetos a mano. Por encima, la máquina lanzaba a granel la paja triturada, despojada del grano. Entonces se hacían balas burdas. Un olor espeso y maravilloso de carbón, humo, chorros de agua, aceite, granos, tela de saco de yute, sudor y hombres impregnaba el inmenso depósito. Mi abuelo intentaba en aquel estrépito explicarme los mecanismos de la máquina y yo estaba junto a él cuando *su* trigo caía en los sacos: ¡qué esplendor y qué comunión ante el milagro del trabajo y su recompensa!

A mediodía todo el mundo se paraba y un gran silencio insólito se establecía de un golpe brutal sobre todo aquel ruido. El olor de hombres y de sudor invadía entonces la gran pieza de la casa de labor donde el ama sonriente servía una comida copiosa. Qué fraternidad en el esfuerzo y en el descanso, las grandes palmadas en la espalda, los gritos, las interpelaciones de un lado al otro de la sala, las risas, las palabrotas, las obscenidades.

Circulaba libremente entre aquella muchedumbre de hombres agotados y ebrios de trabajo y de gritos. Nadie me dirigía la palabra, pero nadie me hacía observaciones, era como si yo fuera uno de ellos. Tenía la certeza de que también yo, un día, me convertiría en un hombre como ellos.

Luego, de repente, con la ayuda del vino —corría a mares por los grandes vasos y las anchas gargantas—, nacía ese primer ruido torpe de un canto, balbuciente, buscándose, errando, perdiéndose, para

encontrarse por fin y estallar en una cacofonía exaltante: un viejo canto de lucha y revuelta campesina (un canto de *jacquerie*, el nombre Jacques que yo hubiera deseado tener), en el que condes y curas recibían su merecido. Y por mi parte me encuentro repentinamente, yo también, en compañía de auténticos hombres, respirando el sudor, la carne, el vino y el sexo. Y me dan a porfía un vaso entero de vino bajo el desafío de bromas picantes: ¿El rapaz no beberá? ¿Eres un hombre o no? Y yo, que no había bebido vino en mi vida (mi madre: peligroso en especial a tu edad, ¡doce años!), heme aquí que bebo un poco y que me aclaman. Y luego, el canto aumenta de nuevo. Y en la cabecera de la gran mesa mi abuelo me sonrío.

Que se me permita, frente a la verdad, una confesión cruel. Aquella escena de cantos caóticos (que naturalmente ya había oído fuera, como el día del ayuntamiento lleno de gente en que, en 1936, M. Ducreux fue elegido alcalde contra el conde), aquella escena del vaso de vino, no la viví dentro de la gran sala. La he soñado pues, es decir sólo he deseado intensamente vivirla. Ciertamente, no era del todo imposible. Pero debo, en aras de la verdad, mantenerla y presentarla como lo que ha sido a través de mi recuerdo: una especie de alucinación de mi intenso deseo.

Porque me propongo, realmente a lo largo de estas asociaciones de recuerdos, limitarme estrictamente a los hechos: pero las alucinaciones también son hechos.

VIII

En 1930 teniendo yo doce años, mi padre fue nombrado apoderado de su banco en Marsella. Nos instalamos en el número 38 de la calle de Sebastopol, en el barrio de Quatre-Chemins y, por lo tanto, a mí me matricularon en el instituto Saint-Charles, que no está muy lejos de allí. Louis, Charles, Simone: decididamente son nombres que acaban convirtiéndose en «destinos», como dice Spinoza en su tratado de gramática hebrea. ¡Spinoza!

En casa, la misma vida de siempre: totalmente solitario. En el instituto se prosigue la aventura. En el segundo curso de bachillerato, en el que entro, me hago un lugar en la clase y muy pronto me encuentro entre los primeros, siempre tan sensato y estudioso. Toda mi vida se desarrolla entre el instituto (bonito, aunque vetusto, pero que domina un lado de la ciudad) y por otra parte, las vías del ferrocarril que llevan a la gran estación terminal: Saint-Charles. Siempre he adorado las estaciones «terminales» donde se paran los trenes —porque no pueden ir más lejos— sobre enormes topos. Un campo de gimnasia daba a la parte de la vía. El interés de esta

gimnasia es que hacíamos pocos movimientos, y en seguida el profe se paraba y nos dejaba jugar al fútbol. Esta vez he ganado. Improvisamos equipos, no sé por qué me empujan hacia adelante, y ganamos porque tenemos en la portería a un chico que se lanza como si no hubiera hecho otra cosa en su vida: un tal Paul. Charlamos, nos entendemos y muy pronto se esboza una singular amistad.

Paul no es tan bueno como yo en clase, nunca lo será, pero tiene algo que a mí me falta: sin ser muy alto, es ancho de hombros, posee unas manos recias, es fornido y, en especial, muy valiente. Mi madre se da cuenta de que me he hecho un amigo, se informa sobre sus padres: un padre dedicado a los negocios, una madre muy afable, un conjunto respetable, católico: luz verde. Se refuerza todó aún más cuando mi madre me hace ingresar en los *boy-scouts* de Francia. También se apunta Paul: una garantía suplementaria. Incluso se me autoriza a visitar a Paul, que vive con sus padres en un inmueble en el que su padre apila sus mercaderías, pasas, almendras, piñones, etc., cuyo perfume me persigue todavía.

Es un auténtico flechazo. Nos convertimos en cómplices e inseparables. Muy pronto hacemos proyectos comunes: Paul escribe poemas al estilo de Albert Samain, yo lo intento también, será una revista poética que conmoverá al mundo. Cuando nos separamos e incluso antes en Marsella mismo, mantenemos una correspondencia exaltante: una auténtica correspondencia de enamorados.

Durante todo un tiempo me sentí literalmente perseguido, en segundo y tercero, por un chico inmenso y fuerte, pelirrojo, llamado Guichard. Era del «pueblo», tenía una forma de hablar, unas actitudes y unas costumbres «vulgares» o así me lo parecían. Era intencionadamente grosero, se mofaba de los profesores, de los vigilantes, del subdirector y del director, en pocas palabras, de toda autoridad, y pa-

recía detestar a los buenos alumnos, conmigo en cabeza. No dejaba, me parecía a mí, de provocarme, mientras que sin duda era yo quien —inconscientemente, lo comprendí mucho más tarde— debía de provocarle por mis actitudes morales. Me ordenó que nos pegáramos y me retó a hacerlo. Pegarme, ¡en especial con un chico alto como un hombre! No era, en absoluto, mi estilo, me aterrorizaba realmente, temía salir con *el cuerpo mermado* para siempre y medio muerto. Luego pareció calmarse sin que yo comprendiera la razón. Lo supe muy pronto. A pesar de su extremado «pudor» (palabra mágica para nosotros), Paul me confió un día que se había pegado a puñetazos en la calle con Guichard en mi lugar, por mí, para defenderme y sin decirme nada. Me tranquilizó haber evitado aquel riesgo y redoblé mi afecto por Paul.

Éramos inseparables y los dos «guías» en los *boy-scouts*, él de los «Tigres», yo de los «Linces», con un jefe de grupo que era un tal Pélorsen, a quien llamábamos Pélo, que por su baja estatura y por sus gracias era muy apreciado por el capellán, un cura que tenía una nariz llena de pelos; Pélo era un mujeriego de tomo y lomo o por lo menos de eso presumía abiertamente, lo que me parecía incongruente en aquella organización católica dedicada a la pureza de las costumbres.

En verano, salíamos en grupo para largas estancias de camping en las montañas de los Alpes.

En una ocasión nos encontramos cerca de Allos en un bonito prado que dominaba los valles y Paul y yo, como todos los demás, habíamos rodeado el espacio de nuestras tiendas, es decir nuestro «dominio», con pequeños muros de piedras precedidos de un alto pórtico construido con ligeros troncos de abedul.

Parecía que todo discurriría de la mejor manera posible. Pero yo tenía en mi patrulla a un chico, de

más edad que yo, pero pobre, enclenque, de mala complexión, que no era educado como yo sino que tenía una forma de hablar y una conducta «vulgares», y se negaba agresivamente a obedecerme, como era, no obstante, su «deber». Consciente de la abrumadora responsabilidad con la que se me había abrumado, no cesaba de intentar hacerle entrar en «razón». También él quería pegarse conmigo para acabar con la situación. Por una vez, yo era con mucho el más fuerte, aunque él sólo me contestara a base de injurias, amenazas y provocaciones obscenas. Las cosas entre aquel chico y yo tomaron tal cariz que acabé por desesperar de mi autoridad y caí en una especie de depresión, la «primera» de mi vida, si puedo llamarla así. Como no sé por qué razón, mi amigo Paul se sintió, a su vez, indispuerto, quizás del intestino, Pélo decidió retirarnos provisionalmente en el refugio de una alta casa de labor, en una granja abandonada a quinientos metros. Nos llevaban la comida. Permanecimos allí solos, al fin solos, tiernamente enlazados en nuestro común desamparo y llorando nuestra suerte. Recuerdo muy claramente que en el curso de aquellos abrazos sentí que se excitaba mi sexo: nada más, pero resultó muy agradable experimentar aquella sorprendente erección.

Lo mismo pasó en el curso de lo que entonces se llamaba el «viaje de primera clase», prueba destinada a hacernos ganar una «insignia» especial y avanzar en nuestra graduación. Se trataba para nosotros dos (siempre inseparables) de recorrer a pie una larga distancia por el campo y las colinas de los alrededores de Marsella, la mochila a la espalda, y de anotar cuidadosamente todo lo observable: estado de los caminos, paisaje, flora, fauna, encuentros, conversaciones de los «indígenas», etc. Nuestros padres, reunidos bajo la doble bendición de Pélo y el capellán, asistieron con la gravedad que se requería

a nuestra solemne partida. Salimos según lo acordado y nos adentramos por el campo donde muy pronto cayó la noche. ¿Dónde dormir? Claro que teníamos una tienda, pero como había empezado a llover buscamos un abrigo. Lo encontramos en un minúsculo pueblo llamando a la puerta del párroco, quien nos prestó el escenario de su pequeño teatro de parroquia. Allí nos tendimos, bajo nuestras mantas, abrazados. ¿Para darnos calor? Más bien por amor y ternura. De nuevo sentí que mi sexo se enderezaba. Lo mismo sucedió al mediodía de la mañana siguiente cuando, avanzando por desfiladeros, Paul enfermó, con un dolor terrible de intestinos: se retorció allí mismo. Para tranquilizarle le tomé otra vez en mis brazos y de nuevo volví a sentir el mismo placer inacabado en la base de mi vientre caliente (en mi ingenuidad yo no sabía que el placer podía culminar, lo descubrí por casualidad durante mi cautiverio ¡a los veintisiete años!). No pudimos acabar aquel «viaje» y regresamos a Marsella, vergonzosos y agotados, en un coche que nos recogió.

Se habría podido pensar que, sin que yo pudiera sospecharlo, estaba abocado a la homosexualidad. ¡No! Siempre había, al lado del grupo de muchachos, un grupo de chicas paralelo, dirigido por «guías». Había una morena, demasiado alta para mi gusto, pero de perfil típico y conmovedor, que era demasiado bonita y me fascinaba. Paul se enamoró de ella y naturalmente me lo contó. Se habían declarado por la noche, ante un gran «fuego de campamento» que alimentaban con ramas para quemar: su llama se elevaba en la sombra del cielo oscuro.

En adelante miré a aquella chica como si la amara y me entregué intensamente a aquel amor por poderes. Se casarían más tarde, durante la guerra, en Luynes, el pueblo del padre de Paul donde habíamos pasado los dos solos vacaciones exaltantes. Durante

la misa, toqué el armonio en el que improvisé a mi manera. Pero la belleza y el perfil de aquella chica me habían marcado para toda la vida; digo bien, como se verá: *para toda la vida*.

Un verano, un colega de mi padre, que tenía una villa en Bandol, nos alquiló el piso de arriba. Mi padre se quedó trabajando en Marsella, pero mi madre, mi hermana y yo nos instalamos en Bandol. Ahora bien, la planta baja de la torre la ocuparon muy pronto la mujer y las dos hijas del colega de mi padre. La hija mayor, Simone, me llamó la atención en cuanto la vi: la misma belleza, el mismo perfil de cara que el amor de Paul, morena y por añadidura más bajita, *exactamente* según mi deseo. Nació en mí una violenta pasión. Imaginé todo tipo de estratagemas para coincidir con ella, como agarrar delante de nuestras madres el asa de una cesta de la que ella sostenía la otra. Incluso enseñarle los rudimentos del *crawl* mientras le sostenía los pechos y el bajo vientre con mis manos y al fin acompañarla (bajo la «vigilancia» de su hermana pequeña, ¡condición exigida por mi madre!) a los altos de la Madrague, a diez kilómetros de Bandol, en una gran colina en la que la arena fina se deslizaba bajo nuestros pies. Me derretía de deseo por ella. Un día me di cuenta de que, a falta de tener la audacia de acariciarla (estaba al acecho su hermana pequeña e, incluso en su ausencia, no me habría atrevido a nada semejante), podía deslizarse, cuando menos, puñados de arena entre sus pechos, lentamente. La arena bajaba hasta su vientre, llegaba a la curva de su pubis. Entonces Simone se levantaba, abría los muslos y la entrepierna de su bañador, la arena caía al suelo y yo podía, como en un relámpago, ver sobre sus espléndidos muslos desnudos la abundancia de su vello negro y en especial la raja rosa de un sexo: rosa ciclamen.

Mi madre advirtió muy pronto mi inocente pero

violenta pasión. Me llevó aparte y tuvo la audacia de decirme: tú tienes dieciocho años y Simone diecinueve, es impensable porque es inmoral, vista la diferencia de edad, que pase nada entre vosotros. No es «conveniente». Y, en cualquier caso, ¡eres demasiado joven para enamorarte!

Lo peor pasó un día de mucho sol, por la tarde. Sabía que Simone se bañaba en una playa cerca de la Madrague. Monté en la bicicleta de carreras y me disponía a salir para reunirme con ella cuando mi madre salió de la casa. ¿Dónde vas? Sabía que ella lo sabía. Ya no era cuestión de ir en busca de Simone. Sin vacilar un segundo, y por una reacción que ni comprendí ni pude dominar, señalé a mi madre *la dirección directamente opuesta a la de mi deseo*: «¡Voy a La Ciotat!». Pedaleé entonces con una rabia intensa y, me acuerdo muy bien, lloré sobre mi bicicleta en una rebelión profunda.

Desde entonces, el episodio de la violación («¡eres un hombre, hijo mío!») y el episodio de la prohibición de Simone se hicieron uno en mi memoria y se aliaron con la repulsión obscena que me había inspirado, de niño, o en el recuerdo proyectado sobre la infancia, la visión de los pechos de mi madre y de su nuca blanca de ligero temblor rubio: obscenos. Una repulsión, un odio viscerales: ¿cómo podía tratar de esta manera mis deseos? He dicho: «desde entonces». En mi inconsciente seguramente, pero no en mi consciente. Sólo más tarde, en la retroactividad conocida de los afectos, vi con claridad los dos episodios, su afinidad y su recomposición: en el curso de mi análisis.

Durante toda la época de Marsella, seguí con mis éxitos escolares. Éramos dos los que nos disputábamos el primer puesto en la clase: un chico de cara ingrata, fornido, muy fuerte en mates (en las que según el «deseo de mi madre» yo era más bien mediocre), que se llamaba Vieilledent. Viejos dien-

tes/viejas casas (Althusser: *alte-Häuser*, en dialecto alsaciano), extraña pareja. Recuerdo que en una ocasión intentó enrolarme en las juventudes del coronel La Roque, pero yo no accedí. Ciertamente, no por conciencia política, sino por prudencia, como mi padre.

Me desquitaba sobre él en letras puras. He conservado un recuerdo agudo de mi clase de tercero de bachillerato, a partir del cual creo haber entendido con el tiempo algo importante de mi estructura psíquica. Teníamos un gran profesor de letras, M. Richard, un hombre alto y delgado, muy frágil y siempre enfermizo, de larga cara blanca, también él oprimido por una frente pesada, afectado constantemente de dolor de garganta que siempre mantenía envuelta en lanas (como mi madre y, naturalmente, como yo en aquella época); un hombre de una suavidad y delicadeza infinitas; también él evidentemente un espíritu puro, indiferente a todas las tentaciones del cuerpo y de la materia, como la doble imagen recompuesta de mi madre y de mí mismo (me doy cuenta ahora mismo al escribir estas palabras). Nos iniciaba, ¡y con qué calor, ternura y éxito!, en los grandes literatos y poetas de la historia. Yo me identificaba completamente con él (todo se prestaba a ello), imitaba su letra, como adoptaba sus giros de frase familiares, sus gustos, sus valoraciones, imitaba incluso su voz y sus inflexiones suaves y en nuestras exposiciones orales le devolvía exactamente la imagen de su personaje. Él distinguíó en seguida mis méritos. ¿Cuáles, exactamente? Sin duda yo era un buen alumno, muy sensible, movido por así decirlo por la constante inquietud de hacerlo bien. Pero con el tiempo he comprendido que se trataba de algo muy distinto.

En principio me identificaba con él por las razones ya apuntadas, unidas a mi propia imagen de mí y a la de mi madre y, más allá, a la imagen del tío

muerto: Louis. Fue M. Richard quien me convenció de que preparara más tarde el examen de ingreso en la École Normale Supérieure de la calle Ulm, lo cual mis padres no conocían, ni siquiera mi madre. En definitiva comprendí que él representaba una imagen positiva de aquella madre que amaba y que me amaba, una persona real con quien podía realizar aquella «fusión» espiritual que se manifestaba según el deseo de mi madre, pero que su naturaleza «repugnante» me prohibía.

Pero he creído durante mucho tiempo (e incluso al principio de mi análisis) que interpreté con él el papel del hijo amoroso y dócil, considerándolo pues como un buen padre, porque yo mantenía en aquella ocasión y respecto a él el papel del «padre del padre», fórmula que me sedujo durante mucho tiempo y que me pareció que evidenciaba mis rasgos afectivos. Manera de saldar paradójicamente mi relación con un padre ausente dándome un padre imaginario, pero comportándome como su propio padre.

Y efectivamente me encontré en muchas ocasiones repetitivas en la misma situación y la misma impresión afectivas de comportarme, frente a mis maestros, como su propio maestro, dispuesto si no a enseñarles, por lo menos a ocuparme de ellos, como si tuviera la aguda sensación de tener que controlar, vigilar, censurar, o incluso dirigir la conducta de mi padre, sobre todo en relación con mi madre y mi hermana.

¡Lástima! Aquella bonita construcción, justo a cierto nivel, se revelaría bastante unilateral. De hecho comprendí, aunque más adelante, que descuidaba entonces el elemento más importante: *mis artificios*, la imitación de la voz, los gestos y la letra, los giros gramaticales y los tics de mi profesor, que me conferían no sólo poder sobre él, sino existencia para mí. En pocas palabras, *una impostura fundamental*, aquel *parecer ser* lo que yo no podía ser: esa

falta de cuerpo no apropiado y, en consecuencia, de mi sexo. Comprendí entonces (¡pero tan tarde!) que yo no usaba el artificio de la manera como los que se «cuelan» lo usan para entrar en un estadio (mi padre) sino para *seducir* a mi profesor, y hacerme querer por él justamente por el juego de aquellos artificios. ¿Qué quiere decir esto? Que al no tener existencia propia, existencia auténtica, dudando de mí hasta el punto de creermme insensible, sintiéndome por este hecho incapaz de mantener relaciones afectivas con cualquiera, me veía reducido para existir a *hacerme querer* y para querer (puesto que querer requiere ser querido) obligado en consecuencia a artificios de seducción y de impostura. A la seducción por rodeos de artificios y en definitiva a la impostura.

Al no existir realmente, yo no era en la vida más que un ser de artificio, un ser de nada, un muerto que no podía llegar a querer y ser querido excepto mediante el rodeo de artificios y de imposturas copiados de aquellos por los que deseaba ser querido y a los que intentaba querer al seducirlos.

Yo no era, pues, dentro de mí más que un ser no sólo conscientemente hábil para mover y disponer los músculos, sino sobre todo inconsciente y diabólicamente hábil para seducir y manipular a los demás, en cualquier caso, a aquellos por los que deseaba ser querido. Mediante este amor ficticio esperaba de ellos el reconocimiento de una existencia de la que dudaba terrible y perpetuamente, en una angustia sorda que no traspasaba mi conciencia más que cuando fracasaba en mis tentativas de seducción.

Sólo muy recientemente me he dado cuenta de la «verdad» de esta compulsión al reflexionar sobre la extraña aventura siguiente. Yo era un alumno muy bueno, a quien mis profesores auguraban un gran porvenir intelectual. Por esta razón mi maestro me

había presentado en otro tiempo a la convocatoria nacional de «becas» pensando que conseguiría uno de los primeros puestos. Pues bien, me quedé en los últimos. ¡Consternación! Fue así como M. Richard y todos los profesores, cada uno por su especialidad, me presentaron a las pruebas de la Convocatoria general. La misma prueba se reprodujo en el último curso. Bien, pues en ninguna ocasión, a pesar de mis méritos espectaculares, es decir reconocidos por mis profesores, recibí la menor distinción. ¡Consternación! Ahora no me explico aquel resultado decepcionante más que por la razón de que me había dedicado a mantener con mis maestros relaciones de identificación y, por tanto, de seducción tales que a pesar suyo les habían engañado sobre mi verdadera valía.

Después de convertirme para ellos en el «padre del padre», o más bien en el «padre de la madre», es decir después de haberlos seducido propiamente mediante la imitación de sus personajes y modales, se habían reconocido tan bien en mí que habían proyectado sobre mí o bien la idea que se hacían de sí mismos, o la que se ofrecían inconscientemente de sus propias nostalgias o esperanzas. De ahí mis fracasos cuando comparecía ante los jueces que no había tenido la posibilidad de seducir. Entonces todos mis artificios, que eran artificios *ad hominem* y no actuaban excepto en la relación de seducción que yo había conseguido imponerles a sus espaldas, ya no actuaban, sino que se convertían en un fracaso. ¡Consternación! Todo esto me perturbó durante mucho tiempo, sin llegar a comprender lo que se necesita «tiempo para comprender».

IX

Cuando el banco de mi padre lo trasladó a Lyon resultó una nueva pérdida de raíces. Para mi madre supuso pasar por un nuevo exilio y suplicio y para mí la entrada en el liceo del Parc, en la clase preparatoria para la convocatoria de entrada en la Normal Supérieure.

La preparación duraba tres e incluso cuatro años. Se confinaba a los jóvenes en la *hypokhâgne*, al resto en la *khâgne*.*

Me perdí literalmente en la preparación. No conocía a nadie, tenía delante de mí a chicos ya formados en todos los trucos y maneras, que celebraban tradiciones colectivas y cultivaban el culto de los «veteranos» aprobados (muy raros en aquella ciudad de provincias). Para mí una soledad muy dura que vivir y que aún se hacía más penosa ante la convicción de que *yo no sabía nada*, pero nada de nada, que tenía que aprenderlo todo y sin ayuda de nadie.

* *Khâgne*, palabra de 1888, que significa «pereza» y que denomina también la clase preparatoria para la entrada en la École Normal Supérieure (letras). *Hypokhâgne* denomina el curso precedente. (*N. de la T.*)

Por aquel entonces escribía un diario de navegación (bajo la recomendación de Guitton, de quien voy a hablar), y cada día abría mi página en él a base de la invocación de la «voluntad de poder», fórmula que había recogido en algún lugar y que me servía de resolución para salir de aquel vacío y para afirmarme a fuerza de una voluntad vacía, que no podía suplir la naturaleza. Al lado figuraban largas declaraciones de amor para Simone, que no tenía la audacia de mandarle. «Esto no se hace», me había respondido mi única esperanza, mi tía, a quien había preguntado si podía por lo menos mandar a Simone un libro de poemas sin una palabra...

El primer profesor que me dejó estupefacto fue Jean Guitton. Procedía de la Normale, tenía treinta años, una cabeza grande (la «cúpula de Roma») encima de un cuerpecito enclenque. Respiraba bondad, inteligencia y suavidad, pero también una especie de malicia que siempre nos tomaba en falso. Era muy cristiano, discípulo de Chevalier, del cardenal Newman y del cardenal Mercier, y durante todo el curso de filosofía nos explicaba que el cristianismo se había enfrentado e inscrito en su historia en distintas «mentalidades». Se consagraría a una carrera de consejero particular de Juan XXIII y de Pablo VI. A Hélène y a mí nos consideraba unos «santos», y lo demostró, después del artículo de Jean Dutourd sobre la muerte de Hélène, al interrumpir una emisión de televisión para proclamar que tenía en mí una confianza total y siempre estaría a mi lado en las peores pruebas. Siento por él un agradecimiento infinito por lo que entonces fue muy simplemente un *acto de valor público*.

Muy pronto nos dio un elemento de disertación para redactar sobre un tema que he olvidado. Yo no sabía «hacer una disertación» y no sabía gran cosa de filosofía (habíamos tenido en Marsella un profesor sin talento). Me lancé a una composición a lo

Lamartine: lamentaciones líricas sin razonamiento ni rigor. Me merecí un severo 7 sobre 20 y breves comentarios *ad hoc*: «*totalmente fuera de lugar*». Me hundí ante aquella primera sanción que me lanzaba en mi noche.

A esto sobrevino muy pronto el momento de la primera composición escrita. Redactábamos en la gran sala de estudios donde trabajaban después de sus cursos y entre ellos todos los veteranos, hombres duchos en todos los recovecos. Guitton nos había dado como tema: «*Lo real y lo ficticio*». Por mi parte me entregaba con pasión a sacarme de la cabeza algunas vagas nociones, y de nuevo me vi perdido cuando un veterano se acercó a mí, con unas hojas en la mano. «Toma, coge esto, podrá ayudarte. Por otra parte es el mismo tema.»

En realidad Guitton había dado el mismo tema el año precedente y el veterano me ofrecía maliciosamente el suyo corregido por Guitton. La verdad es que se apoderó de mí la vergüenza, pero mi desesperación fue más fuerte. No hice ni una cosa ni otra, acaparé la corrección del maestro, conservé lo esencial (las partes, el desarrollo y la conclusión) que acomodé del mejor modo posible a mi manera, es decir, de lo que yo había escogido de la manera de Guitton, letra incluida. Cuando Guitton mostró en público los ejercicios, me cubrió de elogios sinceros y estupefactos: ¿cómo había podido hacer en tan poco tiempo tales progresos? Era el primero con un 17 sobre 20.

Bien. Por mi parte, me había limitado a copiar lo corregido por Guitton, había hecho trampa, me había colado y saqueado su texto: supremo artificio e impostura para ganarme su favor. Estaba confuso: ¿era imposible que no lo hubiera advertido! ¿No me tendería una trampa? Porque yo creía que lo había comprendido todo y por generosidad quería escondermelo. Pero cuando al cabo de mucho tiempo,

quizás treinta años, me volvió a hablar con admiración de aquel ejercicio excepcional y cuando en respuesta le conté la verdad, aún se quedó más estupefacto. Ni por un instante sospechó de mi impostura, y no quería creerla.

Decía antes que un maestro no detesta que se le remita su propia imagen y que a menudo ni siquiera la reconoce, sin duda bajo el placer consciente/inconsciente que le da reconocerse en un alumno elegido...

Por mi parte, ¿qué beneficio sacaba? Sin duda la ventaja de verme llevado de nuevo a la cabecera de mi clase, de gozar en definitiva de la consideración de mis condiscípulos —en especial de los veteranos— y de ser aceptado por la clase. ¡Pero a qué precio! Al precio de una auténtica impostura que no ha cesado, después, de atenazarme. Dudaba ya que consiguiera existir excepto al precio de artificios, de plagios que me resultaban extraños. Pero en aquella ocasión no se trataba ya de artificios de los que más o menos me podía considerar el hábil autor, sino de una *impostura* y de un *robo*, que mostraban claramente que no podía existir excepto al precio de un verdadero engaño sobre mi verdadera naturaleza, por la escapatoria sin escrúpulo del pensamiento, incluso el razonamiento y las formulas de mi maestro, es decir de otro delante de quien yo quería aparecer, para simular seducirlo. Si se mezcla a ello la culpabilidad, la no existencia propia cesa de ser un problema técnico para convertirse en un problema moral. En lo sucesivo no sólo me sentí no existente, sino también *culpable de no existir*.

Naturalmente saqué provecho de ello. No sólo porque Guitton me había distinguido y a partir de entonces cultivó hacia mí un amor puro y toda la admiración fraternal. Yo era *su otro*. Me hizo confidencias sobre sus trabajos, incluso me llevó a París donde tuve que condenar, ante un público de religio-

sos, filosóficamente (con la ayuda de Ravaisson) el materialismo. Por otra parte Guitton corrigió después la exposición, que consideraba algo seca.

No obstante había aprendido de Guitton, admirable pedagogo aunque no fuera un gran filósofo, dos virtudes propiamente universitarias, que formaron con el tiempo una parte importante de mi éxito: primero la más extrema claridad de escritura, seguida del arte (siempre un artificio) de escribir y redactar sobre no importa qué tema, *a priori* y como por deducción, una disertación que se aguante y que convenza. Si lo conseguí, como fue el caso en el examen de entrada en la Normale, luego en las oposiciones a cátedra de filosofía, es a él a quien se lo debo. Porque me había entregado (sin que tuviera necesidad de imaginarlos laboriosamente) el conocimiento no de artificios arbitrarios, sino exactamente de los artificios propios que debía hacer que se me reconociera (aunque como impostor, pero precisamente entonces yo no tenía otra vía) en la Universidad al más alto nivel.

Desde entonces resulta claro que concebí, así como de mí, una idea muy poco gloriosa y respetuosa de la Universidad, que nunca me ha abandonado, ya se comprende, y que a la vez me ha molestado y servido.

Guitton sólo se quedó un año y nos dejó anunciándonos que sería sustituido por un tal M. Labannière. Al curso siguiente, vimos llegar a Jean Lacroix. Guitton nos había dejado con una singular pirueta.

Viví con Lacroix, hombre íntegro, católico «personalista», amigo de Emmanuel Mounier, filósofo bien informado de la historia de la filosofía, utilizando los artificios recibidos de Guitton; siempre fui el primero en filosofía, pero empecé a aprender no obstante y gracias a él un poco de la materia. Lacroix se había casado con una joven de la casta más cerrada de la burguesía de Lyon, que le tenían por el

diablo y se lo hacían sentir, porque no era de su clase y no compartía sus ideas reaccionarias. Lacroix ha sido, en el contexto de exclusión que ciertamente pone muy a prueba vivir, en especial en Lyon, un hombre muy valiente, que luchó con la Resistencia y apoyó después de la guerra todas las causas generosas.

Pero el hombre más sorprendente de la *khâgne* de Lyon era el profesor de historia, Joseph Hours, a quien llamábamos afectuosamente el «tío Hours». Detestaba cordialmente a Guitton, de quien decía que no era un hombre, sino una mujer, peor aún, una «madre». ¡Pero qué madre...! Bajo, robusto, con la cara y el bigote a lo Laval, estaba muy metido en política, fundador de *L'Aube* con Georges Bidault, y presentaba la singularidad de ser un católico convencido, pero jacobino y naturalmente galicano, ferrozmente opuesto al ultramontanismo del partido europeo, en el que siempre veía la herencia del Sacro Imperio. No le molestaba hablarnos claramente en voz alta y en clase mismo (y más adelante, cuando le visitábamos en su casa, privilegio que obtuve lentamente) de la situación política francesa. En 1937, lo recuerdo, me decía: «La burguesía francesa siente un odio tal por el Frente Popular que prefiere desde ahora a Hitler. Hitler atacará y la burguesía francesa elegirá la derrota para escapar al Frente Popular». Me contento con esta frase, pero se apoyaba en un análisis detallado de la situación de las fuerzas sociales y políticas y también de la personalidad y de la carrera de hombres políticos de los que él observaba atentamente el comportamiento. Así había distinguido particularmente a Maurice Thorez entre los mejores, y depositaba todas sus esperanzas no en los privilegiados sino en el «pueblo de Francia» sobre el que escribió una breve *Historia*, sin duda siguiendo ligeramente a Michelet. Es al «tío Hours» a quien debo mis primeras opiniones

sobre la política y sus objetivos, y también sobre el comunismo, que se reduce para mí a Thorez. Había en él no sé qué que concitaba, físicamente y por sus palabrotas constantes, el recuerdo de mi abuelo, quien desapareció por aquellos años, dejando a mi abuela sola en su casa de Larochemillay, durante veinte años más.

Fue entonces cuando intenté llevar a cabo un gran proyecto que había formado solo. La Iglesia había lanzado entonces, para encajar con el desarrollo del socialismo, lo que se denominaba Movimientos de Acción Católica. No se trataba de un movimiento de conjunto, sino de movimientos especializados en las distintas capas «socio-profesionales», una juventud agrícola cristiana para los campesinos (JAC), una juventud obrera cristiana para los obreros (JOC), una juventud estudiante cristiana para los estudiantes (JEC). No había ningún «círculo» de JEC en el liceo del Parc. Se me metió en la cabeza crear uno y para tal fin me puse a buscar un cura: no se podía prescindir honradamente de él. No sé sobre qué indicaciones, un día subí hasta Fourvière y llamé a la puerta de un jesuita, el padre Varillon, alto, delgado, provisto ridículamente de una inmensa nariz recta. Aceptó y desde aquel día asistió a nuestras reuniones, que agrupaban a todos los alumnos de las clases superiores, por tanto la nuestra. Allí una vez más había tomado responsabilidades, pero por vez primera *solo*. ¡«Voluntad de poder»! De vez en cuando hacíamos retiros en un convento trapense en Dombes, a cien kilómetros de Lyon, entre grandes estanques. Recibidos por el único monje que tenía derecho a hablar —¡menudo charlatán!—, entrábamos en silencio en las inmensas construcciones que apestaban al olor de cera y de jabón añejo, dormíamos en celdas y nos despertaban varias veces durante la noche los repiques de campanas de los oficios a los que asistíamos. Me fascinaba la vida de los mon-

jes, dedicados a la castidad, al trabajo manual y al silencio. Este triple voto me iba bastante bien. Con el tiempo he pensado en el retiro del convento como una solución de vida a todos mis problemas insolubles. Desaparecer en el anonimato, mi sola verdad: siempre ha permanecido e incluso ahora, a pesar y contra la notoriedad por la que sufro tanto. En el convento también teníamos nuestras propias reuniones de círculos y recuerdo haberme encargado de pronunciar una pequeña alocución sobre la virtud del «recogimiento». Puse en ello una exaltación contenida tal, una tal promesa de «fusión» y de convicciones piadosas, que arrastré a todos mis compañeros en mi emoción. Por vez primera descubrí que tenía una especie de fuerza elocuente contagiosa, pero que para darla, recurría espontáneamente a otro tipo de artificio: precisamente a un exceso en el ritmo verbal, el patetismo y la emoción contenida que quería hacer compartir por contagio. Siempre aquel deseo nostálgico de «fusión». Como si, para creer en lo que decía y hacer que lo creyeran, tuviera que «volver a añadir», apuntar en mis palabras y en mis emociones mucho más alto que el fin a conseguir y que, entregándome a esta apuesta, al mismo tiempo me conmoviera hasta las lágrimas, como si tuviera también que llorar, mostrar una emoción por exceso para arrastrar en ella a mis oyentes y, en especial, creer en ella yo mismo. No comprendería el sentido de aquella singular disposición hasta mucho más tarde. En un principio me alertó mucho lo que me dijo una amiga muy querida, quien un día me confesó: «No me gusta cuando exageras» (ante ella sobre todo, claro) y en realidad, la quería entonces con una especie de exceso de fusión de la que ella se había dado perfectamente cuenta. Fue a esta misma amiga, claramente muy perspicaz, a la que oí sobre mí una frase decisiva de la que hablaré en el momento oportuno: «Lo que no me gusta de ti es

que quieras destruirte a cualquier precio». Entonces no comprendí que la voluntad de exageración, digamos la voluntad paranoica, y la voluntad suicida eran una única e igual voluntad.

Me aprobaron en el examen de entrada a la École en julio-agosto de 1939, me movilizaron en setiembre y no volvería a la École hasta octubre de 1945, seis años más tarde.

X

Me movilizaron en el Issoire, con un grupo de alumnos oficiales de la reserva (EOR) de artillería hipomóvil. Conocí las tristes reservas del ejército francés, los pesados caballos de tiro requisados, las guardias de noche, los establos donde una chica espléndida, bajita y morena, con el consabido perfil, quiso a toda costa acostarse conmigo sobre la paja, pero naturalmente yo rechacé sus intentos. Conocimos las alegrías del ayudante en jefe de pacotilla Courbon de Casteljaloux, hice muy buenas amistades, de las que sólo una, por desgracia, ha sobrevivido. 

Permanecimos hasta la primavera de 1940 en el Issoire, llevando a cabo la instrucción durante la *drôle de guerre*.^{*} Guitton se encontraba en Clermont en el estado mayor y venía a veces a verme. Tenía mucho miedo de la guerra, no tanto de que me mataran como de verme *herido* y, como seguía sien-

^{*} *Drôle de guerre*. Así se denominó la de los primeros meses de la Segunda Guerra Mundial, hasta la firma del armisticio con Alemania el 22 de junio de 1940. (N. de la T.)

do creyente, había encontrado una fórmula para dormirme en paz: «Dios mío, hágase tu voluntad».

En mayo de 1940 pidieron voluntarios para la aviación. No sería yo. Demasiado peligroso (mi tío Louis había muerto en avión). Ya he dicho que tenía un miedo cerval a pelear, por miedo a arriesgarme a ser herido, es decir *mermado* en mi cuerpo frágil. Mis compañeros partieron todos a la aventura. Una vez más me quedé solo. Había elegido... Luego no sé por qué, un poco más tarde, también me amenazaron con la aviación. *Simulé* que enfermaba y antes de que el médico pasara a visitarme, intenté una noche alterar mi termómetro a base de frotarlo con fuerza contra el muslo. Otra trampa deshonesta. Sin resultado creo. El médico pasó y no me eligió.

Durante esta época, mi padre, encantado con sus pesados cañones, había sido movilizado en los Alpes, por encima de Menton, pero esta vez bajo cúpulas de hormigón: tranquilo. Comía y bebía muy bien en la cantina preferente de los oficiales. «Se» enviaba de vez en cuando algunos obuses sobre algún puerto italiano, para «mantener la moral». Pero no era nada muy serio.

Mi madre salió de Lyon y se reunió con mi abuela en la casa de Morvan. ¡Por fin estaba sola! Entonces le ocurrió algo maravilloso. Pasó a ser secretaria de ayuntamiento y tuvo que hacer frente a un buen número de problemas locales, acrecentados aún más por la *débâcle* de mayo a junio de 1940. Lo resolvió admirablemente, sin el menor quebranto de salud. Por fin ya no estaba bajo la autoridad de su marido, podía al fin hacer lo que quería, era feliz y desaparecieron todas sus enfermedades.

Cuando ahora la visito en su clínica, apenas me reconoce, pero dice que es muy feliz, su salud es perfecta a pesar de su avanzada edad y se niega a que la llamen Madame Althusser. Es *Lucienne Berger*, su

nombre de soltera, y nada más. Asunto resuelto, sólo con un retraso de sesenta años.

De marzo a abril de 1940 nos enviaron a Vannes, donde se aceleró la instrucción. Hubo un examen final, en el que naturalmente quedé el último. El primero fue el padre Dubarle, muy enfermo actualmente. Si puede leerme, que sepa que nunca le he olvidado y que he leído sus bellos libros sobre Hegel.

Se acercaban a ráfagas las tropas alemanas. Paul Reynaud había anunciado que combatiríamos en el «reducto bretón» pero, unas tras otras, fueron declarando «abiertas» las ciudades, entre ellas Vannes. Nuestros oficiales [estaban] bajo el mando de un siniestro traidor, el general Lebleu, quien por miedo a los «comunistas» que podíamos ser o llegar a ser, nos impidió movernos hacia el Loire, entonces libre en Nantes, y pasar al Sur. Nos tuvo encerrados en nuestro cuartel, *bajo nuestra propia guardia*, incluso cuando llegaron los alemanes con sus carros. «Si abandonáis vuestra posición, ¡se os considerará desertores y se os fusilará!»

Los alemanes, que hábilmente nos anunciaban nuestra liberación en ocho días, en quince días, o después en un mes, nos amenazaban con represalias sobre nuestras familias si nos largábamos. Durante tres meses enteros, tuvimos mil ocasiones elementales de escapar de los campos franceses mal vigilados: los coches de abastecimiento y de la Cruz Roja entraban en ellos libremente y nos ofrecían el pasaje para huir del campo. Éramos demasiado ingenuos: no se huye bajo la tapadera de la Cruz Roja. Personalmente, no tuve el valor necesario y no fui el único.

Finalmente el largo convoy de vagones para ganado nos llevó en cuatro días y cuatro noches hasta la Alemania del Norte, a Sandbostel, un inmenso campo de arena y de nieblas, donde por vez primera vimos, tras las alambradas electrificadas, prisione-

ros rusos casi desnudos en el frío ya intenso, macilentos, cadavéricos y suplicando que se les diera pan, que les arrojamos de nuestras escasas raciones.

Un joven estudiante de Brive me acompañó durante todo el viaje. Meábamos en la misma botella. Entonces era mi único amigo. Me contaba pavorosas historias de chicas en los jardines cerca del liceo. Y en particular una, que me conmovió hasta hacerme saltar lágrimas: «A las chicas, les metías mano en el culo por detrás sin decirles nada y ¡zas! Pues mira, un día, una chica a quien había metido mano en el culo, se da la vuelta y me dice con una larga queja que es como un reproche: “¡Oh, por qué no me dijo usted que me quería!”».

Varios de mis compañeros estudiantes y yo fuimos enviados entonces con otros trescientos prisioneros franceses, casi todos campesinos normandos, a una gigantesca obra de la Luftwaffe en la que, gestionada por empresas particulares que hacían su agosto a costa nuestra, construían inmensos depósitos subterráneos de gasolina. Fue, a pesar de la fraternidad de los prisioneros, un año muy duro. Nos moríamos de hambre. Nos obligaron a trabajos forzados durante los peores fríos (hasta 40 grados bajo cero aquel año). No teníamos respiro más que por la noche, en el calor intenso de inmensos dormitorios y de chalets en los que alimentábamos las grandes estufas al rojo con ladrillos de turba. El domingo teníamos derecho, ¡oh, maravilla!, al descanso y a una albóndiga de carne bañada en salsa.

Todos mis amigos estudiantes contrajeron la tuberculosis y fueron repatriados. Una vez más me quedé solo. Por mi parte resistía bastante bien. Me gustaban los campesinos normandos con los que trabajaba. Algunos, sin poder evitarlo, ponían todo su celo para demostrar a los «Chleuhs» cómo se sabe trabajar en Francia. Nosotros los estudiantes hacíamos lo mínimo posible y no éramos bien vistos por

nuestros compañeros normandos. Nos acusaban sin vacilar de «sabotaje».

Allí conocí a hombres inauditos para mí. En especial a Sacha Simon, gran periodista de *L'Est républicain*, quien no dejaba de contar historias verdes que me dejaban estupefacto. Había masturbado a dos mujeres a la vez bajo el mantel de una gran cena, «no hay nada más fácil, es lo único que quieren». Luego oí otras. En particular las aventuras de una amiga funcionaria internacional que sólo tenía una ambición en la vida: hacer eyacular bajo el mantel a los oficiales superiores del Ejército Rojo. Uno de ellos sucumbió incluso de un infarto a causa de la emoción. Después se «tiró» a la inmensa mayoría de los presidentes de la República y a varios obispos y cardenales. Su último objetivo, aún no conseguido según creo, era el papa. ¡Y no paraba de reírse!

Un día caí enfermo, al parecer de los riñones, y ante mi gran sorpresa, por decisión del médico francés del campo, el teniente Zeghers, a quien volvería a encontrar más tarde en el campo central, una muy cómoda ambulancia alemana me condujo en un día de camino hasta el hospital del campo. Permanecí allí ocho días y fui trasladado al mencionado campo, Schleswig, stalag XA. Mi número, lleno de ceros, era el 70670. Me sentaba bien. Seguí desempeñando duros trabajos, descarga de vagones de carbón, etc.

Me sentía muy cómodo en aquellos ejercicios de fuerza, en especial me hacía feliz la fraternal compañía de mis compañeros campesinos: una región conocida desde mi infancia.

En el campo había contingentes de polacos que, siendo los que habían llegado primero, se habían apoderado de todos los servicios y veían muy mal a los franceses que los habían «tracionado» en 1939. También había belgas obesos, suboficiales de carrera, entre ellos un flautista y un actor que interpretaba papeles de mujer en el teatro, y miserables «ser-

bios» muchos de los cuales se colgaron del extremo de las camas.

Según la carta de la Convención de Ginebra de 1929, cada nacionalidad debía estar representada ante las autoridades alemanas por un «hombre de confianza», elegido por sus compañeros. El primero, un tal Cerutti —vendedor de coches en Suiza—, había sido elegido de oficio por los alemanes, sin duda porque hablaba muy bien el alemán. Durante un tiempo estuve «asignado» en la enfermería del campo, donde me convertí en un experto en el arte de poner inyecciones, que a mí personalmente no me hacían daño alguno (casi al contrario) cuando me tocaba recibirlas (¡lo contrario de la estaca!). Estaba bajo la protección del doctor Zeghers, siempre tan lechuguino en su uniforme impecable. Había aprendido un poco de alemán: por lo tanto me ascendieron a «enfermero-jefe». Y me encontré como en otro tiempo con mi patrulla de *boy-scouts*, y después en el liceo Saint-Charles, frente a un inmenso granuja parisiense, experto en tacos y en argot que no quería plegarse a mis «órdenes». Quería romperme la crisma. Yo retrocedí ante él, apurando toda mi vergüenza.

Aquel suplicio duró hasta el día en que los alemanes, para recompensarlo, repatriaron a «su» hombre de confianza. Como Pétain había obtenido de Hitler en Montoire el «privilegio» (contrario a la Convención de Ginebra) de que Francia fuera la «nación protectora» de sus propios prisioneros y como Pétain había aprovechado ese «acuerdo» para enviar a los campos oficiales franceses «colaboracionistas» que hacían propaganda de la Revolución Nacional y creaban por aquí y por allá Círculos Pétain, los alemanes consintieron en que el nuevo hombre de confianza se eligiera, pero presentaron su candidato: el presidente del Círculo Pétain, un joven de sangre azul de una admirable belleza.

¡Lástima! ¡No habían contado con el espíritu de contradicción de los francesitos! Una gigantesca y clandestina campaña electoral se desencadenó en dos días, bajo el impulso de un parisiense, un mecánico dentista anarco de un hablar insolente. Era ayudante de un miserable oficial dentista asqueroso de ver y chorreando baba, que pasaba el tiempo, a la vista y conocimiento de todos, lanzando trozos de chocolate a unas desgraciadas ucranianas del campo vecino para que abrieran sus largas piernas, a diez metros de allí. Y el oficial dentista se masturbaba entonces ante su sexo al descubierto. Todo el campo estaba al corriente, era un espectáculo cotidiano para quien lo quisiera ver.

Un tal Robert Daël, muy querido en el campo, fue elegido triunfalmente.

Su primer gesto fue admitir a su lado al presidente del Círculo Pétain, el hombre de los alemanes. Una inmensa oleada de crítica se desplegó sobre Daël quien nada respondió. Pero al cabo de un mes, Daël, que había tranquilizado a los alemanes con este gesto hábil, obtuvo de ellos la repatriación inmediata del presidente del Círculo Pétain, que era lo único que pretendía. Lo comprendimos. Y yo empecé a comprender cómo podía ser un hombre de acción.

Daël entonces me reclamó para su «gabinete» con el arquitecto de Mailly y otros. Y vi actuar a Daël de cerca. Con firmeza y chapurreando un inverosímil alemán de cosecha propia, tomó de la noche a la mañana de los alemanes el control íntegro de los víveres, ropa y calzado enviados por Francia, poniendo fin al pillaje casi íntegro a cargo de las autoridades del campo.

Obtuvo [de los servicios] de Pétain un camión para proceder él mismo a la distribución de los *Liebesgaben* enviados por Francia hasta en los más pequeños comandos que no habían recibido nada

hasta entonces, ni por otra parte al hombre de confianza del campo central. En ocasiones le acompañaba en sus desplazamientos. Admiraba tanto su desfachatez con el alemán que le vigilaba y que se metió en el bolsillo de la noche a la mañana con dos tabletas de chocolate, como su cordialidad con nuestros compañeros prisioneros totalmente abandonados hasta que él llegó.

Entonces comprendí qué era la acción, cercana a los principios, pero muy distinta a su simple aplicación, puesto que es necesario asumir los imponderables de la coyuntura, de los hombres, de su pasión, de los enemigos y, con este fin, poner en juego unos recursos humanos muy distintos a la sola claridad y rigor de los principios.

La primera y muy importante conclusión que se me impuso fue la de dar un sentido totalmente inesperado a mi obsesión por los artificios. Empecé a comprender por el uso que los artificios, subterfugios y otras estratagemas podían ser algo distinto a las imposturas, que podían muy al contrario producir efectos benéficos a su autor y a los demás hombres, a condición de que supieras lo que querías y dominaras toda culpabilidad; en pocas palabras, que fueras libre, algo que yo aprendería con mi análisis. Sin saberlo entonces y sin establecer nunca la más mínima relación con mi obsesión-temor a los artificios que me conformaban, me acerqué —como sólo descubrí mucho más tarde— a las reglas que ha prescrito el único hombre —digo bien el *único* hombre—, que haya reflexionado sobre las condiciones y formas de la acción —en política solamente—, el único hombre que, mucho antes que Freud, como pienso explicar algún día, *se anticipó con mucho a su descubrimiento*: Maquiavelo. Sin embargo, yo me encontraba muy lejos del objetivo.

Lo que también me enseñó la experiencia de la

cautividad, [es]¹ el bien que sentía no viviendo ya en compañía de padre y madre y en el universo (sin ningún exterior) de los estudios, de la clase y del piso familiar; en pocas palabras, no ya bajo el *terrible, eso es, terrible, ¿me oyes, Robert Fossaert?, ¿me oyes, más allá de tu horrible tumba, Gramsci?, del terrible, horroroso y más espantoso de todos los aparatos ideológicos del Estado* que es, en una nación donde naturalmente el Estado existe, la *familia*. ¿Puedo añadir que incluso en Lyon, durante tres años —¡de los dieciocho a los veintiún años!—, fuera de mis compañeros de *khâgne* y de mis profesores, *no conocí absolutamente a nadie*? Y esto solamente por una mezcla atroz de miedo, de educación, de respeto, de timidez, de culpabilidad, que me habían sido inculcados por mis propios padres, cogidos ellos mismos y atrapados como nunca dentro de esa estructura ideológica atroz para mi madre y también para mi padre, aunque pareciera algo distinto, y todo ello para qué, sino para inculcar a un niño todos los altos valores que sirven dentro de la sociedad en la que vive, el respeto absoluto a toda autoridad absoluta y por encima de todo al Estado del que, después de Marx y de Lenin, gracias a Dios, sabemos que es una terrible «máquina» al servicio (sí, Fossaert; sí, Gramsci), no de la clase dominante, que nunca se encuentra sola en el poder, sino de las clases que constituyen el «bloque en el poder», tan bien llamado así por un tal Sorel en Francia, incluso en medio de la indiferencia teórica y política general. Pero ¿cuánto tiempo los espíritus más informados y más inteligentes se dejarán engañar por lo que es aún más ciego y cegador que el terrible veneno sor-

1. La inclusión por parte del autor de una larga digresión sobre el papel de la familia, en relación a una primera versión de este capítulo, nos ha llevado en este párrafo y en el siguiente a efectuar dos correcciones mínimas, que figuran entre corchetes y que permiten restituir la coherencia del desarrollo. (N. del E.)

do del inconsciente, que Freud supo pescar en el más profundo fondo de los mares con su larga red de mallas, cuánto tiempo se dejarán engañar aún por la evidencia cegadora de la naturaleza profunda como aparato ideológico de Estado de la *Familia*? ¿Hay que añadir ahora que además de las tres grandes heridas narcisistas de la Humanidad (la de Galileo, la de Darwin y la del inconsciente) existe una cuarta aún más hiriente, porque su revelación es absolutamente inaceptable para cualquiera de nosotros (puesto que la familia es desde siempre el lugar mismo de lo *sagrado*, y por tanto del *poder* y de la *religión*) y porque la realidad irrefutable de la Familia aparece sin duda como el más poderoso de los aparatos ideológicos de Estado?

En la cautividad tenía que ocuparme [además] de un mundo muy distinto a la sagrada familia: el de los hombres maduros liberados, para lo mejor, *de su familia*, porque se habían hecho adultos y libres: aquellos campesinos normandos y pequeños burgueses belgas y aquellos suboficiales de carrera polacos que no cesaban de evocar en voz alta tanto sus comidas pantagruélicas en tiempos de paz, como sus aventuras y obsesiones sexuales hasta en los detalles más crudos e íntimos, me enseñaban hasta cierto punto lo que es ser adultos y sexualmente libres, aunque no lo fueran ni económica, ni social, ni política, ni ideológicamente, muy al contrario, puesto que bajo todos estos aspectos eran hombres «alienados» (es decir, para dejar de hablar como Feuerbach o Hegel, hombres explotadores o explotados, opresores u oprimidos, inculcadores o inculcados). Ahora bien, ¿qué descubría yo en aquel mundo nuevo? Mi obsesión de siempre por querer disponer de *reservas*. Y esto fue capital para comprenderme a mí mismo.

Durante el primer año, cuando se nos distribuían únicamente doscientos cincuenta gramos de pan ne-

gro y cincuenta gramos de salchicha alemana, como tenía pánico anticipado de que me faltara alimento, cortaba cada día una rebanada de pan y una rodaja de salchicha, que guardaba bajo la cabecera de mi jergón: un verdadero tesoro en reserva; ¡no se sabe nunca!

Pero cuando tuve que abandonar mi primera unidad, no encontré debajo de mi jergón más que una masa de *podredumbre*. Había perdido todas mis reservas a fuerza de quererlas reservar. La verdad, la realidad de aquella reserva se mostraba a mis ojos y a mis manos y a mi nariz y a mi boca: *la podredumbre*. Pero fui incapaz de sacar la lección de aquella cruel experiencia, durante sesenta años. En los tiempos mejores que siguieron, seguí todos los días creándome reservas, primero de pan, galletas, chocolate, azúcar, zapatos (¡al menos tengo un centenar de pares en mis armarios actualmente!), trajes —lo mismo— y naturalmente *dinero*, la reserva de las reservas; Marx lo ha mostrado muy bien, además de tantos otros entre los que el más importante ha sido Locke (el dinero para Locke era en realidad *el único bien que no se pudre jamás...*) y el único que se define por esa cualidad excepcional entre todos los bienes perecederos. Luego me creé reservas de amigos y, finalmente, de *mujeres*. ¿Para qué? Pues sencillamente para no arriesgarme a encontrarme *sin ninguna mujer* a mano, si por ventura una de mis mujeres me dejaba o se moría, y esto me ha sucedido siempre, por lo que siempre tuve, aparte de Hélène, una *reserva de mujeres*, para asegurarme que si un día por ventura Hélène me abandonaba o se moría, no estaría ni un instante solo en la vida. Sé demasiado bien que esta terrible compulsión hizo sufrir horriblemente a «mis» mujeres, a Hélène la primera. Una de mis amigas me ha dicho recientemente y cuánta razón tenía *entonces*: «Tú sabes utilizar estupendamente a tus amigos (no ha dicho

amigas...) pero no les respetas», palabras que, en su momento (hace cuatro meses), me desconcertaron, y me dieron no obstante qué pensar, pero pronto lo abandoné.

En realidad atribuí simplemente la compulsión de acumular reservas de todo tipo a las fobias de mi madre y en particular a su obsesión, más fuerte que cualquier razonamiento, de recortar todos sus gastos y acumular economías sin más motivo sensato que hacer frente a todas las amenazas posibles del porvenir, *ante todo el robo*.

Como todas las mujeres de su generación (y de la época de su propia madre), cuando salía o viajaba, mi madre escondía su dinero debajo de su falda, por tanto *lo más cerca posible del sexo*, como si tuviera que proteger en todas las formas posibles, de todas las malas compañías y sus peligros tanto el sexo como el dinero. Y, ciertamente, yo no era entonces, ni lo fui durante mucho tiempo, libre ni de mi sexo ni de mi dinero. Una manera de no vivir más que en la repetición del mismo presente, sin tener nunca el valor o más bien la simple libertad de afrontar libremente el porvenir (sin la garantía previa de las reservas) de otro modo que bajo la forma acumulada del pasado, acumulada sobre sí misma y del que se esperaba un interés usurario.

Conseguir escapar al fin verdaderamente a esta obsesión fue con toda seguridad una de las más duras pruebas de toda mi vida, hasta hace sólo dos meses, en seguida diré por qué y cómo.

Ahora me parece que sé de fuente cierta que no hay vida sin gasto, ni riesgo, y en consecuencia sin sorpresa, y que la sorpresa y el gasto (gratuito, no mercantilizado: es la única definición posible del comunismo) no sólo forma parte de toda la vida, sino que son la vida misma en su verdad última, en su *Ereignis*, en su surgimiento, su llegar a ser, como tan bien dice Heidegger.

Así cuando ahora visito a mi madre, que vivió, desde que en Marruecos atrapó lo que se llamaban amebas, aterrorizada ante los dolores de vientre, la atiborro de bombones caros, los mejores de la casa Hédiard. En otro tiempo ella nunca se habría permitido ese comportamiento, ni jamás me lo habría autorizado; por el contrario se lo habría prohibido ferozmente a sí misma y a mí. Ahora se lanza sobre los bombones de la casa Hédiard sin siquiera preguntar el precio; ella que tenía tanto miedo de las amebas (es bien sabido que el chocolate está contraindicado cuando se padece de amebas), no acusa el menor malestar en el vientre ni en parte alguna, ni ninguno de sus innumerables males de hipocondría por los que precisaba, cuando vivía mi padre, visitar cada dos días a varios médicos y cuidados increíbles, tanto en medicina como en dietética; ahí está, devorando con glotonería mis bombones sin enfermar nunca lo más mínimo.

Se puede, pues, curar de una increíble serie de fobias *sin ningún análisis*: basta por ejemplo que muerá el marido, que Madame Althusser se convierta otra vez en Lucienne Berger y todo entra dentro del orden, quizás no el del deseo y de la libertad, pero en cualquier caso el del placer, que como principio de placer tiene no obstante, según Freud, algo serio que ver con la libido, ese Espíritu Santo de los creyentes (mi madre siempre ha sido muy creyente).

¡Vivir sólo en el presente! Ciertamente, no sabíamos que la cautividad duraría cinco años, pero día tras día, mes tras mes, el tiempo pasaba, en especial después del 21 de junio de 1941, cuando se abrió el frente del Este, concentrando todas nuestras esperanzas. Pero en realidad debo reconocer que me instalé bastante bien en la cautividad (una verdadera comodidad, porque era una seguridad verdadera bajo la guardia de los centinelas alemanes y las alambradas). No tenía ninguna preocupación

por mis padres, y confieso que incluso encontré en aquella vida fraternal, entre auténticos hombres, motivos para soportarla como una vida fácil y feliz porque estaba bien protegida. Nos encontrábamos entre las alambradas y bajo los guardianes armados, sometidos a todas las vejaciones de pasar lista, cacheos, servicios, y pasamos mucha hambre el primer año y el último; pero, cómo decirlo, allí me sentía seguro, protegido de todo peligro por la propia cautividad.

Nunca pensé seriamente en evadirme, a pesar del ejemplo de muchos compañeros, que probaron suerte hasta seis veces, como aquel maravilloso Clerc, minúsculo (metro cincuenta) campeón de fútbol, jugador de cabeza incomparable a pesar de su talla, que había ganado con su equipo, el Cannes, la Copa de Francia en 1932. Por el contrario, imaginé un programa de evasión que, luego, me ha hecho pensar mucho.

Como había observado que los alemanes, una vez constatada la evasión de uno de los nuestros, alertaban a toda la policía y las tropas en un inmenso perímetro, lo que conducía la mayor parte de las veces al arresto del audaz, imaginé que el medio más seguro de evadirse era *hacer creer en una evasión* y dejar pasar el tiempo de alerta generalizada, que no duraba más de tres o cuatro semanas, para partir realmente *después*. Se trataba pues de *desaparecer* del campo (tenía ya la vocación de «desaparecido») para dejar que creyeran que lo había abandonado, antes de levantar el vuelo una vez pasada la alerta. Para ello bastaba con no evadirse, sino desaparecer, es decir esconderse en el campo mismo (lo que no era imposible) y tomar las de Villadiego después el tiempo suficiente (tres semanas) de cesar las medidas de alerta. En suma, yo había encontrado el medio de evadirme del campo *sin salir*. Y seguir en cautividad para escapar. Después de poner bien a punto

aquel proyecto, no le di ninguna consecuencia, orgulloso solamente con haber encontrado la «solución»: como ya me había probado a mí mismo, no tenía necesidad de pasar a la acción. Con el tiempo he pensado a menudo que aquella «solución» era muy propia de mí, uniendo el miedo al peligro y la necesidad absoluta de protección para obtener aquella audacia ficticia. Si mi amigo Rancière hubiera conocido este «episodio», cuando más tarde me reprochó que criticara al partido comunista y permaneciera en él, creo que le hubiera dado materia en que pensar.

¡Protección! Sí, estaba protegido dentro del campo, y bajo la condición de aquella salvaguardia pude permitirme un buen número de audacias. Me protegieron primero el doctor Zeghers y luego Daël. Daël, aquel hombre de dos metros de alto, cariñoso conmigo como una mujer (la verdadera madre que yo no había tenido), aquel «hombre verdadero» también, que sabía enfrentarse sin la menor angustia a los peligros y a los alemanes (como un verdadero padre que yo no había tenido), me resultaba una protección sin par. Y dentro de su afecto protector, repetía mi antigua conducta obsesiva; al abrigo de su protección me convertí en su consejero para todas las cosas, incluso en el consejero de sus audacias, haciéndome así de nuevo (como anteriormente lo hice con Zeghers) el «padre del padre» o más bien y al mismo tiempo el «padre de la madre», como para resolver una vez más a mi manera la soledad y la contradicción de no haber tenido nunca ni una verdadera madre ni un verdadero padre. Me doy cuenta perfectamente de que estaba a mi manera muy «enamorado» de él. Cuando volvimos a Francia, le dejé en París donde muy pronto supe por él mismo que escuchaba con delicia «el ruido de los tacones de una mujer cogida de su brazo por las aceras de la ciudad»: me sentí terriblemente desengra-

ciado por los celos. Desde Marruecos donde me había reunido con mis padres le hice jurar incluso que no se casaría nunca. Lo prometió, pero no me sirvió de nada, porque me dejó en mi desgracia.

Por lo que se refiere a mis «audacias» personales, todas fracasaron. Cuando, en el stalag, alteré mi cartilla militar con falsas anotaciones y falsos sellos para transformarla después en una falsa cartilla de *enfermero* (porque entonces los alemanes repatriaban a los enfermeros) y simulé encontrarla entre los paquetes postales de Francia que abría un viejo centinela casi ciego (aquella operación era de lo más fácil) *olvidé por azar* un atestado del general Lebleu que me citaba, como a todos los EOR de Vannes «a las órdenes de la región». Y mi cartilla sólo constaba de dos páginas, porque había arrancado todo lo que pudiera comprometerme. ¡Dos páginas y un «olvido» semejante! El capitán alemán me devolvió mis documentos con una sonrisa sobreentendida. ¿Cómo podía haber olvidado aquella hoja en una cartilla de dos páginas? Decididamente, hay que creer —única explicación imaginable— que inconscientemente yo no quería abandonar el campo. Si bien yo era capaz de todas las audacias incluso las más locas *para* Daël, era totalmente incapaz de tener una sola verdadera por mi cuenta. Decididamente a causa y por el efecto de una fuerza más apremiante que mi conciencia y mis proyectos más meditados, yo no quería de ninguna manera escapar a aquella cautividad que me iba como un guante. Me insolenté una vez con el médico alemán, pero cuando me hizo comparecer ante él, bajo la atención silenciosa de todo el estado mayor polaco de la enfermería que se disponía a «tomarme las medidas», es decir, a valorar mis aparentes pretensiones y audacias de rebelde, sólo pude farfullar lamentablemente. Tuve que aguantar un mes de prisión incondicional y conocí entonces los calabozos donde se pudrían los desgraciados rusos.

Finalmente se aproximaron los Aliados. El campo concedió dos horas de reflexión a sus guardianes, que desaparecieron en la noche. Fue un increíble período de libertad, de correrías, de mujeres y de francachelas, pero me mantuve al margen. Los ingleses seguían sin llegar. Entonces concebí yo solo (¡qué audacia!) el proyecto de adelantarme a ellos y convencí a Daël que junto conmigo había abandonado su puesto de hombre de confianza; ambos, ante el desconcierto de los alemanes, nos habíamos negado a la repatriación de rigor. Encontré un coche y un chófer y salimos clandestinamente hacia el Sur: Hamburgo y Bremen. Los ingleses nos «hicieron prisioneros» en Hamburgo y conseguimos escapar por muy poco gracias al genio de nuestro chófer; pero como las vías estaban cortadas, tuvimos que rehacer nuestro camino. Volvimos al campo bajo la condena general de nuestros amigos que no nos perdonaban nuestro «abandono». El más enojado de todos fue seguramente el «abad Poirier», el capellán del campo, a quien queríamos mucho y que nos correspondía: también a él le entristeció una iniciativa que rompía la fraternidad del campo. Por una vez que yo había intentado arrastrar a Daël en *una audacia propia*, la cosa acababa muy mal. Decididamente no estaba hecho para las pruebas de fuerza ni para las audacias de los aventureros.

Finalmente debo hacer notar que fue en el campo donde oí por primera vez hablar del marxismo a un abogado parisiense de paso, y que allí conocí a un comunista, solamente a uno.

Este comunista, *Pierre Courrèges*, apareció en el campo en los últimos meses; acababa de pasar un año en Ravensbrück en una dura unidad disciplinaria para irreductibles. Ya hacía tiempo que Daël no era ya el hombre de confianza. Un muchachote poco brillante, empresario de pompas fúnebres, le había sucedido y con él algunas irregularidades o compli-

ciudades anteriores habían vuelto a salir a la superficie. Pero no por mucho tiempo. Sin mandato de nadie, sólo en nombre propio y en nombre de la honradez y la fraternidad, intervino Courrèges y provocó un increíble efecto. Era sencillo, directo, cálido, natural, y se comportaba y hablaba sin ningún esfuerzo aparente. Su sola presencia transformó el campo y nos sacudió con una increíble sorpresa. Todas las facilidades, los semi compromisos con los alemanes desaparecieron de la noche a la mañana y el campo respiró una atmósfera que no había conocido desde el «reinado» de Daël. Había bastado un *solo* hombre, y un hombre solo, pero que con toda seguridad «no era como los demás», era un «tipa-parte» (los comunistas «no son hombres como los demás», cantinela de una propaganda que conocí más tarde) para provocar aquel resultado sorprendente. Concebí una profunda consideración hacia los comunistas y también la idea de que se pudiera actuar de forma distinta a la de Daël, de que existían pues otras formas de acción y de relación con la acción, en las que la habilidad pasa a un segundo plano cuando la acción se inspira en verdaderos y auténticos «principios» como claras razones de actuar que pueden entonces prescindir del arte de la «piratería» y de la astucia. Sorprendente Courrèges que me dio mi primera lección práctica de comunismo. Volví a verlo en París: sigue siendo tan cordial, pero ya es un hombre como los demás. Nunca hubiera creído que también él pudiera ser un hombre como los demás...

En cualquier caso, aquellos que hayan podido imaginarse que fui convertido al comunismo por Hélène deben saber que fue a causa de Courrèges.

Por fin llegaron los ingleses y nos mandaron a París en avión. Fui a visitar a Jean Baillou, secretario de la École Normale. Estaba tan desesperado que le

declaré de sopetón: «Hablo alemán (había aprendido la lengua durante el cautiverio), un poco de polaco (*ídem*) y el inglés del liceo. Por favor, encuentrenme un trabajo». Me respondió: «Vaya a su casa lo primero, luego ya veremos». Me hice pasar (mi primera *piratería* personal que funcionó, otra impostura) por oficial y, a título de tal me embarcaron en un avión directo para Casablanca, donde había sido trasladado mi padre en 1942. Mis padres me recibieron lo mejor que pudieron. Mi padre, que disponía de un coche de su oficina, me llevó a visitar algunas ciudades de Marruecos a toda prisa. Por aquel entonces únicamente se relacionaban con los Ardouvin, una pareja totalmente disparatada, él minúsculo y retorcido, antiguo compañero de clase de mi padre, que no cesaba de darle la tabarra, en los ferrocarriles de Marruecos; ella alta, bastante bella, intelectual, profesora de francés en un colegio, una mujer de corazón que le gustaba mucho a mi madre y con quien podía hablar de estudios, de letras y poesía. Siempre era lo mismo: mi padre no dejaba de atacar y molestar con sus chanzas. Era el mismo de siempre: el más ducho en picardías y humor. Pero no conocí, en tres meses, a *nadie* más. Mi madre estaba enferma, se había convertido en una hipocóndrica, los intestinos y esto y aquello. Yo no tenía más que una idea en la cabeza, Dios sabe la razón: asegurarme de que no tenía ninguna enfermedad venérea. Consulté a diez médicos militares, que me encontraron sano, pero cada vez estaba persuadido de que me escondían algo. Me encontraba, lejos de la fraternidad de los compañeros de cautiverio, en un mundo totalmente cerrado, lejos de Daël en quien no dejaba de pensar, al borde de la depresión. No sé cómo conseguí evitarla. Sin duda precipitando mi vuelta a Francia. En cualquier caso tuve la lucidez suficiente en aquellos dos meses como para decidir que era necesario que ayudara a mi

hermana (que había interrumpido sus estudios para hacerse enfermera de niños y había tenido que cuidar a los terribles heridos del bombardeo de Casablanca) a escapar de aquel mundo sin salida. Me consagré pues a ella, convencí a mi madre, que me la «confió», la cantinela de siempre, y nos fuimos juntos, en un barcucho que sólo avanzaba dando semirrodéos: se paraba y volvía a ponerse en marcha. Cuatro días y sus noches en aquel hedor para llegar a Marsella. Encontré una habitación para mi hermana en París y por fin ingresé en la École.

¡Un desastre! No conocía a nadie (era el único de mi promoción a quien habían hecho prisionero y, por otra parte, siendo un provinciano, no había conocido, ni siquiera en 1939, a nadie de mi promoción). Me sentía irremediablemente viejo y superado por todos los acontecimientos. Ya no sabía nada de lo que había aprendido en otro tiempo y llegaba de un mundo totalmente distinto al de la Universidad. Aquel «otro mundo», y la sensación de ser totalmente ajeno a las gentes, a las costumbres y a la vida universitarias, siempre me han perseguido. Por otra parte nunca he trabado ninguna relación personal con ningún universitario digno de tal nombre, excepto Jean-Toussaint Desanti y Georges Canguihem, pero ya se verá por qué. Si más tarde he presentado una tesis sobre las profesiones, fue ante la petición apremiante de Bernard Rousset, presidente de la UER de Amiens, que deseaba que un «parisien», «conocido por su notoriedad» (Heine), diera cierto relieve a Amiens. En pocas palabras, me encontraba totalmente solo, por añadidura me sentía enfermo (mis obsesiones sexuales y repetidos problemas de la vista —en realidad simples «moscas volantes»— que me hacían temer la ceguera) y sin ninguna perspectiva. En otro tiempo, sin duda a causa de la influencia del «tío Hours» y porque ya sintiera gusto por la política, hubiera deseado estu-

diar historia. Pero retrocedía ante aquel objetivo (ya no tenía memoria, o al menos así lo creía). Me replegué en la filosofía, diciéndome que a fin de cuentas sólo precisaba saber hacer una disertación en regla. Poco importaba mi ignorancia, siempre sabría arreglármelas.

El médico de la École, el joven doctor Étienne, para ofrecermé protección, aunque no creía en absoluto en mis afecciones oculares (cuánta razón tenía), me había admitido en la enfermería de la École, en la que ocupaba una pequeña habitación al final del pasillo del primer piso, al lado de la de Pierre Moussa, antiguo alumno de Lyon,¹ a quien empecé a conocer. En aquel pequeño reducto recibí primero la visita de mi hermana, mi única conocida en París: lavaba mis calcetines y me preparaba el té. Había mantenido con ella una correspondencia muy lírica, casi amorosa, durante mi cautiverio, vertiendo en ella no sé muy bien qué y, sin duda, para no tener que escribir a mis padres a quienes no tenía nada que decir. Un punto que aún me queda oscuro a menos que imagine cierto desplazamiento. Allí conocí a Georges Lèsèvre, a quien llamaban Séveranne, antiguo alumno de Lyon, que había recogido, como sucedía entonces en las *khâgnes* de provincias que no tenían a muchos elegidos, mi «leyenda» local (de boca de Lacroix y de Hours), y que había retrasado su entrada en la École por un largo compromiso con la Resistencia donde, como sabría más tarde, había conocido a Hélène. Pero sólo otro hombre, cuyo pasado y soltura sobreañadida me abrumaban; eso no era mucho.

No sé cómo me las arreglé, pero deseaba hacer al-

1. Añadido manuscrito al margen del texto cuya concordancia con el resto de la frase ha dejado sin hacer el autor: «sobre quien Hélène, que lo había conocido en Lyon, tenía ideas fijas, como mi padre cuando recibió su visita en Casablanca y le tapó la boca socarronamente a base de contarle “cuentos chinos” (se podía confiar en la discreción y el humor feroz de mi padre)». (N. del E.)

guna amistad femenina. Recuerdo que aprendí a bailar durante un tiempo con una chica cursi en una desagradable *boîte* de Montparnasse para poder ir al baile de la École... donde sabía que aparecerían las *sévriennes* (las estudiantes femeninas de la Normale).^{*} En la noche del baile de 1945, vi el perfil de la cara que me obsesionaba desde hacía tanto tiempo: una chica bajita, encantadora, tan muda como yo y con quien bailé algunas vueltas. En seguida me metí en increíbles fantasías amorosas. Se llamaba Angeline, un nombre sobre el que hice infinitas variantes, ángel, angelita, amelina, amelinita, ronsardelita... La vi, la volví a ver, le escribí y, por una especie de prejuicio de exaltación, intenté no pensar más que en ella, hasta el día en que ella se prestó al juego, pero sus padres le hicieron ver que aquello no era posible. Mientras, Lesèvre me había arrastrado a algunos viajes a Checoslovaquia bajo los auspicios de las Juventudes Republicanas (en realidad comunistas), presididas por Herriot. Lesèvre era comunista y por aquel entonces tenía influencias en bastantes sitios con numerosos miembros de la Resistencia conocidos suyos. En Praga, a orillas del Vltava, medio desecado y apestoso, me di cuenta que una de las chicas del viaje, Nicole, se había enamorado de mí. Me dio tal miedo que no pude ni tocarla. Yo deseaba crearme enamorado de una chica, pero no podía soportar que ella se enamorara de mí. Antigua repulsión, como se puede ver.

Entonces conocí a Hélène.

^{*} Se denominan así concretamente las estudiantes de la École Normale Supérieure femenina de Sèvres. (*N. de la T.*)

XI

Un atardecer de diciembre de 1946, en un París cubierto de nieve, Lesèvre me invitó a visitar a su madre, que había vuelto de la deportación en un triste estado, a su piso de la parte alta de la calle Lepic. Me veo aún al lado de Lesèvre, que hablaba por dos, atravesando el puente nevado de la Concorde. Me hablaba de su madre y entonces me dice: «Verás también a Hélène, una muy buena amiga. Está un poco loca pero es totalmente extraordinaria por su inteligencia política y por la generosidad de su corazón». ¿Un poco loca? ¿Qué podía querer decir después de semejantes elogios? «Nos encontraremos en la parte baja de la calle Lepic, a la salida del metro.»

Efectivamente allí estaba, esperándonos en la nieve. Una mujer bajita, arropada de pies a cabeza con una especie de abrigo que la disimulaba casi entera. Presentaciones. Y en seguida en marcha hacia la parte alta de la calle Lepic, por las aceras cubiertas de nieve helada. Mi primer movimiento, totalmente instintivo, fue cogerla del brazo para sostenerla y ayudarla a subir la cuesta. Pero tam-

bién, sin que jamás haya sabido la razón (o más bien lo sé demasiado: una llamada de amor imposible, sumada a mi gusto por lo patético y la exageración de los gestos) deslicé después mi mano bajo su brazo hasta alcanzar la suya, y envolví su mano fría en el calor de la mía. Se hizo el silencio, subimos.

Guardo un recuerdo patético de aquella velada. Un gran fuego de leña ardía en la chimenea. Madame Lesèvre, feliz de volver a ver a su hijo, nos acogió con cariño. Era una mujer alta, totalmente descarnada por sus sufrimientos, pálida y casi una sombra. No sonreía nunca. Hablaba con lentitud, buscando las palabras, para evocar los recuerdos exaltantes de la Resistencia y las «sinietras» pesadillas de la deportación: los campos de deportación no tenían ciertamente nada que ver con los campos de prisioneros que yo había conocido, ni siquiera con las condiciones de la Resistencia que Hélène y Georges habían vivido. Verdaderamente uno no se los podía ni *imaginar*. Georges siempre había sido discreto sobre sus hazañas en los Alpes y en la ciudad de Lyon. Yo había oído hablar de los deportados, pero por primera vez me topaba con uno y, por añadidura, era una mujer, erguida y firme en sus sufrimientos. Recuerdo que aquel día llevaba (por sentido de la economía no me había comprado otra) una chaqueta estrecha y de mal corte; era una chaqueta marrón que apenas si me entraba, que me habían endosado en París a mi vuelta del cautiverio. Más adelante, Hélène me habló a menudo de aquella chaqueta y de su emoción al verme tan mal vestido, como un adolescente desmañado, totalmente indiferente a su apariencia, como el espectro de otro mundo.

En realidad durante mucho tiempo me vestí con trajes descoloridos de confección sencilla, sin ador-

nos ni retoques,¹ por economía y por una especie de deleite en aparentar que pertenecía al mundo de los desamparados, los pobres árabes de mi infancia y los soldados de mi cautiverio. Recuerdo que aquel anochecer no dije más que unas palabras para evocar la guerra de España, en recuerdo del «tío Hours» y también de mi abuela quien, un día que en Larochemillay le leía algunas páginas de *L'Espoir* de Malraux, no pudo contener su compasión: «¡Pobres criaturas!». Hélène, muy atenta a las palabras de Madame Lesèvre, y después a mis pocas palabras educadas, no dijo casi nada. Nada de su propia miseria, nada de sus amigos fusilados durante la guerra por los nazis, nada de su estrechez desesperada. Sin embargo advertí en ella un dolor y una soledad insondables y creí comprender después (pero como ya he dicho, esto no era cierto) por qué, en la calle Lepic, había colocado su mano en la mía. A partir de aquel momento experimenté un deseo y una oblación exaltantes: salvarla, ayudarla a vivir. Nunca en toda nuestra historia y hasta el final de ésta, abandoné aquella misión suprema que no cesó de ser mi razón de ser hasta el último momento.

Imaginad aquel encuentro: dos seres en el colmo de la soledad y de la desesperación que por azar se encuentran cara a cara y que reconocen en cada uno de ellos la fraternidad de una misma angustia, de un mismo sufrimiento, de una misma soledad y de una misma espera desesperada.

Poco a poco, iría sabiendo quién era. Procedía de una familia judía de los confines de Rusia y de Polonia, que había escapado de los pogroms. Se llama-

1. Añadido manuscrito al margen del texto, cuya concordancia con el resto de la frase ha dejado sin hacer el autor: «nunca a la medida (demasiado caro) hasta que la muy bella y muy amorosa Claire, mi primer amor paralelo a Hélène, me enseñó a vestir con cierta elegancia. Hélène siempre le reconoció tal mérito». (N. del E.)

ba Rytmann, había nacido en Francia, en el distrito XVIII, por la parte de la calle Ordener, pero ella sí que había jugado con los chicos de la calle. Había conservado un recuerdo atroz de su madre, quien, como no tenía leche, nunca le dio el pecho ni la tomó jamás en brazos. La odiaba, porque había esperado un niño y aquella niña negruzca y salvaje alteraba todos los planes de su deseo. Nunca aquella madre tuvo un gesto de ternura para ella: nada excepto el odio. Hélène, que como cualquier criatura deseaba que la quisiera su madre y veía que todo se le negaba, el calor de la leche y del cuerpo, la atención de los gestos de amor y de requerimiento, tuvo que identificarse irrevocablemente con la terrible mujer que la odiaba y también con la atroz imagen que la madre se hacía de su hija: detestada porque era rechazada, negra y salvaje, pequeño animal rebelde imposible de seducir, siempre furiosa y violenta (su única defensa). Ese cuadro, la recuperación de la imagen de una madre terrible y odiosa y de la imagen que aquella madre, toda odio, se hacía de su hijita, un pequeño animal negro, huraño y violento luchando por su supervivencia, debía constituir durante toda su vida y hasta el fin el horrible fantasma de Hélène: sentía un miedo irreprimible de ser para siempre ella misma una mujer horrible, una harpía de la máxima injusticia y violencia, esparciendo el mal a su alrededor sin poder controlar nunca los atroces excesos en los que aquella fuerza, más fuerte que ella misma, la lanzaba sin descanso.

Incluso en esto no se puede asegurar que Hélène pudiera pretender representar en nada el reflejo objetivo de su madre real, ni de las intenciones conscientes y con más razón inconscientes de aquella madre. Lo más que se puede decir es que aquel fantasma inaugural no era arbitrario, sino como aferrado a «indicios» reales a través de los cuales el deseo (el deseo implacable) del inconsciente y de la «vo-

luntad» de su madre encontraban cómo investirse. Es cierto que Hélène niña era canija, negruzca y llena de furia. Pero la furia... De esa forma, incluso bajo la cobertura del recuerdo, se expresaba alguna cosa muy real que, literalmente, prohibía a Hélène *vivir*, tan atroz era su terror a no ser más que una harpía terrible, incapaz nunca de ser amada, de ser amada... porque ella sabía amar, ¡y cómo! Creo que nunca he visto en una mujer semejante capacidad de amor, no en fantasma sino en acto: ¡cómo me lo ha demostrado!

Por el contrario, había conservado un buen recuerdo de su padre. Aquel hombre suave y atento tenía una pequeña tienda de verduras en el XVIII. En la comunidad judía del lugar lo tenían por un «sabio», le consultaban y siempre estaba dispuesto a socorrer al prójimo. Sentía una pasión: los caballos (también él). Acabó por comprar uno, que cuidaba junto con su hija, y aquellos cuidados compartidos en la confianza y el afecto del padre procuraban una auténtica felicidad a Hélène, que nunca había comprendido cómo su padre, excepto por una infinita paciencia, podía vivir con su madre. Muy pronto abandonaron el XVIII por una casita en el valle de Chevreuse. Allí se desarrolló el drama.

El padre contrajo un cáncer. Los hermanos y la hermana de Hélène vivían según parece por su cuenta, sin importarles mucho sus padres. Fue Hélène quien, a los diez y los once años, pasó meses y meses sola a la cabecera del padre para asistirlo y cuidar-lo, porque la madre había descargado todo sobre aquella mala hija. Ciertamente estaba el buen doctor Delcroix, a quien Hélène quería mucho porque la ayudaba como un auténtico hombre, cálido y atento, su único recurso en la soledad y ante aquella responsabilidad capaces de abrumar a una niña. ¡Ay! Un día el buen doctor se atrevió, en un momento de confianza, a jugar con las bragas y el sexo de la niña.

Fue como si su único amigo en el mundo la abandonara. Ella siguió al cuidado de su padre y fue a ella a quien el doctor Delcroix pidió, en los últimos momentos de sufrimiento, que inyectara a su padre una alta dosis de morfina. Así pues, aquella hija terrible había matado por así decirlo a su padre, que la quería y a quien ella quería.

Al cabo de un año también su madre se vio afectada de cáncer y se renovó la misma situación. Volvió a ser Hélène quien cuidó a su madre y veló por ella, aquella madre que la detestaba. Después una vez más, en los últimos momentos, el doctor Delcroix prescribió la inyección fatal. Fue Hélène quien la administró a su madre. Aquella hija terrible también había matado a la madre que la detestaba. ¡A los trece años!

No sé muy bien qué pasó después, pero ella sola encontró el medio de trabajar, de ganarse un poco la vida, y después de leer e incluso de seguir algunos cursos en la Sorbona, donde oyó entre otros a Albert Mathiez de quien me habló frecuentemente. En la Sorbona conoció a su primera amiga verdadera, que la aceptó tal y como era, sabiendo discernir bajo las brascas patadas de la muchacha el fondo de una incomparable inteligencia y generosidad. Se llamaba Émilie, era filósofa, apasionada por Spinoza y Hegel, y comunista. Un día salió para la URSS, donde prosiguió sus estudios, para verse finalmente en Siberia, arrojada en un calabozo y finalmente ejecutada con una bala en la nuca. Hélène no conoció este último detalle hasta los años cincuenta. Pero sin ser verdaderamente filósofa (ella quería ser historiadora), Hélène había aprendido de Émilie y tenía muy presente que la filosofía era vital y esencial para la política. De aquí que me comprendiera cuando la conocí y cuando nos conocimos mejor.

Hélène entró en el Partido Comunista en los años treinta y pasó a ser, ella, una chica, una excepcional

militante en el distrito XV, cerca de las fábricas Citroën (Javel), donde la represión era tal que sólo se podían intentar tareas sindicales y políticas desde el exterior. Allí adquirió una reputación excepcional manteniendo contra viento y marea, y bajo los insultos y las burlas de los adversarios fascistas, un puesto de venta del diario *l'Humanité* para los obreros de la Citroën. Llegó a ser extremadamente popular entre los obreros y temible para los fascistas de las ligas por su determinación y valor, y fue allí donde trabó amistad con los extraordinarios militantes que fueron Eugène Hénaff (Gégène) de quien se enamoró, y, también, Jean-Pierre Timbaud y Jean-Pierre Michels, que más tarde sería diputado por el distrito XV. Los dos fueron fusilados en Châteaubriant. En *l'Humanité* también había conocido bien a Paul Vaillant-Couturier de quien fue amiga, y también (pero mucho más distante) a André Marty, cuya elocuencia fabulosa y «carácter de cerdo» le impresionaban. El 9 de febrero de 1936 participó en la batalla campal callejera contra los fascistas al lado de sus camaradas obreros, movilizados por el sindicato y el Partido. Era la época de Maurice Thorez: «¡Que se abran las bocas, nada de maniqués en el Partido!». Cierta día conoció incluso a Jacques Duclos, en un bistró en el que jugó al billar contra él y ganó la partida: «¡A los inocentes las manos llenas!», comentó Duclos, guasón.

En esta época nació en ella la pasión de su vida: su pasión por la «clase obrera». Una auténtica pasión, total, exigente y ciertamente en parte mítica, pero que la protegía eficazmente de otro mito, el de la organización y los dirigentes de la clase obrera. Nunca en su vida ni siquiera ante mí los confundió: muy al contrario, llegó incluso el momento, después de 1968, en el que ella decía a quien quisiera escuchar que «el Partido había traicionado a la clase obrera» y en consecuencia ya no comprendía cómo

yo podía seguir en el Partido. Ella me repetiría sin cesar acerca de mis libros que «devolvían “sus bienes” a la clase obrera», y por esta razón los aprobaba y apreciaba. Para ella sólo contaba en política la clase obrera, sus virtudes, sus recursos y su valor revolucionarios.

A este respecto, puedo definitivamente barrer un mito interesado que ha corrido ampliamente sobre Hélène y sobre mí, incluso entre algunos de nuestros amigos (ciertamente, no los más próximos): *nunca Hélène hizo la menor presión sobre mí*, tanto en el dominio filosófico como en el político. No fue ella, sino Pierre Courrèges, y más tarde Séveranne y sus amigos, y luego mis propias experiencias sindicales en la École Normale donde luchaba contra los socialistas y conseguí derrotarles en la dirección del sindicato; y también Jean-Toussaint Desanti y Tran Duc Thao, quienes, comunistas y filósofos, enseñaban en la École Normale, y cuyos cursos seguí después de las oposiciones a cátedra. *Nunca*, en mis manuscritos, que como es natural le daba a leer, me hizo la más mínima observación para cambiar su orientación: no se juzgaba competente ni en filosofía ni en teoría política y no conocía *El Capital*, pero tenía una incomparable experiencia tanto del Partido como de la acción política. Se contentaba con aprobarme, y no intervenía más que para sugerirme modificaciones adecuadas para reforzar o atenuar tal o cual fórmula. Sobre estas cuestiones, en las que gentes sin información han querido ver las primicias de un conflicto entre nosotros, nunca hubo nada más que un profundo entendimiento. En lo que yo escribía ella encontraba el eco de su experiencia de la práctica política. En lo que ella me decía, yo encontraba como la anticipación vivida de lo que escribía.

Fue de otro lado muy diferente de donde surgieron nuestras dificultades personales. Ya se verá.

Cuando empecé a conocerla, en 1946, descubrí

muy pronto no sólo que había perdido a todos sus amigos, entre ellos a un cura extraordinario, el padre Larue, a quien había conocido y dedicado un gran amor en Lyon, en la Resistencia, y que murió fusilado por los nazis en Montluc, en los ultimísimos días de 1944, durante una operación audaz de los Cuerpos Francos, que sin embargo *fue prohibida por el Partido y el comisario de la República en Lyon*, Yves Fargue, nombrado por De Gaulle, quien habría podido liberarlo y con él a todos los prisioneros de Montluc. Toda su vida Hélène se reprocharía, como si tuviera la culpa de ello, no haber sabido convencer a los responsables de que intervinieran a tiempo para intentar liberar a los resistentes, rehenes de los nazis en Montluc. El padre Larue (una pequeña plaza de Fourvière lleva desde entonces su nombre) la había comprendido y amado muy profundamente, su historia milagrosa le había transportado con una dicha profunda y entusiasta, y ahora él estaba muerto y ella se reprocharía para siempre no haber podido salvarle.

También descubrí que vivía en la miseria. Había perdido todo contacto con el Partido, que había pasado a la clandestinidad desde 1939. Durante la guerra, no pudo recuperar el contacto, por lo que, después de romper con Jean Renoir, con quien había trabajado en un buen número de películas (había conocido a Françoise Giroud a quien llamaban malévolamente, vista su talla, la «morcilla»), pero sin aceptar jamás que su nombre figurara en ningún crédito, y que había huido de Francia hacia Norteamérica, Hélène se metió en una importante organización de la Resistencia (Libération-Sud, creo, pero no estoy seguro) para pasar informaciones, dinero y armas de Suiza a Francia. Había conseguido la representación de Skira para Francia, lo que le permitió conocer a los más grandes pintores de la época. Por medio de los Ballard, Jean y Marcou, sus amigos

de *Cahiers du Sud* en Marsella, que albergaban o recibían a un gran número de resistentes y de literatos, también había conocido a todos los grandes nombres de la literatura francesa de la época. Fue así como conoció muy bien a Malraux y se relacionó estrechamente con Aragon y Eluard, quienes tampoco, por razones de seguridad draconiana, habían podido renovar el contacto con el Partido clandestino. También allí había tratado mucho a Lacan quien en Niza, donde vivía con Sylvia, le hacía interminables confidencias en el Paseo de los Ingleses, hasta muy avanzada la noche. Lacan le dijo un día algo que mi propio analista, que ignoraba el juicio de Lacan, debería confirmar más tarde: «¡Hubiera usted podido ser una extraordinaria analista!». A causa de su excepcional «escucha» sin duda alguna, y su *insight* sorprendente.

De todas estas relaciones, amistades y amores, en 1945 no le había quedado absolutamente nada, y diré por qué. En cualquier caso, cuando la conocí, estaba en la miseria más negra. Subsistía a base de vender algunas ediciones originales de Malraux, de Aragon y de Eluard. Vivía en un sórdido cuarto de servicio en un edificio de la plaza Saint-Sulpice, en el último piso.

Fue allí donde, después de nuestro encuentro en casa de los Lesèvre, me invitó a ir a verla. Con toda seguridad, si ella no me hubiera invitado, nada habría pasado entre nosotros. Me tomé su té, me habló de aquella chaqueta (la llevaba aún) que la había emocionado de tal manera, incluso dijo algunas palabras sobre mi cara y mi frente que le parecían «bellas» y salimos a la plaza, a sentarnos en un banco. En el momento de despedirse se irguió y con la mano derecha acarició imperceptiblemente mis cabellos rubios, sin decir palabra. Pero yo lo comprendí perfectamente. Me invadieron la repulsión y el terror. No podía soportar el olor de su piel, que me pareció obsceno.

Hablamos alguna otra vez, siempre por iniciativa suya. Por mi parte acompañé a Lesèvre en nuestras expediciones por la Europa Central. Seguía cortejando a Angeline, Nicole seguía enamorada de mí y yo en absoluto de ella. Incluso fui a Roma, en una expedición universitaria para ver al papa organizada por el abate Charles cuya vulgaridad voluntaria y demagógica me desagradaba profundamente. Entonces era capellán de la École, y claramente le hice «dar un giro» con argumentos irrefutables. Ahora está en Montmartre y no debe de haberme perdonado nunca aquel incidente —si es que lo recuerda, porque es un hombre que olvida rápido— sin querer darse cuenta de *que es* un cura siniestro. Yo aún era creyente. Escribí en algún diario dos artículos sobre aquel viaje. Fue después de las grandes destrucciones en Italia. Nuestro tren avanzaba a marcha lenta sobre interminables puentes de madera, suspendidos a una vertiginosa altura sobre el vacío, y que se tambaleaban. Llegados a la vista de Roma, ya de noche, entonamos a coro el *Credo*. Impresionante y conmovedor a tope. El papa (Pío XII) nos recibió en grupo, pero tuvo, en un inverosímil francés, una pregunta y una palabra para cada uno de nosotros. Me preguntó si yo era alumno de la Normale —sí —¿De letras o de ciencias? —de letras. Muy bien, sed un buen cristiano, un buen profesor —y en especial (¡en especial!) un buen ciudadano. Todo Pío XII estaba en aquel «en especial». Me dio su bendición. Me doy cuenta de que no he respondido exactamente a sus expectativas.

Fue en febrero de 1947 cuando el primer drama comenzó a organizarse. Seguía cortejando a Angeline, y como en este caso era yo quien había tomado la iniciativa, aquello suponía ventaja y asunto míos. Seguí viendo a Hélène, de vez en cuando: pero como era ella quien había tomado la iniciativa y no yo, aquello era algo muy molesto. Se me ocurrió enton-

ces no la idea sino la irresistible compulsión de presentar Angeline a Hélène. No fue la última vez que iba a meterme en una provocación y un callejón sin salida semejantes, pero estaba entonces muy lejos de sospechar los móviles de aquella idea descabellada: el deseo irresistible de obtener la aprobación de Hélène a una elección amorosa que no le concernía, sino que concernía a otra mujer.

La invité a un té en mi cuarto, en mi pequeño reducto de la enfermería. Yo tenía ya casi treinta años, Hélène treinta y ocho, Angeline veinte. No sé muy bien lo que se dijo, pero recuerdo perfectamente cómo acabó: con un intercambio de opiniones sobre Sófocles. Angeline defendió ya no sé qué idea, sin duda aún muy escolar, sobre el gran trágico; por mi parte, yo no tenía ni idea. Escuchaba. Fue entonces cuando Hélène, poco a poco, emprendió la crítica de la opinión de Angeline. Primero muy serenamente y con argumentos serios, y como Angeline no los aceptara, la cara y la voz de Hélène empezaron a cambiar, se hizo más y más dura e intransigente, cortante incluso, y acabó con una especie de «escena» hiriente (la primera y no la última en su género, desgraciadamente, a la que yo asistiría), que llegó al corazón de Angeline y la hizo llorar. Yo estaba horrorizado por aquella explosión de violencia que no comprendía (¿por qué Angeline se había resistido de esa forma a argumentos perfectamente razonables?) y ante la cual me encontraba sin recursos. Angeline se fue y yo me quedé en silencio. Me daba cuenta de que Hélène no había soportado a aquella chica y en especial la ceremonia que yo le había impuesto, mejor dicho, no la ceremonia, sino la provocación, y que todo se había estropeado y roto entre Angeline y yo. No la volvería a ver más. Hélène había entrado a partir de entonces con violencia en mi vida, pero no con violencia contra mí.

El «drama» se precipitó unos días más tarde

cuando Hélène, siempre en aquella pequeña habitación de la enfermería, sentada en la cama a mi lado, me besó. Yo no había besado nunca a una mujer (¡a los treinta años!), y sobre todo nunca me había besado una mujer. Me atravesó el deseo, hicimos el amor encima de la cama, aquello era algo nuevo, sobrecolector, entusiasta y violento. Cuando ella se fue, se abrió un abismo de angustia en mí, que no se cerró jamás.

A la mañana siguiente, telefoneé a Hélène para advertirle violentamente que nunca más volvería a hacer el amor con ella. Pero era demasiado tarde. La angustia no me abandonó y cada día que pasaba se hacía más intolerable. No necesito decir que la causa no eran mis principios cristianos. Iba por muy distinto lado. Era una repulsión mucho más sorda y violenta, en cualquier caso más fuerte que todas mis resoluciones y tentativas de recuperación moral y religiosa. Pasaron los días y yo zozobraba en los inicios de una intensa depresión. Había pasado por momentos difíciles, como los de mi patrulla de Allos, o luego en la cautividad, y finalmente en Casablanca. Pero nada era comparable y aquello apenas había durado unos días, incluso sólo unas horas y se había acabado totalmente. Intentaba asirme a la vida como podía y a mi amigo el doctor Étienne: imposible, cada día me hundía irremediablemente un poco más en el vacío aterrador de la angustia, una angustia que en seguida había dejado de tener objeto alguno: lo que los especialistas llaman, creo, «neurosis de angustia sin objeto».

Muy inquieta, Hélène me aconsejó consultar a un especialista. Conseguimos hora con Pierre Mâle, el gran psiquiatra y analista de la época, que me interrogó largo rato y concluyó que yo presentaba un estado de «demencia precoz» (!). En consecuencia, exigí mi hospitalización inmediata en Sainte-Anne.

Me ingresaron en el pabellón Esquirol, en una in-

mensa sala común y en seguida me cortaron del mundo exterior; todas las visitas, incluidas, por tanto, las de Hélène, me fueron estrictamente prohibidas. Fue una estancia atroz, de varios meses, que no he olvidado. Una psiquiatra se encargó de mí, conmovida sin duda por mi juventud, quizás también por mi condición de intelectual y filósofo y por mi drama. Estaba dispuesta a pensar que yo la amaba, y, en cualquier caso segura de amarme, y de que sería ella quien me «salvaría» con su amor. Naturalmente pensaba (fue la primera, pero no la última) que si estaba enfermo era por culpa de Hélène. No se qué me prescribieron, pero mi estado fue agravándose muy seriamente. Había encontrado, gracias al ingenio de Hélène, el medio de comunicarme con ella. Una minúscula ventana que daba al exterior desde los lavabos del primer piso. No sé cómo se las arregló, pero Hélène, a quien no vi ni una sola vez en el interior de Esquirol, venía muy a menudo, hacia las trece horas, debajo de la ventana, y pude hablarle de lejos a medias palabras. Mi idea era que no me comprendían, la suya, que me estaban cuidando mal (en especial aquella mujer psiquiatra con su terrible «amor»), y que era preciso romper el círculo en el que me encontraba encerrado como para siempre (¡un demente precoz!). Convinimos que intentaría ver a Julián Ajuriaguerra, a quien yo había conocido en una ocasión en que, invitado por Georges Gusdorf, había hablado en la École. Era muy difícil, como lo sigue siendo ahora, para un tercer médico introducirse en una consulta de hospital y sobre todo intervenir; en especial para un inmigrado español, como aún era Ajuriaguerra. No se cómo se las arregló pero un día le vi entrar en la gran sala común, le seguí a un despacho y pude hablar con él. Llegó a la conclusión de que no era demencia precoz sino una melancolía muy grave. Aconsejó electrochoques, entonces de uso reciente, pero que se utili-

zaban con éxito en aquellos casos. El psiquiatra estuvo de acuerdo. Y sufrí unos veinticuatro electrochoques, en días alternos, en la inmensa sala común. Veíamos llegar, con su gran caja eléctrica en mano, a un hombre robusto y con bigote a quien los pacientes habían apodado «Stalin» por su increíble parecido de cara, de andares y su mutismo guasón. Se instalaba tranquilamente en cada cama (seríamos casi unos treinta los que recibíamos tratamiento de electrochoques) y delante de todos los que esperaban su suerte, bajaba la palanca y el paciente entraba en un impresionante trance de epilepsia. Lo dramático de la situación es que veíamos venir de lejos a Stalin, sus víctimas entraban una tras otra en sobresaltos desordenados y él pasaba al siguiente, sin esperar el fin de la crisis del anterior. Te arriesgabas a fractura de huesos (en especial de las piernas). Tenías que apretar una toalla entre los dientes. Yo utilicé siempre la misma, mi única toalla infecta, para evitar cortarme la lengua. Durante años he conservado en la boca un gusto innoble y aterrador, ya que anunciaba la «pequeña muerte», el gusto de aquella toalla sin forma ni nombre. Mi turno llegaba después de los espectáculos que me habían ofrecido los vecinos. Stalin, siempre silencioso, se acercaba, me colocaba el casco, yo apretaba los dientes y me disponía a morir. A continuación, una especie de relámpago y luego nada. Me despertaba poco después (yo, que tanto deseaba olvidarme en el sueño, sólo dormía unos dos minutos, para mi gran desesperación, cuando casi todos dormían horas enteras, incluso medio día). Me despertaba siempre preguntando: pero, ¿dónde estoy?, ¿qué me ha pasado? Cuanto más avanzaba el tratamiento más crecía mi terror de morir. Al final no aguantaba más. Me negué con toda mi energía a la ceremonia de la ejecución, pero me ataron a mi cama.

Quisiera relatar un incidente sin importancia,

pero que dice mucho de la atmósfera del medio hospitalario, de la imagen de los pacientes y de la incredulidad total de los médicos psiquiatras ante las aserciones de un enfermo. Como no podía dormir en absoluto y no disponía de tapones Quiès, pensé en confeccionarlos con miga de pan, mi única materia disponible. Pero las bolas de miga de pan introducidas a la fuerza en el canal de la oreja se descompusieron en seguida (evidentemente no estaban rodeadas de la retícula elástica pero firme de algodón que tienen los auténticos tapones Quiès) y los granos viscosos se introdujeron en el canal auditivo hasta el tímpano. Esa disolución y su introducción posterior me causaron padecimientos indecibles, dolores de cabeza y de garganta insostenibles. Advertí a mis médicos a cada instante, pero no quisieron creerme, pensando que deliraba. *Durante tres semanas, digo bien, tres semanas*, se negaron a hacerme examinar por un otorrino y sufrí el martirio. En aquel caso también fue necesaria la intervención de Ajuria¹ para convencerlos y al cabo de tres semanas de aquella terrible prueba acabaron por llevarme al otorrino, quien me liberó en dos segundos de mis restos de pan y de mi suplicio... ¡Los psiquiatras no tuvieron ni una sola palabra de lamento o de excusa!

Al cabo, el tratamiento aconsejado por Ajuria tuvo lentamente éxito y, después de mucho tiempo aún, pero ya sin electrochoques, muchos meses después de mi entrada en el pabellón Esquirol, me sentí mejor, aunque siempre vacilante, pero menos angustiado, y salí del hospital. Hélène me esperaba en la puerta. ¡Qué alegría!

Me llevó a la minúscula habitación de otro edificio en el que una mujer de la limpieza miserable le había robado todas sus pertenencias: ¡no tenía ninguna importancia! Un robo para ella era algo que no

1. Diminutivo de Julián Ajuriaguerra. (*N. del E.*)

tenía ninguna importancia... al lado mío. Y de lo que había hecho por mí, no me enteré hasta mucho más tarde, no por ella, que guardó a este respecto un silencio total, sino por una de sus amigas: Hélène, que se había quedado embarazada de nuestra única relación sexual, había abortado en Inglaterra, para que no padeciera el martirio de una nueva depresión ante aquella noticia, ya que yo había manifestado un horror tan atroz por el hecho de haberla amado físicamente. ¿Hay algún sacrificio comparable? Aún hoy me conmueve y emociona en cuerpo y alma. Estaba [pues] Véra, su más antigua amiga viva, una mujer muy alta, morena y hermosa, de origen aristocrático ruso. Hélène pasó por alto el robo y lo restante y fui acogido como nunca. También yo la tomé en mis brazos con una infinita ternura, convencido de que de no ser por ella yo aún estaría en la clínica, quizás para toda la vida.

Hélène y Jacques Martin (a quien empezaba a conocer) me encontraron un lugar de reposo: Combloux, donde acogían a estudiantes fatigados o convalecientes. La calma y el esplendor de la alta montaña que me gustaba desde la época de *boy-scout*, las atenciones del matrimonio Assathiany que dirigían con pasión, tacto y una extrema abnegación la casa dejando a cada uno la mayor libertad, la sorpresa de encontrar allí un maravilloso cuarteto húngaro desconocido, el cuarteto Vegh, entonces guardando reposo, y a chicos y chicas de mi edad, y finalmente las diversiones de juegos de todo tipo, comprendidos los amorosos. Muy pronto distinguí a una chica bajita y de cabellos negros, con una hermosa cara (no exactamente mi perfil, pero casi). Se llamaba Simone, (otra vez este nombre...), y me pareció muy interesante. La cortejé de forma violentamente provocativa, la llamaba Léonie; la relación no fue muy lejos, pero jugamos fuerte durante las tres semanas de mi estancia y nos convertimos en

amigos para toda la vida, hasta el día en que, hace sólo seis meses, en octubre de 1984, Simone desapareció de mi vida con este mensaje: «Tú sabes utilizar muy bien a tus amigos, pero no sientes ningún respeto por ellos». Me había «acertado» en la diana.

Abandoné Combloux muy restablecido y fui a buscar a Hélène, quien debía reunirse conmigo cerca de Saint-Rémy-de-Provence en una residencia de paso de los Albergues de Juventud. Seguía sin dinero, por lo que había hecho autostop para reunirse conmigo, y un conductor había intentado violarla (de adolescente, cerca de Chevreuse, cuando cuidaba a su padre moribundo, había sido asaltada por cuatro jóvenes gamberros cuyas intenciones no eran muy claras y consiguió ahuyentarles haciendo molinetes con su bolso, sostenido por el extremo de su larga correa; pero siempre me habló de ello con el mismo terror y yo, *in petto*, oyéndola, pensaba que, a diferencia de ella, no habría soportado ni siquiera la idea de luchar, porque en el fondo era un cobarde). Pero ella estaba allí, me amaba, y yo me sentía orgulloso de ella, la amaba, era la primavera en el campo, los bosques, las viñas, el cielo y el corazón. Hacíamos el amor (yo ya no tenía miedo, ¡muy al contrario!) en el primer piso de una casa de campo próxima, donde nos daban leche, pan, mantequilla y aceitunas. Los campesinos protestaban por el ruido que hacíamos en nuestros retozos amorosos. Hay que decir que yo no me andaba con rodeos y mostraba en este asunto una violencia que debía recordar la violencia amorosa de mi padre. Pero si cuento estos detalles es porque un día el Albergue de Juventud se llenó repentinamente (hasta aquel momento había sido sólo para nosotros) con un grupo de jóvenes, chicos y chicas, desaliñados, pero tan divertidos y sonrientes como el que más. Nos tratamos con ellos e incluso yo preparé un día una extraordinaria bullabesa que Hélène todavía recordaba al cabo de

mucho tiempo. Siempre me han gustado no las recetas de cocina clásicas, sino lo que yo llamo la «investigación culinaria», que ofrece posibilidades de invención inauditas, a cuyo lado las de los platos clásicos o incluso innovadores de nuestros más grandes cocineros no son más que trivialidades. Pero, como «por azar», había distinguido en el grupo una chica morena, con el famoso perfil y que parecía feliz de que yo le hiciera la corte, por la orilla de un estanque apacible donde nadamos uno al lado del otro en silencio (aún conservo fotos). Es inaudito a pesar de todo. Paso meses en el infierno de la depresión más terrible que he conocido, Hélène consigue salvarme, me reúno con ella en la exaltación de la primavera y del amor, le hago el amor sin reserva ni angustia, y sin embargo es suficiente que pasen por mi puerta aquellos dos rostros, el de Simone (en ausencia de Hélène en Combloux), y después el de Suzanne, en compañía de Hélène, en Saint-Rémy, para que, a la vista y conocimiento de Hélène, me ponga a ir abiertamente al asalto de una chica conocida casualmente de la que nada sabía, pero que manifiestamente excitaba en mí algo profundo: ciertamente la propia chica, pero tras ella una cierta imagen de chica, y más atrás aún el deseo irreprimible (en los dos casos no cumplido) de vivir con aquellas chicas algo que debía faltarme al lado de Hélène. ¿Qué sería? Aquella situación se repetiría durante toda mi vida. He sabido muy recientemente que la intensa excitación sexual era uno de los grandes síntomas de la hipomanía, que *puede* seguir a toda depresión. Pero entonces yo era totalmente incapaz de darme cuenta de las razones profundas. Naturalmente mi escarceo amoroso no escapó a Hélène, que se apenó pero no me hizo ni hizo de ello el menor reproche, ni mostró la menor violencia como anteriormente con Angeline. ¿Tenía su aprobación? En cualquier caso, resulta claro que yo la buscaba.

Vivimos entonces en el Midi, después de que Suzanne se hubiera ido en seguida con sus compañeros, meses de verdadera felicidad, de ligera y exaltante libertad. Me las arreglé para llevar a Hélène al pueblo de Puyloubier, que tenía razones para conocer y querer puesto que la maravillosa prometida y luego mujer de mi amigo Paul había nacido allí. Qué lugar incomparable, al pie de la santa, Sainte-Victoire, maciza flor de piedra de colores cambiantes y vivos, y delante de la inmensa llanura de Flers bordeada en el horizonte por los altos cortes de la Sainte-Baume y a lo lejos por las torres de la abadía de Saint-Maximin. Encontramos, no lejos del pueblecito, una pareja de funcionarios jubilados que, por casi nada, aceptaron albergarnos. Al levantarnos, por la mañana, después de nuestras noches de amor, extenuados de pasión y de fatiga, bajábamos a la terraza, al fresco sol de levante, y Madame Delpit nos servía el desayuno a la provenzal: café, leche, queso de cabra, alcachofas crudas, miel, crema y aceitunas negras. ¡Qué delicia y qué dicha en la paz del incipiente sol de mayo!

Más adelante, un día, con Hélène esperándome en casa de los Delpit, tomé el tren en París metiendo en el furgón mi bicicleta de carreras, la desembarqué en Cavaillon, monté en ella y, en una especie de borrachera, pedaleé (¡una carrera muy distinta a la de Bandol!) hacia la bienamada, a cuarenta kilómetros de distancia. Me esperaba en el caminito de tierra que llevaba al pueblo y me había visto venir a lo lejos. Estaba reventado pero en esta ocasión no lloraba en absoluto, salvo quizás de dicha. ¡Qué revancha sobre mi madre! Me había convertido en hombre.

Es cierto que estaba orgulloso de haber llegado a serlo. Cuando Hélène, siempre tan pobre, encontró con mis cuidados un minúsculo cuarto en lo alto de los pisos de un bello inmueble antiguo del Val-de-

Grâce, en casa de un geógrafo, Jean Dresch, conocido profesor de la Sorbona, acudía allí a verla a cualquier hora del día y de la noche, en especial las de la noche, y la dejaba a primera hora de la mañana, hacía las cuatro. Con qué júbilo y qué orgullo hacía entonces resonar bajo mis pasos los empedrados de la calle Saint-Jacques desierta, ligero en mi cuerpo exultante. El mundo entero me parecía bello cuando el primer sol acariciaba las paredes de la École, adonde volvía lentamente y donde todos los alumnos dormían: ¡no tenían en la vida ni en el corazón un amor como el mío! Por nada del mundo hubiera cambiado lo que fuera por mi suerte, mi tesoro, mi amor y mi dicha incomparables.

Hay que decir que mi orgullo estaba justificado. Seguramente mis compañeros tenían relaciones femeninas, buscadas laboriosamente o fácilmente encontradas entre sus amistades estudiantiles (había trato y frecuentes casamientos entre alumnos y alumnas de la École Normale, así no se salía de la familia, ni de la casta, aquella casta universitaria a la que odiaba por lo menos con tanta fuerza como Hélène, quien tenía argumentos más autorizados que los míos, pues siempre había sido ajena a ella). Yo tenía el incomparable privilegio de querer a una mujer (que me quería) ¡y de una calidad tan distinta! No se trataba sólo de que fuera sensiblemente mayor que yo —esa diferencia nunca jugó ningún papel entre nosotros—, sino de su lucidez, su valor, su generosidad y su experiencia, tan vasta y múltiple, su conocimiento del mundo, de los pintores y escritores más importantes de su época, sus actividades en la Resistencia, donde había tenido incluso importantes responsabilidades militares (ella, una mujer, en aquella época había sido un *hombre*, el propio Lesèvre lo reconocía). Había tenido un papel heroico excepcional, un valor sin fisuras y sorprendente en una pobre judía con «la nariz judía» reco-

nocible a cien metros, con el pelo rizado, que había sabido eludir las trampas, incluido aquel tren de Lyon a París donde la reconocieron como judía, fue detenida en un control de la Gestapo, llevando encima documentos como para hacerla fusilar acto seguido, y se salvó únicamente por su sangre fría y porque se impuso por su audacia a un oficial nazi que acabó por tartamudear delante de ella. Contaba esta historia como si se tratara de una simple anécdota, tan apacible en la narración como en la prueba. En pocas palabras, una mujer de excepción (por lo menos así la veía yo, como por otra parte todos sus amigos de la Resistencia, Lesèvre entre otros de la *khâgne* de Lyon con quienes ella había trabajado y todos los que la conocieron después en nuestra larga vida en común), más grande, infinitamente, que yo y que me daba, sin haberle pedido nada, como sobre lo que pensaba de mí, el prodigioso regalo de un mundo que yo no conocía, con el que había soñado en el aislamiento de mi cautiverio, un mundo de solidaridad y de lucha, un mundo de acción reflexionada según los grandes principios fraternos, un mundo de valor: a mí que me sentía tan desprovisto y cobarde, retrocediendo ante todo peligro físico que hubiera podido atentar contra la integridad de mi cuerpo, a mí que no me había peleado jamás y que jamás habría podido, por lo que pensaba que era un cobarde sin apelación; a mí, de quien ella decía: «Si no te hubieran hecho prisionero, te habrías metido en la Resistencia y a buen seguro te habrían matado, fusilado como a tantos, ¡Gracias a Dios la caufividad te ha conservado para mí!». Yo temblaba ante la idea del peligro mortal de que había escapado, seguro de que nunca habría tenido la fuerza ni el valor de afrontar las pruebas físicas mortales de la lucha clandestina y armada, yo que no había disparado jamás un tiro, esos disparos de arma de guerra que tanto miedo me daban de niño, que me hubiera

«desinflado» ante el nuevo peligro. Qué regalo y qué confianza en mí recibía de ella. Y de repente, gracias a ella, no sólo me convertía en un igual a todos aquellos combatientes que había conocido, sino que era, de lejos, infinitamente superior a todos aquellos pobres estudiantes de la École Normale cuya juventud y saber me habían abrumado, junto a los cuales me había sentido irremediablemente viejo, tan viejo que toda juventud —a mí, que no había tenido juventud— me había parecido prohibida. Entonces me sentía joven, como nunca ni nadie —y siempre he seguido así; por ejemplo me he creído siempre mucho más joven que mi analista, que era no obstante mi contemporáneo exacto—. El otro día aún, la semana pasada, aquella médico, de treinta años, sin gracias particulares, al pedirme la fecha de nacimiento: el 16 de octubre de 1918 — pero, no, imposible, querrá usted decir de 1938. ¡Querrá usted decir de 1938! Cuánta razón tenía; esa juventud que debo para siempre a Hélène mi bienamada.

Sin duda la certeza subjetiva de aquella juventud descubierta al fin tenía sus razones que he ido elucidando poco a poco. Si era y me sentía por fin tan joven, era porque Hélène resultaba a la vez para mí una buena madre y también un buen padre: mayor que yo, de forma muy distinta cargada de experiencia y de vida, me quería como una madre a su hijo, su milagroso hijo y, al mismo tiempo, como un padre, un buen padre al fin, porque se limitaba a iniciarme en el mundo real, aquel mundo infinito en el que no había podido entrar (salvo y aún por fragmentos, salvo en cautividad); me iniciaba también por el deseo que sentía por mí, patético, en mi papel y en mi virilidad de hombre: ¡me amaba como una mujer ama a un hombre! Hacíamos realmente el amor, como mujer y hombre, mientras que mis amigos estaban aún en busca de la madurez y —estaba seguro de ello— en los balbuceos de un amor irrisorio que

no salía ni de la familia ni de la École. Una prueba: yo había llegado, después de largo tiempo de padecimiento, a amar el olor de su piel de mujer, que antes, como la piel de mi madre, no podía tolerar. No sólo me había convertido en hombre, sino otro hombre, capaz de amar realmente, incluso a una mujer y hasta a aquella mujer cuyo primer olor de piel me había parecido obsceno.

Alguien, un amigo reciente, Jacques Martin, que se había ido a Alemania con el STÖ, no por convicción política —le gustaban los comunistas— sino por curiosidad intelectual, me comprendía, nos comprendía. Era un homosexual dolorido pero cálido en la distancia de su esquizofrenia latente que se había convertido en un amigo incomparable. Podía pedirle todo, contrariamente a mis compañeros de la École, ante quienes me avergonzaba descubrir mis ignorancias (yo creía en verdad que no sabía nada, que nunca había sabido nada, o que había olvidado todo lo que había aprendido) y me respondió como me hubiera respondido el verdadero hermano que nunca había tenido. Sus padres le habían abandonado realmente a su miseria. Su padre era un farmacéutico aterrador que nunca abría la boca en su presencia y su madre, de quien había heredado un poco de dinero, había muerto hacía tiempo. Vivía no sé cómo. Michel Foucault lo quería tanto como yo. Igual que yo, le ayudó con frecuencia dándole dinero. Pero llegó un momento en que, sin recursos, sin esperanzas de recuperarse jamás (tenía una hermana alejada a quien quería pero que no se preocupaba en absoluto por él, también era farmacéutica, creo, en Melun), acabó, un día de verano de 1964, por suicidarse en la soledad de un siniestro mes de agosto, en un cuarto miserable del distrito XVI que alquilaba a una anciana. Yo estaba entonces en Italia, como contaré más adelante, lanzado al deslumbramiento de un nuevo amor, y durante mucho tiempo me he

reprochado como una vergüenza imborrable haberle fallado, no haber sabido ayudarle a tiempo con mi dinero en el momento decisivo, simplemente a sobrevivir. Debo decir que no tenía demasiado dinero: lo gastaba en Hélène como prioridad y siempre me perseguía la siniestra obsesión de reserva que me paralizaba en mis regalos. Sin embargo, había dado mucho dinero a Jacques. Todo cuanto pude hacer, cuando su hermana me preguntó si le había prestado dinero a Jacques (sí, cerca de trescientos mil francos de la época, más que Foucault), fue responder: no, nada. Pero, ¡qué ridícula respuesta, cuando quizás podría haberle salvado! En cualquier caso, fue el único dinero que no me hizo *entonces* lamentar nunca haberlo gastado sin retorno. En cualquier caso, con Jacques Martin, el suicidio había entrado en mi vida, en nuestra vida, sin recurso ni retorno. Tendría, desgraciadamente, que recordarlo.

Jacques Martin no me ayudaba, no nos ayudaba sólo con su afecto intransigente y confiado. También me ayudó a encontrar alguien de la profesión que pudiera socorrerme con su «ciencia». Esto puede resultar singular hoy en día, pero en la época, para los estudiantes desprovistos y sin informaciones que éramos, si habíamos oído hablar de psicoanálisis, no conocíamos a ningún psicoanalista a quien dirigirnos ni teníamos ningún medio de conocerlo. Ahora bien, Jacques supo un día, por una amiga común que había intentado matarse en varias ocasiones, (otro suicidio, pero fallido) la existencia de un hombre, terapeuta que hacía análisis «bajo sueño provocado», un buen hombre amable, agradable y algo rústico bajo su barriguita, que cogió a Martin en tratamiento y yo seguí su ejemplo. Durante doce años me «cuidó», es decir me procuró en definitiva una terapia de apoyo. Tenía mucho prestigio entre nosotros (acabó por cuidar de toda la familia, de mi hermana, mi madre y muchos más amigos cercanos)

porque mantenía, según decía, relaciones personales, que siempre resultaban un poco misteriosas, con médicos soviéticos que le mandaban ampollas de «suero de Bogomolev» que tenían que hacer maravillas «casi en todos los casos» y permitieron, según parece, a mi hermana, que se moría de ganas, tener un hijo del hombre con el que se había casado, un chico del pueblo parisiense, bien plantado, desbordante de expresiones aparentemente del habla popular, de una conversación descarada sin duda demasiado libre, pero de una ejemplar honradez y franqueza «popular» y a quien, naturalmente, mi padre no pudo nunca soportar. Yo amaba a una judía, mi hermana se casaba con un hombre del pueblo a quien juzgaba «vulgar» o demasiado simple: el deseo de mi padre se evaporaba. Nos lo hizo sentir con creces, negándose a recibir a Hélène y a Yves. En respuesta, como es natural, sólo me decidí a casarme con Hélène *al cabo de un año de la muerte de mi padre* (pobre consuelo póstumo para él) y mi hermana acabó por divorciarse. Pero quiso seguir llevando siempre el apellido de su marido, Yves Boddaert, sin querer llamarse Althusser tampoco ella y, por más separada de él que esté legalmente, viviendo en el Midi, después de muchos malestares psíquicos en los que procuré ayudarla lo mejor que pude, es decir con mi abnegación y mi ignorancia, a veinte kilómetros de distancia de su marido, viéndose y telefoneándose sin parar. Tuvo, gracias a este médico (?), un hijo llamado François, que es su razón de vivir y que la quiere mucho, pero de lejos (desde Argenteuil, donde su competencia y su seriedad le han valido un puesto de secretario adjunto en el ayuntamiento del lugar).

Si estaba deslumbrado por el amor de Hélène y el privilegio milagroso de conocerla, amarla y tenerla en mi vida, intenté devolvérselo a mi manera, intensamente y, si puedo decirlo, *oblativamente*, como lo

había hecho por mi madre. Para mí, mi madre era y sólo podía ser una mártir, la mártir de mi padre, una llaga abierta pero viva. Ya he contado cómo tomaba constantemente partido por ella, arriesgando enfrentarme abiertamente con mi padre y sus desapariciones. Se dirá que el riesgo era imaginario, porque mis cóleras contra mi padre nunca acababan, como las de Lemaître hijo en el monte del Bois de Boulogne, con violencia por mi parte, y que sólo le provocaba, eso sí, constante y muy ásperamente, bajo la protección de las convenciones familiares tácticas. Tampoco era yo nunca quien se iba (igual que en cautividad, nunca consideré el valor de abandonar la familia, evadirme de su círculo infernal, como hizo mi más querida amiga; aquello habría sido abandonar a mi madre a su propio y terrible abandono). Era él quien se iba, y de qué forma. Hasta la hora de su vuelta aquello nos sumergía, o en cualquier caso me sumergía, en una angustia intolerable. Por esta razón, no dejaba de volar o de querer volar al auxilio de mi madre como al auxilio de una verdadera mártir. No sé por qué consideraba como el peor de los suplicios el lavar los platos, por lo que me precipitaba a hacerlo en su lugar. Por otra parte, extrañamente, pero puede entenderse, en seguida le cogí una especie de gusto intenso y perverso. Incluso barrer, las camas, la cocina, que intentaba ahorrarle, poner y quitar la mesa, yo era el único que lo hacía, a la vista y conocimiento de todos, como un reproche en acto dirigido a la insolente inactividad de mi padre —mi hermana pasaba totalmente—. Me convertí de esa forma muy a gusto en un auténtico hombrecito de su casa, una especie de hija remilgada y pálida (mi imagen encubridora en el parque). Me sentía de tal forma entonces que tenía que *faltarme* efectivamente algo, por el lado de la virilidad. No era un muchacho y en cualquier caso no era un hombre, sino una mu-

jer de su casa. Pasó lo mismo con Hélène, pero qué diferencia.

La había conocido en el fondo del abismo y hasta dentro de la miseria material más siniestra. «Siniestra»: la palabra volvía sin cesar a mi boca y seguiría allí familiar hasta su muerte. Esta palabra aún me hace estremecer cuando la oigo volver obsesivamente en la boca de otra amiga. Sí, vivía para sí una existencia «siniestra». Lo había perdido todo, sus amigos próximos o lejanos, asesinados durante la guerra, el infiel Renoir y Hénaff, y el padre Larue, su único amor antes de mí. Finalmente, había perdido hasta el contacto con el Partido. Casi no tenía casa, sino los «siniestros» cuartuchos, con su vecindario agresivo y dudoso. No tenía trabajo ni por tanto ingresos y vivía de medios anormales, como vender algunos de sus libros más queridos o de escribir a máquina, por cuatro perras, los diplomas de los alumnos de la Normale (después del mío) que le procuraba no sin avergonzarme. Y yo, ¿acaso no intentaba ayudarla? Ciertamente, y con toda mi alma, pero al principio el único dinero que tenía eran los veinte francos de «beca» que la École nos daba antes de que consiguiéramos por la acción ilegal del sindicato que habíamos fundado Maurice Caveing y yo, obtener para nosotros y todos los ENS un régimen de salario. Y yo no me atrevía a pedir ni un céntimo a mi padre, me las ingeniaba para ocultarle mis «necesidades» y el tipo de mujer, judía, que veía y amaba y que le parecería ávida de dinero: ¿acaso no son de esta estofa todas las judías? Por añadidura, ya he señalado cómo me perseguía el miedo a que me faltara el dinero, y por tanto la reserva; es suficiente para imaginar de qué modo, a pesar de mis intenciones de generosidad, podía contar el dinero a mi manera. Aún recuerdo un día en que, para que Hélène no tuviera demasiado frío en su cuartucho de la calle Val-de-Grâce, le compré una pequeña estufa de

leña de chapa, demasiado frágil para que no resultara peligrosa y que no calentaba nada: el colmo de la abnegación y del gasto y de lo irrisorio. Sí, estaba sin recursos o me fingía sin recursos para agrandar si era posible la esplendidez de mis regalos.

Tal vez en esto se jugaba todo, y en cualquier caso me ha parecido luego que todo se jugaba. Veamos por qué.

He dicho que me sentía incapaz de amar, como insensible a los otros, a su amor, que no obstante no me escatimaban, al menos por parte de las mujeres e incluso por parte de mis amigos varones. Con toda seguridad era que el amor impersonal de mi madre, puesto que no se dirigía a mí, sino detrás de mí a un muerto, me había hecho incapaz de existir tanto para mí como para los otros, en especial para las otras. Me sentía como impotente, y puede tomarse esta palabra en todos sus sentidos: impotente para amar, ciertamente, pero también impotente, lo primero en mí mismo y, sobre todo, en mi propio cuerpo. Era como si me hubieran suprimido lo que habría podido constituir mi integridad física y psíquica. Se puede hablar con propiedad de amputación y en consecuencia de castración: cuando te suprimen una parte de ti, que faltará para siempre a tu integridad personal.

Y ya que estoy en este orden de cosas, quisiera volver a aquel fantasma, que viví con tal intensidad después de salir de la cautividad, en mi repatriación a casa de mis padres en Marruecos: la certeza de haber contraído una enfermedad sexual y, por consiguiente, de no poder disponer nunca verdaderamente de mi sexo de hombre. En la misma «familia» de asociaciones y de recuerdos (y esta vez he conservado un recuerdo muy preciso) recuerdo haberme sentido muy angustiado por un fenómeno que según parece es corriente y que lleva por otra parte un nombre latino, la *phimosis* (en estas materias el latín

permite decir con propiedad cosas impúdicas...), y que envenenó literalmente mi vida durante años en Argel y en Marsella: me pasaba el tiempo tirando de la piel de mi sexo y no conseguía «descapullar» el glande. Tenía por aquel entonces lo que se llaman «pérdidas blancas», que surgían bajo mi prepucio y me hacían pensar, de nuevo e interminablemente, que estaba afectado por una grave afección del sexo que me hacía incapaz, sin estar enfermo, de una erección completa y acabada en la eyaculación. Tiraba interminablemente de aquella piel dolorosa, pero sin ningún éxito. Un día mi madre alertó a mi padre, a quien encerró conmigo en el lavabo. Mi padre intentó durante una hora cumplida, en la oscuridad del lavabo (nada de luz, ¿por discriminación o miedo a qué?), tirar de la piel de mi prepucio: en vano y, naturalmente, sin decir palabra. Todo esto duró años, durante los cuales estuve convencido de que decididamente, bajo este aspecto, yo no era totalmente normal. Como si a mi sexo le faltara alguna cosa para ser un sexo de hombre, como si en realidad yo no dispusiera verdaderamente de un sexo de hombre, como si alguien (¿quién?) me hubiera privado de él. Mi madre sin duda, como se recuerda, me había literalmente «puesto la mano encima».

¿Por qué, pues, insisto en este ejemplo? Porque es simbólico, y más allá de mi caso concreto nos concierne a todos. ¿Qué es, pues, poder amar? Es disponer de la integridad de sí, de su «potencia», no para el placer o para un exceso de narcisismo sino muy al contrario para ser capaz de un don, sin ausencia, residuos, ni desfallecimientos, incluso sin defecto. ¿Qué es entonces ser amado, sino ser capaz de ser aceptado y reconocido como libre en sus dones y que «circulan» y encuentran su vía y camino de dones, para recibir por ellos el intercambio de otro don deseado desde el fondo del alma: precisamente ser amado, cambiar el libre don de amor? Pero para ser

el libre «sujeto» y «objeto» de este intercambio, es necesario, cómo decirlo, poderlo atraer, hay que empezar por dar sin restricción si queremos a cambio (un cambio que es todo lo contrario de un cálculo contable de utilidad) recibir el mismo don, o más aún, que aquel que uno da. Para ello, es necesario evidentemente no estar limitado en la libertad de su ser, no hay que estar mermado en la integridad del cuerpo ni del alma, no hay, digámoslo, que estar «castrado» sino disponer de la potencia de ser (pensemos en Spinoza) sin estar amputado de una sola parte, sin estar abocado a compensarla en lo ilusorio o en el vacío.

Ahora bien, mi madre me había castrado, diez veces, veinte veces, por la misma compulsión en que ella vivía de intentar en vano controlar su terror a ser ella misma castrada, robada (amputada en la masa de sus bienes o sus economías) y violada (en el desgarramiento de su propio cuerpo). Sí, fui castrado por ella, en especial cuando pretendió hacerme el don de mi propio sexo, gesto atroz que había recibido como la figura misma de mi violación por su parte, del robo y la violación de mi propio sexo sobre el que ella en realidad había «puesto la mano» contra mi voluntad más profunda, contra mi deseo de tener un sexo *propio*, el mío y de nadie más, sobre todo, obscenidad suprema, el de ella; y por esta razón me sentía incapaz de amar porque se me había *invadido*, se me había *mermado* en lo más intenso de mi vida. ¿Cómo poder, o siquiera pretender, amar cuando te han invadido en lo más íntimo de ti, en tu deseo más profundo, en la vida de tu vida? Así me sentía y siempre me sentí delante de Hélène a través de la agresión íntima de mi madre: como un hombre (¿un hombre? es demasiado decir) incapaz del menor verdadero don de amor auténtico hacia ella, y por ella y por quienquiera, encerrado en mí mismo y lo que denominaba mi insensibilidad. ¿Mi insensibi-

lidad? En realidad la de mi madre, que me dejó estupefacto cuando, desde Marruecos, bajo pretexto de amebas en el vientre o no sé qué, se negó a ir a cuidar a su propia madre moribunda, y fui yo quien tuvo que ir al Morvan a recogerla después de su infarto en el frío de la madrugada en la iglesia. ¿Mi insensibilidad? En realidad la de mi madre cuando, sólo con su silencio, me alejó de Simone para lanzarme al furor de mi carrera en bicicleta hacia La Ciotat. ¿Mi insensibilidad? En realidad la de mi madre cuando la vi, fríamente, sin la sombra de una emoción, depositar un beso frío en la frente de mi padre muerto, y después una simple señal de la cruz arrodillada y adelante hacia la salida. ¿Mi insensibilidad? En realidad la de mi madre cuando mis amigos Paul y Many, que eran los únicos que la conocían, fueron a verla en su pabellón solitario de Viroflay para anunciarle, Dios sabe con qué infinitas precauciones, que Hélène había muerto y que yo la había matado; entonces ella les enseñó el jardín, sin decir una palabra, como si no pasara nada, con el espíritu evidentemente en otro lugar, por desgracia sé demasiado bien dónde. ¿Mi insensibilidad? En realidad la de mi madre cuando, liberada ya de todas sus fobias desde que está sola y rechaza el nombre de Madame Althusser para no aceptar más que su nombre de soltera, Berger, y se lanza, ahora ya sin temor de las amebas u otras molestias intestinales, sobre los hermosos bombones que le llevo. Dios mío, ¿seré injusto con ella? Esta mujer recta en sus principios, transparente en su vida, que nunca ejerció ninguna violencia sobre nadie, cariñosa (hacia sus pocas amigas personales), que nos quiso evidentemente lo mejor que pudo y tuvo que ingeniarse sola para que tuviéramos los «buenos» medios (música, conciertos, teatro clásico, *boy-scouts* de Francia) propios para darnos una buena educación. La infeliz, hizo lo que pudo, nada más y nada menos,

por conseguir lo que ella consideró su felicidad y la nuestra, en realidad para mi desgracia, pensando que obraba bien, es decir alineándose en lo que le habían enseñado los tranquilos terrores de su propia madre en la soledad de los bosques silvestres de Argelia, y bajo la nerviosa inquietud de su padre.

Pero no es sorprendente que yo haya asumido el sentido terrible de esa insensibilidad, y de esa impotencia para amar de verdad, y que la haya volcado sobre Hélène, otra desgraciada, mártir como ella y llaa abierta a mis ojos. Tal fue mi destino, el de los dos, haber realizado hasta tal punto los deseos de mi madre que nunca (hasta aquí) he podido «recomponerme» para dar a Hélène una cosa distinta de esta caricatura horrible de un don de artificio, heredado de mi madre, por todo amor hacia ella. Ciertamente, he querido a Hélène con toda mi alma, con todo mi orgullo exaltante, con todo aquel don total de mí que le consagré sin reservas, pero, ¿qué hacer para salir verdaderamente de la soledad cerrada a la que, sin duda con lapsos, reservas y segundas intenciones inconfesadas, estaba entonces consagrado? ¿Cómo hacer para responder a su angustia cuando me repetía en la cama o en otros sitios: ¡dime algo! es decir, dame todo lo que se precisa para salir de la terrible angustia de estar sola y ser una horrible harpía para siempre, sin amor posible a la medida del mío?

Ningún ser en el mundo puede responder al requerimiento angustioso de «¡dime algo!» cuando esas palabras quieren decir simplemente *dámelo todo*, ¡concédeme existir al fin! ¡dame con qué colmar esta angustia de no existir verdaderamente respecto a ti ni en tu vida, de no ser más que una simple ocasión de paso, de no ser suficiente para reconstruir tu integridad mermada en el amor para siempre! Y tras esa patética demanda, yo sabía bien, y también Hélène lo sabía, qué se disimulaba: el terror fantasmagórico de Hélène de no ser más que

una mala mujer, una madre *horrible*, una harpía para hacer mal y ~~mal~~, sobre todo a quien la amaba o quería amarla. A la voluntad impotente de amar no respondía entonces más que con el rechazo (deseo) feroz, obstinado y violento a ser amada, porque no se lo merecía, porque en el fondo no era más que un horrible animalillo lleno de zarpas y de sangre, de espinas y de furor. Materiales para constituir todas las apariencias, tan fáciles de aceptar (¡es realmente mucho más fácil!) de una pareja sadomasoquista incapaz de romper el círculo de su dramático encadenamiento en el furor, el odio y el desgarramiento mutuos.

De ahí las «terribles escenas» de pareja entre nosotros que horrorizaban o asqueaban (según) a nuestros amigos, cuando eran testigos impotentes. Como mi padre, Hélène se iba, con la cara a menudo transformada en mármol o en papel, y después del portazo yo corría tras ella en una atroz y lancinante angustia de que me dejara, a veces incluso durante varios días y a veces sin que yo tuviera nada que ver. Por ejemplo, ¿qué le había hecho yo en Portugal, adonde la llevé en avión después de la Revolución de los Claveles? Entró en una crisis de histeria en el restaurante donde nos habían invitado unos amigos portugueses porque las calles de Lisboa eran *demandado empinadas*, y tuve que llevarla sobre el refugio del alto castillo para esperar allí que se calmara. Por ejemplo, ¿qué le había hecho en Granada, cuando rechazó, no sé por qué, la ayuda de un amigo que se proponía enseñarnos el Alcázar: ¿no le necesitamos! e hizo una «escena» terrible? ¿O qué hice, pues, en Grecia, cuando rechazó —pero ya la había rechazado previamente— la hospitalidad tradicional de una copiosa comida familiar de bienvenida pequeño burguesa? O bien... Sin duda, en tales casos, yo no tenía nada que ver, pero desgraciadamente sé muy bien que a menudo la engañé provocando sus reac-

ciones, yendo a buscarla hasta el interior de su intimidad para ver si estaba de acuerdo o no.

Igual en mis «historias de mujeres». Aparte de ella, siempre he sentido la necesidad de formarme una «reserva de mujeres» y de solicitar la explícita aprobación de Hélène para consagrarme a ellas. Sin duda tenía «necesidad» de esas mujeres como suplementos eróticos para satisfacer lo que ella no podía, la desgraciada Hélène, dar de sí: un cuerpo joven sin sufrimiento y aquel eterno perfil que perseguía en sueños, que le «hacía falta» a mi deseo mermado, la prueba de que también yo podía, junto a un padre-madre, desear el cuerpo de una simple mujer deseable. Pero nunca pude emprender nada sin su aprobación explícita, salvo recientemente.

En esto encontraba inconsciente pero soberanamente la solución de «síntesis». Me enamoraba de mujeres a mi gusto, pero lo bastante alejadas de mí para evitar lo peor: vivían ya en Suiza (Claire), ya en Italia (Franca), y por tanto a una distancia inconscientemente calculada para no verlas más que intermitentemente (pasados tres días, por lo general y de forma inconsciente, ya me sentía cansado y aburrido y, no obstante, qué excepcionales mujeres en belleza y en espíritu fueron para mí Claire y Franca). Pero esta precaución geográfica no me dispensaba de mis ceremonias de aprobación y de protección. Cuando conocí a Franca, en agosto de 1974, en seguida invité a Hélène a que la conociera, el 15 de agosto. Se entendieron muy bien pero al cabo de unos meses sobrevinieron algunos episodios dolorosos en los que iba como una pelota entre Hélène y Franca, y no sé cuántos telegramas y llamadas telefónicas se cruzaron entre Panarea (isla siciliana) y París, entre Bertinori y París, entre Venecia y París, sin otro resultado que el de multiplicar mis provocaciones disimuladas y de agravar la situación.

Pero el colmo tuvo lugar cuando mis «amigas»

pusieron sobre el tapete, indirectamente o no, la cuestión de vivir con ellas y de tener un hijo. Con Claire, la historia tuvo lugar en el arcén de una carretera del bosque de Rambouillet: me habló del pequeño «Julien» que tanto queríamos tener y me ofreció —también ella tenía «ideas sobre mí»— compartir su vida: caí inmediatamente enfermo de depresión. Con Franca, aquella magnífica italiana de treinta y seis años que, a su edad, ya había desesperado de poder aún amar otra vez, fue peor. Un día desembarcó en París bajo pretexto de seguir los cursos de Lévy-Strauss, a quien había traducido en su país, y me notificó por teléfono que estaba allí y que podía hacer con ella lo que quisiera. Incluso entró en mi casa, que conocía muy mal, pasando por la ventana. Era demasiado claro. Inmediatamente caí enfermo, muy deprimido. También ella había tenido «ideas» sobre mí.

Mis depresiones sucesivas no fueron ciertamente todas de la misma naturaleza. Fueron extrañas depresiones, en las que la hospitalización era suficiente para tranquilizarme casi de inmediato, como si la protección maternal del hospital, el aislamiento y lo «todopoderoso» de la depresión fueran suficientes para colmar tanto mi deseo de no ser abandonado contra mi voluntad, como mi deseo de ser protegido de todo. Felices depresiones si me es lícito decirlo, que me ponían al abrigo de todo exterior y me lanzaban a la infinita seguridad de no tener que luchar más, ni siquiera contra mi deseo. Ya podía mi analista repetirme que se trataba de «falsas depresiones» neuróticas y atípicas; no importaba. Y como generalmente eran muy breves (de quince días a tres semanas) y como a pesar de su terrible espera (más dura y larga que la propia depresión), cesaban como por milagro con la hospitalización, y como mi trabajo no se veía muy afectado ni tampoco mis proyectos, como salía de ellas en un estado hipoma-

níaco que me proporcionaba todas las satisfacciones de la extrema facilidad, de la aparente resolución de todas las dificultades, tanto mías como ajenas, en el fondo no me afectaban excesivamente. Podía trabajar mil veces más y recuperar entonces mil veces el pseudo retraso que había sufrido. Simplemente se inscribían en el curso algo tumultuoso de mi vida.

Mi analista, a quien por entonces consultaba regularmente, me aclaró un aspecto de mis depresiones que no había sospechado evidentemente por mí mismo. Me dijo: la depresión es la omnipotencia. Formalmente es incontestable: uno se retira del mundo, se «refugia» en la enfermedad, lejos de todas las preocupaciones actuales y activas, en la protección de una blanca habitación de clínica, donde enfermeras y un médico atentos os dispensan cuidados maternos (la avanzada regresión de toda depresión hace de ti una especie de niño pequeñito, pero no abandonado; al contrario, uno se abandona a la apacible y profunda certeza de no estar por fin abandonado). Te sitúa bajo el fetichismo cómico de drogas que, en realidad, como se sabe, no hacen más que *abreviar* el proceso de salida de la depresión, provocan sueño y apaciguamiento, por lo que se obtiene, sin hacer nada, y sin tener que dar nada a cambio, el mundo entero a tus órdenes y deseos: médicos, enfermeras, los y las que te quieren y vienen a verte. Sin temer ya nada del mundo exterior, se ejerce al fin la omnipotencia de un niño querido finalmente por buenas madres. Se puede imaginar cómo me colmaba esta explicación teórica: yo, que en la vida real me sentía impotente, sin existencia auténtica (excepto la del juego de mis artificios y de mis *imposturas*) me encontraba al fin disponiendo de un poder tal como nunca lo habría ni soñado. De ahí a pensar que no enfermaba ni aspiraba a la hospitalización más que en estos casos (suplicaba literalmente que me la concedieran), el paso a franquear es fá-

cil, y verídico. Pero ¿cuándo podría pues conseguir gozar de esta omnipotencia en la vida real? Esta ocasión se me ofreció justamente durante el período de excitación hipomaniaca que seguía (no siempre pero cada vez más) a mi fase depresiva. Con gran rapidez pasaba de la depresión a la hipomanía, que tomaba a veces el aspecto de una auténtica manía muy violenta. Entonces me sentía efectivamente todopoderoso, en especial, sobre el mundo exterior, sobre mis amigos, sobre mis proyectos, sobre mis problemas y los del prójimo. Todo me resultaba de una increíble facilidad, sobrevolaba todas las dificultades, tanto las mías como las de los demás, me metía, no sin éxito aparente, a resolver, sin que me lo hubieran rogado, sus propios problemas. Me lanzaba a iniciativas que juzgaban extremadamente peligrosas (para mí y para ellos), que les hacían temblar, pero hacía caso omiso de sus objeciones, no me preocupaba por ello, absolutamente convencido como estaba de ser el amo absoluto, amo absoluto del juego, de todos los juegos y por qué no, por lo menos una vez, casi a escala mundial... Recuerdo una terrible frase que dije en 1967, y que, por desgracia, no he podido olvidar: «Estamos en camino de ser hegemónicos...». Todo el mundo comprenderá que en aquella prodigiosa facilidad y pretensión había una enorme dosis de agresividad, que se desahogaba en aquella ocasión, o más bien que se satisfacía inconscientemente en la excitación, como un síntoma de mi fantasma de impotencia y en consecuencia de depresión, puesto que no era más que una defensa que se volvía contra mi tendencia a la depresión y contra los fantasmas de impotencia que la nutrían. Bien es cierto que la ambivalencia que Freud, y antes Spinoza, ha descrito tan bien, es activa en todos los casos y que por encima de todo resultaba clara en el mío. Mi miedo a ser totalmente impotente y mi deseo de ser todopoderoso, mi mega-

lomanía, no eran más que los dos aspectos de una misma unidad: la del deseo de disponer de lo que *me faltaba para ser un hombre* pleno y libre, y de lo que sentía el terror de carecer. El mismo fantasma con dos caras (su ambivalencia) me obsesionaba así, alternativamente, en la omnipotencia irreal de la depresión y en la omnipotencia megalomaniaca de la manía.

Por otra parte, observando bien los «temas» conscientes de mis depresiones (sufrí una buena quinceña, desde 1947 hasta 1980, siempre breves, salvo la primera y la última, y sin ninguna consecuencia «profesional», muy al contrario, agradezco a la dirección de la École que, comprendiéndolo todo, nunca me hayan dado de baja por enfermedad, puesto que después de cada depresión multiplicaba por veinte mi trabajo), puedo alinearlas bajo tres apartados: el miedo a ser abandonado (por Hélène, mi analista o tal o cual de mis amigos o amigas), el miedo a estar expuesto a un requerimiento de amor que sentía como la amenaza de que me «pusieran la mano encima», o más ampliamente, como ya explicaré, a que tuvieran «ideas sobre mí», evidentemente no las mías; y finalmente, el miedo a verme expuesto públicamente en mi desnudez: la de un hombre de nada, sin más existencia que la de sus artificios y de sus imposturas; y todo el mundo descubriría entonces a la luz del día y a causa de mi confusión, mi condena definitiva.

Pienso que se habrá entendido por qué el miedo a ser abandonado podía desencadenar en mí una angustia suficiente para lanzarme en la depresión. Al miedo a ser abandonado por mi madre se juntaba en mí el antiguo miedo a las huidas de mi padre en la noche, reactivado por las huidas violentas de Hélène, que no podía soportar: me resultaban como amenazas de muerte (y ya conocemos la relación activa que siempre he mantenido con la muerte). Como

esta «sobredeterminación» me dejaba en el terror y sin ningún recurso, no tenía más que abandonarme a mi «destino» y caer en lo que deseaba, llevar a término mi verdad, no existir más, desaparecer del mundo, en pocas palabras, hacerme hospitalizar, pero con la segunda intención perversa de refugiarme en la enfermedad, donde ya nadie se arriesgaría a abandonarme, puesto que oficial y públicamente estaba enfermo, y exigía y obtenía de forma tan tiránica la asistencia de todos. He repetido esta conducta, y de una forma extremadamente intensa, en los últimos episodios de mi muy seria y larga depresión, en Sainte-Anne y en especial en Soisy. Ya hablaré de ello.

XII

Sentía también una repulsión y angustia extremas ante la idea (y las situaciones que me lo hacían pensar) de que querían «ponerme la mano encima». Temía ante todo los intentos de las mujeres. Asociación evidentemente muy en la línea de los traumatismos y ataques, iba a decir de los atentados, de mi madre, quien no se había privado conmigo de aquella agresión castradora. Que una mujer se ofreciera a vivir conmigo (lo que implicaba que, por consiguiente, fuese abandonado por Hélène, que nunca podría soportarlo —según yo pensaba— me horrorizaba y me hacía caer en la depresión. Tal vez parecerá sorprendente incluso para muchos de mis amigos, pero *nunca tuve la impresión de que Hélène haya pretendido «ponerme la mano encima», o comportarse conmigo como una madre castradora*; por el contrario, siempre sentí esta impresión cuando amigas «laterales» se salían de los límites que yo les había impuesto (sirviéndose de las circunstancias o escogiéndolas inconscientemente), y arriesgaban por esta causa (hoy lo veo muy claro) privarme de Hélène y por tanto provocar su abandono. Para defenderme

contra este riesgo insensato pero fatal, no retrocedía ante nada. Evidentemente rechazaba con ferocidad (por la demostración que hacía en seguida cayendo enfermo), cualquier oferta de este género, que sentía como una «confiscación insoportable». Preventivamente, incluso encontraba, si se terciaba (a decir verdad siempre, pero bajo formas diversas, implícitas o explícitas) alardes o palabras insensatas. Así, a una joven que, por carta, me declaró su amor desde hacía tiempo visible, le respondí un día: «¡Detesto que me amen!», lo que era completamente falso, y que por el contrario significaba: detesto que alguien tome la *iniciativa* de amarme, de «ponerme la mano encima», puesto que no admito que se tome este tipo de iniciativa, cuyo privilegio me pertenece en propiedad y a nadie más (él o ella) en el mundo: hablo naturalmente del hombre, del individuo que era y no del filósofo, en función misma de aquel deseo insensato de amar del que me sentía y demostraba ser incapaz.

Una variante más general de ese rechazo a la iniciativa de cualquier mujer hacia mí, lo denominé un día en una violenta (por mi parte) explicación con mi analista, mi repulsión hacia cualquiera que pretendiera tener «ideas sobre mi persona». Esta vez se trataba no sólo de las mujeres, sino de mujeres y hombres, y ante todo de él, de mi analista, sobre el que entonces sólo había comprendido a medias que representaba para mí la «buena madre», y por tanto una mujer, la primera de todas. Debo precisar aquí que nunca tuve la sensación de que Hélène hubiera tenido «ideas sobre mi persona», de tal forma me aceptaba como era, según mi propio deseo. En realidad es el tema del deseo lo que aquí, como en las formas de expresión precedentes, se cuestiona. Había sufrido lo bastante el deseo de mi madre, hasta el punto de sentir que no podía realizarlo más que contra el mío, pretendía lo bastante tener por fin de-

recho a mi propio deseo (mientras que era incapaz de hacérmelo presente, viviendo sólo de la falta de él, de su amputación: de *su muerte*) para no soportar que un tercero, quienquiera que fuese, me impusiera su deseo propio y sus «ideas» como mías, en su lugar. Generalizada hasta este punto, la reivindicación de mi propio (pero imposible) deseo ha constituido realmente la base de mi feroz independencia tanto en filosofía como dentro del Partido y, a pesar de mi habilidad para conciliarme, es decir, en realidad inclinar hacia mi opinión las ideas de mis amigos, ha constituido igualmente mi independencia respecto de mis amigos más próximos. Creo que esta característica o este «sesgo» no se les ha escapado, y que a veces he tenido que hacérsela pagar muy cara. Tal vez sea quizás en parte el origen de la reacción de aquella amiga cuyas palabras ya he contado: «Tú utilizas muy bien a tus amigos, pero no sientes ningún respeto por ellos». Que yo haya sacado de esta independencia (cuya «genealogía» negativa veo muy bien ahora) beneficios positivos, que han contribuido a la composición y a la figura de mi «personalidad», es algo que no ofrece dudas. Otro ejemplo de ambivalencia, por el que seguramente caí en otras depresiones.

Pero el caso sin duda más expresivo de mis terrores fantasmagóricos —porque representa el fantasma de la imposible solución a la que me encontraba reducido de parecer todopoderoso cuando no lo era en absoluto—, es el tercer «motivo», que provocó muchas de mis depresiones, en particular la espectacular depresión del otoño de 1965. Acababa de publicar eufóricamente *La revolución teórica de Marx y Para leer «El Capital»*, aparecidos en octubre. Me vi preso de un increíble terror ante la idea de que aquellos textos me mostrarían desnudo frente a un público muy amplio: completamente desnudo, es decir, tal y como era, un ser todo artificios e imposturas, y

nada más, un filósofo que casi no conocía nada de la historia de la filosofía y casi nada de Marx (del que ciertamente había estudiado de cerca las obras de juventud, pero del que sólo había estudiado seriamente el Libro I de *El Capital*, en el año 1964, en que dirigí aquel seminario que desembocaría en *Para leer «El Capital»*). Me sentía un «filósofo» lanzado a una construcción arbitraria, muy extraña incluso al propio Marx. Raymond Aron no se equivocó totalmente al hablar a propósito de mí y de Sartre de «marxismo imaginario», pero como siempre, este hombre a quien incluso los trotskistas han cubierto de alabanzas después de su muerte, no comprendía nada de lo que decía —cuando se le ocurría decir algo importante—, y no digamos el resto. En pocas palabras, temía exponerme a un desmentido público catastrófico. En mi temor a la catástrofe (o en su deseo: temor y deseo van insidiosamente siempre juntos), me precipité en la catástrofe, y «caí» en una impresionante depresión. Esta vez fue bastante seria, por lo menos para mí, porque la enfermedad no engañaba a mi analista.

Por aquel entonces hacía poco tiempo que conocía a mi analista, y debo hablar de él. No se comprendería que dejara en silencio su papel decisivo en mi vida, aunque no fuera más que porque, incluso entre la profesión y entre un buen número de sus amigos y de los míos, ha sido objeto de severas críticas después de la muerte de Hélène. Parece incluso que una petición contra sus «métodos», firmada por muchos «heterodoxos», entre ellos algunos de su escuela, se hizo llegar a *Le Monde*, que no la publicó gracias a la intervención de mi antiguo alumno Dominique Dhombres. «Ellos» pueden ahora (a su vuelta, porque se encuentra en Moscú) «pagarle» una buena copa.

Fue Nicole, que se había convertido en una amiga muy querida pero atiborrada de fobias que me pa-

realizaban, quien me aconsejó consultarle. Empezaba a sospechar que los cuidados de mi primer terapeuta no venían de un análisis auténtico, sino de un apoyo muy bueno sin verdadero efecto analítico. Aquel hombre generoso me había ayudado mucho en los momentos difíciles, siempre había intervenido para proveerme de los medicamentos y de los consejos necesarios a mi estado, y para que me admitieran en los establecimientos o clínicas psiquiátricas (Épinay, Meudon, etc.). Le pasaba mis sueños por escrito y, bajo la narcosis que tanto me deleitaba, los comentaba ampliamente, indicándome en ellos los «elementos positivos» al lado de los «elementos negativos». Comprendí ciertas cosas, pero intervino cuando menos en una ocasión en mi vida personal, declarando a Franca, que solicitaba su opinión cuando yo estaba hospitalizado: «Lo que pasa entre ustedes no es grave, es un amor de vacaciones». Y, en una ocasión en que estaba hospitalizado en el Vallée-aux-Loups (antigua residencia de Chateaubriand) y cuidado por una anciana, una de las dos hijas de Plejánov, estuve muy seriamente a punto de matarme con un largo y feo cuchillo, porque mi terapeuta tardaba en hacer que me dieran electrochoques, que yo reclamaba, en una angustia sin nombre, con violencia. En pocas palabras, Nicole me aconsejó un verdadero analista, «un hombre con los hombros lo bastante anchos para ti». Retuve sus palabras, sin duda no por azar. A fin de cuentas habría podido pensar en mi amigo Paul, quien tenía efectivamente los hombros lo bastante anchos como para pegarse en mi lugar.

Antes del verano de 1965, vi a mi futuro analista muchas veces, en conversaciones previas y, finalmente, dijo que aceptaría verme regularmente para intercambios «analíticos», *pero cara a cara*. En muchas ocasiones me dio la siguiente explicación: tenía en mí una tal carga de angustia que desde su punto

de vista nunca habría podido soportar el diván, la angustia de no verle con mis ojos, de no soportar su silencio. En realidad cara a cara, viendo sus reacciones reflejadas en su rostro, y oyéndole responder a menudo al instante, aunque raramente de forma directa, a mis preguntas, ciertamente me tranquilizaba: estaba allí en verdad. Presencia atenta, *visiblemente* atenta, lo que me tranquilizaba mucho. Al mismo tiempo me enteré (y lo constaté) de que un análisis cara a cara es infinitamente más difícil para el analista que un análisis tumbado, porque debe controlar todos los movimientos de su rostro, sobre todo en el silencio, sin poder refugiarse en el mutismo de la respiración de un sillón, de una pipa, del roce de las páginas de un periódico, etc., cómodamente instalado tras el paciente.

Cuando aparecieron mis libros, en octubre, me vi presa de un pánico tal que sólo hablaba de destruirlos (pero ¿cómo?) y finalmente, solución última pero radical, de destruirme a mí mismo.

Mi analista se vio confrontado a aquella terrible situación. He pensado a menudo después en tantos analistas que, para respetar digamos la «letra» de las reglas analíticas, entonces no intervienen en nada, se niegan a comportarse también como psiquiatras y médicos y a dar así a su paciente la satisfacción narcisista de ayudarlos (no sólo a encontrar una clínica, sino incluso un psiquiatra). Por el simple hecho de que nadie en el mundo, en la profesión o en otra parte, si el paciente se mata, les reprochará su ausencia de intervención. Uno de mis más queridos amigos, entonces en análisis, se suicidó así en 1982, sin que, aparentemente (digo bien, aparentemente; tal vez esté mal informado, pero conozco otros casos que no dejan lugar a dudas, incluso por el lado del propio Lacan), su analista se permitiera la menor intervención «de apoyo». Mi analista que, en 1965, y hasta el desenlace, me veía cada día y me

tenía como «de la mano» (más tarde me diría que sin duda había sido un poco «hipomaniaco» puesto que estaba demasiado seguro de poderme sacar del apuro), confrontado a la amenaza repetida de suicidio, acabó por ceder a mi presión y aceptó hacerme hospitalizar. Precisó: «en un lugar que yo conozco bien, donde tenemos nuestros métodos propios: Soisy». Incluso precisó (para mayor seguridad, pienso) que me acompañaría él mismo. Vino a buscarme en coche a la École y aún veo a lo lejos a mi viejo amigo el doctor Étienne acudir a la verja y hablar durante mucho rato con aquel anciano. Este último parecía escucharlo sin decir gran cosa. Siempre he pensado, y creo, por ciertos indicios, que no me equivocaba, que Étienne daba a mi analista su versión personal de los hechos: si caía enfermo, era culpa de Hélène. Esta versión fácil y tranquilizadora debía con el tiempo estar muy extendida en el «rumor», pero *muy poco* entre mis amigos cercanos; a causa de que ellos, *por lo menos*, conocían a Hélène y sabían (muy pocos a decir verdad) que no formábamos la famosa pareja «sadomasoquista» clásica y a menudo mortal.

Me admitieron en Soisy, hermoso hospital moderno, pabellones en una inmensa pradera. Pedí hasta desgañitarme una cura de sueño, creyendo (siempre los mitos soviéticos) en su milagro. Me complacieron parcialmente, me hicieron dormir un poco de día, me tranquilicé bastante deprisa (lo que me sorprendió) y salí repuesto al cabo de un mes. A partir de entonces sometí casi siempre a mi analista a la misma presión, y como no podía, en mi angustia, soportar que no se ocupara de mí, puesto que se encontraba en una situación ya marcada por todo un pasado, incluso cuando acabó por dejarme totalmente libre de tomar la decisión de hacerme (o no) internar, siempre pasaba por él la decisión, por lo menos en lo que concernía al *lugar* de la hospitaliza-

ción, ya de ir a Soisy primero, ya para refugiarme en el Vésinet después, donde los directores eran amigos suyos, y donde podía, a través de su intermediario, «seguirme». En el Vésinet, cada domingo por la mañana, mi analista llegaba en coche. Me sentía confuso ante su abnegación y aún me sentí más cuando supe, después de la primera hospitalización, que me cobraba por aquella visita excepcional, unida a un largo trayecto en coche, el mismo precio que por mis sesiones corrientes (pensemos en la importancia para mí —y para los analistas!— de las cuestiones de dinero). Mi padre, a quien no pedía nada, no me ayudaba nunca, aunque en aquella época habría podido hacerlo con facilidad. Y cada vez recibía a mi analista en un estado efusivo que me llevaba a romper a llorar, como un niño ante su madre.

El asunto se complicaría otra vez más adelante, hacia 1974-1975. Hélène, cuyos problemas «de carácter» eran manifiestos, aceptó iniciar un análisis con una mujer. La visitó alrededor de un año y medio, cara a cara, una vez por semana; y luego la dejó bruscamente después de un incidente del que sólo supe la versión de Hélène. Su analista había aludido a un tema clásico en Freud (sobre el cara a cara) y Hélène le había dicho que no lo conocía (efectivamente ella no tenía ninguna cultura teórica analítica). Entonces su analista le había respondido: «¡Es imposible, *usted miente!*». (Hélène tenía una cultura general tal que su analista podía legítimamente pensar que ella conocía el término, pero lo negaba por así decirlo «voluntariamente».)

Hélène se sentía muy desamparada, yo más aún, por aquel terrible abandono, como se puede imaginar. Apremié a mi analista, con una insistencia suicida, a encontrar una solución. Aceptó (lo que anhelaba de todo corazón) tener con ella una entrevista terapéutica cara a cara una vez por semana. De esta manera nos tomó a su «carga», si puedo decirlo

así, a los dos, paralelamente, caso ciertamente muy raro en la profesión pero no sin precedentes (Lacan practicaba corrientemente el mismo método) y qué debía, después de la muerte de Hélène, levantar grandes suspicacias contra él, tanto en la profesión como entre muchos amigos nuestros. Uno de ellos habló incluso de «círculo infernal», de *ménage à trois*, de «callejón sin salida total» sin otra solución que un drama. Ciertamente, mi analista me ha dicho siempre que yo era un caso «atípico» (¿no lo es todo «caso»?) y que Hélène también, y lo mismo nuestra relación, y que a una situación atípica no se podía proponer más que una solución igualmente atípica, que ciertamente no figuraba en la letra estricta de las normas clásicas, pero que no estaba totalmente excluida, a condición de saber comportarse en función del «caso», estratégica y tácticamente.

Retroactivamente, siempre he tenido la sensación de que ejercía una presión tal sobre mi analista, en una relación constante de chantaje al abandono y al suicidio, que una vez cogido en el precedente de 1965, se vio obligado a perseverar a pesar suyo, esperando que las relaciones se distendieran suficientemente para liberarse y liberarme de ellas: pero esto dependería de la evolución de mi cura y, en consecuencia, de mí. La verdad es que así fue. La estrategia de mi analista se verificó pues en la experiencia.

En numerosas ocasiones, cuando me encontraba en período de manía después de una depresión, tuve la sensación de que mi analista había tenido éxito. Me inventaba incluso en aquellas ocasiones milagrosas una metáfora sobre el final del análisis. El análisis es como un camión pesado cargado de arena fina. Para vaciarlo, un gato levanta lentamente el volquete, que se inclina. En un principio, nada cae; luego poco a poco algunos granos sueltos de arena. Y de un golpe la carga entera se desmorona en

tierra. Una metáfora demasiado bella, demasiado adaptada a mi deseo. Sabría, a mis expensas, que las cosas no iban así... Declaré entonces a mi analista, con una absoluta certeza y agradecimiento: «¡En esta ocasión usted ha ganado!». Y cada vez recuerdo su silencio, todo lo contrario de la muda aprobación, un silencio cargado de una inquietud sorda que no conseguía disimular a pesar de todo el control de su «contratransferencia». Incluso recuerdo un gesto suyo, que me sublevó, al final de una de esas sesiones de «liberación». Cuando me marchaba en la mayor euforia, le vi en el último instante a través de la puerta entreabierta esbozar con la mano, de arriba abajo, un gesto que significaba: vaya des-pacio, y repitió aquel gesto varias veces más. Me sublevó. Me explicaría con violencia ante él: «O usted piensa que estoy metido en una fase de hipomanía de motivos inconscientes incontrolables, y entonces ¿cómo quiere que me controle, y con qué derecho me incita a una prudencia que no puedo observar? O bien estima que estoy en disposición de controlarme y entonces, como depende de mí exclusivamente, ¿por qué este gesto que no añade nada de nada? Y finalmente: ¿con qué derecho, “contrariamente a toda regla analítica”, tanto en un “caso” como en el otro, pretende intervenir sobre mi comportamiento?». Formalmente, la verdad es que no me equivocaba. Nunca le pedí su opinión sobre este punto tan hiriente para mí. Sin duda me equivoqué...

En mi gran fase de explicación violenta con mi analista, que duró varios meses, hacia 1976-1977, le reproché franca e intensamente, haber tenido siempre «ideas sobre mi persona», haberme tratado no como a un simple hombre corriente, sino más bien como el hombre conocido que era, con demasiados miramientos. Le reproché que me hubiera confesado que mis libros eran «los únicos libros de filosofía que comprendía», que sintiera por mí una amistad,

incluso una predilección, analíticamente sospechosas, le reproché en pocas palabras no saber ni poder dominar su propia *contratransferencia respecto a mí*, y le enseñé incluso un texto con pretensiones teóricas que escribí (pensando en él) sobre la contratransferencia, en el que desarrollaba la idea, bastante bien argumentada, de que desde el principio no es la transferencia, sino la contratransferencia lo que domina. Leyó aquel texto y fríamente me declaró: son cosas que se conocen desde hace tiempo. Me sentí horriblemente vejado y concebí un rencor suplementario contra él. No me di cuenta de que era yo quien podía estar en el origen de la complicidad que sentía entre nosotros, y yo quien la había provocado, buscado y conseguido, al precio de una gigantesca tentativa de seducción. No sabía entonces que, fuesen hombres o mujeres, no paraba hasta conseguir seducirlos y reducirlos a mi merced, a base de una constante provocación. ¿Cedió mi analista verdaderamente, o sólo tuve esa impresión? No sé decirlo, pero entrego aquí, junto con todos los recuerdos de mis traumatismos más notables, todas mis armas, es decir mis debilidades desarmadas.

Seducción, pero también provocación. Las dos iban naturalmente a la par. Con las mujeres que encontraba en esos estados, ejercía la seducción irresistible y conquistadora en los más breves plazos: diez minutos, media hora de asalto rápido y el asunto estaba arreglado. Cada vez que lo deseaba, era yo quien tomaba la iniciativa, como mi mano en la mano de Hélène, aunque en seguida me embarazara terriblemente el resultado, y el temor de haberme atrapado yo mismo, de haberme dejado atrapar me sumergían en la angustia.

Naturalmente compensaba la audacia insensata de aquellos asaltos y mi inquietud subsiguiente, «añadiendo de nuevo», haciendo subir la cotización de mis sentimientos, convenciéndome de que amaba

verdaderamente hasta la locura, y me forjaba entonces de la mujer que había encontrado una imagen propia para sustentar aquella pasión sobrepujada. Hasta ahora, hasta un período reciente del que volveré a hablar, siempre he querido vivir mis relaciones factuales con las mujeres en las alturas de un sentimiento desmesuradamente intenso y pasional. Era una manera muy singular pero muy propia de mí de proporcionarme el sentimiento de «dominar» la situación, es decir no sólo de tener en mis manos, sino bien aferrada una situación que no dominaba y que, estando «fabricado» como yo lo estaba, no podía dominar en su realidad efectiva. Habría sido necesario que aceptase a las mujeres sobre las que ponía la mirada tal y como eran y que, en especial, me aceptase a mí mismo como era, sin ninguna «exageración», palabra que recogí de una mujer que se me hizo infinitamente querida: la primera que supo ver claro en mis rarezas, y sobre todo supo decirme a la cara, sin la sombra de una vacilación sobre sus palabras: «Lo que no me gusta en ti es que quieras destruirte».

Sobrepuja, exageración: entra en ello evidentemente la provocación; no nos expresamos ante una mujer en las formas de un amor insensato y desmesurado sin que entre también, inconscientemente, el deseo de que ella sea a imagen de este amor y se conforme a esta imagen en su ser, sus gestos, sus actos sexuales y sus sentimientos. No obstante estaba dividido de manera que, mientras anhelaba los máximos consentimientos y las máximas ternuras de las mujeres sobre las que me lanzaba, al mismo tiempo tenía mucho miedo de sus esperadas demostraciones, miedo de que me sometieran a su merced, porque entonces la iniciativa habría cambiado de campo, y el terrible peligro de hundirme entre sus manos hacía que mi cara palidciera anticipadamente de angustia.

Con Hélène las cosas eran de la misma vena, pero muy distintas. No tenía miedo en absoluto de que me pusiera las manos encima, o tuviera «ideas sobre mi persona». Había entre nosotros una comunión y fraternidad tales que me preservaban de aquel peligro. No obstante, no dejaba de provocarla. Pero, como creo haber hecho entender, mis provocaciones tenían otro sentido. No me daba tregua hasta que conociera, lo antes posible, a mis nuevas amigas, para recibir de ella la aprobación que esperaba, en suma, de la buena madre que nunca había tenido. Ahora bien, Hélène no se sentía en absoluto dentro de la piel de una buena madre, sino muy al contrario en la de una harpía y en la de una mujer horrible. Reaccionaba como se puede imaginar: al principio paciente, después poco a poco y finalmente de repente (y, como había sido paciente y tolerante al principio, yo no lo comprendía) pensativa, luego crítica, categórica y cortante. No era tanto que sintiera celos (me quería «libre» y creo que era profundamente sincera, respetaba en todo mis deseos, necesidades e incluso mis manías), pero pasado el primer momento de la tolerancia se sentía tan abiertamente atrapada o reatrapada por el terrible fantasma de ser una harpía, que, ante mi increíble provocación, cedía y se comportaba como tenía el terror interior de comportarse. Un ejemplo más de ambivalencia. Después, se lo reprochaba terriblemente y me repetía que yo podía hacer todo lo que deseara, pero con una simple y única condición: que *no le hablara nunca* de mis relaciones femeninas. Ahora bien, este prudente consejo, que me daba en la calma de una razón incontestable, nunca supe o pude seguirlo. Cada vez caía en la compulsión de ir a provocarla bajo sus narices. Teníamos en Gordes una casa muy bonita, una antigua casa de campo que habíamos comprado por nada y habíamos restaurado magníficamente: un esplendor único en toda la región. Me

las arreglé para que viniesen mis últimas amigas, siempre con la intención de que me las aprobara Hélène. Sólo una vez fueron bien las cosas: concretamente con aquella amiga que es la única que supo comprenderme.

Esta compulsión a la provocación respecto a Hélène se multiplicaba evidentemente en mis estados de hipomanía. Como entonces todo me parecía y me resultaba efectivamente muy fácil, de una facilidad irrisoria, inventaba, además de aquellas presentaciones perversas, otras muchas formas de provocación. Hélène sufría terriblemente, porque sabía por experiencia que aquellos estados de hipomanía no anunciaban nada bueno, muy al contrario una recaída en la depresión y su cortejo de sufrimiento tanto para mí como para ella; pero por añadidura se sentía directa y personalmente en el punto de mira (y no se equivocaba, como sé actualmente) de mis conductas inverosímiles. Porque entonces tenía una imaginación diabólica. Una vez, en Bretaña, durante un mes largo, me puse a practicar sistemáticamente un deporte particular: el robo en las tiendas, que practicaba con toda naturalidad y sin dificultad, y cada vez le mostraba con orgullo el producto variado y creciente de mis hurtos y le detallaba mis métodos inexpugnables. En realidad, lo eran. Al mismo tiempo perseguía a las chicas en las playas y de vez en cuando, después de haberlas seducido rápidamente, se las llevaba para solicitar su admiración y aprobación. Fue la época en la que se me metió en la cabeza desvalijar un banco sin ningún riesgo e incluso robar (siempre sin ningún riesgo) un submarino atómico. Ya se comprenderá que estuviera aterrorizada, porque sabía que yo podía llegar bastante lejos en la ejecución, pero nunca sabía hasta dónde. De esta manera la hacía vivir en la inseguridad y el terror más totales. ¡Intenten imaginar la situación!

Se me ocurrió someterla en dos ocasiones a pruebas aún más horribles. La primera fue seria, pero no podía evidentemente comportar lo que siguió.

Un día estábamos cenando en casa de unos amigos, con una pareja hasta entonces desconocida para nosotros. No sé qué me coge (o más bien lo sé demasiado) pero organizo durante la comida, con gran cantidad de declaraciones e invitaciones provocativas, el asalto de la bella y joven mujer desconocida. Todo para llegar a la proposición perentoria de que podíamos y debíamos hacer allí mismo el amor, encima de la mesa delante de todo el mundo. El asalto lo había conducido de tal manera que la conclusión se imponía como evidente. Gracias a Dios, la joven se defendió bastante bien: supo encontrar las palabras apropiadas para eludir la proposición.

En otra ocasión, estamos en Saint-Tropez, albergados en casa de unos amigos ausentes. Había invitado a un amigo político a que nos visitara. Llega, acompañado de una joven muy bella, sobre la que me lancé. Doy a leer a mi amigo un manuscrito mío. Se reproduce la misma escena, en esta ocasión delante de Hélène y del hombre solos en la mesa. Evidentemente nada pasó encima de la mesa, pero atraigo a la chica a mi lado y me pongo a acariciarle abiertamente los pechos, el vientre y el sexo. Se deja hacer, algo desconcertada, pero preparada por mis discursos. Después propongo ir a la playa, una pequeña playa habitualmente desierta, en aquella ocasión totalmente desierta, porque sopla un violento mistral y el mar está embravecido. Durante este tiempo mi amigo se queda en casa, absorbo en mi manuscrito. En la playa, siempre delante de Hélène, que no sabía nadar, invito a la chica a desvestirse, y entramos totalmente desnudos los dos en las olas desencadenadas. Hélène ya grita de miedo. Nadamos un poco en alta mar y allí casi hacemos el amor

en plena mar. Veo a Hélène, totalmente enloquecida, correr de miedo a lo lejos en la playa, gritando. Avanzamos más adelante sobre las olas y en el momento de volver, nos damos cuenta de que estamos atrapados en una fuerte corriente que nos arrastra a alta mar. Tuvimos que hacer esfuerzos insensatos, durante una o dos horas, para llegar al fin a la orilla. Fue la joven quien me salvó, nadaba mejor que yo y me ayudó en mis esfuerzos desesperados. Cuando nos encontramos en la playa, Hélène ha desaparecido. No hay una casa en kilómetros, a través de ásperas colinas, y ninguna barca de socorro delante del puerto, a lo lejos, de Saint-Tropez. ¿Había marchado Hélène, desesperada, a buscar socorro? Después de interminables correrías de búsqueda, acabo por descubrirla, junto al mar, pero lejos de la playa, irreconocible, totalmente encogida sobre sí misma, temblando en un ataque casi de histeria y con la cara como de una mujer muy vieja devastada por las lágrimas. Intento abrazarla para que se tranquilice, para decirle que la pesadilla se ha acabado, que estoy allí. Nada que hacer: ni me oye ni me ve. Finalmente, al cabo de no sé cuánto tiempo, abre la boca, pero para ahuyentarme violentamente: «¡Eres innoble! ¡Para mí estás muerto! ¡No quiero verte nunca más! ¡Ya no puedo soportar vivir contigo! ¡Eres un cobarde y un cerdo, un cerdo, vete a la mierda!». De lejos le digo a la chica que se vaya, y no la he vuelto a ver nunca más. Fueron necesarias dos horas cumplidas para que Hélène, siempre entre lágrimas y convulsa, aceptara volver a casa conmigo. Nunca más se volvió a hablar de aquel horrible incidente, que seguramente ella nunca me perdonó en su interior. Decididamente, no se puede tratar de esta manera a un ser humano. Comprendí muy bien que no había en su terror el miedo a que yo muriera en la corriente de las olas, sino otro miedo más terrible: el de que la matara allí mismo mediante mi horrible provocación demente.

Ésta es la realidad: por vez primera mi propia muerte y la de Hélène hacían una: *una sola y única muerte*, no con el mismo origen, pero con la misma conclusión.

¡El rostro de Hélène! No sabría decir cómo me sobrecogió desde el primer instante, ni cómo me obsesiona aún. ¡Su rara belleza! Sin embargo no era bella, pero había en sus facciones una agudeza tal, una profundidad y vida tales, una tal capacidad también para pasar, de un instante a otro, de la abertura más total a la cerrazón más mural, que me maravillaba y desconcertaba a la vez. Un amigo que la conoció muy bien me dijo que la había comprendido leyendo el verso de Trakl: «*Schmerz versteinert die Swelle* (El dolor petrifica el umbral)», y añadía que para Hélène habría que decir «*Schmerz versteinert das Gesicht*: El dolor petrifica el rostro». Aquel rostro esculpido por los rasgos, huellas esculpidas por un largo dolor de vivir en los huecos de las mejillas, las huellas de un largo y terrible «trabajo de lo negativo», de combate personal y de clase en la historia obrera y la Resistencia. Todos sus amigos muertos, Hénaff a quien había querido, Timbaud, Michels, el padre Larue de quien se había enamorado, todos muertos, fusilados por los nazis, habían dejado en su cara las cicatrices de la desesperación y la muerte. La petrificación misma de su atroz pasado: ella era lo que había sido, «*Wesen ist was gewesen ist*: La esencia es lo que ha sido» (Hegel). Cuando ese amigo cita a Trakl y a Hegel, es como si volviera a verla. Aquella pobre carita totalmente encerrada en su dolor, a menudo abierta a la alegría, en lo que sus amigos llamaban su «genio de la admiración» (frase de Emilie, su amiga filósofa ejecutada en Siberia por el NKVD), su incomparable entusiasmo por los demás, su generosidad sin fin con ellos y en especial para con los niños, que la adoraban. Sí, «el genio de la admiración» era una frase de Balzac, que decía: «*El*

genio de la admiración, de la comprensión, la facultad según la cual un hombre corriente se convierte en el hermano de un gran poeta». Estaba hecha así, capaz de estar por la atención, la comprensión del corazón y el genio de la admiración, al nivel de los más grandes, ¡y Dios sabe si los conoció y fue amada por ellos!

Pero aquel rostro tan abierto también podía cerrarse en la petrificación mural de un intenso dolor que le subía de las profundidades. Entonces no era más que piedra blanca y muda, sin ojos ni mirada y su cara se encerraba en una huida sin rasgos. ¡Cuántas veces! Y cuántas veces los que no la conocían bastante la han juzgado sin piedad, por algunas apariencias superficiales, como la mujer terrible que ella temía ser. Después, al cabo de un tiempo, quizás unos minutos, a menudo muchas horas e incluso un día o dos (era atroz pero infrecuente), su cara se abría de nuevo a la dicha del otro. Terrible prueba, sobre todo para sí misma y también para quienes estaban cerca, y antes que nadie para mí, porque entonces me *veía* abandonado por ella. Durante mucho tiempo me sentí culpable del cambio brutal de su cara y de su voz, como sin duda se sentía mi madre por haber traicionado a Louis, el amor de su vida, al casarse con Charles.

Porque Hélène tenía la voz misma de su rostro: incomparablemente cálida, buena, siempre grave y flexible como la de un hombre, y en los silencios mismos (sabía escuchar como nadie, Lacan se dio buena cuenta de ello...) abierta como nunca, luego de repente dura y cerrada, sorda y finalmente muda para siempre. Aparte de lo que conozco de su terror a ser una terrible harpía, ¿qué podía provocar en ella el ascenso físico del horror en su cara? Nunca he podido comprender exactamente la razón profunda de aquella alternancia dramática, aterrorizadora, pero deslumbradora: sin duda también la extrema

angustia de no existir, de estar ya muerta y sellada bajo la losa sepulcral de la incomprensión.

Cuando estaba «abierta» era divertida en extremo, tenía un talento de narradora extraordinario y una ternura de voz irresistible en la risa. También era célebre entre todos sus amigos por su extravagante talento epistolar: nunca he leído cartas semejantes, tan vivaces e imprevistas como el curso fantástico de un arroyo joven sobre las piedras. Se permitía todas las audacias de estilo y cuando, más tarde leí a Joyce, que le gustaba mucho, encontré que ella tenía mucha más invención de lenguaje que él. No me creerán, naturalmente. Pero aquellos a quienes nunca dejó de escribir [lo saben]; su amiga Véra, actualmente en Cambridge, lo sabe: recientemente me lo ha dicho por teléfono.

Pero lo que más me emocionaba sin duda, porque nunca cambiaban, eran sus manos. También petrificadas por el trabajo, patinadas de penas y de labor, pero de una indecible ternura desgarrada y desarmada en la caricia. Las manos de una mujer muy vieja, de una pobreza sin esperanza ni recurso y que no obstante podían darlo todo de sí. Me rompían el corazón: cuántos sufrimientos estaban grabados en ellas. A menudo he llorado sobre sus manos, entre sus manos: nunca supo por qué, nunca se lo dije. Temía que sufriera al saberlo.

Hélène, mi Hélène.

XIII¹

Sé que se espera de mí que hable de filosofía, de política, de mi posición dentro del Partido y de mis libros, su público, sus amigos y enemigos irreductibles. No entraré sistemáticamente en este dominio que es perfectamente objetivo, porque está en los resultados, de los que cada uno, si no está ya informado, puede tomar conocimiento, aunque sólo sea leyéndome (una inmensa bibliografía en todos los países) pero tranquilícense, que no reitera indefinidamente más que unos pocos temas, que se pueden contar con los dedos de una mano.

Por el contrario, lo que debo a mis lectores, porque me lo debo a mí mismo, es la elucidación de las raíces subjetivas de mi apego específico por

1. El autor había colocado en la cabecera de este capítulo cinco páginas, según toda probabilidad mecanografiadas posteriormente, sin haber modificado consecuentemente la continuación de su texto, lo que suponía muchas repeticiones o variantes de los mismos acontecimientos que dificultaban la lectura del conjunto del capítulo. Por esta razón, hemos juzgado preferible mantener el texto en su primera versión. (*N. del E.*)

mi carrera de profesor de filosofía en la École Normale Supérieure, a la filosofía, a la política, al Partido, a mis libros y a su resonancia, es decir a cómo me vi llevado (no se trata aquí de una reflexión lúcida, sino de un hecho oscuro y en gran parte inconsciente) a investir e inscribir mis fantasmas subjetivos en mis actividades objetivas y públicas.

Naturalmente, lejos de toda anécdota o «diario de navegación» o de la mala literatura que hoy es de rigor en toda autobiografía (esta decadencia sin precedentes de la literatura), me referiré sólo a lo *esencial*.

Primer hecho: primer indicio. Nunca he dejado la École. Ciertamente entré con seis años de retraso, pero nunca la dejé, hasta noviembre de 1980. Luego no he vuelto nunca más, ni siquiera de paso.

Ingresé con mi tesis sobre la noción de contenido en Hegel con Bachelard: en epígrafe «un contenido vale más que dos te dará», falsa cita de no sé quién, y «El concepto es obligatorio porque el concepto es la libertad», aire de René Clair que no hablaba del concepto sino del «trabajo», es decir, si creemos en el «trabajo de lo negativo» de Hegel, *estrictamente de la misma cosa*. Aquel trabajo estaba escrito con preciosismo (era el estilo que había heredado de la *khâgne* de Lyon y, en particular, del ejemplo de mis «veteranos», Georges Parain, Xavier de Christen y Serge Chambrillon, todos monárquicos —el Conde de París y no aquel horror de Maurras— y buenos escritores, adoradores de Giraudoux: yo compartía entonces sus gustos). Había redactado mi texto en Larochemillay, donde me había acogido mi abuela después de mi larga depresión de 1947. Sin avisarla había llevado conmigo a Hélène, quien se pasó todo el tiempo en la «casa vieja» mecanografiando mi

texto a medida que lo escribía.¹ Mi abuela la había acogido cariñosamente, como yo esperaba de ella. Naturalmente se había dado perfecta cuenta de nuestras relaciones, pero las había aceptado con naturalidad, a pesar de sus principios. ¡Cuánta generosidad!

Creo que Bachelard, muy ocupado, no había leído mi texto. Le había hablado de la «circularidad del contenido», uno de mis temas principales. Bachelard sólo me había replicado: «¿Estaría de acuerdo en hablar más bien de “circulación”»? «No». Y no había añadido nada. En la École, en aquella época, teníamos por maestros a Desanti, un corso que «iba (ya) de combativo», una expresión suya que le pinta de cuerpo entero, y a Maurice Merleau-Ponty. Este último, cuyos cursos seguíamos con interés (el único curso que seguí, junto con las lecciones siempre repetitivas de Desanti, un «marxista» que seguía siendo muy husserliano), nos había propuesto, a Jacques Martin, a Jean Deprun y a mí, publicar nuestras tesis, incluso antes de leerlas. Nos habíamos negado con altivez. Aprobé los exámenes finales en 1948, con el segundo puesto, ¡confundiendo en Spinoza el vocablo latino *solum* por sol! Deprun había sacado el número uno. Justo mérito y también justa venganza sobre su fracaso del año anterior, en que había llevado a cabo una audacia escandalosa: en el oral había hablado sin notas.

¿Puedo recordar que tanto en el escrito como en el oral trataba la mayor parte de los temas sin saber gran cosa? Pero sabía «hacer» una disertación y disimular convenientemente mis ignorancias bajo un tratamiento *a priori* de no importa qué tema y, naturalmente, en el orden de una buena exposición uni-

1. Añadido manuscrito al margen del texto cuya concordancia con el resto de la frase ha dejado sin hacer el autor: «al lado de patatas que se hacía asar: matiz, ¡no era invitada a sentarse en la mesa de mi abuela!». (N. del E.)

versitaria, con todo el suspense teórico deseable, que me había enseñado para siempre Jean Guilton.

Gozaba (mi inclinación hacia mujeres mayores y, también, mi arte de la seducción) del favor de la señora Poré, una simple secretaria que había aguantado a la École en peso durante los duros años de la guerra y, en la práctica, incluso bajo Albert Pau-philet, después de la Liberación, la dirigía de arriba abajo y a lo largo y a lo ancho sin apelación. Todo el mundo, comprendido aquel gran perezoso negligente y «parigot»* de Pauphilet, aprovechaba la situación. Lo sabía todo y conocía a todo el mundo. Hay que creer que le gusté pues, cuando se marchó Georges Gusdorf en julio de 1948, me recomendó al director para sucederle y él, como era natural, aprobó su elección.

De esta manera heredé el exiguo habitáculo de Gusdorf (una pequeña pieza y un escritorio falso Luis XV en la planta baja) y sus funciones. Hice desaparecer el escritorio Luis XV y lo sustituí por una antigua y bella mesa de roble gris tomada de la biblioteca. Las funciones de «caimán»** no estaban nada definidas: teníamos que «ocuparnos de los filósofos». Gusdorf se había ocupado muy poco de nosotros, había escrito su tesis en el cautiverio (sobre *El descubrimiento de sí*, ¡a base de «diarios íntimos» que nos leía francamente a guisa de curso! Una vez le hicimos llegar una carta del director del palacio del Descubrimiento: «Monsieur Gusdorf, como nada de lo que se refiere al descubrimiento nos es ajeno...») y repulía aquella tesis pensando en un puesto en una facultad: fue nombrado para Estrasburgo. Yo intenté hacerlo mejor que él, lo que no era difícil: primero un curso sobre Platón, que me llevó dos

* «Parisiense» (1886). (N. de la T.)

** Desde 1895 se llama «caimán» al agregado de la École Normale Supérieure. (N. de la T.)

años, después sobre otros autores. Pero en especial hice que mis alumnos, convertidos rápidamente en amigos, hicieran los ejercicios retóricos indispensables. Merleau nos había dicho: las oposiciones no son, en el fondo, sobre la base del mínimo de conocimientos requeridos, sino un *«ejercicio de comunicación»*. Estaba convencido de ello desde hacía tiempo, gracias a Guitton. Pero me lo tomé a pecho e inauguré una práctica algo personal de la corrección de los ejercicios. Corregía muy poco al margen, salvo para rectificar tal error obvio, o para señalar, con una larga línea discreta pero aprobatoria, o un +, que indicaba la satisfacción del lector; pero luego escribía a máquina una nota de una, dos o varias páginas según el caso, donde indicaba al autor los puntos satisfactorios pero en especial cómo *habría debido y podido construir su texto y argumentar para dar a la orientación de su propio pensamiento (el que fuese) toda la fuerza de convicción requerida*. Nunca he propuesto a nadie que pensara de forma distinta a la de la línea de su propia elección y por otra parte hacer otra cosa habría sido insensato. Lo convertí en un principio que he seguido siempre, por simple respeto a la personalidad de mis «alumnos». En relación con esto, jamás he intentado «inculcar» nada a nadie, contrariamente a la tontería de algunos periodistas faltos de «scoop».

En los primeros años puse mucho calor en «incubar» maternalmente a mis polluelos, en «darles el pecho» a base de organizarles incluso, entre el escrito y el oral de su agregación, un período de reposo en Royaumont, que compartía con ellos. Luego me haría más reservado, pero siempre igualmente atento a sus dificultades y, en especial, a la orientación de su propio pensamiento.

Pasé a ser rápidamente secretario de la École, asistiendo a todos los consejos de dirección, aconsejando a los directores en numerosas materias, «ha-

ciendo» a menudo que tomaran importantes decisiones que aún están inscritas en los muros y los locales de la casa y también en muchas de sus prácticas, jugando un papel importante en especial en el intervalo de las sucesiones de directores. Normal. Estaba allí permanentemente, mientras que los directores se morían o dejaban su puesto (Hyppolite, por ejemplo, que pasó al Collège de France).

¿En qué se convirtió la École? Muy rápidamente, debería decir desde el principio, en un verdadero «capullo» materno, el lugar donde me encontraba cálido y en casa, protegido del exterior, donde no tenía que salir para ver a la gente, porque pasaban o venían, en especial cuando me hice conocido; en pocas palabras, también fue la sustitución de un medio materno, del líquido *amniótico*.

Un buen día, el exiguo apartamento de Gusdorf fue presa de los arquitectos, que habían recibido luz verde del ministerio (después de un retraso inverosímil, y nunca supe por petición de quién) y se pusieron a ampliarlo con una vasta sala de lectura para los alumnos. Entonces me encontré muy cómodo, dispuesto a acoger a Hélène cuando no pudo soportar, en su nuevo piso cerca de Montparnasse, los aullidos de dos cachorros que su dueño abandonaba durante el día para ir a trabajar, y fue imposible conseguir que tomara la más mínima medida respecto de los vecinos. (Se puede tener a este propósito [una idea] de la vigilancia de porteros y policías, a pesar de ser su trabajo de rutina...) Nuevamente «salvaba» a Hélène. Era hacia 1970, aún no estábamos casados.

La vida discurría de esta manera, con la enfermería y el médico al lado, los servicios de la École (fontanero, carpintero, electricista, etc.) a mi servicio, la biblioteca (donde no iba casi nunca, para gran sorpresa de Mademoiselle Kretzoïet, de Monsieur y Madame Boulez, parientes directos y discretos del

gran músico), el refectorio al que acudía algunos días, los «thurnes» de los filósofos y cuando fueron nombrados junto conmigo, de Jacques Derrida y Bernard Pautrat, muy próximos; correos a dos pasos, el estanco, qué sé yo, todo al alcance de la mano. ¡Duró treinta y dos años! Treinta y dos años casi de reclusión monástica y ascética (mi antiguo sueño...) y de protección. Y cuando Hélène se vino a vivir conmigo, ciertamente aquello complicó las condiciones de mis relaciones femeninas, pero también ella estaba allí, conmigo.

La inmensa tarea «oblativa» que me asigné (siempre la misma tarea de salvación hacia una madre sangrante) fue la de que mis amigos, que eran en su mayor parte mis antiguos «alumnos», la admitieran. No fue nada fácil: la diferencia de edad, su horror hacia el mundo universitario y, también, las dificultades de su carácter, rápidamente conocidas, no ayudaron en absoluto. Lo conseguí a menudo, pero al precio de lo que sentía como una gran abnegación por mi parte. Y siempre en una especie de mala conciencia, como si me correspondiera a mí superar, por ella y por mí, el temor a sus posibles cambios de humor. También en esto me doy cuenta ahora (a decir verdad después de bastante tiempo) que debía «inducir» de alguna manera en mis amigos (lo había hecho sobre el doctor Étienne) el juicio sobre ella que temía de su parte. Anticipándome a su posible reacción, me comportaba como una especie de «culpable» que pedía perdón por anticipado por ella y por mí. Una actitud de la que he podido observar a retazos los efectos perjudiciales. Hélène tenía sus peculiaridades, pero cuando se la conocía verdaderamente, tal había sido en otro tiempo el sentimiento de Lesèvre y de todos sus amigos más ilustres, cuando habías superado los primeros momentos, determinados muy a menudo por su reputación, descubrías a una mujer excepcional en inteligencia,

intuición, valor y generosidad. Todos sus compañeros de trabajo, que han apreciado tanto a la persona como sus méritos, son unánimes al reconocerlo. Y no obstante sus grandes amistades de trabajo no me las debía a mí, sino a sí misma: por una vez yo no tenía nada que ver, no había hecho nada ni había tenido nada que hacer para «salvarla» de su terrible destino de mujer horrible.

Se puede ver la terrible contradicción en la que me metía, por el hecho de mis propias compulsiones y mis propios terrores fantasmagóricos, digo bien me metía por mi culpa, porque era yo quien, para «salvarla» (por aquel entonces no tenía prácticamente ningún amigo), intenté *darle* los míos, pero sólo pude hacerlo a base de inducir y reforzar en ellos la imagen que temía que se hicieran de ella, y que de hecho llevaba en mí como una maldición. Tal empresa sólo «funcionó», aunque al precio de sacudidas en ocasiones violentas, en escasas circunstancias, cuando Hélène encontraba en mis antiguos alumnos, como Étienne Balibar, Pierre Macherey, Régis Debray, Robert Linhart y Dominique Lecourt, y luego Franca, con qué instituir un verdadero intercambio de ideas y de experiencias, o sencillamente relaciones afectivas apacibles y fecundas. Con otros, a menudo fue un fracaso, que yo me tragaba en silencio y con una vergüenza culpable. Una de las mayores empresas de mi vida con Hélène se saldó así con un equívoco doloroso que siempre intenté recuperar, pero en vano, y mis fracasos sucesivos me reforzaban en mi doble prevención y temor, que naturalmente reforzaba la duda que tenía de ser verdaderamente un hombre, capaz de amar a una mujer y ayudarla a vivir.

Sea como fuera, ejercía una función de enseñante de filosofía, y además me sentía cada vez más filósofo, a pesar de todos mis escrúpulos.

Evidentemente mi cultura filosófica de los textos

era más bien reducida. Conocía bien a Descartes, Malebranche, un poco a Spinoza, nada a Aristóteles, los sofistas y los estoicos, bastante bien a Platón y Pascal, Kant en absoluto, un poco a Hegel y finalmente ciertos pasajes de Marx leídos muy cuidadosamente. Me había hecho una leyenda sobre mi forma de aprender y finalmente saber filosofía, como me gustaba repetir, «de oídas» (la primera forma tosca de conocimiento según Spinoza), de Jacques Martin, más cultivado que yo, de mis amigos, recogiendo tal fórmula cogida al paso, y finalmente de mis propios alumnos en sus exposiciones y disertaciones. Naturalmente, acabé por hacer un punto de honor jactancioso de «aprender de oídas» de esa forma, lo que me distinguía singularmente de todos mis amigos universitarios infinitamente más instruidos que yo, y lo repetía de buena gana a manera de paradoja y provocación, para suscitar la sorpresa, la admiración (!) y la incredulidad de terceros, para mi gran confusión y orgullo.

Pero tenía sin duda otra capacidad muy propia. A partir de una simple fórmula, me sentía capaz (¡qué ilusiones!) de reconstruir si no el pensamiento, por lo menos la tendencia y la orientación de un autor o de un libro que no había leído. Disponía sin duda de una cierta dosis de intuición y en especial de una capacidad de acercamiento, es decir de *oposición* teórica, que me permitían reconstruir lo que pensaba que era el pensamiento de un autor, a partir de los autores a los que se oponía. De esta manera, procedía espontáneamente por contraste y demarcación, de lo cual más tarde crearía la teoría.

Mi gusto fantasmagórico por la autonomía total y por el combate en los límites de una protección absoluta, encontraría en estas prácticas de qué investirse. Además estaba dotado, por mi experiencia en la práctica política y mi gusto por la política, de una intuición bastante vivaz de la «coyuntura» y de sus

efectos: otro tema que teorizaría con el tiempo. Porque es en el seno de una coyuntura teórica dada donde se pueden captar los acercamientos y las oposiciones filosóficas. ¿De dónde me venía esta sensibilidad por la «coyuntura»? Sin duda de mi extrema sensibilidad por las «situaciones» conflictivas (sin salida) que no había dejado de vivir desde mi infancia. Añadamos a esto otra convicción instintiva de que lo propio de la filosofía actúa a distancia, en el vacío (¡el mío!) como el dios inmóvil de Aristóteles, lo que encontraba en la situación analítica (y Sacha Nacht en una breve fórmula penetrante había señalado este tema). Era pues un filósofo y como tal actuaba a distancia, desde mi refugio en la École, lejos del mundo universitario que nunca me ha gustado, ni he frecuentado. Hacía mi trabajo solo, sin la ayuda de mis pares, sin la ayuda de las bibliotecas, en una soledad que me venía de lejos y de la que me hacía una doctrina de pensamiento y de conducta. Actuar de lejos, era también actuar sin meter las manos, como siempre en segunda línea (el consejero, la eminencia gris de Daël y de los directores de la École), segunda, es decir a un tiempo protegida y agresiva, pero bajo la cobertura de aquella protección. Ser el «maestro del maestro» me obsesionaba siempre manifiestamente en sordina, pero justamente en esa distancia protegida por los maestros en relación con los cuales me tomaba justamente la distancia en la que me complacía de verdad, estaba siempre en una relación perversa, no la del «padre del padre», sino la madre de mi pretendido maestro, obligándole a realizar por persona y deseo interpuestos mi propio deseo alienado.

Pero en realidad, como ahora me doy cuenta (escribir obliga a reflexionar), procedía bajo aquellas especies de forma muy distinta. La fórmula expresiva que retenía de un autor (de su propio texto) o que recogía de boca de un alumno o amigo me servían

como *sondeos profundos* en un pensamiento filosófico. Se sabe que la búsqueda petrolífera en los grandes fondos se hace por *sondeos*. Las sondas estrechas penetran profundamente en el subsuelo y sacan al aire libre lo que se denominan «testigos», que dan la idea concreta de la composición escalonada de las capas de subsuelo profundo y permiten identificar la presencia de petróleo o de tierras impregnadas de petróleo y de las diversas capas horizontales encima y debajo de la capa freática. Veo ahora con gran claridad que procedía de la misma manera en filosofía. Las fórmulas encontradas o recogidas me servían como «testigos filosóficos» a partir de la composición (y del análisis) de las cuales conseguía fácilmente reconstruir la naturaleza de las diversas capas profundas de la filosofía en cuestión. A partir de ahí, pero desde ahí solamente, podía empezar a leer el texto del que se había extraído aquel «testigo». Basándome en eso, leí muy atentamente ciertos textos limitados, e intenté naturalmente leerlos rigurosamente, sin ninguna concesión semántica ni sintagmática. Por la curiosidad de la cosa (que seguramente tiene un sentido, pero se me escapará quizás siempre), nunca he podido penetrar, a pesar de todos mis testigos psicoanalíticos y toda mi experiencia (por el lado de analizante), en ningún texto de Freud, ni en ningún texto de sus comentaristas. Soy completamente sordo a ellos... Y mi mejor amiga no deja de repetirme que así está bien y que por otra parte soy una total nulidad en teoría analítica: tiene toda la razón. Lo que cuenta en análisis, no es la teoría, sino (principio materialista y marxista fundamental) la *práctica*.

Desde un principio, en efecto, y bajo la influencia de mi amigo Jacques Martin y también del Marx de *La ideología alemana*, me sentí irremediabilmente en una posición muy crítica, incluso destructiva en relación a la filosofía como tal. Mi experiencia polí-

tica reforzó esta convicción, como más tarde la lectura de Lenin, tan dura para los «profesores de filosofía» (véase mi opúsculo *Lenin y la filosofía*, que recoge el único discurso público que he pronunciado en Francia, un auténtico desafío, ante la Société de Philosophie, donde Jean Wahl nos invitó a hablar a Derrida y a mí). Mi discurso provocó un pequeño escándalo, y me valió conocer a un sorprendente teólogo y filósofo, el padre Breton, quien se convirtió en uno de mis mejores amigos.



Louis Althusser y
su hermana
Georgette, 1921.
(Agence Vu-Stock
photos)



Louis Althusser
con los libros
recibidos como
premio a finales
del curso 1931.
(Fonds Althusser
IMEC)

Queda prohibida la reproducción total o parcial
de cualquiera de estas fotos
(© Fonds Althusser IMEC y Agence Vu-Stock photos)

Louis Althusser, a los diez
años, en el parque de
Galland, Argel, en junio de
1928. (Fonds Althusser
IMEC)



Louis Althusser
con su hermana
Georgette, 1933.
(Fonds
Althusser IMEC)





Louis Althusser en clase de *hypokhâgne*, en Lyon, durante el curso 1936-37. (Fonds Althusser IMEC)



Louis Althusser,
1938 o 1939.
(Fonds Althusser
IMEC)



Louis Althusser, con otros
compañeros, durante la «drôle de
guerre» en Issoire, años 39-40.
(Agence Vu-Stock photos)



Con su padre, Charles Althusser,
en 1940. (Agence Vu-Stock photos)



De permiso en
Laroche, 1940,
(Agence Vu-Stock
photos)



Su tía, Juliette, y sus padres, Lucienne y Charles, en Casablanca, 1948. (Agence Vu-Stock photos)

Louis
Althusser y su
hermana
Georgette en
los bosques de
Rambouillet,
en 1950.
(Fonds
Althusser
IMEC)

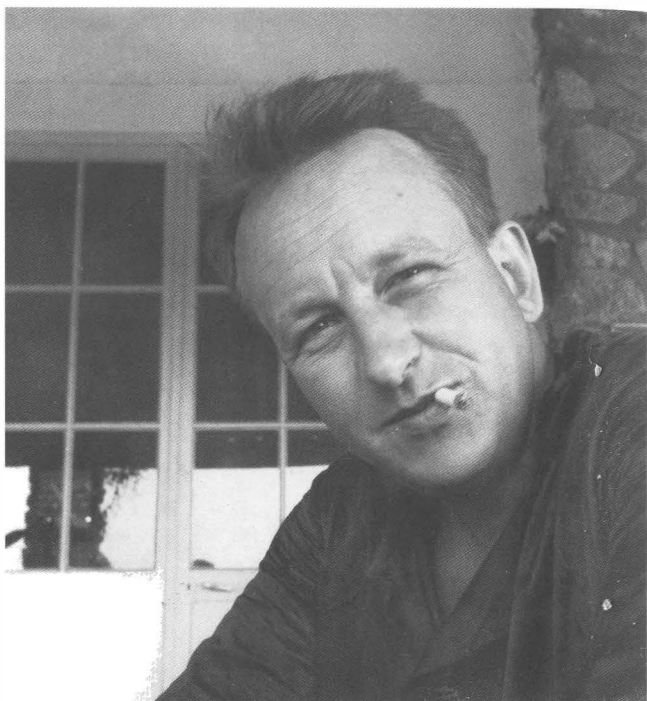




Louis Althusser
con su
compañero de
cautiverio
Robert Daël, en
el *Stalag* 10 A,
en 1943. (Fonds
Althusser IMEC)



Helene, a finales de 1949 o comienzos de 1950. (Agence
Vu-Stock photos)



En Saint Tropez, hacia 1951. (Agence
Vu-Stock photos)

En
Marsella,
hacia 1955.
(Agence
Vu-Stock
photos)



XIV

Intentaba conciliar aquella crítica radical de la filosofía como impostura ideológica (objetivo: no contarse ya historias, única «definición» del materialismo que he mantenido siempre) con mi experiencia de la práctica filosófica, y llegaba primero a fórmulas del género: «la filosofía representa a la ciencia ante la política y a la política ante la ciencia», y luego: «la filosofía es “en última instancia” lucha de clases en la teoría». Sigo manteniéndome firme como una roca en esta última fórmula que, naturalmente, provocó escándalo. En función de mi concepción del materialismo, construí todo un sistema de la filosofía como algo que no tenía objeto (en el sentido en que la ciencia tiene objetos), sino apuestas polémicas y prácticas, y de esta manera me comprometía, sobre el modelo del pensamiento político que trabajaba al mismo tiempo, en una concepción polémica y práctica de la filosofía: proponiendo tesis, que se oponen a otras tesis existentes, aquel *Kampfplatz* (Kant) que representa en la teoría el eco del campo de la lucha de clase social, política e ideológica. Se puede ver que en todo estado de causa, y sin

conocer entonces a Gramsci, unía estrechamente la filosofía y la política, en suma síntesis inesperada de las lecciones políticas del «tío Hours» y de mis estudios propiamente filosóficos.

¿Qué perseguía con aquel proyecto? No intento de ninguna manera hablar aquí de sus efectos teóricos objetivos, lo han hecho otros y no es a mí a quien corresponde tal juicio. Sólo quiero intentar aclarar en la medida de lo posible los motivos profundos y personales conscientes y en especial inconscientes subyacentes en aquel proyecto, en la forma de la que lo he revestido.

Muy al fondo seguramente estaba lo que he denominado la realización, bajo una forma particularmente pura y acabada, es decir abstracta y ascética, del «deseo de mi madre». En realidad me había convertido objetivamente en aquel espíritu puro universitario, «normaliano» y por añadidura autor de una obra filosófica, abstracta y en cierta manera impersonal, pero apasionada de sí. Y, al mismo tiempo, había conseguido combinar en el «deseo de mi madre» mi propio deseo, el de vivir en el mundo exterior,¹ el de la vida social y la política. Esta combinación podía leerse en mis definiciones sucesivas de la filosofía, es decir, de mi propia actividad, pero *en el elemento puro del pensamiento*. ¿Qué hacía yo, pues, de la política? Un pensamiento puro de la política. Ciertamente Georges Marchais cometió el error de hablar más tarde de los «intelectuales tras su escritorio» como si se tratara de mi caso, pero su fórmula no era completamente falsa en sus resonan-

1. Añadido manuscrito al margen del texto cuya concordancia con el resto de la frase ha dejado sin hacer el autor: «activamente por el hecho de mi propia iniciativa, sin la iniciativa de quien sea (Hélène, Desanti, Merleau), excepto J. Martin, que sólo me ayudaba como hermano mayor (aunque tenía dos años menos que yo), pero, como lo he escrito en una nota necrológica, “nos adelantaba en veinte años”». (N. del E.)

cias, y todos aquellos, incluso los adversarios del partido comunista, que me han atacado largamente como filósofo puro, que desprecian desde lo alto de su teoría la realidad de la práctica (comprendido entre ellos el periodista Jean-Paul Enthoven quien, un día, a propósito de mi dedicatoria a Waldeck Rochet,¹ escribió que yo «siempre olía a alumno aplicado...»), todos me afectaban, no me «fallaban» completamente.

Pero esto no era suficiente para dar cuenta de mi relación profunda con la filosofía y con mi concepción de la filosofía (que la expresaba también a su manera). Me llamaron y me llaman aún muchísimo la atención unas palabras de Marx, en las que decía que la filosofía expresa en el concepto (es decir en su concepción de la filosofía) su «relación teórica consigo misma». Además de lo que acabo de decir, ¿qué cosa tan personal buscaba expresar, pues, en mi práctica y en mi concepción de la filosofía? Algunos de mis lectores y amigos, por ejemplo Bernard Edelman quien me lo ha dicho a menudo con perspicacia, lo han observado en muchos de mis ensayos, en particular en mi pequeño *Montesquieu* y en mi artículo sobre Freud y Lacan, la insistencia en un tema: los más grandes filósofos han *nacido sin padre* y han vivido en la soledad de su aislamiento teórico y el riesgo solitario que corrían frente al mundo. Sí, yo no había tenido padre y había jugado indefinidamente al «padre del padre» para hacerme la ilusión de tenerlo, en realidad darme a mí mismo el papel de un padre respecto a mí mismo, puesto que todos los padres posibles o encontrados no podían representar el papel. Y los rebajaba desdeñosamente al colocarlos debajo de mí, en mi subordinación manifiesta.

1. «A Waldeck Rochet que admiraba a Spinoza, de quien me habló largamente en un día de junio de 1966», dedicatoria a *Éléments d'autocritique* (París: Hachette, 1974). (N. del E.)

Yo debía convertirme, pues, filosóficamente en mi propio padre. Y no era posible más que confiriéndome la función por excelencia del padre: la dominación y la soberanía de toda situación posible.

Fue lo que hice, dentro de la gran línea de toda la historia de la filosofía, al tomar por mi cuenta la pretensión clásica y sin cesar repetida que quiere, desde Platón al propio Heidegger (en sus fórmulas de teólogo negativo), pasando por Descartes, Kant y Hegel, que la filosofía sea lo que lo abraza *todo* de un vistazo (Platón: *sunoptikos*), que piensa el todo, o las condiciones de posibilidad o imposibilidad del todo (Kant), que se refiere a Dios o al sujeto humano, y por tanto domina «la Suma y el Resto» (fórmula de Henri Lefebvre). El dominio del Todo, y primero de sí, es decir de su relación con su objeto como el Todo: tal es la filosofía, que no es más que «la relación consigo mismo del filósofo» (Marx), tal es pues también el filósofo. Ahora bien, no se puede pensar el Todo excepto en el *rigor* y la claridad de un pensamiento con pretensión total, que refleje pues los elementos y las articulaciones del Todo. Fui pues un filósofo claro y que pretendía ser riguroso. Esta pretensión tuvo sin duda sus resonancias sobre las tendencias o las expectativas personales de mis lectores, seguramente les «captó» en parte en una de sus exigencias de inteligibilidad y, puesto que mi lengua también era una *lengua de dominio*, dominaba su propio patético (cf. el prefacio a *Pour Marx* y la *Réponse à John Lewis*, etc.), es seguro que conmovió a mis lectores tanto como el rigor de mi argumentación: por delegación de dominio. Y, claro, puesto que aquí todo se relaciona estrechamente (y no sólo en mí, sino que el pensamiento y el estilo están en función de una misma «relación del filósofo» con su concepto) esta unidad del pensamiento y de su claridad (un dominio a plena claridad, la claridad como forma de dominio, ya se comprende) y también de la

lengua, me ganó un público al que mi sola argumentación no habría afectado tan profundamente. De esta manera, ante mi gran sorpresa me enteré por Claudine Normand, por ejemplo, que tenía un «estilo» y era una especie de escritor a mi manera. Y naturalmente, yo desarrollaba como teoría de la filosofía una teoría de la filosofía como dominio tanto de sí como del Todo, tanto de los elementos como de las articulaciones de estos elementos y, más allá de la esfera propiamente filosófica, un dominio a distancia por el concepto y la lengua. Como todo filósofo, pero al criticar radicalmente esta pretensión (criticaba así la propia idea, irrisoria para mí, de un padre todopoderoso y que pretendía serlo), me tenía por responsable de algo que se refería a los ideales humanos y hasta a la dirección de la historia del mundo real, incluso en lo que pretende dirigirlo a su destino (un destino que no existe, como muy bien ha dicho Heidegger, excepto en la ilusión de la conciencia común y de los políticos), es decir la política y los políticos. Por esta razón me he aventurado en varias ocasiones en el terreno concreto de la política, pronunciándome (arriesgadamente por cierto) sobre el estalinismo, la crisis del marxismo, los congresos del Partido y el modo de funcionamiento del Partido. (*Ce qui ne peut plus durer dans le parti communiste*, 1978.) Pero ¿qué filósofo, en el fondo de sí mismo, muy a menudo de forma abierta en los grandes y, en especial si no consiente en confesarlo, no ha cedido a la tentación, filosóficamente orgánica, de tener presente lo que quiere cambiar, transformar en el mundo? El propio Heidegger dice ciertamente hablando sólo de la fenomenología (pero ¿por qué de ella sola? Misterio), que apunta a «cambiar el mundo». Por esta razón he criticado las famosas palabras de las *Tesis sobre Feuerbach*, de Marx: «No se trata ya de interpretar el mundo, sino de transformarlo», mostrando contra esta fórmula que *todos*

los grandes filósofos han querido intervenir en el curso de la historia del mundo, ya sea para transformarlo, ya sea para hacerlo retroceder, ya sea para conservarlo y reforzarlo en su forma existente contra las amenazas de un cambio que se considera peligroso. Y sobre este punto, a pesar de la célebre fórmula aventurada de Marx, pienso haber tenido razón y sigo pensándolo.

Pero ¿se aprecia entonces de qué responsabilidad subjetiva se siente investido el filósofo? ¿Responsabilidad abrumadora! Porque no dispone, como las ciencias (a las que yo tenía a todas por experimentales), de ningún dispositivo ni de ningún procedimiento de verificación. Se contenta con avanzar tesis sin poderlas nunca verificar en persona. Siempre debe anticipar sobre los efectos tesis filosóficas sin saber siquiera dónde, ni cómo, aquellos efectos pueden manifestarse. Ciertamente no propone sus tesis arbitrariamente, sino teniendo en cuenta lo que percibe o cree percibir del Todo y de su tendencia, y oponiéndolas a otros sistemas de tesis existentes en su mundo. Como debe siempre anticipar y se siente siempre cerca de su subjetividad histórica, está sin embargo muy solo ante su percepción del Todo (a cada uno su todo, ¿no?) y más solo aún en la iniciativa que toma, sin ningún consenso, porque precisamente quiere cambiar alguna cosa, de proponer tesis nuevas. Soledad del filósofo, Descartes en el heroico retiro de su estufa, Kant en su apacible, rumiante, retiro de Königsberg, Kierkegaard en el trágico retiro de su drama íntimo, Wittgenstein en el refugio forestal de su casa de pastor en Noruega... Y yo, como todo filósofo en el mundo, incluso cuando está rodeado de amigos, estaba muy solo en mi estudio, es decir en mi pensamiento, mi pretensión y mi audacia inaudita. Solo y como es natural totalmente responsable de mis actos y de sus efectos imprevisibles, sin otra sanción que el devenir posterior de la

historia del mundo, aquel hecho aún no realizado. Estaba muy solo como filósofo y no obstante escribí en la *Réponse à John Lewis*: «Un comunista nunca está solo». Toda la diferencia está aquí, pero se la comprende si todo filósofo quiere efectivamente «transformar el mundo»: lo que no puede hacer solo sin una organización comunista pero verdaderamente libre y democrática y en estrecha unión con su base y, más allá, con los movimientos populares de masa (véase mi panfleto de 1978).

Es suficiente con leer mis textos: se encontrará en ellos como una obsesión el *leitmotiv* de la soledad, y el de la responsabilidad. ¿Cuántas veces habré repetido, que tanto en la política como en la filosofía, no hacía más que *intervenir* y solo contra todos —y los adversarios me lo hicieron sentir ampliamente— y «por mi cuenta y riesgo». Sí, sabía que estaba solo, que corría grandes peligros, me lo hicieron pagar con creces, pero siempre lo supe por anticipado. Lo que nadie puede, cuando me lee, negar es que siempre he tenido conciencia tanto de mi soledad radical frente a mi intervención, como de mi extrema responsabilidad que descansaba en definitiva sobre mí solamente, como de las «cuentas y riesgos» a los que mi soledad y mi responsabilidad me exponían. Nadie se extrañará por tanto de que tantos lectores se reconozcan en esta soledad, la suya, y en la responsabilidad que adquirirían al adherirse a mis tesis, y los riesgos ligados a los efectos políticos que corrían. Pero por lo menos ellos no estaban completamente solos en la circunstancia, porque yo había ido por delante y podía servirles así de garante y de maestro (maestro en dominio), precisamente porque había sido el primero y por tanto solo en aquella iniciativa.

Sí, en este terreno, como lo soñaba en amor, era yo, y nadie más, quien tomaba la iniciativa, yo que me vanagloriaba cuando se terciaba (y esto entriste-



cía a Guitton, me consta) de no haber tenido maestros en filosofía (lo escribí en la introducción de *La revolución teórica de Marx*), ni tampoco en política (excepto Hours, Courrèges, Lesèvre y Hélène). Responsable único, al fin había encontrado el terreno de mi iniciativa, una iniciativa absoluta la mía, donde realizaba al fin mi deseo propio en último término el deseo de tener por fin un deseo propio (desear tener un deseo es ciertamente un deseo, pero un deseo aún formal, puesto que es la forma vacía de un deseo, y tomar esta forma vacía de un deseo por un deseo real, ése había sido realmente mi drama, del que salía vencedor de esta forma, pero en pensamiento, en pensamiento puro), como atrapado en un destino en la realización del puro deseo de mi madre, hasta en la forma finalmente conseguida de su negación.

¿Cómo no iba, en semejantes condiciones, a dar a mi pensamiento la forma abrupta de un corte, de una ruptura? Se puede reconocer en esto uno de los temas en verdad objetivamente muy equívocos que siempre han obsesionado mi reflexión. ¿Cómo escapar igualmente a la necesidad de marcar, en el lenguaje mismo de mi discurso, lo abrupto de aquel corte con lo abrupto de las abruptas fórmulas, todas las apariencias del «dogmatismo» que tanto me han reprochado? Consideraba profundamente que al definirse por las tesis que proponía sin ninguna posibilidad de verificación experimental, toda filosofía era en su esencia *dogmática*, como proclamé incluso en el «Curso de filosofía para científicos» (1967), diciendo que proponía la verdad de sus tesis sin otra consideración que el acto de proponerlas. Simplemente, yo mantenía el lenguaje de la verdad y de lo que pensaba y hacía (proponiendo tesis, en ocasiones abiertamente, cf. *Philosophie et philosophie spontanée des savants*), y de lo que hacía antes de mí toda filosofía, tanto si lo reconocía abiertamente (santo Tomás, Spinoza, Wittgenstein, etc.) o se lo ca-

llaba. Cuando uno se siente el único responsable *tanto* de su soledad necesaria para la verdad que se propone en tesis, *como* de la verdad del filósofo que uno es, y de la verdad de toda filosofía, ¿no será la menor de las *honestidades* la de mantener un lenguaje conforme, incluso en los giros de intervención y de interpelación (véase qué papel hice jugar a la interpelación a propósito de la ideología), con la naturaleza misma de lo que uno hace y expresarse en la forma misma que expresa, y sin rodeos, lo que uno piensa y hace?

Mi padre mascullaba, mi madre era clara y soñaba con la claridad. Yo he sido claro, pero tan abrupto como mi padre lo era en su pensamiento interior y en sus intervenciones brutales. Sin consideración, mi padre llamaba al pan pan, incluso cuando se callaba, y era un hombre capaz de sacar brutalmente su revólver, y un día incluso saltó, para matarlo, sobre un desgraciado joven ciclista que había atropellado a mi hermana en el bosque. Aquel violento rechazo a «contarse historias», aquella brutalidad sin frases, que yo consideraba que correspondía a un padre que me había fallado y, en cualquier caso, que no me había iniciado nunca, que no me había enseñado que el mundo no es un mundo etéreo sino un mundo de luchas físicas y de otra clase, mira por dónde yo tenía finalmente la audacia de asumir su realidad. ¿Acaso no me convertía, al fin y realmente, en mi propio padre, es decir, en un hombre?

Que nadie busque en un análisis de este género la última palabra del sentido objetivo de ninguna filosofía. Porque cualquiera que sean las motivaciones internas, conscientes o más bien inconscientes de todo filósofo, su filosofía escrita es una *realidad objetiva*, pasa por ella enteramente, y sus efectos o no sobre el mundo son *efectos objetivos* que, a la postre, ya no tienen ninguna relación con este interior del que hablo. ¡Gracias a Dios! Puesto que la filoso-

fía, como toda actividad por otra parte, no sería más que el puro interior de todas las subjetividades del mundo, cada una de ellas encerrada en su propio solipsismo. Si alguna vez lo hubiera dudado, debía aprenderlo de una terrible realidad, la de la política en persona, pero ante todo en la filosofía misma.

XV

Dado que todo hombre que interviene mediante la acción —y por aquel entonces consideraba la intervención filosófica como una acción, en lo que no me equivocaba— interviene siempre en una coyuntura para modificar su curso. ¿En qué coyuntura filosófica me vi llevado pues a «intervenir»?

Sucedía en Francia, como siempre ignorante de todo lo que se hace más allá de sus fronteras. Y yo, ignorante total, tanto de Carnap, Russell, Frege, en consecuencia del positivismo lógico, como de Wittgenstein, y de la filosofía analítica inglesa. De Heidegger, sólo leí muy tardíamente la *Carta a Jean Beaufret sobre el humanismo* que no dejó de influir mis tesis sobre el antihumanismo *teórico* de Marx. Me veía pues confrontado a lo que se leía en Francia, es decir Sartre, Merleau-Ponty, Bachelard e infinitamente más tarde Foucault, pero en especial Cavailles y Canguilhem. Luego un poco de Husserl que nos transmitían tanto Desanti (marxista husserliano) como Tran Duc Thao, cuya tesis de licenciatura me deslumbraba. De Husserl, nunca leí más que las *Meditaciones cartesianas* y la *Krisis*.

Nunca he pensado como Sartre, por mil razones que explicaré un día, que el marxismo pudiera ser «la filosofía insuperable de nuestro tiempo», a causa de una buena razón que sigo conservando. Siempre he creído que Sartre, ese espíritu brillante, autor de prodigiosas «novelas filosóficas» como *El ser y la nada* y la *Crítica de la razón dialéctica*, no comprendió nunca nada de Hegel ni de Marx ni, claro está, de Freud. Veía en él, en el mejor de los casos, a uno de aquellos «filósofos de la historia» poscartesianos y poshegelianos que horrorizaban a Marx.

Ciertamente, sabía por qué vías Hegel y Marx habían sido introducidos en Francia: por Kojève (Kojève), emigrado ruso encargado de altas responsabilidades en el ministerio de Economía. Un día fui a verle en su despacho ministerial para invitarle a dar una conferencia en la École. Vino: era un hombre de cara y pelo negro lleno de picardías teóricas infantiles. Leí todo cuanto había escrito y muy rápidamente me convencí de que él —a quien todos, incluido Lacan, habían escuchado apasionadamente antes de la guerra— no había comprendido nada, estrictamente, ni de Hegel ni de Marx. En él todo giraba en torno de la lucha a muerte y del Fin de la historia, a la que daba un sorprendente contenido *burocrático*. Una vez acabada la historia, es decir la historia de la lucha de clases, la historia no cesa, sino que lo único que pasa en ella es la rutina de la *administración de las cosas* (¡viva Saint-Simon!). Una forma sin duda de asociar sus deseos de filósofo y su condición profesional de burócrata superior.

No comprendí cómo, si no es por la total ignorancia francesa de Hegel, Kojève había podido fascinar hasta aquel punto a sus oyentes: Lacan, Bataille, Queneau y tantos otros. Por el contrario, concebí una estima infinita por el trabajo erudito y valeroso de un Hyppolite quien, en vez de interpretar

a Hegel, se contentaba con darle la palabra en su admirable traducción de *La Fenomenología del Espíritu*.

He aquí pues en qué coyuntura filosófica me encontraba para deber «pensar». Redactaba, como ya he dicho, una tesis sobre Hegel, en la que mi amigo Jacques Martin, que poseía una amplia cultura filosófica, me guió. Me di cuenta fácilmente de que los «hegelianos» franceses discípulos de Kojève no habían *comprendido nada de Hegel*. Para convencerse bastaba con leer al propio Hegel. Todos ellos se habían quedado con la lucha del amo y del esclavo y en el absurdo total de una «dialéctica de la Naturaleza». Incluso Bachelard, me di cuenta por la observación de la que he hablado anteriormente, no había comprendido nada. Por otra parte él no tenía a este respecto pretensión alguna: no había tenido tiempo de leerlo. Sobre Hegel, *cuando menos en Francia*, todo estaba por comprender y explicar.

Por el contrario Husserl había penetrado un poco entre nosotros, a través de Sartre y de Merleau. Es sabida la célebre anécdota contada por el Castor.¹ Raymond Aron, el «gran amigo y compañero» de Sartre, había pasado de 1928 a 1929 un año de estudios en Berlín que le había instruido sobre el auge del nazismo, pero donde había digerido la pálida filosofía y la sociología alemanas subjetivistas de la historia. Aron vuelve a París y va a ver a Sartre y al Castor en su *bistrot* de guardia. Sartre está bebiendo un gran zumo de albaricoque. Y Aron que le dice: «Mi querido compañero, he encontrado en Alemania una filosofía que te hará comprender por qué estás sentado en este *bistrot*, y bebes un zumo de albaricoque, y por qué eso te gusta». Aquella filosofía, era la de Husserl naturalmente, cuyo antepredicativo podía dar cuenta de todo, comprendido el zumo

1. Simone de Beauvoir. (*N. de la T.*)

de albaricoque. Parece ser que Sartre se quedó estupefacto y se puso a devorar a Husserl, y después el primer Heidegger. Ya se puede ver lo que pasó en su obra: una apología subjetivista y cartesiana del sujeto de la existencia contra el objeto de la esencia, la primacía de la existencia sobre la esencia, etc. Pero poco que ver con la inspiración profunda de Husserl, ni de Heidegger, quien muy pronto tomaría sus distancias con relación a Sartre. Era más bien una teoría cartesiana del *cogito* en el campo de una fenomenología generalizada y por tanto totalmente deformada. Merleau, filósofo de una profundidad muy distinta, sería por contra más fiel a Husserl, en especial cuando descubrió las obras del final, en particular *Erfahrung und Urteil* y los «Cursos sobre la consciencia del tiempo» que comentaba admirablemente en sus clases de la École acercando la teoría del antepredicativo de la praxis en Husserl a la teoría del juicio natural en Malebranche y el pensamiento del cuerpo propio en Maine de Biran y Bergson. Todo resultaba muy esclarecedor. En privado Thao nos decía: «¡Todos vosotros sois egos-iguales trascendentales!». Él sonreía siempre, pero qué verdad más profunda.

Todo resultaba muy esclarecedor sobre Husserl, sobre el que Merleau no dejó de meditar para acabar en el retorno a la más profunda tradición francesa, la del espiritualismo, pero muy sutil bajo su estilo y ornamentada con opiniones profundas sobre el niño, Cézanne, Freud, el lenguaje, el silencio y la política marxista y propiamente soviética (cf. *Humanisme et Terreur, Les aventures de la dialectique*). Merleau, a diferencia de Sartre, este novelista filosófico a la manera de Voltaire pero con intransigencia personal a la manera de Rousseau, era verdaderamente un gran filósofo, el último en Francia antes del gigante que es Derrida, pero no era en absoluto esclarecedor ni sobre Hegel ni sobre Marx. Recuerdo en

especial, respecto a esto, a Desanti, quien era muy competente en lógica y matemáticas (lo ha demostrado en sus libros). Cada año, iniciaba un curso sobre la historia de la lógica pero, «caminando con combatividad», no pasaba nunca de Aristóteles. A fin de cuentas, poco importaba. Lo que importaba en cualquier caso para mí, es que, cuando le llegaba el momento de hablar de Marx filósofo, era para pensarlo directamente dentro de las categorías de Husserl. Y como Husserl había propuesto la extraordinaria categoría de «praxis» antepredicativa (capa originaria de sentido ligada a la manipulación de las cosas), nuestro buen Touki (como le llamaban los íntimos) era muy feliz al encontrar en Husserl el *sentido finalmente fundamentado* de la práctica marxista. Otro personaje, Touki, que (al igual que Sartre) pretendía conferir a Marx el sentido original de su propia «filosofía». Evidentemente, para mí, que gracias a Jacques Martin empezaba a leer directamente los textos de Marx y a comprenderlo, indignado por otra parte con las pretensiones fundadoras-humanistas de sus textos de juventud, no me dejaba convencer. No he seguido nunca las «interpretaciones» husserlianas de Marx de Desanti, ni ninguna interpretación «humanista» de Marx. Se puede adivinar por qué: porque me horrorizaba toda filosofía que pretendiera fundamentar transcendentemente *a priori* cualquier sentido y cualquier verdad que sea sobre una capa original por muy antepredicativo que fuera. Desanti no tenía nada que ver, excepto que no sentía el mismo horror que yo por el origen y por lo trascendental.

Empezaba a dudar de su «suivismo» cuando le vi pisar los talones de Laurent Casanova, corso como él, en todas sus manipulaciones políticas de la ciencia burguesa y de la ciencia proletaria, en las que nunca caí. Cada vez que encuentro a Victor Leduc, por aquel entonces un cuadro importante para los

«intelectuales» del Partido, me recuerda mi posición en las discusiones de aquella época: «Estabas contra la oposición de las dos ciencias, y eras prácticamente el único de esa opinión entre los intelectuales del Partido».

Naturalmente, los obreros pasaban. Lo que sé es que para vergüenza suya, Touki escribió «por encargo», como dijo más tarde, un inverosímil artículo teórico en *La Nouvelle Critique* para «fundamentar» (siempre lo mismo) la teoría de las dos ciencias dentro de la lucha de clases. Nadie le pedía en conciencia desmentir públicamente su conciencia y su cultura filosóficas. Pero lo hizo, y no obstante no tenía la excusa de un proceso en el Consejo municipal.

Pero lo peor que puedo reprocharle, y esto verdaderamente sin apelación, es una emisión de televisión que hizo él mismo sobre su propia persona por el año 1975. Se presentó completamente solo en la pantalla con un minúsculo perrucho de vieja que no dejaba de pasearse de una estatua a otra (para mearse en ellas) y Touki hablaba solo. Hablaba de la época del período de las dos ciencias y cómo le habían reclutado. Todo con el tono de un verdadero *clown* (tenía el talento para ello), explicando aquella terrible historia, que había o habría podido causar muertes y que en cualquier caso hizo un cadáver viviente de Marcel Prenant, como un pequeño incidente de borrachos: «Bueno, se nos dice lo que tenemos que hacer, y lo hacemos». Todo esto durante diez insoportables minutos: un monólogo sólo interrumpido por llamadas al perrito en las grandes alamedas del Luxembourg y por guiños de ojo y muecas de complicidad (increíble), para los telespectadores. Había que hacerlo: después Touki dejó el Partido y desarrolló una prudente carrera universitaria. Me han dicho que, recientemente, había intentado examinar su pasado husserliano. Ya veremos.

En una palabra, tenía demasiadas razones a la vez

políticas y filosóficas para guardarme de su inspiración y de su ejemplo. Decididamente, aquella «doble verdad» no me iba. No concebía que se pudiera ser un filósofo pensando por sí mismo en la École y un perrito a remolque de Casa en el Partido. La unidad de la práctica y de la teoría, esencial para el marxismo y para los comunistas (¡Courrèges!) excluía para mí —y naturalmente para todos— la existencia de la doble verdad que me recordaba las prácticas tan bien criticadas en los curas por Helvetius y Holbach en el siglo XVIII. Que un filósofo supuestamente marxista estuviera aún, de 1945 a 1950, por detrás mismo de la Ilustración, que no obstante yo no compartía en absoluto, era algo que me sobrepasaba.

Por esta razón no tuve en filosofía, como escribí en el prólogo de *La revolución teórica de Marx*, ningún auténtico maestro, ningún maestro a excepción de Thao, que nos dejó muy pronto para volver a Vietnam y finalmente pudrirse allí en trabajos de barrrendero y en la enfermedad, sin medicamentos (sus amigos franceses intentaban hacérselos llegar), y Merleau, pero como éste se sentía ya muy atraído por la antigua y dominante tradición espiritualista, no podía seguirle.¹

Increíble tradición francesa en la que, con la tradición supuestamente neokantiana de Brunschvicg, se alineaban entonces todos los filósofos con que contaba la Universidad. Tradición fundada institucionalmente por Victor Cousin a principios del siglo XIX (véase el interesante primer libro de Lucien Sève) y que, por su obra y en especial sus programas oficiales así como con todas las lucubraciones de la escuela ecléctica, tan bien combatida por el socialista Pierre Leroux, habían «engendrado» Ravaisson, Bergson, Lequier y recientemente Ferdinand Alquié.

1. Esta frase había sido parcialmente tachada por el autor, lo que la dejaba coja e incomprensible, por lo que aquí se ha restituido en su forma primera completa. (*N. del E.*)

En el extranjero no se encuentra ningún equivalente de esta tradición. No dejó de tener sus «méritos», oh ironía de la dialéctica de la historia, porque preservó hasta sus últimos años (hasta los trabajos de Jules Vuillemin y Jacques Bouveresse) a Francia de la invasión del positivismo lógico anglosajón, así como de la filosofía analítica del lenguaje británico (muy interesante por lo demás). Aparte de estas dos corrientes dominantes en el exterior, una obra como la de Wittgenstein — Jacques Bouveresse y Dominique Lecourt y en Argentina Mari lo han mostrado y demostrado perfectamente bien— seguía siendo entonces para nosotros totalmente desconocida. Pero, ¿qué se puede esperar de una «protección» por ignorancia o repulsión? Maquiavelo lo ha demostrado muy bien: son las fortalezas los puntos más débiles de todo dispositivo militar, y Lenin, siguiendo a Goethe, lo ha dicho perfectamente: «*Si quieres conocer a tu enemigo, tienes que penetrar en el terreno de tu enemigo*». Todo esto resultaba risible. Y lo mismo el neokantismo de Brunschvicg, deformando a Spinoza en el espiritualismo más chato, el de la conciencia y del espíritu. Hoy, cuando han acabado por traducir algunos textos, hoy, cuando Heidegger, después de Nietzsche, tiene al fin derecho de ciudadanía entre nosotros, hoy, cuando Bouveresse nos ha dado estudios muy eruditos sobre el neopositivismo lógico y cuando Wittgenstein o Hegel y Marx son ampliamente traducidos y comentados, por fin las fronteras están abiertas.

Pero entre 1945 y 1960, no había nada de todo esto. Era necesario «apañarse» con lo que se tenía. Teníamos a Descartes, pero en interpretaciones totalmente espiritualistas, a excepción de las de Étienne Gilson, Émile Bréhier y también de Henri Gouhier; Gouhier que polemizaba con Alquié, que interpretaba a Descartes en clave espiritualista. Ciertamente, estaba Martial Guérout, aquel erudito sin

ninguna complacencia sobre la lectura de los autores, a decir verdad el único gran historiador de nuestro tiempo, del cual proceden Jules Vuillemin y Louis Guillermit. Pero Guérout por aquel entonces no era más que un gran «comentador» de autores, nadie sospechaba que meditaba sobre una teoría *estructural* de los sistemas filosóficos. Vuillemin y Guillermit eran prácticamente desconocidos. Y los invité a la École, pero Vuillemin estaba (como Bouveresse, su discípulo en amargura) tan lleno de resentimiento contra la soledad intelectual a la que se veía reducido que siempre se las arreglaba para reducir su auditorio a dos o tres alumnos, después de lo cual venía a decirme que abandonaba. La misma extraña prueba se repitió con Bouveresse, mucho más joven. Había sido «estudiante» mío y yo no paraba de invitarle a la École. Creo saber que Bouveresse me ha acusado (y quizás aún me acusa) de ser el responsable de la decadencia filosófica francesa, de la misma manera que en su último libro ha cubierto de fango a Derrida, este gigante tratado como en otro tiempo Hegel de «perro muerto» (si la palabra no existe, sí la cosa). Hay delirios abiertos también entre los filósofos.

También invité muchas veces a Guérout a la École. ¡Menudo lío! Debía recogerle y acompañarle en coche. Tuvo un gran éxito con los filósofos de la École. Era la época en que Derrida, recién nombrado en la École a propuesta mía, solo y despreciado en Francia dentro de la Universidad, aún no era verdaderamente conocido entre nosotros. Y yo no sabía aún hacia dónde iba realmente.

Pero yo, que sentía la necesidad de intervenir dentro de la filosofía por razones de política y de ideología, tenía que «apañarme» y usar los conocimientos de que disponía: un poco de Hegel, mucho de Descartes, poco de Kant, bastante de Malebranche, un poco de Bachelard (*Le Nouvel Esprit scientifique*),

mucho de Pascal, un poco de Rousseau entonces, un poco de Spinoza, un poco de Bergson y la *Historia de la Filosofía* de Bréhier, mi libro de cabecera, y también, naturalmente, un poco y después bastante de Marx, el único apto para sacarnos de la confusión de los géneros.

Me puse pues a trabajar, primero en algunos artículos oscuros (aquellos artículos aún estaban en gran parte en la línea de la «dia-mat»,¹ a pesar de que distinguiera cuidadosamente el materialismo dialéctico del materialismo histórico sin dar ninguna primacía teórica al primero sobre el segundo) en la *Revue de l'Enseignement philosophique*. Publiqué también un artículo sobre Paul Ricoeur.

Por fin se me ofreció la ocasión de intervenir en *La Pensée*, en 1962, en condiciones que he contado en el prólogo de *La revolución teórica de Marx*. Sólo lo debo a mi amistad con Marcel Cornu quien me apoyó indefectiblemente contra Georges Cogniot, entonces secretario de Maurice Thorez. Cogniot, director en aquel tiempo de la revista, tenía la costumbre de cortar todos los artículos con exclamaciones violentas: ¡capullo! ¡idiota! ¡absurdo! ¡insensato! ¡Imaginen después al redactor ante el autor del artículo! En cuanto a mí, Marcel había puesto sencillamente su dimisión en juego, lo que mantuvo a raya a Cogniot.

Hasta el día en que, después de mi artículo sobre «Contradicción y sobredeterminación» y una respuesta virulenta de Gilbert Mury sobre el «monismo», inspirada por Roger Garaudy entonces todopoderoso, Cogniot organizó un «proceso teórico» en los locales del laboratorio «Henri Langevin» de Orcel quien presidió las sesiones, rodeado de la «crema» filosófica y política de *La Pensée*. Era, al margen del Consejo municipal, una pequeña comedia. Todo esto duró un mes y medio, cada tarde del sába-

1. Dialéctica materialista (*N. de la T.*)

do. Cogniot no intervenía, daba la palabra a tal o cual que intentaba refutarme. Como es mi costumbre, dibujaba en la pizarra algunos esquemas y respondía a las críticas. Al cabo de seis semanas, vi que Cogniot empezaba a sonreír: en el fondo, era un «normalien» como él y vi que, si no le había ganado, por lo menos le había desarmado. A la última convocatoria, después de mes y medio, respondí con unas simples palabras: «Considero que he respondido aproximadamente y creo que las instancias teóricas del Partido, que tienen mucha tela que cortar, harían bien en dejar este proceso y ocuparse de asuntos más urgentes». Y ya no volví.

Gracias a Jacques Martin, descubrí al fin dos pensadores a quienes debo casi todo. Jean Cavaillès primero, de quien me contenté con algunas fórmulas («el proceso no de una dialéctica sino de un concepto»), y Georges Canguilhem, aquel hombre con fama de un carácter imposible, como mi abuelo y como Hélène; pero en realidad como él y como ella, un hombre maravilloso por su inteligencia y su generosidad. Acabó, ante la insistencia de sus amigos, por aceptar presentar su candidatura en la enseñanza superior. Había escrito un libro de inspiración nietzschiana sobre lo normal y lo patológico. También había escrito un artículo célebre sobre «la psicología que lleva al Collège de France o a la comisaría de policía»... Para que le aceptaran en la enseñanza superior, redactó una pequeña tesis sobre el concepto de reflejo, demostrando materialmente la paradoja de que la idea del reflejo nacía en un contexto no mecanicista sino vitalista. Aquel escándalo se apoyaba en textos y demostraciones incontestables. Lo que me dio visiones sorprendentes sobre los efectos recíprocos de las ideologías reinantes en sus consecuencias dentro de las ciencias mismas. Aprendí de esa forma gracias a él lecciones decisivas: primero que la supuesta epistemología a la que

había parecido dedicar mis afanes era absurda fuera de la historia de las ciencias; después, que esta historia, lejos de obedecer a la lógica de la Ilustración, podía desembocar sobre sus descubrimientos a partir de lo que él denominaba, casi como todos nosotros, «ideologías científicas», representaciones filosóficas que actuaban sobre la elaboración, las concepciones e incluso los conceptos científicos, y muy a menudo de forma absolutamente paradójica. Esta lección decisiva no cayó en saco roto. No puedo decir hasta qué punto la influencia de Canguilhem fue decisiva para mí y para nosotros. Su ejemplo me apartó, nos apartó (puesto que Balibar, Macherey y Lecourt le siguieron mucho más de cerca que yo) del proyecto idealista que inspiraba mis primeras definiciones teoricitas de la filosofía como teoría de la práctica teórica, es decir de la práctica de las ciencias, concepción casi positivista en la que la filosofía es como la «ciencia de las ciencias», definición que me apresuré a rectificar a partir del prólogo de la edición italiana de *Para leer «El Capital»* (en 1966). No lo he visto desde hace mucho tiempo. Un día, después de haber leído mis libros, me dijo: «Comprendo lo que usted ha querido hacer», pero no le dejé tiempo para que me lo dijera. Sé que en mayo del 68 permitió que los estudiantes tomaran la palabra para convocar una manifestación, una huelga, etc. Le debo infinitamente. Me enseñó los ardides históricos desconcertantes de las relaciones entre la ideología y las ciencias. También me confortó en la idea de que la epistemología era una variante de la teoría del conocimiento, esta forma moderna (desde Descartes y Kant) de la filosofía como Verdad, en consecuencia Garantía de la verdad. La Verdad sólo está allí para garantizar en última instancia el orden establecido de las cosas y de las relaciones morales y políticas entre los hombres.

De esta manera acabé por encontrar mi propio si-

tio en filosofía en el *Kampfplatz* de las oposiciones inextinguibles, reflejos en última instancia de las posiciones tomadas en el juego de conjunto de la lucha de las clases sociales. Me forjé de esta manera una filosofía personal, no sin antepasados pero muy aislada en el contexto filosófico francés, puesto que mis inspiradores, Cavaillès y Canguilhem, eran o desconocidos o mal conocidos, si no despreciados.

Y cuando llegó la moda de la ideología «estructuralista», que presentaba la ventaja de romper con todo psicologismo e historicismo, pareció que yo seguía el movimiento. ¿Acaso no encontramos en Marx la idea no de combinatoria (de elementos cualesquiera) sino de combinación de elementos distintos adecuados para constituir la unidad de un modo de producción? ¿Acaso esta posición estructural y objetivista no ponía definitivamente fin al humanismo «antropológico» de un Feuerbach, al que conocía muy de cerca por haberlo traducido y preparado la edición por vez primera en Francia después de las muy mediocres y parciales traducciones de Joseph Roy, el pésimo traductor de *El Capital*? Ahora bien, desde un principio, habíamos insistido en la diferencia estructural entre *combinatoria* (abstracta) y *combinación* (concreta), lo que constituía todo el problema. Pero, ¿quién lo ha visto? Nadie prestó atención a esta diferencia. Por todas partes dentro del mundo del estructuralismo me acusaron de justificar la inmovilidad de las estructuras dentro del orden establecido, y la imposibilidad de la práctica revolucionaria, aun cuando había más que bosquejado a propósito de Lenin una teoría de la coyuntura. Pero poco importaba, lo esencial era enviar a las gemonías a aquel individuo aislado que pretendía que Marx había fundamentado su pensamiento sobre el rechazo de todo fundamento filosófico en el hombre, en la naturaleza del hombre, aquel Marx que había escrito: «No parto del hombre, sino del

período histórico considerado», aquel Marx que había escrito: «La sociedad no se compone de individuos sino de relaciones», etc. Aislado. Lo estaba completamente en filosofía y en política, nadie, ni siquiera el Partido, que daba en un humanismo socialista beato, quería reconocer que el antihumanismo teórico era el único en autorizar un real humanismo práctico. La moda, reforzada si es posible por los equívocos izquierdistas de la prodigiosa revuelta de 1968, era propicia a las demagogias del corazón y lo vivido, y nada propicia a la teoría. Raros eran los que aceptaban comprender cuáles eran tanto mis objetivos como mis razones. Y cuando el Partido abandonó la dictadura del proletariado «como se abandona a un perro», nada cambió. Tuve contra mí no sólo la jauría que escribía contra Foucault y contra mí libros «para el hombre» (Mikel Dufrenne y otros), sino también a todos los ideólogos del Partido que no tenían ningún disimulo en desaprobarme y en no tolerarme más que porque no podían, vista mi notoriedad, excluirme. ¡Maravillosos tiempos! Había alcanzado al fin la cima de mi deseo: ¡tener razón solo y contra todos!

A decir verdad no estaba totalmente solo: tenía cierto consuelo con Lacan. Había hecho notar en una nota solapada en uno de mis artículos de la *Revue de l'Enseignement philosophique*, que, de la misma manera que Marx había rechazado el *homo oeconomicus*, Lacan había rechazado el *homo psychologicus* y había sacado con rigor sus consecuencias. Algunos días más tarde me llamó Lacan, y comimos juntos en muchas ocasiones. Naturalmente yo jugué con él una vez más al «padre del padre», en la medida en que él se encontraba en una situación difícil. Recuerdo su inenarrable puro en la boca y yo que le decía, a guisa de saludo: «¡Pero si lo ha torcido!». (Yo no, evidentemente.) En la conversación, a menudo me decía que peor que encargarse de

algunos de sus «analizantes» eran sobre todo sus mujeres, que a veces también tenía que analizar al mismo tiempo que al marido. Como le veía muy turbado desde la amenaza de su exclusión de la clínica de Sainte-Anne, le ofrecí la hospitalidad de la École. Y a partir de aquel día, durante años, el miércoles al mediodía, la calle de Ulm se veía atestada de caros automóviles ingleses que invadían todas las aceras, ante el gran escándalo de los habitantes del barrio. Nunca asistí a un seminario de Lacan. Hablaba ante una sala a tope llena de humo, lo que debió de provocar que más tarde perdiera su puesto, porque el humo invadía los preciosos anaqueles de la biblioteca situada exactamente encima y Lacan no pudo nunca, a pesar de las severas advertencias de Robert Flacelière, conseguir que sus oyentes se abstuvieran de fumar. Un día, exasperado por aquella humareda, Flacelière le notificó su despido. Por aquel entonces me encontraba lejos de la École, enfermo. Lacan llamó a mi casa e insistió durante más de una hora con Hélène para conseguir mi dirección. Incluso le dijo en un momento dado: «Pero me parece reconocer su voz, ¿quién es usted?». Hélène respondió: «Una amiga». Esto fue todo. Lacan tuvo que dejar la École, no sin grandes protestas.

No obstante, aunque ya no volviera a verle más (sencillamente ya no tenía necesidad de mí), Lacan me hacía desde lejos una especie de compañía. Incluso tuvimos ocasión de hablar a través de terceras personas.¹

Hacía mucho tiempo que alimentaba la idea de que siempre existen y por todas partes, como dice

1. Siguiendo intervenciones manuscritas que no parecen ser todas del propio Althusser, los tres párrafos siguientes han sido objeto de una elisión que no siempre es muy clara y compromete la legibilidad del texto. Cada vez que la comprensión del texto lo exigía, se ha mantenido pues la versión inicial del manuscrito. (N. del E.)

Marx, «falsos costes de producción» o «mermas», pérdidas sin razón ni apelación. Había encontrado la anticipación en Malebranche, cuando evoca «el mar, la arenilla y los grandes caminos» sobre los que cae la lluvia, sin ningún fin assignable. Meditaba entonces mi «historia» del filósofo materialista que «sube al tren en marcha» sin saber de dónde viene ni a dónde va. Y pensaba en las «cartas» que aunque bien franqueadas no llegan siempre a su destinatario. Ahora bien, leí un día de la pluma de Lacan que «una carta siempre llega a su destinatario». ¡Sorpresa! Pero el asunto se complicó con un joven médico hindú que siguió un corto análisis con Lacan y, al fin, osó hacerle la pregunta siguiente: «Usted dice que una carta llega siempre a su destinatario. Ahora bien, Althusser afirma lo contrario: sucede que una carta no llega a su destinatario. ¿Qué piensa usted de su tesis que él dice materialista?». Lacan reflexionó unos diez minutos cumplidos (¡diez minutos para él!) y respondió sencillamente: «Althusser no es un analista»: Comprendí que tenía razón: en realidad, en las relaciones de transferencia del tratamiento, el espacio afectivo se estructura de tal manera que no se encuentra ningún vacío allí y que en consecuencia todo mensaje inconsciente bien dirigido al inconsciente del otro, le llega necesariamente. No obstante, no me satisfacía completamente mi explicación: Lacan estaba en lo cierto, pero también yo, y sabía que no se merecía en absoluto ser tachado de idealismo, toda su concepción de la materialidad del significante lo atestiguaba. Fue entonces cuando entreví la salida. Lacan hablaba desde el punto de vista de la práctica analítica y yo desde el punto de vista de la práctica filosófica, dos terrenos distintos que no podía, si era consecuente con mi crítica del materialismo dialéctico clásico, colocar uno sobre el otro, ni el terreno filosófico sobre el terreno analítico ni viceversa, ni por tanto la práctica filosófica so-

bre una práctica científica y viceversa. Lo que nos daba la razón a los dos, pero ninguno de los dos había visto claramente el fondo de nuestra discrepancia. En cualquier caso, concebí aún más estima por la perspicacia de Lacan quien, a pesar del equívoco de alguna de sus palabras (la palabra vacía, la palabra plena del «Discurso de Roma») había tenido el reflejo, quizás no totalmente reflexionado, de notar la diferencia, y de «señalarla».

Aún tuve ocasión, muy al final (se estaba muriendo), de tener relación con Lacan. Fue durante su última aparición pública en el hotel PLM. Un amigo muy próximo —a quien no quise volver a ver después del escándalo de su comportamiento—, me había insistido para que asistiera a la sesión, «para apoyarlo». Ahora bien, aquel amigo ni apareció ni dijo palabra. Me había abandonado. Entré en el inmenso vestíbulo sin ninguna autorización. Una joven vino a preguntarme en nombre de quién había sido invitado, a lo que respondí: «En nombre del Espíritu Santo que es el otro nombre de la libido». Después, ostensiblemente, en la inmensa fila vacía que separaba al público silencioso, avancé con gran lentitud, la pipa en la boca. Me paré, y siempre con ademanes calculados, golpeé la pipa contra el tacón de mi botín, la llené y la encendí, después me dirigí hacia Lacan a quien le di un largo apretón de manos: estaba claramente al límite de sus fuerzas, después de haber leído su largo discurso. Manifesté en mi conducta todo el gran respeto que aquel gran anciano, vestido como un payaso con una americana de *tweed* en claroscuro a cuadros azules, me inspiraba. Seguidamente tomé la palabra «en nombre de los analizantes», reprochando vivamente a los asistentes que no hablaran. Surgió una voz indignada: «¿De qué diván habla este señor?». Continué imperturbablemente mi discurso. Ya he olvidado lo que dije, pero no he olvidado la sensación y los remoli-



nos silenciosos que provocó mi intervención. Quería continuar la discusión después de finalizar el discurso de Lacan, pero todos la evitaron.

Para decirlo todo, muy pronto me encontraría con Lacan en una situación dramática. Una mañana, bastante temprano, me llaman a la puerta de la École. Era Lacan, irreconocible, en un estado atroz. Apenas si me atrevo a contar lo que pasó. Venía para anunciarme, «antes de que me enterara por rumores que le implicaban personalmente a él, Lacan», el suicidio de Lucien Sebag a quien él analizaba, pero cuyo análisis había tenido que abandonar porque se había enamorado de su propia hija, Judith. Me dice que acaba de hacer «la ronda de París» para explicar la situación a todos los que pudo encontrar a fin de cortar de raíz todas las «acusaciones de asesinato o de negligencia por su parte». Totalmente enloquecido, me explica que no podía ya mantener a Sebag en análisis después de que se enamorara de Judith: «por razones técnicas, era imposible». Me cuenta que no obstante no ha dejado de ver a Sebag durante todo este tiempo cada día, y aún lo había visto la tarde del día anterior. Había asegurado a Sebag que respondería a su llamada a no importaba qué hora, que tenía un Mercedes super rápido. No obstante, Sebag se disparó una bala en la cabeza a medianoche, después consiguió rematarse con una segunda y última bala hacia las tres de la madrugada. Confieso que no supe qué decirle. No obstante quería preguntarle si no habría podido «intervenir» para poner a Sebag a salvo haciéndole hospitalizar. Me habría respondido quizás que no estaba en la «regla» analítica. En cualquier caso, ni una palabra sobre la protección de una hospitalización. Cuando se fue, seguía temblando constantemente. Me dejó a primeras horas de la mañana, para seguir su colecta de visitas. Muy a menudo me he preguntado que habría hecho en mi propio «caso» si hubiera sido uno de

sus pacientes, y si me habría dejado sin protección (yo quería matarme constantemente) para no infringir la menor «regla» analítica. Mi analista en otro tiempo había sido su más grande «esperanza», pero lo había dejado desde el momento en que se dio cuenta de que «Lacan era absolutamente incapaz de escuchar a los demás». Me preguntaba también qué habría hecho de Hélène, siempre en función de las famosas «reglas» que no estuvieron jamás en el espíritu de Freud ni de sus sucesores, de los imperativos sin recurso, simples «reglas» técnicas generales, este mismo Lacan que había aceptado en análisis a muchas mujeres de mis antiguos alumnos, pacientes suyos, como me había dicho él mismo en nuestro primer encuentro. Aquel incidente vertió sobre mí extrañas visiones sobre las terribles condiciones del análisis y sus famosas «reglas». Que se me perdone si es posible por haberlo contado fielmente, pero a través del malogrado Sebag a quien apreciaba mucho y de Judith, a quien conocía bastante bien (se casaría después con Jacques-Alain Miller, antiguo alumno mío), se trataba también de mí: «*De te fabula narratur*». Pero en aquella ocasión la «fabula» era una tragedia, no sólo para Sebag, sino en especial para Lacan, que sólo tenía entonces como preocupación manifiesta su reputación profesional y el escándalo que se cerniría sobre su persona. Que los analistas que mandaron en su momento una petición a *Le Monde* (no publicada) para denunciar «los métodos» de mi analista quieran pues encontrar aquí la declaración de mi testimonio.

Fue en aquellos años (1974) cuando tuve ocasión de viajar a Moscú para un congreso internacional de filosofía hegeliana. No aparecí por el congreso excepto para mi comunicación, que habían reservado para la sesión final en la inmensa sala de ceremonias. Hablé del joven Marx y de las razones profundas de su evolución. Al final de mi comunicación, de

la que la *Pravda* informaría... primero se hizo el silencio oficial, pero algunos estudiantes se quedaron en la sala y me hicieron preguntas: ¿qué es el proletariado? ¿qué es la lucha de clases? Manifiestamente, no comprendían lo que se habló. Me quedé atónito, pero debía comprenderlo fácilmente.

Lo comprendí porque, durante aquellos ocho días en los que no aparecí por el congreso, mi muy querido amigo Merab, un georgiano filósofo de talento que nunca habría querido abandonar la URSS como hizo su amigo Zinoviev («porque aquí por lo menos uno ve las cosas al desnudo, y sin maquillaje») me hizo conocer a un buen centenar de soviéticos de todas las condiciones, que me hablaron tanto de su país como de las condiciones materiales políticas e intelectuales de existencia, y comprendí una infinidad de cosas, que todo lo serio que he podido leer después sobre la URSS me han confirmado.

La URSS no es el país del que habitualmente se habla entre nosotros. Ciertamente, toda intervención pública en la vida política está prohibida y es peligrosa pero en cuanto al resto, ¡qué vida! Primero, es un inmenso país que ha resuelto el problema del analfabetismo y de la cultura en una escala desconocida, incluso entre nosotros. Luego, es un país en el que el derecho al trabajo está garantizado e incluso, por decirlo así, planificado y obligatorio: después de la supresión de la cartilla de trabajo, se constata una prodigiosa movilidad de los trabajadores. En fin, es un país en el que la clase obrera es tan fuerte que se hace respetar y donde la policía no interviene nunca en las fábricas; esta clase obrera que encuentra sus válvulas de escape en el alcohol y el trabajo de mercado negro, robando los bienes de equipamientos colectivos para trabajar para particulares. Un país siempre a dos niveles, trabajo sumergido en la industria, en la enseñanza, en la medicina y (oficializado) en la producción agrícola.

Supé luego, lo que entonces ignoraba, que ahora se forman equipos entre los trabajadores que venden muy caros sus servicios a las empresas, para recuperar el retraso del plan. No se puede imaginar esto entre nosotros, a pesar del trabajo sumergido, porque no son los «patronos» quienes dictan los precios, sino los equipos de amigos que se organizan para vender sus servicios a las empresas en retraso. Creo que K. S. Karol, quien conoce bien la URSS donde ha vivido muchos años en el curso de una asombrosa odisea que ha contado en su notable libro (*Solik: tribulations d'un jeune homme polonais dans la Russie en guerre*), tiene razón: con la emergencia de las nuevas generaciones ávidas de bienes de consumo, sobre el fondo de una culturización muy notable, y la base de un patriotismo nutrido de la memoria de los veinte millones de muertos de la gran guerra patriótica, a pesar de las prácticas carcelarias y psiquiátricas escandalosas, pero que en otra escala también tenemos en Francia (aunque por razones no siempre directamente políticas, pero ¿qué diferencia hay en el fondo?), pero sobre la base también de la destrucción total del campesinado, de su modo de vida tradicional e incluso de sus artimañas (¡los campesinos se enteran por la radio de cuándo deben sembrar y segar! ¡qué diferencia con China!), se pueden esperar paciente, pero razonablemente, lentos cambios en la URSS. Hay que dar su oportunidad a las jóvenes generaciones y a Gorbachov, que es el hombre adecuado, por primera vez en la historia de la URSS. Evidentemente, encontré en la URSS un verdadero desierto filosófico. Mis libros habían sido traducidos, como todo lo que aparece en el extranjero, pero colocados en el «triple infierno» de las bibliotecas, sólo para los altos especialistas políticamente seguros. Y cuando el decano de la facultad de Filosofía me acompañó al aeropuerto de Moscú, todo cuanto supo decirme fue: «¡Salude de mi parte a las francesitas de París!».

XVI

¿La política? Imagino que se espera que hable sobre este tema. En realidad, tendría infinitas cosas que decir, pero sería entrar en las anécdotas de la letra menuda: sin interés para la «genealogía» después de mis traumatismos de afectos psíquicos. ¿Anécdotas? Las hay por doquier para dar y tomar y en especial para tomar. No me interesan. He dicho, en efecto, que no quería recoger aquí de mi vida más que los acontecimientos o los recuerdos de acontecimientos que, habiéndome marcado, han contribuido sea a inaugurar la estructura de mi psiquismo, sea, en especial y aunque no *siempre*, en el *a posteriori* de interminables repeticiones para reforzarlo, o, en los conflictos de deseos para curvarlo en formas extrañas a las primeras, cuando menos en apariencia.

Aquí debo recordar al lector acontecimientos que ya conoce.

El Partido había jugado un gran papel en la resistencia contra los ocupantes nazis. Es incontestable que en junio de 1940, su dirección siguió una línea nefasta. La teoría de la III Internacional, que dirigía

en realidad, bajo la alta autoridad de Stalin, todos los partidos comunistas (y el propio Partido francés, «controlado» por el delegado de la Internacional, el checo Fried, hombre muy notable según parece, y a quien seguramente Thorez debe mucho), era que la guerra era una pura *guerra imperialista*, que oponía con fines puramente imperialistas a los franceses e ingleses contra los alemanes. Había que dejarles que se despellejaran mutuamente, la URSS esperaba para sacarles las castañas del fuego. Si había firmado los acuerdos germano-soviéticos, la razón era muy sencilla: mucho antes de Munich, las democracias occidentales remoloneaban para respetar su propia firma, evidentemente por miedo y fascinación ante Hitler y en virtud del famoso principio de «vale más Hitler que el Frente Popular», mejor el nazismo que el Frente Popular y *a fortiori* la revolución proletaria. Eso comprende la burguesía y todos tuvimos la prueba. La URSS había negociado de forma desesperada después de la primera gran derrota del movimiento obrero en España, donde había intervenido ampliamente (armas, aviones, brigadas internacionales) para obtener el acuerdo de las democracias occidentales. Pero ni Daladier ni Chamberlain habían tenido el «valor» de respetar simplemente sus compromisos políticos y militares formales: darían públicamente la prueba cuando el abandono de Checoslovaquia, los Sudetes primero, seguidamente todo el país. Y en aquel momento, ningún veto, como fue más tarde el caso de la Polonia fascista, les impedía intervenir.

La demostración es incontestable: los hechos se patentizan y ningún historiador, por poco serio que sea, los discute. A pesar de los hechos y a pesar de su profunda desconfianza fundada sobre estos hechos históricos, la URSS siguió intentando obtener de las democracias occidentales la constitución de un frente unido contra Hitler, cada vez más demente y ávi-

do de espacio vital, ante todo de las ricas llanuras de Ucrania. Evidentemente hacia el Este, muy lejos de Francia y de Inglaterra. Fue en estas condiciones, cuando el ataque hitleriano contra Polonia se hizo inminente, cuando la Polonia fascista de Pilsudski prohibió al Ejército Rojo el paso por sus tierras para entrar en contacto con la Wehrmacht, y cuando la URSS, ante la evidencia y la cobardía histórica de sus «aliados» occidentales, *debió resolverse* a una negociación de compromiso con el Reich de Hitler. Fueron los famosos acuerdos germano-soviéticos y el reparto de Polonia, inevitable: la URSS no podía abandonar *toda Polonia* a la ocupación hitleriana. Tuvo que avanzar su frontera lo más lejos posible, si era preciso aduciendo la razón histórica incontestable de reconquistar las tierras ruso-blancas cedidas a Polonia por el Tratado de Versalles, para encontrarse en posición de defensa avanzada ante la eventualidad de un ataque alemán.

Fue un período dramático para todos los militantes del movimiento comunista internacional y sus aliados. Por aquel tiempo hubo militantes que abandonaron el Partido como, en Francia, Paul Nizan y otros, y se les consideró, naturalmente, unos renegados (era la fórmula de la época). El Partido, mucho tiempo después, se lo hizo pagar caro a Rirette Nizan, a quien Hélène conocía bien, y a los hijos de Nizan, a quienes Thorez siempre se negó a recibir. ¡Menudas prácticas! Como muchos militantes, Hélène comprendió que la URSS ante la amenaza hitleriana y la «cobardía» política total de las democracias occidentales, no podía actuar de otra manera. ¿Qué otra cosa podía haber hecho? Que aquellos que tienen el valor de pretenderlo, se atrevan a decirlo.

Por tanto nos metimos en una extraña política, en la que la URSS *parecía no desmentir* las tesis nazis según las cuales el nazismo luchaba contra el «capitalismo internacional», cuando toda su política

anterior y constante, mucho antes de la guerra de España, probaba lo contrario. Pero por la razón que fuera, durante un tiempo decisivo, hubo la increíble confianza que Stalin mostró hacia Hitler. Pensaba profundamente que Hitler era sincero, que mantendría su palabra y no atacaría al país de los soviets. Hélène, que había mantenido muchos contactos y había examinado cuidadosamente todos los documentos y testimonios de la época, me llamó muy pronto la atención sobre este hecho sorprendente, entonces desconocido, pero que fue después ampliamente probado. Se sabe que, por numerosas vías, entre ellas Sorge y un buen número de espías soviéticos en el Japón, Stalin fue prevenido con mucha antelación del ataque inminente de los nazis. Se sabe que Roosevelt le advirtió. Se sabe incluso que un desertor alemán, un comunista, pasó las líneas para prevenir a los soviéticos del ataque alemán sobre la URSS para el día siguiente mismo a las quince horas. Inmediatamente fue ejecutado. Se sabe que, durante las largas semanas de los ataques aéreos nazis, Stalin dio la orden *de no responder!*, pensando que se trataba o de un error (*sic*) o de una simple maniobra militar pacífica. Se sabe todo esto ahora con mucha claridad. Siguiéron las catástrofes que ya sabemos.

En los partidos occidentales, la confusión fue total. En Francia, la Internacional había conseguido hacer «desertar» a Maurice Thorez que se negaba ferozmente: era una orden y eso no se discutía. Debería pasar toda la guerra en un minúsculo pueblo del Cáucaso, con un aparato de radio inservible, aislado de todo y en particular de Francia. En Francia, fue Duclos quien tomó la dirección del Partido clandestino (cuyos diputados habían sido arrestados entre 1939 y 1940). Empezó por aplicar la teoría de la *guerra imperialista*, sin discernir que era al mismo tiempo una «guerra de liberación» (tesis que sólo se

admitió más tarde). En consecuencia, se dieron órdenes después de la derrota no sólo para entrar en contacto con las autoridades alemanas de ocupación y para la aparición de *l'Humanité*, de lo que se ocupó Marcel Cachin, sino, lo que fue infinitamente más grave, que la dirección clandestina del Partido ordenó sin apelación a sus militantes responsables y en especial a los conocidos por las masas obreras y populares, responsables sindicales y políticos, alcaldes, etc., salir a pleno día, y celebrar mítines. Increíble decisión que tuvo sencillamente el resultado siguiente: los grandes militantes del Partido, como Hénaff, Timbaud, Michels y otros, fueron localizados por los alemanes, que les arrestaron y les embarcaron hacia Châteaubriant donde les fusilarían más tarde. Fue así como los grandes amigos de Hélène desaparecieron y fueron asesinados.

Pero durante aquel tiempo, un buen número de militantes que no tenían contacto con el Partido organizaron por su cuenta, en su rincón, la resistencia popular, mucho antes del Llamamiento del 18 de junio. Daré un solo ejemplo, el de Charles Tillon, a quien Hélène y yo conocimos muy íntimamente gracias a Marcel Cornu. No sólo organizó en el Midi una primera red de resistencia, sino que cuando le llegó la orden de la dirección clandestina del Partido de alinearse en la línea oficial del «pacifismo militante», se negó en redondo a someterse y estuvo muy lejos de ser el único en aquella actitud entre los comunistas franceses. Los anticomunistas declarados no quieren saber nada de estos hechos verídicos.

Desde diciembre de 1941 la Internacional había rectificado su línea: la guerra no era sólo una guerra interimperialista, sino también y al mismo tiempo una «guerra de liberación». Y todo el Partido entró en masa en la Resistencia, en esta ocasión oficialmente, y le consagró todas sus fuerzas.

Cuando pienso en los ataques políticos que se diri-

gieron contra el Partido, incluso en la época de la ocupación alemana (conservo un volumen enorme de documentos de esta naturaleza) o después e incluso ahora, por parte de hombres que habían estado orgánica y visceralmente unidos a las posiciones derrotistas de la burguesía francesa (incluso si individualmente siguieron siendo patriotas), es para alucinar. Es aquí cuando tienen sentido las palabras de Mauriac hablando de «la clase obrera que fue la única que, en tanto que *clase*, siguió fiel a la patria profanada». Porque la historia se decide no por la posición de tal individuo sino por los enfrentamientos de clase y las posiciones de clases.

Toda la posguerra, de 1945 a 1947, se vio marcada por las consecuencias de aquellos acontecimientos tan graves. De Gaulle estaba en el poder con ministros comunistas en el gobierno. Era necesario reconstruir el país y saber, si era preciso, «acabar una huelga». Pero los ministros comunistas fueron despedidos por el socialista Ramadier bajo la presión directa de los norteamericanos, y el Partido entró en una lucha muy dura. Como por azar, fue el momento que elegí para adherirme al Partido.

No había que andarse con chiquitas, tan violento era el ataque anticomunista y la guerra amenazadora. Por entonces la URSS no tenía la bomba atómica que había destrozado a Japón. Era necesario movilizar amplias masas populares sobre el Manifiesto de Estocolmo.

Toda la urgencia llevaba a esta lucha. Las cuestiones internas del Partido ni siquiera se planteaban. Salido victorioso de la prueba de la Resistencia, reforzado en sus tradiciones y principios que habían resistido todas las pruebas, ni por un instante el Partido parecía que pudiera ser, por ninguna razón, distinto a lo que era. Muy al contrario, su dirección fue «más papista que el papa», es decir que Stalin (quien más tarde rectificaría su vocabulario) mante-

niendo con violencia y públicamente la tesis de las «dos ciencias», la burguesa y la proletaria. Fueron necesarias innumerables confrontaciones internacionales (Berlín, Budapest, Praga, etc.) para que algo empezara a moverse ligeramente en el interior mismo del Partido, pero en qué escasa medida y al final de qué demora interminable. A nadie se le ocurría entonces (excepto a individuos como Boris Souvarine, pero ¿qué público tenían?) la idea de que este Partido, construido sobre los principios leninistas del *¿Qué hacer?*, es decir de la *clandestinidad*, aquella clandestinidad que había ejercido victoriosamente dentro de la Resistencia, podía o debía darse a sí mismo otra forma de organización ahora que la clandestinidad había desaparecido.

Por esta razón no existía entonces objetivamente *ninguna otra forma de intervención política posible dentro del Partido excepto la puramente teórica*, y aún, apoyándose en la teoría existente o reconocida para darle la vuelta contra el uso que el Partido hacía de ella. Y puesto que la teoría reconocida no tenía nada que ver con Marx, sino que se alineaba con las peligrosas tonterías del materialismo dialéctico a la manera soviética, es decir a la manera de Stalin, era necesario, y era la única vía posible, volver a Marx, a aquel pensamiento político incontestablemente admitido, porque era *sagrado*, y demostrar que el materialismo dialéctico como lo entendía Stalin, con todas sus consecuencias teóricas, filosóficas, ideológicas y políticas, era una aberración total. Es lo que intenté hacer en mis artículos en *La Pensée*, recogidos seguidamente en *La revolución teórica de Marx*, y con mis alumnos de la Normale en *Para leer «El Capital»*, que aparecieron, lo recuerdo, en octubre de 1965. Después no he dejado de seguir la misma línea de lucha, primero teórica, después directamente política en el interior del Partido, hasta el análisis que hice de su increíble funcionamiento in-

terno (*Ce qui ne peut plus durer dans le PCF*, 1978). Luego acaeció el drama. Después no he vuelto a tomar cartas en el asunto. Soy un «comunista sin partido» (Lenin).

Es sabido que siempre he proclamado que no pretendía nada excepto «intervenir en filosofía dentro de la política y en la política dentro de la filosofía». En realidad se podría encontrar, respecto a la política, a mi acción y a mi experiencia, la actuación exacta de mis fantasmas personales: soledad, responsabilidad, dominio.

Y la verdad es que estuve muy solo, aunque ayudado por mis amigos que en un principio se contaban con los dedos de una mano en el seno del Partido, en una empresa teórica de oposición, antes de pasar abiertamente a una actitud de oposición y de crítica políticas. La verdad es que el fantasma de sustentar la verdad sobre el Partido y las prácticas de sus dirigentes me indujo en numerosas circunstancias a interpretar el papel del «padre del padre». Por ejemplo dando lecciones con arrogancia a los estudiantes de 1964 en un artículo de *La Nouvelle Critique*. Hay que decir que yo mismo me dejaba intimidar por los riesgos de mi actitud y los ataques de que era objeto por parte de los dirigentes del PC que habían visto clara mi estrategia. Aquel texto, sin embargo, que ofrecía la ventaja estratégica de hacer pasar el «deber» respecto a la teoría marxista de todo comunista por delante de la obediencia al Partido —un punto que parece haber escapado a Rancière pero no a numerosos lectores, por ejemplo los estudiantes griegos, entre otros, que le atribuyeron un gran valor político, evidentemente, en su situación— me horrorizó en seguida y me guardé de recogerlo en *La revolución teórica de Marx*, en 1965. (Cuando Rancière me criticó violentamente en *La Leçon d'Althusser*, puso todo el peso de su demostración en el texto de aquel artículo, como si no lo hu-

biera eliminado de *La revolución teórica de Marx*, y es en el fondo el único reproche serio que le hice.) Por ejemplo, al aplastar en dos largos artículos en *France-Nouvelle* al desgraciado David Kaisergruber («Sobre un error político») al tomar contra él la defensa de los maestros auxiliares, «estos proletarios de la enseñanza pública». Por ejemplo, cuando mis encuentros con Henri Krasucki, entonces «responsable para los intelectuales», que reiteró sus reticencias insistentes (¡Ah! si no tuviéramos frente a nosotros a dos hombres, Aragon y Garaudy, que se apoyan y a quienes Thorez apoya, ¡qué no podríamos hacer!). Me quedé atónito al oír de su boca que dos militantes eran suficientes para paralizar todas las iniciativas del Partido en el terreno intelectual, y se lo reproché. Pero no replicó. Aún me decepcionó más porque había concebido inmensas esperanzas de poder encontrar a la cabeza de los intelectuales a un verdadero proletario, dirigente además de la CGT. Por anticipado supe que me notificaría que con toda certeza las Éditions du Parti no publicarían mis dos libros (*La revolución teórica de Marx* y *Para leer «El Capital»*) y que incluso sería prohibida la aparición del prólogo de *La revolución teórica de Marx*, que Jacques Arnault, valiente y clarividente, me había formalmente prometido que aparecería en *La Nouvelle Critique*, que él dirigía entonces. No habían tocado a su fin mis decepciones.

Más tarde, cuando me encontré cara a cara con Waldeck Rochet en su pequeño despacho, lleno de buenos sentimientos respecto a él, un hombre que, a los quince años de edad, siendo obrero agrícola, había encontrado el tiempo y el gusto para leer a Spinoza, interpreté una vez más, pero con delicadeza, el mismo papel de «padre del padre». Hablamos del humanismo (yo había defendido en numerosas ocasiones la tesis del antihumanismo teórico de Marx), y le hice la pregunta: «¿Qué piensan los obre-

ros del humanismo?». «¡Pasan!» «¿Y los campesinos?» «¡Pasan!» Pero, entonces, ¿por qué esos discursos sobre el humanismo marxista dentro del Partido?» «Ya ves, hay que hablar el lenguaje de todos, todos esos intelectuales, todos esos socialistas...» Me quedé de piedra. Y mucho más de piedra aún cuando oí a Waldeck murmurar con su voz tranquila: «Hay que hacer algo para ellos, si no se irán todos». Me quedé tan helado que ni siquiera me atreví a hacerle la pregunta: ¿pero quiénes son estos «ellos»?

Mucho más tarde, cuando me entrevisté con Marchais durante tres largas horas, en Colonel-Fabien, me lo tomé aún con más arrogancia, y vacié mi saco de todo lo que reprochaba de las prácticas del Partido, apoyándome en un montón de detalles. Durante tres horas enteras, flanqueado por Jacques Chabaz, Marchais me escuchó sin decir casi ni una palabra y sin contradecirme nunca. Parecía muy atento y admiré al menos el deseo que manifestaba de saber: me habían dicho que formaba parte de su carácter. Y no hablo de mis encuentros con Roland Leroy, que se hacía el seductor y el liberal cuando en el fondo era algo muy distinto, un doctrinario; ni de aquel desatino que hice en compañía suya en el curso de una Fiesta de l'Huma, en la que me encontré a Benoît Frachon, bastante envejecido, y a Aragon, a quien le hice una escena infernal de agresión y de insultos (ya se verá por qué), y no pude dejar de interpretar el papel de protagonista en el curso de una discusión pública, en la que lamentaré hasta el fin de mis días haberme dejado llevar a cuestionar políticamente al desgraciado Pierre Daix, que nunca me perdonaría aquella intervención estalinista, la única de mi historial político. ¿Es necesario añadir que no era yo quien había solicitado aquellos encuentros «en la cima», sino que los dirigentes del Partido me habían invitado personalmente, deseosos de saber quién podía ser y qué podía pasarme por la cabeza?

Porque mis intervenciones en *La Nouvelle Critique* y en *La Pensée* (donde Marcel Cornu me protegía abiertamente) habían producido efectos políticos, en particular entre los «normaliens» que habían inaugurado nuevos métodos de formación y de acción dentro del Sindicato de las Juventudes Comunistas, en el que desbordaron a los dirigentes (Jean Cathala) antes de abandonarlo para formar el Sindicato de las Juventudes comunistas Marxistas-Leninistas (UJCML), que debía, antes de 1968, desarrollar una gran actividad bajo la dirección de Robert Linhart, uno de los «normaliens» a quien Hélène quería mucho.

Resulta demasiado claro que de esta manera realizaba dentro del Partido mi deseo de iniciativa propia, mi deseo de oposición feroz a la dirección y al aparato, pero en el seno del Partido mismo, es decir bajo su protección. De hecho nunca me coloqué, salvo quizás hacia 1978, y ni siquiera, en la posición de correr verdaderamente el riesgo de ser expulsado. Incluso Roger Garaudy, quien después de Argenteuil, donde a propósito de problemas culturales, no se había hablado más que de él y de mí, y que a la mañana siguiente me mandó un telegrama: «Has perdido, ven a verme», no me hizo ceder. Nunca me encontré con él, nunca le vi. Sin duda, además de la fuerza de nuestras divergencias, me sentía lo bastante seguro en mis argumentaciones y con la protección del Partido como para mandar al cuerno al «vencedor» de Argenteuil.

Pero bajo la especie de esta viva oposición, desarrollada con las garantías de una protección cuyos límites de tolerancia nunca infringí, lo que realizaba con toda seguridad, ante todo, eran mis propios deseos, largamente reprimidos o censurados por los míos, los deseos que había comenzado a vivir durante mi estancia en la escuela de Larochemillay, que había reencontrado durante el servicio militar y fi-

nalmente en el cautiverio. El deseo de participar en el mundo real, en el mundo de los hombres en toda su diversidad, y en especial el deseo de fraternizar con los más desamparados y también los más sinceros, los más límpidos y los más honrados de los hombres. En pocas palabras, el deseo de tener un mundo propio, que fuera el verdadero mundo, el de la lucha (acabé por recibir, a duras penas de valor, auténticos porrazos en las manifestaciones, como la terrorífica manifestación contra Ridgway, en la que con el mayor entusiasmo nos reunimos con los obreros de la Renault, guasones y armados de pequeñas pancartas de chapa cortante que hacían maravillas en los enfrentamientos...). Aquella comunidad de acción y de lucha, conmigo perdido entre las inmensas multitudes (desfiles, mítines), finalmente había encontrado mi camino. Mis fantasmas de soberanía estaban entonces muy lejos de mí.

No obstante, en alguna circunstancias, una dramática, las otras más bien cómicas, tuve que enfrentarme directamente con el *aparato represivo del Partido*. No es sólo el Estado el que posee un aparato represivo: todo aparato ideológico, cualquiera que sea, dispone de él. Si relato estos episodios, es siempre por la misma razón: ver con claridad en mí.¹

Entré pues en el Partido en 1948. Era la época del Manifiesto de Estocolmo. Subía y bajaba centenares de escaleras en los inmuebles pobres del barrio de la estación de Austerlitz. El famoso puerta a puerta. Me abrían con frecuencia, pero casi siempre se negaban a firmar la petición que les alargaba. Un día en que una mujer joven y bella, en bata (sus senos...) me había abierto con una sonrisa y se había negado

1. Aquí hemos suprimido una frase que servía de nexo en una primera versión del capítulo, pero que el autor había olvidado suprimir después de haber modificado la disposición de los párrafos. (N. del E.)

a firmar con cara seria, cuando volvía a bajar las escaleras, le oí hablar. Me llamaba para decirme: «A fin de cuentas usted es joven y guapo, no sé por qué iba a darle un disgusto». Y firmó. La dejé con sentimientos confusos.

Era la época en que quería (una vez más, pero nunca he dejado de quererlo y de hacer todo por conseguirlo... ¿qué es lo que no he hecho, hasta su muerte?) «salvar» a Hélène de su desesperación, del abandono en que la sumió el Partido y de su soledad. No podía, en mi ingenuidad, concebir que el Partido o sus organizaciones pudieran pasarse sin los servicios de una mujer tan inteligente, tan política, de una militante tan extraordinaria. Como sabía por ella que conocía a Paul Eluard, conseguí sin decirle nada y no sé por medio de qué complicada combinación, que me recibiera.

Una joven completamente desnuda dormía en el diván de la sala. Empecé por tutear a Eluard (entre camaradas...) lo que no pareció gustarle. Defendí la causa de Hélène con detalles y pasión. ¿No podía intervenir para que le permitieran militar en las filas de mujeres francesas? Se contentó con responderme: «Hélène es una mujer muy notable, la conozco bien, pero siempre tiene necesidad de que se la ayude». La entrevista había terminado. Decididamente, no todos los comunistas eran unos Courrèges.

Hélène había acabado por militar conmigo en el Consejo municipal del Movimiento de la Paz, en el distrito quinto. Todo parecía marchar sin problemas, se hacía amigos y yo era feliz por ella. Pero un día en el que se encontraba en la sede del Movimiento, en la calle de las Pyramides, para recoger unos carteles, un cuadro poco importante del Partido que la había visto en Lyon la reconoció. Lo informó en la dirección del Consejo del distrito quinto y, sin duda, a Farge, y se desencadenó el más odioso proceso que imaginarse pueda.

Aquel militante permanente contó que en Lyon, «todo el mundo lo sabía», Hélène, de apellido Rytman, pero conocida por Sabine, y hoy Legotien (Hélène, por odio a su apellido, había adoptado por el deseo del padre Larue el apellido de uno de los primeros jesuitas que visitaron China), era agente a la vez del Intelligence Service y de la Gestapo (*sic*). Efectivamente, rumores de ese tipo habían corrido por Lyon, cuyo origen hay que contar. Hélène estaba por aquel entonces muy unida a los Aragon y, durante el período de la Resistencia, les llevaba a menudo desde Suiza productos que no se encontraban en Francia, en particular medias de seda para Elsa. Ahora bien, pasó que un día las medias que llevó para Elsa no correspondían al color o la finura deseada por aquella exigente persona. Aragon se enfureció mucho y rompió con Hélène. ¡Y empezó a hablar de ella como de una agente del Intelligence Service! Por añadidura, cuando tuvieron lugar en Lyon los combates para su liberación, Hélène tenía un cuerpo franco bajo sus órdenes, chicos que no se andaban con tonterías. Se apoderaron de un alto responsable de la Gestapo, al que encerraron en los sótanos de su inmueble, le torturaron y después le ejecutaron sumariamente. Ahora bien, Hélène había dado órdenes estrictas: primero, tratarle bien como a todos los prisioneros, después cuidar de conservarlo vivo para poderlo interrogar a fin de sacar de él la máxima información útil para la Resistencia y para el recién creado ejército de los FFI. Los muchachos del cuerpo franco habían pasado por alto sus órdenes formales. La noticia de aquella ejecución se extendió por Lyon y llegó a los oídos del círculo del cardenal Gerlier, cuya actitud había sido más bien dudosa durante la ocupación. Uno de sus próximos, al que el militante comunista describía como un «curazo», pidió cuentas a Hélène y se extendió en comentarios sobre los métodos de tortura que «im-

ponía» a los prisioneros de los cuerpos francos. Todo mentiras evidentemente, pero «servían» de coartada para la mala conciencia de los próximos a Gerlier. Ya no sé cómo acabó pero Hélène pasó a ser según el rumor un agente de la Gestapo. ¡Ya que estaban en esas!

Las «revelaciones» del militante permanente del Partido hicieron el efecto de una bomba, y en cualquier caso proporcionaron la ocasión soñada para un ajuste de cuentas público. Se sabe que Hélène, miembro del Partido desde 1930, no había podido encontrar el contacto con éste durante la guerra, y que el Partido no había querido recibirla después de la guerra. Apareció entonces la pasmosa historia siguiente: seguramente Hélène había sido expulsada del Partido en 1939, en el momento del pacto germano-soviético, pero como el único que podía atestiguarlo era un tal Vital Gaymann, convertido después en un renegado, el Partido no podía ensuciarse interrogándole sobre aquel pasado. Mientras tanto, el Partido consideraba a Hélène altamente sospechosa: de haber sido expulsada en 1939.

Las «revelaciones» del militante liberado, junto a las dudas del Partido, provocaron un auténtico proceso que llevó a cabo la dirección del Consejo municipal. Sin duda siguiendo las órdenes del Partido. El proceso duró una semana entera, en la que se profirieron las más graves acusaciones contra Hélène. Por mucho que consiguiera (y a qué precio) que atestiguaran dos de sus camaradas de la Resistencia, nada importó. El Consejo redactó una resolución concluyente, después de todos los considerandos deseables, para su expulsión del Consejo municipal (nada de este tipo estaba no obstante previsto en sus estatutos, ni siquiera su erección en tribunal). Recuerdo aún la alta silueta de Jean Dresch, que escuchaba sin decir nada. Yo había peleado como un león cuando en los considerandos había sido cues-

tión del «curazo». Los dirigentes del Consejo querían a cualquier precio hablar de un simple «sacerdote» («para no herir a los católicos»). Fue el único punto que conseguí salvar. Cuando llegó el momento de la votación, se levantaron todas las manos (Dresch no estaba allí) y vi, para mi vergüenza y estupefacción que se levantaba mi propia mano: lo sabía desde hacía tiempo, yo era un perfecto cobarde.

El Partido me convocó y el secretario «de organización», Marcel Auguet, me intimó la orden de romper con Hélène. Bajo el impulso del secretario de célula de la École, Emmanuel Le Roy Ladurie (que tiene la honradez de explicar este punto en su libro *De Montpellier à Paris*, y en especial tuvo la honradez de excusarse ante la propia Hélène la primera vez que se la encontró... y quiero precisar muy bien que fue el solo y *único* de toda aquella siniestra banda que pidiera excusas o hiciera el menor gesto), la célula veló por su ejecución. Pero lo más claro de aquella «vigilancia» es que se hizo alrededor de nosotros el vacío *absoluto*: en la calle todos los camaradas nos evitaban. El único punto en el orden del día de la célula era: «salvar a Althusser».

Naturalmente, no obedecí. Hélène y yo nos fuimos muy pronto a refugiarnos en otra soledad, la de Cassis donde, si bien no teníamos amigos, por lo menos nadie nos evitaba; luego, estaban el consuelo y la paz del viento y del mar. Hélène era de un valor admirable. Me repetía: «La historia me dará la razón». No importa, habíamos vivido un verdadero proceso de Moscú en pleno París, y más adelante pensé a menudo que si hubiéramos estado en la URSS de la época, habríamos acabado con una bala en la nuca.

Esto me dio evidentemente sobre el Partido, sus directivos y sus métodos de acción una visión singularmente realista. Se añadía a otra experiencia por la que había pasado poco después de mi adhesión. Por entonces había arrastrado a la célula a fundar

un Círculo Politzer para la École en el que queríamos invitar a grandes líderes sindicales y políticos para que nos hablaran de la historia del movimiento obrero: así escuchamos a Benoît Frachon, Henri Monmousseau, André Marty y otros. Pero, prudentes y disciplinados, convinimos en solicitar la aprobación de Casanova, entonces encargado de los «intelectuales». Fui a verle en compañía de Desanti quien, siendo corso, tenía influencia con Laurent y le seguía, que me perdona, en su política como un perrito. Aguardamos una hora cumplida en su sala de espera, separada de su despacho por un débil tabique de madera. Una hora de gritos, insultos y broncas inauditas; sólo se oía la voz de Casanova dirigiéndose a un interlocutor prácticamente mudo. Se trataba de la ciencia proletaria, la consigna de la época. Oímos propuestas inconcebibles, comprendidas las de $2 + 2 = 4$. Parece que era «burgués». Al final salió un hombre, anonadado: Desanti me dijo su nombre, Marcel Prenant. Entramos en el despacho de Casa quien retomó delante de nosotros la demostración furibunda que acababa de dirigir a Prenant y, cuando se calmó, leyó mi programa y nos dio su aprobación. ¡Menuda lección!

Lo más sorprendente es que este género de accidente, en especial el más horrible, el primero, no me hundió en ninguna depresión. Me sentía anonadado, pero indignado, y aquella indignación me mantenía sin duda en vida, con el ejemplo extraordinario del valor de Hélène. Me convertía en un hombre.

Fue sin duda en aquellas primeras pruebas donde encontré la fuerza para realizar dentro del Partido mismo mi propio deseo de resistir y de luchar, como lo hice constantemente a partir de entonces. Por fin había encontrado mi terreno de elección, pero como seguía en el Partido, mi lucha se desarrollaba, como ya he dicho, bajo la protección misma del Partido. Me atacaron duramente sin cesar, pero me to-

leraron, sin duda por cálculo y a causa de la audiencia que mis intervenciones teóricas me habían valido. La verdad es que encontraba ventajas para mí en aquella situación que combinaba a la vez un deseo de protección hasta entonces inexpugnable, y mi deseo de existir al fin dentro de una lucha que hasta entonces no había ejercido más que por artificios. En esta ocasión, era en serio. Lo fue, y cada vez más, hasta 1980, año del drama.

XVII

Ahora que he contado por qué lejanas vías de acceso llegué a Marx o me «conforté» con su pensamiento, y como me he explicado ya respecto a toda la historia de mi relación con Marx tanto en *La revolución teórica de Marx* (en especial en el prólogo) como en la «Defensa de Amiens» puedo ser más sucinto.

Puedo decirlo con propiedad, fue en gran parte *a través de las organizaciones católicas de Acción Católica como entré en contacto con la lucha de clases y en consecuencia con el marxismo*. ¿No he indicado ya la sorprendente astucia de la historia que, por el sesgo del planteamiento de la «cuestión social» y de la «política social de la Iglesia», inició en el socialismo incluso a innumerables hijos de la burguesía, y de la pequeña burguesía (incluidos campesinos en las Juventudes Agrícolas Cristianas), por el pánico de verlos pasarse al «socialismo»? En realidad, la Iglesia, sus encíclicas y sus curas formaron a sus propios militantes en la existencia de una cierta «cuestión social» que la mayoría de nosotros ignorábamos *completamente*. Naturalmente, una vez fueron reconocidas la «cuestión social» y la proposición de sus

ridículos remedios, se necesitó poca cosa, por ejemplo en mi caso solamente la visión política profunda del «tío Hours», para ir a ver qué pasaba «detrás» de las nebulosas fórmulas de la Iglesia católica y adherirse rápidamente al marxismo, incluso antes de entrar en el Partido Comunista. Ésa fue la vía de decenas de millares de militantes de las Juventudes Estudiantiles, obreras y agrícolas cristianas (JEC, JOC, JAC) a las que descubrieron cuadros de la CGT o del Partido —la mayor parte del tiempo a través de la Resistencia—. Hoy, se pueden esperar resultados más importantes del movimiento de masas que sostiene la teología de la Liberación.

Pero mantuve mi «fe» durante mucho tiempo, hasta 1947 más o menos. La verdad es que había sido fuertemente quebrantada en el cautiverio ante la visión como en un relámpago, que me había conmovido durante un «viaje en camioneta» con Daël hacia las unidades de campaña, de una chica muy joven sentada en los peldaños de una escalera, con las *rodillas apretadas* y que, en su silencio, me pareció increíblemente bella. Sin embargo, pensé un instante que aquellas «rodillas apretadas» me recordaban un sorprendente curso de Henri Guillemin, nuestro profesor de francés en Lyon, que nos dio durante quince días en 1936. Nos hacía leer *Atala*, y como pasábamos demasiado deprisa para su gusto sobre la descripción del cadáver de la bella joven y en especial la «modestia de sus rodillas apretadas», se enfureció, nos trató de «capullos» y finalmente, puesto que nadie se atrevía a pronunciarse con una explicación, literalmente nos gritó: «¡Pero si tiene las rodillas apretadas es que nadie le ha separado las piernas para joderla! Es virgen, ¿no? Después de la primera violación, ¡las rodillas se abren!». Esta «salida» supuestamente explicativa me dejó, lo confieso, muy pensativo. En cualquier caso, es posible que entre aquellas rodillas de la pretendida virgini-

dad según Guillemin y las rodillas apretadas de la joven y bella alemana entrevista, haya existido cierta relación de afecto. Por otra parte, en la *khâgne* de Lyon, me había perturbado durante mucho tiempo una ilustración de un manual de historia de la literatura latina que representaba a unas bailarinas desnudas y lascivas esculpidas en el bronce de un bajorrelieve alejandrino. Me «emocionó» físicamente hasta tal punto que se lo confié al padre Varillon. Me hizo un «discurso» sobre el arte y la sublimación. De acuerdo.

Fuera lo que fuera, tuve muy claramente la *sensación* de que dejaba de ser creyente en función de una incompatibilidad impresionante entre mi fe y mis deseos sexuales (lo recuerdo otra vez: sin consecuencias).

No obstante seguí siendo creyente hasta 1947 más o menos, hasta el momento en que, con Maurice Caveing, François Ricci y otros, nos montamos nuestro tinglado de sindicato ilegal que luchaba para obtener reconocimiento legal (situación que no dejaba de relacionarse con mi antiguo problema de evasión: cómo salir del campo permaneciendo allí; pero esta vez era *al revés* y en serio). Con Hélène frecuentaba, no sé cómo lo hice, al «bueno del padre Montuclard» y las Juventudes de la Iglesia en el Petit-Clamart. Decía a quien quisiera escuchar: «El ateísmo es la forma moderna de la religión cristiana». Aquella frase tuvo mucho éxito en nuestro grupo. Escribí en la revista del grupo un largo artículo sobre el estado de la Iglesia que aún hoy los teólogos de la Liberación me hacen el honor de citar. Todo el cristianismo se resumía para mí en Cristo, en su «mensaje» evangélico y en su papel revolucionario. Contra Sartre, que se pirraba por las «mediaciones», sostenía que toda mediación o bien es nula o bien es la misma cosa por el efecto de una simple reflexión aunque sea poco rigurosa. Si Cristo era el mediador

o la mediación, no era la mediación más que de la nada, por tanto *Dios no existía*, etc. El padre Breton me ha dicho que esas fórmulas tienen todo un pasado en la teología negativa y en los místicos.

Llegué al comunismo, pues, por Courrèges y por mis antiguos lioneses de la Resistencia (Lesèvre, etc.) y naturalmente por toda la dramática experiencia de Hélène, que no contradijo en nada mi experiencia anterior, pero que no la precipitó en absoluto.

Como había sido muy creyente, me interesé muy pronto por Feuerbach y por *La esencia del cristianismo*. Durante años me dediqué a traducirlo: un largo trabajo del que sólo publiqué la décima parte, porque Feuerbach es un hombre que no cesa de repetirse. Me abrió mucho los ojos sobre los textos de juventud de Marx, de lo que muy pronto haría toda una historia.

Sorprendente Feuerbach, aquel gran ignorado, que no obstante está en el origen real de la fenomenología (su teoría de la intencionalidad de la relación sujeto-objeto), de ciertas opiniones de Nietzsche y de Jacob von Uexküll, aquel extraordinario biólogo filósofo, muy apreciado por Canguilhem, que retomó de Feuerbach el concepto de *Welt* como *Lebenswelt*, etc. Debo infinitamente a su lectura atenta. Naturalmente, leía las obras de juventud de Marx, pero comprendí muy pronto: aquellas maravillas de las que se hacía entonces el pensamiento originario y por tanto definitivo de Marx, eran completamente *feuerbachianas*, hasta la «ruptura de nuestra conciencia filosófica de antaño» que anuncia con cierta rapidez *La ideología alemana*, pero de la que no obstante saca un cierto número de consecuencias revolucionarias sobre el modo de producción y los elementos de su «combinación». Esto no lo encontramos ni en Feuerbach ni tampoco en Hegel. Después de lo cual avancé penosamente en

Marx. Había hecho una salida pública con el «Joven Marx» y con los *Manuscritos del 44* en *La Pensée*, donde anunciaba el tema del antihumanismo teórico de Marx. Me dediqué al sorprendente manuscrito de 1858 (primera *Crítica de la economía política*) donde encontramos esta fórmula impresionante: «No es la anatomía del mono la que explica la del hombre, sino la anatomía del hombre la que explica la del mono». Sorprendente por dos razones: porque niega antes de su aparición todo sentido teleológico a una concepción evolucionista de la historia, y porque es propiamente, bajo otras especies evidentemente, la anticipación de la teoría freudiana de la *retroactividad*: el sentido de un afecto anterior se da sólo dentro y a través de un afecto posterior que a la vez le señala como habiendo existido retrospectivamente y le otorga su propio sentido posterior. Más tarde volvería a encontrar el mismo pensamiento en Canguilhem, a propósito de su muy vigorosa crítica del *precursor*.¹

Como ya he dicho, no leí *El Capital* hasta los años 1964 y 1965, en el curso del seminario que desembarcaba en *Para leer «El Capital»*. Fueron Pierre Macherey, Étienne Balibar y François Regnault, si no olvidado a nadie, quienes, en enero de 1963, vinieron a mi despacho para que les ayudara a leer las obras de juventud de Marx. No fui yo pues quien tomó la iniciativa de hablar de Marx en la École, sino que me vi empujado por la invitación de algunos «normaliens». Aquella primera colaboración hizo nacer el Seminario de 1964-1965. En junio de 1964 organizamos el Seminario: Balibar, Macherey, Regnault, Duroux, Miller, Rancière, etc., estaban allí. Quien

1. Siguiendo intervenciones manuscritas que no parecen todas de Althusser, los dos párrafos siguientes han sido objeto de una elisión que no es siempre muy clara y compromete la lectura del texto. Cada vez que lo exigía la comprensión del texto, hemos mantenido pues la versión inicial del manuscrito. (*N. del E.*)

tenía las ideas más meditadas sobre el tema era Miller. Pero desapareció totalmente durante el curso, viviendo en una especie de pabellón de caza de Rambouillet con una chica que, según decía él, «producía por lo menos un concepto teórico cada semana». En cualquier caso, acababa de inventar uno cuando le hice, pasando cerca de allí con Hélène, una breve visita a Miller.

Trabajamos sobre el texto de *El Capital* durante todo el verano de 1965. Y al principio de curso fue Rancière quien, para nuestro alivio, aceptó estrenar las sesiones. Habló en tres ocasiones durante dos horas con una precisión y un rigor extremos. Aún me digo que sin él nada habría sido posible. Ya se sabe cómo van las cosas en estos casos. Cuando el primer conferenciante habla durante tanto tiempo y tan minuciosamente, los otros sacan provecho para su propio trabajo. Fue lo que hice por mi parte y reconozco en alto grado lo que en aquella circunstancia le debí a Rancière. Después de Rancière todo era fácil, estaba abierto y bien abierto el camino, y abierto en las categorías en que pensábamos por aquel tiempo, después de un curso que yo había dado sobre Lacan y en el que Miller había intervenido para anunciar un «descubrimiento conceptual»: el de la «causalidad metonímica» (o causa ausente), que debía desencadenar un drama. Pasó el curso: el más duro para todos nosotros; Duroux no abrió la boca. Pero cuando Miller volvió en junio de 1965 de Rambouillet, leyó las fotocopias de las intervenciones y descubrió que Rancière le había «robado» su concepto personal de «causalidad metonímica». Rancière sufrió muchísimo por tal imputación. ¿Acaso los conceptos no son de todo el mundo? Era mi opinión, pero Miller no se avenía a estas razones. No relato este incidente ridículo para abrumar a Miller, son pecados de juventud. Y por otra parte, según parece, ha comenzado este año su curso magistral sobre La-

can diciendo solemnemente: «*No estudiaremos a Lacan sino que seremos estudiados por él*». Prueba de que también él es capaz de reconocer a otro la invención y la propiedad de un concepto... Pero el curso acabó muy mal: no sé por qué dialéctica fui yo mismo quien acabó, en lugar de Rancière, por ser acusado por Miller de haberle robado el concepto de «causalidad metonímica». A Dios gracias para él, Rancière había sido dejado de lado en aquel asunto horripilante. Hay vestigios de ello en *Para leer «El Capital»*. Cuando empleo la expresión («causalidad metonímica») digo en una nota que lo tomo de Miller... pero para transformarlo muy pronto en «causalidad estructural», expresión que nadie había empleado y que por tanto me pertenecía totalmente. ¡Menuda historia! Pero da la medida de aquel pequeño mundo, que tanto sorprendió a Debray a su vuelta de Bolivia y que a los lectores les parecerá asombroso.

Esta cuestión de autoría, como he sabido recientemente por el padre Breton, es una historia muy antigua. Se sabe que en la Edad Media, contrariamente a lo que pasa en nuestros días, la *ciencia* estaba ligada a un *nombre de autor*: Aristóteles. Por el contrario, la producción literaria no contaba con ningún nombre de autor. En nuestros días, la situación ha dado totalmente la vuelta: los científicos trabajan en el anonimato en un esfuerzo colectivo y todo lo más se habla de la «ley de Newton», aunque muy a menudo nos contentamos con hablar de la «ley de la gravedad» o, para Einstein, de la relatividad simple o de la relatividad generalizada. Por el contrario, toda obra literaria, incluso la más modesta, lleva el nombre de su autor. Ahora bien, como Breton supo por uno de sus colegas, un medievalista muy erudito, el padre Chatillon, santo Tomás se había pronunciado en otro tiempo, en una ardiente controversia con los averroístas, contra el tema de la impersonalidad, (es decir, del «anonimato»), de todo

pensador singular, argumentando más o menos como sigue: todo pensamiento es impersonal, puesto que es el resultado del intelecto agente. Pero como todo pensamiento debe ser pensado por un «intelligéant», debe ser por este hecho la recuperación de un pensamiento impersonal por un «intelligéant» singular. Y con todo derecho, puede llevar el nombre de este singular... Estaba muy lejos de sospechar que en plena Edad Media, en la que reinaba, como nos decía Foucault en Soisy, la ley de la impersonalidad literaria, se encontrara a un santo Tomás que, sin duda por las necesidades de la controversia contra los averroístas, fundamentara en derecho filosófico la necesidad de la firma del autor...

No obstante, aquella cuestión ridícula del «robo del concepto» tocaba un punto de principio y de angustia que me preocupaba mucho: la cuestión del *anonimato*. Como para mí mismo yo no existía, se puede entender fácilmente que deseara consagrar esta inexistencia con mi propio anonimato. Por aquel entonces meditaba en la fórmula de Heine que dice de un crítico célebre: «*Era conocido por su notoriedad*». Me gustaba que Foucault hiciera la crítica de la noción de «autor», noción muy moderna, y desapareciera, como yo en las filas de mi oscura célula, él en la acción militante junto a los encarcelados. Me gustaba la profunda modestia de Foucault y sé que Étienne Balibar aprecia en mí «por encima de todo» la feroz defensa que llevaba a cabo constantemente contra toda publicidad sobre mi nombre. Tenía fama de salvaje, enclaustrado en mi viejo apartamento de la École del que no salía casi nunca, y si mantenía todas las apariencias de aquella reclusión insociable, era para intentar entrar en el anonimato en el que pensaba encontrar mi destino y por añadidura la paz. Y ahora que confío al público que se digne leerlo este libro tan personal, es una vez más, pero a través de este sesgo paradójico, *para en-*

trar definitivamente en el anonimato, no tanto de la losa sepulcral del no ha lugar, como de la publicación de todo lo que se puede saber de mí, que estaré así para siempre en paz con las preguntas indiscretas. Porque por esta vez todos los periodistas y otras gentes de los medios de comunicación se verán saciados, aunque ya veréis cómo no se sienten totalmente satisfechos. Primero porque no habrán tenido nada que ver y luego porque ¿qué pueden añadir a lo que yo escribo? ¿Un comentario? ¡Pero si yo mismo los hago!

Así, cuanto más me adentraba en Marx, más filosofía leía, y más me apercibía de que Marx había pensado, sabiéndolo o no, en pensamientos de gran importancia en los autores que le habían precedido: Epicuro, Spinoza, Hobbes, Maquiavelo (parcialmente a decir verdad), Rousseau y Hegel. Y me convencía cada vez más que la filosofía de Hegel y de Feuerbach había servido a la vez de «punto de apoyo» y de obstáculo epistemológico en el desarrollo de sus propios conceptos incluso en su formulación (Jacques Bidet lo demuestra rigurosamente en su reciente tesis: *Que faire du «Capital»?*, publicado por Méridiens-Klinksieck). De ahí que naturalmente se pudieran hacer a Marx y a propósito de Marx preguntas que él no había podido ni sabido hacerse. De ahí que se pudiera decir que, si queremos «pensar por nosotros mismos» ante la increíble «imaginación de la historia» contemporánea, era necesario que inventáramos a nuestra vez nuevas formas de pensamiento, nuevos conceptos —pero siempre según la inspiración materialista de Marx para no «contar historias» nunca, y seguir atentos a la novedad y a la invención de la historia. Así como a los desarrollos de pensamientos de mayor interés, aunque invoquen poco o nada a Marx o tengan la fama (?) de ser políticamente anticomunistas—, pienso aquí precisamente en el libro muy notable de Fran-

Cois Furet sobre la Revolución francesa que toma, con sobrada razón, el sentido contrario de una tradición puramente ideológica nacida en la época misma de la Revolución, en lo que Marx llamaba a propósito suyo la «ilusión de la política», en la época del reino de los Comités revolucionarios parisienses.

He aquí lo que ha dominado mis relaciones con Marx y el marxismo. Después descubrí, como puede hacerlo cualquiera (y Marx lo ha reconocido en lo esencial), que la esencia filosófica y no «científica» del marxismo ha existido desde hace mucho tiempo antes que Marx (Ibn Khaldún, Montesquieu, etc.) —aparte aquella «nebulosa» y sobre el papel impensable teoría del valor-trabajo que Marx reivindica como su único descubrimiento auténticamente personal—. De los aspectos políticos de aquella empresa en apariencia puramente teórica (¡ah! ¡cuánto no se habrá escrito sobre nuestro «teoricismo», nuestro «desprecio de la práctica!»), hablaré de ello en otro lugar.

XVIII

Por lo que se refiere a mi relación con el marxismo, pienso que sólo ahora veo con claridad. Una vez más, no se trata de la objetividad de lo que he podido escribir, es decir de mi relación con uno o varios objetos objetivos, sino de la relación con un objeto «objetal», es decir interno e inconsciente. Únicamente de aquella relación objetal intento hablar por el momento.

Veamos cómo, ahora, es decir, de hecho después de escribir este ensayo, se me aparecen las cosas.

¿A través de qué tenía yo acceso al mundo que me rodeaba cuando era niño, tan estrecho y repetitivo? ¿A través de qué podía relacionarme bien con el deseo de mi madre, introduciéndome en él? Pues como ella, es decir no por el contacto del cuerpo y de las manos, o por su trabajo sobre una materia preexistente, sino por la utilización exclusiva del ojo. El ojo es pasivo, a distancia de su objeto, recibe la imagen del objeto, sin tener que trabajar, sin comprometer el cuerpo en ningún proceso de aproximación, de contacto, manipulación (las manos sucias, ya que la suciedad era una de las fobias de mi madre, y por

eso yo sentía una suerte de complacencia por la suciedad). El ojo es también el órgano especulativo por excelencia, de Platón y Aristóteles a santo Tomás y en adelante. De niño nunca le hubiera «puesto la mano en el culo» a ninguna niña, sino que era bastante *voyeur* y fue algo que me duró mucho tiempo. Distancia: la doble distancia que me sugería e imponía mi madre, la que protege de las intenciones del prójimo antes de que os toque (robo o violación), la distancia en la que debía estar también respecto de aquel otro Louis que mi madre no dejaba de mirar a través de mí. Era por tanto el niño del ojo, sin contacto, sin cuerpo, porque es a través del cuerpo por donde pasa todo contacto. Me dicen que hacia 1975 dije esta frase terrible: ¡«Y luego están los cuerpos y los cuerpos tienen sexos»! Como yo no me sentía ningún cuerpo, no tenía ni siquiera que guardarme del contacto con la materia de las cosas o del cuerpo de la gente, y sin duda era por esta razón por lo que tenía un miedo atroz a pegarme, miedo a que, en aquellas peleas breves y violentas entre chicos, mi cuerpo (o lo que tenía de él) resultara herido, mermado en su ilusoria integridad: pegarme o, una idea que no se me ocurrió nunca antes de los veintisiete años, masturbarme.

Ahora bien, pienso que mi cuerpo deseaba profundamente tener una existencia propia. De ahí mi deseo de practicar el fútbol, de ahí mi extrema habilidad en hacer mover todos mis músculos, tanto los de la boca y la garganta como los músculos de mis brazos y de mis piernas (los idiomas, el fútbol, etc.). Aquel deseo permaneció en estado latente hasta los tiempos felices de mi abuelo, primero en la casa forestal del Bois de Boulogne, pero en especial en su huerto y sus campos de Morvan. Ahora veo con claridad que en este período exultante fue cuando reconocí al fin, y al fin me fue reconocida, la existencia de un cuerpo, y propiamente me hice con todas las

virtualidades efectivas de mi cuerpo. Recordémoslo: los olores, prioritariamente las flores, frutos y plantas, pero también de la podredumbre, el divino olor del estiércol de los caballos, el olor de la tierra y de la mierda en el pequeño retrete de madera del jardín bajo un saúco de perfume intenso; el gusto de las fresas silvestres, que acechaba sobre los taludes, el olor de los champiñones, en especial de las setas, el olor de las gallinas y el olor de la sangre; el olor del gato y de los perros, el olor de las balas de granos, del aceite, de chorros de agua hirviendo, del sudor de los animales y de los hombres, del tabaco de pipa de mi abuelo, el olor del sexo, el olor violento del vino y de los tejidos, el olor del serrín, el olor de mi propio sudor en mi cuerpo en acción; la dicha de sentir mis músculos responder a mi impulso, mi fuerza para levantar las gavillas a lo alto de los carros, para alzar leños y troncos, cuán eficazmente habían respondido —mis músculos— a mi deseo de nadar yo solo, de jugar bien al tenis yo solo, de montar en bicicleta como un campeón. Todo ello me lo dio Morvan, es decir la presencia activa y benévola de mi abuelo (mientras que la violencia de mi padre en Argel y Marsella sólo fue para mí un modelo de terror).

Fue allí cuando me puse a «pensar» con mi cuerpo: algo que me ha quedado para siempre. Pensar no en la dimensión distante y pasiva de la mirada, del ojo, sino en la acción de la mano, del juego infinito de los músculos y de todas las sensaciones del cuerpo. Cuando me paseaba por el huerto o las tierras de mi abuelo y por los bosques, sólo me pasaba por la cabeza trabajar y volver a la tierra (sabía escardar a la perfección), arrancar las patatas, separar el trigo y la cebada, separar ante mí las ramas de los árboles jóvenes para cortarlas con el cuchillo, ¡sí!, aquel cuchillo, regalo de mi abuelo, tan grande y afilado como el suyo, qué alegría cortar las tiernas ra-



mas de castaño para las asas de los cestos, los tallos de saúco para trenzarlos en sus armazones, qué alegría trenzar yo mismo aquellos cestos, qué alegría cortar la leña menuda de los haces de sarmientos con la podadera, o partir la leña gruesa con el hacha, en el olor de vino y de moho de la bodega.

El cuerpo, su ejercicio enardecedor, el paseo por el monte, las carreras, las largas escapadas en bicicleta por cuestas extenuantes: toda aquella vida por fin encontrada y convertida en mía propia había reemplazado para siempre la simple distancia especulativa de la vana mirada. Ya he contado que conocí la misma exaltación personal en los trabajos físicos del cautiverio. Una profunda constancia que ha fijado para siempre mi destino, para reconocer en él mi propio deseo personal (no el de mi madre, que sentía un sacro horror ante cualquier contacto físico, tan obsesionada estaba por la «pureza» de su cuerpo al que protegía de mil maneras de cualquier invasión peligrosa sobre todo con sus innumerables fobias). Por fin era feliz en mi deseo, ser un cuerpo, existir antes que nada dentro de mi cuerpo, en la prueba material irrefutable que el cuerpo me daba de existir verdaderamente y al fin. Yo no tenía nada que ver con el santo Tomás de la teología que piensa aún bajo la figura del ojo especulativo, sino mucho más con el santo Tomás de los Evangelios, que quiere tocar para creer. Mejor aún, no me contentaba con el simple contacto de la mano para creer en la realidad, tenía que trabajarla, transformarla para creer, más allá de la simple y sola realidad, en mi propia existencia, conquistada al fin.

Cuando «encontré» el marxismo me adherí a él por mi cuerpo. No ya porque representara la crítica radical de toda ilusión «especulativa», sino porque me permitía no sólo vivir, a través de la crítica de toda ilusión especulativa, una relación auténtica con la realidad desnuda sino igualmente poder vivir

en lo sucesivo también aquella relación física (de contacto pero en especial de trabajo sobre la materia social o cualquier otra) *en el pensamiento mismo*. En el marxismo, en la *teoría* marxista, encontraba un pensamiento que tenía en cuenta la primacía del cuerpo activo y trabajador sobre la conciencia pasiva y especulativa, y consideré aquella relación como el materialismo mismo. Me fascinó y me adherí sin ningún trabajo a esta visión que no era una revelación para mí porque era mi propio caudal. En el orden del pensamiento puro (donde reinaba aún en mí la imagen y el deseo de mi madre), descubría al fin aquella primacía del cuerpo, de la mano y de su trabajo de transformación de toda materia, que me permitía poner fin a mi desgarramiento interno entre mi ideal teórico, procedente del deseo de mi madre, y mi propio deseo que había reconocido y reconquistado en mi cuerpo mi deseo de existir para mí, mi propia forma de existir. No fue por azar que pensara, dentro del marxismo, toda categoría bajo la primacía de la práctica, y propusiera aquella fórmula de la «práctica teórica», fórmula que culminaba mi deseo de compromiso entre el deseo (especulativo, teórico, proveniente del deseo de mi madre) y mi propio deseo, al que preocupaban no tanto el concepto de práctica, como mi experiencia y mi deseo de la práctica real, del contacto con la materia (física o social), y de su transformación en el trabajo (obrero) y la acción (política). Ahora bien, aquella fórmula, «pensar es producir», ya se encuentra en Labriola. Nadie lo ha advertido, pero ¿quién había leído a Labriola en Francia?

Ciertamente, era un compromiso. En mis primeros escritos aún expresaba a mi manera este compromiso en el elemento, aún dominante para mí, del puro pensamiento de... Es así como, arreglándome las como podía en el interior de aquel compromiso, forjé en filosofía la demasiado célebre definición de



Hélène en Córcega, hacia 1957. (Agence Vu-Stock photos)



Hélène en Córcega,
1958. (Fonds Althusser
IMEC)

Hélène en Córcega,
1958. (Fonds Althusser
IMEC)





Louis Althusser en
Córcega, 1958.
(Agence Vu-Stock
photos)

En Vaucelles, hacia
1959. (Agence Vu-Stock
photos)





Althusser en los años 60. (Fonds Althusser IMEC)



Althusser en su despacho de la École Normale Supérieure a finales de los 70. (Fonds Althusser IMEC)



Althusser participando en una manifestación en los años 70. (Fonds Althusser IMEC)



En una manifestación del año 1971. (Fonds Althusser IMEC)



Firmando libros en la fiesta de
l'Humanité, 1977. (Fonds Althusser
IMEC)

Louis Althusser y
su mujer Hélène
Legotien, en 1980.
(Fonds Althusser
IMEC)

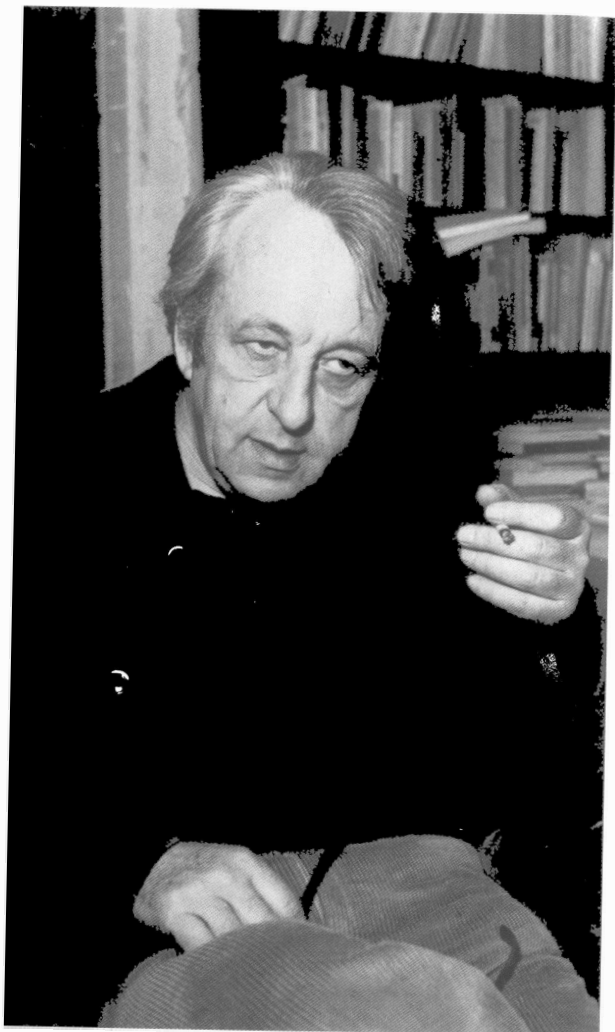




Althusser en su despacho de la École Normale. (Agence Vi-Stock photos)



Con Hélène, en 1980. (Fonds Althusser IMEC)



Louis Althusser en los últimos años. (Fonds Althusser
IMEC)

la filosofía como «Teoría de la práctica teórica» (esta frágil mayúscula que tanto emocionó a Cesare Luporini...), pero a la que renuncié muy pronto ante las críticas de Régis Debray y en especial de Robert Linhart, quienes sabían lo que eran la acción política y su primacía. En realidad, si mis amigos me llamaron tan fácilmente al orden, es porque era el fondo mismo de lo que yo quería, de mi propio deseo, y desde hacía mucho tiempo.

Pero antes de llegar a Marx mismo, tengo que hablar del rodeo que di a través de Spinoza, Maquiavelo y Rousseau: fueron mi «camino real» hacia él. Lo he indicado ya, pero sin dar las razones profundas.

Había encontrado en Spinoza (además del célebre Apéndice del Libro I) una prodigiosa teoría de la ideología religiosa, este «aparato de pensamiento» que pone el mundo al revés, tomando las causas por fines y todo el pensamiento entero en su relación a la subjetividad social. ¡Menudo «levantar velos»!

Había encontrado en el conocimiento del «primer género» el conocimiento *a fortiori* no una teoría del conocimiento —teoría de la «garantía» absoluta de todo saber, teoría «idealista»—, sino una teoría del mundo inmediatamente vivido (para mí, la teoría del primer género era sencillamente el mundo, es decir la inmediatez de la ideología espontánea del sentido común). Y en especial había encontrado en el *Tratado teológico-político*, que cuando menos yo interpretaba así, el ejemplo más sorprendente pero también peor conocido del conocimiento del «tercer género», el más alto, el que proporciona la inteligencia de un objeto a la vez singular y universal (era, debo reconocerlo, una lectura bastante hegeliana de Spinoza —no es casual que Hegel considere a Spinoza «el más grande»—, pero no creo que sea falsa): la de la individualidad histórica singular de un pueblo (pienso que Spinoza apuntaba así en el «tercer género» el conocimiento de toda individualidad singular

y en su género universal), el pueblo judío. Y me sentía absolutamente fascinado por la teoría de los profetas que se encuentra en ella, y que me reforzaba en la idea de que Spinoza había alcanzado una prodigiosa conciencia de la naturaleza de la ideología. Se sabe en efecto que los profetas suben a la montaña para escuchar la voz de Dios. A decir verdad, lo que escuchan es el estruendo del trueno y los relámpagos y algunas palabras, que refieren *sin haberlas comprendido* al pueblo de la llanura, que espera su vuelta. Y lo extraordinario es que es entonces aquel pueblo mismo, en su conciencia de sí y su conocimiento, el que enseña a los profetas sordos y ciegos el sentido del mensaje que Dios les ha entregado. Todos, excepto aquel imbécil de Daniel que no sólo no entiende lo que Dios le ha dicho (es el sino de todos los profetas), ¡sino ni siquiera lo que el pueblo le explica para hacerle comprender lo que ha escuchado! Prueba de que la ideología puede, en ciertos casos, y por qué no por naturaleza, ser totalmente opaca para los que le son sumisos. Esto provocaba mi admiración, como la concepción de Spinoza sobre las relaciones entre la ideología religiosa del pueblo judío y su existencia material en el templo, los sacerdotes, los sacrificios, las observancias, los rituales, etc. Debía, al seguirle en este punto, como por otra parte Pascal a quien yo admiraba mucho, insistir más adelante intensamente sobre la existencia material de la ideología, no sólo sobre sus *condiciones* materiales de existencia (lo que ya se encuentra en Marx y, antes y después de él, en un gran número de autores), sino sobre la materialidad de su existencia misma.

No obstante no saldaba mis cuentas respecto a Spinoza. Era un pensador que había rechazado toda teoría del conocimiento (de tipo cartesiano o más tarde kantiano), un autor que había rechazado el papel fundador de la subjetividad cartesiana del co-

gito, para contentarse con escribir, como un hecho: «el hombre piensa», sin sacar ninguna consecuencia trascendental. Era también un nominalista, y Marx me enseñaría que el nominalismo es el camino real hacia el materialismo, a decir verdad es una vía que sólo desemboca sobre sí, y no conozco ninguna *forma* más profunda del materialismo que el nominalismo. Era en fin un hombre que, sin bosquejar ninguna génesis del sentido originario, anunciaba este hecho: «tenemos una idea verdadera», una «norma de la verdad» que nos es dada por las matemáticas —también esto es un hecho sin origen trascendental—, un hombre que de repente pensaba en la *facticidad* del hecho: ¡sorprendente en este pretendido dogmático que deducía el mundo de Dios y de sus atributos! Nada más materialista que este pensamiento sin origen ni fin. Más adelante sacaría mi fórmula de la historia y de la verdad como *proceso sin sujeto* (originario, fundador de todo sentido) y sin fin (sin destino escatológico preestablecido), porque negarse a pensar en el fin como causa originaria (en el rechazo especular del origen y del fin), era realmente pensar como un materialista. Por aquel entonces yo utilizaba una metáfora: un idealista es un hombre que sabe no sólo de qué estación sale un tren, sino cuál es su destino: lo sabe por anticipado y cuando sube a un tren sabe adónde va porque el tren le lleva. El materialista, por el contrario, es un hombre que se sube al tren en marcha sin saber de dónde viene ni adónde va. También me gustaba, citando a Dietzgen, que se había anticipado a Heidegger, que lo ignoraba, [decir] que la filosofía era «*der Holzweg der Holzwege*», el camino de los caminos que no llevan a ninguna parte, sabiendo también que Hegel había forjado antes la prodigiosa imagen de un «camino que anda solo», abriéndose al avanzar su propia vía en los bosques y los campos. Todo esto estaba para mí, o llegaría a estarlo, inscrito en fili-

grana dentro del pensamiento de Spinoza. Y no me refiero a su famosa fórmula: «el concepto de perro no ladra», que distinguía todavía, pero en esta ocasión en el centro mismo de la concepción de un pensamiento científico, conceptual, el concepto de su referente sensible, es decir, para mí entonces, de su cobertura ideológica, la de lo «vivido», tanto horror teórico me inspiraba la fenomenología husserliana y en especial el marxismo husserliano de Desanti.

Pero lo que seguramente me sorprendió más, es la teoría del *cuerpo* en Spinoza. Este cuerpo, del que un gran número de potencias nos resultan en realidad desconocidas, este cuerpo del que la *mens* (mal traducida por el alma o el espíritu) es la idea, la idea misma mal traducida por aquel término, porque Spinoza la pensaba como una *potentia*, y a la vez como impulso (*fortitudo*) y como la obertura al mundo (*generositas*), como don gratuito. Más adelante encontraría allí la anticipación sorprendente de la libido freudiana, así como la teoría de la ambivalencia: sorprendente cuando pensamos que para Spinoza, para dar un único ejemplo, *el temor es lo mismo que su contrario la esperanza*, y que las dos son «pasiones tristes», contrarias al *conatus* vital, todo expansión y alegría, del cuerpo y del alma, unidos como uña y carne.

Ya se puede imaginar que aquella idea del cuerpo me iba de maravilla. Encontraba en efecto mi propia experiencia, de un cuerpo en un principio dividido y perdido, de un cuerpo ausente, lleno de temor y de esperanza desmesurados, que se había recompuesto en mí y casi descubierto en el ejercicio de apropiación de sus fuerzas, en compañía de mi abuelo en los trabajos físicos de los campos y en la tierra. Que sea posible de esta manera volver a disponer de tu propio cuerpo, y sacar de esta apropiación la materia para pensar, libre y vigorosamente,

es decir, propiamente pensar con tu cuerpo, en tu cuerpo mismo, de tu cuerpo, en suma que *el cuerpo pueda pensar*, por y dentro del despliegue de sus fuerzas, me deslumbraba realmente, como una realidad y una verdad que yo había vivido y que eran las mías. Tan cierto es, y Hegel lo ha dicho muy bien, que no se conoce más que lo que se *reconoce*.

Sin embargo, precisaba otros filósofos para introducirme verdaderamente en Marx. En primer lugar fueron, como ya dije en mi «Defensa de Amiens», los filósofos políticos de los siglos XVII y XVIII, sobre los que proyectaba entonces escribir una tesis de doctorado. De Hobbes a Rousseau, descubría una misma inspiración profunda, la de un mundo conflictivo al que sólo la autoridad absoluta del Estado (Hobbes) puede sin contrapartida garantizar la seguridad de los bienes y de las personas, poniendo fin a la «guerra de todos contra todos»: anticipación de la lucha de clases y del papel del Estado del que se sabe que el propio Marx declara que no los ha descubierto, sino que los ha tomado de sus antecesores, en particular de los historiadores franceses de la Restauración, que no obstante no eran nada «progresistas», y de los economistas ingleses, en especial de Ricardo. Podía haber ido mucho más lejos, hasta el famoso debate de los «romanistas» y los «germanistas», sin hablar de los autores que acabo de citar. El famoso cardenal Ratzinger, a quien la lucha de clases no deja dormir, haría bien cultivándose un poco. Rousseau, que pensaba en el estado de naturaleza «desarrollada» la misma conflictividad social, aportaba otra solución: precisamente el fin del Estado, en la democracia directa del «contrato» expresando una voluntad general «que no muere nunca». ¡Materia para pensar algún día en el comunismo! Pero lo que me fascinaba también en Rousseau era el Segundo Discurso y la teoría del contrato ilegítimo, subterfugio y estratagema nacidos en la imaginación perversa.

sa de los ricos para someter el espíritu de los miserables: otra teoría de la ideología, pero en esta ocasión relacionada con sus causas y su papel social, es decir con su función *hegemónica* en la lucha de clases. Considero a Rousseau el primer teórico de la hegemonía, después de Maquiavelo. También en los planes de reforma para Córcega y Polonia, Rousseau aparece como todo lo contrario a un utópico, antes un realista que sabe tener en cuenta los antecedentes complejos de una situación y de una tradición y respetar los ritmos del tiempo. ¿No lo hacía también en su sorprendente teoría de la educación de Emilio, donde hay que respetar las etapas naturales del desarrollo individual sin anticiparse nunca a ellas, es decir respetando la obra del tiempo en el crecimiento del niño (saber perder el tiempo para ganarlo)? Y además, encontraba en las *Confesiones* el ejemplo único de un tipo de «autoanálisis» sin la menor complacencia, donde abiertamente Rousseau se descubría al escribir y reflexionar sobre los antecedentes sobresalientes de su infancia y de su vida y, antes que nada, por vez primera en la historia de la literatura, *sobre el sexo*, y sobre la admirable teoría del «suplemento» sexual, que Derrida ha comentado notablemente como figura de la castración. Lo que en definitiva me gustaba en él era su oposición radical a la ideología escatológica, racionalista de la Ilustración, la de los «filósofos» que tanto le detestaban (por lo menos así lo creía él, aquel eterno perseguido), que creían que el entendimiento de los pueblos podía ser reformado a través de la reforma intelectual... ¡menuda aberración sobre la realidad de toda ideología! Oposición que volvería a encontrar en la lucidez sin compromisos de Marx y Freud, como también la independencia radical del individuo Rousseau ante todas las tentaciones de riqueza y de poder, y la exaltación de una formación de autodidacta, que me atraía mucho...

Más tarde descubriría a Maquiavelo quien, en mi opinión, en ciertos aspectos fue mucho más lejos que Marx: precisamente al probar de pensar las condiciones y las formas de la acción política en su pureza, es decir en su concepto. En esto también lo que me llamaba la atención, era que tomara en cuenta de forma radical la factualidad aleatoria de toda coyuntura y la necesidad, para constituir la unidad nacional italiana, de que un hombre de nada partiera de la nada y de no importa dónde, fuera de todo Estado constituido, para recomponer el cuerpo fragmentado de un país dividido en sí mismo, y sin la prefiguración de ninguna unidad en las fórmulas políticas (todas malas) existentes. Creo que no hemos acabado de agotar totalmente aquel pensamiento sin precedente y desgraciadamente sin continuación.

En suma, a partir de todo este pasado personal, de estas lecturas y asociaciones, me apropié del marxismo como de mi propio patrimonio y me puse a pensar en él, ciertamente a mi manera, que ahora veo que no era completamente la de Marx. Veo que sólo he intentado exponer los textos teóricos de Marx, a menudo oscuros y contradictorios, cuando no llenos de lagunas sobre ciertos puntos importantes, de forma inteligible por sí mismos y para nosotros. Veo que me emocionaba aquella empresa por un doble deseo sin apelación: primero y ante todo no contarme historias ni sobre lo real, ni sobre lo real del pensamiento de Marx, es decir distinguir en él lo que denominaba la ideología (de juventud) y el pensamiento posterior, el que yo creía que era el pensamiento de la «realidad completamente desnuda, sin aportación exterior» (Engels). «No contar-se historias», esta fórmula sigue siendo para mí la única definición del materialismo; e intentar, al «pensar por mí mismo» (frase de Kant retomada por Marx), exponer el pensamiento de Marx de for-

ma clara y coherente a todos los lectores de buena fe y de exigencia teórica. Naturalmente, esto dio una forma particular a mi exposición de la teoría marxista, de ahí, la sensación, en muchos especialistas y militantes, de que yo había fabricado un Marx propio, muy extraño al Marx real, un marxismo imaginario (Raymond Aron). Lo reconozco con mucho gusto, porque en definitiva suprimía de Marx todo lo que me parecía no sólo incompatible con sus principios materialistas, sino también lo que subsistía en él de ideología, en especial las categorías apoloéticas de la «dialéctica», incluso la propia dialéctica, que me parecía que no servía en sus famosas «leyes» más que de apología (justificación) posterior del hecho consumado del desarrollo aleatorio de la historia para las decisiones de la dirección del Partido. Sobre este punto nunca he variado, y por eso la figura de la teoría marxista que he propuesto, y que de hecho rectificaba el pensamiento literal de Marx sobre numerosos puntos, me valió innumerables ataques de gente apegada a la letra de las expresiones de Marx. Sí, me doy perfectamente cuenta de que he fabricado una especie de filosofía para Marx distinta del marxismo vulgar, pero en la medida que procuraba al lector una exposición no ya contradictoria sino coherente e inteligible, pensaba que se había alcanzado el objetivo y que también me había «apropiado» a Marx al devolverle sus exigencias de coherencia y de inteligibilidad. Era por otra parte la única manera posible de «romper» la ortodoxia de la Segunda y desastrosa Internacional en la que Stalin había heredado el cien por cien.

Fue sin duda lo que «abrió» a un buen número de jóvenes, en esta época, la perspectiva nueva siguiente: se podía pensar en aquella nueva presentación de Marx sin renegar para nada de las exigencias de coherencia y de comprensión, se podía así hacerle el servicio y hacernos el servicio de dominar mejor que

él su propio pensamiento, naturalmente envuelto en las exigencias teóricas de su época (y dentro de sus inevitables contradicciones). Se podía pues hacerlo verdaderamente contemporáneo. Esto fue una pequeña revolución «intelectual» dentro de la concepción de la teoría marxista. Pero creo que no es tanto a nuestras innovaciones descabelladas a lo que se agarraron nuestros adversarios, sino más bien al proyecto mismo de separarnos de la literalidad de Marx, para hacerlo comprensible a su propio pensamiento. En el fondo, Marx seguía siendo para ellos, incluso en sus aberraciones, un personaje sagrado, el viejo padre fundador intocable. A mí no me gustaban los padres sagrados y, ciertamente desde hacía mucho tiempo, había adquirido la certeza de que un padre no es más que un padre, un personaje dudoso en sí, imposible en su papel, y había aprendido tan bien y me gustaba tanto actuar de «padre del padre» que aquella empresa de pensar en su lugar lo que él hubiera debido pensar para ser él mismo me iba como un guante.

Añadamos a esto que apoyarme en la autoridad de Marx, el padre fundador del cual el Partido Comunista se inspiraba oficialmente, me daba, contra la interpretación oficial de Marx que servía de justificación a sus decisiones políticas, y por tanto contra su política efectiva, una fuerza singular que me hacía difícilmente atacable en el seno del Partido. ¿Qué hacía en efecto sino recurrir al pensamiento de Marx contra las aberraciones de sus interpretaciones, sobre todo las de los soviéticos que inspiraban al Partido e inspiraron hasta las reflexiones de un espíritu no obstante fuerte, como Lucien Sève quien, repitiendo sin cesar imposibles fórmulas superadas porque eran insostenibles sobre la ontología, la teoría del conocimiento, las leyes de la dialéctica como forma del movimiento, único «atributo» de la materia, no me [ahorró] sus críticas y, como no me

tomé la molestia de responderle, dedujo de mi silencio que no tenía nada que objetarle? Pero Lucien Sève fue más lejos, convirtiéndose en el defensor de la famosa y nebulosa dialéctica y de sus leyes, que manipulaba a su conveniencia para justificar *a priori* todos los giros del Partido, en particular el abandono de la dictadura del proletariado, y continuó sin saberlo pensando, como muy bien lo ha demostrado André Tosel en un reciente ensayo sobre el pensamiento de Gramsci y de los italianos, dentro de la atmósfera inalterable de la dia-mat (primacía del «materialismo dialéctico», un término atroz, sobre toda ciencia).

En una época en que cualquier «filósofo pelo», «filósofo uña» —como escribió Marx de la descomposición de la filosofía hegeliana— piensa que el marxismo ha muerto y ha sido enterrado para siempre, en que reinan los más «hurgadores» sobre el fondo de un eclecticismo inverosímil y una pobreza teórica, bajo el pretexto de una digamos «posmodernidad» en la que, de nuevo, «la materia habría desaparecido» para ceder su sitio a los «inmateriales» de la comunicación (este nuevo pastel teórico, que naturalmente se apoya en indicios impresionantes, los de la antigua tecnología), sigo profundamente unido, no a la letra claro está —en la que nunca me he apoyado—, sino a la inspiración materialista de Marx.

Soy optimista: creo que esta inspiración atravesará todos los desiertos e incluso aunque deba tomar otras formas —lo que es inevitable en un mundo en pleno cambio— sobrevivirá. Por otra poderosa razón además: el pensamiento presente es teóricamente tan débil que el solo reclamo de las exigencias elementales de un auténtico pensamiento —el rigor, la coherencia, la claridad— puede cuando llegue el momento decidir sobre el espíritu del tiempo, de forma que su sola manifestación conmoverá a los es-

píritus desamparados por el curso del mundo. Por esta razón aprecié por ejemplo el esfuerzo de un Régis Debray por recordar al menos, a la gente que pretende juzgar, realidades tan elementales como éstas: el tiempo del Gulag está ya superado, en sus formas masivas y dramáticas, en la URSS; que la URSS tiene otras cosas en qué pensar antes que maquinarse un ataque a Occidente. La verdad es que Debray no va demasiado lejos, pero el simple recuerdo de hechos tan patentes contra la inmensa ideología reinante tiene la función, como le gustaba decir a Foucault, de «despegar las capas». ¿Y qué es despegar las capas? La reducción crítica de la capa ideológica de las ideas hechas, que permite por fin el contacto con lo real «sin añadido extraño». Una simple lección, limitada ciertamente, pero realmente materialista. Si creo firmemente que saldremos del «desierto» actual, es que en el vacío del pensamiento que ahoga a los mejores espíritus, este simple recuerdo, en su excepción y valor, puede tener efectos centuplicados. Cuando se tiene el valor de hablar en voz alta en el silencio del vacío, es fácil ser oído.

Creo haber dejado entrever que no era sectario. Aunque se crea y se diga de derechas, eso me da igual, me interesa todo pensamiento cuando no se contenta con palabras, cuando atraviesa la capa ideológica que nos aplasta para llegar, como por un contacto físico material (una modalidad más de la existencia del cuerpo) a la realidad totalmente desnuda. Por esta razón pienso que, en su tentativa de buscar y decir la verdad de lo real, los marxistas, a Dios gracias, están lejos de encontrarse solos en nuestro tiempo, sino que, sin saberse próximos a ellos, muchos hombres honrados que tienen una real experiencia de su práctica, y de la primacía de la práctica sobre toda conciencia, están de ahora en adelante y ya en camino de acompañarles en el reconocimiento de la verdad. Si sabemos tomar concien-

cia, más allá de todas las oposiciones de estilo, de humor y de política, podemos concebir una esperanza razonable.

No sé si la humanidad conocerá nunca el comunismo, aquella visión escatológica de Marx. Lo que sé en cualquier caso es que el socialismo, la transición forzada de la que hablaba Marx, es la «mierda» como proclamé en 1978 en Italia y en España ante auditorios desconcertados por la violencia de mi lenguaje. También allí contaba una «historia». El socialismo es un río muy ancho, de travesía muy peligrosa. Tendremos muy pronto una inmensa barca en la arena: la de las organizaciones políticas y sindicales donde todo el mundo puede subir. Pero para atravesar los remolinos, es preciso un «timonel», el poder del Estado en manos de los revolucionarios, y en la gran nave es necesario que reine el dominio de clase de los proletarios sobre todos los remeros a sueldo (existe aún el salario y el interés privado), ¡si no esto se vuelca! El dominio debe ser del proletariado. Se echa al agua la inmensa nave, y durante todo el recorrido hay que vigilar a los remeros exigiéndoles una estricta obediencia, retirarlos de su puesto si vacilan y reemplazarlos a tiempo, incluso sancionarlos. Pero si aquel inmenso río de mierda se atraviesa finalmente, entonces en el infinito está la playa, el sol y el viento de una primavera naciente. Todo el mundo baja, ya no hay más lucha entre los hombres y los grupos de interés puesto que no hay ya relaciones mercantiles sino una profusión de flores y frutas que cada uno puede coger para su deleite. Estallan entonces las «pasiones gozosas» de Spinoza e incluso el *Himno a la alegría* de Beethoven. Mantuve entonces la idea de que los «islotes de comunismo» existen desde hoy, en los «intersticios» de nuestra sociedad (intersticios, palabra que Marx aplicaba —a imagen de los dioses de Epicuro en el mundo— a los primeros núcleos mercantiles

en el mundo antiguo), *allá donde no reinan relaciones mercantiles*. Creo en efecto —y pienso que en este punto estoy en la línea del pensamiento de Marx— que la única definición posible del comunismo —si un día debe existir en el mundo—, es *la ausencia de relaciones mercantiles*, y por tanto de relaciones de explotación de clase y de dominación de Estado. Creo que existen verdaderamente en nuestro mundo presente muy numerosos círculos de relaciones humanas de las que toda relación mercantil está ausente. ¿Por qué vía aquellos intersticios de comunismo pueden ganar el mundo entero? Nada puede preverlo: en cualquier caso no puede ser a través del ejemplo de la vía soviética. ¿Será por la toma de poder del Estado? Sin duda, pero este acto introduce el socialismo (de Estado, necesariamente de Estado), que es «la mierda». ¿Será entonces por el debilitamiento del Estado? En efecto, pero en un mundo capitalista-imperialista cada vez más asentado en sus bases y que convierte la toma de poder del Estado en precaria, si no ilusoria, ¿cómo considerar un debilitamiento del Estado? No son seguramente la descentralización de Gaston Defferre ni las consignas estúpidas de nuestros nuevos liberales a lo Reagan o a lo Chirac las que nos desembarazarán de un Estado indispensable para la dominación de la hegemonía capitalista-internacionalista burguesa. Si hay esperanza está en los movimientos de masas, en los cuales (gracias a Hélène, entre otros) siempre he pensado que reside la primacía sobre sus organizaciones políticas. Ciertamente vemos desarrollarse en el mundo movimientos de masas desconocidos e impensados por Marx (por ejemplo en la América Latina, incluso en el seno de una Iglesia tradicionalmente reaccionaria, bajo los auspicios del movimiento de la teología de la liberación, o en la misma Alemania con los Verdes, o en Holanda, que se negó a recibir al papa como a él le hubiera gustado).

¿Pero acaso estos movimientos no corren el riesgo de caer bajo la ley de organizaciones sin las que ciertamente no pueden pasarse pero que no parecen haber descubierto aún —insertas como están en la tradición y los modelos marxistas-socialistas existentes— una forma adecuada de coordinación sin dominación jerárquica? En cuanto a esto, no soy optimista, pero me remito a esta frase de Marx: de todas maneras, «la historia tiene más imaginación que nosotros», de todas maneras estamos reducidos a pensar «por nosotros mismos». No, no me adhiero a la frase de Sorel recogida por Gramsci: el escepticismo de la inteligencia más el optimismo de la voluntad. No creo en el voluntarismo en la historia. Por el contrario, creo en la lucidez de la inteligencia y en la primacía de los elementos populares sobre la inteligencia. A ese precio, puesto que la inteligencia no es la instancia suprema, puede seguir a los movimientos populares, fundamentalmente y ante todo para evitarles recaer en las aberraciones pasadas y ayudarles a encontrar formas de organización verdaderamente democráticas y eficaces. Si, a pesar de todo, podemos concebir alguna esperanza de ayudar a desviar el curso de la historia, sólo será por eso y nada más que por eso. En cualquier caso, nunca mediante los sueños escatológicos de una ideología religiosa que está a punto de hacernos estallar a todos.

Pero ya estamos de lleno en la política.

XIX

Ha llegado el momento que cada uno, confío, espera tanto como yo de que me explique no sólo sobre mis afectos inaugurales, sus desviaciones de predilección repetitiva y la fuerte dominación que el fantasma de no existir ejerció sobre todos mis fantasmas secundarios, sino también de explicarme sobre la relación de mis afectos con la realidad del mundo exterior. En efecto, si en los sueños y las emociones, incluso en las más dramáticas, el «sujeto» sólo tiene relación consigo mismo, es decir con los objetos internos inconscientes que los analistas llaman objetales (a diferencia de los objetos exteriores objetivos y reales), la pregunta legítima que cada uno se hace es, entonces, la siguiente: ¿cómo las proyecciones y las inversiones de estos fantasmas han podido desembocar en una acción y en una obra perfectamente objetivas (libros de filosofía, intervenciones filosóficas y políticas) que han tenido alguna resonancia sobre la realidad exterior, y por tanto objetiva?

O para decir lo mismo en otros términos, mucho más precisos, ¿cómo el *encuentro* entre la inversión

ambivalente del objeto fantasmagórico interno (objeto) ha podido cuajar en la realidad objetiva, mejor aún, cómo puede haber, en este encuentro, «cuajado», como se dice de la mayonesa o del hielo que se «cuaja», o aún que una reacción química «cuaja» bajo el efecto de ciertos catalizadores? En este punto debo, en primer lugar a mí, pero también a todos mis amigos y lectores, si no una explicación, por lo menos una tentativa de elucidación.

Advierto pues que pasamos aquí a un nuevo terreno: el del encuentro entre mis fantasmas inconscientes invirtiendo mi deseo bajo la dominación de la realización del deseo de mi madre por una parte, y bajo la realidad de antecedentes efectivos y objetivos por otra.

Quisiera ante todo explicarme sobre este punto, al que mi amigo Jacques Rancière ha consagrado un pequeño libro muy agudo (*La Leçon d'Althusser*). A grandes rasgos lo que me reprocha es haberme quedado en el seno del Partido Comunista a pesar de mis desacuerdos explícitos y de haber empujado así, es decir estimulado, a un buen número de jóvenes intelectuales, en Francia y en el extranjero, a no romper con el Partido, sino a permanecer en él.

Que este reproche y esta actitud puedan relacionarse con los propios «objetos» internos de Rancière, que estuvo personalmente muy ligado a mí al principio de nuestros intercambios, es verosímil, pero no puedo, y, si pudiese, no quiero, entrar en este examen que le es propio e íntimo. Es cierto que él mismo había sacado muy pronto la conclusión de mi «contradicción objetiva» cuando dejó el Partido, no para traicionar la causa de la clase obrera, sino muy al contrario para partir en busca de sus sueños, reacciones y proyectos inaugurales, consagrando dos obras notables a las expresiones populares de las primeras formas del movimiento obrero. Prácticamente, no se lo discuto, estábamos en posiciones

cercanas pero distintas, y la suya gozaba de todas las ventajas de la aparente lógica que animaba mis escritos y mis intervenciones. ¿Por qué seguía yo pues en el Partido con todas las consecuencias subsiguientes, tanto para mí como para los jóvenes intelectuales a los que podía influir, si es el caso (y a fin de cuentas es posible) de que tuviera alguna influencia pública?

Sobre esta cuestión, sería demasiado simple (tanto para Rancière como para quienes compartían su sentimiento, porque muestro públicamente mis cartas «subjetivas» en las que es fácil que se me explique, es decir que se me encierre para siempre) contentarse recurriendo a lo que he expuesto largamente sobre las «raíces» y las «estructuras» impresionantes de mi «subjetividad» inconsciente. Diré la razón.

En primer lugar tuve la prueba concreta (¡y cuán concluyente!) de que mis «discípulos» más próximos, mis alumnos de la École, bajo la sorprendente dirección de Robert Linhart (y no hablo de Régis Debray, quien se abrió muy pronto, pero solo, su camino fuera del Partido para luchar con la guerrilla boliviana al lado del Che), aquellos alumnos-discípulos, después de haber conquistado la organización de las Juventudes Comunistas desde dentro, lo abandonaron muy pronto (sin mi acuerdo) para fundar fuera del Partido una nueva organización, la Unión de Juventudes Comunistas marxistas-leninistas (UJCm-l) que gozó de una gran expansión, se organizó en escuelas y grupos de formación teórica y política, y pasaron a la acción de masas, en particular formando la mayor parte de los comités Vietnam de base, que conocieron antes de mayo del 68 una gran expansión. El Partido se veía literalmente desbordado entre los estudiantes, hasta el punto, como se sabe, de que en mayo del 68 no hubo más que un puñado, digo bien un simple puñado (Cathala se-

guía naturalmente en su despacho), de estudiantes comunistas en la inmensa revuelta de la Sorbona.

Los chicos de la UJCM-I tampoco estaban allí. ¿Por qué? Habían adoptado una «línea» de apariencia rigurosa que fue su perdición: ir hasta las puertas de las fábricas para intentar conseguir la unidad de estudiantes-trabajadores con los obreros. Ahora bien no correspondía a estudiantes izquierdistas, sino a militantes del Partido ir a pedir a los obreros de fábrica que se añadieran en el Quartier Latin a la insurrección estudiantil. Aquí residió el error fundamental de Linhart y de sus camaradas. Los obreros, salvo raras excepciones, no se dirigieron a la Sorbona porque el Partido, que era el único que tenía la autoridad, no se lo pidió. La consigna hubiera podido ser justa, en efecto, si el Partido no hubiera desconfiado como de la peste de la revuelta «izquierdizante» de las masas estudiantiles y hubiera aprovechado la ocasión, la «fortuna» según la palabra de Maquiavelo, para desencadenar y sostener con toda la fuerza de su poder y de sus organizaciones (ante todo la CGT que siempre le ha sido fiel desde la escisión de 1948) un movimiento de masa potente, capaz de arrastrar no sólo a la clase obrera sino a amplias capas de la pequeña burguesía, cuya fuerza y resolución podían objetivamente abrir la vía a una toma de poder y a una política revolucionarias. ¿Se sabe que Lenin ha escrito que en la época del caso Dreyfus, que nunca dio lugar a revueltas de masa ni a barricadas, la agitación habría podido abrir la vía a una verdadera revolución en Francia si el Partido obrero no se hubiera mantenido ya aparte de los acontecimientos, considerando Guesde en su ceguera de «clase contra clase» que el caso Dreyfus era un asunto puramente «burgués», y no afectaba bajo ningún concepto a la lucha de clase obrera? Es cierto que en 1968 sólo París estaba implicado: las provincias no en el mismo grado. ¿Se puede hacer

una revolución sólo en la capital (seis millones de habitantes) dentro de un país de sesenta millones de habitantes?

Ahora bien, de mayo a junio de 1968, un buen número de obreros en muchas fábricas creían en la revolución efectiva, la esperaban, y sólo aguardaban para hacerla una consigna del Partido. Ya sabemos lo que pasó. El Partido, como siempre con muchos trenes de retraso y horrorizado por los movimientos de masas, arguyendo que estaban en manos de los izquierdosos (pero, ¿por culpa de quién?), hizo todo lo posible para impedir el encuentro, en los violentos combates de las tropas estudiantiles y el ardor de las masas obreras que llevaban a cabo entonces la más larga huelga de masas de la historia mundial, llegando incluso a organizar comitivas separadas. El Partido *organizó* en realidad la descomposición del movimiento de masas al forzar a la CGT (a la que, a decir verdad, no precisaba violentar, vistos sus lazos orgánicos) a sentarse en la mesa de la paz de negociaciones económicas y, como los obreros de la Renault no las aprobaron, reanudándola algún tiempo después, y rehusando también todo contacto con Mendès en Charléty, cuando el poder gaullista estaba prácticamente vacante, los ministros habían abandonado sus ministerios, y la burguesía huía de las grandes ciudades hacia el extranjero llevándose sus bienes. Un simple ejemplo: en Italia, los franceses no podían cambiar sus francos en liras, ya no se aceptaba el franco, *ya no valía nada*. Cuando el adversario sostiene que la partida está definitivamente perdida para él, Lenin lo ha repetido diez veces, cuando en lo alto ya nada marcha y debajo son las masas las que suben al asalto, no sólo la revolución está «a la orden del día», sino que la situación es de hecho *revolucionaria*.

Por miedo a las masas, por miedo a perder el control (esta obsesión de primacía de la organización

sobre los movimientos populares, que siempre está en el fondo), y sin duda también para alinearse (¡para esto no hay necesidad de consignas explícitas!) sobre los temores de la URSS que, en su estrategia mundial, prefería la seguridad conservadora de De Gaulle al imprevisto de un movimiento de masas revolucionario que podía (y no era utópico) servir de pretexto para una intervención política, incluso militar, de los USA, amenaza a la cual la URSS no se encontraba en condiciones de hacer frente, el Partido hizo cuanto pudo, y la experiencia demostró que su fuerza de organización y de encuadramiento político e ideológico no eran entonces una vana palabra, para romper el movimiento popular y canalizarlo hacia simples negociaciones económicas. «El momento actual es la ocasión» (Lenin), que «hay que agarrar por los pelos» (Maquiavelo, Lenin, Trotski, Mao) y que sólo puede durar unas horas, que cuando pasaron, y con ellas la posibilidad de cambiar el curso de la historia en revolución, De Gaulle, que también él, y de qué forma, sabía qué quería decir la política después de la puesta en escena de su desaparición, reapareció, dijo unas palabras graves y solemnes por la televisión, decretó la disolución del Congreso y convocó nuevas elecciones. Toda la burguesía y la pequeña burguesía y el campesinado conservadores o reaccionarios que había en Francia se recuperaron, ¡y Dios sabe por cuánto tiempo! después del fantástico desfile de los Campos Elíseos. La suerte estaba echada y la muy larga y violenta lucha estudiantil y la larga huelga obrera que se siguió durante meses no hicieron más que sufrir poco a poco su propia derrota en una larga y dolorosa retirada. La burguesía se tomaba su cruel venganza. Quedaban los acuerdos de Grenelle (un salto sin precedentes en el orden «económico») pero pagados a base de una derrota revolucionaria sin precedente desde los días de la Comu-

na. Decididamente, y ante todo a causa del instinto conservador del aparato del Partido ante la espontaneidad de las masas, el movimiento popular se saldaba por una derrota en campo abierto, esta vez (por vez primera en la historia de los movimientos populares en Francia) sin casi ningún derramamiento de sangre, un gran número de estudiantes golpeados pero no muertos (un estudiante ahogado en Flins, dos obreros muertos a tiros en Belfort y algunos más en otras partes); así pues por el solo efecto «pacífico» de la hegemonía capitalista e imperialista burguesa, su prodigioso aparato de Estado, su AIE mediático y la «figura» del padre de la Patria capaz de dominar cualquier eventualidad: la cara y la voz solemnes de De Gaulle hicieron su efecto de teatro político que tranquilizó a la burguesía. Pero cuando una revuelta se acaba con una derrota sin masacres obreras, se puede decir que no es obligatoriamente un buen indicio para la clase trabajadora, que no tiene que llorar ni celebrar a sus mártires. Los izquierdistas, que sabían lo que se hacían, supieron o creyeron poder «explotar» sus pocos muertos, como el desgraciado Overney. Recuerdo la frase que no cesé de esparcir a mi alrededor, el día mismo de las conmovedoras y prodigiosas exequias de aquel desgraciado militante de la *Causa del pueblo* (dos millones de personas en su entierro bajo las banderas y el silencio, ausentes el Partido y la CGT): «Hoy no enterramos a Overney, sino a la izquierda». Lo que siguió demostró muy pronto que había juzgado bien.

Ahora bien, este simple hecho me permite abordar otro argumento. Además de que es una muy singular concepción de la determinación y de la ideología (personal) y de la historia considerar —como lo haría tan violentamente un Glucksmann— a un individuo, a su obra y su eventual influencia capaces de provocar en muchos jóvenes estudiantes e inte-

lectuales (los únicos afectados) elecciones políticas decisivas y, en el límite de esta lógica, matanzas en masa, hay que ver lo que representaba o podía representar para jóvenes burgueses o pequeño burgueses la experiencia de la existencia, de la organización, de las prácticas de la línea económica política e ideológica del Partido. Más adelante me expliqué sobre su funcionamiento. Fuera del Partido, fuera de una experiencia bastante larga de las prácticas del Partido, no es posible hacerse una idea verdadera del Partido y no son los libros anticomunistas como los de un Philippe Robrieux que, en la época del Consejo municipal, fue el dirigente más estalinista de todos y el más terrible para remover incluso en mi célula los horrores de las condenas del Consejo municipal, los que pueden aclarar alguna cosa, excepto *recordar* a quienes han pasado una serie de datos que conocían o han sospechado. Nada equivale a la experiencia directa y los que no la pasaron, si leen los estudios o mejor los casi panfletos acerbos de un periodista obsesionado como Robrieux, consiguen todo lo más un vago conocimiento libresco que no les hace mella, si no les han hecho mella otras razones. Pero, en el fondo, ¿qué puede aportar este tipo de obra, más que lo que unos han sabido ya en el interior o lo que otros han escuchado desde hace mucho tiempo de forma menos precisa, ciertamente, de la inmensa campaña anticomunista, con gran refuerzo de Soljenitsin ayer y de Montand actualmente, que domina desde siempre la ideología burguesa de nuestro país y se extiende por todas partes? Por añadidura, en los años cincuenta, no había a la izquierda más que el Partido y la CGT, que eran las únicas fuerzas reales y, por otra parte, impresionantes, y era necesario «apañarse» y *no había absolutamente nada de su estilo que las reemplazara*.

Ahora bien, si he tenido alguna «influencia», como

escribió Rancière en aquel pequeño panfleto que leí con gran gusto, porque era honesto en el fondo y profundamente sincero y con un cierto peso teórico y político (un cierto solamente), ¿en qué ha podido consistir aquella influencia, excepto en invitar a algunos (numerosos, pero ¿cómo saberlo?) a no dejar inmediatamente el Partido, sino a quedarse? Ahora bien, pienso que ninguna organización en Francia, digo bien ninguna otra organización en Francia, podía entonces ofrecer a militantes sinceros una formación y una experiencia política y práctica comparable a las que se podían adquirir de una presencia militante bastante larga dentro del Partido. No pretendo haberlo sabido conscientemente, que no tuviera otras motivaciones personales para quedarme en el Partido (ya he hablado largamente de ello, pero ahora intento hablar de los efectos y de hechos perfectamente objetivos). No pretendo haber sido tan lúcido como Rancière u otros (cuyas razones eran muy raramente tan puras). Pero es una realidad: he adoptado aquella actitud. Nunca he escrito o por otra parte hecho campaña pública o privada para convencer a nadie de que se quedara en el Partido, ni nunca públicamente o en privado he desautorizado o condenado a los que lo dejaban o querían dejarlo. Que cada uno decida en conciencia: tal era mi regla de acción. Quizás tuviera malas razones personales para quedarme o no bastante buenas para salirme: la realidad es que me he quedado, pero todos mis escritos mostraban suficientemente que sobre las cuestiones fundamentales, tanto filosóficas como políticas e ideológicas, tanto sobre las cuestiones de línea (cf. *Sur le XXII^e Congrès*), como sobre los principios prácticos de organización y las prácticas insensatas del Partido, yo no estaba de acuerdo. Y yo era el único, estrictamente *el único que lo decía abiertamente en el seno mismo del Partido* y que llevaba una línea de oposición interna: era ne-

cesario hacerlo. Lo he hecho. Y no es un error que la dirección del Partido sospechara de mí que quisiera desviar, desde dentro, la línea del Partido en un sentido maoísta. Tuvieron bastante miedo. Sin duda yo era un «mito», pero les atemorizaba lo bastante para hacer «subir» a la dirección nacional del UEC a un «normalien» y a una *sévrienne* que podían informarles directamente —pensaban— sobre mis intenciones y actividades. Evidentemente, hay una pregunta a hacer: ¿por qué?

Pero la pregunta esencial no es ésta. No hay que considerar únicamente a Francia. Para mi desgracia o no, también me leían en el extranjero y no obstante ¡en qué diferencia de contexto! Cuántos filósofos y políticos o ideólogos, siento decirlo, se alineaban conmigo e intentaban comprometerse en las vías semi-maoístas abiertas entonces por mis escritos críticos. Un solo ejemplo: una de mis alumnas, la chilena Marta Harnecker, que vivió en París entre 1960 y 1965, si no me traiciona la memoria, volvió a la América Latina (Cuba) para redactar un pequeño manual de materialismo histórico. ¿Se sabe que se publicaron diez millones de ejemplares? No era muy bueno pero sin embargo constituyó —a falta de algo mejor— la única base teórica y política de formación para centenares de millares, si no para decenas de millones de militantes de la América Latina, porque era la única obra de su especie en el continente. Ahora bien seguía al pie de la letra, incluso aunque las comprendiese mal a menudo, las ideas que Balibar y yo habíamos propuesto en *Para leer «El Capital»*. Cuando se pretende analizar la influencia de un individuo y de su obra sobre y dentro del Partido, hay que considerar no al solo y políticamente miserable Hexágono (la Francia metropolitana), sino también lo que pasa en el resto del mundo. Ciertamente, los militantes latinoamericanos sabían que yo estaba en el Partido, pero también sabían que te-

nía una gran inclinación hacia el maoísmo (Mao incluso me había concedido una entrevista, pero por razones «políticas francesas», cometí la tontería, la más grande de mi vida, de no comparecer, por miedo a la reacción política del Partido contra mí. Pero en realidad ¿qué habría podido hacer el Partido, suponiendo incluso que la noticia de un encuentro con Mao hubiera sido objeto de un comunicado público y oficial? ¡Al fin y al cabo yo no era un gran «personaje»!).

En estas condiciones, ¿tenía el menor sentido el interior y el exterior? A menos, y ni siquiera, que te limitaras sólo a Francia, como es la antigua tradición de nuestro inveterado provincianismo, es decir de esa increíble pretensión francesa, anclada en una demasiado larga historia de dominación cultural que está en vías de hacer aguas por todas partes...

Ahora bien, por lo menos yo tenía una gran conciencia de todo ello. Cuando seguía en el Partido, pensaba (y era en gran parte una visión megalómana, lo reconozco) que al seguir en el Partido en una posición tan abiertamente de oposición (la única un poco coherente y sería que existía y que la inmensa mayoría de los opositores, que no eran opositores por principio, sino contestatarios *por temperamento* no me han perdonado nunca, ni me perdonarán, incluso después de leer este libro), pensaba pues que podía representar la prueba, cuando menos formal, de que una acción de oposición en el interior del Partido era posible sobre bases teóricas y políticas serias, y por tanto que una transformación del Partido era, quizás a largo plazo, posible. Y como mantenía estrecho contacto con todos los antiguos comunistas que conocía (los expulsados o salidos después de la intervención soviética en Hungría, los de 1968 después de la intervención en Checoslovaquia —en que yo había conocido los esfuerzos desesperados y dramáticos de Waldeck Rochet, expulsado a las

puertas de la embajada soviética de París a patadas en el culo, atroz prueba de la que el infeliz nunca se recuperó— y tantos otros notables expulsados que se habían convertido en buenos amigos, como Tilton), puesto que yo tenía también estrechos contactos con todos los grupos izquierdistas poblados de antiguos alumnos míos, e incluso con algunos trotskistas que no obstante nunca me han regalado nada, aunque yo nunca había atacado a Trotski, a quien respetaba profundamente (a pesar de su obsesión militar-persecutoria y su extraña costumbre de estar siempre ausente en los momentos y lugares decisivos de la historia soviética), como toda esta gente sabía *tanto* lo que pensaba *como* lo que decía y escribía (porque no escondía a nadie mis sentimientos: sólo Hélène me preguntaba qué diablos hacía en un Partido que había «traicionado» a la clase obrera en 1968 y tenía toda la razón), nadie se equivocaba sobre mí ni sobre mis sentimientos y mis posiciones, ni sobre la «estrategia» de mis actos y comportamientos. ¿Debo recordar, a guisa de simple ejemplo, que después del drama del Consejo municipal habría tenido razones distintas de las de Rancière para abandonar el Partido? ¿Que, cuando denuncié en la Bastilla el abandono de la dictadura del proletariado, tuve incluso la sorpresa de ver al periodista de *l'Humanité*, que había asistido a mi vibrante «salida» («no se abandona un concepto como a un perro»), redactar *in situ* en compañía de Lucien Sève su reseña, que me dejó leer (no encontré nada que objetar), y que *l'Huma* publicó a la mañana siguiente sin cambiar una palabra?

Salvo quizás quienes no me conocían de cerca y los que no frecuentaban a los izquierdistas, los expulsados y los otros, que sólo me conocían por intermediación suya, podían equivocarse. Y, en realidad, *nunca ninguno* de los antiguos camaradas que habían sido expulsados del Partido o se habían ido en

momentos críticos me hizo ningún reproche por haber permanecido en él. Rancière fue el único que me lo reprochó públicamente, y un buen número de mis amigos ex comunistas o de izquierdas deploraron abiertamente delante de mí su posición.

Lo que me parece esencial y, lo repito, entonces no lo percibía con claridad —muy a menudo he procedido así— sino como por instinto sordo, es que la permanencia en el Partido era entonces, siempre que no se ocupara ninguna función de cuadro permanente completamente aislado del mundo exterior, excepcional para procurar a los militantes una experiencia y, más aún, una formación en la política incomparables. Primero, se podía conocer al Partido por dentro y juzgarlo por sus actos comparando sus formas de organización, de dirección, de presiones a menudo desvergonzadas, en suma, juzgar sus actuaciones por sus principios. ¿Se sabe que ha sucedido con frecuencia en el Partido, en las campañas electorales (por ejemplo recientemente en Antony, pero el ejemplo dista mucho de ser único) proponer la candidatura de un militante de la CGT o incluso del Partido poco conocido por la población local, suscitando bajo la etiqueta de la *extrema derecha* su candidatura para hacer frente a la extrema derecha misma, y por tanto dividirla en el momento del recuento de votos? ¿Se sabe que el «relleno» de las urnas era moneda corriente en los municipios gobernados por el Partido? Los demás hacían otro tanto en sus municipios. (Jean-Baptiste Doumeng, a quien vi un par de veces —quería que le explicara Gramsci— aquel viejo estalinista incondicional de la URSS, era un hombre de negocios seguramente millonario pero perfectamente respetuoso de todas las leyes, incluso si le era preciso, como a todo hombre de negocios serio, ¡darles la vuelta y engañar a hacienda! Infeliz Doumeng, blanco de *Libération* y del *Canard*: sabía lo que se hacía y le importaba un comino las

críticas «tortuosas», diciendo: «Mi conciencia me lo aprueba» ¡y valía, multiplicada por cien, la de todos sus miserables críticos de minucias!) Y no hablo de las prácticas de los municipios, de los servicios de estudios de urbanismo y arquitectos tramposos y de las sociedades de exportación-importación de las que un enorme porcentaje de beneficios pasaba a las cajas del Partido —y si los otros partidos guardan silencio sobre todos estos asuntos más o menos turbios, es porque también ellos practicaban, quizás en menor escala y con menores riesgos (tenían al Estado en su mano) las mismas marrullerías.

En la militancia activa, te podías hacer una idea extremadamente real de las prácticas del Partido y de la contradicción patente entre sus prácticas y sus principios teóricos e ideológicos. Todo esto se lo expuse en 1978 en su cara a Marchais quien, naturalmente, no chistó. ¿Qué podía decir? Era el primero que estaba «en el ajo».

Pero, además del conocimiento del Partido, de sus fuerzas, de su funcionamiento (aquellas elecciones censitarias a cuatro vueltas en el Congreso que denuncié públicamente en 1978 en *Le Monde* y en un opúsculo, hoy inencontrable), se podía adquirir también un conocimiento concreto de la complejidad de la clase obrera organizada dentro del Partido y de la CGT. Digo bien «organizada» dentro del Partido antes que nada, y así se podía descubrir, no sin estupefacción, que el núcleo duro de estos militantes de vanguardia e incondicionales del Partido habían seguido siendo, después del XX Congreso soviético y del XXII francés, igualmente incondicionales feroces de la URSS y de sus intervenciones en Hungría y Checoslovaquia, y más adelante en Afganistán. Se podía descubrir que aquellos militantes y el propio Partido vivían completamente aislados de las capas de obreros adheridos al FO y a la CFDT, de los obreros no sindicados, de la masa de inmigrantes (cf. el

bulldozer de Vitry), empleados, cuadros e intelectuales y pequeño burgueses de toda clase que el Partido se esforzaba en agrupar en organizaciones *ad hoc*, según los principios oficiales de la línea de unión de la izquierda. Lo mismo los católicos, con los que se tenía el mayor cuidado, como con aquellos teólogos, curas o frailes que aceptaban firmar todas las peticiones y llamamientos al voto comunista (siempre me he negado secamente a firmar nada en el orden de recomendación electoral, y casi nunca ninguna petición de otro orden). Lo mismo pasaba con los católicos de los que, en el fondo, los responsables (cf. Garaudy y más adelante Mury y después Casanova) despreciaban en realidad las razones profundas y no comprendían en absoluto sus reacciones, incluso cuando eran públicamente favorables al Partido, y así sucesivamente. Una gran experiencia, no sólo de la práctica del Partido en su alianza con las capas «aliadas», sino también de aquellas capas mismas, y siempre con la ventaja de una comparación crítica que oponía con una evidencia escandalosa la imagen oficial que el Partido, en la sede de su fortaleza de Fabien y de las federaciones vigiladas de cerca por miembros del Comité central o del Buró político, quería dar de sí con la realidad de la ideología, de las actitudes y comportamientos de aquellas capas. Y no hablo de los campesinos, de los que a pesar del Modef que les dedicó, el Partido no quería nunca comprender nada (sobre este punto Hélène era de una experiencia concreta intransigente, había hecho encuestas sobre el terreno para el trazado de autopistas y muchos otros proyectos, que la hicieron célebre en su empresa, la Sedes, y muy mal vista en la comisión agrícola del Partido Comunista).

¿Conocen alguna experiencia que, donde sea, e incluso dentro del PSU o la Liga comunista o los grupúsculos de izquierdas, haya procurado a sus mi-

litantes el equivalente de la experiencia social, política e ideológica de la lucha de clases que podía procurar a los militantes el paso y la permanencia en el Partido? Nadie lo puede negar, ciertamente. Pero es evidente que el análisis y la influencia en las relaciones sociales suponían que el Partido rompiera con todo movimiento, en especial ligado al salariado, a la mejora de los salarios únicamente, etc., para dedicarse al *proceso de producción*; ahora bien esto sólo se hace fuera de él, en las formas ineptas de la autogestión. E incluso si individuos aislados —como Souvarine o Castoriadis, que daban sobre muchos puntos informaciones e ideas justas, pero que se veían abandonados a sí mismos y privados de todo contacto *orgánico* (esta palabra de Gramsci es capital en la materia) con la población activa organizada o fuera de toda organización de lucha— si dichos individuos han podido expresar críticas y en ocasiones (pero mucho más raramente) incluso esbozos de perspectivas, de organización, de prácticas y de lucha en relación con los «movimientos populares» (muy queridos por mi amigo Alain Tóuraine, que tuvo un gran mérito teórico y político sobre este punto), ¿qué impacto podían tener esos individuos aislados sobre los obreros y las masas? Y hay que hacer una diferencia considerable entre los decepcionados e irritados que han salido del Partido porque su experiencia del Partido les había disgustado y los que, bajo un rumor ideológico difuso, se sienten desde siempre decepcionados, irritados y contestatarios, sin haber pasado nunca por el Partido. Una persona irritada que ha tenido la experiencia directa y concreta de las prácticas del Partido y la insostenible contradicción entre sus principios oficiales y sus prácticas efectivas es un irritado que sabe lo suficiente para poder, si así lo desea, *reflexionar sobre las causas de su decepción*, porque sabe bastante bien de qué habla. Creo ser uno de éstos, como todos

los que fueron expulsados del Partido o lo abandonaron a menudo después de experiencias indignantes, si no personalmente terribles (caso raro en Francia, afortunadamente, ¡pero pensemos en Marty y Tillon!). Pueden reflexionar y por tanto determinar con todo conocimiento de causa comparativa una actitud y una «línea» personales. Un irritado que se irrita antes de cualquier experiencia del Partido y sin haber tenido ninguna experiencia del Partido, no es más que un decepcionado y un irritado, no por experiencia sino de *humor*, que no hace más que reflexionar en la comodidad de su sola conciencia, amenizada con los horrores del gulag increíblemente difundidos por los Glucksmann, B.-H. Lévy, etc. ¿Sobre qué reflexiona? Sobre la vaga ideología de la que es portador, una ideología que le llega del exterior y de los escasos contestatarios soviéticos, completamente aislados de su pueblo, ideología que acepta como un dato sin la menor crítica, y que le hace incapaz de una verdadera reflexión sobre la política tanto del Partido como de toda organización o de cualquier otro movimiento de masa espontáneo, incluso cuando es justo y fundamentado.

Es en esto en lo que no puedo evitar ver la razón profunda del fracaso clamoroso de los izquierdistas surgidos del mayo del 68 en Francia y en Italia, sobre todo en Alemania e Italia donde el izquierdismo cayó en el error de una política de atentados que quizás tuviera alguna relación con Blanqui, ¡y aún!, pero mucho más con las manipulaciones invisibles e insospechables entonces (sólo ahora empezamos a saber algo) de los servicios secretos internacionales donde los agentes norteamericanos, soviéticos, palestinos e israelitas se encontraban en un mismo terreno y dentro de las mismas prácticas: las de una subversión aparentemente demente pero cuyos resultados políticos (ante todo «desestabilización» y desmovilización de las clases oprimidas, éstas sí or-

ganizadas a la plena luz de la ley y del derecho), están muy lejos de ser insignificantes. Pero no donde pensábamos encontrarlas, sin haberlas buscado nunca seriamente: la desestabilización de tal parte del mundo para abrir la vía bien a revoluciones de estilo marxista-leninista e incluso maoísta sin porvenir (Camboya, Sendero Luminoso en Perú), o bien a las dictaduras descaradas y torturadoras delegadas del imperialismo USA. No, los «izquierdistas», al apartarse del Partido que les detestaba —no quiero excusar un ápice al Partido—, se privaron del único medio existente *entonces* de actuar *políticamente*, es decir realmente sobre el curso de la historia, que pasaba *entonces* por la lucha dentro del Partido. Hoy, es muy evidente, las cosas han cambiado.

He aquí a grandes trazos lo que tengo que decir sobre los «efectos» de la duración de mi presencia en el Partido y de sus paradojas aparentes. Si examino bien todo esto, los argumentos a primera vista respetables de Rancière y de sus amigos me parecen muy ligeros. Creo, de buen o mal grado, haber servido y bien servido en condiciones extremadamente difíciles no al aparato del Partido que, igual que Hélène, no podía soportar, sino al comunismo, la idea de un comunismo no alineado sobre el deplorable ejemplo del «socialismo real» y de su degeneración soviética, sino la idea y la esperanza de los que en Francia e incluso en el mundo (esto es un hecho, nada de una ilusión hipomaníaca) querían y quieren aún pensar en el advenimiento, un día, ¿pero cuándo?, de una sociedad despojada de relaciones mercantiles, puesto que tal es la definición que prefiero repetir: la del comunismo sin frase, una comunidad humana despojada de todas sus relaciones mercantiles.

Ahora las cosas han cambiado mucho. Hélène tenía razón desde hace mucho tiempo: el Partido, si no directamente, por lo menos de forma indirecta,

ha «traicionado a la clase obrera» a la que decía pertenecer. Después del homicidio de Hélène en 1980, no he vuelto a tener relación con él. Ha habido toda mi dolorosa historia durante la cual el Partido y *l'Humanité* han sido muy correctos conmigo. Jurídicamente estaba privado de toda iniciativa y no he querido cargar al Partido con el peso de un peligroso «homicidio», que no faltaría quien le echase en cara.

Podría también explicarme sobre las razones subjetivas de mi «encuentro», excepcional para mí, con Maquiavelo, Hobbes, Spinoza y Rousseau. Pero prefiero dejar estos ejercicios para otro libro.¹

Sólo quisiera decir aquí que lo más valioso que aprendí de Spinoza es la naturaleza del «conocimiento del tercer género», el de un caso a la vez singular y universal, del que Spinoza nos ofrece un ejemplo brillante y a menudo mal conocido en la historia singular de un pueblo singular, el pueblo judío (en el *Tractatus théologico-politicus*). Que mi «caso» haya sido un «caso» de este orden, como todo «caso médico», «histórico» o «analítico», impone reconocerlo y tratarlo en su singularidad; pero que este caso singular sea universal, resulta de las constantes repetidas (y no de las leyes verificables-falsificables al estilo de Popper) que afloran en cada caso y permiten inducir de ahí el tratamiento teórico y práctico de otros casos singulares. Maquiavelo y Marx no proceden de otra forma, en una lógica que casi ha pasado desapercibida y que será necesario desarrollar.

Lo que debo también directa y personalmente a Spinoza es su sorprendente concepción del cuerpo, que posee «potencias desconocidas para nosotros», y de la *mens* (el espíritu) que es tanto más libre cuanto el cuerpo desarrolla más los movimientos de

1. El autor remite a su proyecto de obra no realizada sobre *La véritable tradition matérialiste* citado en la «Presentación» del presente volumen. (N. del E.)

su *conatus*, su *virtus* o *fortitudo*. Spinoza me ofrecía así una idea del pensamiento que es pensada por el cuerpo, o mejor, pensada con el cuerpo, o mejor aún, pensamiento del cuerpo mismo. Esta intuición se incorporaba a mi experiencia de apropiación y de «recomposición» de mi cuerpo en unión directa con el desarrollo de mi pensamiento y mis intereses intelectuales.

Lo más asombroso que debo a Maquiavelo es la idea-límite de que la fortuna en su esencia no es más que el vacío, y por excelencia el vacío interno del Príncipe, lo que pone en un primer plano en el equilibrio y el juego de sus pasiones el papel del zorro, que permite justamente introducir entre el sujeto-Príncipe y sus pasiones una distancia donde el ser debe poder aparecer como el no-ser y el no-ser como el ser. Esta concepción sorprendente, por poco que se explicita, se asemeja de hecho a la experiencia analítica más profunda, la de la toma de distancia en relación con sus propias pasiones, digamos más exactamente en relación con su contra-transferencia. Lo que he leído en Spinoza y en Maquiavelo, lo había vivido concretamente y es sin duda la razón por la que me tomé un interés tal en «encontrarlo» en ellos. Porque en el fondo, qué preconizaba Maquiavelo si no, mucho antes que Tchernitchevski y Lenin, el problema y la pregunta, ¿qué hacer? ¿Y qué nos indicaba ya Maquiavelo, si no el hecho capital de que, bajo la figura misma del Príncipe, los partidos políticos, entre ellos el PCF, son partes integrantes del aparato ideológico de Estado, el aparato político ideológico constitucional parlamentario, con todo lo que esto supone en la formación ideológica de las masas populares que votan y «creen», con la ayuda del Partido, en el sufragio universal? Ciertamente, no hay sufragio universal para Maquiavelo, pero hay el aparato ideológico de Estado de su tiempo, el que está constituido por la imagen

pública-popular del personaje del Príncipe. Pequeña diferencia solamente, pero cuyo estudio atento está lleno de instrucción para nuestros partidos mismos, y antes que nada los PC que pretenden, Gramsci lo ha comprendido muy bien, la hegemonía ideológica, vía de acceso para la toma del aparato de Estado sin más: nó por su cerco a través de la llamada «sociedad civil», sino por una lucha política directa de las organizaciones políticas obreras contra el propio aparato de Estado.

XX

Era en 1979-1980. Un curso que se anunciaba bajo buenos auspicios. De octubre a diciembre, resistí con éxito a un principio de depresión a la que me sobrepuse por mí mismo, sin hospitalización. A pesar de nuestras perpetuas disputas, siempre separadas por largos períodos de paz y de profunda comprensión, las cosas iban sensiblemente mejor. Por parte de Hélène, ciertamente: sus sesiones con mi analista habían desembocado en resultados patentes para todos. Era infinitamente más paciente, menos cortante, controlaba mucho mejor sus reacciones en el trabajo y, por esto sólo, se había hecho amigos en el trabajo que la apreciaban y querían verdaderamente, y que hablaban de ella como de una personalidad excepcional que había transformado con su experiencia y su inteligencia de los mecanismos sociales, políticos e ideológicos, los métodos mismos de las encuestas sociológicas que eran una de las especialidades de su trabajo, la Sedes. Había puesto en marcha un procedimiento original de investigación sobre el terreno que había conseguido muchos adeptos entre sus compañeros de tra-

bajo. Ya no era sólo yo quien le «mostraba» a mis amigos, sino ella quien me invitaba a casa de los suyos. Cuando se jubiló (para dejar paso a los jóvenes), organizó con gran valor una actividad personal, no remunerada, de encuesta sobre el terreno, en Fos-sur-Mer, adonde iba una vez cada quince días. Consiguió un resultado sorprendente. Había acabado por querer a mis propias amigas, como Franca, a quien visitó por iniciativa propia en Italia cuando ésta enfermó gravemente; cuando su cuñada Giovanna se sintió gravemente deprimida, organizó para ella un viaje a Venecia, lugar que conocía muy bien: Giovanna aún me habla con emoción de aquella generosa iniciativa. Quería sinceramente a Hélène, como todos los que habían hecho un cierto esfuerzo por conocerla, pero nunca habría imaginado semejante y tan delicada atención por su parte. Podría multiplicar los ejemplos.

Por mi parte, las cosas también mejoraban. Ciertamente —y sin saber verdaderamente por qué—, se me hacía más y más difícil dar mis cursos, a los que me dedicaba encarnizadamente, pero sin un gran resultado. Me refugiaba en la corrección de los trabajos de los alumnos, que les comentaba en privado, y en algunas intervenciones puntuales sobre tal o cual punto de la historia de la filosofía. Pero mis relaciones con mis amistades femeninas habían cambiado seriamente.

Pienso en una de ellas, a quien conocía desde 1969. Al principio, sospechando que sentía una gran pasión por mí, había empezado a la vez, según mi reacción y mi técnica de protección, a dar los primeros pasos y a defenderme en seguida ferozmente. Como ella era fuerte pero de una extremada sensibilidad, muy inquieta y capaz de reacciones vivas, mantuvimos durante mucho tiempo relaciones tumultuosas, en especial por mi parte, lo reconozco de

buen grado. Después, ya porque yo hubiera evolucionado suficientemente, bajo el efecto de mi análisis, ya porque hubiera comprendido que ella en realidad no quería «ponerme la mano encima» y que no tenía ninguna «idea sobre mí», vi pronto en ella a una verdadera amiga, y nuestra relación, más o menos, no sin desacuerdos aún pero menos hirientes, fue mejorando. Me prestó inmensos servicios, que no todos mis amigos han apreciado de la misma forma (según ellos, como para muchas enfermeras, habría sido necesario que fuera mucho más enérgica conmigo), durante mi larga hospitalización (de 1980 a 1983) y ha contribuido en gran medida a ayudarme a sobrevivir. Nuestra amistad se convirtió en nuestro bien común.

Pero además me había vuelto extremadamente atento a mi manera de abordar a las mujeres, y quise y sobre todo pude proporcionarme a mí mismo la prueba cuando, hacia 1975, observé por casualidad, al final de una Feria del libro, cuando las casetas estaban casi desiertas y la inmensa sala casi vacía, a una joven bajita, morena y con el famoso perfil. Delgada, tímida, púdica, avanzaba en el vacío de la inmensa sala hacia la caseta en la que me había quedado. Compró un libro mío, hablamos, le aseguré que si podía ayudarla en sus estudios, lo haría de buena gana. Ni una palabra ni un gesto de más: me lo hubiera reprochado horriblemente, tal era mi convicción de que no tenía que caer otra vez en mis antiguos modales, sino tratarla con el máximo respeto, respetando su propio ritmo. En efecto, lo importante es que hubiera *podido* cambiar de actitud hasta este punto, signo de que algo importante, incluso decisivo, había «cambiado» en mí. Me telefoneó, la vi, nada pasó en seguida, era por mi parte una actitud totalmente nueva, y una larga historia, en la que dos seres se buscaban a tientas, empezó entre nosotros, lenta pero seguramente, sin que la

hubiera forzado. Tenía la impresión de empezar a saber por fin qué significa amar.

Fuimos verdaderamente felices, Hélène y yo, cuando uno de sus compañeros de trabajo (un hijo de René Diatkine, economista) nos invitó a Grasse para Navidad, en casa de uno de sus amigos, Jean-Pierre Glayman (el hijo del famoso secretario de célula de 1939); después en Pascua, cuando hicimos nuestro segundo y último viaje a Grecia. En Atenas, donde tuvo lugar el incidente que ya he relatado, alquilé un coche y partimos a nuestro antojo, a la aventura, para descubrir sobre la costa nordeste una maravillosa playa con guijarros de colores, bajo los altos eucaliptos y los pinos sacudidos por el viento y el sol. ¡Qué felicidad!

Volvimos a París y fue entonces cuando empezaron a acumularse las dificultades, algunas totalmente imprevistas e imprevisibles.

No se manifestaron por el lado de mis iniciativas intelectuales. Me encontraba, debo reconocerlo, en un período de gran facilidad: nada se me resistía. Reflexionando sobre los estrechos límites en los que habíamos trabajado sobre Marx y el marxismo, y para sacar de mi autocrítica antiteorícista sus consecuencias prácticas, proponía constituir un grupo de investigación para estudiar no sólo una teoría social o política determinada, sino para reunir los elementos ampliamente comparativos sobre el tema de la relación material aleatoria entre los «movimientos populares» por una parte y, por otra, las ideologías que se han dado o de que se han investido y, finalmente, las doctrinas teóricas que les han recubierto. Ya se ve que intentaba proponer un trabajo de investigación sobre la relación concreta entre el aspecto *práctico* de los movimientos populares y su relación (directa, indirecta, ¿perversa?) con las ideologías y con las doctrinas teóricas que les estuvieron ligadas o lo permanecen aún en el curso de la histo-

ria. Naturalmente, la pregunta de cómo estos movimientos se constituyeron en *organizaciones* no podía dejar de hacerse a propósito de la constitución o de la transformación de las ideologías y de las doctrinas teóricas: estaba comprendida en ellas. Un proyecto de muy vasto alcance, que consideraba de actualidad para la investigación e incluso la vía teórica y política, se puso en marcha, bajo la sigla CEMPIT (Centro de estudios de los movimientos populares, de sus ideologías y doctrinas teóricas). Adherí al proyecto a la dirección de la École, que me concedió algunos créditos, al ministerio que me los prometió, me aseguré el acuerdo de un centenar cumplido de historiadores, sociólogos, politólogos, economistas, epistemólogos y filósofos de todas las competencias y tendencias, celebré en la École, en marzo de 1980, una reunión fundacional y muchos grupos empezaron a trabajar. Intencionadamente, queríamos trabajar sobre «casos» tan distintos como el movimiento obrero occidental, el Islám, la China, el cristianismo, los campesinados, para llegar, si era posible, a resultados comparativos. Mantuvimos varias reuniones con la participación de especialistas que conseguí hacer venir de provincias e incluso del extranjero. Tenía contactos personales con tres historiadores, sociólogos y filósofos soviéticos muy notables: uno trabajaba sobre los movimientos populares en la Rusia prerrevolucionaria, el otro sobre las religiones de África y el tercero sobre las ideologías, la oficial y las otras, en la URSS. El proyecto estaba bien lanzado —con gran temor de uno o dos de mis mejores amigos que, viéndome más bien hipomaniaco, temían lo peor— y los grupos formados en plena actividad, cuando tuve que afrontar una pequeña dificultad personal totalmente inesperada, pero que provocó graves consecuencias.

A finales del año 1979, empecé a sufrir el efecto de

agudos dolores esofágicos y muy a menudo devolvía lo que ingería. El doctor Étienne, de medicina general ciertamente, pero gastroenterólogo por formación, me hizo hacer una endoscopia y ante los inquietantes resultados me hizo radiografiar: hernia de hiato. Era necesario operarme, si no podía temer más adelante la aparición de úlceras esofágicas, cuyo pronóstico es con frecuencia muy grave. En dos ocasiones se fijó la fecha de la operación, antes de Pascua de 1980, y por dos veces, presa de un grave presentimiento (decía a quien quería escucharme que «la anestesia lo trastornaría todo»), hice aplazar la operación. Ante la insistencia de los médicos, acabé por ceder. La operación tuvo lugar después de nuestro feliz viaje a Grecia, en la Maison des Gardiens de la Paix, en el bulevar Saint-Marcel. Hasta el último instante trabajé intensamente en mi pequeña cama del hospital en los dosiers del CEMPIT que me había traído.

Técnicamente la operación transcurrió bien. Me administraron las drogas de una anestesia profunda y me desperté preso de una angustia irreprimible (mientras que algunos años antes, por una hernia inguinal y apendicitis, había sufrido dos anestесias sin ninguna consecuencia). Esta anestesia y la primera angustia me lanzaron poco a poco en una nueva «depresión» que, por vez primera, no era de carácter neurótico y «dudosa», no abierta, sino una *melancolía* aguda completamente clásica, cuya gravedad alertó seriamente a mi analista: «Por vez primera, que yo sepa, me dijo más tarde, usted presentaba todos los signos de una melancolía clásica aguda y, por añadidura, grave e inquietante».

Iba tirando como podía, como siempre intentando luchar con todas las fuerzas, «empujando el tiempo» interminable de vivir, con el apoyo de Hélène, de mi analista, etc., contra mi angustia y mi deseo de que me proporcionaran el abrigo de una clínica. Pero esta vez veía muy bien que no era como antes.

Mientras, mi estado no dejaba de agravarse. Y el primero de junio de 1980 ingresé de nuevo en una clínica, pero en esta ocasión en la clínica del Parc-Montsouris (calle Daviel), y ya no como antes, en Le Vésinet. Los directores de Le Vésinet, Monsieur y Madame Leullier, psiquiatras los dos y viejos amigos de mi analista, se habían jubilado, y mi analista no conocía a su sucesor. Pero no era ésta la razón esencial: quería ahorrar a Hélène los interminables desplazamientos en metro (una hora y media larga, tres horas por lo menos de ida y vuelta) entre la École y Le Vésinet.

Hay que comprender en qué estado podía encontrarse Hélène. Durante años había tenido que sobre llevar el peso y la angustia de mis depresiones y de mis estados hipomaníacos, y no sólo de mis depresiones sino, lo que era infinitamente más duro, los interminables meses (o semanas) en los que yo vivía, en una angustia creciente, luchando y apelando constantemente a ella, antes de decidirme por la hospitalización. Cuando estaba hospitalizado, ella vivía en soledad, con el solo fin de visitarme, prácticamente todos los días, y volver sola a una casa vacía, sola con su angustia. Pero lo que le suponía una prueba, que a la larga se había hecho insostenible, eran las llamadas telefónicas de mis múltiples amigos e innumerables conocidos, que no cesaban de preguntar por mí y pedir noticias detalladas sobre mi estado. Hélène tenía que repetir sin tregua las mismas frases y, en especial, padecía porque nadie preguntaba por ella, por su estado y su miseria moral: con muy raras excepciones, para todos estos amigos, ella no existía, ya no existía. En las llamadas sólo se trataba de mí, nunca de ella. No sé quién hubiera podido soportar, a la larga —y aquello duraba, con intermitencias ciertamente, pero siempre sobre el mismo tema, desde hacía casi treinta años— aquel régimen; en cualquier caso ella lo vivía

como un suplicio y por añadidura como una incomprensión y una injusticia intolerables para con ella. Y, puesto que sabía que yo estaba sujeto a recaídas, vivía los intervalos en el mejor de los casos como la espera repetida de la recaída, en especial cuando me encontraba en un estado hipomaniaco que le resultaba totalmente intolerable, tanto mis provocaciones y mis agresiones ininterrumpidas eran hirientes, casi mortales para ella. Todo ello tenía que vivirlo sola y por indiferencia o torpeza u otra razón distinta, ninguno de mis amigos, con algunas raras excepciones, lo tenía aparente o realmente en cuenta. René Diatkine por lo menos había pensado en ahorrarle la larga fatiga cotidiana de tres horas de metro.

Permanecí de junio a setiembre en la clínica Montsouris en condiciones bastante insoportables: personal muy reducido, médico desconocido y poco accesible, que me parecía un extraño cuando lo veía, un jardincillo sórdido de seis metros cuadrados delante del inmueble sin ninguna vista, en suma un cambio brutal y traumático en comparación con el «lujo» y la comodidad del Vésinet donde tenía un gran parque y, si puedo decirlo, mis «costumbres», y enfermeras y médicos que manifiestamente me querían o que había sabido seducir desde la época en que les conocía.

Se apresuraron a prescribirme niamida (imao).^{*} Esta droga pocas veces administrada a causa del peligro que presentaba (el célebre *cheese effect* en particular) y a causa de espectaculares efectos secundarios, antes siempre me había sentado de maravilla, y, caso totalmente excepcional, muy rápidamente y sin ningún efecto secundario. Ahora bien, ante la sorpre-

^{*} Inhibidor de la MAO (monoaminooxidasa). Medicamento antidepresivo. Produce, en algunos casos, severos efectos secundarios y debe administrarse acompañado de un régimen alimenticio muy estricto. Hoy en día se prescriben con muy poca frecuencia. (N. de la T.).

sa total de mis médicos, funcionó de forma muy distinta en esta ocasión. No sólo no se hizo sentir el rápido efecto esperado, sino que caí rápidamente en un grave estado de confusión mental, de onirismo y de persecución «suicida».

No entraré aquí en los detalles técnicos que los curiosos pueden obtener en el primer tratado de psiquiatría y farmacología a mano. De hecho los antidepresivos pueden producir efectos de este orden, lo que se observa con mucha frecuencia en los casos de melancolía aguda. Porque en esta ocasión no «hacía» una depresión atípica o dudosa, una «falsa» depresión llamada «neurótica», y la hospitalización no había producido en mí el apaciguamiento inmediato que con anterioridad siempre había conocido *en todos los casos*. Sobre eso, todos los médicos que pudieron observarme en Montsouris están de acuerdo, no sólo los médicos psiquiatras del servicio, sino también el doctor Angelergues, a quien conocía y que vino a verme muy a menudo, y mi analista que era el primero en conocer, desde hacía tiempo, mis reacciones habituales.

Después de la muerte de Hélène, mi analista me confió una hipótesis que no había formulado él mismo, sino recogido de boca del doctor Bertrand Weil, a quien yo había consultado antaño por molestias aparentemente orgánicas, y que poseía una vasta cultura médica y también biológica. Aquel médico pensaba que mi operación, es decir ante todo mi anestesia general, había podido provocar en mí un «choque biológico» cuyo mecanismo, que ahorro al lector, más tarde me fue explicado con detalle (ante todo ponía en juego el metabolismo de las drogas por el hígado): se trataría de una grave perturbación de mis «equilibrios biológicos», provocada por el choque operatorio y en especial por el choque anestésico, provocando efectos inversos y paradójicos.

Fuera como fuera, entré en un estado de semicons-

ciencia, a veces incluso de inconsciencia total y de confusión mental. Ya no disponía de los movimientos de mi cuerpo, me caía sin cesar, vomitaba sin parar, ya no veía con claridad, orinaba de forma desordenada; ya no disponía de mi lenguaje (confundía una palabra con otra), ni de mis percepciones, que no podía ni seguir ni encadenar, ni *a fortiori* de mi escritura, y presentaba formas de discurso delirantes. Por añadidura, no cesaba de vivir por la noche atroces pesadillas, que se prolongaban muy largamente en el estado de vigilia, y «vivía» mis sueños en el estado de vigilia, es decir actuaba según los temas y la lógica de mis sueños, tomando la ilusión de mis sueños por la realidad, y me sentía entonces incapaz de distinguir en estado de vigilia mis alucinaciones oníricas de la simple realidad. En estas condiciones desarrollaba sin cesar ante quien me visitaba los temas de la persecución suicida. Pensaba intensamente que unos hombres querían mi muerte y se preparaban para matarme: un barbudo en particular, que seguramente había apercibido entre el servicio; o bien, un tribunal que celebraba sesión en la habitación de al lado para condenarme a muerte; o también, hombres armados de fusiles con teleobjetivo que me abatirían apuntándome desde las ventanas de las casas de enfrente; finalmente las Brigadas Rojas que me habían condenado a muerte e irrumpirían en mi habitación de día o de noche. No he guardado en la memoria todos aquellos detalles alucinantes, para mí están cubiertos, excepto por destellos, por una pesada amnesia, pero los conozco por muchos amigos que vinieron a verme, por los médicos que me cuidaban, y por el exacto y concordante resumen de sus observaciones y testimonios que he recogido después.

A todo este sistema «patológico» se añadía un delirio suicida. Condenado a muerte y amenazado de ejecución, sólo tenía un recurso: adelantarme a la

muerte infligida matándome preventivamente. Imaginaba todo tipo de salidas mortales, y por añadidura no sólo quería destruirme físicamente, sino también destruir toda huella de mi paso por la tierra: en particular destruir hasta el último de mis libros y todas mis notas y también quemar la École, e incluso, «si era posible», suprimir, ya que estaba en ello, a Hélène misma. Por lo menos así se lo confié a un amigo que me lo refirió en estos términos. (Sobre este último punto, he recogido únicamente este testimonio.)

Sé que los médicos se inquietaron mucho por mi suerte. No temían que me matara —estaba protegido de ello, según parece, por las condiciones y protecciones de vigilancia de la clínica, aunque nunca se sepa en un caso así—; temían en especial que estos graves problemas provocaran en mí un estado *irreversible*, condenándome a una hospitalización de por vida.

Después de un largo plazo de este régimen, decidieron suprimirme los imaos, a los que consideraban responsables de aquellos inquietantes efectos secundarios y, después de la espera reglamentaria (quince días), me prescribieron el anafranyl en inyecciones. Este nuevo tratamiento pareció tener éxito y al cabo de cierto tiempo, me juzgaron capaz de salir de la clínica. Salí pues de la clínica para volver a la École. Pero todos mis amigos coinciden en que dejé la clínica en muy mal estado.

Me reuní con Hélène y, como muchas veces, nos fuimos al Midi para encontrar allí la paz, el viento y el mar. Sólo nos quedamos ocho o diez días y volvimos a casa: mi estado se había agravado otra vez.

Fue entonces cuando Hélène y yo conocimos las peores pruebas de nuestra vida. Todo había empezado en la primavera precedente, pero en forma episódica, con auténticas treguas que daban paso a la esperanza. En esta ocasión tomaron un giro impla-

cable y duraron sin tregua hasta el fin. No sé qué régimen de vida impuse a Hélène (y sé que he podido ser realmente capaz de lo peor), pero declaró con una resolución que me aterrorizó que ya no podía vivir conmigo, que era un «monstruo» para ella y que quería dejarme para siempre. Se puso a buscar una vivienda de forma ostensible, pero no la encontró en seguida. Entonces adoptó disposiciones prácticas que me resultaron insoportables: me abandonaba en mi propia presencia, en nuestro propio piso. Se levantaba antes que yo y desaparecía durante todo el día. Si acaso se quedaba en casa, se negaba a hablarme e incluso a cruzarse conmigo: se refugiaba ya en su habitación, ya en la cocina, daba portazos y me prohibía la entrada. Se negaba a comer en mi compañía. Empezaba el infierno a dos a puertas cerradas en una soledad deliberadamente organizada, alucinante.

Me sentía desgarrado por la angustia: como se sabe, siempre experimenté una intensa angustia de que me abandonaran, y sobre todo ella, pero aquel abandono en presencia mía y a domicilio me parecía lo más insoportable de todo.

Sordamente sabía que ella no podría, en verdad, dejarme, e intenté, pero en vano, atenuar mi angustia con ese pensamiento, del que a decir verdad yo no estaba totalmente seguro. Entonces Hélène empezó a desarrollar otro tema, latente en ella desde hacía meses, pero que en esta ocasión tomó un cariz espantoso. Me declaró que no tenía otra salida, dado el «monstruo» que yo era y el sufrimiento inhumano que le imponía, que matarse. Ostensiblemente reunía y exhibía las drogas necesarias para su suicidio, pero hablaba también de otros medios, incontrolables: ¿acaso nuestro amigo Nikos Poulantzas no se había suicidado recientemente lanzándose, en una crisis aguda de persecución, desde el piso veintidós de la torre de Montparnasse? ¿Otro amigo no se ha-

bía lanzado bajo un camión pesado, y un tercero bajo un tren? Me citaba aquellos medios, como si dejara para mí la elección. Y me aseguraba con la fuerza de una convicción, y en especial en un tono que le conocía demasiado para dudarlo verdaderamente, que no se trataba de palabras en el aire sino de una decisión irrevocable. Sencillamente, elegiría el medio y la hora, sin avisarme evidentemente.

También en esto, sordamente, pensaba que sería incapaz de matarse. Me decía que yo tenía demasiados ejemplos detrás de nosotros, y que en el fondo ella estaba demasiado ligada a mí, me amaba con un amor visceral tal que sería incapaz de pasar al acto. Pero tampoco en esto me sentía completamente seguro. El colmo llegó un día en que me pidió sencillamente que yo mismo la matara, y aquella palabra, impensable e intolerable en su horror, me hizo estremecer durante mucho tiempo de pies a cabeza. Aún me estremece. ¿Quería significarme en cierto modo que era incapaz, no sólo de abandonarme, sino de matarse por propia mano? En suma, aún me quedaba un recurso, no me quedaba otro: dejar pasar el tiempo para que, como después de tantas crisis agudas en el pasado, acabara por apaciguarse, entrar en razón y aceptar lo que quería en lo más profundo de sí misma: no abandonarme, no matarse, sino seguir viviendo conmigo, para amarme como siempre.

Todo este tiempo infernal fue, como acabo de escribir, un tiempo a puertas cerradas. Aparte de mi analista, que ella veía y yo veía, no vimos prácticamente a nadie (la École aún no había vuelto a su ritmo normal). Vivíamos encerrados los dos en la clausura de nuestro infierno. Ya no contestábamos ni al teléfono, ni al timbre de la puerta. Parece incluso que yo había colocado, sobre la pared exterior de mi despacho, una especie de cartel muy visible en el que había escrito a mano: «ausentes por el momen-

to; no insistan». Amigos que habían intentado llamarnos y pudieron leer aquel texto en mi pared, me dijeron, mucho tiempo después, que siempre se reprocharán no haber intentado «forzar mi puerta». Pero, si lo hubieran intentado, ¿cómo se las habrían arreglado, a menos de echarla abajo? Porque yo ya no la abría.

Tuvo que pasar el tiempo en este horrible encierro y soledad cerrados, en lo que los amigos más tarde han denominado un «callejón sin salida», un «infierno de dos» o aún, para hacer bien las cuentas, «un infierno de tres», si añadimos a nuestras personas la de mi analista a quien hicieron responsable de no haber intervenido.

No obstante mi analista sí había intervenido. Tuve que verle por última vez el 15 de noviembre, y me dijo que esta situación no podía continuar, que era necesario que yo aceptara la hospitalización. Se había informado sobre el nuevo director de Le Vésinet, a quien no conocía personalmente. Los informes obtenidos eran excelentes. Pasando por encima de todos los inconvenientes que presentaba Le Vésinet para Hélène, había estimado que me acogerían muy bien (me permito recordar que yo conocía Le Vésinet muy bien, tenía mis facilidades y todos los tratamientos con imaos habían tenido éxito de forma notable y rápida) y donde me cuidarían bien (él no conservaba un buen recuerdo de mi estancia en Montsouris, juzgando que las condiciones no me habían sido favorables). Había telefonado a Le Vésinet, podían ingresarme en dos o tres días. Seguramente yo no dije que no, pero en cualquier caso ya no recuerdo mi respuesta exacta.

Pasaron los dos o tres días, nada ocurrió. He sabido después que el jueves día 13 y el viernes 14 de noviembre, Hélène vio a mi analista y le suplicó que le concediera un plazo de tres días antes de cualquier hospitalización. Mi analista cedió sin duda a

su súplica, y quedó convenido que, salvo algún nuevo acontecimiento, yo entraría en Le Vésinet el lunes 17 de noviembre. Mucho más tarde encontraría en mi correo de la École una carta urgente de Diatkine, fechada y sellada el viernes 14 por la tarde, que pedía a Hélène una respuesta telefónica de «máxima urgencia». La carta llegó a la École el 17, no sé por qué razón (¿retraso del correo? ¿o el guardián de conserjería no había podido encontrarme, puesto que no contestaba ni al teléfono ni al timbre de la puerta?). En cualquier caso, después del drama. Recuerdo que mi analista no podía llamarme ni llamar a Hélène por teléfono: *ya no contestábamos*.

El domingo 16 de noviembre a las nueve de la mañana, cansado por una noche impenetrable y que nunca después he podido penetrar, me encontré a los pies de mi cama, en bata, con Hélène tendida delante de mí, y yo que seguía dándole masajes en el cuello, con la sensación intensa de que me dolían mucho los antebrazos: evidentemente por aquel masaje. Después comprendí, no sé cómo, salvo por la inmovilidad de sus ojos y aquella pobre punta de la lengua entre los dientes y los labios, que estaba muerta. Me precipité fuera de nuestro apartamento hacia la enfermería, donde sabía que encontraría al doctor Étienne, gritando. La suerte estaba echada.

-
,

XXI

El doctor Étienne después de administrarme una inyección y haber hecho algunas llamadas telefónicas, me condujo a toda prisa en su coche hasta Sainte-Anne, donde me hospitalizaron de urgencia. Entraba entonces en una nueva noche, y lo que voy a contar, no lo supe hasta mucho más tarde, a través de mi analista y de mis amigos.

Es «reglamentario» que un enfermo afectado por «problemas psíquicos» sea conducido primero a las dependencias de la policía (anejas a Sainte-Anne) para la constatación de rigor. Por regla general se deja al reo allí veinticuatro horas, completamente desnudo, en un cuarto de alta seguridad equipado sólo con un colchón en el suelo, antes del primer interrogatorio, y la consulta del psiquiatra de servicio de la policía, que decide la hospitalización en Sainte-Anne, al lado. Este procedimiento, que es reglamentario, puede sufrir excepciones en caso de extrema urgencia y gravedad. Supe más adelante que al saber que me habían transferido directamente a Sainte-Anne, sin pasar por el servicio de policía, el ministro de Justicia, un antiguo «normalien», Alain

Peyrefitte, se puso furioso y telefoneó al director de la École, Jean Bousquet, para pegarle una bronca terrible. Bousquet, irreproachable en toda esta historia, le respondió que yo me encontraba bajo sus órdenes, que estaba muy enfermo y que apoyaba totalmente la iniciativa del doctor Étienne, a quien Peyrefitte hizo también sentir su cólera, pero a través de una tercera persona.

Fue sin duda por un redactor de la AFP por quien mis amigos supieron de la muerte de Hélène y propagaron la noticia entre ellos, comunicándola muy pronto a mi analista. Todos se sintieron trastornados y hasta los resultados de la autopsia (que dio como conclusión muerte por «estrangulación») no pudieron creer, mi analista el primero, que yo hubiera matado a Hélène, sino que se imaginaron que me acusaba alucinatoriamente de una muerte accidental de la que no era el autor.

La noticia, un buen «scoop», ocupó la primera página en los periódicos franceses y extranjeros, y rápidamente dio lugar en ciertos medios a los «análisis» y comentarios que se pueden imaginar.

Por aquel entonces yo era muy conocido, «normalien», filósofo, marxista y comunista, casado con una mujer poco conocida pero aparentemente notable. En conjunto, la prensa francesa (e internacional) fue muy correcta. Pero ciertos periódicos se lo pasaron en grande: no citaré sus nombres ni las firmas a veces célebres que aparecieron en artículos a la vez malintencionados y delirantes. Sus autores desarrollaron cinco temas con una manifiesta complacencia satisfecha: la complacencia de una revancha política a la que este «crimen» ofrecía al fin la ocasión de saldar definitivamente una vieja cuenta, no sólo hacia mi persona, sino hacia el marxismo, el comunismo y... la filosofía, por no hablar de la École Normale. No caeré en la crueldad de citar estos textos extraordinarios o a sus autores en ocasiones céle-

bres: que el silencio caiga sobre sus lucubraciones y sus desbordamientos. Y por otra parte, por poco honrados que sean, se reconocerán en lo que sigue. Para ellos queda ponerse en paz, si eso es posible, con su conciencia. En lo que apareció en Francia y en el extranjero, se pueden leer en efecto artículos sobre los temas siguientes: 1) marxismo = crimen; 2) comunismo = crimen; 3) filosofía = locura; 4) escándalo porque un loco, desde hace tiempo loco, haya podido enseñar en la Normale desde hace más de treinta años a generaciones de filósofos que nos encontramos por todas partes, en los liceos, guiando a «nuestros hijos»; y 5) escándalo porque un individuo, un criminal, se haya podido beneficiar de la protección abierta del *establishment*: ¿se imagina por un momento lo que le hubiera pasado a un simple argelino que se encontrara en su caso?, osó incluso decir un periódico «centrista». Althusser ha escapado gracias a las «altas protecciones» de las que goza: el *establishment* de la Universidad y de los intelectuales de todo pelo se han coaligado automáticamente para desplegar a su alrededor el silencio y librar a uno de los suyos de los rigores «reglamentarios», incluso de la ley quizás. En suma, me había protegido la AIE de enseñanza de la que era miembro. Cuando se sabe que los comentarios siguieron durante mucho tiempo, porque fue necesario tiempo para que intervinieran en primer lugar los resultados de la autopsia y luego la decisión del no ha lugar, ya se puede imaginar qué atmósfera de «caza del hombre», tanto más temible puesto que era difusa como el rumor público que acompañaba los golpes de cierta prensa, debieron vivir mis amigos desamparados. Digo mis amigos, puesto que no tenía familia. Mi padre había muerto en 1975 y mi madre muy vieja aunque muy lúcida, era totalmente indiferente. Bousquet, muy digno, tuvo que intervenir personalmente para rectificar en la prensa informa-

ciones totalmente inexactas y difamatorias. Tuvo el valor de hacerlo y corrió con el riesgo público. Aseguró que yo siempre había cumplido con mi labor y mi enseñanza de forma perfectamente honrada e irreprochable, que a su lado en la École fui un perfecto colaborador, conociendo mejor que nadie a mis propios alumnos, y que un enfermo tiene derecho a la defensa de su director. Este suave arqueólogo, que no vivía y no vive más que para sus excavaciones en Delfos, demostró ser un hombre de valor, de acción y de generosidad. Naturalmente, fui también «defendido» no sólo por todos los «caimanes» de la École, sino también por todos los filósofos que, según un periodista, «cerraron filas alrededor de Althusser».

De todo esto, naturalmente, nada supe en aquel momento, ni incluso durante un largo período. El médico que me cuidó en Sainte-Anne, con una atención y una generosidad que tanto me emocionaron, velaba para que ninguna noticia me llegara: temía con sobrada razón que me traumatizara y que mi estado se agravara por ello. Por esta razón «bloqueó» la inmensa correspondencia que me dirigieron entonces, muy a menudo por desconocidos que me llenaban de insultos (¡comunista criminal!) frecuentemente cargados de fuertes resonancias, incluso de amenazas sexuales. Por esta razón también tomó la decisión de prohibir cualquier visita, al no saber quién podía venir y para contarme qué. Por encima de todo (y este temor inspiraría a todos mis médicos no sólo en Sainte-Anne, sino mucho tiempo más tarde en Soisy, adonde fui transferido en junio de 1981), mi médico temía que un periodista pudiera colarse en el hospital, sacar fotos, recoger vagas informaciones y hacer aparecer en la prensa un artículo escandaloso. Este temor no era imaginario. Supe después que un periodista de un gran semanario francés consiguió procurarse (sin duda sobor-

nando a un enfermero del lugar) una fotografía mía donde se me veía sentado en mi cama ante mis tres compañeros de dormitorio. El semanario tenía la intención de publicar este documento bajo el titular: «El filósofo loco Louis Althusser prosigue en Sainte-Anne, ante sus compañeros detenidos, sus conferencias de marxismo-leninismo». Afortunadamente el abogado que mis amigos habían consultado (para informarse del procedimiento judicial), sin duda informado por un periodista que juzgaba poco elegante el comportamiento, intervino y la foto comentada no apareció. Pero el temor a los periodistas de escándalo debía obsesionar a todos mis médicos hasta el fin, incluso después de acabar mi hospitalización: no se equivocaban, porque mucho tiempo después de acabar mi hospitalización aparecieron en la prensa detalles imaginarios sobre mi existencia, y que raramente eran benévolos. Como no pretendo pasar *a posteriori* ninguna cuenta personal, de la que no tengo ganas ni deseo, se me permitirá no volver a hablar de este aspecto de las cosas que no obstante afectaron gravemente mis condiciones de hospitalización y mi propia angustia, y en especial a mis amigos y médicos.

Por tanto no tenía derecho a visitas, juzgadas por todo tipo de razones muy peligrosas. Por el contrario, recuerdo haber podido hablar, casi cada día hacia el mediodía, con una gran amiga de Hélène y mía, que trabajaba en Sainte-Anne y que, al poder circular libremente, venía a verme. ¡Qué alivio poder al fin hablar con alguien que conocía bien a Hélène y me conocía! Más adelante me dijo que en un principio me había encontrado casi totalmente postrado, incapaz de seguir la conversación, pero feliz de verla. Por el contrario, guardo un recuerdo preciso de mis observaciones con los expertos que nombraron para examinarme. Tres hombres viejos con traje oscuro vinieron sucesivamente para sacarme

de mi habitación y llevarme a una especie de despacho bajo el tejado (una habitación minúscula: si te levantabas sin precaución, te golpeabas la cabeza con las vigas del techo). Se sentaban ritualmente delante de mí, sacaban de su cartera un manojo de papeles y una estilográfica, me hacían preguntas y escribían interminablemente. No guardo ningún recuerdo ni de sus preguntas ni de mis respuestas. Mi analista vino también a verme frecuentemente, siempre en el mismo despacho bajo el tejado. Recuerdo mi interminable pregunta: ¿cómo puede ser que haya matado a Hélène?

Más tarde supe que, dos días después de mi internamiento, el juez de instrucción encargado del caso vino, según el reglamento, a Sainte-Anne, para interrogarme, pero parece que me encontraba entonces en un estado tal que no pudo sacarme ninguna declaración.

No sé si me administraron antidepresivos (distintos a los imaos) en Sainte-Anne. Sólo recuerdo haber ingerido, cada anochecer, enormes dosis de cloral, aquel antiguo medicamento siempre eficaz, que hacía, ante mi gran satisfacción, que durmiera tan bien (a pesar de las altas ventanas sin cortinas del hospital) que cada mañana me costaba mucho trabajo despertarme. Pero aquella prolongación del sueño me resultaba agradable: todo lo que puede hacer escapar de la vuelta brutal a la angustia es bueno para tomar. Por el contrario, sé que me administraron una docena de electrochoques: por tanto, debía de estar muy deprimido. Naturalmente, los electrochoques bajo narcosis y curare, como me los habían suministrado en la Vallée-aux-Loups, y otras veces en Le Vésinet mismo, antes del descubrimiento de los imaos. Vuelvo a ver aún al joven médico de cara sonrosada que entraba la «máquina» eléctrica dentro de mi habitación y, antes de pasar a las operaciones, me soltaba largos, y si puedo decirlo, ale-

gres discursos sobre los electrochoques y sus ventajas. De esta manera entraba en la «pequeña muerte» sin demasiado temor, pero a pesar de todo sentía un viejo horror.

Las condiciones materiales de existencia en Sainte-Anne eran verdaderamente inimaginables, en especial el gran refectorio en el que tenías que procurarte el plato y los cubiertos (tenías que lavar los cubiertos después de la comida en una cubeta de agua infecta, no los platos, nunca comprendí por qué), te sentabas a la mesa al lado de no importa quién, y los guardias dejaban en desorden sobre la mesa inmensas fuentes de alimentos asquerosos. No obstante, allí me hice con un verdadero amigo: un antiguo maestro que no podía enseñar, un «crónico» según la terrible palabra de circunstancias, que tenía derecho a salir y más tarde me llevó periódicos. Dominique estaba enfermo, era un enseñante como yo, me dejaba hablar y me comprendía: un verdadero amigo a quien podía, por su discreción, confiarle todo. No he olvidado su atención ni su generosidad, he intentado volverlo a encontrar, pero no lo he conseguido. Si un día leyera este librito, me gustaría que se pusiera en contacto conmigo. Iba a comprometerle más tarde en una iniciativa muy inocente, pero que armó ruido en el hospital.

Después he sabido que, durante todo aquel tiempo, mis amigos más próximos, sin saber exactamente la suerte que podía correr, detenidos en primer lugar por los resultados del examen pericial y después por la decisión del no ha lugar (que sólo medió a principios de febrero, creo) vivieron en la más profunda confusión e hicieron todo lo posible para ayudarme, desde el exterior, como pudieron. Fue entonces cuando se descubrieron los que se revelarían más fieles y más devotos. Hecho singular, fueron en general los más próximos, pero no siempre, y entre los próximos, algunos se alejaron abiertamente.

Aquella división me daría más adelante en qué pensar. La locura, el hospital psiquiátrico, el internamiento pueden horrorizar a algunos hombres o mujeres, que no pueden abordar o soportar la idea sin una gran angustia interior, que puede llegar a impedirles visitar a su amigo, o incluso intervenir en lo que sea. En este aspecto, no puedo dejar de evocar el heroísmo de nuestro querido Nikos Poulantzas, quien sentía terror ante todo hospital psiquiátrico y, no obstante, siempre me visitó regularmente cuando mis internamientos, y siempre me acogió cordialmente, mientras que debía sentirse retorcido por la angustia, pero sólo lo supe demasiado tarde. Recuerdo incluso que fue casi el único al que aceptaba ver, en el año que precedió la muerte de Hélène. No sabía entonces que en una ocasión ya había intentado matarse, porque contaba el incidente como un puro accidente: en la noche, en una ancha avenida un camión pesado lo había enganchado... la verdad es que él se había lanzado bajo las ruedas, según me contaría su compañera. Ahora bien, vi a Nikos no en mi casa, sino en la calle, cerca de la École, y he sabido después que padecía ya de la terrible crisis de persecución a la que pondría fin con un suicidio espectacular. Entonces Nikos se mostró cordial delante de mí, no me dijo ni una palabra de su sufrimiento ni de su primera tentativa que camuflaba bajo la forma de un accidente, me habló de sus trabajos y de sus proyectos de investigación, me interrogó sobre los míos y me dejó abrazándome cordialmente, como si debiera verme a la mañana siguiente. Cuando más tarde supe lo que le pasaba por la cabeza, no pude contener mi admiración por lo que había sido por su parte no sólo un gesto de amistad excepcional, sino un verdadero heroísmo. Ahora bien, no todos reaccionan así. Por ejemplo, con el tiempo supe que una amiga desapareció completamente después de las palabras de un periodista

que había hablado de mis relaciones con «una ideóloga»: como ella era especialista en la historia de las ideas (nada que ver con una ideóloga), sus amigos que no me conocían excepto de nombre se asustaron (ella no) y le hicieron ver el peligro al que se exponía: interrogatorios sin fin, un proceso público en el que con toda seguridad tendría que atestiguar, etc. También ellos querían protegerla. Desapareció del pequeño grupo de mis amigos activos. Otros desaparecieron sin que sepa la razón. Otros finalmente —pienso en uno de ellos, el más fiel y el más próximo durante los años de mi estancia en la École, en que venía a verme cada dos días— desaparecieron, después de haberme rendido grandes servicios materiales, de la noche a la mañana, sin previo aviso, brutalmente, y mis cartas y llamadas hasta hoy no han obtenido respuesta. Si él lee este texto, que sepa que mi puerta siempre permanecerá abierta y que, si no viene, un día yo iré a llamar a la suya. Después de lo que he vivido, me creo capaz de comprenderlo todo, incluso a aquellos que han parecido, en un momento dado, alejarse sin dar sus razones. Pero, además de aquel sorprendente encuentro con Nikos, la visita que me emocionó más en este orden, la recibí un día en Soisy: uno de los «antiguos alumnos» que se había convertido en un amigo muy querido, un hombre extraordinario, vino a verme. Me pidió que no dijera nada sino que sólo le escuchara. Durante dos horas me habló solamente de él, de su infancia terrible, de su padre que tuvo que ver con hospitales psiquiátricos, y acabó por decirme: he venido a verte para explicarte la razón, más fuerte que yo, de que no pueda venir a verte. Al cabo de un año, en análisis, preparó durante mucho tiempo un suicidio del que no había confiado el proyecto a nadie, ni siquiera a la valiente joven con la que vivía y trabajaba, y se echó a las aguas del Marne, con las venas abiertas y lastrado por pesados adoquines.

Si relato estos hechos es no sólo porque me han conmovido profundamente después, sino porque me han dado visiones singulares sobre el comportamiento de amigos muy próximos ante el drama que he vivido: no sólo ante este drama, sino también ante su propia angustia, y quizás ante el «rumor» público perverso e insistente que se mantuvo a mi alrededor, a cargo de ciertos hombres en los medios de comunicación, inconscientes o que despreciaban el sufrimiento y el drama de los hombres y que contraban su provecho personal (no quiero saber cuál) manteniendo esos rumores y sus ambigüedades perversas.

También hay que tener en cuenta estas circunstancias para comprender el comportamiento de mis médicos.

Finalmente, después de los electrochoques y la mejora que produjeron en mí, mi médico aceptó, pero con una infinita prudencia, y paso a paso, que recibiera al fin visitas. Primero dos, después tres, después cinco, pero no más, y de amigos de los que tenía la certeza de que eran absolutamente seguros. Así vi a algunos amigos queridos, y a dos amigas queridas, una de las cuales tuvo grandes dificultades para que la aceptaran y sólo lo consiguió a base de intervenciones y energía. Aquellas visitas no siempre suponían reposo para mí: el pasado resurgía en mí a través de ellos y ellas, el mundo exterior y el temor terrible que me inspiraba (me creía perdido para siempre y el mundo exterior, que no pensaba volver a ver, me inspiraba una gran angustia). En cierto aspecto mi médico tenía razón: las visitas pueden reactivar angustias o agravarlas. Pero no podía soportar estar solo, vieja obsesión que haría estragos en mí más adelante, por lo que suplicaba que dejaran venir a mis amigos: mi médico supo aceptar un compromiso, sobre el que viví hasta el final de mi estancia en Sainte-Anne.

Pero en una ocasión pensé hacer una jugada a mi médico. Di a mi amigo Dominique, que podía salir, una lista de números de teléfono, con el encargo de que avisara así a otros amigos y fijarle los días y horas en que yo deseaba verles. Se ocupó de esta tarea. No sé cómo lo supo mi médico, pero le vi aparecer furioso (fue la única vez) en mi habitación, me dijo que no tenía el derecho de invitar así amigos sin su autorización, me pidió su número de teléfono e hizo que les avisaran de no venir. Fue el único «problema», rápidamente borrado por otra parte, que conocí en mi relación con él.

Pasaba el tiempo, me sentía mejor. Sin embargo me trastornó enterarme de que la dirección de la École, presionada por el Patrimonio, había hecho desalojar completamente, sin preguntarme nada y sin siquiera avisarme, mi gran apartamento de la calle de Ulm, aquel apartamento que tanto tenía de toda mi vida. (Y aunque estaba, desde el punto de vista administrativo, en simple «baja por enfermedad», por lo que podía volver si recuperaba la salud...) Aquella medida me hirió como una condena perpetua de internamiento, porque desde el exterior y a pesar de mis derechos, en mi apartamento, es decir en mi cuerpo, se me había excluido pura y simplemente de la existencia. Aquel asunto del apartamento desalojado me perseguiría durante mucho tiempo, durante años... sólo ahora me he hecho a la idea.

También me trastornó otra noticia. Ingresado de oficio por decisión del prefecto, privado de todos mis derechos, de los que se ocupó un letrado, permanecía en manos del prefecto, que, como siempre en los casos de hospitalización duradera, podía desplazarme, trasladarme a otro establecimiento. Parece ser que ésta es la regla. Ahora bien, durante mucho tiempo se habló de transferirme a Carcasona. Ya se puede imaginar mi desasosiego y el de mis amigos:

¿cómo poder contar con sus visitas y su presencia próxima? Hubiera sido un desastre.

Ahora bien, la verdad era infinitamente más terrible y no la supe hasta los ultimísimos meses, primero por boca de mi médico de Soisy, que me dijo que le había llegado la noticia por mi médico de Sainte-Anne, que vino a confirmármela sin rodeos. Los médicos de Sainte-Anne habían sido objeto de presiones «muy insistentes» por parte de «*autoridades administrativas al más alto nivel*» para que se me encerrara en un «hospital de alta seguridad» de provincias, «a fin de zanjar definitivamente el caso Althusser». Ahora bien, es sabido que raramente se sale de los hospitales de alta seguridad, que son mucho peores que las cárceles: en general te pudres de por vida. Gracias a Dios, mis médicos de Sainte-Anne tuvieron el valor (ésta es la palabra, tenían el derecho médico en su favor, pero es necesario también tener el simple valor de invocarlo) de defenderme diciendo que no era ni peligroso ni violento (lo que era la evidencia misma), y de esta manera pude, sin saberlo, escapar a la suerte más extrema, a la que sin duda no habría sobrevivido, o por lo menos no habría podido escapar, y sin duda de por vida. Pero es cierto que mis amigos, con toda seguridad, habrían alertado a la opinión y que las cosas no habrían pasado como quería «el más alto nivel». Por entonces tuvieron lugar las elecciones de 1981 y el ministro de Justicia, mi «compañero» de la Normale, fue reemplazado por Robert Badinter. Mis amigos respiraron y pude ser enviado a Soisy-sur-Seine.

Pero mis médicos no habían llegado al final de sus penas: yo no quería irme de Sainte-Anne. Me resistía ferozmente a los argumentos de mi analista, que tuvo que volver a la carga no sé cuántas veces. Me encontraba bastante bien en Sainte-Anne donde, como tantas veces en mi pasado, me había hecho mi «agujero», tenía allí a un amigo que no quería per-

der, y encontraba vida en aquella inmensa morada ordenada donde las caras cambiaban sin cesar, donde me había hecho un amigo lleno de tacto y de comprensión entre los enfermeros, un antillano fornido y siempre limpio y de buen humor. Tenía mucho miedo al cambio y naturalmente me sobraban razones: la verdad es que conocía Soisy, pero estaba a cuarenta kilómetros de París, ¿cómo podría recibir visitas? Por más que mi analista me decía —y yo lo sabía por experiencia— que recibiría mejor trato y me instalarían más cómodamente, que lejos de París y de sus riesgos podría, aunque sólo fuera en el gran parque, beneficiarme de una mayor libertad de movimientos, que habría más facilidades para tratarme, que por otra parte él me visitaría regularmente, nada importaba. Me mantenía firme en mi decisión: no quería irme de Sainte-Anne. Pero al fin, como la elección según pensaba era entre Carcasona o Soisy, acabé por ceder, pero con gran tristeza.

En junio de 1981, abandonaba Sainte-Anne en ambulancia. Como medida de precaución, mi médico había hecho que anunciaran mi salida a las cinco de la tarde, pero la ambulancia me recogió a las dos. Los eventuales periodistas y fotógrafos habían sido engañados.

XXII

Llegué pues a Soisy en junio de 1981, en primavera, la inmensa pradera verde bien recortada, sembrada de pabellones blancos entre altos árboles. Me ingresaron en el pabellón 7, que sería mi morada hasta julio de 1983.

No me sentía contento. Un cambio de lugar, nuevos médicos y enfermeros y, en especial, ningún amigo en el lugar. El choque era duro. Necesité tiempo para consentir aceptar y soportar mi «mutación», tiempo para darme cuenta de que mis médicos habían tenido razón, verdaderamente mucho tiempo. Porque el mundo de los pacientes estaba formado esencialmente por «crónicos», infelices enterrados de por vida en la misma habitación y el mismo ensimismamiento, sin tener nunca visitas. Había esquizofrénicos y delirantes de base, en particular dos miserables mujeres, una en busca de la Virgen, la otra repitiendo las mismas palabras incomprensibles, y ex alcohólicos, pero no muchos casos agudos, mientras que en Sainte-Anne eran más numerosos y como la mayor parte de los agudos mejoraban y se iban, era un vaivén perpetuo. Y en espe-

cial aquel pabellón de viejos y viejas seniles, lastimosos, que sacaban al sol y se quedaban allí, encerrados en su mutismo.

Conocí a mi joven y gran médico de cabecera, que me cuidaría hasta el final y me seguiría cuidando después. También se había analizado: su «escucha» se resentía de ello. Pero tardé un tiempo también para familiarizarme con él, y también con los enfermeros, que trabajaban en grupo según los principios del «equipo de cuidados», discutían con el médico sobre la base de sus observaciones y, lo sé muy bien, no siempre estuvieron de acuerdo con los métodos de mi médico. Algunos le reprocharon que se ocupara excesivamente de mí y me concediera privilegios que no tenía para los demás pacientes. Colegas psiquiatras le hicieron también ese reproche. Lo reconoció: «Es verdad que no le trato como a los demás. Porque le trato en función del mismo principio que aplico a todos mis pacientes: les trato y les doy según lo que son, su estado, sus necesidades y su angustia. Si hiciera abstracción de que Althusser es un hombre conocido, sometido a preocupaciones ligadas a tal condición, entre otras a los enemigos, estimo que sería algo totalmente ficticio». No es que siempre me concediera todo lo que le pedía, muy al contrario, ni que cediera lo más mínimo a las peticiones, a veces exigentes, de mis amigos, muy al contrario. Siempre supo mantener el «objetivo» que se había fijado, y hasta el final supo respetar escrupulosamente conmigo (como con los demás, lo vi palpablemente) este principio que me parece a la vez justo e intachable.

Primero tuvieron que tratarme con anafranil, pero sin resultado. Pasaron luego inmediatamente a la niamida (imao). Y se produjo el mismo resultado que antes. Caí en una grave confusión mental, en el onirismo y la persecución suicida, exactamente como en Montsouris. No volveré sobre aquellos sín-

tomas. Pero se agravaron singularmente cuando, a falta de mejor, decidieron doblarme la dosis de imao. El resultado fue catastrófico. Ya no podía comer ni siquiera beber sin vomitar inmediatamente, me caía constantemente, incluso me rompí un brazo, proseguía mis pesadillas en vela durante una buena parte del día, y buscaba desesperadamente en el bosque vecino una rama en la que iba a colgarme. Pero ¿y la cuerda? Por precaución me habían dejado sin el cinturón de mi bata y los cordones de los zapatos. Las noches, en las que esperaba como siempre en estos casos un poco de respiro y de olvido, eran atroces, tenía la sensación de no poder dormir, y por añadidura me llevaba muy mal con los enfermeros de noche, que tenían que darme las medicinas (otra vez cloral y cosas peores) a las ocho de la noche. Pero, como la mayor parte de los pacientes, veían la televisión, que sólo dejaban a las diez de la noche, por tanto con dos horas de retraso para mí sobre el horario prescrito. Fue en esta ocasión cuando comprendí que el médico no tenía todo el poder sobre sus enfermeros, que debía negociar con ellos, es decir cerrar los ojos (no conseguí nunca que me dieran mi medicamento nocturno a la hora, salvo en una ocasión en que un joven estudiante de medicina muy amable hizo la guardia de noche, pero la cosa no duró). Incluso llegué a pensar, lo cual era exagerado, que en aquel servicio, no obstante muy liberal y bien organizado, y sin duda *a fortiori* en los otros servicios, menos «avanzados», con enfermeros menos enterados, el médico se veía sometido «a la dictadura del cuerpo de enfermeros». Incluso si esta impresión debe ser matizada, creo que es esencial para la comprensión de las relaciones y de la atmósfera que reinan en todo encierro psiquiátrico. ¡Con qué perjuicios!

Cuando aparecía mi médico por la mañana en mi habitación, ya hacía tiempo que estaba esperándole

y me precipitaba a su presencia atenta. Entonces hacía un enorme trabajo para intentar salir de mis pesadillas nocturnas, que perseveraban en la vigilia, le contaba en sueños mis sueños horribles, me escuchaba, decía algunas palabras, pero esta «escucha» era lo que esperaba esencialmente de él. A veces dejaba escapar una especie de interpretación siempre muy prudente. En apariencia, estaba totalmente sometido a sus palabras. Pero sucedía a menudo que iba en seguida a buscar una enfermera para hacerle la pregunta: «¿Pero sabe lo que se hace el médico? ¿Sabe lo que se dice?». Me invadía de nuevo la duda y la angustia: en realidad la angustia de estar solo, una vez más, como siempre, abandonado.

Mi analista venía a verme una vez por semana, el domingo por la mañana, en el pabellón del que se había marchado casi todo el mundo (sólo había una guardia de urgencia). Daba vueltas sin cesar con él, pero sin sentirme culpable nunca, en torno a la razón profunda de mi homicidio. Recuerdo (ya lo había formulado ante él en Sainte-Anne) haberle sometido una hipótesis: el homicidio de Hélène habría sido «un suicidio por persona interpuesta». Me escuchaba, sin aprobarme ni desaprobarme. He sabido más tarde por mi médico, que mi analista lo veía periódicamente y le apoyaba. En una ocasión anterior, cuando ya había sido ingresado en reanimación en Sainte-Anne, mi analista, que había podido, al precio de increíbles negociaciones, visitarme en el servicio de reanimación y hablar con el especialista que me cuidaba, había creído seriamente que era el fin, que no sobreviviría físicamente a la prueba. Fue el único momento en que dudó de mi supervivencia. Pero, si yo podía sobrevivir, nunca tuvo dudas acerca de mi «curación» psíquica. Cuando mi médico se inquietó gravemente por mi suerte (y lo hizo algunas veces), mi analista le ayudó con la convicción de que me curaría, y nunca cedió en

esta convicción. Sin él mi médico quizás (?) se hubiera resignado para siempre y podía haberme convertido en uno de aquellos «crónicos» cuya miserable vida podía observar a mi alrededor.

Los imaos me lanzaron a un estado tal (evidentemente lo he olvidado todo de este período) que nuevamente tuvieron que ingresarme en reanimación en Évry. Pero una vez más salí del trance. Suprimieron los imaos funestos y me recuperé lentamente. Conocí incluso en Soisy un período de excitación, durante dos meses en mi apartamento y, sin casi dormir como en todos los estados maníacos que había conocido, escribía a máquina (entre noviembre de 1982 y febrero de 1983) un manuscrito filosófico de doscientas páginas que he conservado. No es en absoluto delirante pero muy deshilvanado. A decir verdad expresaba en él por vez primera y por escrito un cierto número de ideas que reservaba cuidadosamente en la cabeza desde hacía veinte años, sin confiarlas a nadie, tan importantes me parecían (!), y que guardaba para una publicación futura, el día que maduraran. Que todo el mundo se tranquilice: aún no lo están.

Contrariamente a lo que había temido, recibía innumerables visitas de mis amigos: una al día. Mis amigos se habían puesto de acuerdo entre ellos para no dejarme solo ni un día. ¡Lo que les debo! En verdad hay que decir que yo *exigía* imperativa, tiránicamente, estas visitas, tanto del médico como de ellos. Mi médico comprendió su importancia, y puesto que las condiciones de vida en Soisy no eran las mismas que en Sainte-Anne, las autorizó ampliamente. Pasaba así largas tardes en compañía de amigos y amigas. Lo importante era su presencia. Así una amiga hacía punto a mi cabecera en silencio, otra venía con un libro. Aguantaba muy bien su silencio, porque ya no estaba solo. Pero, ¿por qué era tan exigente, tan tiránico (sí, exactamente) en materia de

visitas? Sin duda a causa de la «omnipotencia de la depresión», y también porque podía ejercer esta «omnipotencia» para poner fin provisionalmente a la angustia de la soledad, del abandono, que me oprimía tanto. Cuando alguien me fallaba, cuando se daba el caso de que un amigo o una amiga me diera el sentimiento de abandono, caía en una forma de depresión más grave.

Esto me sucedió a principios de 1983, cuando conseguí pasar unas semanas en mi apartamento. No solo, ciertamente: mis amigos, a partir de la orden imperativa de mi médico que mantenía esta precaución (porque yo le hablaba de tirarme del sexto piso), me acompañaron día y noche. Pero la impresión de ser abandonado me arrojó en una extrema depresión que obligó a mi médico a rehospitalizarme. Me recetó entonces Vivalan, que lentamente produciría una semi mejora, y desembocaría en mi precaria salida del hospital en julio de 1983 para unas vacaciones en el campo, en el Este.

Pero, mientras, ¡cuántas cosas pasaron! La idea de mi médico (me la confió más tarde) era que yo estaba tan gravemente enfermo desde hacía tiempo, tan desgarnecido que nunca vería el fin, que nunca podría salir de la seguridad ni de la protección del hospital. Era esto lo que provocaba su mayor temor. Pero supo «resistir», era la única línea fundamental que se fijó muy pronto, «resistir» siguiendo todas las inflexiones de mi mal, pero manteniendo siempre el control. Sin embargo las cosas no le resultaron sencillas, muy al contrario hice cuanto pude para que fuesen complicadas.

Sentía un terror atroz del mundo exterior. No tanto de sus interpretaciones o intervenciones malignas, que eran la obsesión de mis médicos y enfermeros (mientras que este problema no existía en Soisy) y que mi médico siguió temiendo por mí, incluso cuando yo ya no era sensible a ellas, sino a la reali-

dad misma del mundo exterior, que juzgaba para siempre fuera de mi alcance. Esta angustia tomó durante mucho tiempo una forma precisa. Habían desalojado (mis amigos invirtieron días enteros) todas mis cosas de la École para trasladarlas a un piso del distrito XX, que había comprado con Hélène en previsión de nuestra jubilación. Mis amigos me habían descrito el estado del lugar: un tal amontonamiento de cajas con libros que era prácticamente imposible entrar en el piso. ¿Qué hacer? No sólo pensaba que nunca podría salir del hospital y salir al mundo exterior, sino que, aunque hubiera podido hacerlo no conseguiría ni entrar en mi piso. Se decidió que fuera a echar una ojeada. Un enfermero al que apreciaba mucho me acompañó un día en la camioneta del hospital. Me quedé aterrado al ver el amontonamiento de cajas hasta el techo y me negué a entrar. Me fui con el horror que entonces no dejó de obsesionarme, no bajo una forma vacía posible, sino bajo una forma terriblemente concreta. Decididamente, estaba acabado.

Entonces mi médico imaginó lo que luego calificaría de «soluciones rocambolescas» y en particular la siguiente, un verdadero juego «burocrático-médico» absurdo: la camioneta del hospital iría a buscar mis cajas de libros, las descargarían en una sala vacía del hospital, yo escogería entre mis libros, que en seguida trasladarían a mi casa para ordenarlos en las estanterías. Pero, ¿dónde encontrar los estantes? Tres de mis amigos se ofrecieron para montar en mi casa juegos de estanterías adaptables compradas en el Bazar del Hôtel de Ville, cuyas maderas transportaron en el metro. No fue la solución. ¿Quién seleccionaría mis libros sino yo, que me sentía totalmente incapaz de hacerlo? Todo el proyecto vacilaba en mi cabeza. Sin decirme nada, mis amigos montaron los estantes, los llenaron lo mejor que pudieron con todos mis libros y vinieron a anunciarme la noticia:

podría entrar cuando quisiera en mi apartamento. En realidad pude entrar, como ya he dicho, en el curso de mi primera «salida», en noviembre-diciembre de 1982, aquella salida que acabaría tan mal. Pero no pude encontrar ninguno de mis libros: era necesario pues que los clasificara, ¿pero cómo llevar a cabo aquella tarea infinita? Tenía miles de libros de los que nunca había leído más que unos centenares, posponiendo su lectura (imaginaria) a tiempos mejores. De nuevo me aterroricé. Pero la prueba de que se puede vivir en compañía de libros en desorden, es que, hasta hoy, aún no los he podido clasificar para encontrarlos, salvo algunos, y en definitiva vivo muy bien en este desorden. Una prueba de que «todo es mental».

Pero esto no fue lo peor. Y llego aquí a algo terriblemente concreto pero a la vez muy singular. Ciertamente, vivía mi hospitalización como había vivido siempre mis hospitalizaciones anteriores: como un refugio casi absoluto contra las angustias del mundo exterior. Estaba allí como en una fortaleza, encerrado en su soledad por paredes insondables: las de mi angustia, ¿y cómo salir alguna vez? Mi médico lo veía muy bien y, al comprenderlo, entraba así en mi juego: en el juego de mi angustia, y también él se sentía, por contagio, angustiado, igual que los enfermeros a quienes no dejaba de comunicar mi angustia. Recuerdo incluso un día en que hice la terrible pregunta a mi médico, pensando muy concretamente en una amiga cuyo cuello había contemplado con pavor un día preguntándome angustiado: ¿y si lo volviera a hacer (a estrangular a una mujer)? Mi médico me había tranquilizado: ¡no!, sin darme ninguna razón. Pero supe después que las enfermeras tenían miedo, cuando llegaba la noche, de entrar solas en mi habitación, miedo a que les saltara encima y las estrangulara... como si hubieran «captado» mi pavoroso deseo arropado de angustia. Si hablo

de este contagio, es que el encierro lo provoca inevitablemente. La angustia del paciente, del médico, de los enfermeros y de los amigos de visita se comunica y se comunica tan bien, redoblando sus efectos, que mi médico se encontró en numerosas ocasiones en situación crítica, no respecto a sus enfermeros (nunca me lo ha dicho), pero al menos delante de mis amigos, que se dieron perfecta cuenta. ¿Cómo puede el médico escapar a este juego de angustias múltiples, donde es a la vez sujeto activo y sujeto pasivo? Condición extraordinariamente difícil, que sólo se puede resolver a base de compromisos. Mi médico supo encontrarlos, pero con efectos secundarios.

Creo poder situar exactamente el lugar del principal de estos efectos secundarios: concierne a la «naturalaleza» a la vez objetiva y fantasmagórica de la «fortaleza» que vivía como protección y refugio contra la angustia del contacto imposible con el mundo exterior. Ahora bien, aquel mundo exterior sólo existía en mis fantasmas: en realidad me lo llevaban cada día mis amigos que venían del mundo exterior y volvían a él cada día. Menciono un solo ejemplo: Foucault mismo vino a visitarme en dos ocasiones, y recuerdo que por dos veces hablamos de todo lo que pasaba en el mundo intelectual, como lo hacía prácticamente con *todos* mis amigos, de los personajes que lo poblaban, de sus proyectos, obras y conflictos, y sobre la situación política. Entonces yo era completamente «normal», perfectamente al corriente de todo, volvían a mí mis ideas, a veces le devolvía la pelota maliciosamente a Foucault, que se iba convencido de que yo estaba bastante bien. En otra ocasión, cuando volvió a verme, me encontraba en compañía del padre Breton. Se instauró entre ellos, bajo mi propio arbitraje y égida, un extraordinario intercambio de ideas y de experiencias que no olvidaré en la vida. Foucault hablaba de sus investigaciones sobre los «valores» del cristianismo en el

siglo IV, y hacía la importante observación de que, mientras que la Iglesia siempre había puesto muy alto el amor, siempre había desconfiado abiertamente de la amistad, que los filósofos clásicos y ante todo Epicuro no obstante ponían en el centro de su ética concreta. Naturalmente, siendo él homosexual no podía [sino] relacionar la repulsión de la Iglesia por la amistad con la repulsión, es decir (otra ambivalencia) con la predilección de todo el aparato de la Iglesia y de la vida monástica por la homosexualidad. En este momento, de forma sorprendente, el padre Breton intervino, no para darle referencias de teología, sino para explicarle su experiencia personal. Nacido sin haber conocido a sus padres, recogido por su párroco que, observando la vivacidad de su ingenio, hizo que le admitieran en el seminario de Agen, hizo parte de sus estudios secundarios allí. A los quince años le admitieron en el noviciado, donde llevó la vida austera de un novicio: impersonalidad sin yo (Cristo no era una persona, sino un impersonal subsumido bajo el Verbo), vida compuesta de observancias estrictas. En la obediencia, él olvidaba su yo [en] el superior: «La regla pensaba por nosotros, y puesto que se piensa por ti todo pensamiento personal se convierte en un pecado de orgullo». Sólo más tarde, vista la evolución de las costumbres, se ha intentado respetar un poco más, siguiendo lo que se denominó el personalismo cristiano, la originalidad de cada uno, ¡y en qué escasa medida! En este sentido, Breton, retomando una expresión de Foucault, decía que «el hombre era un descubrimiento muy reciente» en los conventos. Breton no había tenido un solo amigo en su vida, porque la amistad siempre resultaba sospechosa ya que degeneraba en amistad particular, forma larvada de la homosexualidad: existía realmente en la Iglesia una atracción reprimida por la homosexualidad, que se explicaba por la exclusión de las muje-

res. Nunca se habría insistido tanto en el peligro de las amistades particulares si la homosexualidad no hubiera sido un peligro y una tentación constantes. Las amistades particulares eran la obsesión de los superiores, el terror de un mal esparcido por todas partes. Luego existían tantos casos de sacerdotes, incluso sacerdotes santos, que sentían horror hacia las mujeres, de ahí su instinto de pureza porque la mujer es un ser sucio, y muchos curas creían rechazar la impureza al rechazar a la mujer y «dedicarse al chico». Tal era el caso de aquel santo varón que observaba fielmente todas las reglas, que decía su misa, y que tenía un pequeño monaguillo encantador que le ayudaba en la misa y al que un día después de su misa hizo entrar en la sacristía, le abrió la bragueta y le cortó unos pelos del pubis para ponerlos en una especie de relicario (cápsula donde se ponía la hostia). La amistad en estos casos es siempre sospechosa y se comprendía lo que decía Foucault. El amor era una manera de liberarse de la amistad, en especial en el sentido amplio del término, cuando se dirige a lo lejano y a lo próximo.

Y yo estaba allí, entre los dos, escuchando a Foucault y al padre Breton, tomando parte en la conversación, que nada tenía que ver con el hospital y su fortaleza, muy lejos de la angustia de encierro y de protección. Lo mismo sucedía con *todos mis amigos*, que me permitían vivir en espíritu y en conversaciones fuera de la famosa «seguridad» carcelaria, en realidad en el mundo exterior.

Evidentemente, mi médico no tenía conocimiento de este aspecto de mi vida: no se lo confiaba. Sólo le confiaba mi angustia. Y sobre ella edificaba su concepción de mi encierro en la fortaleza del hospital. ¿Puedo decir que en último término estaba mucho más fijado y angustiado que yo por esta obsesión del encierro y de mi terror por el mundo exterior? Hace poco he hablado largamente con él de estas cosas

del pasado y me he dado cuenta de que él debió de proyectar su propia angustia sobre mí, a partir de algunos indicios de la mía, y me prestó así las formas radicales de su propia angustia. Ciertamente, me sentía perdido para siempre, pero no era tanto a causa de mi terror por el mundo exterior como por otras razones más profundas, que voy a decir.

Antes, sin embargo, querría insistir en los daños que provoca, por su sola existencia, la institución psiquiátrica. Es un hecho muy conocido que muchos enfermos, atacados por una crisis aguda, por tanto transitoria, y que se ven precipitados de oficio y como mecánicamente en el internamiento psiquiátrico, pueden convertirse, por el efecto de las drogas y del encierro, en «crónicos», verdaderos enfermos mentales, incapaces de salir nunca del recinto del hospital. Este efecto es muy conocido por todos los que intentan erradicar el mecanismo de la hospitalización y prefieren intervenciones ambulatorias, ya sea en un hospital de día, ya en un dispensario, etc. Ése es el sentido profundo de la reforma conseguida (o más bien predicada) en Italia por Basaglia. Lo que quería Basaglia, era preservar los casos agudos y los «convertidos en crónicos» de los entuertos mecánicos del internamiento cerrando los hospitales psiquiátricos y confiando los enfermos a clínicas o a familias benévolas. Naturalmente, esta reforma no se podía concebir más que en un período de grandes movimientos populares, con la ayuda de los sindicatos y de los partidos obreros. En Francia es difícilmente concebible, dadas las constantes de una mentalidad represiva. Incluso en Italia, como se sabe, la reforma Basaglia ha fracasado. ¿Qué hacer en lo sucesivo para sacar a los enfermos del infierno de las determinaciones conjuntas de todos los AIE implicados?

Pero lo que menos se sabe, lo que se conoce menos, son los efectos del internamiento psiquiátrico

sobre los propios médicos, sobre su representación de sus enfermos y de las angustias de sus enfermos. Es sorprendente que, en mi caso, el médico mejor intencionado del mundo y también el mejor armado para la «escucha» de su paciente haya proyectado sobre él (yo) su propia angustia de la «fortaleza» total, y se haya engañado en parte, siguiendo esa proyección y confusión, sobre lo que efectivamente me pasaba a mí. No era tanto el mundo exterior el que fijaba y provocaba mi angustia como el intenso terror de estar *solo*, abandonado, de ser impotente para resolver cualquier dificultad, mi impotencia para ser, para existir sencillamente. Cuando la atención de mi médico se fijaba así sobre una angustia determinada (que imaginaba más bien que observaba en mí, desplazándola así de su «objeto» o más bien de la ausencia de todo objeto, de la pérdida de todo «objeto» sobre la figuración y la representación de su propia angustia proyectada sobre mí), una «dialéctica» muy distinta se desarrollaba en mí: la del «duelo».

Muchos amigos me han contado los mismos hechos, tan desconcertantes unos como otros. Durante un tiempo interminable lo «perdía» todo: mi bata, mis zapatos, mis zapatillas, mis gafas, mi lápiz, mis jerseys, la llave de mi armario, mi libreta de direcciones, qué sé yo: todo. Ahora veo bien el significado inconsciente de este extraño comportamiento, sustentado en los objetos-*objetivos*. Era el «pago» de otra pérdida muy distinta, inconsciente, la pérdida del objeto-objetal, es decir interno, la pérdida del ser amado, de Hélène, que reactivaba a su vez otra pérdida más inaugural, la de mi madre. La pérdida matriz del objeto-objetal, interna, se satisfacía así inconscientemente con el mecanismo repetitivo hasta el infinito de los objetos-objetivos discretos. Como si, al perder el objeto-objetal que dirigía todas mis inversiones, al perder la matriz inconsciente de

todas mis inversiones, perdiera simultáneamente toda capacidad de inversión de los objetos-objetivos discretos, y así hasta el infinito. Lo perdía todo porque había perdido el Todo de mi vida, y vivía el duelo. Este proceso de pérdida hasta el infinito era el trabajo psíquico del duelo, el trabajo de la pérdida y sobre la pérdida del objeto-objeto inaugural.

Y al mismo tiempo estaba enfermo de todas partes de mi cuerpo: los ojos, las orejas, el corazón, el esófago, el intestino, las piernas, los pies, ¿qué sé yo? Perdía propiamente mi cuerpo en las acometidas de un mal universal que me amputaba su uso: caía así en mi «cuerpo fragmentado».

No obstante, tenía otro comportamiento, a la vez extraño pero significativo. Todos los amigos que me vieron entonces han confirmado el hecho de forma impresionante. Les largaba durante todo este tiempo discursos suicidas. Con uno, durante toda una tarde, repasé los distintos medios de matarme, desde los más viejos ejemplos de la Antigüedad, y acabé al final por pedirle encarecidamente que me llevara un revólver. Le pregunté incluso con insistencia: «*Pero tú, ¿existes en realidad?*». Pero al mismo tiempo, y en especial, no cesaba al empeño de *destruir* —la palabra es importante— toda perspectiva de salir del estado miserable en el que me veía reducido. No estaba en absoluto desprovisto de recursos de argumentación, muy al contrario, parece que era im- placable en mis razonamientos, y me pasaba el tiempo *demostrando* a mis interlocutores la vanidad absoluta de todo recurso, aunque fuera fisiológico, neurológico, químico, psiquiátrico o psicoanalítico, en especial psicoanalítico. Demostraba, con argumentos de carácter filosófico, las limitaciones absolutas de toda forma de intervención, su carácter arbitrario y en definitiva totalmente inútil, por lo menos en mi «caso». Mis interlocutores no podían decirme nada más, acababan por callarse, incluso

los más duchos en la «dialéctica» de la discusión filosófica (y a menudo tenía ante mí a filósofos de gran talento), se iban totalmente desesperados y desamparados. Luego se llamaban por teléfono para constatar entre ellos que no había nada que hacer, que era así, que estaba perdido. ¿Hacia dónde podía *apuntar* con esas demostraciones, que eran otras tantas pruebas de fuerza de las que salía indefectiblemente vencedor? En la destrucción de la existencia del otro, en la refutación implacable de todas las formas de socorro, de apoyo y de razón que intentaban ofrecerme, lo que buscaba evidentemente era la *prueba*, la *contra-prueba de mi propia destrucción objetiva*, la *prueba de mi no existencia*, la prueba de que estaba totalmente muerto ya a la vida, a toda esperanza de vida y de salud. En realidad, en aquella experiencia y prueba, buscaba demostrarme a mí mismo mi propia y radical imposibilidad de salvación, *por tanto mi propia muerte*, llegando así, bajo otras vías, a mi voluntad de matarme, mi voluntad de destruirme. Pero mi propia destrucción pasaba simbólicamente por la destrucción de los demás y antes que nada de mis amigos más queridos y más próximos, comprendida la mujer que más amaba.

Era realmente el «trabajo del duelo», el trabajo de la destrucción de sí, el trabajo sobre la destrucción de sí, con ocasión de la destrucción de Hélène causada por mí. Y no sólo la destrucción de Hélène. Un día recibí la visita de un amigo analista que conocía de hacía mucho tiempo; le conté mis angustias y mi eterna pregunta: ¿pero qué ha pasado con la muerte de Hélène? Ante mi gran sorpresa, en una interpretación sin duda algo «salvaje», por lo menos en la forma, me dijo que a través de Hélène yo había querido inconscientemente matar a mi propio analista. No se me había ocurrido y me quedé muy sorprendido, incrédulo. Pero, en realidad, la destrucción que tan radicalmente realizaba entonces de toda reali-

dad del psicoanálisis iba en el mismo sentido. Y habría podido verificarlo, si hubiera tenido entonces la menor sospecha, en la iniciativa, que llevé bastante lejos, de deshacerme de mi analista, abandonándolo para escoger otro, precisamente una analista de origen polaco-ruso (como Hélène) de la que me habían hablado. Todo se hizo por teléfono y por amigos interpuestos, que fueron mis cómplices. Incluso en una ocasión le hablé a mi analista del proyecto, y me dijo que tenía perfectamente el derecho de decidirlo con toda libertad, y que no ponía ninguna objeción a mi proyecto. Era lo que yo pensaba. Pero las cosas se arrastraron largo tiempo, prácticamente no podía salir del hospital para aquella cita lejana y finalmente no continué con ese proyecto, radicalmente meditado no obstante.

Ahora puedo pensar que todo se relacionaba estrechamente: la pérdida del objeto-objetal, pagada con la pérdida de innumerables objetos-objetivos reales, así como mi hipocondría generalizada, se revelaban al mismo tiempo como la voluntad de perderlo todo y de destruirlo todo: a Hélène, mis libros, mis razones de vivir, la École, a mi analista y a mí mismo. Lo que me ha alertado recientemente sobre este punto, y prácticamente me ha incitado a escribir este libro, fueron las palabras de aquella amiga a la que quería tanto. Muy recientemente, ella que nunca me había hecho el menor reproche, ni siquiera me había confesado lo que en el fondo pensaba de mí, me declaró instintivamente: «Lo que no me gusta de ti es tu voluntad por *destruirte*». Estas palabras me abrieron los ojos y reavivaron la memoria de los tiempos difíciles. En realidad, quería destruirlo todo, mis libros, a Hélène a quien había matado, a mi analista, pero para estar realmente seguro de que me destruía a mí como lo hacía en fantasía en mis proyectos de suicidio. Y ¿por qué esta voluntad encarnizada de auto-destrucción? Pues porque en el fondo de mí, incons-

cientemente (y esta inconsciencia se satisfacía con interminables razonamientos), quería destruirme a cualquier precio puesto que, desde siempre, yo no existía. ¿Qué mejor *prueba de no existir* que sacar la conclusión *destruyéndose* después de haber destruido a todos los más próximos, todos mis apoyos, todos mis recursos?

Entonces se me ocurrió pensar, puesto que mientras tanto había encontrado, a pesar de todo, el medio de existir, como enseñante, filósofo y político, que resurgía en mí, a través de la terrible angustia primitiva de la depresión, en la prodigiosa regresión que vivía en ella, la vieja compulsión inaugural, repetida en tantas ocasiones (cf. episodio de la carabina) y bajo tantas formas, de que yo no era más que una existencia de artificios e imposturas, es decir realmente nada auténtico, y por tanto nada verdadero ni real. Y que la muerte estaba inscrita desde el principio en mí: la muerte de aquel Louis, muerto detrás de mí, que la mirada de mi madre veía a través de mí, condenándome a aquella muerte que él había conocido en el alto cielo de Verdún y que no cesaba de repetir forzosamente en su alma y en la repulsión de este deseo que yo no había dejado de realizar.

Fue entonces cuando comprendí (y acabo de comprenderlo a partir de las palabras tan clarividentes de esta amiga) que el duelo que vivía por Hélène, no lo vivía y trabajaba en él a partir de su muerte (la destrucción de Hélène) sino *desde siempre*. En realidad, siempre había llevado luto por mí mismo, por mi propia muerte a través de madre y mujeres interpuestas. Como prueba tangible de no existir, había querido desesperadamente destruir todas las pruebas de mi existencia, no sólo a Hélène, la más alta prueba, sino también las pruebas secundarias, mi obra, mi analista, y finalmente a mí mismo. No obstante no había observado que en aquella masacre

general hacía una excepción: la de esta amiga que debía abrirme los ojos al decirme muy recientemente que lo que no le gustaba en mí era mi voluntad por destruirme. Sin duda no es un azar: me había esforzado tanto por amarla de forma muy distinta a las mujeres de mi pasado, a ella que en mi vida era la excepción.

Sí, yo no había dejado desde siempre de llevar duelo por mí mismo y es sin duda este duelo lo que he vivido en las extrañas depresiones regresivas que no eran auténticas crisis de melancolía, sino una manera contradictoria de morir para el mundo en el ejercicio de la omnipotencia que, ella misma, se apoderaba de mí en mis fases de hipomanía. Impotencia total de ser, igual a la omnipotencia sobre todo. Siempre la terrible ambivalencia, cuyo equivalente se encuentra por otra parte en la mística cristiana medieval: *totum = nihil*.

¿Puedo omitir la continuación? No interesa a nadie. Pero ahora comprendo el sentido de los cambios que se produjeron en mí: todos fueron en el sentido de (re)tomar en mis manos mi propia existencia. Empezó primero con mi iniciativa de hacer venir a mi «abogado» para liberar a un sindicalista de lo que pensaba que era un encarcelamiento político (el PC). De esta gestión, mi médico no supo *nada*. Seguidamente pedí a mi médico que me prescribiera un nuevo medicamento, el upseno, que realmente me hizo mucho bien. Salí de Soisy en julio de 1983, y pasé unas vacaciones difíciles en la casa de campo de unos amigos íntimos en el Este, pero no me sentí nada animoso. Conseguí y mi médico corrió el riesgo (considerable) de no volver a hospitalizarme a mi vuelta, en setiembre de 1983. Mis amigos organizaron una especie de guardia de día y de noche a mi alrededor, en mi piso. Gracias a ellos acabé por acostumbrarme a mi nueva vivienda, que dejó de darme miedo. Después, confiné deliberadamente a

mi analista en su papel de analista, sin pedirle ya los servicios de un psiquiatra ni siquiera de un médico. Después, he vuelto a encargarme poco a poco de todos mis asuntos, mis amistades, mis afectos. Además, creo haber aprendido qué es amar: ser capaz, no de tomar iniciativas de sobrepuja sobre uno mismo, y de «exageración», sino de estar atento al otro, respetar su deseo y sus ritmos, no pedir nada pero aprender a recibir y recibir cada don como una sorpresa de la vida, y ser capaz, sin ninguna pretensión, tanto del mismo don como de la misma sorpresa para el otro, sin violentarlo lo más mínimo. En suma, la simple libertad. ¿Por qué Cézanne ha pintado la montaña Sainte-Victoire a cada instante? Porque la luz de cada instante es un don.

Entonces, la vida puede aún, a pesar de sus dramas, ser bella. Tengo sesenta y siete años, pero al fin me siento, yo que no tuve juventud porque no fui querido por mí mismo, me siento joven como nunca, incluso si la historia debe acabarse pronto.

Sí, el porvenir es largo.

XXIII¹

Un viejo amigo médico que nos conocía desde hacía mucho tiempo, a Hélène y a mí. Le enseño este texto. Y como es natural le hago la pregunta:

«¿Qué pasó aquel domingo 16 de noviembre entre Hélène y yo para desembocar en aquel homicidio espantoso?»

Ésta fue su respuesta, palabra por palabra:

«Diría que se produjo un increíble encuentro de acontecimientos puramente accidentales los unos, nada fortuitos los otros, cuya conjunción era totalmente imprevisible y habría podido ser fácilmente evitada con poco esfuerzo precisamente si...

»En mi opinión tres hechos dominan la situación:

»1. *Por un lado*, como lo constatan los tres expertos médicos, tú te encontrabas en “estado de demencia”, por tanto de irresponsabilidad: confusión mental, onirismo, estabas totalmente inconsciente antes y durante el acto, sobre la base de una crisis de me-

1. Este capítulo, numerado a continuación de los otros, había sido igualmente titulado por el autor: *No ha lugar.* (N. del E.)

lancolía aguda, y por tanto no eras responsable de tus actos. De ahí el no ha lugar, reglamentario en un caso semejante.

»2. Pero, *por otro lado*, una cosa ha despertado la atención de los encargados de la investigación en el lugar: no había ningún indicio de desorden ni en vuestras habitaciones, ni sobre tu propia cama, ni en la ropa de Hélène.

»La historia de la “colcha” que habría protegido el cuello de Hélène de huellas visibles de estrangulamiento era una hipótesis de periodista precisamente para intentar explicar la ausencia de huellas externas de estrangulamiento. Ahora bien, esta hipótesis, que por otra parte sólo aparece en un único artículo, rechazada por muchos otros, ha sido formalmente desmentida por la investigación. No había ninguna huella exterior de estrangulamiento sobre la piel del cuello de Hélène.

»3. *En definitiva* estabais solos los dos en el apartamento, no sólo desde hacía una docena de días, sino también aquella mañana.

»Evidentemente, no había nadie que hubiera podido intervenir. Más aún: por una razón u otra, Hélène no hizo el menor gesto de defensa. Alguien, no sin razón, ha hecho observar lo siguiente: en el estado de confusión y de inconsciencia en el que te encontrabas (y quizás también bajo el efecto nefasto de los imaos, después de un “choque biológico” que ha producido efectos “inversos” sobre ti), habría sido suficiente sin duda que Hélène te propinara una buena bofetada o hiciera un gesto serio para sacarte de tu inconsciencia o, en cualquier caso, para parar tus propios gestos inconscientes. Entonces todo el curso del drama habría podido cambiar. Ahora bien, ella no hizo nada.

»¿Quiere esto decir que ha visto venir la muerte que deseaba recibir de ti y se ha dejado matar pasivamente? Esto no se puede excluir.

»¿Quiere decir esto por el contrario que no ha temido nada de tu gesto bienhechor de masaje, al que estaba acostumbrada desde hacía tiempo? —hay que decir, si creemos lo que dices, que nunca le habías dado masajes en el cuello, sino en la nuca—, tampoco esto se puede excluir. Sabes (todos los anatomistas, y también las artes de combate y los truhanes homicidas lo saben muy bien) que el cuello es de una *fragilidad extrema*: es suficiente un golpe ligero para romper los cartílagos y huesecillos, y es la muerte.

»En el fondo, ¿tenía Hélène un deseo de acabar con la vida (desde hacía un mes no dejaba de hablar de matarse pero tú la considerabas incapaz de hacerlo) por lo que ha aceptado pasivamente de tus manos la muerte que te había suplicado que le dieras? Tampoco esto se puede excluir.

»¿O bien tenías, como durante toda tu vida, un deseo tal de ir a socorrerla, de ayudarla en su deseo más intenso, el más desarmado, que habrías, inconscientemente, llevado a cabo su deseo de acabar con la vida? ¿Un caso que se denomina “suicidio por persona interpuesta” o el “suicidio altruista”, que se observa con frecuencia en los casos de melancolía aguda como la tuya? Tampoco esto se puede excluir.

»¿Pero cómo elegir entre estas hipótesis?

»En este orden de cosas, todo es concebible, o casi. Pero sobre el fondo de la cuestión, no se sabrá nunca nada de forma *absolutamente segura*, tan múltiples son los elementos acumulados en el desencadenamiento del drama, subjetivamente complejos e inexpresables, y objetivamente en gran parte aleatorios.

»¿Qué habría pasado en efecto si, por ejemplo —¡y esto es perfectamente objetivo!—, Hélène no hubiera suplicado a tu analista, que quería hospitalizarte inmediatamente, que le concediera un plazo de “reflexión” de tres días? ¿Por qué en el fondo de ella misma ha suplicado a tu analista que le arreglara

ese plazo? Y en especial, en especial, ¿qué habría pasado si la *carta urgente* de tu analista, enviada el viernes 14 a las cuatro de la tarde, en la que pedía a Hélène que le telefonara *con toda urgencia*, para provocar la hospitalización *inmediata* a pesar de su petición suplicante de prórroga, hubiera llegado a la École no el lunes 17, después del drama, sino digamos el viernes 14, digamos el sábado 15 por la mañana a las nueve horas? No es cuestión verosíblemente del correo. Pero el portero de la École, que recibe el correo, cartas y neumáticos, evidentemente no te pudo avisar por el teléfono interior ni conseguir que le abrieras la puerta llamando al timbre, porque desde hacía por lo menos diez días, todos tus amigos lo han atestiguado (también los que habrían querido poder “forzar tu puerta”), tú ya no respondías ni al teléfono, ni al timbre de la puerta. Si por milagro o excepción hubieras respondido al teléfono o abierto la puerta, Hélène habría recibido la *carta urgente* de tu analista y, de haber querido, habría podido llamarlo: evidentemente y sin discusión posible, todo habría cambiado.

»En vuestro drama, el imponderable objetivo y no fantasmagórico está presente de principio a fin, hasta el último momento.

»Todo cuanto se puede decir es que, si soslayamos estos numerosos imponderables —¿pero cómo se puede hacer abstracción?—, Hélène habría aceptado la muerte sin hacer un gesto para impedirla y, protegerse, como si deseara la muerte, incluso recibirla de tus propias manos.

»Lo que se puede decir es que tú, que sin duda le has dado muerte, quizás queriendo sólo darle un cuidadoso masaje porque no se ha observado ninguna huella de estrangulamiento exterior, tú habrías querido llevar a cabo tu deseo de muerte y, al tiempo que le prestabas el inmenso servicio de matarla en su lugar (porque ella era incapaz de matarse por

sí misma), al mismo tiempo habrías querido realizar inconscientemente tu propio deseo de autodestrucción a través de la muerte de la persona que más creía en ti, para estar seguro de no ser más que ese personaje de artificios e imposturas que siempre te ha obsesionado. La mejor prueba, en efecto, que podemos darnos de no existir es destruirse uno mismo al destruir a quien te quiere y por encima de todo cree en tu *existencia*.

»Sé que siempre habrá gente, incluso amigos, que dirán: Hélène era su enfermedad, ha matado su enfermedad. La ha matado porque le hacía la vida imposible. La ha matado porque la odiaba, etc., O, más elaborado, la ha matado porque él vivía en el fantasma de su propia autodestrucción, y esa autodestrucción pasaba "lógicamente" por la destrucción de su obra, de su notoriedad, de su analista, y finalmente de Hélène que resumía toda su vida.

»Ahora bien, lo que resulta muy molesto en este tipo de razonamiento (muy extendido porque es muy tranquilizador, se tiene en efecto una "causa" indudable) es el "*por qué*" que introduce una necesidad sin apelación, sin tener en cuenta la acumulación de elementos aleatorios objetivos.

»Ahora bien, todos tenemos, todos nosotros, fantasmas inconscientes agresivos, incluso homicidas, de asesinato. Si todos los que alimentan estos fantasmas pasaran a la acción, todos deberíamos convertirnos, comprendes, en asesinos. Ahora bien, la inmensa mayoría de la gente puede vivir perfectamente con sus fantasmas incluso homicidas, sin jamás pasar a la acción para llevarlos a cabo.

»Quienes dicen: la ha matado *porque* ya no podía soportarla, *porque*, incluso inconscientemente, deseaba liberarse de ella, no comprenden nada del asunto, o no se dan cuenta de lo que dicen. Si se aplicaran a ellos mismos esta lógica, ellos que alimentan también en sí mismos esta lógica de fantasmas

de agresión y de asesinato (¿quién no los alimenta?) que a fin de cuentas es la de la *premeditación del inconsciente*, todos estarían no en un hospital psiquiátrico, sino en la cárcel desde hace mucho tiempo.

»Ya sabes que en la historia de un individuo o en la historia de un pueblo, Sófocles lo ha dicho muy bien, la única verdad definitiva que existe es la definitiva de la muerte, es decir, de un fin irremediable, en el que nadie, en primer lugar el muerto, puede cambiar nada. Y este punto final de la muerte que hace lo definitivo a partir de lo cual se puede decidir (caso de Sófocles) si el personaje muerto ha sido feliz o no, en el caso de Hélène, es lo que ha “causado” su muerte.

»Ahora bien, en la vida, las cosas no son así. Podemos morir de un simple accidente, sin que ningún “deseo se lleve a cabo”. Pero cuando hay “deseo” o que uno lo sospecha, se encuentra cantidad de gente que, *a posteriori* —y es necesario para ellos porque necesitan no sólo comprender sino defender la idea que se hacen para protegerse a sí mismos, proteger a su amigo, o acusar a un tercero, en la figura de tal médico que no habría hecho todo lo que se imponía desde fuera, un fuera “supuestamente objetivo”, “evidente”— cantidad de gente que *a posteriori*, ese *a posteriori* del hecho consumado e irresistible, se fabrican un *a posteriori* del fantasma asesino del que entonces hacen la “causa” del asesinato, incluso de su *premeditación* inconsciente: *premeditación*, la palabra está cargada de sentido, porque significa en suma *previsión y puesta a punto inconsciente del dispositivo del homicidio* en la visión inconsciente del paso al acto homicida¹.

»Ahora bien, confunden, estos amigos demasiado bien intencionados con relación a su amigo y —o— a ellos mismos, el *a posteriori* *factual* e irreversible de la vida simplemente, y la *posterioridad de la vida psíquica*, la del *sentido*. En el primer caso, es verdad

que para toda la gente y para todos los amigos, es necesario transigir con su posterioridad personal que les conviene (no digo en vano esta palabra en una acepción peyorativa) y les permite soportar el choque del drama y enfrentarse a él públicamente. Pero cada uno o casi cada uno tiene su interpretación, lo que no deja de deteriorar sus relaciones con su amigo homicida e incluso sus relaciones entre ellos. Se mantienen firmes como una roca en su *posterioridad personal*, alrededor de la cual se construyen la figura de un personaje homicida y temen más o menos sordamente que el tal personaje aparezca un día para desmentir o corregir su interpretación mediante la suya propia. En este sentido tu médico tenía razón al decirte que tus explicaciones mismas podían, tanto como tu falta de explicación, correr el riesgo de alejar a tus amigos más próximos. De todo corazón, espero que no será así, pero aquí tampoco se puede predecir nada con seguridad.

»En la posterioridad de la interpretación interna, no sucede así en absoluto. Primero porque se ejerce en la vida misma del paciente. Pero también y en especial porque no existe nunca el fantasma "unívoco", sino fantasmas siempre *ambivalentes*. El deseo de matar por ejemplo, o el de destruirse y de destruirlo todo alrededor de sí, siempre se dobla de un inmenso deseo de amar y de ser amado a pesar de todo, de un inmenso deseo de fusión con el otro y por tanto de la salvación del otro. Al leerme parece que es extremadamente claro en tu caso. ¿Cómo pretender entonces poder hablar solamente de la determinación "*causal*" de un fantasma, sin invocar al mismo tiempo la otra determinación "*causal*", la de la ambivalencia, la que se da en el fantasma mismo como el deseo radicalmente opuesto al deseo homicida del fantasma, el deseo de vida, de amor y de salvación? Verdaderamente, no se trata entonces de determinación *causal*, sino de la aparición de un

sentido ambivalente en la unidad desgarrada del deseo, que no se lleva a cabo entonces, en la total ambivalencia de su ambigüedad, salvo en la “ocasión” exterior que le permite “tomar”, como tú dices de Maquiavelo. Pero esta toma misma, que depende terriblemente de circunstancias aleatorias (la carta de tu analista que no ha podido llegar a Hélène, la ausencia total de defensa de Hélène, también vuestra soledad a dos —si tú hubieras tenido a otra persona al alcance de tu mano, ¿qué habría pasado? ¡qué sé yo!—), no puede tener lugar en la realidad objetiva excepto bajo condiciones altamente aleatorias. Quienes pretenden defender la explicación *causal* no entienden nada de la ambivalencia de los fantasmas ni del *sentido* interno, *en la vida y no en la posterioridad definitiva de la muerte*, y tampoco entienden nada del papel de las circunstancias exteriores objetivas aleatorias que permiten o bien la “toma” fatal, o bien (y ésta es la gran, inmensa mayoría estadística de casos) escapar a ella.

»Verdaderamente, para comprender lo incomprendible, hay que tener en cuenta a la vez los imponderables aleatorios (muy numerosos en tu caso), pero también la ambivalencia de los fantasmas, que abre la vía a todos los contrarios posibles.

»Creo que de esta manera todas las cartas están sobre la mesa. Eran necesarias algunas de ellas, las más obvias para todo observador, para declararte no responsable de tu acto, en el momento en que lo has cometido.

»Dicho esto, no puedes impedir a nadie que piense de otra manera. Pero lo esencial es que te hayas explicado clara y públicamente en tu propio nombre. Que quien quiera, mejor informado si es posible, se monte, si aún lo desea, una religión.

»En cualquier caso, interpreto tu explicación pública como un resurgimiento de ti mismo en tu due-

y en tu vida. Como decían nuestros clásicos, es un
tus essendi: un acto del ser.»

Sólo unas palabras: que los que creen saber y de-
c más no teman decirlo. Sólo pueden ayudarme a
vir.

L. A.

Los hechos 1976

Ya que soy yo quien lo ha organizado todo, mejor será que me presente sin demora.

Me llamo Pierre Berger. No es cierto. Así se llamaba mi abuelo materno, que murió de agotamiento en 1938, después de bregar toda su vida en las montañas de Argelia, en pleno monte, solo con su mujer y sus dos hijas, como guarda forestal contratado por la administración de las Aguas y Bosques de la época.

Nací a la edad de cuatro años en la casa forestal del Bois de Boulogne, en los cerros de Argel. Además de caballos y perros, había un gran estanque con peces, pinos, gigantescos eucaliptos cuyos grandes jirones de corteza caídas recogía yo al llegar el invierno, limoneros, almendros, naranjos, mandarineros, y sobre todo nísperos, que me comía ávidamente. Mi tía, una chiquilla por aquella época, trepaba a los árboles como una cabra y me alcanzaba los mejores frutos. Yo estaba un poco enamorado de ella. Un día nos asustamos mucho. Resulta que también teníamos abejas, que cuidaba un viejo que se les acercaba sin velo, y les hablaba. Pues bien, por una razón desconocida, quizá porque refunfuñaba, se lanzaron sobre mi abuelo, quien corrió a precipitarse al estanque, con gran susto de los peces. Pero la vida era apacible en las alturas. Se veía el mar en el hori-

zonte, y yo contemplaba los barcos que llegaban de Francia. Uno de ellos se llamaba *Charles-Roux*. Me extrañaba muchísimo no poder verles las ruedas.

Mi abuelo era hijo de unos campesinos pobres de Morvan. Los domingos cantaba en la misa, junto a un grupo de muchachos famosos por su voz, en el coro situado al fondo de la iglesia, desde donde podía ver a todo el pueblo de Dios, y a mi abuela que rezaba entre la multitud, aquella delicada joven educada en el colegio de las monjas. Cuando llegó el momento de casarla, las monjas decidieron que aquel Pierre Berger tenía la suficiente moralidad y era lo bastante pobre como para ser su marido. El asunto se resolvió entre las familias, a pesar de las protestas de mi bisabuela, a quien no conseguían arrancar del cuidado de su vaca, que hablaba tan poco como ella. Antes de la boda, no obstante, se produjo una especie de drama, pues mi abuelo, que no tenía ni un céntimo ni un pedazo de tierra, se había empeñado, en aquella época de imperialismo francés a lo Jules Ferry, en marcharse a las colonias como guarda y, Dios sabe por qué razón —Ranavalo o la prensa católica—, se había decidido por la conquista de Madagascar. Mi abuela le paró los pies y puso sus condiciones: ni hablar de Madagascar; como mucho, Argelia, de lo contrario no se casaba con Pierre Berger. Él tuvo que prestarse a ello: la Madeleine era demasiado guapa.

Así fue como empezó, en los bosques más recónditos de Argelia, en lugares cuyo nombre he encontrado de nuevo en los comunicados de la guerra de Liberación, una carrera agotadora. Mi abuelo estaba completamente solo, en unas casas aisladas al máximo, lejos de los pueblos, en pleno bosque, vigilando extensiones demenciales para protegerlas contra los incendios y las pequeñas rapiñas de los árabes y bereberes. Construía también caminos y cortafuegos,

que se utilizaban asimismo como vías de comunicación. Y por todo este trabajo, que suponía competencias múltiples e imponía enormes responsabilidades, recibía el sueldo de un maestro, incluso no llegaba a tanto. Se dejó la salud en ello porque era nervioso y no sabía cuidarse, siempre en la brecha tanto de día como de noche, reventando el caballo, alerta a la menor señal, durmiendo apenas unas horas, sacudido por una tos que había cogido por fumar demasiados cigarrillos de los que él mismo liaba. De vez en cuando, algún director o inspector «bajaba» sobre el terreno. En la casa forestal había una habitación para ellos, y caballos de reserva. Mi abuelo les trataba con distancia, pero les respetaba por personarse en el lugar, reservando su desprecio para los que se quedaban en los despachos. Sentía respeto por un tal de Peyrimoff, que venía a las montañas y discutía sobre cosas serias. Todavía hablaba de él en el Morvan, más tarde, cuando se jubiló: era un hombre que hacía su trabajo.

Mi abuelo y mi abuela tenían los dos los mismos ojos azules, y la misma testarudez. Por lo demás... Mi abuelo era bajito y rechoncho; se pasaba el tiempo echando pestes contra todo y tosiendo. Nadie le daba ninguna importancia. Mi abuela era alta y esbelta (siempre me parecía de lejos una muchacha), ella callaba, reflexionaba, se compadecía (me acuerdo de sus palabras cuando un día le leía *L'Espoir* de Malraux, donde se relatan los sufrimientos de los republicanos españoles: «¡Pobres criaturas!») y, cuando hacía falta, era decidida. Fue a principios de siglo, cuando estalló en Argelia la insurrección popular denominada Margueritte, y tuvo lugar en las montañas, no muy lejos de la casa forestal. Mi abuelo aquella noche no se encontraba allí: como siempre, estaba haciendo una visita de inspección. Mi abuela se había quedado sola en la casa con sus

dos hijas, de tres y cinco años. Los árabes del lugar la apreciaban mucho. Pero ella no se hacía ilusiones, sabía que una insurrección es una insurrección y que puede suceder lo peor. Pasó la noche en vela, con un fusil y tres cartuchos: no eran para los árabes. Transcurrió la noche, llegó el amanecer, al fin. Mi abuelo regresó poco después, refunfuñando contra los insurrectos con los que se había encontrado: desgraciados, los matarán.

O sea que nací allí, en los cerros de Argel, en la casa forestal que tocaba a su fin: un poco de paz. Fue una noche de octubre de 1918, hacia las cinco de la madrugada; mi abuelo salió a caballo para la ciudad y trajo consigo a una doctora rusa cuyo nombre he olvidado, quien al parecer dijo que, «teniendo en cuenta el tamaño de la cabeza», que tenía la oportunidad de tener algún día algo dentro, vete a saber, a lo mejor tonterías. Mi padre estaba a la sazón en el frente de Verdún, en la artillería pesada, de teniente. Había vuelto al frente después de un permiso en el curso del cual había visitado a mi madre, entonces prometida con su hermano Louis, quien acababa de caer sobre Verdún, en el avión que le llevaba como observador. Mi padre consideró que era su deber sustituir a su hermano respecto a mi madre, la cual dio el sí que se imponía. Es comprensible. Los matrimonios se arreglaban entre las familias; la opinión de los hijos contaba muy poco. Lo dispuso todo la madre de mi padre, la cual, como también estaba casada con un empleado de las Aguas y Bosques, no muy importante pero que trabajaba en las oficinas, vio en mi madre a la chica modesta, pura y trabajadora que necesitaba su primer hijo, querido y preferido, que ya había sido admitido en la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud. Louis era el preferido por una sencilla razón: como no tenían recursos para pagar los estudios de dos hijos, habían tenido que escoger, y le tocó a él, por motivos relacionados

con la idea que mi abuela paterna tenía sobre las Escuelas. Así que, por carambola, mi padre tuvo que trabajar desde los trece años: ordenanza en un banco primero, fue ascendiendo luego, pues era inteligente a pesar de que no tuviera estudios. A menudo me recordaba, como ejemplo del estricto rigor de su madre, quien no perdía de vista un céntimo ni el porvenir, el episodio de Fachoda: en cuanto se conoció la amenaza de guerra, ella le había enviado inmediatamente a comprar unos kilos de alubias, recurso supremo contra la penuria alimenticia; con ello recuperaba, quizás sin saberlo, la más antigua tradición de los pueblos miserables de América Latina, de España y de Sicilia. Las alubias, con tal que se protejan de los insectos, se conservan indefinidamente, incluso en tiempos de guerra. Esta misma abuela, yo no lo he olvidado, se desprendió un día de una raqueta para mí, un 14 de julio mientras contemplábamos desde su balcón el desfile de las tropas a lo largo de los muelles de Argel.

Mi padre me llevaba a menudo al campo de fútbol, donde en aquel entonces se jugaban partidos épicos entre franceses o entre franceses y árabes. Y aquello se calentaba de lo lindo. Allí fue donde oí disparar el primer tiro de mi vida. Cundió el pánico, pero el juego continuó, ya que no habían herido al árbitro. Mi padre me llevaba, aunque con mi madre, a las carreras de caballos donde tenía entrada libre, pues conocía, del banco en el que trabajaba, a un portero que le permitía el paso. Apostaba. Naturalmente poca cosa, y perdía siempre; de todas formas se lo pasaba bien, y nosotros también; allí se veían bellas damas, que mi padre contemplaba con una complacencia algo exagerada, a tenor de los silencios de mi madre, aunque para ella no fueran los únicos. Mi padre me llevó una sola vez, a mí solo, al tiro de fusil, en un gran campo militar que retumbaba con los disparos repetidos en los blancos lejanos.

Era muy distinto del tiro con carabina de las ferias, en el que yo era un experto desde que encontré el truco para alcanzar el huevo que baila en el agua y embolsarme la tableta de chocolate. Aquí era mucho más complicado y tremendo. En cuanto me hube colocado el fusil en el hombro y apreté el gatillo, recibí un violento golpe, como si hubiera disparado hacia atrás, y no obstante la bala salió hacia adelante, a juzgar por las banderas que se levantaron por encima de una trinchera para dar a entender que había fallado el blanco. Buen comienzo, dijo mi padre, que se dispuso a impartirme un auténtico curso de artillería: reglaje por disparo deflagrante alto, o cómo alcanzar un objetivo sin verlo, [lo cual] me proporcionó una primera idea de los principios de Maquiavelo, que había de conocer más tarde. También íbamos, bien que en familia, al tenis y a la playa. Mi padre tenía un servicio excelente, al estilo de Tilden, y mi madre unos temibles reveses liftados. Yo me esforzaba al máximo. En cuanto a la natación —que mi padre practicaba con toda naturalidad de espalda, cuidando de no mojarse los dedos de los pies, que mantenía siempre fuera del agua para vigilarlos—, la aprendí de mi madre, que la practicaba con un estilo menos personal, la braza. No me dediqué al *crawl* hasta mucho más tarde, y por mi cuenta. Siempre se me ha notado.

Sin esforzarme, era un buen alumno en la escuela, hijo de una buena alumna, buena profesora después, , amiga de buenos maestros que me preguntaban antes de empezar la clase como se llama el fruto del haya, y cuando yo respondía el hayuco, era un buen chico. Asistía a una escuela primaria mixta (entendámonos, no con chicas, sino con niños franceses y niños árabes de la misma edad), a la cual me acompañaba con gran ceremonia una criada, algo que me avergonzaba, porque significaba, además de la escolta, la entrada prematura en el patio interior, antes que

los demás, y allí es donde encontraba al buen maestro que me preguntaba el nombre del fruto del haya.

Dos episodios dramáticos marcaron este primer período escolar. Un día que estaba en clase, un alumno, detrás de mí, tuvo la idea de soltar un pedo. El maestro me miró con un largo reproche: «Tú, Louis...». No fui capaz de decirle: «No he sido yo». No me hubiera creído. La otra vez ocurrió en el patio en que jugábamos a las canicas, juego en el que destacaba. Nos intercambiábamos también las canicas y nuestras bolas de mármol. No sé por qué, me peleé con un niño, al cual de repente di un bofetón. Este bofetón me inspiró pánico; corrí detrás del niño para ofrecerle a cambio de su silencio todo lo que llevaba encima. Él se calló. Confieso que todavía ahora tiemblo.

Al lado de este incidente, el asunto del Bois, que con todo me sorprendió tanto como el bofetón, no fue nada del otro mundo. Tomábamos el aire y la hierba, mi madre, mi hermana, yo y una amiga de mi madre acompañada de sus dos hijos, un niño y una niña. Allí también, no sé por qué nadería, de repente traté a la niña de «*Tourtecuise*»*, calificativo que en un libro había visto utilizado como insulto, y que le adjudiqué sin razón aparente. El asunto se resolvió con disculpas entre las madres. Quedé sorprendido de que se puedan tener ideas que no se tienen.

En cambio, lo que me afectó para siempre fue un incidente que tuvo lugar más tarde, en Marsella, un día en que mi madre y yo, al pasar por una calle mugrienta, aunque ancha, cerca de la plaza Garibaldi, vimos a una mujer en el suelo a la que otra arrastraba de los pelos y lanzaba violentos improperios. Allí mismo había un hombre, inmóvil, disfrutando de la escena mientras repetía: «Cuidado, que lleva un revólver». Mi madre y yo fingimos no haber visto

* Véase nota de la pág. 83. (N. de la T).

ni oído nada. Ya era suficiente cargar cada uno por su lado con aquella imagen y arreglárselas. Yo, en realidad, no me las he arreglado muy bien.

Después de la escuela primaria, estudié primero en el instituto de Argel, del cual sólo guardo un recuerdo: el de un magnífico Voisin blanco descapotable que esperaba, con un chófer con gorra de visera, a uno de mis condiscípulos que no me dirigía la palabra. Me acuerdo también de una visita a la casa de un propietario árabe conocido de mi padre, el cual, antes del té, nos sirvió unos pastelitos de calabaza que en mi vida he vuelto a ver. Mi padre también nos hacía subir al viejo Citroën de un amigo suyo, que nos llevaba a las montañas, allí donde, muchos años atrás, mi abuelo había salvado la vida a un grupo de suecos, me parece, que se había aventurado en una tormenta de nieve que les había hecho perder todo sentido de la orientación. Mi abuelo, que detestaba (al igual que mi padre, por otro lado) las condecoraciones, recibió por esta hazaña la cruz de guerra, con citación y palmas como constatación. Conservé todo este material después de la muerte de mi abuela.

Aquella casa forestal del Bois de Boulogne me quedó grabada por su situación excepcional: dominaba todo Argel, la bahía y el mar, que se veía hasta el infinito. Había un rincón, bajo los algarrobos, donde me quedaba solo durante largos ratos, contemplando el horizonte, mientras aplastaba con mis dedos las hojas olorosas de los árboles. Cuando, los fines de semana, íbamos con mis padres a pasar dos días a la casa, contemplábamos en primavera las anémonas en la parte del jardín que lindaba con un laboratorio médico y una casa burguesa donde vivía un ex militar, casado y con dos hijos. En aquella familia ocurrían dramas. La niña, silenciosa bajo su cabellera, me interesaba pero no me atrevía a hablarle. El hijo, que casi era un adulto, se rebelaba

contra su padre, quien se encolerizaba violentamente y le encerraba bajo llave en una habitación del primer piso. Un día oímos unos fuertes golpes contra la puerta, que cedió, y el joven huyó hacia el bosque. El padre cogió la carabina y le persiguió, mientras la madre lloraba. Pero en definitiva aquello era teatro y las cosas volvieron a su cauce.

Cuando nos marchábamos, mi padre nunca dejaba de recoger un gran ramo de gladiolos, que ofrecía a cierta dama misteriosa, que vivía cerca de la plaza de Galland. Mi madre fingía no ver nada, pero yo un día vi a esta dama, que llevaba un perfume como de glicina, o al menos eso me pareció, y tenía unos ojos lánguidos, esperando que le dirigieran la palabra. Mi padre, como siempre, tenía un chiste en la boca, lo que no debía engañar a nadie.

Mi padre, que antes de casarse tuvo relaciones con una muchacha pobre que se llamaba Louise, con quien rompió en cuanto se casó con mi madre (y nunca más vio a Louise, pues tenía principios, ni siquiera cuando cayó enferma y murió), reconocía no tener muchos amigos. A excepción de uno que trabajaba con él en el banco, un hombre agradable, nada emprendedor, a quien siempre había que apoyar, casado con una tal Suzanne, desbordante de atributos y de actividad. Mi padre les veía a menudo y hacía la corte a la tal Suzanne, a su manera, siempre en broma, burlándose de sus formas, lo que la llenaba de alegría. Recuerdo que una vez, cuando mi hermana cogió la escarlatina y tuvieron que separarnos, me llevaron a casa de estos amigos, donde viví durante toda una semana. Por la mañana, temprano, cuando me levanté y me dirigí a la cocina, donde sospechaba que estaba Suzy (a esta edad se tienen intuiciones de este tipo), entorné la puerta y la vi desnuda, disponiéndose a preparar el café. Exclamó: «Oh, Louis...» y cerré de nuevo la puerta, preguntándome a qué venían tantas formas. Tenía una

manera de abrazarme, estrechándome contra aquel pecho que no me hurtaba, que me hacía pensar que el hecho de verla desnuda no era tan grave como estar abrazado de tal modo contra su cuerpo. Fue en esta casa donde tuve, todavía lo recuerdo, un extraño sueño. Soñé que, de lo alto del armario situado al fondo de la habitación, que se abría lentamente, salía un enorme animal informe, una especie de gusano gigantesco que no tenía fin, y que me horrorizaba. Mucho más tarde comprendí el significado que podía tener aquel sueño informe, junto a aquella mujer a quien claramente le apetecía acostarse conmigo, aunque se negaba a ello por culpa de las convenciones, mientras que yo lo deseaba y me daba miedo. El marido, durante aquellos días, no sospechaba nada; fumaba en una larga pipa un tabaco dulzón, y tenía un perrito que paseaba el sábado por la tarde en el parque de Galland, donde un día me hicieron una foto: yo era un muchacho delgado, dominado por una cabeza alta y pesada, desproporcionada en comparación con unos hombros débiles, espigado como un espárrago blanquecino en un sótano. Proyectaba en el suelo una sombra delgada como yo, aunque más corta, pues el sol estaba muy arriba en el cielo. Estaba solo, con el perro al extremo de su correa. Solo.

Entre mi padre y mi madre las cosas iban de un modo singular. Mi padre había hecho, de una vez, por todas, una distribución en su vida: por un lado el trabajo, que le acaparaba por completo, y por el otro la familia, que dejaba en manos de mi madre. No recuerdo que en ningún momento interviniera en la educación de sus hijos, confiando en mi madre para ello. Esto fue lo que nos libró, a mi hermana y a mí, a todas las fantasías de mi madre, y a sus temores. Nos obligó a aprender, a mi hermana, piano, y a mí, violín, para que pudiéramos tocar a cuatro manos, algo que, según ella, formaba parte de una

buena educación cultural. Un día, tras haberse encaprichado de un médico vanguardista, decidió que toda la familia debía seguir un régimen vegetariano. De esta forma, durante seis o siete años, comimos productos naturales, sin carne de ningún tipo ni grasa de origen animal, sin mantequilla ni huevos; tan sólo la miel estaba admitida. Mi padre se negó a seguir la corriente. Le cocinaban ostensiblemente su filete, que le servían con solemnidad a modo de demostración, y mientras tanto nosotros comíamos zanahoria rallada, almendras y castañas con col escalada. Aquello era un espectáculo digno de ver: mi padre comiendo en silencio, seguro de su fuerza, y nosotros haciendo comentarios sobre las virtudes comparadas y desiguales de los regímenes cárnicos y vegetarianos, como quien no quiere la cosa y a buen entendedor pocas palabras bastan. Mi padre, sin embargo, no quería entender nada, seguía cortando su carne poco hecha con animoso cuchillo.

Mi padre tenía unos violentos arranques que me asustaban. Una noche en que los vecinos del rellano cantaban, cogió un caldero y un cacillo, se dirigió al balcón y armó un gran bochinche, que nos atemorizó a todos, si bien acabó con los cantos. Tenía, asimismo, de noche, pesadillas que acababan con unos chillidos atroces. No se daba cuenta de ello, y cuando se despertaba, afirmaba no acordarse de nada. Mi madre le zarandeaba para que parara. No se hablaban, no se decían nada que pudiera dar a entender que se querían. Recuerdo, sin embargo, que una noche oí cómo mi padre, quien al parecer estrechaba a mi madre entre sus brazos en la cama de su habitación, le murmuraba: «mi mía..», algo que hizo que el corazón me diera un vuelco. Recuerdo también otros dos episodios que me sorprendieron. Un día, que habíamos vuelto al piso de Argel, tras abandonar el barco que nos había llevado desde Francia, en el balcón, mi padre se mareó. Estaba

sentado en una silla y se desplomó. Mi madre se asustó y le habló. Nunca le hablaba. Recuerdo también una noche en el tren, cuando íbamos hacia Morvan, esta vez fue mi madre la que se indispuso. Mi padre nos mandó bajar en plena noche en la estación de Châlons e intentamos que nos abrieran un hotel, donde aceptaron acogernos. Mi madre estaba muy mal. Mi padre hablaba con ella, muy inquieto. Él nunca le hablaba. En estos dos recuerdos hay una especie de hálito de muerte. Sin duda se amaban sin dirigirse jamás la palabra, en el mismo silencio que se produce a la orilla de la muerte y del mar. Entre ellos, no obstante, había algunas palabras a tientas para constatar que estaban allí. Era asunto suyo. Así y todo, mi hermana y yo lo hemos pagado terriblemente caro. A mí me costó mucho tiempo entenderlo.

Puesto que hablo de mi hermana, recuerdo también un incidente ocurrido en los montes de Argel, donde encontrábamos, si los buscábamos bien, pequeños ciclámenes bajo los arbustos. En aquella ocasión nos hallábamos en un sendero, caminando tranquilamente, cuando apareció un joven en bicicleta. No sé qué tipo de maniobra realizó, pero atropelló a mi hermana. Mi padre se precipitó sobre él y yo pensé que iba a estrangularle. Mi madre se interpuso. Mi hermana estaba herida; regresamos a toda prisa, yo guardé, de todos modos, unos ciclámenes entre los dedos, pero ya había perdido la ilusión. La violencia de mi padre, que dejaba a mi madre, por lo menos en apariencia, completamente indiferente, aunque por otro lado se pasaba el día quejándose del martirio de su vida y del sacrificio que le había costado abandonar, empujada por él, la profesión de maestra, que tan feliz la hacía, me resultaba extraña: él, tan seguro de su comportamiento, de pronto se dejaba llevar, incapaz de controlar la violencia; debo decir, sin embargo, que todo acababa como si

fuera capaz de controlarla, porque siempre sacaba partido de ella. Tenía «baroka», todos los acontecimientos le favorecían. Cuando era preciso, sabía abstenerse; fue el único director de banco en Lyon que no se adhirió a la Legión de Pétain, entre 1940 y 1942, mientras estuvo allí. No fue uno de los partidarios del general Juin, cuando emprendió la campaña de «hacer morder el polvo» a los marroquíes y, por más que le desgarrara las entrañas de «pied-noir» no se opuso a De Gaulle cuando optó por el viraje decisivo de la independencia argelina; echó todas las pestes del mundo, pero no pasó de ahí.

Sus empleados me dijeron, tras su muerte, que mi padre había dirigido el banco de una forma muy particular cuando llegó a director. Tenía un principio o como mínimo una forma de actuar: callarse o bien proferir palabras totalmente ininteligibles. Sus subordinados no se atrevían a replicar que no habían comprendido nada; se retiraban y se las arreglaban, bastante bien en general, por su cuenta, preguntándose constantemente, sin embargo, si se habían equivocado, algo que les tenía en alerta continua. Nunca he sabido a ciencia cierta si mi padre practicaba este método a conciencia, pues con nosotros actuaba poco más o menos de la misma forma, bien que, en cambio, en sus relaciones con la clientela o sus amistades, no había quien le parara, y le entendían a la perfección. Bromeaba constantemente, y con ello sus interlocutores quedaban en una situación de inferioridad y fascinación, desconcertados. Puede que me haya transmitido algo de su inclinación por la provocación. Mi padre tenía unos métodos bancarios algo especiales. A menudo, sobre todo en Marruecos, prestaba importantes sumas de dinero, en nombre del banco, sin intereses, y esto desconcertaba a sus rivales y les colocaba en una situación delicada. En la mayoría de los casos, no obstante, eran los propios clientes quienes abonaban

unos intereses que nadie les había exigido; entonces mi padre comentaba que aquello demostraba que los marroquíes tenían sentido del honor y que podía confiarse en ellos. En su vida, empero, aceptó el más mínimo regalo, excepto unas flores para mi madre o la invitación para visitar la finca: lo que implicaba tomar té con menta y los pasteles típicos de la región. Era muy severo respecto a aquellos de sus superiores que se dejaban sobornar de alguna forma, no lo ocultaba, antes bien se enfrentaba a ellos con un silencio cargado de desprecio, más efectivo que cualquier discurso. Me acuerdo de uno de ellos, en Marsella, que poseía una magnífica propiedad cerca de Allauch, con una pista de tenis, donde su joven esposa, que a mí me parecía muy atractiva, advertía antes de servir: «Ya verán, es el *Folies Bergère*», y efectivamente, cuando giraba en torno a la pierna derecha, su pequeña falda volaba por el aire, mostrando un delicioso par de muslos, además de unas braguitas de color rosa que me dejaban ensimismado. Yo hubiera preferido no oírla hablar tanto y que hubiera ido conmigo hacia los laureles, que también eran de color rosa. Precisamente aquel director acabó mal, al tener la debilidad de aceptar demasiadas cosas ante demasiados testigos, entre ellos mi padre, que nunca dijo nada. Aquel silencio lo pagó mi padre más tarde, cuando la dirección general del banco, de la noche a la mañana, le jubiló, a pesar de que la tradición marcaba que un empleado de su categoría debía pasar a la sede central. Pues no, lo apartaron para ofrecer el cargo a uno de la Politécnica que no tenía talla para ello, pero se había casado, requisito indispensable tanto en la Politécnica como en aquel banco, con una hija de la familia protestante propietaria del negocio. Mi padre se retiró y me explicó que aquello era completamente normal, pues se trataba de un asunto de familia, y que él se había equivocado al casarse con una mujer que no perte-

necía a dicha familia. De todas formas, no se dictan normas sobre el corazón. Pero, en el fondo, no se irritó con tal conclusión, que representaba para él una especie de honor involuntario. Hay personas a quien no se condecora, decía airado. En realidad, había rehusado todas las condecoraciones.

Continué mis estudios secundarios en Marsella, en el elevado y bello instituto de Saint-Charles, donde se pavoneaba un director que era pintor aficionado y reinaban unos profesores eminentes, entre ellos un anciano que lloraba ante nosotros en inglés porque había muerto su hija. Todos estábamos muy tristes. Nos vengábamos con el profesor de educación física y con el portero. Aquél únicamente nos hacía jugar al fútbol, método muy apreciado en aquella época. Éste montaba una guardia feroz a la salida, y perseguía a las chicas que se aventuraban por los alrededores. Allí fue donde, contra el parecer de mi padre, que pensaba en la Politécnica, un brillante profesor de letras empezó a orientarme en la idea de presentarme al examen de ingreso en la Normale. De entrada, me hizo matricular en todas las pruebas del Concurso general. Me presenté a todas y no obtuve ni un solo accésit. Debo confesar que me había inventado tanto citas como traducciones, algo fuera de lugar.

También fuera de lugar, aunque seguía jugando al tenis y frecuentando la Ópera, donde se ven bellas damas, mi padre fue trasladado por su banco a Lyon. Yo le seguí y entré en el curso preparatorio de la École Normale en el instituto del Parque. Allí conocí a Jean Guilton, continuamente preocupado por las pruebas de la inmortalidad del alma, después a Jean Lacroix («Verán —nos había dicho Guilton— al hombre que me sucederá en la cátedra, aunque no es muy conocido; se llama M. Labannièr»). A diferencia de Jean Guilton, que impartía la clase dándonos la espalda, inclinado, sujetándose la frente con la

mano derecha, la otra concentrada en la punta de la tiza que le colgaba negligentemente entre los dedos, Jean Lacroix nos hablaba siempre de frente, marcando el ritmo de su parlamento a base de unos golpecitos con la mano derecha sobre la pobre oreja del mismo lado, con unas explosiones fonéticas que a duras penas identificábamos como equivalencias de «bah», mote que le adjudicamos inmediatamente, sin su consentimiento. Estaba también Henri Guillemin, quien nos hizo una escena histérica sobre Chateaubriand antes de incorporarse a su puesto en El Cairo y enviarnos una extraordinaria foto en la que aparecía de pie con un fez rojo en la cabeza. Nosotros le respondimos con un telegrama: «El trabajo cambia, pero el sombrero permanece». Pero destacaba sobre todo el «tío Hours», un lionés fornido, el sosia de Pierre Laval, galicano y jacobino empedernido, que siempre estaba hablando mal del papa y de Georges Bidault, y seguía en fichas personalizadas la carrera de los políticos franceses. De ello sacaba conclusiones políticas sorprendentes (para 1936-1937), según las cuales, la burguesía francesa traicionaría a Francia, ya que temía más al Frente Popular que a Hitler, se rendiría a los nazis después de un simulacro de guerra, por lo cual, si es que todavía tenía un futuro, Francia sólo se lo debería a su pueblo, lanzado a la resistencia política por la izquierda, con los comunistas a la cabeza. Las relaciones entre el «tío Hours» por un lado, Jean Guilton y Jean Lacroix por el otro, eran bastante singulares. Hours no podía sufrir a Guilton, a quien acusaba de haber quedado ligado al seno de su madre; estaba políticamente de acuerdo con Lacroix, si bien no soportaba su «pathos» filosófico y religioso. No obstante, Jean Lacroix tenía el gran mérito de defender sus ideas y de escribir, junto con Mounier, en la revista *Esprit*. Proveniente de la burguesía media lionesa, se había casado con una joven que pertenecía

a la casta más cerrada de la alta burguesía local. Habían incluido a Lacroix en el índice y había sido denunciado como el mismo diablo. Cuando se presentaba en alguna de aquellas reuniones familiares que agrupaban a centenares de personas emparentadas, precisaba un cierto sereno valor para enfrentarse a las injurias que le propinaban. Jean Lacroix se mantuvo siempre en la misma línea, fiel a Mounier, incluso cuando sus sucesores arrastraron la revista *Esprit* por unos cauces cómodos y turbios. Hours, por el contrario, vivió tras la guerra un destino personal que nada hacía prever. Persuadido por uno de sus hijos, jesuita que había residido muchos años en Argelia, de que los pueblos islámicos nunca serán capaces, a causa de su religión y de su escritura (*sic*), de elevarse en el orden intelectual hasta el conocimiento científico (cuando los árabes fueron los herederos de Arquímedes e inventaron una medicina revolucionaria con la traducción e interpretación de Aristóteles), llegó a la conclusión de que los franceses no debían abandonar Argelia, y se convirtió así en feroz defensor de la Argelia francesa en el momento en que De Gaulle se disponía a ceder a las reivindicaciones de independencia política de nuestra antigua colonia. Hours murió de repente en el furor y la consternación, pocos días después que su propia mujer.

La «khâgne» contaba, además de los alumnos, con otro personaje de gran relieve, que actuaba como si enseñara la lengua inglesa y que mantenía muy alta su cabeza, así como sus recuerdos de intérprete de las tropas anglosajonas durante la guerra de 1914. Hablaba un inglés puro de Oxford, y se enfurecía cuando yo abría la boca, pretendiendo que, para hacerle chillar, había cogido un horrible acento americano en los muelles. Le encantaba que le abuchearan, y no le negábamos este placer. Todo se hacía, de forma muy británica, siguiendo las reglas. En cada

ocasión, un alumno, escogido de antemano, se instalaba detrás de la mesa del profesor, quien se sentaba en una silla a unos cuantos metros, e iniciaba un comentario de texto en inglés, generalmente británico. Todos nos habíamos puesto de acuerdo en colocar, en el momento clave de la explicación, un verso de Béranger: «Dios, hijos míos, os dé un buen tránsito» o «Qué bien se está en un granero a los veinte años». El efecto no fallaba nunca. Cada vez que el que hacía el comentario de texto se acercaba al momento crítico y decía: «Este pasaje tiene que recordarnos a la fuerza la fórmula de Béranger...», nuestro profesor se levantaba, como disparado por un resorte, y se libraba al más bello furor teatral nunca visto. Esto duraba diez minutos; expulsaba al alumno de clase y él mismo reemprendía la explicación, evitando hablar de Béranger. Era terriblemente feliz, se le notaba en su cabellera tupida y en el temblor de las manos.

Un día uno le dio una sorpresa. Se trataba de comentar tres versos de John Donne. El alumno, un magnífico muchacho rubio, poeta a ratos perdidos y eternamente enamorado de una chica de la clase, de la cual hablaré más tarde, empezó con una traducción a su aire:

*Te he amado durante tres días
Te amaré tres días más
Si hace buen tiempo.*

Aquel día llovía a cántaros en el parque. Qué importa. Tomó aquellas palabras para hacer la «asociación». Dijo: «Te he amado... esto ha de recordarnos a la fuerza la canción de Tino Rossi...», a lo que siguió una retahíla inconexa. Fueron desfilando de esta forma todas las canciones de moda, ensartando cada una de ellas con una palabra del poema. El profesor no dijo esta boca es mía, hasta que Béranger apareció en el horizonte. Entonces hizo la escena de rigor.

Otro día, otro alumno, que se convirtió más tarde en un orador célebre, a quien todo el mundo llamaba Fanfouet¹, porque era saboyano, hijo del jefe de una estación que habían suprimido (todo el mundo se imaginará las bromas acerca de la ubicación de dicha estación), se propuso comentar otro texto, también en inglés, si bien con un método de disección inédito. Distinguió exactamente cuarenta y tres puntos de vista, comenzando por los más clásicos, el punto de vista histórico, el punto de vista geográfico, para acabar con las disciplinas menos practicadas, como la ornitología (que tuvo un gran éxito ante un profesor aficionado a los pájaros marinos), la cocina, la «fragología» (en seguida veremos por qué) y otras menudencias. Béranger apareció, evidentemente, en el capítulo de la poesía, provocando el clásico furor.

Por lo que a mí respecta, cuando me tocó «salir a la pizarra», emprendí otros derroteros. Busqué en los libros y en la memoria de un amigo hispanista una cita de un monje del siglo XVI, inquisidor curtido, Dom Gueranger, la cual introduce reteniendo el aliento en el momento preciso. El profesor, convencido de que había oído hablar de Béranger, se dispuso al arranque de costumbre, y a mí me costó Dios y ayuda demostrarle su error, asegurándole que Dom Gueranger no tenía nada que ver con Béranger, pues aquél había nacido dos o tres siglos antes y nunca había escrito un solo poema. A final de curso nos pagó una ronda a todos, en el quiosco de bebidas del parque, bajo los árboles; en el lago había barcas, con muchachas en ellas, y nosotros nos preguntábamos qué podían estar haciendo allí, con aquel calor.

Con el «tío Hours» manteníamos asimismo unas relaciones de desafío. Tenía la costumbre, en cuanto

1. Apodo que Louis Althusser daba a Pierre Golliet (a quien se cita en otro lugar en el texto). No tiene un sentido preciso en saboyano, según lo que hemos podido averiguar. (*N. del E.*).

se disponía a pronunciar una palabra en inglés, por ejemplo Wellington, de cerrar la boca, acercarse a la pizarra y, disculpándose por «no pronunciar la lengua inglesa», escribir en ella la palabra en cuestión, subrayándola para que todos la entendiéramos. Improvisaba, apoyando una mano en su mesa y consultando con la otra, o eso parecía, unas hojas imprecisas que probablemente no contenían nota alguna, y era imposible detenerlo... Decía: «¿Os he dicho ya que Inglaterra era una isla?», y esperaba la respuesta, que no surgía. Sacaba todo tipo de conclusiones. Después de la guerra, ante Hélène, me comentó que había militado en la Resistencia, que ésta habría sido completamente imposible en Inglaterra, y no porque fuera una isla, sino porque al vivir todos los ingleses en aquellas casas de campo, habría resultado imposible la clandestinidad, pues no disponían de pasajes entre las manzanas como los que hay en Lyon. Sin embargo, en una ocasión le jugué una de mis malas pasadas. Fue el día en que tenía que hablar ante toda la clase sobre el Primer Cónsul y su política exterior. Me las arreglé de forma que la última palabra de mi parlamento fuera el nombre de una batalla célebre. En el momento de pronunciarla, me levanté lentamente, cogí una tiza blanca con la mano derecha y me acerqué a la pizarra diciendo: «Tendrán que perdonarme pero pronuncio muy mal el italiano». Me limité a escribir: Rívoli. El «tío Hours» se lo tomó muy bien, con aire de entendido. Así pues, tenía la costumbre de hablar, si bien en la clase había un muchacho de estatura singular, que podía haberse dedicado perfectamente al rugby o al tenis como profesional, aunque era demasiado perezoso para hacer nada, y que se convirtió, para llevar la contraria a todo el mundo, en uno de los periodistas más célebres de la prensa francesa. Pues bien, apenas Hours había empezado a hablar, él se dejaba caer sobre su pupitre y se dormía, para nuestro gran

regocijo, pues soltaba unos sonoros ronquidos. Para nosotros, la pregunta era: ¿cuánto durará?, ya que Hours siempre acababa dándose cuenta de ello. Entonces se acercaba de puntillas al durmiente y lo sacudía como si fuera un ciruelo gritando: «¡Eh! ¡Charpy! Final de trayecto, ¡todo el mundo abajo!». Charpy abría un ojo, manteniendo el otro, por si acaso, cerrado, y se dormía de nuevo. El «tío Hours», considerando que había cumplido con su deber con creces, reemprendía su explicación de que Inglaterra era una isla.

Quien más quien menos (excepto el poeta y un muchacho que, sin avisar a nadie, un día se marchó a España, a las Brigadas Internacionales, a hacerse matar como todos), era monárquico en aquella época. La culpa la tenía Chambrillon, un brillante esteta, y Parain, cuyo padre fabricaba cintas para sombreros en Saint-Étienne, un joven que tocaba el piano a la perfección y estaba enamorado de una mujer a la que no había conocido aún, pero se notaba, en vista de las ideas que tenía en el corazón y en la cabeza. Se trataba de un monarquismo de circunstancias, partidario del conde de París, evidentemente, que se debía sin duda al paso fulgurante de Boutang por la «khâgne» unos años antes, pero aquello no iba más lejos, como mínimo para nosotros. Nos conformábamos con algún sarcasmo bastante elemental a expensas de ciertos enemigos imaginarios y del Frente Popular, que entregaba Francia al populacho y a los judíos.

Algo vi del Frente Popular un día que desfiló por la calle de la República una inmensa comitiva de obreros que yo observaba, con la rabia en las entrañas, desde una pequeña ventana del piso que ocupaban por aquel entonces mis padres, en la calle del Arbre-Sec, nombre que encerraba todo un futuro. Me aproximé, no obstante, a lo que Hours nos contaba sobre la burguesía francesa y el pueblo, lo que fue

suficiente para distanciarme de mis amigos monárquicos.

El poeta, por su parte, tenía la mente en otro lugar. Se dedicaba a cortejar a una de las dos chicas de la clase, la señorita Molino. Era una joven morena como la luz del día, que, bajo una aparente tranquilidad, era puro fuego, y lo escupía en cuanto la tocaban. Durante los tres años que pasé en el instituto se desencadenaron tempestades y dramas públicos. El poeta le declaraba su amor delante de todos, incluso en inglés, y ella se negaba a escucharle. Un día desaparecieron los dos; les dimos por muertos, pero aparecieron de nuevo al cabo de unos días, así parecer sanos y salvos. Nada más llegar, prosiguieron con sus retos y rupturas. Era un deporte, mucho más interesante que el del lamentable equipo de fútbol local, que no conseguía marcar goles pero los encajaba a porrillo. Debo precisar que el alcalde de Lyon era Édouard Herriot, cuya tarea principal consistía en dominar el Partido Radical, pulir alguna fórmula sobre la cultura (por lo visto, dedicó diez años a ello) y prepararse para morir en paz con la Iglesia.

Yo estaba algo al corriente de estas disposiciones póstumas por medio de un jesuita alto y delgado, con el más bello apéndice nasal que he visto en mi vida, el cual, de todos modos, no le impedía vivir, y a quien acudí, un día que le necesité para fundar en la «khâgne» una sección de la Juventud Estudiantil Cristiana, en el seminario donde vivía, en las alturas de Fourvière. Me atendió bien, un poco sorprendido de que fuera a buscarle de esta forma, pasando por encima de las autoridades municipales, universitarias y eclesiásticas, pero al fin aceptó. Así fue como, gracias a su acuerdo, formé mi primera célula política: no he tenido necesidad de fundar otra. Hicimos proselitismo. Mantuvimos reuniones irregulares; así me enteré de que la Iglesia se ocupaba de la

«cuestión social» a su manera, lo cual, al proceder del Vaticano, naturalmente, irritaba terriblemente al «tío Hours». Un día marchamos, incluso nuestros monárquicos, a un «retiro» en un monasterio de los Dombes, donde hay muchos estanques. Nos encontramos con unos monjes untuosos, plácidos y silenciosos por obligación. Trabajaban la tierra de día y de noche; se levantaban cinco veces cada noche para orar en voz alta. En la casa se notaba un increíble olor de cera, de jabón, de aceite y de sandalia murgrienta. Era excelente para comprender el desapego del mundo y la concentración espiritual. Además, en cada piso había un enorme reloj de pared que sonaba cada cuarto de hora, lo cual mantenía despierto a todo el mundo, sobre todo de noche. Intentaba impregnarme de aquella atmósfera, y rezaba de rodillas, convencido de que Pascal acabaría, con sus argumentos materialistas, con mi materialismo espontáneo. Incluso una tarde pronuncié una especie de homilía sobre el «recogimiento», que me reportó un aprecio incondicional por parte de Parain, a quien comenté que yo no tenía ningún mérito, pues mi texto no era inédito. En fin, de esta época guardo el recuerdo de una vocación religiosa posible, aunque frustrada, y de una cierta disposición por la elocuencia eclesiástica.

En realidad, no tenía ninguna importancia, pero en definitiva, en los Dombes no había ninguna chica, cuando las encontrabas en todas partes. No sólo del tipo de la señorita Molino, que bajo ningún pretexto debíamos disputar a Bernard (así se llamaba nuestro poeta) sino en el parque, los jardines, las calles, y también en el célebre café donde tuve que pagar, como todo «novato», mi parte de cerveza y de discursos. El discurso que hice allí quedó grabado en la memoria de algunos compañeros. Nos tenían aterrorizados, éste era su papel, y nos desvivíamos por proporcionarles todo el placer que deseaban. Al

fin llegó la hora. Me acuerdo que empecé así: «Pis, pis, pis, pis, decía el niño. Y su madre: ¿Por qué no has hecho pipí antes de entrar?». Después de esta entrada decisiva, el resto ya no tenía ninguna importancia, creo que se trataba de un remedo de Valéry, donde decía entre otras cosas: «No he colgado mi espada en balde», pero sin decir por qué, a qué espada me refería o qué hacía en balde. De todas formas, no todos se perdieron el significado, me lo hicieron ver claramente al someterme sin rodeos a un interrogatorio riguroso sobre mis relaciones amorosas; eso formaba parte de sus obligaciones. Salí como pude del atolladero, diciendo la verdad: que sólo había conocido, aunque de lejos, a una niña rubia cuando estaba en el Morvan; volvía a casa sola atravesando el bosque y me hubiera gustado acompañarla y estrecharla entre mis brazos; que había conocido de mucho más cerca a una chica, en una playa del Midi, cuando pasábamos allí los meses de verano en casa de un colega de mi padre, que entonces vivía en Marsella, pero que las cosas no habían llegado muy lejos, ya que, a excepción de una maravillosa tarde en las dunas en que hice deslizar arena entre sus senos para recogerla en la concavidad del vientre, no pude volver a verla, pues mi madre se opuso a esta relación con una chica que encontraba demasiado joven para mí porque tenía un año más que yo y los ojos negros, hasta el punto de que un día en que quería reunirme con ella en bicicleta en una playa donde estaba peligrosamente sola, mi madre dijo que no, y salí llorando, a toda máquina, en dirección contraria, hasta La Ciotat, donde me tomé un gran vaso de alcohol, soñando que la habría podido sostener en el mar, como me gustaba hacerlo, con una mano bajo sus senos y la otra contra el sexo, lo cual no le desagradaba, ni mucho menos, y no había peligro de hacerle un hijo. Escucharon mi relato sin hacer la más mínima broma y, cuando me callé.

se hizo un gran silencio, que ahogamos inmediatamente en la cerveza.

Así fue como, sin saberlo, a pesar de los horrores de España, nos íbamos acercando a la guerra. Me sorprendió en Saint-Honoré, donde por aquel entonces seguía una cura termal, que por lo menos me proporcionaba el placer de sumergirme corriendo en la piscina y de pasearme bajo los altos árboles del parque, a la sombra. Estábamos en setiembre de 1939, en Munich, y todavía no había recibido la convocatoria que esperaba. Padecía a la sazón un reumatismo en el hombro izquierdo muy doloroso, que desapareció en cuanto me llegó la orden de movilización. Ya se sabe que las guerras curan la mayor parte de los males de los hombres. Mi padre fue enviado al frente de los Alpes, a la espera de que los italianos decidieran disparar algunos cañonazos para convencerse de que habían entrado en guerra; mi madre se replegó en el Morvan, donde vivió el periodo más feliz de su vida, sin esposo, sin hijos, sólo con la carga de las funciones de la secretaría del ayuntamiento del pueblo, donde, a partir de mayo de 1940, afluyeron los refugiados de la derrota. Yo, por mi parte, fui enviado, junto con otros estudiantes, al Centro de Formación de aspirantes a oficiales de reserva de Issoire. Se encontraba allí, en una ciudad todavía provinciana, una gran concentración de hombres de todas las edades, así como de mujeres, caballos y cañones viejos, por cuanto entonces la artillería era hipomóvil. Nos instruía en el arte de la guerra un brigada movlizado, Courbon de Castelbouillon, que era rechoncho y, como Napoleón III, tenía las piernas cortas, si bien lucía buena planta montado en el caballo blanco; juraba como un carretero en la arena, donde evolucionaban los caballos resignados, que ni tan sólo necesitaban que se les guiara para moverse y mucho menos para detenerse, y que iban soltando de vez en cuando cagajo-

nes o un chorro de orín que sorprendía a todo el mundo. Nos encantaban las cabalgadas en el campo de maniobras, cuyas claves el brigada pretendía que se había perdido desde la época de Luis XIV, y sobre todo su desorden, pues nadie era capaz de hacer que avanzara, reulara, saltara o se tumbara ninguna de nuestras monturas. Reíamos mucho, pese a las rabietas de Courbon, a quien no molestaba tener que relacionarse con unos reclutas tan lamentables. Decía que en estas condiciones íbamos a perder la guerra y que nos serviría de escarmiento, a nosotros y al Frente Popular. Con lo que más disfrutábamos era con nuestros paseos por las elevadas cumbres que bordean el valle del Allier, pobladas de endrinos, cuyos frutos, podridos en invierno, constituían un deleite para nosotros, especialmente cuando los comíamos al aire libre o cerca de una capilla abandonada. Volvíamos molidos pero contentos. Algunos hacían muy buenas migas, siempre con la palabra justa a punto para que no decayera la conversación. Teníamos a Poumarat, a quien he vuelto a ver, ahora con barba y una mujer con la que se lleva bien, así como unos hijos que no desentonan; practica el vuelo con planeador y coge tortícolis de tanto mirar al cielo para ver si las corrientes son favorables. Escribe novelas que son buenas pero que tocan temas demasiado antiguos para que un editor se las acepte. Teníamos a Béchard, un compañero de «khâgne» con un acento del Morvan y una gran cabellera, un grandullón que arrastraba siempre una sombra más larga que él mismo; tocaba el violín y hablaba inglés cuando estaba contento. Murió hacia 1942, al mismo tiempo que su mujer, de una tuberculosis conyugal, en pleno Marruecos; no sé qué le llevó allí abajo, sin duda huir de Pétain. Teníamos, finalmente, a un personaje fornido, para quien sólo existían las mujeres. Había encontrado a una, que dormía con los caballos y hacía el amor en la paja, y él pre-

tendía que aquello valía todo el oro del mundo, pues ella no se andaba con remilgos y siempre pedía más: llegó incluso a alquilarle una habitación de hotel, era caro pero más práctico; tanto que cuando volvió de allí nos dijo que era una zorra porque le había endilgado unas purgaciones. En aquella época no era tan fácil curarse. Este episodio me afirmó en la idea de que, de las mujeres, cuando menos tenías que desconfiar, sobre todo si duermen en la paja de los caballos.

Puesto que iba pasando el tiempo y la guerra continuaba sin avanzar, nos propusieron hacernos voluntarios para la aviación. Béchard y los demás dijeron que sí. Yo me asusté y caí enfermo, justo el tiempo necesario para eludir la alternativa; tuve suficiente fiebre e incluso me parece que frotaba a conciencia el termómetro para obtener el resultado deseado. Pasó el médico, consultó mi curva y no insistió. Entretanto, los demás se habían marchado. Quedé solo con Courbon, a quien le gustaba más la equitación que la aviación. Pero ya no nos divertíamos.

A los que quedamos nos enviaron a la Bretaña, a Vannes, para perfeccionar nuestra formación. Allí me encontré con una nueva compañía, menos homogénea y divertida. Se trataba entonces de trabajo en serio: salidas de noche, a la búsqueda de espías (un día encontramos unos papeles rotos pertenecientes a unos españoles fugitivos), tiros ficticios sobre espacios balizados, marchas forzadas, exámenes escritos, etc.

Durante esta época, afluían los refugiados en lamentables comitivas. Pronto se acercaron las tropas alemanas, cuando nosotros nos disponíamos a defender el «reducto bretón» de Paul Reynaud, quien se largó por su cuenta a Burdeos con el gobierno en desbandada. Vannes fue proclamada «ciudad abierta» y nosotros esperamos a pie firme a los alemanes,

montando la guardia alrededor de nuestro cuartel para impedir que los soldados refugiados volvieran a sus casas como desertores. Era la consigna del general Lebleu, que aplicaba así un plan bien estudiado, destinado a entregarnos al ejército alemán, en virtud del principio: es mejor, es más seguro políticamente, que los hombres partan en cautividad hacia Alemania que hacia el sur de Francia, donde podrían hacer cualquier cosa, por ejemplo, seguir a De Gaulle. Razonamiento irreprochable y eficaz.

Los alemanes llegaron en sidecares, nos rindieron los honores de nuestra derrota, fueron corteses, nos prometieron liberarnos al cabo de dos días y nos advirtieron caritativamente de que si nos íbamos, habría represalias sobre los nuestros, porque tenían mucho poder. Unos cuantos se hicieron el sordo y se largaron, sin ningún escrúpulo. Sólo se necesitaba un simple traje de paisano y algunos francos. Es lo que hizo mi tío, ex prisionero de 1914, que conocía el paño y no se dejó embaucar. Cogió, no sé cómo, un traje de paisano, robó una bicicleta y se marchó por sus pasos contados, incluso se permitió el lujo de atravesar el Loira con la excusa de ir a mear a la otra orilla («oficial, soy zurdo»), y apareció un día ante su mujer, estupefacta: «¡Tendremos líos por tu culpa!». Mi tío tenía demasiado mal carácter para poder estar tranquilo. Murió más tarde, tras haber sacado adelante a su familia y jorobado a su mujer, pero esto no tiene nada que ver.

Los alemanes nos transportaron cuidadosamente para que hiciéramos una visita, antes de la partida, a diversos lugares, bautizados como campos, aunque con cantidad de corrientes de aire, de la Bretaña. Recuerdo uno de estos campos, donde bastaba coger una ambulancia para estar fuera; otro donde bastaba bajar del vagón y perderse por el pueblo, detrás de la pequeña estación, para ser libre. Pero había lo de la desertión, y la promesa de hacerlo

todo de acuerdo con las reglas. Además, los alemanes me habían cogido una pequeña Kodak que había heredado de mi padre; claro que, naturalmente, para guardarla en un lugar seguro antes de devolvérmela. Podíamos escribir. Todo se presentaba bien. Sólo teníamos que esperar.

Durante este tiempo, habíamos pasado los exámenes escritos reglamentarios de aspirantes a oficial de reserva. El primero fue el «tío Dubarle». Igual que en la prueba general (aunque a diferencia del ingreso en la École Normale, en que quedé en sexto lugar, creo, en julio de 1939, tras conseguir nada menos que un 19 en latín, y un 3 en griego, Flacelière deberá disculparme por ello, después de una exposición filosófica sobre la causalidad eficiente, a quien no tenía el honor de conocer, que gustó al afectado Schuhl y disgustó a Lachièze-Rey, quien me comentó con toda justicia que «no había comprendido nada»), suspendí todos los exámenes, ni tan sólo sé si los puntuaron, pues no hubo tiempo de publicar los resultados, por culpa de los alemanes. Los alemanes, por su parte, consideraron que éramos soldados de segunda clase y por consiguiente nos enviaron a un *stalag* para tropa, previa estancia en un campo de reagrupamiento cerca de Nantes, donde había que pelearse por el agua y donde Dubarle, que tenía perspectiva, organizó la vigilancia de los convoyes militares que circulaban por allí en ferrocarril, a fin de transmitir la información fuera. Me acuerdo que esto sucedía en junio de 1940, antes del llamamiento de De Gaulle.

Las cosas serias empezaron cuando estuvimos en el tren, con un vagón de cola atestado de soldados armados con metralletas, sesenta personas por vagón; teníamos que mear en botellas; no había nada que beber, excepto nuestros orines, nada que morder excepto las uñas. Aquello duró cuatro días y cuatro noches inacabables. Nos deteníamos en las es-

taciones a pleno día, la gente nos alcanzaba comida. Nos parábamos en medio del campo, veíamos cómo los campesinos segaban el heno allí a diez metros. Hubo compañeros que acabaron por hacer saltar las planchas del piso, se deslizaron hacia los ejes, aunque los demás refunfuñaban, «conseguirás que nos fusilen», seguían y acababan saltando de noche hacia los arbustos. Se oían algunos tiros y un perro que ladraba, aunque lo del perro era una buena señal. Todos soñábamos evadirnos de este modo, pero teníamos miedo, y no disponíamos de tiempo, y si los alemanes encontraban los vagones vacíos, ¡caray! Se daban direcciones y mensajes a los que se iban, con todo tipo de recomendaciones, que Dios os ampare.

Cuando atravesamos la frontera alemana, lo notamos por la lluvia. Alemania es un país en el que llueve. Como decía Goethe a su monarca: vale más mal tiempo que no que no haya tiempo. No se equivocaba. Pero la lluvia moja. Los alemanes que veíamos, descoloridos, en las estaciones, estaban empapados. No nos daban comida. Parecían impresionados por su victoria, que les había sorprendido al alba, antes del café, y todavía no se habían recuperado. Evidentemente, no sabían nada de los campos de concentración, ni nosotros tampoco; en todo caso, estaban mejor situados que nosotros.

Llegamos al fin a una estación sin nombre, en unas landas constantemente barridas por la lluvia y el viento. Nos hicieron bajar e iniciar la marcha, bajo la amenaza de látigos y fusiles, durante cuarenta kilómetros. Muchos compañeros quedaron en el camino, pero los alemanes, en general, no los remataron. Enviaron caballos para arrastrarlos. Recuerdo que, por si acaso, y teniendo presentes las palabras de Goethe, había birlado una especie de impermeable británico de tela cauchutada y lo llevaba debajo de la camisa, para evitar que los alema-

nes me lo confiscaran. Anduve mis cuarenta kilómetros con aquello pegado a la piel, huelga decir que me hacía sudar un poco, hasta el punto de que, una vez en la tienda, temí haber pillado como mínimo un resfriado, pero no pasó nada, y además, al día siguiente, los alemanes me confiscaron la falsa camisa, bajo pretexto de que les prestaría servicio. ¡Qué le vamos a hacer! A partir de entonces, me acostumbré a la lluvia y aprendí que uno puede mojarse sin coger un resfriado.

La noche en aquella tienda fue increíble. Teníamos hambre, sed, pero sobre todo estábamos reventados y nos caíamos de sueño; a la mañana siguiente tuvieron que arrastrarnos por los pies para despertarnos, porque teníamos que pasar todos los exámenes de control de la cautividad alemana. Pero había aprendido que los hombres se dan calor, sobre todo cuando son desdichados y están fatigados y que, en definitiva, las cosas se arreglan.

No se arreglaron para todos. Nuestro campo lindaba con otro, donde podía verse errar seres familiares, que debían venir del este de Polonia, pues hablaban ruso, y no se atrevían a acercarse a las alambradas electrificadas cuando se les tiraba un poco de pan, una prenda de vestir y algunas palabras que se sabía perfectamente que no serían comprendidas; da igual, aquello les animaba un poco, y a nosotros también: no nos sentíamos tan solos en la miseria.

Más tarde nos distribuyeron en destacamentos separados. Accedí, junto con algunos estudiantes y trescientos campesinos y pequeño burgueses, a un campo especial, puesto que se trataba de cavar almacenes subterráneos para la Luftwaffe, y en primer lugar había que derribar todo lo que estaba sobre la obra, casas viejas, bosques, cegar las balsas, y rodearlo todo con alambrada. Mi incompetencia me consagró a esta última especialidad: cavar hoyos,

plantar postes, clavar la alambrada; nos estábamos encerrando a nosotros mismos. Siempre llevábamos un centinela detrás, ex combatiente de la guerra de 1914, que estaba harto de matanzas y no paraba de repetirlo. De vez en cuando, nos daba un trozo de su ración, pues la nuestra no tenía mucha consistencia. Recuerdo que un día, provisto de unos cuantos *Lagergeld* (dinero que únicamente tenía validez en el campo, para comprar cepillos de dientes y tabaco), se me metió en la cabeza acercarme a casa de la panadera, a unos trescientos metros de allí. Tenía un buen pan blanco alemán, y también del negro, incluso un pastel de ciruelas. No hubo nada que hacer: mi dinero no valía nada, y ella exigía dinero de verdad por su pan. Como decía nuestro centinela: «¡Es la guerra!», y escupía en el suelo para subrayar su sentimiento.

Conocí allí sobre todo a campesinos cargados de recuerdos: de sus tierras, de sus animales, de su trabajo, de su mujer y de sus hijos. Cargados principalmente de un sentimiento de superioridad: los «chleuhs» (los alemanes) no saben trabajar, ¡ya verán lo que les espera! Y se lanzaban al trabajo, por amor al arte. Pero había dos o tres estudiantes que no estaban de acuerdo con ello y lo manifestaban: hay que trabajar lo mínimo posible, aunque nos muramos de hambre, e incluso, si es posible, ¡hacer sabotaje! Una minoría, y con malas intenciones. Había también un jornalero del campo normando, que se llamaba Colombin; lucía un gran bigote, una ancha boina, y tenía unas convicciones silenciosas. No se esforzaba mucho, y de vez en cuando, escupía sobre las palmas de sus manos, se apoyaba sobre la pala y decía: me voy a echar una buena palomina. Y se iba a cagar de forma ostentosa por allí, ante los alemanes asombrados. Me contó muchas historias.

Claro que no tantas como otros prisioneros. Pienso especialmente en un joven normando, que había

podido conservar su reloj de oro, regalo de su mujer, que enseñaba a todo el mundo, jurando que no lo vendería por un bocado de pan. Quedó muy sorprendido el día que no lo encontró bajo su jergón. Acusó a los alemanes, quienes respondieron que no necesitaban su reloj, que habían confiscado todos los demás, ¡uno más, uno menos! Había volado solo. Lo curioso es que el muchacho lo encontró al volver, en manos de su esposa, a quien le había llegado a través de un oficial americano. Pasan cosas divertidas. Había también otro hombre, cultivado, que era periodista en un diario del Este, de origen ruso, lo que le proporcionaba argumentos sobre el pacto germano-soviético y sus consecuencias, así como una serie de recuerdos de mujeres, sobre los cuales hablaba con fluidez y éxito de audiencia, debido a la penuria. En concreto, lo sencillo que era poseerlas, prueba de ello, aquella a quien había acariciado bajo el mantel en un banquete oficial, a la vista de todos, y la otra a quien había acompañado a casa por la noche; la empujó contra la puerta cerrada de su casa hasta que se abrió de piernas, abordó las posiciones estratégicas con el consentimiento del adversario, quien, insistía en precisar, no llevaba nada debajo del vestido. Esto nos hacía soñar a todos, incluso a Colombin, que entonces escupía contra el suelo.

Aquel mismo periodista se dedicó a educar sexualmente a nuestros centinelas. En realidad, tenía poco mérito. Les enseñó, empero, que las negras «la tenían de través», lo que desencadenó una especie de revolución entre nuestros guardianes; llamaron a un oficial médico, quien les escuchó con atención, compró una enciclopedia en la que no encontró nada convincente y se puso en contacto con la autoridad superior, quien le dijo que era algo característico de todas las razas que comen ajos, aunque, teniendo en cuenta que los negros no los comen, a diferencia de los judíos y los franceses, no tenía por

qué ser cierto. La cosa quedó así, pero nuestro compañero se ganó una ración suplementaria de pan, que compartió con nosotros.

Entonces me nombraron barrendero, pues me había herniado seriamente levantando los troncos de los árboles de las charcas. Así que me quedaba en el campo todo el día, mientras mis compañeros estaban fuera, manejando la escoba. La escoba se compone de un mango y del resto. Lo importante es el mango y el juego de la mano. El polvo es secundario. Es como la intendencia: viene detrás. Encontré el giro de muñeca adecuado y en dos horas liquidaba una tarea que podía haber durado doce. Por tanto, disponía de tiempo. Me puse a escribir una tragedia sobre aquella joven griega a quien su padre, un general, quería matar para que se levantara el viento. Yo quería que viviera, y me las arreglé para hacerlo posible, contando con su consentimiento. Huiríamos los dos en una barca, al llegar la noche, y haríamos el amor en alta mar, mientras no soplara el viento, sino tan sólo un poco de brisa que nos refrescara y así poder experimentar el placer. No tuve tiempo de acabar esta obra maestra, en la que jugaba un papel el Giraudoux de los erizos, pues caí muy enfermo: los riñones, al parecer, según la opinión del médico francés del campo, un hombre del norte, orgulloso y competente, que hizo comprender a los alemanes que no era cuestión de vacilaciones: tenían que llevarme urgentemente al hospital central del campo. Vino una ambulancia blanca, y por primera vez me transportaron, lentamente, a través de kilómetros de paisaje desolado, hacia el campo de Schleswig. Ingresé en el hospital, donde fui bien atendido por un médico alemán cansado, quien, al cabo de quince días, decidió que estaba curado y me envió de nuevo al campo. Pero era el campo central. Todo un mundo. Los prisioneros polacos, que eran los que habían llegado primero, ocupaban todos los

puestos claves, y una pequeña guerra enfrentaba a los franceses, los belgas y los serbios a aquéllos, que acabaron cediendo algunos cargos. Me consideraron apto para trabajos exteriores, descarga de carbón, cavar trincheras, jardinería, antes de introducirme en las tareas del campo: en la enfermería, donde gobernaban el médico que me había enviado al hospital y un oficial dentista salaz, que no hacía más que mandar tabletas de chocolate a las ucranianas del campo de enfrente para que se abrieran de piernas a lo lejos. De esta forma me convertí en «enfermero» sin haberlo sido nunca, y cuidé a todo tipo de enfermos. Por esta razón vi morir a un desdichado compositor de canciones parisiense de una gangrena gaseosa provocada por una operación en pleno campo, practicada por un joven médico alemán nazi empeñado en hacer prácticas. La mayoría de los enfermos fingía. Adelgazaban a base de ayuno, a fin de conseguir que les diagnosticaran una úlcera de estómago a partir de una radiografía trucada tras haberse tragado una bola de papel de aluminio, que situaban a la altura deseada colgándola del extremo de un hilo. Aquello no siempre salía bien. Yo lo probé, pero fue en vano. Intenté que me dieran de baja como enfermero, haciéndome enviar unos papeles que, como por casualidad, encontré un día en un paquete ante un guardián. Aquello no funcionó, pues olvidé hacer desaparecer de mi cartilla militar los atestados que demostraban que había pasado por la escuela de oficiales de reserva.

Esta experiencia forzada de trabajo manual me enseñó muchas cosas. En primer lugar, que se necesita todo un aprendizaje. Después, que hay que saber tratar con el tiempo, mantener con él unas relaciones calculadas, en que intervienen el ritmo de la respiración, el esfuerzo y la fatiga, y que, para que dure el esfuerzo, se precisa lentitud. En definitiva, que el trabajo que dura y fatiga no es tan arduo a la

postre como el trabajo intelectual, algo que nos había dicho y repetido el «tío Hours» a lo largo del curso; en todo caso, no resulta tan extenuante para los nervios. Aprendí también que estos hombres que trabajan toda su vida (hay que tener en cuenta que durante todo este período sólo me relacioné con campesinos, ya que los alemanes habían enviado a los obreros prisioneros a las fábricas, donde podían ofrecerles unos servicios cualificados), adquieren una verdadera cultura, silenciosa, pero extremadamente rica, y no sólo una cultura técnica sino mercantil, contable, moral y política. Aprendí que un campesino es un auténtico politécnico, a pesar de que no tenga conciencia de ello, puesto que debe dominar un número increíble de variables, desde el tiempo y las estaciones, hasta las fluctuaciones del mercado, pasando por la técnica, la tecnología, la química, la agrobiología, el derecho y la lucha sindical y política, tanto si participa activamente en ella como si sufre sus consecuencias. Es algo que Hélène me enseñaría más tarde. Por no hablar de previsiones de cultivo a medio plazo, del endeudamiento por las compras de máquinas herramientas, las inversiones con efectos aleatorios según los humores del mercado, etc. Aprendí también que incluso en Francia, donde algunos podrían creer que nos hemos librado de esta plaga, hay campesinos pobres, que viven de una vaca y un pequeño prado, de las castañas y el centeno, o bien, como en Morvan, de la cría de algún cerdo y un niño de la Asistencia Pública. Así pues, poco a poco me formé una idea, algo que ni siquiera había sospechado, de la existencia de una auténtica cultura popular, en todo caso campesina, que no tiene nada que ver con el folclore, nada patente, pero que el determinante para comprender la actitud y las reacciones de los campesinos, en especial aquellos movimientos de *jacqueries*, que proceden de la Edad Media, y que desconciertan inclu-

so al Partido Comunista. Recordaba lo que decía Marx en *El 18 Brumario*: los campesinos franceses, que no son una clase social sino un saco de patatas, plebiscitaron a Napoleón III. En realidad, yo mismo podía tomar la medida de su soledad: cada cual a lo suyo en su tierra, separado de los demás, dominado sin embargo por los poderosos, incluso en las cooperativas y los sindicatos campesinos. Lo que sucedió después de la guerra con los jóvenes agricultores, agrupados por las organizaciones católicas, en definitiva no cambió nada: continúan siendo los poderosos quienes dominan y dictan la ley sobre los medianos, los pequeños y los pobres. Los campesinos no han sido educados por el capitalismo industrial, como ha ocurrido con los obreros de las fábricas, concentrados en el lugar de trabajo, sometidos a la disciplina de la división y la organización del trabajo, explotados al máximo, y obligados a organizarse a la luz del día para defenderse. Aquéllos permanecen aislados, cada cual a lo suyo y no consiguen reconocer sus intereses comunes. Son presa fácil para el Estado burgués, que los manipula (régimen tributario prácticamente inexistente, préstamos, etc.) y los tiene a su merced para convertirlos en un electorado sumiso. Constituyen uno de los elementos de este «tope» resistente que en un momento concreto un secretario de federación del Partido Comunista reconoció, alrededor de 1973, después de que el partido «tocara techo» a nivel electoral. Pero yo no había conocido a ningún obrero. Pequeños burgueses, muchos, ya fueran suboficiales de carrera, funcionarios, empleados, comerciantes o universitarios. Aquél era otro mundo, charlatán, impaciente, ansioso, deseoso de encontrar mujer, hijos y empleo, dispuesto a tragar todas las noticias, sobre todo las mujeres, temeroso de los rusos, mucho más de los rusos que de los alemanes, retorcido; [personas] dispuestas a todo para que les repatriaran, que echan pestes

contra De Gaulle sin hablar bien de Pétain, ya que De Gaulle hacía que la guerra durara, gente que se hacía mandar lujosos paquetes de Francia, que, por otro lado, compartían de buen grado con todos, de una gran coquetería, que hablaba de mujeres todo el santo día. Recuerdo a un corso a quien obligaron a tumbarse sobre su cama de tablas, le quitaron los calzoncillos y le masturbaron contra su voluntad. Sucedió en un barracón donde cada noche un profesor de Clermont, llamado Ferrier, dirigía una «emisión» de radio. Todos los barracones enviaban allí a sus representantes, y Ferrier comunicaba las noticias militares y políticas del día, que había oído en una emisora alemana, en el despacho donde trabajaba, y se había ganado la confianza de su guardián, un comunista alemán. Ferrier mantenía la moral de todo el campo. A veces, basta con que alguien tome una iniciativa para cambiar la atmósfera.

Me resigné, pues, a quedarme en el campo, donde tenía muchos amigos: De Mailly, a quien no habían concedido todavía el premio de Roma, Hameau, joven arquitecto sin un céntimo, Clerc, el ex capitán del equipo de Cannes que había ganado la Copa de Francia de fútbol en un partido histórico (aquel hombre minúsculo era un jugador prodigioso; se había escapado cuatro veces en unas condiciones increíbles y le habían detenido en la frontera suiza cuando, una vez rebasada la línea, volvió sin darse cuenta a territorio alemán), el padre Poirier, y el más importante, Robert Daël.

Había en los campos un hombre de confianza de cada nacionalidad, en virtud de la Convención de Ginebra. En el nuestro, el primero fue un joven llamado Cerrutti, representante de automóviles. Había conseguido el beneplácito de los alemanes y accediendo al cargo sin elecciones. Cuando los alemanes, como compensación, lo repatriaron, se produjo una gran agitación en el campo. Los alemanes tenían su

candidato, que a nosotros no nos interesaba, un partidario de Pétain. Nos pusimos de acuerdo para elegir a Daël, quien lo consiguió con facilidad, apoyado por todos, incluso por los dentistas, ante el asombro de los alemanes. Lo primero que hizo Daël, cosa que nadie comprendió, fue coger como ayudante al candidato de los alemanes, el partidario de Pétain. Los alemanes se alegraron de ello. Al cabo de un mes, Daël consiguió que repatriaran a su ayudante y me designó a mí como sustituto. Todavía no he olvidado aquella simple y diáfana lección política. Daël era un hombre muy capaz, hacía lo que quería con el estado mayor alemán del campo, consiguió el traslado de dos oficiales que le molestaban y llegó a controlar todos los envíos procedentes de Francia, alimentación, paquetes, correo y reorganizó las relaciones entre el campo central y los destacamentos dispersos, a menudo abandonados a su suerte. No se le podía contrariar. Hablaba un alemán muy personal, en el que las dificultades de pronunciación le servían para estar al quite de la respuesta de su interlocutor; nunca cometió ningún fallo, y todo el mundo le apreciaba, a pesar de ser hombre de pocas palabras. Me acuerdo de un incidente que se produjo en el teatro del campo, donde todo el mundo se peleaba para ocupar las mejores plazas, en general reservadas a los alemanes y a las personas importantes del campo. Un día, Daël fijó la siguiente declaración: «A partir de hoy, se suprimen en el teatro todas las plazas reservadas, con una sola excepción: la mía». No hubo ninguna objeción y los alemanes hicieron cola como todo el mundo para ver la representación de las revistas con hombres vestidos de mujer.

No obstante, en una ocasión, apareció una mujer en el campo: una francesa, cantante, muy guapa, todo el mundo quedó conmocionado. Cantó en el teatro; luego, Daël la invitó a su imperio particular,

a una conversación a solas, que debió de acabar bien. A él también le gustaban las mujeres y hablaba del tema con naturalidad. Contaba sus fiestas de juventud, el juego del *strip-poker* con jóvenes, entre las cuales la hija del embajador de China, y de cómo se lo montaba para perder siempre, lo que le permitía ganar lo que deseaba. Como quiera que en el campo se había granjeado la simpatía del oficial encargado de acompañarle en la visita de inspección a los destacamentos, en un camión que conducía un tal Toto, un joven obrero parisiense con un marcado acento, Daël llegó a conseguir que un día el citado oficial le llevara a Hamburgo, a una habitación donde le esperaba una polaca guapísima que le colmó de atenciones, algo que comportaba un gran riesgo para todos. Que yo sepa, Daël no llegó más lejos. A su regreso de la cautividad, convenció a una chica, a quien acababa de conocer, de que podían entenderse, edificar una vida y tener hijos. Me escribió: No puedes imaginarte, el ruido de los tacones en la acera, a mi derecha... Mantuvo su palabra, sin el más mínimo incumplimiento del contrato, viéndose obligado a vender películas por cuenta ajena, qué miseria, teniendo en cuenta el tipo de persona que era. Como mínimo, ha educado a unos hijos saludables. Su mujer le sobrevivió unos años, en las costas del Canal de la Mancha. Creo que existen muchos hombres en Francia (nunca intentó volver a ver a nadie) que todavía piensan en él, y seguirán haciéndolo durante mucho tiempo, como un personaje milagroso, casi de fábula.

Debo contar aquí otro episodio, que tuvo lugar entre Daël y yo por una parte, y la adversidad por otra. Cuando Daël, cansado, abandonó su cargo de hombre de confianza, en cuanto hubimos reflexionado a fondo sobre el callejón sin salida de la situación, nos preguntamos por qué no intentar una evasión. La dificultad radicaba en que, durante las tres semanas

que seguían a una evasión, se movilizaban todas las fuerzas del ejército, la gendarmería y la policía alemana en busca de los evadidos, quienes, con ello, no tenían prácticamente ninguna posibilidad. Por tanto, se trataba de superar esta dificultad. Nos imaginamos, pues, la siguiente solución: bastaba con dejar pasar el plazo de las tres semanas, para no sufrir las consecuencias del desencadenamiento de las medidas de control, y no fugarse durante aquellas tres semanas. Aquello sólo era posible con una condición: esperar dentro del campo, mientras te consideraban oficialmente como evadido, las tres semanas necesarias. Para ello, bastaba que nos escondiéramos en alguna parte, y esperáramos, siempre que el escondrijo fuera seguro.

Efectivamente, nada más fácil que encontrar en aquel campo central un escondrijo seguro. Nos instalamos en él con la complicidad de algunos amigos de confianza, que nos avituallaban con alimentos e informaciones alentadoras sobre el trajín de los alemanes, y dejamos pasar las tres semanas. Después, nos largamos tranquilamente; Daël saludó incluso, al pasar, como de costumbre, al centinela atónito. Todo salió muy bien, como era de esperar, salvo el pequeño imprevisto que significó topar con un insignificante funcionario de correos que, en un pueblo, nos preguntó la dirección exacta de un destinatario a quien no conocíamos. Aquello le puso sobre la pista, y le valió una recompensa, como era de esperar.

Tengo que añadir, en honor a la verdad, que preparamos esta historia realmente como la he contado, pero que no salimos del campo, pues nos consideramos suficientemente compensados con nuestro esfuerzo de imaginación y el descubrimiento del principio de la solución. Jamás lo he olvidado, desde que tuve que volver a la filosofía, ya que es en el fondo el problema de todos los problemas filosóficos

(y políticos y militares), el saber cómo salir de un círculo permaneciendo en él.

Cuando las tropas inglesas estuvieron a ciento cincuenta kilómetros del campo y fue acelerándose la derrota alemana, Daël puso en práctica otros principios estratégicos. Fue a ver a los alemanes para proponerles un trato: vosotros os vais, nosotros ocupamos vuestro lugar, y a cambio os ofrezco certificados de buena conducta. Aceptaron y, en una noche, lo dejaron todo en regla. No tuvimos más trabajo que instalarnos allí. Constituyó una gran revolución en nuestra existencia. De entrada, Toto sacó partido de la situación acostándose con la alemana que le había llamado la atención, por su perfume y de lejos, en un despacho. Se formaron parejas, que más o menos bendijo el padre Poirier. Organizamos el avituallamiento al por mayor, a base de batidas, cada una de las cuales trajo su cargamento de gamos, ciervas, así como de liebres y otros animales, con sus correspondientes verduras y licores. Desviamos un río para conseguir agua. Por fin pudimos hacer pan francés. Reunimos a toda la gente para proporcionarle información y una formación política. Enseñamos el manejo de las armas, el inglés y el ruso a los jóvenes alemanes y a las jóvenes alemanas, en principio aterrorizados y más tarde tranquilos. Jugábamos al fútbol y organizábamos representaciones teatrales con mujeres de verdad. Siempre era domingo, es decir, el comunismo.

Pero los malditos ingleses no llegaban. Daël y yo concebimos el plan de ir a su encuentro para ponerles al corriente de la situación. Cogimos un coche, un chófer (algo sospechoso) y emprendimos el viaje hacia Hamburgo, donde los ingleses nos recibieron tan fríamente que preferimos (con la decisiva colaboración del chófer) marcharnos por las buenas y volver al campo, donde nos acogieron muy mal, pues nuestros compañeros estaban convencidos de

que les habíamos «abandonado», incluso el padre Poirier, hombre de moralidad (ciertas cosas no se hacen). Nos consolamos con un succulento asado de gamo, y esperamos la continuación.

De todas formas, los ingleses aparecieron al fin, y nos embarcaron, con la condición de que dejáramos allí mismo todos nuestros tesoros personales: en avión, primero hacia Bruselas, después hacia París, y yo inmediatamente hacia Marruecos, donde por aquel entonces vivían mis padres, y donde mi padre seguía jugando al tenis, y recorría el imperio jerifiando a doscientos por hora, excepto cuando los camellos, que nunca ceden el paso en la carretera, se interponían en su camino. Tenía un chófer español que decía: «Señora, a él le dan miedo los camellos, señor, a ella no le dan miedo».

Aquel reencuentro me afectó mucho. Tenía la sensación de haber envejecido, de haber perdido el tren, y de no tener nada ni en el estómago ni en la cabeza. No confiaba en poder volver a la École, que, con todo, me había enviado libros y sus puertas seguían abiertas para mí. Entonces viví la primera de mis depresiones. He vivido tantas, y tan graves, tan dramáticas, desde hace treinta años (en total, habré pasado quince años entre hospitales y clínicas psiquiátricas, y a buen seguro todavía estaría allí de no ser por el psicoanálisis), que espero me sea permitido no hablar de ellas. Por otro lado, ¿cómo se puede hablar de la angustia que es realmente intolerable, toca el infierno, y del vacío que es insondable y espantoso?

Temía ser sexualmente impotente. Acudí a un médico militar, quien, con unas palmadas en la espalda, me aseguró que no tenía nada. Visité Marruecos con mi padre, jugué también al tenis, me bañé, no conocí a ninguna chica (evidentemente), oí muchos relatos sobre Sidna y su corte, sus amigos, sus médicos, sobre el gobernador general y sus rabetas, en

resumen, oí campanas sobre la lucha de clases en Marruecos, y lo que más me impresionó fue la detención de Mehdi Ben Seddik en circunstancias poco claras.

A pesar de todo, tenía que volver a París. Mi padre, que había encontrado unas botellas de bourbon que habían permanecido unos años bajo el mar en un mercante que había naufragado, me las confió; me confió a mi hermana, y lo embarcamos todo en otro mercante, que tenía la particularidad de que sólo podía avanzar siguiendo una línea curva, que el capitán tenía que enderezar constantemente, cosa que consiguió. Pero la atmósfera a bordo era horrosa: calor, promiscuidad, ratas, de todo un poco. Finalmente llegamos a Port-Vendres, donde me encontré de nuevo en tierra firme. París no quedaba lejos.

En la École Normale me recibieron unos desconocidos. Efectivamente, era el único prisionero de mi promoción; todos los demás habían seguido, no sin haber topado con algunas dificultades, cuyo rastro permanecía en la memoria, el curso normal de sus estudios. Todos eran jóvenes, aunque algunos estaban al corriente de mi «leyenda» lionesa, alimentada por Lacroix, y habían entrado en la Resistencia activa. Por uno de ellos, Georges Lesèvre, comunista, conocí a Hélène.

Ya que hablo de comunistas, querría recordar que el primero a quien conocí fue en la cautividad, hacia, el fin, en cuanto se marcharon los alemanes, cuando Daël ya no era hombre de confianza y, dicho sea de paso, reinaba un cierto «desorden» en nuestra pequeña sociedad comunista. Apareció entonces Courrèges: venía de un campo disciplinario, era delgado y triste. En seguida se dio cuenta de lo que no funcionaba y se hizo cargo de todo. Fue fulgurante. En pocos días demostró que era un dirigente de masas, listo y seguro, capaz de hacer entrar en razón a los

recalcitrantes, que intentaban aprovecharse de la situación para desvirtuar las reglas de la equidad. Todos le siguieron. Nunca he olvidado este ejemplo, que volví a encontrar en Hélène y otros. Los comunistas son algo real.

Conocí a Hélène en unas circunstancias especiales. Lesèvre me había invitado a visitar a su madre, en la calle Lepic, donde se cuidaba lo mejor que podía de la grave enfermedad que había contraído en la deportación; me dijo: «Te presentaré a Hélène, está algo loca, pero vale la pena». Fue así como me encontré con ella a la salida del metro, en medio de la nieve que cubría París. Para evitar que resbalara, la cogí del brazo, después de la mano, y subimos juntos por la calle Lepic.

Recuerdo que yo llevaba un jersey y un traje lamentables, donativo de la Cruz Roja a los repatriados. Hablamos de la guerra de España en casa de Élizabeth Lesèvre. Hablamos todos, pero en el silencio algo se inició entre Hélène y yo. La volví a ver; recuerdo que un día, en su vivienda de la plaza Saint-Sulpice, se acercó a mí para besarme el pelo, gesto que me asustó. Vino a verme a la École; hicimos el amor en una pequeña habitación de la enfermería, e inmediatamente caí enfermo (no fue la última vez), con una depresión impresionante que el mejor psiquiatra de París, tras la consulta, diagnosticó como una «demencia precoz». Disfruté del privilegio del infierno de Esquirol, donde me enteré de lo que puede ser hoy en día un hospital psiquiátrico. Gracias a Dios, Hélène, que conocía el tema, consiguió que Ajuria entrara en el manicomio y me examinara. Diagnosticó una fuerte depresión, que hizo tratar con unos veinte electrochoques. Por aquel entonces se hacían a lo vivo, sin narcosis ni curare. Nos ponían a todos juntos en una gran sala clara, cama contra cama, y el encargado, rechoncho y con un bigote que le había valido el mote de

Stalin por parte de los enfermos, paseaba de un cliente a otro su caja eléctrica y el casco, que iba colocando sucesivamente a cada consumidor. Veías cómo el vecino se encabritaba en un ataque de epilepsia reglamentario; tenías tiempo para prepararte y meterte entre los dientes la conocida toalla mordisqueada, que acababa transmitiendo la corriente. Un bello espectáculo colectivo bastante edificante.

Comoquiera que siempre se acaba saliendo de una depresión, también yo salí de aquélla, para reunirme de nuevo con Hélène en un hotel miserable; había tenido que vender sus ejemplares originales de Malraux y Aragon para subsistir, y también había estado hospitalizada, aunque en su caso para abortar, pues sabía que yo jamás hubiera soportado a aquel hijo mío que llevó dentro. Nos fuimos hacia el Midi, a los Alpilles, creo recordar, a acampar, porque no teníamos ni un céntimo, en una cabaña donde había jóvenes que hacían fuego, cerca de Saint-Rémy, y donde preparé un día la mejor bullabesa de mi vida, a la argelina (friendo en primer lugar el pescado con cebolla). Me largué de aquel sitio, puesto que debía recuperarme, a un rincón de los Alpes que albergaba a estudiantes convalecientes. Allí conocí a Assathiany y a su esposa, y también a Simone, a quien traté como a una perra, y que me lo hizo pagar. Ahora bien, tenía que redactar la «tesina» para el título: sobre Hegel, el contenido en Hegel. Entonces, desde mi regreso de la cautividad, me relacionaba con Jacques Martin, a quien dediqué mi primer libro en 1965. Era la mente más aguda que he tenido ocasión de conocer, implacable como un jurista, meticuloso como una suma, y dotado de un sentido del humor macabro que hacía temblar a todos los curas. En todo caso, me enseñó a pensar, y sobre todo que uno puede pensar de una forma distinta de la que pretendían

nuestros profesores. Sin él, nunca habría enlazado dos ideas, como mínimo de aquellas en las que estábamos de acuerdo. Redacté, pues, esta tesina en Morvan, en casa de mi abuela, que me hacía la comida e invitó, a petición mía, a Hélène, quien mecanografiaba mi texto por la noche. Hélène se quedó allí unos meses, pues no había otra casa, en un pueblo donde sólo tenía una amiga, la vieja de enfrente, Francine, que le daba huevos y conversación. Mi abuela murió unos años más tarde, de un ataque, en el frío glacial de una mañana en la iglesia, en el mismo banco. La enterraron cerca de la tumba del abuelo Berger, en el elevado cementerio barrido por los vientos; mi tía plantó allí unas flores como conmemoración. Conservé de este pueblo de Morvan, donde mi abuelo, jubilado, había vivido sus últimos años, y donde íbamos toda la familia, excepto mi padre, que se quedaba en Argel y después en Marsella por razones de trabajo, a pasar las vacaciones de verano, mis recuerdos más significativos. Había un jardín que se extendía cuesta abajo frente a la casa, un pozo que yo había visto cavar en el granito, árboles frutales plantados o injertados por mi abuelo, que habíamos visto crecer, unas fresas extraordinarias, flores, conejos y gallinas, y, por supuesto, huevos, gatos que respondían cuando les llamabas por su nombre, cosa rara, pero ningún perro. Había dos grandes sótanos, uno para la leña en invierno y otro para el vino; en verano, mi abuelo se instalaba allí, al fresco, a leer *La Tribune du fonctionnaire* en un pequeño banco de madera. Teníamos también una alberca alta, de donde salvé en dos ocasiones a uno de nuestros gatos, que había caído en ella, un espectáculo terrible ver cómo se estremecía el animal. Este mismo gato, un día quedó con la cabeza atrapada en un bote de conserva vacío, de donde también tuve que sacarlo, y lo conseguimos casi por milagro: el gato soltó un maullido de terror y estuvo

unos cuantos días sin aparecer por la casa. En cambio, me libraba de la matanza de pollos y conejos. Tenía debilidad por aquellos animales idiotas y completamente incapaces de defenderse. Para demostrarles mi amistad, incluso había fabricado una jeringa con un tronco de saúco al que había quitado la médula, y los rociaba de lejos, lo que siempre provocaba reflejos inesperados, cloqueos de sorpresa por parte de las distinguidas gallinas, que consideraban, con la cabeza alta y sin parpadear, el acontecimiento que atentaba contra su dignidad, y la desbandada de los conejos, que no paraban de dar vueltas en su jaula. Pero cuando llegaba la hora de la verdad, me pedían que me alejara. Sé que mi abuelo asestaba un puñetazo en la nuca del conejo y que mi abuela bregaba con unas tijeras oxidadas en el cuello de los pollos. Cuando se trataba de un pato, se le cortaba simplemente la cabeza con un golpe de podadera, y el cuerpo corría todavía unos segundos.

Las patatas y la acedera constituían el elemento básico de nuestra alimentación, junto con las castañas en invierno (en Morvan se vivía entonces de estas crías: cerdos, ganado bovino y los niños de la Asistencia pública). Yo iba a la escuela pública, que tenía unos altos muros que lindaban con el pozo, detrás de un gran peral que daba unos frutos duros y pequeños, con los cuales mi abuela hacía una mermelada roja, que no he vuelto a encontrar nunca más. Asistían a aquella escuela unos veinte niños, ocho o nueve de los cuales procedían de la Asistencia pública, bajo la custodia de un maestro socialista, el señor Boucher, apuesto y buena persona. Me recibieron con las novatadas de costumbre, que duraron todo un mes; a los niños les encantaba perseguir a uno, tumbarlo en el suelo y bajarle los pantalones para ver su sexo, tras lo cual huían gritando. Más tarde he sabido que esta práctica era parecida a

la que se efectúa en determinadas sociedades primitivas. Tuve que pasar por ella, después me dejaron en paz. Jugaba al marro en el patio, lo hacía bastante bien, lo que me valió un cierto prestigio. Como el maestro me consideraba un buen alumno, todo iba bien. Un día me hizo examinar en Nevers para solicitar una beca. Aquel día mi abuelo se puso el traje de los domingos, una gorra nueva, y cogimos el tren. Escogió cuidadosamente un hotel, y tuve ocasión de visitar la maravillosa iglesia de Saint-Étienne, que tiene las más bellas tonalidades de luz y sombra del mundo. Quedé sexto en el examen, con lo que conseguí el regalo paterno de una carabina, que yo había pedido. Con esta carabina me sucedió algo muy extraño. En efecto, mi padre había comprado, a seis kilómetros de nuestro pueblo, un terreno de seis hectáreas, junto con una casa vieja, una especie de granja. Estaba en una loma, al otro lado de la vía del tren, un lugar casi inaccesible, ya que lo dominaban todo los castaños y helechos, que crecían abundantemente. Mi abuelo, hacia las cinco de la mañana, en sus días libres, se dirigía a les Fougères, a pie, naturalmente (entonces no había ningún coche en la región), y, como viejo guardabosques curtido, se abría camino para llegar a la casa. Por allí había colmenas. Debo precisar que las abejas eran una pasión de mis padres, desde la experiencia de la casa forestal en Argel, donde las criaba el señor Quéruet. En Bois-de-Velle, donde mi abuelo tenía un campo que me enseñó a cultivar, también había. Allí hacía crecer todo tipo de plantas, especialmente trigo, que aprendí a segar y a gavillar, y patatas, que aprendí a arrancar sin cortarlas. También íbamos toda la familia a les Fougères, y yo paseaba por los senderos de los bosques al acecho, armado con mi carabina. Me acuerdo que un día, sin apuntar a ninguna presa, tumbado, como en Argel con el fusil, vi una tórtola, sobre la que disparé y fallé el tiro. Volví a cargar el

arma y seguí el paseo. Entonces se me ocurrió la estafalaria idea de apuntar el arma contra mi barriga, para ver qué ocurría. Estaba convencido de que no había ninguna bala en el cañón. En el último segundo dudé y miré el cañón: había una bala dentro. Quedé empapado de sudor, pero no me jacté del incidente.

Íbamos a menudo a les Fougères, en una carreta conducida por un campesino joven y tranquilo, que se convirtió en alcalde del pueblo durante el Frente Popular, y una yegua gorda que avanzaba tranquilamente. Yo me sentaba al lado del conductor y veía como trabajaban aquellos grandes muslos de la yegua para tirar de la carreta. En medio de ellos se veía una bella raja húmeda que me interesaba, aunque entonces no sabía por qué. Mi madre, sin embargo, seguro que no se fiaba de mí, puesto que me hizo sentar en el banco de atrás, desde donde ya no veía a la yegua, bien que, al lado de la carretera, había gallos montando las gallinas. Se los mostré a mi madre riendo, era cómico, pero ella no lo encontró divertido y me reprendió: no debes reír delante del señor Fauchaux. Creerá que eres un ignorante. ¿De qué? Nunca lo supe.

Lo más interesante de aquella región eran los quesos de cabra y la leche de vaca, así como la nieve en invierno, que cubría con su silencio el paisaje. Lo dibujé en una ocasión y el maestro me felicitó. La nieve, al igual que la lluvia, con aquel ruido acompasado que tanto me gustaba sobre la pizarra del tejado, me producía una profunda seguridad, nadie me oía cuando andaba por el campo, donde encontraba las huellas de las patas de los animales. Era el silencio, más tranquilo que el del mar y el del sueño, más seguro también, pues en cuanto había caído la nieve, no había ningún riesgo: como en el vientre de mi madre.

El pueblo tenía también un cura y un castillo.

Veías al cura en la iglesia, donde enseñaba el catecismo, muy temprano por la mañana, ni siquiera había salido el sol, antes de ir a la escuela, alrededor de una pequeña estufa al rojo vivo, y nos enseñaba cosas muy simples, pues había estado en Verdún y estaba de vuelta de muchas complicaciones de la vida, con su boina de ex combatiente y la pipa en la boca. Era un hombre bueno. Acudí a él más tarde, cuando mi jesuita de Lyon me dejó en un punto muerto respecto a un bajorrelieve alejandrino que representaba a una flautista desnuda que me interesaba excesivamente, y me dijo que en definitiva las cosas eran más simples, que los doctores de la Iglesia lo habían embrollado todo, que, por otro lado, él mismo tenía una sirvienta que era asimismo su amiga, y que Dios no se había hecho hombre en vano, si no, no habría comprendido nada de las necesidades de los hombres. Así que la cuestión quedó clara de una vez por todas, muchísimo mejor que con mi madre, sus yeguas y gallos. El cura tenía un armonio que aprendí a tocar mal que bien, y cuando había alguna ceremonia con música, interpretaba algún aire a mi manera, que no le desagradaba. Pretendía que yo tenía que aprender música. Yo le replicaba que ya lo había hecho, con el violín. En efecto, mi madre, en Argel, nos mandaba, a mi hermana a piano y a mí a violín, a una escuela de una pareja, hermano y hermana, amigos suyos, que nos enseñaron los principios básicos y a tocar a dúo. Pero aquello no funcionaba, y tampoco arreglaron las cosas los conciertos clásicos de los domingos marseleses, donde mi padre nos llevaba, de acuerdo con su conveniencia. Allí nos aburríamos a conciencia de ver la espalda del director de orquesta que intentaba poner orden en todos aquellos ruidos que salían de la orquesta, hasta que, por alguna razón desconocida aunque totalmente comprensible, todo el mundo paraba, pues habían tocado la última página, y la gente aplaudía.

Seguí con este tipo de vida cuando estudiaba en la École Normale, hasta la muerte de mi abuela, hacia 1961. En la École, en cuanto hube presentado la tesina con Bachelard, quien con gran prudencia me preguntó: «Pero, ¿por qué ha incluido dos citas en su texto, en primer lugar el estribillo de René Clair: “El concepto es obligatorio, ya que el concepto es la libertad”, y luego estas palabras de Béranger: “más vale un contenido que dos te daré”?». Le respondí: «Para resumir el contenido». Se calló e insistió: «Pero, ¿por qué habla de círculo en Hegel, no sería mejor hablar de circulación del concepto?». Le respondí: «La circulación es un concepto de Malebranche, junto con la reproducción, y lo prueba que Malebranche es el filósofo de los fisiócratas, los cuales, según Marx, son los primeros teóricos de la circulación en la reproducción». Me sonrió y me puso un 18. Era en octubre de 1947, había pasado todo el verano, tras la terrible depresión de la primavera, redactando a marchas forzadas este texto que me apresuré a dejar en manos de «la crítica corrosiva de los ratones». Martin había presentado, con el mismo Bachelard, adjuntando unos dibujos obscenos, una tesina muy chocante sobre el individuo en Hegel. Planteaba en ella cuestiones que yo entendía sólo a medias, a pesar de sus explicaciones. Todo estaba dominado por el concepto de problemática, que me obligó a reflexionar, y se trataba de una filosofía materialista, que intentaba dar una idea exacta de la dialéctica. En ella hablaba de Freud, planteaba (¡ya entonces!) una crítica ponderada de Lacan, y acababa con el tema del comunismo, todavía lo recuerdo: «donde ya no existe la persona humana, sino únicamente individuos».

En la École conocí a Tran Duc Thao, que se había hecho famoso al publicar muy pronto su trabajo sobre la fenomenología y el materialismo dialéctico: muy husserliano, en ello se mantuvo, a juzgar por

los artículos que ha enviado a *La Pensée* desde Hanoi, donde reside desde 1956. Thao nos daba clases particulares, nos explicaba: «Todos sois egos trascendentales, y como egos sois todos iguales». Entonces se lanzaba a una teoría del conocimiento bastante fiel a Husserl, que más tarde volví a encontrar en boca de Jean-Toussaint Desanti, con la misma preocupación por casar a Husserl y Marx, lo contrario de lo que defendía Martin. En aquella época Thao conocía muy bien a Domarchi, un brillante teórico de economía política que trajeron a la École. Impartió un curso fulgurante e incomprensible sobre Wicksell y desapareció, presa de un arrebató pasional por una mujer a quien no ha dejado de perseguir con sus atenciones, si bien no ha conseguido casarse con ella. Por aquel entonces, Thao y Desanti constituían la esperanza de nuestra generación, Desanti continuó siéndolo. Sin embargo no hicieron honor a ella, por culpa de Husserl. ¿Merece la pena hablar de Gusdorf, que entonces hacía reinar el terror entre los opositores de filosofía de la École? Había hecho su tesis en la cautividad, cotejando todos los diarios íntimos de sus conocidos, y la había titulado *El descubrimiento de sí*. Un día recibió una carta del director del palacio del Descubrimiento, que en sustancia le decía: Comoquiera que nada que se refiera al descubrimiento de uno mismo es ajeno al palacio del Descubrimiento, le agradecería que... Gusdorf fue al palacio, y volvió de él con parabienes, un prospecto y la impresión de que le habían tomado el pelo. De todas formas, desde entonces su libro figura en las estanterías de la biblioteca del palacio. Gusdorf tenía la manía de contestar a cualquier pregunta algo embarazosa exclamando: «¡tu tía!», y cuando alguien se retiraba de su despacho, donde tenía un escritorio Luis XV de imitación, decía: «Ya me disculpará que no le acompañe», frase que decía también por teléfono, añadiendo, «no se quite el

sombrero». Era un hombre que disponía de muy pocas expresiones, pero las utilizaba siempre de forma adecuada. Se llevaba muy mal con Pauphilet, a quien, por su actuación en la Resistencia, habían nombrado director de la École en el puesto de Carcopino, quien, al parecer, había más o menos colaborado. Pauphilet era célebre por su flema a toda prueba, la afectada vulgaridad de su lenguaje, la ignorancia de su propia especialidad (la literatura en la Edad Media) y su predilección por los *bals de barrière*, donde reclutaba asiduamente discípulos de un tipo especial, a los cuales recitaba de memoria François Villon. Lo enterraron detrás de la portería de la École, para no trasladarlo. Nadie lo sabe o bien todo el mundo lo ha olvidado, salvo unas bellísimas rosas que crecen allí por casualidad, y que el portero riega con regularidad hasta que se marchitan. Siempre he pensado que Pauphilet, amante de las mujeres y las flores, apreciaba esta atención.

Gusdorf tenía un método, muy personal, de preparación para las oposiciones, que resultó excelente. No daba ningún curso, no ponía ejercicios. Se limitaba a leernos, sin comentarlos, extractos de su tesis sobre los diarios íntimos. De él saqué la provechosa lección de que la mejor forma de prepararse para las oposiciones es la de no seguir curso alguno, es decir, no asistir a ninguno, sino leer extractos de lo que sea. Pues había que pasar esta oposición. Me costó una nueva depresión, y a final de curso estaba, por fin, preparado. Saqué el número uno en el examen escrito (Alquíé dijo de mi primera redacción sobre «¿Es posible una ciencia de los hechos humanos?», la cual había hecho con la ayuda de Leibnitz y Marx, que la primera parte merecía un 19, la segunda, un 16, pero que la tercera, con todo lo que contaba sobre Hegel y Marx, lo sentía, pero era un 14). Quedé segundo en el oral, por una mala interpretación de un párrafo de Spinoza, donde entendí soledad por

sol, lo cual era excesivamente aristotélico. Hélène me esperaba en el fondo de la calle Victor-Cousin, y me abrazó. Tenía mucho miedo de que no hubiera superado mi depresión. Pobrecita, siempre la he asustado con mis depresiones.

La vida filosófica de la École no era especialmente intensa. Estaba de moda aparentar que se despreciaba a Sartre, que estaba de moda, y parecía imperar desde lo alto sobre todo posible pensamiento, por lo menos en Francia, esta *poche de Royan* de un mundo filosófico liberado de nuestro espiritualismo tradicional y consagrado al neopositivismo. A Sartre se le reconocían cualidades de publicista y de novelista malo, y buena voluntad política, una gran honestidad e independencia, huelga decir: «nuestro Rousseau», como mínimo un Rousseau a la medida de nuestro tiempo. Se tenía a Merleau-Ponty en una mayor estima filosófica, aunque fuera idealista trascendental, esta manía religiosa de laico, a pesar de que tenía un aire terriblemente universitario, hasta el punto de que para tener éxito en una prueba de oposiciones uno se curaba en salud escribiendo en el estilo y la solemnidad de la *Fenomenología de la percepción*. Merleau vino a la École a dar unos cursos extraordinarios sobre Malebranche (sobresalía en la demostración de que el *cogito* era oscuro y el cuerpo opaco, como prueba la teoría del juicio natural), y nos enseñó que todo el arte de la oposición radicaba en la comunicación (pónganse en el lugar del tribunal, estamos en verano, hace mucho calor, no tienen tiempo, tenemos que ponernos a su altura y pensar por ellos, dejándoles creer, naturalmente, que piensan por sí mismos). Soltó algunos comentarios sobre la pintura, el espacio y el silencio, algunas sentencias sobre Maquiavelo y Maine de Biran; luego se fue, siempre tan discreto. En la Sorbona, Bachelard daba unos cursos que eran conversaciones no directivas, amenizados con comentarios sobre las viole-

tas y el camembert. Nunca se sabía de antemano lo que diría, él tampoco, lo que permitía entrar en el curso sobre la marcha, en cualquier momento, y abandonarlo cuando se tenía una cita galante o médica. Nadie lo tomaba en serio, él tampoco, pero todos estaban contentos; recibía a todo el mundo, en los exámenes y graduaciones, a cualquier hora del día o de la noche, lo cual tenía sus ventajas, cuando no se ocupaba de su hija, que le preocupaba mucho, o de sus vagabundos, que le alegraban la vida. Alguié reinaba sobre Descartes y todos los cartesianos, incluido Kant, que él consideraba un cartesiano ligeramente herético, ya que era alemán, y suministraba magistralmente a sus auditores las variaciones inmutables de un tartamudeo casi tan bien dominado como el de Jouvett. Era un gran profesor que sabía cosas, y por lo menos con él, pues estaba en el tribunal de las oposiciones, se sabía con antelación, y con seguridad, qué nota ponía a un trabajo en concreto, algo que se agradece. Schuhl, dulce como una sandía, con unas gafas ligeras y un bigote fino e intermitente, comentaba Platón con precaución y una discontinuidad que impedía seguirle. Se refugió rápidamente en un seminario de investigaciones sobre la Antigüedad griega, donde alcanzó la erudición más elevada. Jean Wahl, tan tímido y asustado como un pálido ratón de Pavlov alzando su hocico por encima de la cátedra, comentaba palabra tras palabra Parménides, repitiendo imperturbablemente por enésima vez su propio libro, cuya existencia había olvidado, y, después de cada comentario, siempre breve, decía: «de todos modos, se puede decir lo contrario», lo que dejaba pensativos a sus oyentes, que habían ido a buscar el pro y el contra, y que al comienzo disponían tanto de los pros como de los contras. Se había casado con una de sus alumnas, que le dio unos cuantos hijos y se encargó rápidamente de él, pues era terriblemen-

te distraído en todo, incluso en lo que se refería a mujeres e hijos. No obstante, más tarde no perdió detalle en la conferencia que di sobre Lenin en la Sociedad Francesa de Filosofía, que él presidía, cuando cité las duras palabras de Dietzgen sobre los profesores de filosofía, «casi todos lacayos de la burguesía con título», para protestar en nombre de la corporación, claramente menos ofendida que él. Claro que presidencia obliga. Por aquel entonces conocíamos muy poco sobre Lévy-Strauss, y todavía menos sobre Canguilhem, que debía jugar un papel esencial en mi formación y en la de mis amigos. De todos modos, entonces no estaba en la Sorbona, aunque infundía terror en la enseñanza secundaria, donde había aceptado el puesto de inspector general con la ilusión de que, a base de broncas, podría reformar el entendimiento filosófico de los profesores. Pronto tuvo que renunciar a esta experiencia amarga, y presentar a toda prisa su tesis sobre el reflejo, para recibir el nombramiento en la Sorbona, donde reservó sus cóleras para sus colegas, no para los estudiantes que sabían discernir bajo su carácter hurraño tesoros de generosidad y de inteligencia. Más tarde, en la École, dio un curso que pasó a la historia, sobre el fetichismo en Auguste Comte y siguió con una mirada irónica, aunque tierna, nuestros primeros pasos. Un día me explicó que la lectura de Nietzsche le había introducido en sus investigaciones sobre la historia de la biología y de la medicina.

Entonces empezaba a destacar Lacan, desde el fondo de su seminario en el instituto de Sainte-Anne. Un día fui a escucharle: hablaba de cibernética y de psicoanálisis. No comprendí nada de su disertación afectada, barroca, una falsa imitación de la bella lengua de Breton: evidentemente concebida para que imperara el terror. Y éste imperaba, provocando efectos contradictorios, de fascinación y odio. Sin embargo, me sedujo, Martin me ayudó a compren-

derlo, utilizando alguna de sus frases. Aludí a él en un pequeño artículo de la *Revue de l'Enseignement philosophique*, donde decía más o menos: de la misma forma que Marx criticó al *Homo oeconomicus*, Lacan tiene el gran mérito de criticar al *Homo psychologicus*. Al cabo de ocho días recibí el mensaje de que Lacan quería verme. Me recibió en un pequeño restaurante de lujo. Llevaba una camisa con pechera encañonada, planchada en Londres, una especie de americana descuidada, una corbata de pajarita rosa, y tras unas gafas sin montura asomaban sus ojos velados, indolentes, que fijaban la atención mediante fognazos. Hablaba en un estilo inteligible, y se limitó a comunicarme espantosos chismes sobre algunos de sus ex alumnos, sus mujeres y sus grandes latifundios, así como sobre la relación que existe entre estas condiciones sociales y el psicoanálisis interminable. Llegamos con facilidad a un acuerdo en cuanto a estos temas que lindaban con el materialismo histórico. Le dejé pensando que estaría bien invitarle a trasladar a la École su seminario de Sainte-Anne, que corría el peligro de ser expulsado de su sede. No costó nada convencer a Hyppolite, ya que él había «traído el niño de una noche de Idumea» a una sesión de traducción del texto de Freud sobre la denegación-negación. Así fue como, durante unos años, Lacan impartió su seminario en la École. Todos los miércoles al mediodía, las aceras de la calle de Ulm quedaban atestadas de coches de lujo a la moda, y todo el mundo se disponía a morir en la sala Dussane invadida por el humo. Precisamente la humareda puso punto final al seminario, pues se filtraba —Lacan había sido incapaz de impedir que la audiencia fumara— en las salas de la biblioteca situadas encima, lo cual provocó reclamaciones que duraron meses y meses, hasta que Flacelière rogó al «doctor» que buscara otro refugio. Hizo una escena espantosa, presentándose como víctima de una re-

presión encubierta (a Flacelière no le entusiasmaron los asuntos del falo, y Lacan cometió la imprudencia de invitarle a una de las sesiones en que no se habló de otra cosa); se firmaron peticiones, en definitiva, todo un caso. Entonces yo estaba internado, Lacan telefoneó a Hélène, a quien no reconoció o quizás sí, no lo sé, pero sólo obtuvo de ella, a pesar de toda una ceremonia de seducción, la afirmación de que desgraciadamente yo no estaba allí, y que, por lo tanto, no podía hacer nada. Lacan se resignó y se instaló entonces en la facultad de Derecho. Había impresionado algo a algunos de la École, entre ellos, a Jacques-Alain Miller, a quien habían robado el más notable concepto de su vida, y que hacía la corte a Judith Lacan, y a Milner, siempre acompañado por su paraguas, que más tarde fue lingüista. En cuanto abandonó la École, la cotización de Lacan bajó y, como ya no me necesitaba para nada, no le volví a ver. Supe, no obstante, por otros, que después de su anillo de Moebius se inclinaba por la lógica matemática y las matemáticas, lo que no me pareció buena señal. Había tenido sobre mí una influencia innegable, al igual que sobre muchos filósofos y psicoanalistas de nuestra época. Yo volví a Marx, él volvió a Freud: una razón para entendernos. Él luchaba contra el psicologismo, yo luchaba contra el historicismo: otra razón para comprenderse. Le seguía menos en su tentación estructuralista, y sobre todo en su pretensión de ofrecer una teoría científica de Freud, lo cual me parecía prematuro. Pero, en definitiva, antes que nada era filósofo y en Francia tampoco teníamos tantos filósofos a quienes seguir, por más que la filosofía del psicoanálisis que elaboraba, presentándola como una teoría científica del inconsciente, pudiera parecer aventurada. De la misma manera que uno no elige su época, tampoco elige a sus maestros. No obstante, además de Marx,

poco filósofo, yo tenía a otro: Spinoza. Por desgracia, no daba clases en ninguna parte.

De la École guardo un curioso recuerdo de Georges Snyders. Milagrosamente, pues era muy débil y se veía a cien metros que era judío, había vuelto de Dachau, donde había sobrevivido. Era un pianista extraordinario, y un día me reclutó, junto con Lesèvre, quien se encargó con talento de la parte del violoncelo, para interpretar Bach. Snyders tocaba con pasión, dando la impresión de no escuchar a los demás. Al final de la pieza, dejó caer: no hay ninguna nota falsa, pero tu modo de tocar no tiene alma. Nunca más volví a coger el violín. A Snyders le encantaba la mejor cocina; iba al Grand Véfour, pero en vez de empezar por los entremeses clásicos, pedía una crema azucarada y acababa con salchichas con pera troceada, sin grosellas, lo cual chocaba con el sentimiento tradicional de la casa, aferrada al orden de los platos. A él le traía sin cuidado, y sólo tomaba un vaso de vino blanco o de leche agria. Esto le costaba siempre muy caro, pero ahora que es profesor titular, condecorado, padre de familia con una mujer matemática y un hijo profesor en la Normale («tenía cabeza, este pequeño»), sigue haciendo lo mismo, con toda naturalidad, pero cerca del gran agujero de Les Halles, donde ha descubierto un restaurante a su medida que le sirve pies de cerdo con mermelada de grosella. Snyders tenía un gran proyecto, al cual, por desgracia, tuvo que renunciar: crear un CNIC, Centro Nacional de Investigación Culinaria. Pretendía que se podían conseguir efectos interesantes con el papel secante frito y la mermelada de paja. Queda por ver.

Comoquiera que, antes de morir, Pauphilet había hecho nombrar a Prigent, procedente de la Bretaña, como profesor de la École, y despedir a Gusdorf, yo fui designado como su sustituto, gracias a la amistad de la señora Porée, aquella mujer que hizo fun-

cionar la École a pesar de todos sus directores, casi cuarenta años, primero como encargada del ropero y después como secretaria del director. Tenía carácter, ideas sobre la correspondencia y la pedagogía, y supo tratar de forma adecuada a los alemanes cuando una mañana aparecieron para detener a Bruhat. Yo le debo mucho, y no soy el único. Murió en la soledad de un horrible asilo, en pleno bosque, a cien kilómetros de París, prácticamente sin visitas. Este tipo de cosas estarán prohibidas cuando hayamos cambiado la sociedad.

En cuanto obtuve la plaza, y me nombraron adjunto, tuve que ocuparme de mis compañeros opositores. Estaba Gréco, Lucien Sève y unos diez más. Tuve la debilidad de pensar, pese a las advertencias de Gusdorf, que debía darles un curso: fue sobre Platón; les expliqué unos cuentos sobre la teoría de las ideas y la reminiscencia como teoría-recuerdo encubridor para enmascarar los problemas de la lucha de clases. Conseguí algunos buenos efectos de Sócrates como olvido, es decir, del cuerpo de Sócrates como olvido, del cuerpo de Menon como recuerdo, y salí del apuro como pude del imposible *Crátilo*, donde Platón pretende y niega que pueda darse el nombre de gato a un gato. Lo que me fascinaba de Platón es que se pueda ser inteligente y conservador hasta este punto, es decir, reaccionario, haber cultivado a los reyes y a los jóvenes, haber hablado tan bien del deseo y del amor, y de todos los oficios de la vida, hasta del fango, cuya idea tiene también su lugar en el cielo, junto a los zapatos y el Bien. También era un hombre de mezclas, sabía hacer mermeladas, lo que confió un día a Snyders, quien me miró como si estuviera loco. En realidad, seguía estando loco, permitiéndome mi depresión anual o casi anual, lo que resolvía el problema de los cursos. Pero como los estudiantes de la École habían cogido la costumbre de aprobar las oposiciones, salvo cuando se em-

barcaban para las Indias o en una gran aventura de amor, la cual vigilaba la señora Porée (espere a ser catedrático, joven, entonces tendrá todo el tiempo del mundo), esto, en definitiva no tenía importancia. Por otro lado, el «tío Étard», bibliotecario de la École, les proporcionaba, como sucesor de Lucien Herr, todas las indicaciones bibliográficas útiles. El único inconveniente era que, en cuanto acudías a este buen hombre, tenías que asegurar la anulación de todas tus citas durante una semana. Hablaba continuamente de la historia de las religiones, citando para ello una tesis de Estado que tenía en mente, aunque no había tenido tiempo de ponerla sobre el papel. Además, hablaba de todo el mundo, tanto de Herriot como de Soustelle. Éste todavía no había hecho su gran carrera en Argelia. Étard, empero, decía de él: es incapaz de hacer nada solo, siempre será un segundón. Tuvo razón. Soustelle había administrado, bajo Bouglé, antes de la guerra, un Centro de documentación, en el cual participaron Aron y algunos alemanes que huían del nazismo y fueron acogidos por la École. Entre ellos creo que estaban Horkheimer, Borkenau y algún otro. Borkenau desgraciadamente acabó mal, al servicio del Pentágono, creo, pero la guerra explica muchas cosas. En cuanto murió Bouglé, el Centro desapareció. Fue preciso esperar a Jean Hyppolite para restaurarlo y darle una nueva orientación, que se adaptara mejor a las modernas necesidades de la economía política, y de la informática.

Dupont, químico especializado en la resina de pino, sucedió a Pauphilet. Decía: «Lo siento, pero me han cogido a mí porque los mejores murieron durante la guerra». Desgraciadamente era verdad. Fue un director indeciso, presa de vez en cuando de un ataque breve e inofensivo de cólera, que Raymond Weil, entonces agregado de griego, resumía con inspiración y franqueza: «Es imprescindible...

que alguien se haga cargo de mis responsabilidades». A Dupont le acompañaba en letras el afable Chapouthier, a quien sorprendía cándidamente el hecho de que «unos muchachos tan jóvenes y guapos se casen tan de prisa», lo que le chocaba. En verano, cuando se quedaba en la École, con los alumnos, esperando los resultados de las oposiciones, comía con ellos, la mayoría de las veces permitiendo que le invitaran, pues su mujer le dejaba sin un céntimo. Un día le sorprendió ver que Michel Foucault estaba enfermo; yo le dije que no era nada grave, pero a pesar de todo se sorprendió de que Foucault, a quien él había encontrado extraviado por los pasillos, no le hubiera dirigido la palabra. Aquel mismo año Foucault aprobó las oposiciones. Acabaría, como sabe todo el mundo, o empezaría, en el Collège de France, donde tenía amigos.

Por fin apareció Hyppolite, tras la muerte de Chapouthier, como director adjunto, antes de hacerse cargo de la dirección de la École. Era un hombre recio, encerrado en sí mismo, con una enorme cabeza pensante, que fumaba sin cesar, dormía tres horas al día, reflexionaba constantemente y buscaba sin parar la amistad de los científicos, entre los cuales, Yves Rocard, genial organizador, dictaba la ley. Hyppolite puso las cartas boca arriba ya en su discurso de toma de posesión: «Siempre he tenido claro que un día sería director de la École... La École tiene que ser una casa de tolerancia, ustedes ya me entienden». Y se dedicó a organizar seminarios en los cuales siempre tenía la palabra. Aquello trascendió y un día recibió una larga carta manuscrita por una mano temblorosa, firmada por un coronel de caballería jubilado, retirado en Cahors, en que le manifestaba su interés por sus iniciativas, le confiaba sus propias experiencias pedagógicas en el ejército, donde él había organizado también desde hacía tiempo seminarios, y le proponía un intercambio de

experiencias. Adjunta le remitía una carta firmada por su hija que decía que su padre estaba interesadísimo en el tema y le pedía que le contestara. Hyppolite le respondió, y entre ellos se estableció una larga correspondencia que duraría años. El coronel, pese a sus heridas de guerra, vino a visitar a Hyppolite a París, donde dio, en la École, una conferencia que gustó, a pesar de su vocabulario excesivamente militar. Este coronel se llamaba C. Minner.

Hyppolite tenía una forma muy personal de administrar la École: la intendencia viene detrás. En realidad, tomaba la delantera, bajo el bastón de mando de Letellier, que tenía un estilo señorial y no reparaba en gastos. De esta época datan los nuevos edificios del 46 la calle Ulm, donde había que meter los laboratorios antiguos y nuevos, además del nuevo Centro de Ciencias Humanas, tras la muerte de Hyppolite, y las habitaciones de los alumnos. Más tarde se produjo un violento conflicto a causa del reparto de los inmensos locales de biología, pero quien se llevó la mejor parte fue el director del laboratorio, en perjuicio de la física, que únicamente pedía unas decenas de metros cuadrados.

En cuanto Hyppolite abandonó la École para volver al Collège de France, tomó de nuevo la palabra con melancolía para decir: «Esperaba haber tenido una influencia intelectual en esta casa; en realidad pasaré a la historia como el director que implantó el sistema de tickets (que regulaba el acceso al comedor y acababa con los irritantes conflictos durante los cuales Prigent en alguna ocasión ponía en juego, bien que sin éxito, pues tenía demasiados amigos, su autoridad, refunfuñando en público —como solía hacer— contra el director, “aquel ratoncillo” incapaz de hacer nada), y mandó construir los edificios del 46».

Hyppolite, no obstante, a su manera discreta, consiguió otra cosa importante. Logró reconciliar a Sartre y Merleau-Ponty, quienes llevaban siete años

enemistados por cuestiones políticas. Hyppolite invitó a Sartre a dar una conferencia en el salón de actos, ante los alumnos. Vimos allí, sin embargo, a otros personajes célebres, Canguilhem, y Merleau. Sartre habló durante una hora y media de la noción de «posible»: una auténtica clase de oposiciones, que nadie esperaba y sorprendió a todos. Acababa, eso sí, con la evocación de las grandes rebeliones de esclavos en América del Sur en el siglo xvi, y sobre el valor de la rebelión humana. Nadie planteó ninguna pregunta. Todos nos fuimos al Piron (un bar de la esquina regentado por un ex resistente), donde se empezó a animar la conversación. Sartre siempre respondió estando de acuerdo con todas las preguntas. Merleau estaba allí, sin decir nada. Salimos a altas horas de la noche, nos despedimos, y yo, por mi parte, me marché con Merleau, quien empezó a comentar las preguntas que había formulado a Sartre sobre la guerra de Argelia, entonces en curso. Hablamos después de Husserl, de Heidegger, y de la obra del propio Merleau. Yo le reproché su filosofía trascendental y su teoría del cuerpo propio. Me respondió con una pregunta que no he olvidado: Pero usted también tiene un cuerpo, ¿no es así? Ocho días más tarde, el cuerpo de Merleau le traicionó de golpe: el corazón.

Después de la muerte de Hyppolite organizamos una conmemoración en el teatro. Estaban allí las más altas autoridades universitarias, entre ellas Wolf, administrador del Collège. Se escucharon elogios sobre el difunto. Puesto que me habían pedido que tomara la palabra, había preparado un pequeño discurso, que de forma preventiva había sometido al juicio de Canguilhem, quien lo había aprobado. En el anexo se encontrará este texto,¹ que provocó un

1. Este texto no se ha encontrado entre los archivos de Louis Althusser. (*N. del E.*)

violento escándalo, por razones por otro lado ridículas, ya que sólo refería el juicio que el mismo Merleau había pronunciado ante mí sobre su obra filosófica.

Flacelière sucedió a Hyppolite y se hizo cargo de la École en el período que quizás haya sido el más duro de su historia; Kirmmann, también químico, le asistió en lo que se refiere a la École científica. Flacelière era un hombre de carácter, de color subido, con una sólida base de Plutarco, propenso a violentos arranques (llegó a dar una bofetada a un alumno en 1969, pero se excusó al momento). Era hombre de tradiciones y no quería saber nada de las innovaciones de la École; se fiaba de sus colegas jóvenes, quienes confiaban en él. Entonces se desencadenaron los «sucesos» de mayo del 68. La ola de las barricadas alcanzó la École, pero los alumnos permanecieron fuera de los choques, contentándose con acoger a los heridos y reconfortar a los combatientes a base de tazas de té. Flacelière se mantenía de pie delante de la portería, como había hecho en otros lugares durante la guerra de 1914, impasible. Impidió muchas veces a los CRS que persiguieran a los estudiantes refugiados en la École. Tenía moral y la transmitía. No supo conservar la misma flema después, cuando, en las secuelas de mayo del 68, la École se convirtió en la sede de reuniones diurnas y nocturnas ininterrumpidas, cuando quedó cubierta de pintadas injuriosas para el mismo Flacelière y su mujer, y finalmente, cuando la École vivió, con el retraso obligado, su famosa «noche» de 1970, en que los *gauchistes* organizaron una «fiesta de la Comuna» con la única consigna, «todo el vino que se quiera». Seis mil jóvenes invadieron el antiguo edificio, y tras ellos alborotadores que abrieron a golpes de pico los sótanos de la École, saqueándolo todo, hundiendo incluso las puertas de la biblioteca, defendida con valor por Petitmengin; quemaron algunos libros, de-

ramando gasolina en el suelo y los techos (la École no se quemó de milagro), entregándose a todo tipo de exacciones o de imaginaciones (hacían el amor a la vista de todo el mundo al son de las guitarras). Al día siguiente reinaba un silencio de muerte en la École. Flacelière presentó su dimisión, que fue aceptada (el Ministerio le juzgaba responsable de los incidentes). Flacelière se retiró, después publicó un libro para explicar el asunto, en el que veía (equivocadamente) el presagio de la decadencia de la École. Se repintaron los muros, se repararon los desperfectos, el Ministerio echó una mano, poco a poco todo volvió al orden.

Mandouze y Bousquet se disputaron la sucesión de Flacelière. Ganó el segundo por razones claramente políticas, pues era evidente su vinculación con Pompidou. De hecho, es un hombre tranquilo, que participó en la Resistencia en Burdeos, católico, simpatizante de la izquierda y que profesa una especie de filosofía británica llena de humor y de paciencia. Era sin duda el director que la École necesitaba, asistido por un matemático riguroso, exacto y voluntarioso, Michel Hervé, y por un nuevo administrador, discreto pero eficaz.

Durante todo este tiempo, hicimos, naturalmente, política. Todos mis antiguos condiscípulos de Lyon, que había vuelto a encontrar en la École, eran más o menos miembros del Partido. Hélène lo había sido hasta la guerra, pero contaré por qué, de golpe, a partir de 1939, ya no lo era. Estaba en el ambiente, en 1945, después de la derrota alemana, la victoria de Stalingrado, las experiencias y las esperanzas de la Resistencia. Yo sin embargo, durante una temporada, me mantuve en la reserva, contentándome con militar en el «Cercle Tala» (católico) de la École, de donde conseguí que expulsaran al cura, un tal padre Charles, que ahora está en Montmartre después de haber reinado durante años sobre los estudiantes ca-

tólicos de la Sorbona: no podía soportar la vulgaridad de su lenguaje y de sus argumentos. Militaba también en el «sindicato de los alumnos», que era ilegal y luchaba para conseguir su reconocimiento oficial. Allí obtuve, permítanme decirlo, mi primer triunfo político de masas, al conseguir, con la ayuda de Maurice Caveing, la dimisión de la delegación sindical, toda ella en manos de los socialistas.

Guardo también el recuerdo de un impetuoso incidente que me enfrentó a Astre, del SNES, un día en que los delegados de la École, en huelga, querían ir a manifestarse en el Ministerio: Astre se oponía a ello, pero yo conseguí que fuéramos todos, delegados y profesores unidos. Astre me trató de «comunistoide».

Las cosas serias empezaron con mi adhesión al Partido en octubre de 1948. Dirigía la célula en la École un joven biólogo destrozado por el tema del lisenquismo. Se tiró de lo alto del tejado de la École y recogieron en una camilla un cuerpo completamente destrozado, al que no pudieron reanimar. Una lección terrible. Supe más tarde, sin embargo, que sin duda también se había suicidado por una desventura amorosa.

Por aquel tiempo, daba clases en la École Jean-Toussaint Desanti. Impartía unos cursos sobre la historia de las matemáticas o de la lógica que tenían la particularidad de empezar, entretenerse en los inicios y no pasar de allí. Touki era bastante husserliano, pues se había formado en esta École, y en el fondo, a pesar de considerarse marxista, nunca la había repudiado del todo. No obstante, era miembro del partido, y se había hecho famoso en la École disparando, antes de la guerra, con el revólver contra el techo, guardando un profundo silencio sobre sus ideas, peleando junto a Victor Leduc contra los fascistas del Barrio Latino y manteniendo una relación escandalosa con Annia, llamada Dominique. Pero

ante todo era corso, hijo de un pastor, según decía, lo que explicaba el resto, al igual que su relación con Laurent Casanova, a la sazón Gran Inquisidor al servicio de la ideología del partido. Touki sentía un cariño y una predilección inexplicables por Casa, que tanto podía proceder de ciertos vínculos de clan como de la afición que compartían por el queso de cabra y el clarete. La cuestión es que le seguía en todo como un perrito, y su consigna era: avancemos con combatividad. Tuve ocasión de hacerme una idea de esta combatividad un día de diciembre de 1948 en que Touki me acompañó a ver a Casa. Esperamos más de una hora en un pasillo de la sede del partido, y a través de la puerta pude presenciar un terrible espectáculo de tortura moral. Casa era el responsable de la conciencia científica y política de Marcel Prenant, entonces miembro del Comité central y eminente biólogo, que no daba crédito a los descubrimientos de Lyssenko. Casa lanzaba todo tipo de insultos posibles a Prenant, y de vez en cuando le obligaba a reconocer que $2 + 2 = 4$ era una verdad de la ideología burguesa. Vimos cómo Prenant salía pálido. Entonces Casa nos recibió muy relajado: quedaba claro que para él aquello era moneda corriente. Me escuchó cuando le expuse el proyecto que habíamos discutido en la célula de crear un Círculo Politzer en la École, a fin de invitar a dirigentes sindicales y políticos para que expusieran ante los alumnos los elementos de la historia del movimiento obrero. Así fue como vinieron a hablar Racamond, Frachon y Marty (dos veces, con una gran autoridad profesoral).

Era la época de la guerra fría y de la Declaración de Estocolmo. Hice el puerta a puerta en el barrio de la estación de Austerlitz, y sólo conseguí la adhesión de un basurero que reclutamos para el Consejo municipal, y la de una mujer joven, que firmó porque le daba lástima. Habíamos instalado un tablón de

anuncios en la calle Poliveau, donde yo cada día actualizaba la documentación sobre la amenaza de guerra y el progreso de la respuesta popular. Me dejaban a mi aire, pero la gente no leía nuestro tablón.

Todo aquello acabó con una terrible historia. He hablado antes del Consejo municipal del distrito V: no era idéntico a la sección del Partido del V, a pesar de que algunos militantes formaban parte de las dos organizaciones. Pues bien, un día en que Hélène había ido a recoger carteles a la calle des Pyramides, un antiguo responsable de la Juventudes comunistas de Lyon la reconoció y la denunció inmediatamente como conocida provocadora que había actuado bajo el nombre de Sabine. Y la máquina represiva del Consejo municipal se puso en marcha, a pesar de que apelamos a Yves Farge, quien permaneció en silencio, cuando podía haberlo solucionado con un simple gesto.

Para comprender todo este asunto, evidentemente será preciso volver atrás. Hélène, que había sido una de las pocas personas que no cuestionaron el pacto germano-soviético, ella que desde los años treinta militó en el XV codo a codo con Michels, Timbaud y otros a quienes apreciaba mucho, se había visto, como tantos, aislada del Partido en 1939. Así y todo, militó en una organización no comunista de la Resistencia, buscando en todo momento el contacto con el Partido, aunque en vano. A pesar de esto, durante la Resistencia, había tenido una relación muy estrecha con Aragon y Elsa, así como con Éluard y otros comunistas, si bien tampoco ellos estaban conectados con el Partido. Todos estos amigos y muchos más se encontraban en *Cahiers du Sud*, en casa de Jean y Marcou Ballard. Aragon rompió con Hélène por culpa de una historia estúpida conocida con el nombre de las «medias de Elsa». Él quería un color de medias determinado y Hélène no se lo pudo conseguir. De la misma forma o algo parecido, La-

can, a quien Hélène conoció en Niza, había roto con ella porque no había conseguido para su mujer, judía, la casa que precisaba como refugio. El caso es que la ruptura con los Aragon tuvo graves consecuencias cuando Hélène, que en el momento de la liberación de Lyon tenía importantes responsabilidades, entre las que había en juego el destino jurídico de los prisioneros nazis y los franceses colaboradores, fue objeto de un violento ataque orquestado por el cardenal Gerlier y todo el grueso de los colaboradores locales, con Berliet a la cabeza. La acusaron de crímenes ficticios, de haber protegido a criminales de guerra, a los que en realidad ella quería conservar con vida para obtener una información preciosa o intercambiarlos por resistentes presos en Montluc (como el padre Larue, que murió bajo las balas alemanas la víspera de la liberación de la ciudad). En efecto, por aquella época tenía como nombre de guerra Sabine, aunque también tenía otro: Legotien. En total tenía tres nombres, lo que le reprocharon como indicio sospechoso. De ello a acusarla de ser agente de la Gestapo no había más que un paso, que los acusadores del Consejo municipal se apresuraron a salvar. Desde Lyon, Aragon también la había acusado de ser miembro del Intelligence Service.

En estas condiciones tuve que asistir a las reuniones de este Consejo. Por más que Hélène reclamara el testimonio de resistentes que la conocían muy bien y que estaban al corriente de su actuación en Lyon, no hubo nada que hacer. Fue acusada de todos los crímenes, y de haberlos ocultado. Entre los miembros del Consejo, algunos hombres se callaron, con dignidad, indecisos sobre el fallo que debían emitir. Sin embargo, no contrarrestaron a los demás, que tenían poder para condenar.

Hélène, por tanto, fue expulsada del Consejo municipal en estas condiciones infamantes. Los miembros del Partido formaron un frente común. Recuer-

do que la principal preocupación de los integrantes de mi célula, así como la de los Desanti, era la de «salvar a Althusser». Me presionaron, no sé muy bien con qué fin, pero no les presté atención.

Hélène y yo salimos para Cassis, a coger un poco de perspectiva sobre esta terrible historia. Era realmente alucinante ver cómo el mar, impasible, continuaba lanzando sus olas sobre la orilla, bajo un sol implacable. Nos recuperamos, no sé muy bien cómo, y quince días más tarde volvimos a París.

El Partido tomó entonces el relevo. Gaston Auguet tuvo largas entrevistas con Hélène y volvió a presentar todos los argumentos de la acusación. Sacó de nuevo oscuras historias sobre un tal Gaymann, expulsado del Partido, a quien, por tanto, no se podía escuchar, y conocía perfectamente si Hélène pertenecía o no al Partido en 1939, en el momento del pacto. Imposible, pues, saber si Hélène seguía siendo miembro del Partido. Auguet la dejó con esta información, diciéndole que podía recurrir. Pero al mismo tiempo me informó de que debía abandonar a Hélène en aquel mismo momento. No la abandoné.

Esta terrible historia, que me empujó de nuevo a la enfermedad (y en esta ocasión estuve a punto de matarme), tan próxima al suicidio de mi primer secretario de célula, me abrió los ojos sobre la triste realidad de las prácticas estalinistas en el Partido francés. Entonces no tenía la serenidad de Hélène, la cual, segura de ella misma, no permitió que la hirieran, a pesar de que consideraba que aquel asunto le afectaba más que cualquier otro, cuando yo lo vivía como una prueba personal atroz. De hecho, acabó con bastantes de nuestras relaciones. Como suele ocurrir con todos los expulsados, tuvimos que vivir en una soledad casi completa, ya que el Partido no hacía concesiones ni las cosas a medias. Desanti se distanció, como buen amigo de Casanova, guardán-

dome una especie de amistad. Mis camaradas de célula, Le Roy Ladurie en cabeza, no quisieron saber nada de mí. Me quedaban la mayor parte de opositores, y algunos camaradas auténticos, como Lucien Sève, siempre fiel, y Michel Verret, que comprendía las cosas. Pero eran muy pocos y fue una verdadera travesía del desierto.

De todos modos, yo trabajé por mi lado y poco a poco conseguí escribir algunos artículos. Militaba entonces en la asociación de profesores de filosofía, y un día emprendimos la tarea, sugerida por Maurice Caveing, a la sazón autor, junto con Besse, de un *Manual de filosofía* que jugó, en estos tiempos terribles, un papel desgraciadamente negativo, de tomar por asalto la Mesa de la asociación nacional. Bastaba organizar la votación, a la que no concurría en aquel momento la mayoría de los afiliados. Lo conseguimos fácilmente, pero ello tuvo como consecuencia que la mayor parte de los afiliados se levantó contra nosotros, hizo que se anulara la votación para repetirla, y nosotros perdimos. Se trataba de los métodos de la época, que no tenían nada de democráticos.

Trabajaba entonces en una comisión de crítica de la filosofía, próxima al Comité central. Nos reuníamos todas las semanas y acabamos redactando un artículo en el que declarábamos que «la cuestión de Hegel hace tiempo que está resuelta» (Jdanov), si exceptuamos su resurgimiento debido a personas como Hyppolite, donde toma una inclinación claramente belicosa. Eran las ideas de aquella época.

He explicado en otro lugar cómo conseguí escribir algunos artículos recientes contra las tendencias de la época, y publicarlos en *La Nouvelle Critique* (gracias a Jacques Arnault) y en *La Pensée* (gracias a Marcel Cornu). Aquello tuvo sus consecuencias. Pero las «Éditions Sociales» me habían cerrado la puerta, por un veto que nunca supe de dónde procedía,

de Krasucki, de Garaudy, de Aragon o incluso quizás de nadie. Al fin y al cabo, todo ello pertenece al pasado. Lo que me queda en la memoria se refiere al Comité central de Argenteuil. Al día siguiente de su convocatoria, tuve la sorpresa de recibir una nota de Garaudy por correo neumático: «Ayer te vapulearon bien, ven a verme». No fui a verle. Pero, tres meses más tarde, recibí una nota de Waldeck, entonces secretario general del Partido, en la que me invitaba amablemente a una entrevista. Estuvimos reunidos durante tres horas una bella mañana de primavera. Hablaba lentamente, era un hombre honrado y afaible. Me dijo: «Te criticaron en Argenteuil, pero eso no importa. Tenían que hacerlo para poder así criticar también a Garaudy, quien nos crea problemas con sus posiciones. En cuanto a ti, has escrito cosas que nos interesan». Le hice unas preguntas: «Pero tú, que conoces a los obreros, ¿crees que se interesan en el humanismo?». «De ninguna manera», dijo, «les trae sin cuidado». «¿Y los campesinos?» «Lo mismo», respondió. «Entonces, ¿por qué este hincapié en el humanismo?» Cito textualmente la respuesta de Waldeck: «Compréndelo, todos estos universitarios, todos estos socialistas, debemos hablar su lenguaje...». Y cuando le pregunté sobre la política del Partido, me respondió (textualmente): «Algo hay que hacer por ellos, de lo contrario, se irán todos». Nunca he sabido quiénes eran estos «todos», quizás los miembros del Partido (probable), quizás los intelectuales, quizás los trabajadores. Me marché perplejo.

Tuve ocasión, antes y después, de conocer a algunos dirigentes del Partido. No tenían su talla. Sin embargo, resultaba interesante escucharles. No me refiero a Guy Besse, que era la modestia en persona («me han puesto en el Buró político para contrarrestar a Garaudy, no me hago ilusiones»: quizá se las forjó más tarde), sino de Laurent Leroy. Lo vi cuatro

o cinco veces entre 1967 y 1972. Hombre hábil, esmerado en el porte, con una especie de elegancia florentina algo decadente, muy vivo y agudo en general, aunque de una considerable «inteligencia limitada por la voluntad», Roland Leroy me comunicó asimismo sus dificultades (es decir, cómo mantener el frente filosófico) y su certidumbre (los socialistas, en el programa común, será una guerra a cuchillo, ya lo verás. Los soviéticos tienen una sola ventaja respecto a nosotros, la movilidad social. También estaba allí Jacques Chambaz, quien asentía). Vi también a René Andrieu, uno de los dirigentes más populares por su combatividad en la televisión. Me confió su deseo de abrir en *L'Humanité*, cuyo futuro le preocupaba, una sección de los lectores en la que pudieran expresar, como en *France-Nouvelle*, su libre opinión. Pero era prematuro. Coincidí, en un Congreso, con Georges Séguy, cuyo sentido del lenguaje popular, sin demagogias, siempre he admirado. Me habló de la huelga de correos, para decirme que se iba a acabar, pues con tantos parados, una huelga aislada como aquélla no podía mantenerse mucho tiempo. Vi a unos cuantos más. Cuanto más arriba estaban en la jerarquía, con más libertad se expresaban. A nivel del simple redactor de *L'Huma* o de *France-Nouvelle*, el silencio era total. Ninguna explicación.

Y como aquí tengo ocasión de contarlo todo, debo confesar que entre los hombres célebres que conocí figuran Juan XXIII y De Gaulle.

Por medio de mi amigo Jean Guitton, yo tenía mis antenas en Roma. Vi a Juan XXIII, a quien no le gustaba estar en el Vaticano fuera del palacio, en unos jardines. Era primavera, había niños y flores que fascinaban el alma pura del papa. Bajo su apariencia de borgoñón recio, entusiasta del vino tinto, era un hombre de una gran ingenuidad y de una profunda generosidad, teñida de utopismo, como vere-

mos. En efecto, estaba interesado en mí como miembro del Partido Comunista francés y me explicó detenidamente que tenía el propósito de reconciliar la Iglesia católica con la Iglesia ortodoxa. Necesitaba intermediarios para obtener de Breznev las bases de un acuerdo unitario. No lo ocultaba. Yo le objeté las dificultades ideológicas y políticas de tal empresa, la situación de Mindszenty, por el que sentía un desprecio total (está bien donde está: que se quede allí), y en definitiva, la tensión internacional y el anticomunismo que reinaba en la Iglesia. Me confesó que esta última cuestión se la tomaba como algo personal, siempre que los comunistas estuvieran dispuestos a hacer un gesto. Le repliqué que este gesto era muy difícil de obtener, que ni siquiera el Partido italiano lo haría, que el Partido francés estaba en peor situación; me respondió casi con amargura, comentando que la Iglesia francesa era galicana y que esto como mínimo debería servir para algo, que la alianza franco-rusa tenía una antigua tradición, etc. Me despedí de él lamentando mi impotencia, al no haber conseguido convencerle de que en aquel caso concreto yo hablaba por cuenta propia. Le volví a ver en otras dos ocasiones, siempre tan decidido, e irritado a la vez por esta cuestión que le tenía preocupado.

Me encontré con De Gaulle en condiciones sorprendentes, pues no le conocía personalmente. Fue en una calle del distrito VII. Un hombre alto con un cigarrillo que le colgaba del Nabo me pidió fuego. Yo se lo di. Él me preguntó sin más: ¿Quién es usted? ¿A qué se dedica usted? Yo le respondí: Soy profesor de la École Normale. Y él: La sal de la tierra. Yo: Del mar, la tierra no es salada. ¿Quiere decir que es salaz? No: Es sucia. Él me respondió: Domina el vocabulario. Yo: Es mi trabajo. Él: Los militares no lo dominan tanto. Yo: ¿A qué se dedica, usted? Él: Soy el general De Gaulle. Efectivamente.

Ocho días más tarde, el telefonista de la École, aterrado, me transmitía un mensaje de la Presidencia de la República con el ruego de que aceptara la invitación a cenar. De Gaulle me formuló una pregunta tras otra, sobre mí, mi vida, la cautividad, la política, el Partido Comunista, pero sin hablar en ningún momento de él. Tres horas. Después, me despedí. Le volví a ver durante la travesía del desierto, y esta vez fue él quien habló. Me dijo todo lo que se sabe que él decía: pestes sobre los militares, me habló muy bien de Stalin y de Thorez (hombres de Estado), muy mal de la burguesía francesa (no está hecha para producir hombres de Estado, la prueba, se ve obligada a dirigirse a los militares, que, por otro lado, tienen otro trabajo que hacer). Él también estaba preocupado por el Partido Comunista: «¿Usted cree que son capaces de comprender que soy el único que puede tener Estados Unidos a raya? ¿De instalar en Francia algo que se parezca al socialismo del que hablan? Nacionalizaciones, tantas como quieran, y ministros comunistas, de acuerdo, no soy como los socialistas, que los han echado por orden de los americanos. ¿Rusia? Me lo tomo como una cuestión personal. La gran cuestión es el Tercer Mundo; yo he liberado casi todos los territorios, queda Argelia, ya verá cómo esta puta burguesía francesa me llamará cuando las cosas se le pongan mal. Guy Mollet es su hombre, pero es un incapaz, y Lacoste todavía es peor. ¿Estoy solo? Sí, siempre lo he estado, pero ya lo escribió Maquiavelo, siempre hay que estar solo cuando se inicia algo grande, aunque el pueblo francés es gaullista y tengo algunos amigos fieles, como Debré, como Buis, a quienes he ofrecido un trozo de cielo». Cuando leo los relatos de Malraux, que se aprovecha de algunas palabras del gran hombre y las sazona con su salsa literaria, pienso en estas sencillas frases, en su grandeza y rigidez: la cuerda floja. Era un equilibrista político

genial. Se mostraba muy duro con los campesinos: no piensan más que en Hacienda y, al fin y al cabo, Hacienda les protege. Y en la Iglesia: balan para amansar el lobo, no saben que hay que ser más lobo que el lobo. Sentía, empero, un gran respeto por ciertos católicos, como Mandouze: éstos saben qué significa estar solos. Aprendí de él que a veces es necesaria una cierta soledad para hacerse oír.

Yo, la soledad la conocía de las clínicas psiquiátricas, donde acudía con regularidad. La viví también en los escasos momentos en que, tras superar estas depresiones, subía de nuevo a la superficie, y, arrasado por alguna ola, me elevaba por encima de mí mismo, en una especie de exaltación en que todo me resultaba fácil, donde indefectiblemente cogía a una nueva chica, que se convertía en la mujer de mi vida, a quien, a las cinco de la mañana, llevaba los primeros croissants calientes de París, con grosellas en primavera (puesto que, curiosamente, cuando remontaba a la superficie era siempre en mayo o junio, como me decía maliciosamente mi psicoanalista: no todos los meses son iguales, los de las vacaciones son algo especiales, y especialmente los que preceden a las vacaciones). Durante estas temporadas, inventaba todo tipo de locuras, que hacían estremecer a Hélène, quien, naturalmente, estaba en primera fila de mis estragos, e inquietaban también a mis allegados, aunque estuviesen acostumbrados a mis fantasías incontrolables.

Sentía predilección por los cuchillos de cocina que se oxidan; robaba unos cuantos en una tienda y se los devolvía al día siguiente con la excusa de que no me servían, vendiéndolos de nuevo a la misma dependienta asombrada. Decidí también robar un submarino atómico, caso que, naturalmente, los periódicos ocultaron. Llamé por teléfono al comandante de uno de nuestros submarinos atómicos en Brest, haciéndome pasar por el ministro de Marina,

le anuncié un importante ascenso y le dije que su sucesor se presentaría inmediatamente ante él para tomar el relevo en el acto. Efectivamente, se presentó allí un oficial lleno de galones, intercambió con el ex comandante los documentos reglamentarios, se hizo cargo del mando y el otro se marchó. El segundo reunió entonces a la tripulación y les anunció que, con motivo del ascenso de su comandante anterior, les concedía ocho días de permiso excepcional. Acogieron la alocución con vivas. Todo el mundo abandonó el barco, excepto el cocinero, que estuvo a punto de echarlo todo a perder con la excusa de un guiso que estaba preparando a fuego lento. Pero él también acabó marchándose. Me quité la gorra de alquiler y llamé a un gángster que precisaba un submarino atómico para un chantaje sobre unos rehenes internacionales o sobre Breznev, para decirle que podía pasar a recogerlo. Fue en la misma época en que realicé el famoso atraco sin derramamiento de sangre al Banco de París y de los Países Bajos para ganar una apuesta a mi amigo y antiguo condiscípulo Pierre Moussa, que era su director. Alquilé una caja fuerte en dicho banco, hice que me acompañaran hasta ella, la abrí y deposité en su interior ostensiblemente un considerable número de billetes falsos (a decir verdad, ~~hab~~astaba meter unos paquetes en forma de billetes de quinientos francos) ante el vigilante de la caja. Subí entonces al despacho de Moussa y le dije que deseaba hacer una declaración bajo palabra de honor del valor de mi depósito: un millón de francos nuevos. Moussa, que conocía mis relaciones con Moscú, ni tan sólo parpadeó. A la mañana siguiente volví al banco, ordené que me abrieran la caja fuerte y constaté con estupor que estaba completamente vacía: unos gángsters muy astutos, tras abrir todas las puertas, habían pasado por allí durante la noche. Lo más extraordinario era que debían de tener noticia sobre la suma del depósito que

se hallaba en mi caja, pues no atacaron (es un decir, pues tenían las llaves) otras cajas. Llamaron al vigilante, quien constató también que la caja fuerte que había visto llena el día anterior, en aquel momento estaba vacía. Lo mismo ocurrió con Moussa, quien consiguió en el plazo de ocho días el pago por parte de la casa Lloyd. Pero Moussa no era un primo. Me reclamó una pequeña contribución para la caja de solidaridad de los ex directores de banco y para la asociación de ex alumnos de la École Normale. Se puede seguir el rastro de estos ingresos en los anuarios de tales organizaciones. El jefe de policía de entonces se comportó, todo hay que decirlo, con una gran corrección: de lo cual se deduce que los altos niveles de la Administración saben comportarse. Puse a mi padre al corriente de ello y sonrió con benevolencia: conocía perfectamente a Moussa, pues un día había ido a visitarle a Marruecos para explicarle la situación de allí. Mi padre le escuchó sin decir esta boca es mía y le dio la mano así como unas cuantas direcciones donde podía contactar con bellas finlandesas (a la sazón Moussa era muy aficionado a este tipo de chicas) y también bourbon del que había estado tanto tiempo bajo el agua del mar. Robé muchas cosas más, incluyendo una abuela y un brigada de caballería jubilado, pero éste no es el lugar adecuado para explicarlo, pues tendría problemas con el Vaticano, porque el brigada formaba parte de la guardia suiza. Yo tenía buenas relaciones con el Vaticano; había tenido el privilegio de ser recibido (junto a otros ciento noventa y dos estudiantes parisienses que el padre Charles acompañó a Roma en 1946) por Pío XII, quien me dio la impresión de que estaba enfermo del hígado, aunque se expresaba bastante bien en un francés repleto de fonemas italianos, como un piano de un violoncelo vacilante; me preguntó si era alumno de la École, si estudiaba letras o ciencias, si era filósofo: sí. Enton-

ces dijo que deseaba que leyera a santo Tomás y san Agustín, por este orden, que fuera «un buen cristiano, un buen padre y un buen ciudadano». A partir de entonces he hecho cuanto ha estado en mi mano para respetar estas recomendaciones, surgidas de unos buenos sentimientos. No conocí ni a Juan XXIII, aquel hombre fabuloso que era como el canónigo Kir pero en santo, ni a Pablo VI, la encantadora viejecita inquieta, siempre de picos pardos que no ha tenido más que un sueño en su vida: encontrarse con Breznev. Aunque yo no les conociera, les conocía Jean Guitton, puesto que sus libros eran de cabecera para ellos, mantenían correspondencia con él, y de esta forma yo pude estar al corriente de los chismes de Roma y montar el golpe del brigada suizo que debía reunirse con su amada en los Grisons, una vez exclaustro.

Naturalmente esta ráfaga de locura en la que para colmo me enamoré de una armenia residente en París, bella como un tapiz, con el pelo de otra tonalidad y unos ojos que se movían lentamente en la noche, no duró. Volví a una de mis casas de reposo. Desde Esquirol había progresado. Iba a Soisy, donde ya no se administraban electrochoques, sino curas de sueño ficticias, que tenía la impresión de que me curaban. En Soisy me quedó grabada una experiencia bastante curiosa, que debió abrir las puertas de la antipsiquiatría. Reunían a todo el mundo, salvo a los médicos y al portero, en una gran sala con sillars: enfermos, enfermeros, enfermeras, etc. Y todo el mundo se miraba antes de guardar silencio. Aquello duraba horas. Ora se levantaba un enfermo para ir a mear, ora otro encendía un cigarrillo, ora una enfermera se ponía a llorar, y cuando habíamos acabado de hablar, todo el mundo salía, ya a comer, ya a acostarse para su cura de sueño. Siempre he sentido una gran admiración por los médicos: en todo momento encontraban la forma de no aparecer, ni

siquiera podías acudir a ellos en privado; pretendían que su ausencia formaba parte del tratamiento, pese a que aquello no les impedía estar muy ocupados atendiendo, fuera del hospital, a otra clientela particular que reclamaba sus servicios: o bien cortejaban a las enfermeras, con las que se casaban o les hacían hijos. Un incidente que se produjo en pleno invierno, cuando toda la región se hallaba cubierta por una capa de nieve helada de veinte centímetros, me dio la medida de hasta qué punto pueden resultar peligrosas las curas de sueño, contrariamente a una opinión muy extendida que no tiene en cuenta el sonambulismo. Me encontraron hacia las tres de la madrugada, completamente desnudo en la nieve, a doscientos metros de mi pabellón, y me había hecho daño en el pie con una piedra. Las enfermeras se asustaron mucho, me curaron, me sumergieron en la bañera de agua caliente y me metieron de nuevo en la cama. En aquella ocasión tampoco vi a ningún médico. No estaban especializados en el sonambulismo. Por suerte estaba allí Béquart, a quien solía ver en compañía de su encantadora esposa, interesado en la filosofía, y Paumelle, que había superado sus problemas, no sin dificultades, y que daba vueltas a sus preocupaciones bebiendo whisky, y hablando de vez en cuando con Domenach, mi antiguo condiscípulo de Lyon; Derrida, Poulantzas y Mache-rey me venían a visitar. Íbamos a una pastelería a comer pasteles de chocolate y salíamos hacia el campo platicando. Derrida me contaba la depresión que tuvo después de su boda, con un gran tacto. Nikos me hablaba de sus aventuras amorosas (¡vaya pájaro!) y de las peleas entre el partido del interior y el partido del exterior, Mache-rey, de filosofía y de sus problemas de vivienda. Yo intentaba que pasara el tiempo, realmente la cosa más difícil del mundo cuando uno está torturado por la angustia en las entrañas. Pero la depresión siempre acababa entre-

gando las armas, y volví a la École, donde los opositores se presentaban solos a las oposiciones, donde Hyppolite y su esposa me acogieron amistosamente, y donde la política seguía su curso. La única que sufría de verdad, la única, era Hélène, pues al tener aquel carácter todo el mundo creía que si yo caía enfermo era por su culpa, y en cuanto yo desaparecía todo el mundo la abandonaba, con lo cual tenía que cargar sobre sus espaldas mi enfermedad, el sentimiento de culpabilidad de ser responsable de ella y la ausencia de los amigos, que ni siquiera se atrevían a llamarla para invitarla a una copa o al cine. Los allegados de los enfermos son también apestados públicos, tan grande es el temor que todo el mundo alberga, sobre todo los más próximos, de enfermar también ellos. Ni una sola vez en treinta años, por citar otro ejemplo, mi madre o mi padre me visitaron en alguna de mis clínicas, cuya dirección conocían perfectamente. Hélène ha arrastrado también siempre una especie de maldición y el terrible temor de ser una arpía, lo que no es, ni de lejos, antes al contrario, es de una maravillosa amabilidad con la gente, a la cual efectivamente a veces trata con dureza, aunque sin maldad, cuando hablan demasiado por la mañana durante el desayuno o hablan mal en su presencia de Stendhal, de Proust o de Tintoretto, o bien de Camus (a quien conoció de cerca en la Resistencia), etc. Naderías, pero de la misma forma que se puede encender una hoguera con ramitas, con naderías también se puede hacer mucho daño.

Así pues, la política seguía. Todo había empezado en la primavera de 1964, cuando recibí en mi despacho de la calle Ulm la visita de Balibar, Macherey y Establet, entonces alumnos de la École. Venían a pedirme que les ayudara a trabajar sobre Marx. Les dije que sí, consideraré sus comentarios y me di cuenta de que sabía más de lo que creía. También a peti-

ción suya, organizamos un seminario sobre *El Capital* durante el curso escolar 1964-1965. Lo inició Rancière, quien abrió fuego, y tuvo un gran mérito, pues nadie se atrevía a ser el primero en lanzarse a la piscina, y habló tres veces durante dos horas. Fue una conferencia magistral, que más tarde publicó Maspero, puede que algo formalista y lacaniana (la «causa ausente» aparecía cada dos por tres), pero en ningún caso falta de talento. Yo intervine, después de Macherey, quien por entonces daba clases en La Flèche, Establet y Balibar. Yo no tenía ningún mérito, puesto que los demás habían realizado todo el trabajo. Desgraciadamente, Duroux, el más preparado de todos nosotros, se mantuvo en silencio, como siempre, pese a que no le faltaban ideas, ni era parco en ellas. Por lo que respecta a Jacques-Alain Miller, que hacía ya la corte a Judith Lacan, había destacado por su gran capacidad de iniciativa en octubre de 1964, y había desaparecido por completo (se había refugiado en el bosque de Fontainebleau con una muchacha a la que enseñaba a crear conceptos teóricos), antes de presentarse ante nosotros sin avisar en junio de 1965, y descubrir ante el estupor general que le habíamos «robado un concepto». Teniendo en cuenta que en aquel momento yo ya no estaba loco, era algo que no me incumbía. Miller consideró que era culpa de Rancière, el cual le había robado el concepto de «causalidad metonímica» que había inventado en un instante de distracción, y por eso tenía tanto empeño en él. Rancière se defendió como un desesperado y, en octubre de 1965, acabó confesando que era culpa mía. Entonces Miller me montó una escena espantosa, que a buen seguro impresionó retrospectivamente a Régis Debray en cuanto fue liberado de Camiri (en su último libro habla de ello calificándolo de síntoma de la alteración mental de la École en general y en particular). Se trataba, sin embargo, de una auténtica excep-

ción. En nuestra generación, los conceptos circulaban sin ningún tipo de restricción.

Tanto circulaban que los miembros de la Unión de Estudiantes Comunistas (UEC) no tardaron en publicarlos en folletos, para sus famosas escuelas de formación teórica. Estas escuelas habían nacido de la convicción, bastante teorista, que imperaba a la sazón entre nosotros, de que, ante la imposibilidad de hacer política en el Partido, había que adoptar el punto de vista de Lenin en *¿Qué hacer?* y luchar en el único campo abierto: el de la formación teórica. Este proyecto alcanzó, salvando las distancias, un éxito considerable, realmente inesperado. Prácticamente en todas las universidades parisienses se abrieron escuelas de formación teórica, animadas por un pequeño grupo de filósofos, el más activo y preparado de los cuales era indudablemente Robert Linhart. Esta práctica tuvo, como era de prever, consecuencias políticas. Los de la Normale, a partir de su círculo de Ulm y basándose en la debilidad de la UEC, minada entonces por la tendencia «italiana» y los «psicosociólogos» de letras de la Sorbona, se apoderaron de la dirección de la UEC. El Partido, que tenía poca fuerza en su seno, lo toleró, hasta el día en que el Círculo de Ulm y sus amigos tomaron la iniciativa de romper con el Partido con una escisión que de forma manifiesta les produjo una gran satisfacción. Yo les pegué una bronca, precisando que aquello no era política sino un juego de niños. Pero el paso estaba dado. Fundaron después la Unión de las Juventudes Comunistas (marxistas-leninistas), UJC m-l, que se haría famosa por su activismo y sus iniciativas muy maduradas: ante todo continuar con la formación teórica, creación de una revista (los *Cahiers marxistes-léninistes* a la que entregué, como se verá, dos artículos muy flojos que el Partido dejó pasar como si no se hubiera enterado) y lo más importante, el lanzamiento de los comités de

base Vietnam, que alcanzaron un éxito que acabó inquietando al Partido. En su comprensión teórica de la política, en su entusiasmo y en su imaginación, aquellos jóvenes habían comprendido, a pesar de todo, algunos principios esenciales de la agitación y el trabajo de masas, y habían pasado a la acción. Tras un comienzo difícil, los *Cahiers marxistes-léninistes* se vendían muy bien. A partir del primer número, consagrado a la Revolución cultural que acababa de estallar, yo les había escrito un artículo sin firmar (cuya autenticidad reconozco aquí después de Rancière), en que construía una teoría simple y falsa que se basaba en el principio: existen tres formas de lucha de clases, la económica, la política y la ideológica. Hacen falta, pues, tres organizaciones distintas para dirigirla. Nosotros conocemos dos: el sindicato y el Partido. Los chinos acaban de inventar la tercera: los guardias rojos. *Quod erat demonstrandum*. Aquello era algo simple pero gustó. Me lancé con otro artículo, esta vez muy largo, firmado, sobre «materialismo dialéctico y materialismo histórico», donde defendía la idea justa de que la filosofía marxista no debía confundirse con la ciencia marxista de la historia, aunque mis argumentos no dejaban de ser esquemáticos. Me acuerdo que había pasado más de un año después de la fundación de la UJC m-l cuando recibí una invitación de Paul Laurent para que le visitara, pero entonces estaba a punto de marcharme a un hospital psiquiátrico y no pude acudir a la cita. Siempre lo he lamentado, pues, de lejos, en todo momento he considerado que Paul Laurent era un hombre interesante, como mínimo tranquilo y lúcido. Era justo la víspera de mayo del 68. Cuando salí en coche hacia el hospital, vi a unos grupos desfilando bajo una bandera roja. Aquello había empezado.

Durante mayo del 68, cuando el Partido había perdido completamente el contacto con las masas estu-

diantiles sublevadas, los muchachos de la UJC m-l, como buenos leninistas, se fueron a las puertas de las fábricas, donde los obreros franceses habían desencadenado la mayor huelga de toda la historia del movimiento obrero. Aquello les perdió. En realidad los obreros no necesitaban la ayuda de los estudiantes, en definitiva «establecidos», y la lucha se desarrollaba lejos de las puertas de las fábricas, en el Barrio Latino donde durante un mes hubo combates con lanzamiento de adoquines y granadas lacrimógenas, si bien no se disparó ni un solo tiro, pues los CRS, a las órdenes de un jefe de policía que tenía a su hija en las filas de los manifestantes, tenían la consigna clara de tratar con tiento a los estudiantes, quienes, al fin y al cabo, eran en su mayoría hijos de la alta burguesía francesa. No fueron tan indulgentes en la Peugeot, donde mataron a tiros a tres obreros.

Conocemos bien como De Gaulle supo acabar con aquella sublevación espectacular, montando otro espectáculo: el de su desaparición inesperada, para desplazarse, no a la puerta de las fábricas ni a la Sorbona ocupada sino a Alemania, al cuartel general de Massu (por lo menos ésta es la verdad oficial) y regresar al cabo de dos días para pronunciar su jadeante discurso que abriría la vía a las negociaciones de Grenelle con Pompidou frente a Frachon y Séguy, y a las elecciones que le reportarían, después de la manifestación de los Campos Elíseos, una mayoría inalcanzable.

El movimiento de mayo, donde obreros en lucha y estudiantes sublevados habían entrado en contacto por un momento (el 13, en la gran manifestación que atravesó París), se apagó poco a poco. Los obreros, en cuanto lograron sus reivindicaciones esenciales en Grenelle, volvieron paulatinamente, a veces con reticencia, al trabajo. A los estudiantes les costó más aceptar la idea de su derrota: pero acabaron, una

vez evacuado el Odéon y la Sorbona, bajando los brazos. Era un gran sueño abortado. No obstante, no desapareció de las memorias. Guardamos, guardaremos durante mucho tiempo el recuerdo de este mes de mayo en que todo el mundo estaba en la calle, reinaba una auténtica fraternidad, cualquier persona podía hablar con cualquier otra como si la conociera de toda la eternidad, donde todo de repente se había convertido en natural, donde todos creían que «la imaginación tenía el poder» y que bajo los adoquines se encontraba la suavidad de la arena.

Después de mayo, el movimiento estudiantil se configuró en sectas o grupúsculos. La UJC m-l se escindió, Robert Linhart, Jacques Broyelle y otros la abandonaron, y lo que quedó de ella siguió a Benny Lévy, quien fundó, junto con Alain Geismar, el Movimiento 22 de marzo, la Gauche Prolétarienne. Esta organización publicó un periódico y un semanario, pero a pesar de la protección y el apoyo económico de Sartre, quien creyó ver reflejada en mayo su teoría de la serialidad (la CGT) y del grupo (las manifestaciones estudiantiles), vegetó, y más tarde desapareció. Buena parte de sus dirigentes o militantes próximos, como André Glucksmann, acabaron en el antimarxismo, que acecha a todo movimiento ideológico antiautoritario y anarquizante. Un triste final, pese a la inmensa manifestación de protesta contra el asesinato de Overney, del cual dije: es un entierro, no tanto de Overney como del izquierdismo estudiantil. Naturalmente, todos los izquierdistas asistieron al entierro del izquierdismo. Y muchos más, situación ilusoria que duró dos o tres meses. Pero la verdad se abrió camino con rapidez, aunque sin inspirar el más mínimo análisis, pues la confusión había afectado profundamente a las mentes; Lévy seguía imperturbable lanzando consignas que nadie seguía, antes de publicar sus conversacio-

nes con Sartre, quien le había cogido como secretario particular.

El verdadero izquierdismo, el izquierdismo obrero, anarcosindicalista y populista, buscó cobijo en otro lado: en un sector del PSU y en la CFDT. Se trataba, no obstante, de una verdad que los estudiantes franceses no querían reconocer: que existen dos izquierdismos, uno muy antiguo, el izquierdismo obrero, y el otro muy reciente, el izquierdismo de los estudiantes, y que el antiguo, al formar parte del movimiento obrero, tiene posibilidades de futuro, mientras que el segundo, por su esencia, no puede hacer más que alejarse del movimiento obrero. La situación es distinta, por razones históricas, en Italia y en España, donde encontramos a la izquierda del Partido Comunista formaciones políticas con una base no sólo estudiantil sino obrera, algo actualmente imposible e impensable en Francia; la dirección del partido francés lo sabe perfectamente, y lo ha demostrado con su táctica en mayo del 68 y más tarde. Le ha bastado con encerrarse en su «fortaleza obrera», en la CGT y el Partido, para dejar que el izquierdismo estudiantil, maoísta o no, pese a sus imprecaciones, se descompusiera solo.

Tengo que citar aquí una de las iniciativas que tomamos algunos durante la primavera de 1967: fundar un grupo de trabajo al que dimos el nombre, transparente, de Spinoza. Participaron en él la mayor parte de mis amigos, ya fueran miembros del Partido o no. Fue una experiencia interesante por lo que tuvo de profética. Estábamos convencidos en aquella época de que las cosas se pondrían en marcha en la universidad. De allí salió un libro, firmado únicamente por Baudelot y Establet, por razones de divergencia política, sobre *L'École capitaliste en France*, así como otra gran obra de Bettelheim sobre las luchas de clases en la URSS.

Habíamos iniciado también un estudio sobre las

relaciones en la lucha de clase en Francia, aunque, por falta de medios y de tiempo, fracasó. El grupo acabó por disolverse solo (con motivo de una de mis depresiones y por razones de coyuntura, así como por el abandono de Alain Badiou, uno de nuestros más brillantes colaboradores, quien decidió que era preciso preparar la reunificación de los grupos maoístas en Francia para renovar el Partido). Badiou publica actualmente en Maspero fascículos interesantes, donde se encuentra curiosamente la filosofía sartriana de la rebelión, que nunca ha repudiado, al servicio de la interpretación de los textos de Mao, sobre un fondo de voluntarismo, de pragmatismo, y del idealismo típico del pensamiento del gran dirigente comunista chino.

Añadiré, para no olvidar detalle de mis torpezas teóricas, que había publicado durante la primavera de 1966, en la misma época en que apareció en *La Pensée* aquel artículo tan malo sobre el «trabajo teórico», un amplio texto sobre la formación teórica, que los cubanos tradujeron, y que me han reclamado de distintas partes. Escribí también otro texto, más ambicioso, sobre el socialismo ideológico (*sic*) y el socialismo científico, que afortunadamente no se publicó. Leyendo estos textos se podrá juzgar hasta qué punto fui capaz de ceder, siguiendo las tendencias de la época, en función del éxito real de las escuelas de formación teórica de la UJC m-l, a la tentación que más tarde he criticado bajo la forma de «teoricismo». Esta tentación, o esta desviación, no se quedó en el estado de palabras verbales, puesto que en realidad ha servido como base, si bien corregida por su práctica efectiva, de la política de la UJC m-l. No todo era detestable en esta teoría, la experiencia lo ha demostrado, ya que, como mínimo, ha proporcionado a aquellos que la han abrazado la idea de la importancia de la teoría. Lo que he sido incapaz de proporcionarles, sin embargo, es la idea del impacto

de la práctica sobre la propia teoría, llamada asimismo la lección que enseña a «practicar la teoría» teniendo en cuenta la práctica, es decir, el estado de la relación de fuerzas de la lucha de clases, la carga semántica de las palabras y la valoración de los efectos, de la teoría y de la práctica. A pesar de todo, estos jóvenes han construido una experiencia interesante y muchos de ellos, los que no se perdieron en el antimarxismo, sacan actualmente unos frutos en algunos casos muy prometedores, a juzgar, por ejemplo, por el libro de Linhart sobre *Lénine, Taylor et les paysans*.

En efecto, yo tropecé, a raíz del famoso «corte epistemológico» que tomé de Bachelard, con estas formaciones extrañas, que, al igual que la economía política clásica, son a la vez precientíficas y teóricas, y son teóricas sin ser propiamente filosóficas y por añadidura, burguesas. Esta última determinación fue con mucho la más importante. Por tanto, había que pensar y aceptar la naturaleza ideológica de clase del substrato de la teoría burguesa de la economía política. Pero también era preciso al mismo tiempo reconocer que se aceptaba que esta formación de la ideología burguesa se presentaba en forma de teoría abstracta, rigurosa e incluso, en un cierto sentido formal, científica. Marx consideró de esta forma el pensamiento de Ricardo, inclusive el de Smith, haciéndose la ilusión de que estas teorías habrían podido ser científicas, porque la lucha de clases vivió otra tregua en Inglaterra (*sic*), tesis que desmiente toda la obra de Marx. En esta ilusión me parece actualmente indispensable buscar, en el mismo Marx y no sólo en sus obras de juventud sino en *El Capital*, el origen de una serie de malentendidos que han llevado a una interpretación errónea del marxismo, es decir, a su falsificación interesada. No obstante, esta idea simple de que si Marx ha fundado ciertamente una ciencia, esta ciencia, como toda

ciencia, para que sea más fecunda, debe revisarse o como mínimo recuperarse, asentar mejor sus principios, precisar mejor sus conclusiones. Se obtendrá como resultado una importante simplificación de una obra de la cual Marx opinó, en la misma ilusión, que el «inicio» tenía que ser «arduo», como en toda ciencia, lo cual es falso: una revisión de la sección primera del Libro I de *El Capital* sobre la que me centré hace unos años, y sobre todo la distinción esmerada entre lo que Marx escribió en *El Capital* y en sus borradores de lectura, como las «Teorías de la plusvalía», donde a menudo se contenta con copiar pura y simplemente los textos de Smith sobre el trabajador productivo por ejemplo, una teoría muy distinta a la del trabajo productivo, que desaparece de *El Capital*. Se podrían comentar muchos más detalles, e intentaré hacerlo, sobre todos estos malentendidos mantenidos con gran esmero por personas demasiado interesadas en falsificar la obra de Marx.

De momento me limitaré a unas palabras sobre la cuestión de la filosofía marxista. Tras haber pensado durante mucho tiempo que ésta existía, pero que Marx no había tenido tiempo de formularla, ni tampoco los medios, tras haber pasado largo tiempo creyendo que, en definitiva y a pesar del *Materialismo y empiriocriticismo*, Lenin tampoco había tenido el tiempo ni los medios suficientes para formularla, con gran esfuerzo saqué una doble conclusión. En primer lugar que, contrariamente a lo que yo había creído y afirmado, Marx no había descubierto una filosofía nueva, del tipo de su descubrimiento sobre las leyes de la lucha de clases, sino que había adoptado una nueva postura en filosofía, por tanto en una realidad (la filosofía) que existía antes que él y sigue existiendo después de él. De ello deducía que esta nueva postura se basaba, en última instancia, en su posición teórica de clase. Ahora bien, si era

cierta esta última proposición, ello implicaba que toda filosofía (al menos toda filosofía amplia, y quizás incluso las más limitadas) estaba determinada en última instancia por su postura de clase, y que por consiguiente la filosofía, en su conjunto, no era más que «lucha de clase en el seno de la teoría», lucha de clase continuada, como ya había precisado Engels, en la teoría. Evidentemente esta tesis planteaba terribles problemas, no sólo en cuanto a los inicios de la filosofía sino respecto a las formas de esta lucha de clases y a las relaciones evidentes entre la filosofía y las ciencias. Hacía falta, pues, decidir que la filosofía no pertenece a los filósofos profesionales, no es propiedad privada de ellos, sino que pertenece a todos los hombres («todo hombre es filósofo», Gramsci). Con todo, era preciso reconocer a la filosofía de los filósofos una forma particular, la de la abstracción sistemática y rigurosa, a diferencia de las ideologías (religiosa, moral, etc.), y reconocer que en el *laboratorio de filosofía de los filósofos* se elabora algo que tiene su importancia, sus consecuencias en el campo de las ideologías que son el envite próximo a las luchas de clase filosóficas. ¿Qué podía ser lo que se elabora en el laboratorio de filosofía de los filósofos? Durante mucho tiempo he creído que se trataba de una especie de compromiso, de «remiendo», para reparar en el tejido filosófico los daños causados por la irrupción de las ciencias (los cortes epistemológicos conllevan rupturas filosóficas) en la unidad filosófica anterior. Me di cuenta, sin embargo, de que las cosas no eran tan mecánicas, de que la filosofía establecía, como lo demuestra toda la historia, una relación con el Estado, con el poder del aparato de Estado, de forma muy precisa con la constitución, es decir, con la unificación, la sistematización de la ideología dominante, pieza clave de la hegemonía ideológica de la clase que detenta el poder. Enton-

ces comprendí que la filosofía de los filósofos asumía este papel, el de contribuir para unificar en ideología dominante, para uso de la clase dominante, así como de la clase dominada, los elementos ideológicamente contradictorios que toda clase dominante encuentra ante ella o en su contra cuando llega al poder.

A partir de esta perspectiva, todo quedaba relativamente claro, como mínimo inteligible. Se comprendía que todo hombre fuera filósofo, puesto que vivía bajo una ideología impregnada de repercusiones filosóficas, efecto del trabajo filosófico para unificar la ideología en ideología dominante. Se comprendía también que la clase dominante necesitaba filósofos profesionales que trabajaran en esta unificación. Por último se comprendía que determinadas categorías filosóficas estuvieran manos a la obra en la práctica científica, puesto que no hay ciencia en el mundo que se desarrolle, las mismas matemáticas, fuera de las ideologías dominantes, y de la lucha filosófica, que tiene como envite la constitución de la ideología dominante en ideología unificada. Quedaban, pues, en su lugar las observaciones anteriores, y empezábamos a comprender el silencio singular de Marx y de Lenin, así como los fracasos de filósofos (como Lukács) que habían intentado en vano edificar una filosofía marxista o, con más razón, los que habían rebajado (como Stalin y sus émulos) la filosofía al nivel de una simple ideología de justificación pragmática. Marx y Lenin habrían podido callarse sobre la filosofía, puesto que les bastaba adoptar una posición de clase proletaria para tratar de manera consecuente las categorías filosóficas que necesitaban, ya sea para la ciencia de la lucha de clases (el materialismo histórico), ya sea para la práctica política. Esto naturalmente no quiere decir que no haya que elaborar antes los efectos filosóficos de esta postura de clase proletaria, pero esta tarea

tomaba un aspecto muy diferente: no se trataba de fabricar una nueva filosofía en la forma clásica de la filosofía sino de retocar, a partir de estas nuevas posturas, las categorías existentes y que existen en toda la historia de la filosofía. Las palabras de Marx en *La ideología alemana*: la filosofía no tiene historia, tomaban entonces un sentido completamente nuevo, inesperado, puesto que en toda la historia de la filosofía se repite la misma lucha, lo que yo hace poco denominaba el mismo trazado de demarcación, el mismo «vacío de una distancia determinada». Y entonces podemos partir a la búsqueda, en toda la historia de la filosofía, de los trazados mejores, que no son necesariamente los últimos que han aparecido.

En este momento podemos dar un sentido materialista a la antigua visión espiritualista de la *philosophia perennis*, con la diferencia de que para nosotros esta «eternidad» no es más que la repetición de la lucha de clases. No, la filosofía no es, como incluso quería el joven Marx, en este punto discípulo fiel de Hegel, la «conciencia de sí de una época histórica», es el ámbito de una lucha de clases que se repite y que sólo alcanza sus formas más aproximadas en determinados momentos de la historia, en determinados pensadores: a nuestro entender, ante todo, Epicuro, Maquiavelo, Spinoza, Rousseau y Hegel, auténticos precursores de Marx. Hacía mucho tiempo que intuía las virtudes filosóficas de Spinoza, y no es casualidad que me inclinara por Spinoza, para intentar comprender «la filosofía» de Marx. Pero fue trabajando en Maquiavelo cómo, de una manera completamente inesperada, me di cuenta de este vínculo singular y diáfano. Algún día lo explicaré.

Entretanto, Jacques Martin se había suicidado. Le habían encontrado en plena canícula de agosto de 1963, exánime en una habitación que ocupaba

entonces, lejos de todos, en el distrito XVI. Sobre su cuerpo había colocado una larga rosa roja. Conocía como nosotros la frase de Thorez: pan y rosas, el comunismo. No pudieron reanimarle.

A Martin lo había tratado durante más de quince años un médico que se hacía pasar por psicoanalista, aunque practicaba la narcosis. En su desasosiego de la posguerra, le habían proporcionado la dirección de este médico unos jóvenes estudiantes neuróticos que buscaban a quién acudir. Yo seguí también el tratamiento de este médico durante doce años, y gracias a él me acerqué poco a poco al psicoanálisis y sus problemas. S. me hacía acostar, me daba una inyección de pentotal, suficiente para embriagarme, y yo empezaba a hablar. Se preocupaba sobre todo de los sueños, que interpretaba cuidadosamente, subrayando su significado positivo o negativo. Mis depresiones volvían a empezar, S. me asistía como buen socorrista servicial, pero él también tenía ideas sobre la vida. Me acuerdo de su respuesta, en verano de 1963, cuando una amiga italiana, a quien acababa de conocer durante las últimas vacaciones, le preguntó qué opinaba de mi estado y de mis propios sentimientos: ¡No es más que un idilio de vacaciones! Al parecer le faltaba el sentido del tiempo, siempre iba muy atrasado, y no le preocupaba la duración de sus curas.

El psicoanalista a quien acudí después tenía otro sentido de las cosas. Se tomó tiempo para reflexionar antes de admitirme en sus sesiones, y entré en el ritmo de las convenciones. Las cosas habían tomado un rumbo muy distinto. A aquel hombre le daba igual que yo pudiera soñar o no, no utilizaba la narcosis, y jamás se pronunciaba sobre el sentido positivo o negativo de un síntoma en concreto, conocía mis intenciones. La tarea duró quince años, pero ahora ya está prácticamente acabada y puedo hablar un poco de ella. Allí descubrí por mí mismo lo

que Freud describe en sus libros, la existencia de fantasmas inconscientes, la extrema pobreza de su esencia, y la extrema dificultad de negociar su progresiva desaparición. Todo se desarrollaba cara a cara, y para aumentar la dificultad aquel hombre también vio a Hélène, aunque mucho más tarde y sólo una vez por semana durante media hora. Se produjeron episodios dramáticos, unas quince depresiones, y también momentos fugaces de exaltación maníaca, durante los cuales era capaz de hacer cualquier cosa. Me dediqué, por ejemplo, a robar, aunque no para poseer nada sino para hacer una demostración.

Es preciso que diga aquí algunas palabras respecto a mi psicoanálisis. Pertenezco a una generación, o como mínimo a una capa social, que no conocía la existencia del psicoanálisis, y que podía curar neurosis e incluso psicosis. Entre 1945 y el día de hoy, en Francia han cambiado muchas cosas a este respecto. He explicado ya cuál fue la vía que me hizo entrar en contacto con un médico que hacía sus tratamientos con narcosis, y que una amiga a quien apreciaba mucho un día me convenció para que acudiera a D., «que tiene unos hombros suficientemente sólidos para ti». Efectivamente, era imprescindible que tuviera unos hombros muy sólidos para sacarme de aquel atolladero, pues las cosas duraron quince años: de depresiones, es decir, de resistencia. No hay nada más simple que los elementos inconscientes sobre los que actúa el psicoanálisis, como tampoco hay nada tan complicado como sus combinaciones individuales. Como me dijo un día un amigo, el inconsciente es como la calceta, basta con la lana, pero se pueden variar los puntos hasta el infinito.

Por lo que a mí respecta, lo que apareció en seguida fueron, como siempre, los fantasmas-pantalla, y antes que nada el doble tema del artificio, y del pa-

dre del padre. Tenía la sensación de que todo lo que había conseguido en la vida lo había conseguido con la impostura: mis éxitos escolares en primer lugar, porque había copiado de las copias e inventado citas para triunfar. Y como sólo seguía a mis maestros para demostrarles que estaba mejor preparado que ellos, la impostura y el triunfo era la misma cosa. Estuve mucho tiempo estancado en estos temas, cuando descubrí otros. Antes que nada, el miedo al sexo femenino, abismo donde perderse sin posible retorno, el miedo a las mujeres, el miedo a la madre, esta madre que no dejaba de quejarse de su vida, y que siempre tenía en la cabeza a un hombre puro en quien confiar —ese novio muerto en la guerra en quien ella no dejaba de pensar inconscientemente—, ya fuera médico naturista, un hombre con el que intercambiar ideas, aunque sin trato sexual de ningún tipo: una madre que tenía miedo del sexo del hombre, miedo de la sexualidad. Intuí entonces que mi madre me había amado bajo esta forma, la forma de un hombre puro espíritu y sin sexo, e incluso cuando ella, con el mayor furor y repugnancia por mi parte, había rebuscado entre mis sábanas para encontrar la huella de lo que ella creía que era mi primera eyaculación nocturna (ya eres un hombre, hijo mío), y me había puesto literalmente la mano sobre el sexo para robármelo, a fin de despojarme de él. Así es como había amado a mi padre, sufriendo su sexualidad pasivamente, la mente en otro lugar, en el cielo de Verdún. Mi padre la había amado de otra forma, con toda su virilidad, y todavía resonaban en mi cabeza aquellas palabras de amor «mi mía», que él pronunciaba para demostrarse que era completamente suya, y no de otro, no de su hermano.

A partir de este punto se iluminaba mi necesidad de impostura y de ser «el padre del padre», pues, al ser amado por encima de mi cabeza, como el ser sin

sexo que yo no era, tuve que espabilarme y fabricarme un personaje de artificio, cualquiera, en lugar de ser simplemente un hombre, capaz de dar lecciones tanto a mi padre como a cualquier otro padre posible, exagerando para demostrarme, sobre las espaldas de los demás hombres, que yo era realmente un hombre, dotado de un sexo, y no aquel ser asexual que quería mi madre. Que se hayan necesitado quince años en el estado actual del psicoanálisis para acabar con estos efectos del inconsciente, esto se explica sin duda por mis depresiones, pero estas depresiones han intervenido para resistir a los progresos del psicoanálisis, y se necesitaba todo este trabajo, todo este *Durcharbeit* para acabar con estos simples fantasmas.

Todo esto ocurría cuando estaba trabajando sobre Marx, y siempre me sorprendió la extraordinaria afinidad que existe entre las ideas y la práctica de los dos autores. En ambos casos, la primacía no radica tanto en la práctica como en una cierta relación con la práctica. En ambos casos encontramos un sentido profundo de la dialéctica vinculada al *Wiederholungszwang*, al «instinto de repetición» que encontré de nuevo en la teoría de la lucha de clases. En ambos casos, y casi en la misma expresión, la indicación de que los efectos observables no son más que el resultado de unas combinaciones sumamente complejas de elementos muy pobres (cf. en Marx los elementos del proceso de trabajo y del proceso de producción), sin que estas combinaciones tengan nada que ver con el estructuralismo formalista de una combinatoria al estilo de Lévi-Strauss o incluso de Lacan. De ello saqué la conclusión de que el materialismo histórico tenía que aflorar en algún punto de la teoría analítica, inclusive pensé que podría avanzar la proposición, a decir verdad difícilmente sostenible bajo esta forma, aunque no falsa, de que «el inconsciente funciona en la ideolo-

gía». Más adelante, unos trabajos interesantes (Godelier) han aportado importantes precisiones respecto a estas cuestiones, muy alejadas, evidentemente, del universo de Reich, que no conocía muy bien a Marx...

Este libro se acabó de imprimir
en Duplex, S.A., Barcelona
en el mes de noviembre de 1992

-